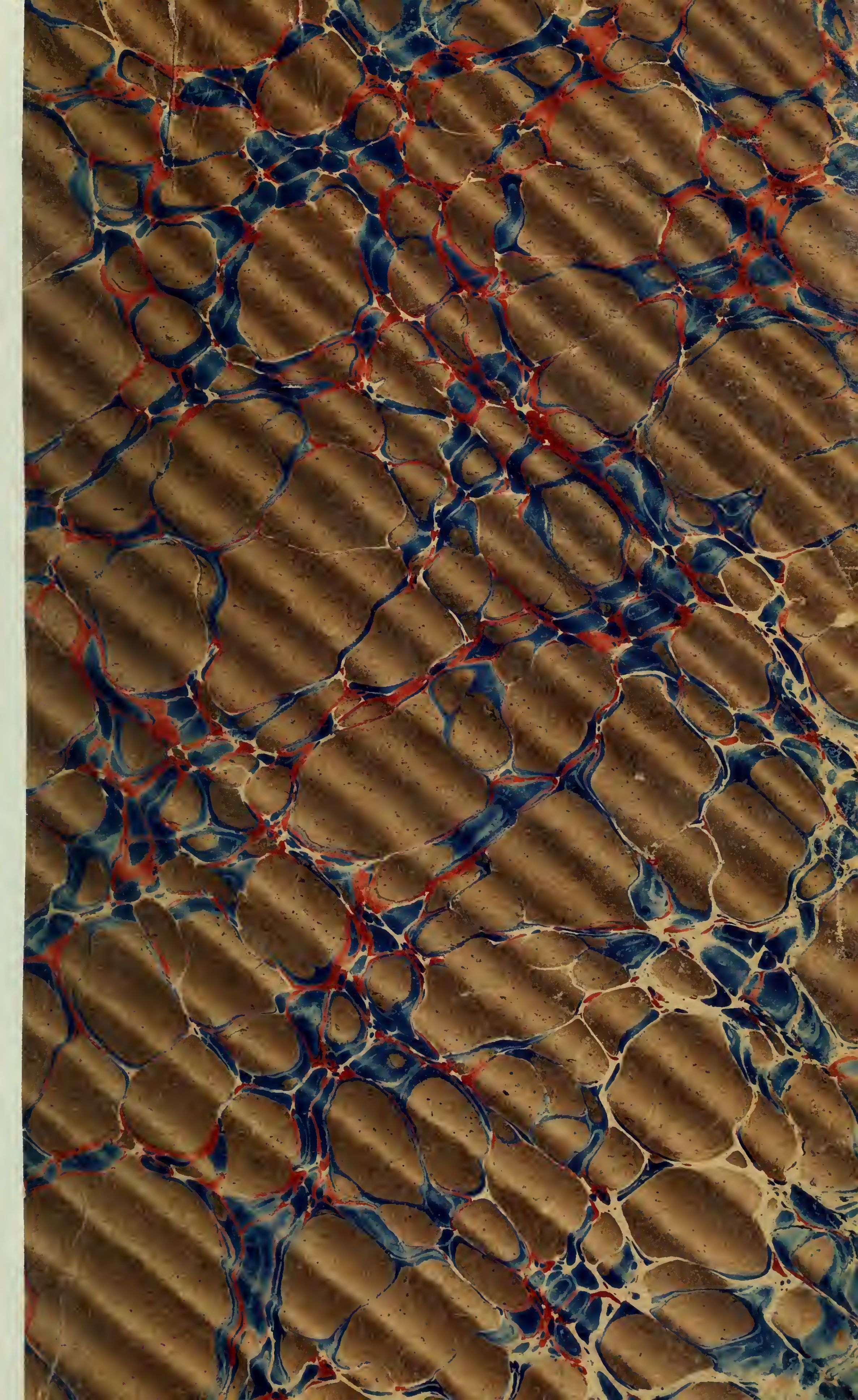

3 1761 08695827 9
UNIV. OF
TORONTO
LIBRARY





COLECCION

DE LOS MEJORES

AUTORES ESPAÑOLES

TOMO LV

OBRAS ESCOGIDAS

DE

DON MANUEL

BRETON DE LOS HERREROS

3252 — PARIS. IMPRENTA LALOUX HIJO Y GUILLOT

7, calle des Canettes, 7

OBRAS ESCOGIDAS

DE

DON MANUEL

BRETON DE LOS HERREROS

DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA

EDICION AUTORIZADA POR SU AUTOR Y SELECTA POR SI MISMO

CON UN PRÓLOGO

POR

DON JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH

TOMO PRIMERO



PARIS

BAUDRY, LIBRERIA EUROPEA

Mma DRAMARD-BAUDRY, SUCESORA

3, QUAI VOLTAIRE 3

INDICE.

TOMO PRIMERO.

TOMO SEGUNDO.

PRÓLOGO.

Pocos escritores dramáticos contaba el Parnaso español, á principios del siglo presente; pocas tambien fueron las obras que dejaron. Cinco solas escribió Moratin, cinco Cienfuegos, Quintana dos; Plano, Meseguer y Sanchez una cada uno (1). Jovellanos, preso en Bellver, mal podía ya pensar en ficciones poéticas; Enciso, Tapia, Carnerero, García Suelto, Marchena y Saviñon traducian; los demás autores ó traductores no eran muchos, aunque eran malos. Cienfuegos murió en Francia, levado allí por ser enemigo de los franceses; Moratin emigró por amigo : la segunda visita que nos hicieron nuestros vecinos en el año 1823 arrojó de la Península ó redujo al silencio á los sucesores de Moratin y Cienfuegos. Cuatro poetas dignos de nombre contribuyeron á los teatros de Madrid con alguna obra recomendable en el agitado trienio del 20 al 23 : don Francisco Martinez de la Rosa, que dió su moral y bien dialogada comedia *La hija en casa y la madre en la máscara;* don Manuel Eduardo de Gorostiza, que, representado á principios de 1820 su *don Dieguito* trabajó despues algunas imitaciones del francés y varias piececillas políticas originales ; don Angel Saavedra Ramirez Baquedana (duque de Rivas hoy), autor de la tragedia titulada *Lanuza*, muy superior á sus ensayos dramáticos anteriores; y don Dionisio Villanueva Solis, traductor del drama de Chenier *Juan de Calás*, cuya versificacion le hubiera granjeado el título de buen poeta, si no se lo hubieran ganado antes las vigorosas traducciones del *Oréstes*, y la *Virginia* de Alfieri. Fugitivos de España Gorostiza, Martinez de la Rosa y el futuro duque de Rivas; oculto y confinado despues en Segovia Solís, apuntador del teatro de la Cruz, aunque digno de mas alto empleo, la escena española quedó en tan mísero estado, que de los tres dramitas representados en Madrid para celebrar la restitucion de Fernando VII en la plenitud de la autoridad absoluta, hubo de escribir el uno don Juan Bautista de Arriaza, que ciertamente no había nacido con ingenio dramático. Su obra, sin embargo, fué la mejor, porque él al cabo era poeta.

En tal situacion, habiendo trascurrido un año, durante el cual solo se habian representado en la coronada Villa como obras originales, fuera de los

(1) *La Orgullosa* de don Juan Francisco del Plano, el *Saul* de don Francisco Sanchez Barbero y la *Andria* de don Francisco Meseguer no son originales, sino imitaciones, y aun esta última ne debió ser escrita para la escena. Así únicamente queda á Plano su tragedia titulada *Gombela y Suni-Ada ;* á Sanchez su *Coriolano*, y á Meseguer *El Chismoso.*

dramas politicos, dos comedias, arrancadas de cuajo lastimosamente de dos novelas (1), trajo el vetusto *Diario de Madrid* (único de la Capital, porque la *Gaceta* no era diaria), este modesto anuncio :

« TEATROS. En el del Príncipe á las siete de la noche, en celebridad del cumpleaños del rey nuestro señor (Q. D. G.), estará el teatro iluminado, y se ejecutará la funcion siguiente. Se dará principio con una sinfonía : en seguida se representará la comedia nueva original, en tres actos, titulada *A la vejez viruelas :* á continuacion se bailará el bolero por María Vives y Pedro Gonzalez; y se finalizará el espectáculo con la comedia nueva original, en un acto, tutula *Virtud y reconocimiento, ó la entrada del ejército francés en Madrid.* »

No se usaba entonces elogiar las obras dramáticas en los periódicos antes que fueran expuestas al público ; no se decia en los carteles si la composicion era la primera ó la última del autor ; no se habian vulgarizado aun los epítetos de distinguido, acreditado y célebre, ni se vendian los billetes para la funcion nueva un mes antes que se representara : el público madrileño, menos aficionado á la declamacion que á la ópera, concurría sin aceleramiento á las funciones llamadas de *verso*, generalmente escritas en prosa; palmoteaba á Rafael Perez, á Cubas y á Carretero; oía con benevolencia á Luis Martinez y á Ramon Lopez; sufría pacientemente á los racionistas; descomponíase cuando alguno se equivocaba. Para los autores no había misericordia: verdad es que no solían ser conocidos, y así la reprobacion cargaba solo sobre la obra. Hoy la prensa diaria divulga el nombre del autor mucho antes que la obra se represente, y aun quizás antes que haya sido escrita; sin embargo, aquella diferencia de suerte entre el autor y el actor subsiste idéntica. El actor de mérito, aunque no todos los dias sea igual á sí mismo, aunque no todo lo reprensente bien, aunque algunas veces trabaje mal, no por eso suele ser desairado : los errores se le perdonan, equitativa y aun justamente, en gracia de los aciertos. Pero escriba un poeta una obra endeble, despues de veinte que hayan sido aplaudidas; si no se ase á buenas aldabas, el mérito de las veinte no salvara del naufragio á la veintiuna. Esto es muy natural. El trato engendra cariño : el público ve y trata mas de cerca á los actores que á los autores.

La comedia titulada *A la vejez viruelas* obtuvo lisonjera acogida. Testigo fué un jóven, de diez y ocho años entonces, que solo pisaba el teatro de tarde en tarde, porque su padre no era aficionado á recreos, que, sobre ser costosos, acababan cerca de media noche. Todavía recuerda bastante bien este testigo la traza del teatro y el aspecto general de la concurrencia en aquella ocasion. La embocadura, mas estrecha que la que tiene ahora el *Teatro Español*, unas pilastras estriadas jónicas á los lados, un escudo enorme de talla con las armas reales en medio del arco : en el telon, deslucido ya y roto, una alegoría muy bien pintada : Minerva mandando á los genios de las artes colocar en el templo de la Fama los retratos de los ingenios españoles. Palcos divididos con pared; antepechos altos; sobre el sitio destinado á las mujeres, llamado *cazuela*, el palco real descubierto, colgado y con el retrato de Fernando VII; todos los espectadores col el sombrero en la mano : en las lunetas

---

(1) *El Durmiente despierto, y don Quijote y Sancho Panza en el castillo del Duque.*

algunos con uniforme de gala; capas y chaquetas en galerías y patio; pocos guantes, poco lujo en lo general del auditorio; en el ornato del teatro, ninguno: la iluminacion de cera constituía el lujo de aquella noche. Alzóse el telon; aparecieron en el tablado Joaquin Caprara y Gertrudis Torre (los actores no usaban don en aquella época); hicieron una profunda reverencia al retrato del rey, y la actriz principió diciendo... lo que el lector verá pocas páginas mas adelante.

« ¿ Quién es el autor de esa comedia? preguntaba el testigo anónimo á un empleado, qué tenia algunas relaciones con las compañías. — Un riojano que ha servido de voluntario, un cesante. Era secretario de una intendencia en tiempo de la *indefinida*, y se ha quedado á pié como todos. Dicen que es jóven de provecho: á los diez y nueve años escribió esa comedia. — ¡ Hola! añadió otro interlocutor, bachiller en leyes. Pues el que hace eso á los diez y nueve años, vena fecunda tiene. Mucho bueno, muchas comedias espero de él. »

Poco mas que esto dió que hablar la comedia original del cesante. El público habia venido á verla; se había divertido, y se retiró en paz á su casa.

Veinticinco años despues se leían en diez ó doce periódicos de Madrid estas ó semejantes palabras:

« Mañana 20 de noviembre se verificará la primera representacion de la comedia titulada *¿Quién es ella?*, cuyo autor persiste en guardar aun rigorosamente el incógnito. »

¡ Cuántos sucesos en veinticinco años! Pierde sus colonias España; Francia conquista á Argel; álzase Aténas, capital de un reino independiente y cristiano; una dinastía cae; otra le sucede y cae tambien; estalla una guerra civil; arde, quema, devasta, mengua y se extingue. — El mundo entero se habia renovado en un cuarto de siglo; ¿ qué mucho que se renovara un teatro?

El del *Príncipe* habia perdido su nombre: su aspecto interior era otro. Bajas y cómodas butacas de terciopelo encarnado sustituían á las antiguas lunetas con asientos de badana y respaldo elevadísimo; la cazuela, el palco real y los tabiques de los otros habían ya desaparecido: luz vivísima de gas iluminaba el arqueado recinto, donde por todas partes se veían dorados y seda: la embocadura presentaba, en el mismo lugar que ocuparon las pilastras antiguas, los retratos al óleo de los seis grandes poetas de la escena española, Lope, Calderon, Tirso, Moreto, Rojas y Alarcon... ¡ Alarcon, que en 1824, ciento ochenta y cinco años despues de su muerte, aun no habia conseguido que la posteridad le hiciese justicia! Teatro, actores, trajes, espectadores, todo era nuevo, todo era diferente de lo del año 24; hasta el fin con que el público asistía era otro: en 1824 iba á saber qué cosa era la comedia que se le ofrecia; en 1849 iba á averiguar quién era el autor de una comedia: veinticinco años há el público veía el drama sin acordarse del autor; veinticinco años despues oía el drama con impaciencia, anhelando solo saber quién le había escrito.

« ¿ Quién es él? ¿ Quién es él? decian á la vez varios curiosos al espectador anónimo de *A la vejez viruelas*, ya con canas y anteojos. — Aun no es posible decirlo: dentro de poco se acabará el secreto. »

Y poco despues era notorio que el autor de *¿ Quién es ella?* y el autor de *A la*

vejez viruelas eran una misma persona : el poeta dramático mas fecundo y popular de España, DON MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

La profecía del bachiller se había cumplido : entre la obra de 1824 y la de 1849, DON MANUEL BRETON DE LOS HERREROS había escrito sesenta y ocho originales, sin las piezas de *circunstancias*, cincuenta y nueve traducciones y nueve refundiciones de comedias antiguas : ciento treinta y seis obras en todo (1).

Desde la edad de oro de nuestra literatura dramática, desde esa brillante época de siglo y medio, que finalizó en Cañizares principiando por Lope, nin-

---

(1) Son las siguientes :

ORIGINALES. A la vejez viruelas; Los dos sobrinos; Achaques á los vicios; A Madrid me vuelvo; El Ingenuo; La falsa ilustracion; Marcela; Un tercero en discordia; Un novio para la niña; Elena; El hombre gordo; Mérope; Todo es farsa en este mundo; Me voy de Madrid; La redaccion de un periódico; El amigo martir; Una de tantas, *en un acto;* Muérete ¡ y verás...!; don Fernando el Emplazado; Medidas extraordinarias, *en un acto;* Ella es él, *id.;* El poeta y la beneficiada; El pro y el contra, *en un acto;* El hombre pacífico, *id.;* Flaquezas ministeriales; El qué dirán; Un dia de campo; El novio y el concierto, *en un acto;* No ganamos para sustos; Una vieja; Vellido Dolfos; El pelo de la dehesa; Lances de carnaval, *en un acto;* El cuarto de hora; Dios los cria y ellos se juntan; Cuentas atrasadas; Mi secretario y yo, *en un acto;* ¡ Qué hombre tan amable!; Lo vivo y lo pintado; La pluma prodigiosa; La batelera de Pasajes; La escuela de las casadas; El editor responsable; Pruebas de amor conyugal; Finezas contra desvíos; Los solitarios, *en un acto;* Estaba de Dios; Un novio á pedir de boca; Un francés en Cartagena; El Carnaval de los demonios, *en un acto;* ¡ Por no decir la verdad! *id.;* Una noche en Burgos; Pascual y Carranza, *en un acto;* La independencia; A lo hecho pecho, *en un acto;* ¡ Cuidado con las amigas!; Aviso á las coquetas, *en un acto;* Lo que es vivir en buen sitio. *id.;* don Frutos en Belchite; Frenología y magnetismo, *en un acto;* Errar la vocacion; Un enemigo oculto; Memorias de Juan García; El intendente y el comediante, *en un acto;* ¿Quién es ella?; Los tres ramilletes, *en un acto.*

INÉDITAS. Mi dinero y yo; La hipocresía del vicio.

Después de dada á luz la coleccion de Madrid, ha publicado el autor las siguientes obras dramáticas originales : Una ensalada de pollos; Por poderes; La escuela del Matrimonio; El novio pasado por agua (zarzuela); El valor de la mujer.

TRADUCCIONES. Lujo é indigencia; Andrómaca; La llave falsa; La cieguecita de Olbruck; Ifigenia y Oréstes; doña Inés de Castro; Dido; El caballero á la moda; El sitio del campanario; Engañar con la verdad; El amante singular, ó el legado, *en un acto;* La autoridad paternal; El paseo á Bédlam, *en un acto;* El suplicio en el delito; María Estuarda; Ingenio y virtud; El que menos corre vuela, *en un acto;* La astucia contra la fuerza, ó los tres presos; El contumaz; Mitrídates; Los primeros amores, *en un acto;* Ariadna; El cómico de la legua; Desconfianza y travesura, *en un acto;* Antígone; El confidente, *en un acto;* Querer mandar en casa, *id.;* El amante prestado, *id.;* El médico del difunto, *id.;* Jocó; El regañon enamorado; El poetastro, ó la boba fingida; El aturdido; Mi tio el jorobado, *en un acto;* Carolina, ó la fuerza del talento, *id.;* La madre política, ó la rubia y la morena; Yelva, ó la huérfana rusa; El viaje á Huelva; El segundo año, *en un acto;* El desertor y el diablo; Vallenstein; La familia del boticario, *en un acto;* Cómo se pasa el tiempo, *id.;* Por la novia y por la dote; El albañil; Un año, ó el matrimonio por amor; No mas muchachos, *en un acto;* La hermanita, *id.;* La nieve; La loca fingida, *en un acto;* La fé de bautismo, *id.;* El colegio de Tonington, ó la educanda; Los dos preceptores, *en un acto;* Mi empleo y mi mujer; ¿Se sabe quién gobierna?; Los hijos de Eduardo; Un agente de policía; La primera leccion de amor; La mansion del crímen, *en un acto.*—De estas traducciones hay varias que no se han impreso, algunas que no han llegado á representarse, y otras que se han extraviado.

REFUNDICIONES. Los Tellos de Meneses; La carcelera de sí misma; ¡ Qué de apuros en tres horas!; El Príncipe y el villano; No hay cosa como callar; ¡ Si no vieran las mujeres!; Con quien vengo, vengo; Las paredes oyen; ¡ Fuego de Dios en el querer bien!

gun buen escritor escénico habia hecho otro tanto. Los sucesores de Cañizares, los Zavalas y Comellas, escribieron mucho, pero mal, y despojando al prójimo : don Ramon de la Cruz compuso trescientos sainetes; pero no todos eran de invencion propia, ni aquel trabajo es tan difícil como el de la buena comedia, ni la cantidad de versos invertida en ellos equivale á mas que á la de unos cincuenta dramas en tres actos de mediana extension : el poeta contemporáneo que mas cerca está de DON MANUEL BRETON DE LOS HERREROS en abundancia de obras, no ha dado á luz todavía mas que unas cuarenta : es indudable, pues, que el señor BRETON excede en fecundidad á todas los escritores dramáticos que ha tenido España durante un siglo.

De la popularidad que sus obras alcanzan, darán testimonio las repetidas ediciones hechas en Madrid, en Caracas y otros puntos de América, las falsificaciones de varios impresores barceloneses, y la coleccion formada con mucha anterioridad á esta por don José María Lafradua en Méjico.

Si los libros se imprimen para ser leidos, nadie tiene mas dercho á la lectura que el autor popular y fecundo. En la fecundidad, naturalmente va envuelta la variedad, que produce el deleite : el que deleita á un pueblo merece ser leido de los demás, porque se erige representante del gusto nacional literario.

Sin embargo, gustos hay poco dignos de elogio. Obras agradaron, populares fueron autores en el siglo pasado, que de nadie son leidos en este : su fecundidad y popularidad no los pudo salvar del olvido, muerte sempiterna de los partos de ingenio, muerte sin esperanza de resurreccion. Permítase á la amistad que me une con el autor de estas obras, permítase á la estimacion con que las miré desde que ví la primera, muchos años antes de tener ocasion de conocerle y tratarle, que exponga brevemente cuál es el carácter especial por que á mi ver se distinguen : es decir, qué son, por qué son así, y qué es lo que valen.

El teatro de DON MANUEL BRETON DE LOS HERREROS comprende piezas de los tres géneros en que se divide la poesía dramática; el tragico, el cómico y mixto; pero la mayor parte, casi la totalidad de sus composiciones, pertenece al género cómico. Ha escrito el señor BRETON alguna comedia novelesca á la antigua, ha escrito algun drama de invencion ó histórico á la moderna : pero lo mas y mejor de su teatro, lo que verdaderamente le da fisonomía propia, consta de comedias de costumbres y caracteres, cuyos personajes son de la clase media. Es, pues, en general el teatro del señor BRETON una dilatada galeria de cuadros que representan la clase media de España en tres épocas diferentes, marcando con exactitud las alteraciones que han ido sucediéndose en ella : desde 1824 á 1833 ofrece un aspecto de homogeneidad y reposo : en los diez años siguientes resaltan la agitacion y trastorno de un pueblo en lucha : desde 1843 la agitacion va sosegándose. Las circunstancias generales de la época en que principió á escribir el señor BRETON decidieron de la forma y dimensiones del lienzo en que habia de ejercitar su pincel : escribió la comedia como se podia, como se debia, como era forzoso escribirla entonces, y como, pasada esa revolucion que trastornó la república de las letras, ha vuelto a escribirse. Tino en la eleccion y firmeza en el propósito le han ganado triunfos imperecederos.

Los perceptistas del siglo XVIII habian establecido reglas de que nadie

osaba apartarse. Moratin había declarado que la comedia española necesitaba mantilla y basquiña: era artículo de fe literaria que la comedia debía ser una accion entre personas particulares. Abolido el régimen constitucional en el año 1823, restaurados los privilegios de clase, restablecida la censura, no pudiendo ningun español escribir ni hablar de los ministros del poder, desde el secretario del Despacho al ínfimo corchete, claro era que la alta comedia, la comedia con señoría, la representacion de los vicios de los poderosos era políticamente imposible, al mismo tiempo que por el código literario estaba poco menos que prohibida. Hubo así de limitarse el señor BRETON á la clase media, porque la superior tenía delante el *Noli me tangere* de su posicion, y el *Non plus ultrà* de la forma dramática entronizada por Moratin. — Efecto de otras causas, tambien ahora hay vicios, harto generales á fe, quo no puede escarnecer el poeta. La posteridad extrañará no ver en el teatro moderno castigadas nuestras ridiculeces, nuestros vicios, nuestras culpas graves en materia política. ¡Oh! no lo extrañe: cuando todos pecan, es imposible que unos se rian de otros. Una comedia en que se ridiculizase á los blancos, solo podría ser escrita y gustar entre negros.

Elegidos por el señor BRETON para sus comedias hechos propios de personas particulares, el lenguaje que debía prestarles había de ser necesariamente el que ellas emplean de ordinario entre sí. Eso que enfáticamente llaman algunos *lenguaje de buen tono*, jerigonza medio francesa, propia y exclusiva de sujetos que han estudiado tal vez dos ó tres idiomas, ninguno de ellos el castellano; ese dialecto caprichoso y fugaz que varía cada año bisiesto, no era conocido en la clase media cuando el señor BRETON comenzó á escribir, y aun hoy dia no ha cundido mucho: el carácter nacional lo resiste. Son los españoles independientes por naturaleza, y por lo mismo no muy sociables: el español ó se pasa sin trato ó lo quiere familiar y sin etiqueta: donde la franqueza predomina, el lenguaje es sencillo y enérgico, en vez de ser afectado y asustadizo. Tal era el habla de la clase media en Madrid, cuando el señor BRETON dió á luz sus primeras obras, y tal es la que ha puesto en boca de los personajes en ellas introducidos. Gente de mediana condicion que se expresa en buen castellano, es la que aparece con mas frecuencia en el teatro del señor BRETON por las razones ya indicadas de necesidad y verdad. No se les pida un remilgo impropio: quédese para los autores de melodramas eso de alterar las leyes de la naturaleza, y hacer tal vez á los arrieros hablar como académicos de la lengua.

Con dos fines se debe, y con uno se suele escribir la comedia; para corregir al pueblo, para educarle, y para tenerle propicio y contento: los dos son de provecho comun; el otro de utilidad propia. El primero es el sistema de Alarcon, de Molière y de Moratin, ridiculizar el vicio: el segundo es el de Calderon, realzar las virtudes: el tercero es el de la escuela francesa moderma, embellecer las flaquezas humanas y hacerlas plausibles. Burla, alabanza y lisonja, ó caricatura, belleza y afeite son los tres medios que tiene á su disposicion el poeta dramático: el postrero es muy fácil, el segundo ya es trabajoso, el primero dificilísimo: este eligió BRETON. Los argumentos que maneja van siempre dirigidos á un fin saludable. Sígase el órden cronológico de sus inventivas, y se verá que al principio se emplea en la correccion de defectos

individuales; después se erige censor de las costumbres de un pueblo; mas adelante sus lecciones ya son para la humanidad entera. Primero se contenta con escarmentar viejos enamoradizos y parientes sin apego á su sangre; alza después el velo engañoso que oculta los vicios de las aldeas; revela luego los secretos y mezquinos móviles que rigen las acciones humanas, haciendo ver que en este mundo nada es lo que parece, todo es fingimiento, es *farsa* todo. Ya manifiesta la incompatibilidad de cariño entre una señorita melindrosa de corte y un ricacho indisciplinable de provincia: ya saca á luz las arterías de un tuno decente, que beneficia la amistad como una mina de rica vena; ya da útiles avisos á las coquetas, ya instrucciones importantes á las casadas. Caundo la censura se lo permite, penetra en las secretarías del Despacho á espiar las flaquezas ministeriales: cuando cree que los censurables dejarán que se les amoneste, ridiculiza á los que por darse á la política descuidan sus negocios ó faltan á las obligaciones de su ejercicio: se engaña en su cálculo y escarmienta. Tras una comedia de pensamiento grave, cual *Muérete ¡y verás...!*, obra de las mejores de nuestra época, produce dos ó tres piececitas en un acto, como *El pro y el contra*, *Ella es él*, y *El hombre pacífico*: junto á un cuadro de costumbres campestres, como *Dios los cria y ellos se juntan*, nos da en *El cuarto de hora* una pintura elegante de costumbres urbanas. Por último, deseoso de satisfacer al bello sexo, cuyos defectos había censurado, aunque blandamente, en tal y cuál obra, junta en *¿Quién es ella?* las mas ricas flores del ingenio para tejer la corona de la hermosura; busca los sonidos mas armoniosos de su lira para cantar las virtudes de la mujer.

Estos pensamientos, morales todos, ó son de invencion propia, ó de tal manera manejados que, no siendo nuevos, el autor los ha hecho legitimamente propiedad suya. Otras plumas se habian ejercitado antes en algunos de ellos; la de BRETON supo hacer que la semejanza de asunto desapareciese entre la diferencia de forma. Picard habia pintado en *La petite ville* un francés, que harto de Paris, iba á un pueblo á vivir á gusto, y tenía que salirse de él renegando: con igual idea escribió el señor BRETON su comedia *A Madrid me vuelvo;* pero cotéjese una con otra, y se verá que en ambas son tan distintos los caracteres, los lances y el diálogo, como el país y el tiempo á que pertenecen. Poco menos puede decirse del *Ingenuo*, comparado con el *Misántropo;* de *La escuela de las casadas*, respecto de *La Nouvelle école des femmes;* de *Finezas contra desvíos*, parangonada con *Palabras y plumas;* de *Un novio á pedir de boca*, puesta al lado de la comedia inglesa *Rule a Wife and have a Wife* (1), imitada en aleman con el titulo de *Stille Wasser sind tief* (2). Originalidad en los argumentos, ó en el modo de plantearlos, ó en uno y otro, es una de las cualidades que brillan mas en el teatro del señor BRETON.

Aun es mas original en los caracteres. No los elige, no ha podido elegirlos de mucho bulto, porque los principales, como el Hipócrita, el Avaro, el Embustero, el Murmurador, la Desdeñosa, el Vano y los Zelosos, ya estaban

---

(1) Gobierna á tu mujer y tendrás mujer, de Fletcher.
(2) Aguas calladas son hondas (Guárdate del agua mansa), de Schrœder.

puestos para siempre en escena por Molière, Alarcon, Moreto, Destouches y Calderon de la Barca ; en los caracteres de segundo órden, en la pintura de los vicios, manías ó defectos menores, que tanto abundan y perjudican tanto en el trato comun de las gentes, DON MANUEL BRETON DE LOS HERREROS no tiene en nuestro concepto, rival en España ni fuera. En estos retratos la semejanza es completa, el pincel fácil y seguro, el colorido fresco, vivo, centelleando verdad y gracia. ¿ Quién no ha conocido á un hablador como don Martin Campana y Centellas ? ¿ En qué tertulia no se cita el nombre de alguna viuda, igual punto por punto á Marcela, ó el de una ú otra coquetilla, como la que figura en *Una de tantas?* Aquel don Elias de *Muérete ¡ y verás...!*, tan superiormente dibujado, el mayordomo del *¿ Qué dirán?*, todos los personajes, sin exceptuar uno, de *Dios los cria y ellos se juntan*, el sargento *Briones* de *La Batelera*, y la doña Amparo de *Me voy de Madrid*, ¿ no son tipos, de cuya verdad patente depondría con juramento la sociedad entera ? Ni Plauto, ni Moreto, ni Tirso, ni Regnard, los cuatro poetas de mas gracejo de Roma, de España y Francia, hubieran trazado estos caracteres con mas verdad, ligereza y chiste.

Verdad es que en la diccion cómica el señor BRETON aventaja á todos los poetas que conocemos. — En filosofía y artificio, en grandeza de miras ó conocimiento de un público dado, antores hay que podrán disputarle la primacía; en el manejo de la lengua, en el uso del metro, en la chispa del diálogo, no hay escritor moderno ni antiguo que se mantenga á su altura : el sello que llevan sus obras, hasta hoy no ha sido falsificado. Esta fecundidad de gracejo, cualidad dominante, idiosincrasia, por decirlo así, del ingenio del señor BRETON, es la explicacion de su sistema, la clave, el rasgo característico, el verdadero carácter de sus obras. Su pluma, rica de sal, ha necesitado argumentos y caracteres en que pudiera correr sin tropiezo ; donde hay mucha accion, donde las pasiones y los lances ocupan gran parte del dialogo, la *vis cómica* no halla lugar suficiente : el señor BRETON ha debido rechazar esta clase de asuntos, y preferir aquellos en que pocas personas y accion sencilla le permitian derramar las gracias de una vena abundante. Con mas accion y menos chiste hubiera hecho el señor BRETON comedias mas parecidas á las de otros, menos nuevas y originales ; con menos accion y mas gracejo ha enriquecido la escena española con obras únicas en nuestra literatura. Cuando él principió, el ingenio dramático español estaba adormecido y acobardado : los que le sentian en sí, creían como Moratin que en manifestando una vez que sabian escribir, habían cumplido, aunque ya no escribieran mas : el señor BRETON creyó por el contrario que el que sabe es el que tiene obligacion de escribir, porque si no, da lugar á que le ocupen el puesto los ignorantes. Muy pronto y con mucha felicidad le siguió don Antonio Gil y Zárate ; siguiéronle despues don Francisco Flores Arenas, don Mariano José de Larra, don Ventura de la Vega y otros autores cómicos hasta don Tomás Rodriguez Rubí, el mas aplaudido de todos ; pero el señor BRETON DE LOS HERREROS tiene la gloria de haber sido el primero ; tan original como el que mas ; fecundo, correcto y festivo como ninguno. Su filosofía es humana y risueña, su chiste no amarga ; no trata de profundizar mucho, porque se propone enseñar riendo. Tal vez

engalana sus fábulas con bellos trozos de poesía lírica; pero generalmente su diccion es sencilla, juntando en el verso la sonoridad del ritmo con la exactitud de la prosa. En las formas de construccion es severísimo; en el uso de la metáfora no le hay mas libre: ninguno ha dado acepciones mas nuevas y oportunas á las palabras, encontrando así el chiste donde nadie le hubiera buscado. Aunque se han hecho imitaciones de algunas obras suyas, no ha formado escuela: en su género ha sido solo. Imágen fiel de una época, su teatro, hasta lo que le falta, contribuye á darle carácter: lo que allí se echa menos no podía estar. Esto son, esto han debido ser, y esto valen las comedias del señor Breton. Muchas en número, grandes en mérito, una sencillísima reflexion dará á entender el aprecio que se les debe. Por sola una obra han conseguido varios autores extranjeros y nacionales inmortalizar su nombre. *La Metromania* y *El maligno* mantienen á Piron y á Gresset en la jerarquía de buenos escritores escénicos; *El Soccorro de los mantos*, *El castigo de la miseria*, *La Raquel* y *Numancia* bastan para illustrar á don Carlos de Arellano, á don Juan de la Hoz, á Huerta y Ayala: fácilmente se puede formar una lista de comedias de Breton seis veces mas grande, que tienen tanto derecho como las seis citadas para pasar á la posteridad.

Por eso han hallado tan buena acogida en teatros y gabinetes, en todos los rincones de España y América. No todas han sido igualmente felices en la prueba escénica; de la prueba de la lectura todas salen airosas. Hombres y mujeres que no ponen los piés en el teatro saben de memoria trozos y escenas del repertorio de Breton: á cada paso oye uno en las conversaciones, convertidos ya en frases de uso general, versos que le pertenecen. Esta aura popular, que por espacio de quince ó diez y seis años había corrido sin tropiezo, tuvo su fin natural y preciso: la admiracion continuada se debilita y se desvanece: los triunfos se pagan, y el señor Breton habia obtenido muchos. Circunstancias de varia índole obraron una revolucion en el gusto del público: alabanzas imprudentes engendraron cargos injustos. Hombre hubo que trató de probar el mérito de las comedias de Breton alegando que agradaban sin tener argumento; otro dijo despues que el público no podía sufrirlas, cabalment epor aquella falta. Uno y otro partian de un principio falso. Esas paradojas ridículas, esas suposiciones manifiestamente arbitrarias, esas vaciedades que solo pueden correr en broma, suelen ser recibidas sin dificultad por el vulgo: pasado algun tiempo, cobran autoridad y quedan por artículos indudables de fe. Hablando con juicio, no hay quien sostenga que las comedias del señor Breton, ó de otro autor, carezcan de argumento: bueno, ó malo, grande, pequeño, toda obra lo tiene: nadie escribe sin proponerse un fin. Con aquella hipérbole extravagante querian decir algunos que Breton daba poca accion á sus obras, lo cual equivalía á no decir nada. La accion de la fábula dramática no tiene dimenciones fijas: tan accion es la de *Casa con dos puertas* como la del *Sí de las niñas*, no obstante que de una á otra hay diferencia enorme. Lo que importa es que la accion, grande ó chica, esté desenvuelta cumplidamente y con desahogo, sin comprimirla cuando es extensa, sin estirajarla cuando es reducida: el que imagine que en las obras del señor Breton falta ó sobra, pruebe á quitar ó anadirles algo, sin que el todo

padezca. Tan verdadero es este principio, que justamente aquellas obras de señor BRETON mas sencillas en su argumento, *Marcela*, *El pelo de la dehesa* y *El cuarto de hora*, son las que el público saborea con mayor gusto; fuera de que no se puede afirmar sin grave injusticia que sean escasas de accion otras, como *Los dos sobrinos*, *La redaccion de un periódico*, *El amigo mártir*, *No ganamos para sustos*, *Cuentas atrasadas*, *Muérete ¡ y verás...!* y *La Independencia*, que bastan y sobran para acreditar á un autor de rico y hábil en el artificio y desempeño de la trama cómica. Pero no nos cansemos en una justificacion ya innecesaria: el gusto ha tomado mejor camino, y el tiempo ha vuelto sus derechos á la razon. La forma sencilla del drama bretoniano prevalece hoy dia: entre las obras escénicas, mas aplaudidas hace unos años, figuran *La rueda de la fortuna*, *Bandera negra* y *El hombre de mundo*, que no son de seguro mas copiosas de accion que las siete citadas.

No se ha hecho aquí mérito de las traducciones del señor BRETON hasta ahora, porque tratándose de un autor nacional, requísimo de suyo, parecía poco importante tratar desa celase de préstamos de la literatura extranjera, préstamos en verdad con que por mucho teimpo han vivido los teatros de España. Pero si la traduccion de *Aminta*, harto fácil de hacer, ha dado tanta fama á don Juan de Jáuregui, ¿ no se le deberá alguna al traductor de *Los hijos de Eduardo*, *Maria Estuarda* y *¿ L'amant bourru?* Poco se le ha tenido en cuenta este mérito, que á otros ha valido muchísimo. El señor BRETON no ha sido siempre ni en todo el hijo mimado de la fortuna.

No obstante, hallar el teatro español sin vida y ser el primero á resucitarle, dar á la literatura una especie de drama nuevo, recoger laureles en todas, enriquecer el idioma con frases agudas y significados ingeniosos y peregrinos, conquistar para la poesía un tesoro de rimas indóciles, ocupar los tablados y embargar la voz de la fama desde Palma á Cádiz, de Méjico á Chile, no es ciertamente un destino infeliz. El público oyente ha exigido á veces mucho del señor BRETON, porque le tenía en mucho, y su severidad era señal de aprecio; el público lector siempre le ha sido fiel y benévolo. Buena ocasion se le presenta ahora para manifestarlo, admitiendo esta coleccion con el mismo aprecio que las ediciones sueltas, y perdonando por la bondad del libro la prolijidad y molestia del prólogo. ¡ Ojalá esta publicacion señale para las letras el principio de una edad maz feliz que la que llevamos pasada! La coleccion de las obras de DON MANUEL BRETON DE LOS HERREROS, hecha por él mismo, es una novedad grande: en eso va tambien delante te todos. Desde el tiempo de Lope ningun autor cómico ha hecho en España coleccion de sus obras.

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH,

NOTA. — Con este mismo prólogo y con el prefacio que sigue se ha publicado en España recientemente una coleccion completa de las obras dramáticas y liricas de DON MANUEL BRETON DE LOS HERREROS, que consta de cinco tomos en cuarto mayor, y se halla de venta en Madrid, librerías de *Perez*, *Cuesta*, *Monier* y *Bailly-Baillière*, y en el establecimiento tipográfico de *don Francisco de Paula Mellado*.

PREFACIO DEL AUTOR.

« Habiéndose el autor reservado el derecho exclusivo de publicar en coleccion sus producciones literias, ha llegado el caso de verificarlo. La mayor parte son harto conocidas del público para que sea necesario dar idea de ellas: tampoco le es lícito encomiarlas. A falta pues de la fraseologia con que en anuncios semejantes procuran editores y autores captarse la buena voluntad de los suscriptores, el que echa á volar este prospecto tiene la ventaja de poder decir que ninguno de los que le favorezcan podrá llamarse engañado. Solo se trata de reproducir en cuerpo de obra metódico y homogéneo los dispersos materiales dados ya á luz en diferentes formas y períodos desde el año de 1824. Comprenderá la edicion algunas obras inéditas; pero, valgan estas lo que valieren, no pueden quitar ni añadir muchos quilates al mérito del conjunto. Revisadas escrupulosamente una por una antes de darlas á la prensa, desaparecerán de ellas en esta edicion todos los leves defectos que el autor advierta y acierte á corregir. Enmiendas de mas importancia, ni tiene tiempo para hacerlas, ni á su juicio podría intentarlo sin defraudar en cierto modo de una especie de propiedad suya al público que tantas pruebas de benevolencia le tiene dadas. Por otra parte, limando demasiado sus escritos perderían en originalidad y vigor mas de lo que ganasen en tersura y correccion. »

Esto dije al anunciar por primera vez la edicion de mis obras reunidas, y esto bastaba entonces para mi propósito y para gobierno del público : ahora añadiré algunasadvertencias y haré algunas explicaciones concernientes á mi teatro, que ni eran de aquel lugar ni cabían tampoco ni venían á cuento en el prólogo que precede.

Principiaré por dar las mas expresivas gracias á su erudito y apreciabilísimo autor, *el señor don Juan Eugenio Hartzenbusch*, mi buen amigo y compañero, por el espontáneo y afectuoso arranque de bienquerencia con que se brindó á hacerme este obsequio desde que supo que yo empezaba á pensar seriamente en coleccionar mis obras, y por haberme cumplido su generosa oferta con pluma tan parcialmente amistosa, que en verdad me ruborizan muchos de sus trozos, y le rogaría que los suprimiese, habiendo de figurar en una publicacion de que juntamente soy autor y editor, á no tener sobradamente probada la independencia de su carácter el justamente célebre autor de *Los Amantes de Teruel* para que nadie que le conozca pueda acusarle de compadrazgo.

Esta coleccion lo es completa de todas las producciones dramáticas de mi ingenio, cuya responsabilidad debo y quiero aceptar : solo exceptúo las piezas llamadas *de circunstancias*, hechas todas por encargo de empresas teatrales ó *comisiones de festejos*, para objetos puramente políticos, muy *plausibles*, por supuesto, aunque no para todos, pero cuya oportunidad duraba solo veinte y cuatro horas, y á veces pocos dias mas su *plausibilidad* relativa. Semejantes embriones *oficiales* ú *oficiosos* no pertenecen á *Talia*, ni á *Melpómene*, ni á *Terpsícore*, ni á *Euterpe*, ni á ninguna de las otras cinco hermanas ; ora actúen en ellos los númenes mitológicos, ora figuras alegóricas *ad libitum*, ora personas de este mísero globo terráqueo en representacion de partidos y facciones y sistemas encontrados. Por otra parte, con el transcurso del tiempo y los desengaños de unos y otros, se mitiga el furor de las discordias intestinas, las parcialidades se hacen recíproca justicia, el tiempo se la administra á todas, desaparecen incompatibilidades que se creyeron eternas y se verifican *fusiones* que se juzgaron imposibles. ¿ A qué reproducir engendros, que cualquier cosa fueron menos *literatura*, después de los abrazos del *Congreso* y de *Vergara* y de las coaliciones que hemos presenciado, y de tantos reconocimientos, sumisiones, indultos y amnistias ? Yo, que no peco ciertamente de rencoroso en mi particular, ¿renegaría como escritor público del espíritu de tolerancia y olvido de lo pasado que ya anima á todo buen español? De ningun modo ; y si yo mismo necesito absolucion por haber sido en ciertas ocasiones sobrado condescendiente, la pido con sincera contricion y firme propósito de la enmienda.

Fuera de los insinuados bosquejos, pocas veces ha jugado la política en mis dramas, y aun esas incidentalmente. Sin embargo, en *Todo es farsa*, en *Me voy de Madrid*, en *La redaccion de un periódico*, en *Muérete ¡ y verás...!*, en *El hombre pacífico*, en *Flaquezas ministeriales*, en *La Batelera de Pasajes*, en *El Editor responsable* y en *La Independencia*, creo haber hecho lo suficiente para que no falten en mi galería los cuadros que basten á pintar en lo posible esta interesante parte de las costumbres de la época, y creo haber cumplido mi objeto sin incurrir en odiosas personalidades, y sin que prevencion alguna adversa ni favorable, ni el afan de una mal entendida popularidad, me hayan arastrado á rebasar la prudente línea que por muchos respectos debe trazarse todo el que censura los vicios y extravagancias de la sociedad en que vive.

He procurado que haya variedad en los argumentos de mis comedias ; y aunque no falte quien me acuse de lo contrario, creo poder decir sin vana jactancia que in igual número de obras nadie hasta ahora lo presentó mas crecido de asuntos y lances y caracteres diferentes ; con lo cual no quiero decir que todos, ni uno siquiera, de los caracteres, ni de los lances, ni de los asuntos de mi invencion poética lleven el sello de la perfeccion. No he copiado á nadie, pero me he repetido algunas veces á mi mismo ; ora en la estructura de dos ó mas fábulas ; ora en el modo de desenlazarlas; ora en la analogía de conducta, de miras ó de pasiones entre diversos personajes; ora en fin, en el uso de ciertas frases, sobre todo de las proverbiales. Esto es verdad; pero ¿ á qué escritor medianamente fecundo no le sucede algo ó mucho de esto ? ¿ Qué pintor no tiene una *manera* que le es peculiar, y que en vano querría no tener,

en uno ú otro de los accidentes de sus cuadros? En muchas de las figuras que no son retratos hechos por una misma mano, aunque sea muy maestra, ¿ no reconocen los inteligentes cierto aire de familia? ¿No hay Vírgenes de Rafael ó de Murillo que parecen hermanas gemelas? ¿Y qué mucho, si padres tan prolíficos las engendraron? Pero estúdiense con detencion, y se verá que en la actitud, sinó en el rostro, ó en el misterio que representan, ó en los varios afectos de que se muestran poseidas las figuras accesorias, ó en alguna otra circunstancia no indiferente se diversifican mas de lo que á primera vista aparece. Yo, que en mi esfera de poeta cómico, y por consecuencia pintor tambien con la pluma como aquellos con el pincel, estoy muy lejos de quererme comparar á tan insignes varones, no me reprendo á mí mismo por haberme cabido en suerte un estilo malo ó bueno, pero todo mio, porque teniendo mi *manera* propia de ver las cosas, tengo tambien para pintarlas otra que nadie me ha prestado.

Insisto en que he sido tan variado como el que mas en mis escritos teatrales; y esto á pesar de ser tantos y del corto espacio que de unos á otros ha mediado; lo cual me ha impedido, al bosquejar el plan de cada comedia, revisar con nimia escrupulosidad las anteriores para esquivar toda reminiscencia de ellas. Así he reproducido, por ejemplo, no sé cuántas veces el carácter de *coqueta*, no pocas el de *farsante*, ó de amor, ó de virtud, ó de nobleza, ó de patriotismo, y muchas mas el de *vieja ridícula;* pero ni todas mis coquetas lo son de la misma manera y en iguales circunstancias, ni todos mis buscavidas están vaciados en el mismo molde, ni tengo en mi estudio aparatos litográficos que estampen hasta lo infinito la primer señora provecta cuyas extravagancias me chocaron. Muchas páginas tendria que escribir para sincerarme cumplidamente de tales inculpaciones, y entiendo que, sobre este y otros cargos, mi verdadera y mas concluyente defensa está en la misma coleccion que ofrezco al público; pero limitándome al artículo de *viejas*, si es verdad que hay algunas mas ó menos parecidas en mi teatro, ¿quién no ve, no ya matices, sino rasgos muy pronunciados de diferencia entre la fisonomía de la linajuda y orgullosa *doña Matea* de *A Madrid me vuelvo*, y la comilona *doña Gerónima* de *Achaques á los vicios;* entre la entrometida *Nemesia* de *El Tercero en discordia*, la indolente egoista *doña Eustoquia* de *Todo es farsa en este mundo;* entre la intrépida é insurgente *Marta* de *Flaquezas ministeriales*, y la romántica y delez-nable *doña Ramona* de *El hombre pacífico;* entre la despreocupada *doña Rosalía* de *El qué dirán*, y la pedante y aperreada *Sebastiana* de *Cuentas atrasadas;* entre la intrigante y vengativa *Rufina* de *¡ Cuidado con las amigas !*, y la jugadora é indisciplinada *doña Hipólita* de *Errar la vocacion?* Y á propósito de *viejas*, no por haber acudido reiteradamente á tan respetable repertorio en busca de tipos cómicos, dejo de venerar mucho en general á las señoras mayores, á quienes en mi propio teatro hago mas de una vez la debida justicia, y muy cumplida en la comedia *Una Vieja*, escrita de intento para desagraviarlas á todas.

Otra de las repeticiones en que varias veces he incurrido es la de presentar á una dama en el conflicto de haber de optar entre dos, tres, y á veces cuatro amantes; pero me parece que esto no pasa de pecado venial, siendo como

son distintos los caracteres, así de las heroinas como de sus galanes respectivos, moviéndose cada máquina por medio de diferentes resortes, y produciendo sus funciones diversos resultados.

Hay asimismo en mi caudal cómico desenlaces que semejan á otros, y este tiene aun disculpa mas obvia y mas plausible; porque sabido es que una accion dramática no puede terminarse, á no hacer intervenir en ella causas sobrenaturales, sino de uno de estos cinco modos: desenlazándose por sí misma en virtud de mútuas explicaciones de los interlocutores y á consecuencia de los incidentes que naturalmente produzca el antagonismo de sus pasiones y caracteres; y es el mejor sistema de todos y el que yo he adoptado en la mayor parte de mis invenciones: por medio de reconocimientos entre personas que no sabian unas de otras, ó cuyas relaciones, bien de parentesco, bien de otra especie, eran antes ignoradas ó imperfectamente conocidas: obrándose notables peripecias ó cambios de fortuna en alguno ó algunos de los actores principales: sobreviniendo con mas ó menos preparacion algun personaje nuevo que cambie de un modo sensible la situacion de otros: ligando, en fin, la accion del drama con alguna revolucion política ú otro notable suceso. Ahora bien, ¿cómo es posible evitar, siendo tan limitados los arbítrios legítimos de que un poeta dramático puede servirse, que, por poco que crezca el número de sus obras, resulten entre ellas en esta parte muchos puntos de contacto?

¿Qué diré, por último, de ciertos giros, y modismos, y proverbios, y vocablos triplicados, ó cuadriplicados, ó multiplicados si se quiere, en doscientos mil versos que bien tendrá mi almacen dramático, sin hacer mérito de las obras en prosa? ¿Habré de refutar seriamente cargos como el de un sujeto, para mi desconocido, que le dijo á un amigo mio: «¡Ba! ¡Cosas de Breton!... Siempre es el mismo. En cuatro ó cinco comedias suyas se dice: *eso es harina de otro costal.*» Verdaderamente este es un crímen inaudito, y á quien lo comete se le debe negar el agua y el fuego. Por fortuna hé aquí el punto en que, sin vanidad, me considero menos vulnerable, pues aun los que mas acerbamente me han censurado han convenido siempre en que, ni en los diálogos mas vivos, ni en los metros mas difíciles y revesados, peca de estéril mi imaginacion, ni de forzado y diminuto mi vocabulario.

En suma, no se me podrá reconvenir, puedo asegurarlo, de haberme calcado y reverdecido á mí propio tantas veces relativamente como *Calderon* con sus *escondidos* y sus *tapadas*, como *Molière* con sus *médicos* y sus *cornudos*, ó como *Moratin* con sus *viejos* y sus *niñas;* y razon será que á mí se me perdonen culpas de que no libertó la humana flaqueza á un *Calderon*, á un *Molière* y á un *Moratin*.

Sigo en mi coleccion el órden cronológico; esto es, el de antigüedad en la composicion de cada pieza, que pocas veces ha dejado de coincidir con la fecha de su representacion, y cuando lo altero digo al pié de la página por qué lo hago.

Observará el lector que en los primeros años de mi carrera dramática no abundan tanto como en los sucesivos las producciones originales; y excuso decir que lo son todas las que no llevan el aditamento de traducidas ó refun-

didas. La causa de esta aparente infecundidad es tan convicente como dolorosa. Se pagaban entonces tan mal las obras originales, que para probar cuánto era mísera y precaria la situacion de los escritores, basta decir que *A Madrid me vuelvo*, que en su estreno duró muy cerca de un mes sin interrupcion con muy crecidas entradas, solo me valió 1,300 rs., y en época en que con nada retribuían los empresarios de las provincias, porque nadie respetaba ni reconocía el derecho de propiedad de las obras dramáticas Poco menor era la remuneracion de las traducciones, trabajo harto mas fácil y en que muy débilmente se empeñaba la reputacion del que las hacía. Me apliqué, pues, á traducir cuanto se mi encargaba, porque sin patrimonio y sin empleo, de algo había de vivir un hombre honrado que nunca fué gravoso á nadie, y solo daba tal cual comedia toda mia para cumplir con lo que ya el público tenía derecho de exigirme y mi irresistible vocacion reclamaba, hasta que mejores tiempos me fueron permitiendo no malgastar mi poco ó mucho estro poético en versiones mas ó menos libres de concepciones ajenas. Por tanto, solo doy lugar en esta recopilacion á siete traducciones de las que pude elaborar con alguna mas detencion y esmero, y las he escogido de suerte que entre ellas haya un poco de cada uno de los géneros y escuelas que se disputan el dominio de la escena. Doy tambien dos refundiciones de nuestro teatro antiguo y en nota particular los motivos de comprenderlas en la coleccion. Concedo además en ella paternal albergue á unas cuantas obras inéditas hasta ahora; unas porque en el tiempo en que las escribí ni había editores á quienes acudir, á menos de darles de balde ó poco menos los manuscritos, ni el autor podía ni quería publicarlas de su cuenta; otras porque acertaron á representarse, y con poco ó ningun éxito, cuando el autor no tenia editor determinado ni humor entonces ni nunca de rogar á ninguno con sus escritos. Pero como no siempre un escritor puede repartir como quisiera sus comedias, ni menos elegir el dia ni la hora de su estreno; y como alguna de las mias no publicadas aun se resintió evidentemente de semejantes contrariedades, séame lícito apelar en la prensa de tal cual fallo que aun no sé de cierto si solo se fulminó contra mí.

No sé si me dejo en el tintero alguna de las advertencias que tenía ánimo de hacer al curioso lector: el tomo está ya impreso, y no me conviene retardar mucho su publicacion: los cajistas esperan con los brazos cruzados este desaliñado prefacio, ó proemio, ó lo que sea, y consideraciones de mas de una especie me imponen silencio sobre muchas anécdotas y particularidades de mi vida escénica. Algunas de ellas no serían indiferentes á mis beneméritos suscritores, porque pican en historia; pero espero de su discrecion que se contentarán con lo dicho y con algunas notas especiales que, si gustan, irán leyendo interpoladas con el texto. Yo he ofrecido en el prospecto mis comedias, pero no la historia de mis comedias.

Añadiré solamente, para concluir, que si cada composicion no lleva á la derecha de los interlocutores los nombres de los actores que por primera vez las representaron, es solamente porque no se acostumbra á hacerlo en colecciones tan voluminosas como esta, y porque no constando en muchas de las ediciones parciales, hechas, por convenir así á los editores, con anterioridad

á las representaciones, el llenar ahora tantos huecos seria obra de romanos; pero me complazco en declarar que desde que me dí á conocer como el mas asíduo y laborioso de los poetas cómicos contemporáneos, ya que carezca de otras dotes, no ha habido una actriz ó un actor de nota á cuyos esfuerzos no sea yo en gran parte deudor de mis modestos triunfos. A todos tributo, pues, este público testimonio de estimacion y agradecimiento, y singularmente á los que han tenido mas ocasiones de prestarme su hábil cooperacion; ó por su mayor permanencia en los teatros de Madrid, sobre todo en el del *Príncipe*, hoy *Teatro Español*, que ha sido siempre el de mi predileccion; ó por el puesto que ocupaban en las compañías; ó porque la especialidad de sus talentos se adaptaba mas á la índole de mis habituales producciones.

ADVERTENCIA.

En esta coleccion, hecha con anuencia del autor, va comprendido lo mas selecto de su Teatro y de sus Poesías sueltas, con algunos artículos en prosa de los mas celebrados. La mayor parte de las obras dramáticas pertenecen al género cómico, que es el que mas ha cultivado y en el que mas se ha distinguido este poeta, y por natural analogía son de índole satírica y epigramática casi todos los demás opúsculos indicados. Mas para que pueda ser juzgado en diferentes conceptos, se ha procurado dar la posible variedad á esta edicion, particularmente en las obras de teatro, que son las mas numerosas, incluyendo algunos dramas escritos segun la romántica escuela moderna bien entendida, tales como *Elena*, *Don Fernando el Emplazado* y *La Batelera de Pasajes*. Aun dentro del género puramente cómico, se ha cuidado de amenizar el conjunto con la diversidad de asuntos y caracteres, y el editor se lisonjea de ofrecer al público en estos dos tomos una pintura fiel, ingeniosa y casi completa de las actuales costumbres de España, especialmente en la clase media. *La escuela del Matrimonio*, comedia estrenada con universal aplauso despues de impresa la coleccion de Madrid, forma parte de la presente, á la cual hemos añadido tambien alguna otra obrilla, el retrato del autor y noticias auténticas sobre su vida y escritos.

APUNTES BIOGRAFICOS.

Hijo de padres nobles, aunque escasos en bienes de fortuna, nació don Manuel Breton de los Herreros en la villa de Quel, provincia de Logroño, el dia 19 diciembre de 1796. Desde la infancia se mostró poseido del estro poético, pues aun no habia cumplido siete años cuando ya improvisaba redondillas sobre cualquiera *pié* que le diesen, costumbre de su país en las comilonas con que aquellos naturales, á falta de espectáculos y otras diversiones, gustan de solemnizar las grandes festividades religiosas, ó los acontecimientos plausibles para cada familia, como bodas, etc. Aun se recuerdan en Quel, despues de medio siglo, algunas de aquellas improvisaciones, y como muestra de lo que ya prometia el naciente ingenio de Breton, citaremos una. Era la vigilia de la Natividad del Hijo de Dios, que en todos los hogares de la católica España, y singularmente en los pueblos de provincia, se celebra con opípara cena, prescindiendo de la abstinencia canónica, y con baile, música, bulla y zambra, hasta que ponen término á tan piadosa algazara el cansacio y el sueño. En aquella alegre noche cada casa es una república, y en todas una verdad los tres famosos principios *Libertad, Igualdad, Fraternidad:* con los niños no rige aquello de *un huevecito y á la cama*, y los criados alternan familiarmente con los amos. En la noche á que nos referimos hubo villancicos con acompañamiento de guitarras y zambombas y rabeles, jota y fandango, juegos de prendas, acertijos, interpelaciones picantes, chanzas pesadas, cascajo y verduraje, besugada y turrones, y mosto largo, y anisete á discrecion. A su tiempo rompió el tiroteo de las redondillas de pié forzado, en que hubieron sin duda de proferirse atrocidades poco gratas al dios del Pindo, y no las mas aceptas al verdadero y único cuya gloria se ensalzaba. Entre las criadas presentes habia una que se llamaba *Segunda*, y como un circunstante diese por pié al poeta en cierne este verso : *La mejor es la Segunda*, prorrumpió en la siguiente cuarteta, cuyo desenfado sorprendió agradablemente á toda la tertulia :

Para pegarle una tunda
Con las faldas levantadas,
Entre todas las criadas
La mejor es la Segunda.

Por el año de 1806 se trasladó á Madrid con su padre, que siéndolo ya de otros tres hijos, sin los que venieron despues, y confiando en el valimiento

de parientes poderosos, pretendió varios destinos sin obtener ninguno, consumió en la córte gran parte de su menguado patrimonio, y pasado un lustro de afanes y desengaños, falleció de enfermedad en la flor de sus dias. El niño Manuel, educado por los padres escolapios, se habia aventajado á sus condiscípulos en el estudio de las humanidades, y ya principiaba á cursar otros mas serios cuando, precoz en su desarollo físico no menos que en su inteligencia, bien que todavía adolescente, pues solo contaba quince años, se alistó voluntariamente en la filas de la patria por setiembre de 1812, y sirvió, primero como soldado raso y luego como distinguido, hasta que obtuvo su licencia absoluta en 1822.

Concluida la guerra de la Independencia, y cesando por consiguiente la noble causa que le impulsó á abrazar la carrera de las armas, suspiraba ya Breton por otro género de vida que le permitiese consagrarla de lleno al culto de las musas. Todavía, despues de dado de baja en el ejército, tardó otros dos años en ver realizados sus deseos. Precisado á aceptar para subsistir un modesto destino en rentas, y desempeñando, á pesar de su inferior categoria, el cargo de secretario de la intendencia de Játiva y luego de la de Valencia; sin libros, sin amigos ilustrados; interrumpidos por tanto tiempo y casi olvidados en los campamentos y en las guarniciones sus estudios, no le era dado escribir cosa de algun fundamento, y empleaba sus limitados ocios en componer himnos patrióticos, tal cual poesia amatoria ó satírica y otras obrillas tan efímeras como incorrectas. Tampoco permitian mas aquellos tiempos azarosos: ardía en España la lucha civil; Breton era liberal; su partido se desmonoraba y fallecia por momentos, y á las alarmas, retiradas y derrotas siguieron las persecuciones y los insultos y los suplicios de la apostólica reaccion. Una sola produccion de alguna importancia habra emprendido el autor, siendo militar y aprovechando, á la edad de diez y nueve años, la licencia que obtuvo de sus jefes para pasar una temporada entre deudos y amigos. Fué esta composicion la comedia intitulada *A la vejez viruelas*, que, representada en 14 de octubre de 1824, fué acogida con benevolencia, y marcó al autor la senda literaria que debia seguir, como la mas conforme á su peculiar talento y á su aun latente vocacion. Desde entonces, perseverante en el estudio, tenaz, en el trabajo, dió principió á la larga serie de obras dramáticas cuyo número y cualidades se expresan en el prólogo que antecede del señor *Hartzenbusch*, alternándolas con infinidad de diversas poesías sueltas, como sátiras, letrillas, romances, etc., artículos de costumbres y otros opúsculos literarios, y cumpliendo al mismo tiempo con sus deberes de empleado. Retirado á la vida privada mientras duró el absolutismo, sirvió al gobierno constitucional desde 1834; primero en la jefatura política de Madrid, luego en la Biblioteca nacional, mas tarde y en pos de tres años de cesantía, de resultas de un *pronunciamiento*, en la imprenta nacional, como administrador de ella y director de la Gaceta de Madrid, desde diciembre de 1843 hasta junio de 1847, en que obtuvo su actual plaza de bibliotecario mayor y director de la Biblioteca nacional. Es individuo de la real Academia española desde 1837, pertenece á otras varias corporaciones literarias de España y extranjeras y está condecorado con la cruz de comendador de número de la órden de Carlos III.

Como hombre estudioso hasta no mas, y por lo mismo poco comunicativo fuera del círculo de sus amigos, sin ambicion, sin afan de brillar en palacios ni en tribunas, metódico, morigerado y de apacible condicion, no es de aquellos que legan á la posteridad, ó á lo menos lo pretenden, ruidosas vicisitudes y peregrinas anécdotas. Por tanto, prescindiremos de algunas particularidades, mas ó menos exactas, que de él se refieren en otras biografías. Su vida son sus escritos; pues, autor infatigable, si de otros, y de él mismo muchas veces, se ha podido decir con fundamento que *han escrito para vivir*, la inversion de esta frase cuadra como á ninguno á don Manuel Breton de los Herreros, porque, en efecto, parece que *solo vive para escribir*.

PROGRESOS Y ESTADO ACTUAL

DEL ARTE

DE LA DECLAMACION

EN LOS TEATROS DE ESPAÑA[1].

Aceptemos ante todas cosas el vocablo *declamacion*, á falta de otro mas adecuado y expresivo, para significar el arte de representar obras dramáticas, excluyendo de ellas, por supuesto, las líricas, pantomímicas, ecuestres, y con mas razon otras aun mas inferiores en categoría que las últimamente nombradas, no obstante su afinidad mas ó menos remota con el drama; esto es, con la imitacion viva, ora hablada, ora cantada, ora gesticulada de la vida y costumbres de la humanidad. Cualquier otra palabra que quisiéramos sustituir á la que encabeza este artículo cumpliria menos con su objeto. *Representacion* á secas, sería muy vaga, y aplicándole los adjetivos *escénica* ó *teatral* generalizaria demasiado la idea : tampoco sería á propósito la voz *histrionismo*, que, sobre ser ya en el dia mal sonante, mas bien se refiere al modo de existir los actores como clase y á la historia de todos ó algunos de sus individuos que á la de su profesion : *arte del teatro*, así puede aplicarse á los que escriben comedias como á los que las recitan sobre las tablas, y con los mismos ó mayores inconvenientes habríamos de tropezar acudiendo á otra diccion y aun cláusula breve para reemplazar la locucion ya por el uso consagrada, que, como sabe todo el que haya saludado la gramática, fué siempre y es y será *et jus et norma loquendi*. Llamemos, pues, *declamacion* al arte consabido, y ahorraremos circunloquios.

No falta quien pretenda negar á la *declamacion* la cualidad de *arte* en el mas noble sentido de esta palabra, y el vulgo de los cómicos no ha dejado de contribuir á opinion tan infundada llamando modestamente *ejercicio* á su modo de vivir. En efecto, *ejercicio* y no otra cosa sería su profesion, pues ni aun el nombre de *oficio* mereceria, si todos los que se dedican á ella la limitasen, como algunos, á ejercitar maquinalmente la memoria y los pulmones, tomando de coro los papeles que se les reparten y recitándolos luego en el escenario como Dios y el apuntador les dan á entender; y aun los hay tan desmemoriados, tan indolentes ó tan confiados en su buena organizacion para *orechianti*, que se dan por cumplidos y satisfechos con la mecánica repeticion de lo que les reza el consueta; en lo cual no aventajan mucho á los montes, que, obedeciendo por su particular situacion á las repercusiones del aire, reproducen los sonidos fuertes, sean ó no articulados. Pero arte es la declamacion, y que puede contarse entre las llamadas liberales, si el que la practica ha de cumplir con todas sus condiciones y comprender, ya que á vencerlas no acierte, todas sus dificultades : arte es, y no vulgar, pues requiere una vocacion decidida, ta-

(1) Se ha escrito este artículo en el año de 1852.

lento mas que mediano, dotes físicas y morales que no á todos concede la naturaleza, estar muy versado en lo que se llama ciencia del mundo, y por último, una instruccion no tan limitada como desgraciadamente suele serlo en la generalidad de los actores. Se pretende, no obstante, atribuir á la declamacion condiciones y virtudes que no tiene, al menos en tan alto grado como algunos suponen. De actores eminentes vivos y difuntos se ha dicho que han *creado* tales ó cuales papeles, como si los poetas no hubieran hecho otra cosa que indicar sumariamente la situacion del personaje, dejando al arbitrío del actor el expresarla con la palabra y con la accion del modo mas adecuado; como si ya no hubiese harto mérito en la fiel y genuina interpretacion de los pensamientos escritos por aquel, ó como si estos nada fuesen sin la gesticulacion, los ademanes y el traje con que forzosamente ha de contribuir el representante para trasmitirlos al auditorio con la debida verosimilitud. No; esto no es crear; esto es solo *imitar;* y no el todo, sino una parte, aunque muy principal, de la cosa imitada; esto no es *inspiracion*, sino *habilidad*, aunque habilidad mas excelente que la del artífice que la muestra en una manufactura, siquiera sea de las mas delicadas y primorosas. Si en la representacion teatral fuesen lo mas importante los movimientos del rostro, de las manos, etc., no veríamos con indiferencia y hasta con fastidio la parte puramente mímica de los bailes escénicos; no sería preciso para bien entender su argumento, y aun el de las óperas, proveerse previamente del respectivo *libretto*. Queremos conceder que algun actor de mucho, y muy cultivado talento pueda superficialmente corregir el papel que representa y darle la última mano, por decirlo asi, sin variar una sola palabra del texto; bien sea emitiendo con mayor énfasis las cláusulas que carezcan de la suficiente energía para significar la idea misma del escritor; bien atenuando en la pronunciacion las que pequen por el extremo contrario; ó ya evitando, por medio de una discreta y rápida transicion, que los espectadores fijen su atencion en uno que otro vocablo mal sonante; pero este trabajo de pulimento no supone el *númen* que toda creacion artística requiere, ni está exento de graves inconvenientes, que pueden excusarse ensayándose los dramas con alguna mas formalidad y mayor esmero de lo que en muchos de nuestros teatros se acostumbra. Pónganse de acuerdo el actor y el poeta, aquel para dar la expresion y el colorido convenientes al papel que se le confia, y éste para explicar el verdadero sentido de una frase que parezca anfibológica al actor, ó que en efecto lo sea. Háganse de antemano por uno y otro las supresiones ó enmiendas ó adiciones necesarias en la parte que á cada cual incumba; y el poeta nada perderá con deferir á los consejos que en beneficio de la obra le dicte la pericia del actor, y este no se expondrá á cometer mas de un contrasentido, ó por dejarse llevar de un celo que de eficaz puede pasar á temerario, ó por el inmoderado afan de oir bravos y palmoteos. Posible es, no lo negamos, y aun probado en mas de una ocasion, que obras de muy escaso mérito literario se acojan con benevolencia y hasta con entusiasmo en la representacion; y esto sin que el éxito se deba, como con harta frecuencia sucede, á *comisiones de aplausos* aguerridas y bien disciplinadas, al grande interés de la fábula, que hace olvidar sus defectos, ó á estar confeccionada para halagar *invito Apolline* las pasiones de la multitud : sin tales alicientes y apelando al *charlatanismo* del arte, pueden dar uno ó mas actores, ó todos los de la compañía, cierto valor ficticio y transitorio á producciones medianas; pero ¡ á cuántas muy sobresalientes ha dejado de hacerse la debida justicia, por el desden y la torpeza y el abandono y la falta de estudio y de ornato con que se han estrenado ! Y de la sobrada fortuna de aquellas como de la no merecida desgracia de estas ¿ qué se infiere? Que ni unas ni otras han sido con justa y severa propiedad ejecutadas. Aunque una comedia no se represente á la perfeccion, conmoverá, deleitará generalmente mucho mas viéndola representada que oyéndola leer : esta es una verdad que no ha menester demostracion; pero no es menos cierto que la simple lectura es preferible, sobre todo si la hacen personas entendidas, á la misma representacion, por perfecta que sea, para percibir ciertos primores del diálogo, que por no ser muy de relieve se escapan á la penetracion del actor ó al oido del espectador, por cualquiera de los mil accidentes que interrumpen en una ú otra localidad el silencio necesario ó distraen la atencion; y lo que decimos de las bellezas es asimismo aplicable á los defectos. Toca, pues, entre estas dos artes el primer lugar al poeta; el segundo al actor. La representacion puede añadir, y de hecho añade ordi-

nariamente atractivos al drama, pero no es necesario complemento de él, como algunos acaso lo imaginen. El cuadro está acabado y perfecto antes que el grabado lo multiplique, la imprenta solo puede y suele añadir erratas á la obra que reproduce hasta lo infinito; el músico instrumentista no ha compuesto las notas que traslada del papel á las teclas del piano, á los registros de la flauta ó á las cuerdas del violin; y no por eso dejan de ser artes muy útiles y mas ó menos meritorias el grabado, la imprenta y la música instrumental. Compárese, si se quiere, al actor respecto de una comedia con el padrino respecto del niño que saca de pila : uno y otro pueden lucirse, y con beneficio de lo que prohijan ; pero ni aquel habrá compuesto la pieza de teatro, ni éste, piadosamente juzgado, habrá engendrado el parvulito. Pueden existir los dramas sin los actores, como lo prueban muchos que no se han representado, y no todos por ser malos, así como viven muchas criaturas sin el agua redentora, si bien con la desventura de no admitirlas en su gremio la santa madre Iglesia.

La prioridad que acabamos de establecer entre una y otra arte no tiende á ensalzar á la una á expensas de la otra, sino á poner á cada cual en su verdadero lugar, circunscribiendo sus limítes naturales; y en prueba de nuestra imparcialidad confesaremos que los escritores dramáticos serian, casi en su totalidad, pésimos representantes de sus propias composiciones. Y ¿cómo no, si muchos de ellos y de los mas notables, ni aun aciertan, á leerlas bien; esto es, de un modo que recree y cautive al auditorio? Y la razon es clara : ni hacen profesion de buenos lectores, ni para escribir excelentes dramas se ha necesitado nunca voz sonora, expedita pronunciacion y otras cualidades físicas de que no pueden los actores dispensarse. Hubo un *Lope de Rueda*, un *Shakspeare*, un *Molière* que fueron á la vez escritores y comediantes; pero solo en el primer concepto han pasado sus nombres á la posteridad, aunque sin duda en uno y en otro fueron sobresalientes; y estas y otras excepciones de que pudiéramos hacer mérito, aunque prueban, que un mismo sujeto puede ejercer simultáneamente ambas artes, dejan en pié nuestro aserto de que son independientes entre sí, sin embargo de su aparente analogía.

Pero sin conceder á la declamacion todos los títulos que algunos de sus adeptos se arrogan pore exceso de amor hácia ella, ó buenamente aceptan de amigos lisonjeros, sobrados son los que tiene á la consideracion, á la simpatía y al aplauso de las gentes. Haber de dar la vida á un cuaderno de papel insensible y mudo; comprender y expresar los pensiamentos ajenos como si fuesen propios, y esto aunque repugnen á su conviccion ; amoldar su rostro á todo género de sensaciones y las inflexiones de su voz á todo linaje de acentos, haciendo cuotidiana violencia á su índole, á su carácter, á sus hábitos particulares; llorar sin dolor, reir sin alegria, admirarse sin motivo, temblar sin miedo, enfurecerse sin ira, requebrar sin amor; hoy ser viejo y mañana jóven ; hoy peon de albañil y mañana emperador; ahora católico y despues sarraceno; y lo que es mas, mujer en Madrid y hombre en Barcelona; ¡ cuántas facultades de alma y de cuerpo, cuánto talento de observacion, cuánta facilidad de imitacion, qué organizacion tan privilegiada, cuánta aplicacion, cuánta, perseverancia, que de improbas tareas intelectuales y mecánicas no requiere un arte que á tales condiciones está sujeto! Porque no le basta al que lo profesa ser apto para mostrarse poseido de las pasiones humanas, sino que en su imitacion ha de tener en cuenta las diferentes modificaciones, los distintos matices y accidentes que exige cada personaje, segun su carácter, su educacion, su categoría, y segun las diversas situaciones en que el autor le ha colocado ; para lo cual necesita el actor estar dotado de una sensibilidad exquisita, y al mismo tiempo de la rara virtud de subordinarla al decoro de la escena, que siempre pide verosimilitud en semejantes espectáculos, pero muy rara vez consiente en ellos la desnuda y rigorosa verdad. Esclavo de la memoria, nunca le es lícito al cómico manifestar sus sentimientos con otras palabras que las que aprendió, ni aunque quisiera le sería posible hacerlo sin que en aquel punto se terminase la funcion entre silbidos estrepitosos. En una palabra, ha de fingir con toda la propiedad posible que habla y acciona por inspiracion propia; pero, como no le es dado fingir en las tablas ni mas ni menos que lo que otro fingió sobre el papel en su gabinete, es hombre perdido si cuando habla olvida que está figiendo. La imitacion es la esencia de todas las artes, pero el poeta, el pintor, el músico, todos los artistas menos el actor cuentan con algun respiro, con algun ensanche en los medios de cultivar las suyas : aquellos pueden tomarse todo el tiempo

que quieran para corregir y limar sus obras, y aun el simple cantante puede impunemente *apuntar* tal cual nota, si no la alcanza bien, y hasta trasportar cláusulas enteras, quedándole siempre cierta libertad en lo que llaman *fioriture;* pero no hay enmienda posible para el representante que dice un despropósito por falta de memoria ó de inteligencia. *Nescit vox missa reverti,* El poeta, cuyas concepciones se obliga el actor á comunicar de viva voz al público, ha podido elegir á su placer el argumento del drama, observando con calma y madurez los preceptos del arte; algunos de los cuales en vano quisieran proscribir los anarquistas literarios, como el de *sumite materiam vestris qui scribitis æquam viribus,* etc.; mas para el actor na hay *materiam*, ni *viribus* que valgan : bien puede proveerse de todas las fuerzas de Sanson, y de todas las caras de Proteo, ó ver para qué ha nacido. El poeta cuando se cansa deja su trabajo *in statu quo,* y se va á paseo ó se echa á dormir : el comediante con pocos y breves intervalos ha de representar en dos horas lo que aquel pudo escribir en dos años. Al alumno de las musas le es dado en todo tiempo consultar con sus amigos ó con los libros, que son los mejores amigos; pero el cursante en la escuela de Roscio ¿ interrumpirá el diálogo en que está empañado para interrogar sobre el sentido de una frase ó sobre el efecto de una transicion, no ya á las tradiciones vivas que se conservan en los camarines y entre bastidores; no ya á lo poco que hay escrito sobre el arte de la declamacion, sino aun al mismo autor de los versos que recita?

Sirven los ensayos de alguna compensacion á tales desventajas, pero faltando como falto en ellos, menos en uno ó dos de los mal llamados generales, la decoracion, el acompañamiento, los muebles, los trajes, y sobre todo los espectadores, siempre tiene mucho de improvisado y no poco de fortuito el estreno de una funcion.

Sin embargo, tantas fatigas y tantas contigencias ¿ obtienen digno galardon en la celebridad, en la gloria á que pueda con ellas aspirar el actor mas sobresaliente? No por cierto. Oirá palmadas y vitores un dia y otro; le celebrarán en los cafés, en los poriódicos, en las sociedades, y hasta en los palacios; caerán á sus piés ramos, coronas, palomas, sonetos acrósticos; le halagará con mas ó menos contradiccion el aura popular, mientras la juventud y la robustez no le abandonen ó el vulgo ingrato y versátil no le arroje del pedestal para alzar en él un ídolo nuevo; gozará mucho de presente, ó al menos excederán sus satisfacciones á sus contratiempos; pero de los dones de su talento no quedará un solo testimonio auténtico á la posteridad; pues aunque la Imprenta perpetúe los versos, *que no son suyos*, no hay forma de imprimir la enérgica, la persuasiva propiedad con que los articuló, ni las actitudes, ni la expresion del rostro, ni nada en fin de lo que constituye su arte; y si de esto último pueden dar imperfecta idea el pincel ó el buril, solo será contrayéndola á lo mas gráfico y culminante de una escena dada; solo constará su mérito en tal cual ligero y diminuto y quizá apasionado artículo de crítica, á cuyo autor habrá que creer por su palabra; mas nada de positivo dejará en pos de sí, lo repetimos, ni á la admiracion, ni á la enseñanza de las futuras edades. Así, no es de maravillar que la mayor parte de los actores sean tan codiciosos de aplausos, ni que á todo trance y hasta por medios nada legítimos se los procuren algunos; ni hay que culpar que á muchos les escueza y les irrite la censura, por mas fundada y comedida y amistosa que sea : lo que es inconcebible ciertamente es la heróica indiferencia con que ciertos comediantes adocenados suelen mirar todo lo que no sea huir cuanto puedan el cuerpo al trabajo y cobrar puntualmente su sueldo.

De no haber vida póstuma para el actor, es consecuencia necesaria el carecer de historia el arte de la declamacion. Se hallarán, si bien se rebuscan, algunos datos sobre los lugares mas ó menos adecuados donde dieron principio y continuaron despues los espectáculos escénicos, pasando desde los templos donde primero se inauguraron á las plazas públicas y á las encrucijadas sobre toscas y mal unidas tablas; de allí á corrales descubiertos; luego á mal llamados teatros á medio cubrir, y por último á otros que con el tiempo se fueron perfeccionando. Agustin de Rojas, Cervantes, Pellicer, Moratin y otros autores nos dirán algo de los lentos progresos que fueron haciendo las compañías de representantes, creciendo poco á poco en número y en condiciones de vida y acierto; sabremos cuándo depusieron nuestros cómicos las barbas de chivo que usaron como en equivalencia de las carátulas de los antiguos; averiguaremos cuándo principiaron á representar mujeres en lugar de los rapazuelos que suplian, tan pícaramente como es de presumir, á esta

parte preciosísima del género humano, y nos informarán, en fin, aunque con poca precision, de otros accesorios; pero á excepcion de los elogios de tabla, en todo tiempo prodigados á los actores principales, nada nos dirán, porque nada pueden decirnos, de cómo los llegaron á merecer los que en efecto los mereciesen, al paso que nos contarán mil anécdotas de su vida artística y privada, que por lo general poca luz pueden darnos para investigar lo que unos ú otros ó todos juntos pudieron en cada época contribuir al perfeccionamiento del arte. Tendremos, pues, que fundar nuestras opiniones en meras conjeturas, á falta de documentos fehacientes.

Desde luego se nos ocurre, porque así hubo forzosamente de suceder, que el teatro representado siguió en sus progresos al teatro escrito; si bien á muy larga distancia, porque el segundo tiene vida propia, y el primero nunca hubiera salido de su ruda infancia sin el auxilio de otras artes.

Sabido es que el orígen de nuestro teatro nacional fué bastante posterior á la formacion progresiva del habla castellana, habiendo muerto, desde mucho antes que las belicosas milicias del Norte se repartiesen el despedazado imperio romano, el arte escénico que aprendieron de los griegos sin perfeccionarlo los Plautos, los Sénecas, y los Terencios. Sabido es asimismo que el renacimiento del drama en Europa, casi simultáneo en todas las monarquías que antes fueron provincias romanas, se debió á los sacerdotes del Crucificado, como muchos años antes lo inauguraron en Aténas los sacerdotes de Baco, y que si bien no puede negarse á nuestros cómicos tonsurados las mas sanas y piadosas intenciones, pronto se vieron estas lastimosamente malogradas, mezclándose á los santos misterios de nuestra religion, únicos argumentos de aquellos informes ensayos, no pocas ni leves profanidades, tanto mas reprensibles, cuanto que las representaciones tenian lugar en los mismos templos. Contra semejantes abusos no tardaron en fulminar graves censuras los Sumos Pontífices y los concilios, durando, sin embargo, los escándalos, aunque réprimidos por intervalos mas ó menos largos, hasta muy entrado el siglo XV, y en algunos puntos hasta el siguiente. Se ve, pues, que los rudimentos del arte en esta segunda época nada tuvieron que envidiar á las heces y á la carreta de *Thespis*.

La escena castellana, así inaugurada como á mediados del siglo XI, por el mismo clero que mas adelante, y siendo harto menos reprensible y grosera, la habia de combatir tenaz y encarnizadamente, tardó mas de otros tres siglos en salir de la infancia, á lo cual hubo de contribuir en gran manera la especie de monopolio que del arte histriónico hicieron los cabildos eclesiásticos, cuyo personal no debia de ser el mas á propósito para dar á los fieles tan mundanos espectáculos, y tampoco es de extrañar que estos no se conociesen ó al menos no se generalizasen fuera de los templos, pesando ya en aquella época la nota de infamia sobre los representantes de oficio. Tambien fueron causa y poderosa de que por largas centurias se mantuviese estacionario el arte de la declamacion las turbulencias de los reinados de Sancho el Bravo, Fernando IV, Alfonso XI, don Pedro, y todos los demás que siguieron hasta el de don Juan II, que, si bien borrascoso y agitado como el que mas, fué notable por el rápido incremento que en él tomaron todos los ramos del saber humano, y señaladamente la poesía, cultivada con brillo por los mismos magnates que traian al reino dividido en sangrientas parcialidades, y aun por el mismo monarca. Pero, si ya por entonces se representaron en los palacios de los grandes algunas farsas menos informes, y algo ganó la escena en regularidad y decoro, perdió lo poco que habia adelantado, y hasta casi de todo punto llegó á verse suprimida y olvidada con el advenimiento de Enrique IV al trono de Castilla, para dar al mundo, á falta de otros mas cultos, amenos é inofensivos, el triste y vergonzoso espectáculo de su impotencia física y moral, y el de los ultrajes y desventuras que trabajaron su deplorable existencia.

Del reinado de los reyes Católicos, glorioso por tantos títulos, y sobre todo desde la reconquista de Granada, data la verdadera creacion de nuestro teatro, que nació, puede decirse, con el siglo XVI.

Sin dramas que tal nombre mereciesen, sin actores de profesion, y hasta sin teatros, ¿qué fué, qué pudo ser en España la declamacion teatral en la época que hemos bosquejado? Un tosco embrion de lo que llegó á ser con el tiempo, un pensamiento mal digerido y apenas iniciado.

Juan de la Encina, clérigo, músico, poeta y representante, fué el verdadero padre de nuestro teatro. Sus composiciones dramáticas, ó mas bien bucólicas, aunque muy sencillas, se recomendaban por su buen lenguage, fácil versificacion, y cierta gracia

natural que aun hoy recrea en la lectura. Favorecidas primero sus égoglas con la proteccion y aplausos de la corte, pasaron pronto á deleitar al público, y ya hubo cómicos seglares que las representasen; cómicas no: Hubiera sido demasiada temeridad para aquellos tiempos.

Desde entonces fué en aumento la aficion á este ramo de literatura, cuyo cultivo facilitaban nuestras conquistas y ascendiente en Italia, mas adelantada á la sazon en artes y ciencias que el resto de Europa; y ya Plauto y Terencio principiaron á ser conocidos en España por traducciones mas ó menos libres, mas ó menos felices, si bien es de presumir que pocas de ellas llegaron á ser representadas.

Bartolomé de Torres Naharro aventajó mucho á su contemporáneo Juan de la Encina, escribiendo en Roma, donde residió, varias fábulas cómicas de mayor extension y artificio, y en lenguaje mas culto y adecuado, las cuales no tardaron en ser conocidas y aplaudidas en España. A Naharro siguieron otros autores de crédito, tales como Vasco Diaz Tanco, autor de tres tragedias; las primeras que se escribieron en castellano, y que por desgracia no han llegado hasta nosotros; Cristóbal de Castillejo, mas célebre por sus composiciones líricas; Fernan Perez de la Oliva y otros muchos, viniendo luego á eclipsar la fama de todos ellos Lope de Rueda, que se distinguió no menos como famoso poeta dramático, para aquellos tiempos, que como hábil ó ingenioso representante.

Pero el mal gusto se había apoderado ya de nuestro teatro; para lo cual pudieron concurrir varias causas. 1ª. La indiferencia con que desde luego fueron miradas estas clases de tareas, y los que se dedicaban á ellas, por los que mas obligacion tenian de darles estímulo y buena direccion, siendo solo lucrativas las facultades de teología, jurisprudencia y medicina, y mirándose en nuestras universidades con sumo desden la amena literatura, que por sí sola no conducia á los honores y empleos. 2ª. Las condiciones exóticas del breve reinado de Felipe I, las no muy favorables al desarollo de las artes indígenas que en esta parte hubieron de deslucir el imperio de Carlos V, tan glorioso bajo otros conceptos; pues sabido es que sus incesantes guerras, los graves negocios que de contínuo le abrumaron y hasta el gran número de estados que llegó á reunir bajo su dominacion no le permitian largo asiento en ninguno, ni parece que codiciaba mucho la residencia de España, pues no la tuvo permanente en ella hasta que abdicando todas sus coronas, le plugo acabar sus dias en el monasterio de Yuste. 3ª. Lo mucho que ya se habia generalizado la lectura de los libros de caballería, que legaron á la escena, con sumo beneplácito de la ignorante multitud, sus maravillosas monstruosidades. 4ª. La infinidad de comedias y autos que pusieron en accion los misterios de nuestro dogma religioso, y las vidas de todo género de santos, patriarcas y profetas, vírgenes y ermitaños, mártires y confesores; no sin mezclar lo cómico con lo trágico, y lo mistico con lo profano.

Con el mayor aparato escénico, y con el establecimiento de teatros fijos, malos ó buenos, creció la manía de complicar, ó por mejor decir, embrollar la fábula dramática hasta hacerla absurda; y aunque no faltaron escritores que tradujeran y publicaran las poéticas de Aristóteles y de Horacio, y aun alguno (Alfonso Lopez, llamado el *Pinciano*) compuso otra con juiciosos preceptos para la dramática, nadie se cuidó de observarlos, ni de imitar los buenos modelos griegos ni latinos, ni menos las pocas obras originales que por entonces se escribieron con alguna regularidad. Ni el mismo Cervantes, á pesar del peregrino talento que en otro género de tareas le inmortalizó, y sobre todo en su *Ingenioso Hidalgo*, logró dar acertada direccion al teatro, ni siquiera á producir dramas, cuyo relevante mérito, en lo que permitia la indisciplinada escuela vigente, diesen á la misma aquella brillante sancion que despues recibió del popular y fecundo Lope de Vega.

A este fenix de los ingenios castellanos han acusado algunos de corruptor de nuestra escena. Inculpacion injusta: harta corrompida la halló, y si de algo se le puede culpar es de no haber llevado á ella la correccion, la sobriedad, la verosimilitud, como llevó la sana doctrina moral, la bella pintura de varios caracteres, el patético interés de muchas situaciones y tantas galas de alocucion y de poesía. Para haber obrado en el teatro español una reforma mas filosófica, mas completa, sobraron á Lope la inteligencia, la erudicion y el injujo. No lo hizo así porque, halagado con una larga y no interrumpida serie de triunfos hasta los últimos años de su vida, gustó de dejar que campease libremente su lozana imaginacion, y pudiendo imponer leyes á un público que le adoraba, prefirió recibirlas de

él, si leyes fueron los aplausos con que á porfía y sin exámen eran acogidas todas sus tareas.

Siguieron y perfeccionaron esta nuestra escuela dramática novelesca otros ingenios, si no tan fecundos, superiores acaso á Lope, cuál en una, cuál en otra de las dotes que las obras de teatro requieren : Tirso de Molina y Moreto, dando á sus fábulas mas intencion cómica; Alarcon siendo mas doctrinal y de frase en general mas correcta y menos afectada que todos los dramáticos contemporáneos; Rojas con dar mas lugar al juego de vehementes pasiones y mas nervio al diálogo; todos con aumentar el artificio y dar mas regularidad y verosimilitud á la accion en lo posible, atendido el sistema adoptado; y sobre ellos Calderon, que en todas estas cualidades, menos en la de la fácil versificacion, en que no llegó á Lope ni á Tirso, los aventajó á todos. Él llevó la patria escena á su apogeo, y con sus últimos alientos principió á decaer rápidamente, valetudinaria en Candamo, mas que achacosa en Zamora, y muerta en fin con Cañizares.

Con el advenimiento de la casa de Borbon al trono castellano, se fué introduciendo en nuestra literatura dramática, lenta, trabajosa y estérilmente otra escuela mas sujeta á los preceptos de Aristóteles y Horacio, aunque menos lozana y espléndida : la escuela francesa; pero si bien hizo perder mucha influencia al magnífico repertorio nacional del siglo XVII, con nada notable lo reemplazó hasta fines del XVIII, pues casi todo el surtido de nuestros coliseos se reducia á malas traducciones é infelices imitaciones de obras francesas ó italianas, no todas selectas, hasta que escritores de mas instruccion y criterio, como Ayala, Trigueros, Huerta, Jovellanos, Forner, Iriarte, Cienfuegos, Quintana, y otros principiaron á dar nueva vida á nuestra escena con dramas originales de indudable mérito. Coetáneo de todos ellos, y muy superior en el género cómico, fué don Leandro Fernandez de Moratin el regenerador de nuestro teatro; esto es, en cuanto á darle animacion y gloria; que por lo que respecta al principal objeto de la musa dramática, que es el de representar hechos y costumbres de la vida humana con tal apariencia de verdad que conmuevan, interesen y persuadan como si realmente estuviesen sucediendo; en este concepto, repetimos, fué su verdadero fundador, aunque sean muy estimables los ensayos en que con el mismo propósito le precedió don Tomás de Iriarte.

Por desgracia, si desde su primer comedia *El viejo y la niña*, hizo tanto en favor de la razon, de la decencia y del buen gusto, su semilla, de superior calidad, pero escasa, pues entre originales é imitadas apenas pasan de media docena las comedias que quiso escribir, no fructificó tanto como hubiera sido de desear, porque en su tiempo estragaron de un modo lastimoso el paladar del público los Valladares, los Comellas, los Zavalas, y otros *ejusdem fúrfuris* con un género de drama espurio y plebeyo, que, si pecaba menos que el creado por Lope de Vega contra las unidades horacianas, lánguido y pobre en la versificacion, trivial y mas que humilde en el estilo, vulgarísimo en la doctrina, infeliz en la trama, solo tenia el mérito negativo de no apoyar máximas contrarias á los dogmas de la Iglesia católica, á las buenas costumbres ni á las regalías de S. M. El mismo Moratin ajustició en su immortal *Comedia nueva* á este Diocleciano del sentido comun, con su forzado séquito de presos y alcaides, emperadores y soldados, víctimas y verdugos, Tarquinos y Lucrecias, y sitios y batallas, y Rusias y Suecias, y clamores soporíferos y hambres calagurritanas. Pero el público ¡ni por esas! Una parte de él, la mas ilustrada, empezó á conocer lo bueno y á gustar de ello; faltaba, sin embargo, quien se lo diese, al menos con la frecuencia que la ya iniciada revolucion teatral demandaba; y entretanto para dar gusto á los mosqueteros sobraban dramotes de espectáculo mal traducidos del francés, y absurdos comedion s de mágia groseramente servidos y decorados, alternando unos y otros con el caudal antiguo, que ya principió á no estar muy en boga.

Maiquez, de vuelta de su viaje á París, sobre dar al arte de la declamacion grande impulso, como veremos mas adelante, no contribuyó poco al auge y perfeccionamiento de le literatura dramática. Actor sobresaliente, inspiró á algunos buenos ingenios composiciones dignas de ser interpretadas por él, y celoso director de escena, ó formaba con su ejemplo, ya que no con su enseñanza, otros actores recomendables, ó hacia que á su lado pareciesen tolerables aun los mas medianos : por tanto, lográbase ya un regular conjunto en las representaciones; el *ejercicio* era ya *arte*, y el otro su compañero hacia visibles progresos,

La guerra de la independencia vino á paralizarlos. Durante la dominacion francesa, en Madrid apenas se alimentó la escena de otra cosa que de traducciones; poco mas dió de sí la musa castellana desde 1814 á 1820; del 20 al 23 hizo algo mas, y aunque no dejaron de viciarla en otro sentido las comedias de *circunstancias*, ya principiaron á darse á conocer como buenos autores dramáticos, y mejores lo fueron despues, algunos que no nombramos porque pertenecen aun á la literatura militante, y entre ellos don Manuel Eduardo de Gorostiza, hoy ciudadano mejicano. Terminado aquel período de gobierno constitucional, como de todos es sabido, y un tanto amortiguado el espíritu de acerba reaccion que le siguió, las aras de Talía recibieron mas frecuentes ofrendas, si escasas fueron las que á Melpómene se tributaron, pero siguiéndose en unas y en otras los buenos principios que venian prevaleciendo en el teatro francés desde que á tal perfeccion lo llevaron Molière y Regnard, Corneille y Racine. Si el número de las traducciones excedió con mucho al de las obras originales, por lo mezquinamente que estas eran remuneradas, y si no siempre se elegian para versiones de *pane lucrando* los mejores textos, al menos se encomendaba de ordinario esta clase de trabajos á plumas discretas y ejercitadas, que sabian españolizar en lo posible los ejemplares franceses; y aunque no todos los dramas inventados por nuestros ingenios se eximiesen de cierto dejo traspirenáico, consecuencia necesaria de los estudios de sus autores y de la larga y no siempre voluntaria residencia de algunos en el extranjero, no faltaron comedias, que pudieron entonces y pondrán ser ahora juzgadas diversamente bajo otros respectos, pero á las cuales nos parece que no seria justo negar la cualidad de esencialmente *españolas*.

Dado el impulso, ya no se cejó en él un solo instante, y coincidiendo el restablecimiento de las libertades públicas con la ilimitada de la escuela llamada *romántica*, importada tambien de los franceses, que la habian tomado de los alemanes, la poesía escénica tomó en Castilla un vuelo portentoso y ostentó una actividad febril que la expusieron á morir de plétora, como antes habia muerto de inanicion. ¿ Qué mucho, si de pronto sacudió el yugo de la censura frailera y el de las terribles y tiránicas *unidades, rémoras del talento* y *verdugos de la imaginacion?*... Por fortuna, duró poco tiempo entre nosotros la anarquía literaria. La pugna de los dos sistemas *clásico* y *romántico*, sostenida en uno y otro bando por diestros y denodados campeones, dió por resultado la comun avenencia; se restablecieron en su fuerza y vigor los cánones antiguos que lo merecian; escarmentó el público la sobrada desenvoltura de algunos novadores, admitiéndose, no obstante, como máxima fundada en la naturaleza, la prudente y bien entendida mezcla de lo cómico con lo trágico, de lo grande con lo pequeño; no se hicieron *cuestiones de gabinete* las de mera forma; se refundieron todas las reglas de los preceptistas en una sola, que en efecto las abraza todas, la vero similitud, y sin poner ni sobre un ara supersticiosa ni en tela de juicio los aforismos de *Boileau*, convinieron tirios y troyanos en lo de:

Tous les genres sont bons, hors le genre ennuyeux.

Así llegó á su mayor auge el teatro nacional y á ser tan fecundo en notables producciones como en sus mejores tiempos, y acaso muy superior á todos los de Europa en nuestros dias, sin excluir los de Francia, á los cuales por espacio de cerca de dos siglos nadie habia disputado la primacía. Solo faltaba al lustre de la escena emancipar de la tiranía y de la codicia de las empresas á los autores, y esto en parte se logró con las reformas publicadas por real decreto de 7 de febrero de 1849 y con la creacion del Teatro Español organizado por otro real decreto de la misma fecha; pero esta fundacion, que tanto honra al ministro que primero la concibió, señor don Antonio Benavides y al señor conde de San Luis que luego con algunas importantes modificaciones lo llevó á efecto, solo ha subsistido dos años, y á duras penas, por causas harto conocidas y cuya explicacion no entra en nuestro propósito. Tenemos empero la íntima confianza de que el gobierno, y en caso necesario las Córtes, proveerán lo necesario á que nuestra escena no vuelva á la postracion de que ya se alzaba gloriosa; que por los que pueden y deben fomentar este interesante ramo de literatura no tornará á afectarse la indiferencia de que casi siempre fué vcítima; que reconocida universalmente la necesidad de un teatro modelo, sostenido con una decente subvencion, que no sea gravosa á los demás, no se relegará al olvido, quedando en este punto postergada indefi-

nidamente la nacion española, no solo á la francesa, sino á otras que no nos aventajan, que no nos igualan siquiera en ilustracion ni en recursos ni en patriotismo.

Hecha ya de nuestra historia dramática literaria una fiel reseña y tan abreviada como nos ha sido posible, quisiéramos seguir paso á paso los progresos de la declamacion en España, al menos desde que, dejando los templos que profanaba, pasó á las plazas y á los corrales; pero en obsequio de la mayor brevedad tomaremos el punto de partida desde donde lo tomó *Agustin de Rojas* en su *Viaje entretenido*, y cuando hayamos hecho ver, siguiendo á este autor, el mas calificado para nuestro intento, que á principios del siglo XVII todavia estaba el arte poco menos que en mantillas, nadie echará de menos un bosquejo de lo que fué durante la anterior centuria.

Al perfeccionamiento del teatro práctico se opusieron hasta los tiempos de aquel famoso comediante y en mayor ó menor escala las causas siguientes : la falta de coliseos fijos; y aun despues de haberlos, su mezquina é imperfecta construccion : la mala organizacion de las compañías y escaso número de sus individuos: la ausencia de toda policía y buen órden en los espectáculos escénicos : la condicion legal de los actores : las relaciones sobrado familiares entre los *mosqueteros* y los cómicos, nada favorables ni á la dignidad de estos, ni á la ilustracion de aquellos, ni á la mejora de las costumbres y del arte que habria de corregirlas : la carencia de una acertada direccion de escena en todos los ramos que debe abrazar, y de medios materiales para ella : la multitud de representaciones privadas con el nombre de *particulares* : los autos sacramentales : la falta de crítica literaria, y por último, la índole especial de la literatura dramática de aquel tiempo. Vamos á exponer sumariamente lo que consta de datos auténticos sobre cada uno de los puntos que acabamos de designar.

Coliseos. Hasta muy mediado el siglo XVI no contaban los cómicos en ninguna parte con localidad fija donde dar representaciones, viéndose por tanto reducidos á disponerlas sobre malos tablados que de improviso alzaban en cualquier corralon que al efecto alquilaban, ó en el patio de un meson, ó en las plazas públicas como ya lo dejamos apuntado. Dos piadosas cofradías de Madrid, la de la Soledad de Nuestra Señora, y la de la Pasion de Nuestro Señor Jesucristo, viendo que de dia en dia se aumentaba la aficion del pueblo á las fiestas dramáticas, imaginaron, con el objeto de subvenir á los gastos de diversos establecimientos piadosos que tenian á su cargo, comprar los corrales mas espaciosos y mejor situados que encontraron para que en ellos se diesen representaciones teatrales, pagando un tanto las compañías de actores á las citadas cofradías, cuyos intereses corrieron unas veces unidos y otros separados, hasta que definitivamente se asociaron para beneficiar estos arbitrios, que consta haber principiado á regir en 1568. Despues se fueron añadiendo á los teatros nuevas cargas para otras casas de beneficencia.

Dichos corrales fueron tres al principio; á saber, uno en la calle del *Príncipe*, otro en la de la *Cruz*, y uno tercero en la del *Lobo*, que luego dejó de aplicarse á tan útil y filantrópico objeto. Las principales ciudades del reino tardaron poco en imitar el ejemplo dado por la capital, y estos humildes asilos de Talia algo contribuyeron á que la profesion histriónica prosperase, pues por su cualidad de permanentes excusaban ímprobas diligencias y acaso mayores dispendios á las compañías que ambulaban de una poblacion á otra; pero estaban al descubierto y desmantelados, sin ninguna comodidad para el auditorio y con muy escasos materiales para la propiedad de las representaciones. Así y todo, se mantenian en la córte dos compañías que se relevaban con frecuencia, y aun hubo temporada en que llegaron á juntarse tres; dos españolas y una italiana, dirigida por un tal *Ganasa*, que llegó á hacerse célebre y rico alternando sus farsas arlequinescas con todo género de grotescos alicientes para atraer á la multitud, tales como volatines, títeres, monos y pulchinelas; que de tan larga fecha data entre nosotros el preferir lo extranjero, bueno ó malo, á lo de casa. Verdad es que las representaciones no eran contínuas, pues además de los de la Cuaresma se exceptuaban muchos dias; mas de tanta actividad se infiere naturalmente que hubo de generalizarse mucho, y relativamente mas que ahora, la pasion de los madrileños á semejantes diversiones, pues á la sazon no debió de contar la villa coronada ni aun la cuarta parte de la poblacion que hoy tiene : y es de advertir que con las públicas alternaban muchas funciones privadas de la misma naturaleza.

Por fin, ya en los sitios mencionados

fundaron las obras pías sus dos teatros de planta; el de la Cruz en 1579 y el del Príncipe en 1582; pero todavía distaban mucho de la holgura, comodidad y buena distribucion á que han llegado en nuestros dias; todavia el patio, que no compondria menos de un tercio del local, no tenia otro cobertizo que el del cielo y un mal toldo que en el rigori estío le defendelese del sol, y aun se reputó por entonces gran primor el empedrarlo; todavia la mayoria de los espectadores asistia de pié á la funcion, y gran parte de los aseentos no eran fijos y obligados, sino alquilados *ad libitum* y amovibles. Los aposentos (palcos) eran casi todos de propiedad particular, por hallarse en las medianerias de las casas contiguas, cuyos dueños los disfrutaban por sí, mediante una retribucion á las de misericordia, ó los subarrendaban á quien mejor les parecia. Desde estos aposentos se veia la comedia por medio de ventanas, rejas ó balcones y usaba de celosias el que lo tenia por conveniente. Por consecuencia, no hablemos ni de visualidad, ni de simetria en el edificio, ni de compostura y silencio en el público, ni de aquella especie de unidad, de aire de familia, digámoslo así, que la regularidad y buen órden de un espectáculo y el decoroso y no interrumpido contacto entre los que lo presencian forman en ellos instintivamente. Para mayor confusion y molestia se pagaba al entrar, y no de una vez, pues cada cofradia cobraba lo suyo, y los cómicos lo que les pertenecia. Con harta razon continuaron nuestros teatros llamándose *Corrales* por espacio de muchos años, y si aun despues de desaparecer casi todo lo que de tales tenian se les conservó semejante apodo, no hay que achacarlo solamente á la costumbre, que aun viven muchos de los que en ellos gozaron casi tan discreta y amplia libertad como la que hoy es permitida en las plazas de toros.

Siguiendo la historia arquitectónica de los dichosos *teatros-corrales*, diremos, para orillar de una vez esta materia, que ninguna mejora esencial lograron en todo et siglo XVII, en que tandos laureles le ciñeron nuestros poetas dramáticos, ni en casi los dos primeros tercios del siguiente. Tales eran y estaban, que para hacerlos tolerables se les aplicó el remedio casero de demolerlos, y ya en forma mas conveniente, y que dando todos los especiadores á cubierto de la intemperie, se reedificaron el de la Cruz en 1737 y el del Príncipe en 1745, á costa de la villa, en la cual habia recaido la propiedad de los terrenos, no sin crecidas gabelas, que aun se aumentaron despues. El del Principe fué pasto de las llamas en 1802, y otra vez construido de planta por el arquitecto Villanueva con inteligencia y buen gusto. Este mismo coliseo aun ha sufrido reformas parciales en nuestro tiempo, hasta la reciente y mas radical que de él se hizo al erigírlo en 1849 en *Teatro Espanol*, ahora *cesante* de este empleo hasta que Dios mejore sus horas, habiendo quedado de resultas de su últíma refundicion muy lindo, y aun lujoso, si bíen con escaso desahogo en camarines, dependencias, transitos, etc., por no permitir otra cosa lo exíguo del terreno. Al de la Cruz se le han echado en varias ocasiones, ninguna de ellas muy remota, diferentes remiendos y tapas y medias suelas, pero sumamente defectuoso en su construccion cardinal, y ruinoso además, solo apelando al consabido expediente de reducirlo á escombros, para levantar otro mas digno en el sitio que ocupa, se le podria redimir de su pecado original.

Hablemos ahora del teatro de los *Canos del Peral*, aunque respecto de la declamacion, propiamente así llamada, apenas tiene historia, la de su influencia en la literatura nacional fué, es y probablemenfe será harto lastimosa, y la del edificio en sus varias vicisitudes asaz deplorable. El que quiera informarse de todo esto muy circunstanciadamente, lea la Memoria histórico-artística de dicho coliseo, escrita con sumo esmero por nuestro amigo el señor don Manuel Juan Diana é impresa con elegancia en la Imprenta nacional. A nuestro propósito basta dejar sentado que, si bien posterior en mas de un siglo á los de la Cruz y el Príncipe, pues su primer *conato* de construccion tuvo lugar en 1704, no fué menos humilde su orígen que el de àquellos, porque allá se van con los corrales los lavaderos públicos que entre barrancos y lodazales sirvieron de asiento á la mala compañía de italianos cantantes y pantomimos que lo inauguró y á los pocos meses lo hubo de abandonar por no morirse de hambre. Otra compañía de la misma especie, pero algo mejor acondicionada, arrendó el local y construyó sobre él un mezquino teatro, tanto que habiendo quebrado la empresa en 1713 y cedidolo para pagar sus deudas, la fábrica entera con todas sus servidumbres interiores y exteriores, inclusos los muebles, y no excluidas las decoraciones, se justipreció en treinta mil reales. Poste-

riormente se adjudicó el teatro de los Caños á otra compañia de ópera italiana, que tambien representaba algunas comedias en su idioma, y obtuvo gratis el privilegio de explotar su mista industria, pues aunque á instancia del ayuntamento se aumentaron ocho maravedises por entrada á beneficio de la villa, los italianos se los embolsaban. La novedad del espectáculo, singularmente en lo lírico, y la preferencia que le daban ya entonces las clases acomadadas, arruinaba á las pobres compañías españolas, y creyendo aquel gobierno protegerlas, (¡es mucho creer!) dispuso que las representaciones exóticas tuviesen lugar de noche para no hacer mala obra á nuestros cómicos, que trabajaban por la tarde y á veces por la mañana, pero siempre con franqueza castellana, á la luz del dia. Ya se deja inferir que este remedio fué peor que la enfermedad, pues al público le pareció mejor en las funciones teatrales la luz de artificio que la del padre Febo, como era de esperar; y cuando á proceder así no le hubieran mo vido otras razones que están al alcance de todo el mundo, la moda hubiera bastado á determinar su prediieccion. Lo singular del caso es no haber dado en ello muestros comediantes y apresurádose á adoptar una novedad que tanto séquito tenia; pero ¿quién sabe si se lo prohibió la superioridad? Sea de esto lo que fuese, es lo cierto que hasta principios del siglo que acaba de medíar, la comedia española, ó no ganó para aceite, ó contemplando el limpio y despejado cielo que nos alumbra, creyó buenamente que podia excusar ese gasto supérfluo.

Con tantos mimos no era mucho que el acariciado huésped cobrase brios y creciesen sus pretensiones, que por fin se vieron satisfechas con la domolicion en 1737 del mezquíno edificio donde se alojaba y su inmediata reconstruccion en área mas extensa, que facilitó mejores proporciones para el servicio de la escena y mas comodidad para el publico. En fin, aunque no un modelo de buena arquitectura, quedó de esta hecha el teatro de los Caños del Peral muy por encima de los dos consabidos corrales en capacidad, en decencia y hasta en cierta elegancia relativa. En él, con todo, no hubo de prosperar mucho por entonces la compañia italiana, acaso porque no pudo sostener le rivalidad de otra que aon muy superiores elementos en todos sentidos trabajó al mismo tiempo en el real coliseo del Buen-Retiro. Elle es que desde 1740 á 1745 se represeutaron en el de los Caños comedias españolas. Los italianos volvieron á posesionarse de él; pero cerrados todos de real órden en 1777, hasta diez años despues no volvió á abrirse el de ia ópera. Desde entonces fué cada dia en aumento la boga de este espectáculo, reforzado con los bailes que en la misma escena simultáneamante en cada noche, ó en oportuna alternativa se ejecutaban. Ya no se escaseaba ningun gasto para dar pompa y lucimento á estas funciones, y á fin de pagar á los mas célebres cantantes de Europa los crecidos sueldos que exigian para satisfacer la anhelante curiosidad de los filarmónicos y danzófilos madrileños, como la sentradas no bastasen á tanto, los fondos municipales ó los del erario cubrian el déficit. La aristocracia deliraba por los alumnos de Orfeo y de Terpsícore; la *Todi* fué objeto de una verdadera idolatría, y no menos la *Banti*, émula de sus triunfos; casas de las primeras en timbres y riqueza entre las solariegas de Castilla tiraban á arruinarse compitiendo pertinazmente en regalar y deificar quién á una, quien á otra de aquellas y otras princesas de teatro : en una palabra, el fanatísmo por el baile y la ópera, por esta última sobre todo, aunque en época mas reciente ha podido parecer exagerado y hasta ridículo, nada ha sido comparado con lo que fué en Madrid á fines del siglo pasado y principios del presente. La lucha no podia menos de ser muy desventajosa para el pobre verso españoi, que por no perecer tuvo que recurrir al auxilio de operetas francesas, y alguna que otra española, sin renunciar á la tonadilla, mas antigua en nuestras tablas, ni á las piruetas francesas ó italianas, no sin descrédito y humillacion del castizo bolero y del indigenaf andango. Apresurémonos empero á confesar que no todo fué exótico en el nuo teatro. Ministros ilustrados y otros personajes, animados de celoso patriotismo, hicieron laudables esfuerzos para crear la ópera española; llgó á representarse unea con mucha aceptacion; su titulo, *la Isla del placer*, escrita por *don Vicente Marti*, acreditado profesor; á este ensayo siguieron otros bastante felices, aunque reducidos á breves composiciones sacras ó profanas, y la proteccion á la música y cantantes del país llegó á ser tan decidida, que el gobierno prohibió en 1801 la admission de extranjeros en nuestros teatros. Otra gloria cupo al de los Caños : la de haber representado en el á su vuelta de Francia el célebre Isidoro Maiquez, empe-

zando ya á ganar sin contradiccion los laureles inmarcesibles que ciñeron su frente.

Poco vivió ya el referido coliseo, y aun esto arrastrando una existencia lánguida y enfermiza, ora en brazos de Taila y Melpómene, ora en los de Terpsícore y Euterpe. Las prodigiosas campañas de Napoleon, sus no interrumpidas victorias, tantos tronos por tierra, tantos otros mal seguros en sus cimientos, tantas revoluciones consumadas ó inminentes, hicieron enmudecer las musas. Por otra parte, fuese verdad ó pretexto, se dijo que el susodicho teatro amenazaba ruina, y por los años de 1804 ó 1805 hubo de cerrarse, para no volverse á abrir hasta el carnaval de 1811, en que se habilitó para bailes de máscaras, que se repitieron en el de 1812. Teatro político, no ya lírico ni de declamacion ni coreográfico, todavía hizo el notable servicio de dar acogida á la *reprèsentacion* española en las Córtes de 1814, muertas de mano airada Mas adelante se decretó su demolicion, que tardó un año, y su reedificacion, que tardó mas de treinta. Es verdad que la mayor parte de ellos mas ha dormido que progresado la obra; es verdad tambien que se han invertido en ella millones que hubieran sobrado para erigir una magnífica catedral, y materiales que en cantidad y calidad hubieran venido muy holgados á una ciudadela; es cierto que, así como el salon de Oriente sirvió por espacio de muchos años para el Congreso de los diputados, pudo darse definitivamenta esta aplicacion al edificio, asignando el Estado una parte de las crecidas sumas empleadas en el palacio costeado *ad hoc*, á la construccion de un teatro mas ligero, aunque no menos cómodo y elegante, y situado mas en el centro de la poblacion; no es dudoso que ese sempiterno expediente admitia otras varias resoluciones de evidente utilídad, en cuyo exámen no queremos entrar, y tampoco ofrece duda, porque la experiencia no ha tardado en demostrarlo, que el nuevo coliseo causará la ruina de cualquiera otro que no sea de poco mas ó menos, como ya ha causado la del *Teatro Español*, y otros dos ó tres, y que aun así no podrá vivir de sus propios rendimientos, porque si continúa sirviéndose con el lujo que ha ostentado en su estreno, sus gastos han de exceder en mucho á sus *productos*, aunque siempre se ocupen todas las localidades; y por otra parte, á poco que se economice en el número y calidad de cantantes, profesores para la orquesta, coros y acompañamiento, partituras y decoraciones, los ingresos habrán de disminuir considerablemente. De este círculo fatal no se puede salir, porque la poblacion de Madrid no reune las condiciones de las de Lóndres y París, y aun de las de Nápoles, Viena ó Milan, para sostener dignamente tan ostentosos espéctáculos, á menos de conceder á la empresa que haya de entender en ellos una subvencion de treinta mil duros anuales por lo menos; cosa que no parece ahora muy realizable, pero de que no nos pesaria, siempre que se principiase dispensando igual beneficio al Teatro Nacional, mas benemérito y mas necesitado. Pero el hecho es que, celebrado por unos, mordido por otros, tenemos en Madrid un teatro mas, y este tan capaz, bien distribuido y lujoso como cualquiera de los mejores de Europa, aunque irregular y mazacote en su exterior, que si ha costado mucho, tambien dice el refran *á buen bocado buen grito;* que haber hecho lo que se ha hecho y no otra cosa, es prueba de loable constancia; que estaba de Dios que habia de ser una vez mas coliseo público y coliseo para canto y baile el que tantas veces lo fué: *sibi constet;* que esta clase de edificacion tenia sobre cualquiera otra la preferencia que dan los derechos adquiridos; que á menos de restituir el terreno á su pristina aplicacion de *caños* y *lavaderos*, lo que procedia es lo que se ha llevado á efecto; y útlmamente, que pues el edificio en cuestion *amphora cœpit institui*, bueno es que no haya razon para exclamar *¿cur urceus exit?*

Volvamos á nuestro carril, que ya hemos divagado mas de lo regular.

Mala organizacion de las compañías y escaso número de sus individuos. Ya en otro lugar hemos apuntado que los cómicos españoles vivieron en perdurable ambulancia desde que empezó á ejercerse esta industria por los profanos, y que á esta vida errante les obligaba en un principio la falta de teatros fijos, buenos ó malos. Añadiremos ahora que, aun despues de logrado este progreso continuó siendo trashumante la profesion en todo el siglo XVII y la mayor parte del siguiente, hasta cuya época la mayor temporada en que cada compañía usufructuaba un coliseo dentro ó fuera de Madrid no pasaba de dos ó tres meses; y esto sucedió, sin duda, porque el número de personas dedicadas á la vida de la escena creció en proporcion del de comedias que se escribian, y el público, amigo de la variedad en todo tiempo, no solo queria satisfacerla en punto al reper-

torio dramático, sino al de los muchos comediantes que se disputaban la honra de comunicárselo por ojos y oidos. Se relevaban, pues, frecuentemente las compañías hasta turnar cuantas valian algo en todas las poblaciones importantes, y las menos hábiles, donde podian. Ahora bien, gentes que pasaban la tercera parte del año en portearse ellas y su mezquino y forzosamente derrotado equipaje por esos caminos de Dios (del diablo dirian otros), ¿qué estudios sérios podian hacer, qué espacio ni facilidad tenian para la atenta observacion de una sociedad en la cual solo eran huéspedes transeuntes? Por otra parte, la formacion de tales compañías tenia que resentirse de la misma vida traqueteada que llevaban. Antes que el interés del arte, era fuerza consolar la necesidad de llevarse bien y de ayudarse reciprocamente en los contratiempos y las privaciones á que de contínuo se exponian. Eran, pues, aquellas asociaciones otras tantas familias, en que se procuraba que todos ganasen, siquiera mecánicamente, el pan que todos comian, y como este no abundaba, si hemos de creer á mas de un indicio vehemente, era tambien muy natural que se escatimase en lo posible el número de bocas. El donoso Agustin de Rojas dice sobre este particular cuanto puede apetecer el curioso lector, y lo dice con gracia tan peregrina y franqueza tan candorosa, que por no extendernos demasiado renunciamos con sentimiento á copiarle. Diremos solo que por testimonio suyo habia *hasta ocho maneras de compañías y representantes y todas diferentes*, á saber: *bululú, ñague, gangarilla, cambaleo, garnacha, bogiganga, farándula y compañía*, contando desde una sola persona hasta *doce*, de que en su máximum solia componerse una compañía ya merecedora de este nombre. El verídico autor prueba este aserto en la loa que él mismo compuso para la presentacion de su compañía en Valladolid; todos sus individuos son interlocutores en la loa, y resultan ser tres mujeres, ocho hombres y un niño. Adviértase que ya corria el siglo XVII, y que Valladolid era á la sazon la residencia de la córte. Tan reducido número de actores no alcanzaba al de personajes que actúan en la mayor parte de los dramas contemporáneos; y una de dos, ó para facilitar de cualquier modo su representacion eran impiamente refundidos y multilados, ó habia cómico á quien se repartian dos y aun tres papeles distintos. Son muy obvias las consideraciones que de esto contra los progresos del arte se desprenden, y siendo ocioso, por lo mismo, el explanarlas, pasemos á otro asunto.

Ausencia de toda policía y buen órden en los espectáculos escénicos. Ya en gran parte hemos probado esta triste verdad al reseñar la imperfecta é incómoda construccion de nuestros teatros, y su no menos viciosa administracion. Donde era tan limitado el número de espectadores que viesen la funcion sin codazos y apretones y angustias, y sin riesgo de que el sol los quemase ó los calase un aguacero; donde casi tenian que pagar cuarto á cuarto los pocos que costaba el espectáculo, por ser muchos los partícipes y hacer todos ellos en el acto su cobranza, dando ocasion tan extraña práctica á disputas, fraudes y extorsiones, eran punto menos que imposibles el decoro y la compostura que todo teatro exige, siquiera sea corral. Muchos eran los que con especiosos pretextos, y aun sin dignarse de allegar ninguno, se colaban sin pagar. En su primera loa se queja ya de este abuso el mencionado Rojas.

. . . . . . « Entran sin dinero
Paje, rufian, valiente y caballero. »

Así lo dijo, *coram populo*, que no se mordia la lengua el desenfadado representante; y como, tras de divertirse gratis, todavía se propasaban á insultar á los pobres comediantes, añadió:

« Barbaro, simple, bestia, almidonado,
Poeta, bachiller, valiente, ó nada,
Ya que no pagues, no seas mal criado,
Pues por hablarnos bien no pierdes nada. »

Habia entonces y subsistió mucho tiempo despues otra costumbre, capaz por sí sola de acabar con el último rasgo de grata ilusion que tan informes espectáculos pudiesen insinuar en el ánimo mas entusiasta: la de venderse durante la funcion agua, aloja, vino tambien, probablemente, confituras, torrados, piñones, etc., y por último, la gente menuda del patio, los llamados *mosqueteros*, ¡tales eran de belicosos y atrevidos!, ejercian impunemente ilimitado imperio sobre los actores y los autores y el resto del público, ora con aplausos, ora con silbidos, denuestos y otros adherentes mas significativos. Esto, como ahora se dice, no necesita comentarios.

Condicion legal de los actores. En esta parte, los de España libraron mucho me-

jor, desde que los hubo, que los de otras naciones cultas, sin excluir la cultísima Francia. Las leyes los infamaban sin razon, es cierto, pero las costumbres templaban en gran parte ó casi anulaban al rigor legal; y en tanto, lejos de arrojarlos de su gremio la Iglesia, negándoles hasta la sepultura, como sucedia en Paris con el gran *Molière*, y como hasta en nuestros dias ha acontecido á otros compatriotas suyos, con escándalo del mundo civilizado, sinó los panteones de los reyes como á *Garrick* y otros actores ingleses, se franquearon los de grandes y nobilísimos señores, en esta nacion católica por excelencia, al buen *Lope de Rueda* y á otros. Pero aun así, gozaban los comediantes españoles, como clase, de escasa consideracion, pues desde la primera autoridad civil hasta el último de sus esbirros podian vejarlos, multarlos y prenderlos sin mas ley que su antojo, y esta falta de independencia y de respetabilidad colectiva, hubo de ser uno de los mayores obstáculos para el lustre y crédito de la profesion. La profesion misma estuvo una y otra vez amenazada de muerte por teólogos cavilosos, aunque quizá bien intencionados, que ya que nunca lograron abolir de todo punto el teatro, pudieron suspenderlo por largas temporadas, algunas de muchos años, y siempre tuvieron suspendida sobre este arte asendereado la espada de Damócles.

Relaciones sobrado familiares entre los mosqueteros y los actores. Que así eran, ya lo demuestran los versos poco há transcritos, pero aun citaremos otros del mismo verídico autor del *Viaje entretenido*, que lo pondrán mas de manifiesto.

Ya arguye desde luego poca dignidad de parte de los cómicos la misma práctica constante de inaugurar cada compañía en cada teatro las funciones que habia de ejecutar en él, con una loa en que procuraba captarse la benevolencia, ó al menos desarmar la ira de la insubordinada y agresiva multitud. Tan humillante sacrificio, no ya del *artista*, sino del *individuo* voluntariamente sometido á semejante tribunal, es un oprobio que en mal hora pesó y nunca deberia volver á pesar sobre los actores, por mas que toda la culpa no fuese suya, sino tambien de los gobiernos que lo consintieron. Ha de tenerse entendido que en aquellos groseros intróitos no siempre se adulaba bajamente al mosqueterismo; pues, por el contrario, mas de una vez se le colmaba de graves dicterios y no veniales injurias. Rojas declaró en una ocasion desear á sus oyentes:

« Una tos que los ahogue,
Una mujer que los pele,
Y una sarnaza perruna
Que les dure ochenta meses. »

Otra vez, despues de referirles el cuento de un labriego que con alas postizas quiso volar, y como por su necia temeridad fuese segunda burlesca edicion de Faetonte, y exclamase que hubiera, sin duda, volado á no faltarle la cola, se expresa en estos términos dirigiéndose al patio:

« Bien podré decir ahora
Que entre muchos que aquí hablan,
Hay algunos à quien sobra
Lo que al labrador faltaba, etc. »

El populacho, de suyo bonachon para quien le trata con cierta llaneza, si ya ha cobrado sobre él algun ascendiente, sufria por lo visto con seráfica paciencia y hasta aplaudia con candorosas risotadas tales insultos, pues á no ser así, hubiera desde el primero escarmentado al *loista* para que no le quedase gana de reincidir; pero se reservaba el derecho de continuar ejerciendo su omnímoda soberanía, silbando á diestro y siniestro, y aun haciendo retirar á tronchazos al actor ó actriz que no era de su superior agrado, erigiéndose en juez caprichoso de ellos y de ellas; no solo en lo relativo á su profesion, sino á su vida y costumbres y hasta á su figura buena ó mala. En las dichas loas, y no eran mas pulcras las de otros autores, se embutian toda suerte de baratijas históricas, mitológicas y metafísicas, con tal licencia y con tan buena eleccion, que asunto fué de una de ellas la apología del *cerdo*: perdone y pásmese el lector; y por colmo de abnegacion, por no decir de cínica desvergüenza, contaban los recitantes sus propias culpas, flaquezas, miserias y adversidades. Por una de esas introducciones rimadas sabemos de la propria boca del tantas veces citado Agustin de Rojas, que fué estudiante, soldado, galeote, escribiente, paje, lacayo y hasta pícaro de marca antes de parar en comediante, en cuya profesion, ya de por sí aventurera, ne le cupo una existencia menos aventurera y aventurada. Lo que él no dice, pero de su ameno libro se infiere, es que fué hombre de talento no vulgar, muy dado á la lectura, como lo muestra la grande erudicion de que hace gala, no siempre con oportunidad: que su estilo,

aunque á veces sentencioso en demasia, es agradable y desembarazado, su diccion corecta y fácil, y que en su versificacion, aunque desigual y con tendencia á prosaismo, hay algunos trozos que le acreditan de poeta no mediano.

Queda demostrado que faltaba á la generalidad de los autores en la época á que nos referimos aquella dignidad personal de que un artista no puede eximirse si aspira á no ser vulgar y adocenado; y pues algunos se ponian á sí mismos en escena del modo que hemos visto y lo consentian sus compañeros, todos incurrian á sabiendas en la misma nota.

Carencia de una acertada direccion de escena, etc. Ni acertada ni errada se puede decir que entonces la hubiese. El jefe de cada compañía en lo artístico como en lo gubernativo y económica era el *autor*, que con algun fundamento pudo llamarse asi mientras compuso comedias ó remendó las de otros, pero con harta impropiedad ha conservado hasta hace pocos años el mismo nombre, pues nada escribia ni inventaba. No obstante, por algun lado le cuadraba el título, porque *autor* es de una compañía el que la forma, y á veces poco mas que de la nada; pero aquel nobilísimo empleo viniendo á menos de año en año, ha quedado ya reducido, aunque con la misma pomposa denominacion, á una especie de ayudante de campo de las empresas, con puntas de mayordomo y ribetes de inspector, que los descansa en lo mas mecánico y chinchorreo del negocio, y suele tambien representarlas ante las autoridades cuando se teme de ellas alguna fraterna ó hay que pedirles la condenacion de alguna multa. Tambieu suelen ser ellos los que á telon corrido ó entre telon y candelejas anuncian al público de viva voz los percances imprevistos que no ha habido tiempo de anunciar en los carteles, y las mutilaciones y variantes que ha sido preciso improvisar en la anunciada funcion. Ahora bien, la falta de constante y seguro domicilio que afligió á las compañías de comediantes por espacio de mas de un siglo; primero porque no existia para ninguna, y despues porque á manera de arcaduces de noria vivian en contínuo movimiento, pues salian hoy de un teatro que apenas habian calentado para mal vivir en otro algunas semanas, y en otro y otro hasta correrlos todos; lo reducido de los escenarios, que en su mala construccion corrian parejas con el resto de los pseudo-teatros, y á los cuales abocaban en aposentos ó sillas algunos espectadores, amen del magistrado que presidia, y que allí mismo tenia su silla, que probablemente no seria curul, y sin contar la orquesta tambien situada en el tablado, y que por cierto se rudecia á un par de guitarras, tañidas sabe Dios cómo, el escaso número de mal pintados telones que, fuesen á propósito ó no lo fuesen, servian, porque así se lo mandaban, para la multitud de mutaciones que exige nuestro antiguo teatro; igual penuria é impropiedad en muebles y acompañamientos; el ningun estudio que se ponia en vestir cada figurado personaje como reclamaba la época y condicion en que vivieron real ó ficticiamente; tantas circunstancias negativas, sin otras que luego apuntáremos, nos persuaden, no solo de que no hubo ni á principios del siglo XVII ni mucho tiempo despues verdadera direccion de escena, sino de que era materialmente imposible que la hubiese.

Multitud de representaciones privadas con el nombre de particulares. Como ya hemos dicho que la aficion á la comedias era desmedida, no contentos los pudientes con asistir á las funciones de los corrales, llamaban á sus casas á los actores para que trabajasen en ellas. Con qué medios y de qué manera, ya se deja entender, pues como aquellos señores solo iban á satisfacer un capricho pasajero, no habian de alzar de la noche á la mañana un teatro con todos sus menesteres. Y notemos de paso que mientras en general el alto clero se mostraba tan hostil como podia á autores y comediantes, de curas y frailes se componia la mayor y mejor parte de nuestros escritores dramáticos; y todo fraile que podia frecuentaba los corrales, faltase ó no á la regla de la órden, hasta que se emplearon medidas muy severas para que se retirasen á ser menos mundanos; y entiéndase (esto es lo mas curioso) que no pocos de los dichos *particulares* tenian lugar en los mismos conventos; y no solo en los de *frailes*, sino tambien en los de *monjas*. ¡Qué vasto campo de importantantes reflexiones para los políticos y los filósofos! Por lo que atañe al arte de la declamacion, nadie desconocerá que semejantes excursiones no hubieron de favorecer mucho su desarrollo y perfeccionamiento, si bien los actores aumentaban con ellas los medios de proveer honradamente á su manutencion, proporcionando á los mas sobresalientes útiles relaciones de que para su

fama ó para su peculio sabian sacar partido.

Autos sacramentales. Sabido es que se efectuaban en plazas ó calles públicas, sobre carros que llevaban de acá para allá al tablado y á los representantes, que eran los mismos de los corrales; que la declamacion, sobre enfática por excelencia, porque los argumentos de aquellos dramas lo requerian, habia de ser á grito herido para que desde sus balcones la oyesen los Consejos ante quienes, uno despues de otro, se repetia la funcion, y desde otros balcones, ó ventanas ó tejados, ó desde la santa calle, la apiñada y devota multitud, que no por solazarse, y de lo lindo, con la tarasca y los gigantones y las danzas y mogigangas y vejigazos que amenizaban la fiesta, quedaba menos edificada, pensando piadosamente, con los misterios á cuya representacion asistia... ¿Y el arte?... Dios guarde á usted muchos años.

Falta de crítica literaria. No hay noticia de que nadie cultivase en regla y de intento este ramo del saber humano, que tan útil es á los progresos del mismo cuando no degenera en personal y virulenta sátira. Tal cual epigrama mas ó menos sangriento, con que á veces se escopeteaban los autores entre sí, tal cual soneto ó madrigal apologético, ya de un escritor á otro, su compadre, ya de un barbilindo á la actriz de su predileccion: á esto se reducia la crítica sobre literatura en aquellos benditos tiempos. Si en ellos hubiera existido el periodismo, él la hubiera ejercido, ora bien, ora mal, ora medianamente, como hoy acontece, y no hubieran faltado ni materiales ni plumas para la terrible *gacetilla,* que ya ha venido á ser la parte mas interesante, aunque peligrosa, de nuestros diarios; tan empachados están de la alta política, y de las mútuas recriminaciones, y del ministerialismo, y de la oposicion, y de partidos, y clubs, y coaliciones..., en fin, de toda esa monserga que á otros gusta y aprovecha, los muchos millones de españoles que, cansados de experimentos y vicisitudes y trastornos, solo piden paz y gobierno, vengan de quien vinieren. Además, la crítica con aplicacion al teatro, y á la declamacion sobre todo, tiene que ser contínua si ha de producir algun resultado: lo de el llanto sobre el difunto le viene de molde, porque las impresiones que deja cada representacion de estreno son harto fugitivas, especialmente cuando abundan como tanto abundaban entonces los dramas nuevos. Solo, pues, la prensa periódica puede seguir la pista de artes que tan velozmente caminan, y como sabido es que en tiempo de Lope y Calderon ni aun se soñaba por acá en imprimir periódicos, ni políticos, ni artísticos, ni literarios, á excepcion de la *Gaceta* de Madrid, que no se metia en tales dibujos, disculpados quedan por ende nuestros mayores si unos no emplearon y á otros no pudo aprovechar tan poderoso estímulo para alentar y premiar á los buenos artistas, y para corregir á los malos. Esto, en cuanto á la comedia puesta en accion, que por lo que respecta al arte de escribirla, tampoco le hubiera dañado la pública discusion, siendo cortés, discreta y razonada.

Indole especial de la literatura dramática de aquella época. Llegamos á la última en el órden que hemos establecido, pero á la primera en importancia de las causas á que atribuimos los progresos sobrado lentos de la *declamacion* en nuestro pais. El drama español, ó por decirlo mejor, la comedia española, que con este nombre se distinguen todas las obras dramáticas que ligeramente vamos á examinar, ¿era bastante á propósito para que al interpretarla mostrasen y luciesen los actores su talento imitativo? No por cierto. Somos los primeros en reconocer y admirar las altas dotes de los insignes poetas que en el siglo de los Felipes cultivaron el poema escénico: no somos ciegos sectarios de su escuela, pero confesamos de buen grado que los vicios inherentes á ella están compensados con bellezas de primer órden en no pocas de las comedias que escribieron: mas diremos; los materiales de mejor ley para el buen drama con todas las condiciones de tal, filosóficas y literarias, no escasean en aquel copioso repertorio; en otras de suma irregularidad suelen hallarse escenas, ya en el género sério, ya en el festivo, con tal naturalidad dialogadas, y con afectos y costumbres tan convenientes á cada interlocutor, que el mismo puritanismo de *Moratin* nada hubiera hallado que reprender en ellas; comedias enteras merecieron ser imitadas, y algunas casi literalmente traducidas por un *Corneille,* por un *Molière,* sin contar las muchas que plagiaron otros autores franceses de segundo órden, cuando ya el teatro de aquella nacion blasonaba, no sin justicia, bajo el concepto del decoro y de la verosimilitud, de haber llegado á un grado de perfeccion de que otros distaban mucho todavia. Pero estas gloriosas excepciones, ¿qué dicen en favor del

verdadero objeto del arte dramático, cuando contamos á millares las comedias en que sus autores lo perdieron enteramente de vista, obedeciendo mas de lo justo á los arranques de su lozana y harto libre imaginacion? Aun cuando en el fondo acertaban, y esto no de ordinario les acontecia, con la artística imitacion de la verdad, bien en los incidentes, bien en los caracteres, bien en el diálogo, lo amanerado y conceptuoso del estilo, la incuria en el lenguaje, la excesiva redundancia en unos casos, y en otros la oscuridad ó la anfibología, malograban sus mas felices inspiraciones. Es muy comun en los momentos mas peligrosos, mas terribles, el emplear los personajes de aquellos dramas agudezas impertinentes, discusiones académicas y retruécanos pueriles. En situaciones no menos interesantes se ve la accion paralizada por diálogos sempiternos, en que una esgrima acompasada de antítesis inoportunas y otras sutilezas escolásticas hace ver que los interlocutores no están afectados de los sentimientos que la accion reclama y el poeta les atribuye, ni de otro que no sea el de lucir fuera de sazon un ingenio de que en muchos casos ni aun pueden verosímilmente estar dotados. Pase en una égloga lo de *amant alterna Camenæ*, pero pocas veces podrá convenir al drama, y esas con mucha sobriedad. Tambien llega á ser muy reprensible en el referido teatro el abuso de los *apartes*, no solo de unos personajes para con otros, sino de uno mismo, que incesantemente, y tambien á veces con estudiada alternativa, habla con los demás que actúan en la escena y con su conciencia, ó su dolor, ó su ira, ó su amor, ó su honra. Las costumbres históricas ó contemporáneas pocas veces están de acuerdo con la época y nacion á que se refieren. Griegos, ó romanos, ó persas, ó escitas antiguos; franceses, ó italianos, ó polacos ó ingleses modernos; todos, y especialmente los primeros galanes y las primeras damas, tienen cierto barniz de actualidad española. Esta misma actualidad estamos persuadidos á que solo en algunos rasgos, aunque de los mas característicos, se pinta fielmente en nuestras comedias de capa y espada; á saber: en el delicado y suspicaz pundonor de los caballeros, en ser dadivosos, hospitalarios, fieles á su palabra, muy dados á pendencias y galanteos, y si se quiere hasta en tratar con sobrada familiaridad á sus criados, compensada en ocasiones con puntapiés y cintarazos. Por lo demás, no es fácil de creer que á las damas castellanas de aquellos tiempos se las educase, y sin excepcion, con tan exquisito esmero que pudiesen victoriosamente ergotizar con los mas estirados escolares de Salamanca. Mucho es y ha sido siempre el innato ingenio, y mucha la peregrina gracia de nuestras amabilísimas compatriotas, pero no sabemos que otros testimonios mas fehacientes confirmen los de los poetas en punto á si se cuidaba antaño mas que ogaño de fortalecer y pulir con el estudio tan felices dotes naturales. Por otra parte, si hubiéramos de dar entero crédito á nuestros antiguos dramáticos, habríamos de sacar en consecuencia que en nada pensaban los padres menos que en criar á sus hijas con púnica modestia y cristiano recogimiento, algo mas útiles y recomendables para las doncellas que el título de marisabidillas. En las comedias á que aludimos, son poco menos raras que el ave Fénix las damas que en ausencia de padres ó hermanos no abran á sus galanes, no solo las puertas, sino hasta los balcones; y no contentas con esto, ó por necesidad, ó por zelos, ó por mero capricho, los citan al Prado de San Jerónimo, á casa de una amiga, á la iglesia, á donde pueden, ó se quitan de cuentos y los persiguen en sus propias posadas, sin otra precaucion que un velo poco fiel á la consigna, y una criada no menos requerida y emprendedora que su ama respectiva.

Que algo de lo arriba dicho hubo entonces de suceder, como ahora sucede y eternamente sucederá, no pretendemos negarlo; pero hacer regla general de una excepcion, y poco laudable, es demasiada licencia poética. Hay que agradecer, sin embargo, á la mayor parte de aquellos ingenios, que escaseasen ejemplos de los resultados graves y de bulto á que tales aventuras eran harto ocasionadas, pero de todos modos no eran muy edificantes, que digamos, sus lecciones, y excusamos detenernos en probarlo. ¿Y cómo es que aquellos padres eran tan ciegos ó tan poco vigilantes que así se la pegaban siempre sus hijas? Verdad es que tal incumbencia es mas propia de las madres; pero apenas se halla una ni para un remedio en el inmenso archivo de nuestras comedias *famosas*. ¿Por qué? ¿Eran acaso viudos todos aquellos buenos señores? Esto ya es menos que inverosímil; es increible. A un amigo y compañero nuestro, muy versado en todo género de literatura, y especialmente en la dramática, hemos

oido aventurar la especie de que, sin duda por ser tanta la respetabilidad del carácter de madre, se abstuvieron nuestros antepasados de sacarlo á las tablas ni para bueno ni para malo; pero replicaremos que, en nuestro humilde dictámen, harto mas se ofendia á las matronas castellanas con eliminarlas de la escena; pues esto argüia, ó que nada importaban en la familia, con ser parte en ella tan integrante y de tal valía, ó que en general eran culpables de punible abandono en la educacion de sus hijas, si no de complicidad en sus arriesgadas galanterías. Lo contrarios no parece mas probable. Padres y madres, estas sobre todo, debieron de celar con nímio rigor la honra de sus hijas, que era la suya propia; la familia hubo de ser en aquella era un santuario donde no era lícito penetrar á la juventud masculina de la nobleza contemporánea, que es la que juega en el teatro de Calderon, Moreto, Rojas, etc.; juventud aventurera, muy dada á la carrera militar, y por consiguiente tan desenfadada y libertina por lo menos como la de nuestros dias; no existia la *tertulia*, que mas tarde nos importaron los franceses, y de los mismos escritores citados sabemos que, fuera de los espectáculos, y á falta de cafés y casinos, los puntos de reunion de aquellos hidalgos eran las casas de juego ó el mentidero de las gradas de San Felipe. Por tanto, los poetas, ó formaron una sociedad ficticia para su uso particular, ó conociéndola imperfectamente, solo quisieron pintarnos algunas de sus fases, ó mas bien algunas de sus aberraciones, las que mas se prestasen á satisfacer su inclinacion y la del público á lo enmarañado y novelesco de las fábulas dramáticas. Del manoseado precepto *aut prodesse volunt, aut delectare poetæ*, solo en lo segundo ponian especialísimo conato, dejando el *prodesse* en todos conceptos al púlpito y al confesonario. Pecando, pues, en todos sentidos contra la verosimilitud la pluralidad de las comedias que recitaban, faltando además en nuestro antiguo caudal dramático la filosófica representacion de muchos caracteres, y hasta de clases enteras, los cómicos, á quienes se pide, no solo la verosimilitud, sino la verdad misma en el ejercicio de su profesion, poco pudieron realmente sobresalir en ella, pues como los autores solian hablar mas á la fantasía que á la razon, hasta imposible habia de ser á veces á aquellos el poner en consonancia sus gestos y ademanes con el texto que reproducian.

Hubo, no obstante, aplausos sin cuento y merecida celebridad para aquellos comediantes, especialmente desde que andando el siglo XVII y con la decidida proteccion de Felipe IV, prosperaron los teatros de España cuanto cabia en la creciente decadencia del Estado; y las compañías, no ya tan desprovistas de los necesarios pertrechos, llegaron á ser en Madrid mas numerosas y escogidas, siquiera porque con frecuencia trabajaban en el suntuoso aunque privado coliseo del Buen Retiro. ¿Alcanzaban los actores tan satisfactorio galardon de sus tareas porque interpretaban con la posible exactitud los conceptos de los poetas; ó no obstante lo poco que estos atendian á que siempre estuviesen en perfecta consonancia los versos con las ideas, y las ideas con los caracteres y las situaciones, y estas con el todo de la ficcion dramática, corregian á fuerza de arte en la voz y en la gesticulacion tan graves faltas? A lo primero nos atenemos, porque lo segundo rara vez sería factible y muchas absurdo, y porque es de suponer que impregnados del espíritu de la época, tambien los actoros propendiesen mas á lo fantástico que á lo verdadero, mas á deslumbrar que á persuadir, mas á halagar el oido y la vista que á cautivar el corazon de los espectadores. Por eso el vestir, ya que no con propiedad, con todo el lujo que sus medios y los de sus protectores permitian, emulando unos con otros, las actrices especialmente, en gala y bizarría, que así consta haberlo hecho á porfía desde mediados del siglo á que nos referimos; por eso la buena figura, cierta elegancia convencional en las modales, algo de rígida majestad en ocasiones y de garbosa desenvoltura en otras para estar en la escena ó para andar por ella, sano pulmon, voz simpática y sonora y un tono agradablemente cadencioso en la recitacion, fueron sin duda requisitos de que en menor ó mayor grado no podian carecer damas y galanes, por lo mismo que no se les pedia otros, aunque en este punto fuese el auditorio menos exigente con barbas y graciosos y demás partes subalternas. Diremos de paso que algunas de las cualidades que acabamos de apuntar, y especialmente las de buena voz y agradable figura, nunca se debieran dispensar á los actores, y aun menos á las actrices, cualesquiera que sean su categoria y su especialidad; porque lo ridículo y deforme se puede figurar; pero no así como quiera se estira lo menguado, se rejuvenece lo viejo, se hermosea lo feo, ni

se ennoblece lo ruin: lo mas que puede conseguir un artista de sumo talento es que el público le disimule tales defectos, si los compensa con otras prendas de mucho relieve, pero no que del todo los olvide; pues el diálogo mismo con harta frecuencia los denuncia evidenciando lo mal que concuerda la copia con el original. Que en las enunciadas exterioridades venia fundándose el mérito principal de nuestros comediantes, y así continuó aun despues de la radical revolucion que obró Maiquez en el arte de la escena, lo pueden aun atestiguar, no solo los ancianos, sino muchos que todavia no lo son aunque andan cerca de serlo y en cuyo número ¡ay! nos contamos. Actores y actrices hemos conocido, y muy estimables por cierto, que aunque capaces sin duda de brillar en mejor escuela, nunca quisieron desposeerse de la tradicional en que se educaron, y como de ellos se dijese que *cortaban bien el verso* y *pisaban bien las tablas*, á poco mas se limitaba su ambicion artística. Por lo mismo, preferian al moderno el teatro antiguo, que se prestaba mucho mas á su amanerada canturia; canturia que no acertaban á desechar ni aun en la prosa, cuando se veian precisados á trabajar en dramas de fecha mas reciente.

En resúmen, creemos que á la sazon no fué la declamacion lo que siempre debe ser, porque no recaia sobre dramas en que debida y cumplidamente se pudiese ejercer, y por las demás razones que hemos expuesto, pero fué todo lo que pudo ser atendidos los elementos con que contaba; esto es, una especie de gimnástica agradable acompañada de una manera de decir que por la uniformidad de las inflexiones y cadencia hubiera podido pautarse como el canto llano, pero grata al oido, y muy adecuada al estilo floridamente enfático y poético en demasía de las escenas á que se aplicaba. Los poetas tuvieron ciertamente en aquellos comediantes los intérpretes que mas convenia á la índole y estructura de aquellas comedias. No dudamos tampoco que cuando algunos actores tropezaron con rasgos de verdadero sentimiento, con pinceladas de enérgica verdad en la pintura de costumbres, se penetrasen de ello y supiesen comunicarlo al público, hasta donde los resabios adquiridos lo consintiesen, y aun á veces olvidándolos sin querer ellos mismos; pero estos no eran mas que preludios del arte verdadero que aun no existia ni podia existir, destellos de inspiracion artística que casi podrian reputarse defectos dentro del sistema halagüeño, pero falso, que prevalecia. En las escenas, ó mas bien en las disputas amatorias de que tanto abundan los aludidos poemas dramáticos, rayarian con frecuencia en la perfeccion, y no lejos de ella estarian en las polémicas caballerosas que acababan de ordinario, sino principiaban, arguyéndose á cuchilladas; pero ni aun tales lances eran en la comedia muy conformes generalmente con lo que pasa en el mundo, y es consiguiente que tampoco podian serlo en la representacion. De todos modos, hasta para la verosimilitud relativa á que se aspiraba en las funciones de teatro debió de perjudicar al conjunto de las compañías lo poco que solian cuidarse los poetas de que todos los personajes fuesen lo que cada uno debiera ser en su esfera: sabido es que de ordinario todo lo sacrificaban al lucimiento de los dos ó tres papeles; el galan, la dama, el gracioso, á veces el barba; pero en tal caso con detrimento de alguna de las otras partes principales. Ingenios, y no vulgares, que en nuestros dias hagan otro tanto, no faltan; pero esto nunca merecerá nuestra humilde aprobacion. Mereció la del público español el sistema mímico declamatorio de que dejamos hecha mencion, ni mas ni menos que la literatura de que era intérprete; no porque la generalidad de los espectadores tuviese aptitud para dar su valor verdadero á la apenas interrumpida contienda de argucias y silogismos, prenda capital de los diálogos que oia; pues al contrario, presumimos que de tales primores poco ó nada sacarian en limpio los mosqueteros; sino porque los alardes de ingenio, siquiera estriben en vanas y pueriles sutilezas, y no decimos que eso se observe siempre en nuestro teatro antiguo, tienen en todo tiempo el privilegio de cautivar la atencion y captarse la benevolencia y aun la admiracion de la multitud. Ahora mismo lo estamos viendo todos los dias: suelen hacer poca ó ninguna sensacion los mas delicados rasgos de pasion, de talento, de agudeza, si se expresan con la sencillez y claridad que constituye una gran parte de su mérito; y un pensamiento falso, extravagante, paradójico, una cláusula empedrada de vocablos ampulosos y figuras estrambóticas, pero vacias de sentido, rara vez dejan de hacer fortuna: la hace siempre cualquiera latinajo, aunque de mil espectadores solo dos docenas sepan lo que significa. Además, ¿no eran hartos incentivos para los que asistian á los corrales la

infinidad de lances y peripecias que prestan tanta animacion á las comedias consabidas, el sumo conato que sus autores ponian siempre en ensalzar todo lo que era español, los chistes del obligado gracioso, que aunque no todos oportunos ni de recibo, siempre fueron el mas sabroso manjar para el patio y la cazuela; aquel lenguaje, si á veces incorrecto y alambicado, siempre decente, pulcro y urbano, y por fin tanta poesía allí á granel derramada?

Otra prueba de que la escuela de declamacion española, á pesar de su evidente é inevitable imperfeccion, no carecia de atractivos, nos la suministra el diligente don Casiano Pellicer cuando en su apreciable tratado sobre el *Orígen y progresos de la comedia y del histrionismo en España* nos dice que de contínuo ejercian con aplauso su profesion en Italia comediantes españoles; lo cual no es muy de admirar dominando en aquella hermosa península, donde no las armas y el derecho de la corona de Castilla, por lo menos su grande influencia; pero Pellicer añade que tambien viajaban y no en balde á la nacion francesa nuestros espectáculos teatrales, y entre otros testimonios de esta satisfactoria verdad aduce el de haber seguido á la infanta doña Maria Teresa de Austria, hija de Felipe IV, la compañía de Sebastian de Prado, cuando aquella augusta señora se casó con el monarca francés Luis XIV. Allí permanicieron algunos años nuestros cómicos representando ante aquella ilustrada córte con la aceptacion que naturalmente se infiere de haber regresado á Madrid Sebastian de Prado, *no solo cargado de aplausos, sino de regalos*, de modo que llegó á juntar gran caudal de dinero y alhajas. Es de advertir que por faltar á la compañía española el mas importante de sus miembros, pues dice de Prado el referido autor que fué *de los mas famosos, hábiles y virtuosos comediantes del siglo XVII; que su elegante figura, su pericia cómica, sus honrados procederes y buenas costumbres le adquirieron la admiracion y el aplauso comun, que señores y señoras se esmeraban en regalarle*, etc., etc.; es de advertir, repetimos, que la ausencia de actor tan célebre y aventajado, no impidió que nuestras comedias continuasen representándose en Paris, pues consta que Francisca Beson, actriz no menos notable que formó parte de la citada expedicion en calidad de primera dama, actuó como tal por espacio de once años en la capital de Francia de donde volvió á esta coronada villa *cargada de aplausos, de alhajas, de años y de achaques*.

Por mucho que influyesen en tales lauros y crecidas remuneraciones los respetos y la proteccion de la mencionada reina y la galantería de la córte francesa, debieron de ser nada vulgares la gracia y la pericia de los actores españoles para sostener honrosamente tan larga competencia con los de Paris, que para su lucimiento disponian de obras mas á propósito, por estar escritas con la regularidad é intencion moral que faltaban á la mayor parte de las nuestras.

Hemos omitido franca y lealmente nuestra opinion sobre el estado del arte en aquel interesante período; opinion que no pretendemos dar por infalible, aunque hemos procurado mostrar que es fundada; pero antes de pasar adelante en nuestras investigaciones dejaremos consignado, con presencia de los datos que los ya citados autores y otros nos suministran, que si hubo actores de uno y otro sexo no exentos de los deslices á que su género de vida fué siempre y entonces mas que nunca ocasionado, otros y otras dieron ejemplo de virtudes, tanto mas meritorias cuanto que todo en torno suyo conspiraba á hacerlas difíciles en extremo. El mismo Sebastian de Prado, que mientras permaneció en las tablas se hizo, como hemos dicho, no menos plausible por su buena conducta que por su habilidad, se retiró del teatro para tomar el hábito en uno de los conventos de esta córte. Cristóbal Santiago Ortíz, famoso actor y autor de compañía, fué tambien un modelo de cordura y moralidad. Él mismo pidió al gobierno saludables providencias que, purgando á las compañías de la chusma introducida en ellas, especialmente en las de la legua, librasen á los artistas honrados y laboriosos de las censuras y persecuciones que afligian á justos y pecadores. Él nos dice que, sin duda por ser tantas y tan poco tangibles atendida su constante movilidad, se acogia á las compañías mucha gente de mal vivir, huida de la justicia, inclusos *frailes y clérigos fugitivos y apóstatas de sus hábitos, siendo las mujeres que llevaban consigo la capa con que se cubrian y disimulaban todos*. Si hubo una Maria Navas sobrado correntona y arriscada; si hubo una Maria de Heredia encerrada en la galera por escandalosa, si alguna mas lo mereció; de Clara Camacho, de Damiana Lopez, de Mariana Romero y de otras varias solo méritos y alabanzas se cuentan como actrices y como mujeres: su

retiro fué el claustro, como lo fué para la famosa María Calderon, amiga de Felipe IV y madre del segundo don Juan de Austria. No fué menos célebre como histrionisa y como mujer galante, ni menos ejemplar en su muerte la muy nombrada Francisca Baltasara, que de repente hizo alto en la espléndida carrera de sus triunfos y se despidió de las pompas y vanidades del mundo para hacer vida de anacoreta en un santuario á media legua de Cartagena, donde dícese que murió en olor de santidad. Tan grande fué su celebridad, que á poco de muerta, y cuando aun la sobrevivia su marido Miguel Ruiz, gracioso de la compañía de Heredia donde ambos trabajaron, se hizo de su vida y milagros una famosa comedia intitulada *La Baltasara.* Es de lo mas disparatado que se ha escrito, aunque por plumas de tanto prez como las de Velez de Guevara, Coello y Rojas; pero sin duda hubo de ser bastante singular y dramática la verdadera biografía de la heroina, cuando tan de cerca le seguió aquel ruidoso testimonio de fama póstuma, que por cierto valió á sus compañeros de profesion cuantiosas utilidades. Observemos, entre paréntesis, que pudo tambien dar márgen á esta especie de apoteosis la circunstancia de haber representado *la Baltasara* muchos papeles de hombre ; y no así como quiera, sino de hombre de pelo en pecho. Dice de ella Pellicer : *Era la Baltasara primera dama, y no solo desempeñaba este papel con perfeccion, sino que era muy aplaudida en la ejecucion de otros papeles en que, vestida de hombre, hacia de valiente montando á caballo, haciendo guapezas é intimando retos y desafíos.* Bien es verdad que en eso de *galanear* la imitaron muchas actrices de su tiempo, progreso notable de la libertad histriónica, que puso de tan mal humor á los teólogos como los bailes sobrado libres con que se amenizaban las funciones teatrales. No hacia un siglo que solo los muchachos eran en el tablado insípidos *representantes* del bello sexo, y vueltas las tornas, ya las damas vestian con gentil desenfado ropillas y gregüescos, ceñian espada y calzaban espuela. ¿Era por falta de galanes? No por cierto, sino por dar una salsilla apetitosa á los espectáculos, como seria de inferir aun sin el testimonio del buen Cristóbal Santiago Ortiz, arriba mencionado. Excusamos advertir que con tan ameno recurso pudieron ganar mas que sin él las compañías; pero el arte, maldita de Dios la cosa.

Hasta aquí hemos visto, desmintiendo al autor de *Gil Blas*, sea quien fuere y á otros Zoilos de la época, que el histrionismo español no fué ni con mucho tan pecador como se ha pretendido, y aun si no temiéramos alagar mucho esta disertacion, que ya no es breve, nos seria fácil probar que, habida consideracion á los peligros y tentaciones de que entonces estaba rodeado, excedió en sus individuos la suma de las virtudes á la de los vicios. Ahora diremos tambien en honor de esta clase, que no siempre hacía su recluta entre gente vaga, ignorante y mal entretenida : apellidos ilustres suenan en ella desde muy á los principios; caballeros muy calificados se dieron á la farándula, ó por irresistible aficion á ella, ó por amores con cómicas *in facie ecclesiæ* santificados; y no faltaron damas verdaderas que cediendo á su vocacion pudieron sobre la escena imitar sin esfuerzo el cultivado ingenio y los donosos melindres de las damas de Calderon. De instruccion y talento cupo tambien razonable dósis á los comediantes que conmemoramos. Consta que muchos de ellos compusieron comedias, y otros en mayor número se dedicaron á escribir loas, entremeses, y otras farsas de poca importancia, pero que suponian en sus autores algun ingenio y una regular educacion. Sin los ya anteriormente nombrados, como Juan de la Encina, Lope de Rueda, Nabarro el de Toledo y el celebérrimo Agustin de Rojas, figuran con honra en el catálogo de escritores dramáticos españoles los comediantes Villegas, Cisneros, Tomás de Fuente, Morales, Correa, Grajales, Claramonte y otros de que se conservan estimables producciones ; y aunque no hayan llegado á nosotros las de Velazquez, Angulo, Gabriel Torres, Zurita, Mesa, Ruiz Avendaño, Sanchez, Vergara, Castro y algunos mas, el dicho Rojas no les escasea los encomios. Es de recelar que algunos de los últimos, y otros que ni aun por su nombre son conocidos, antes fuesen malos remendones y plagiarios descarados que verdaderos autores, pues de semejantes falsificaciones y contrabandos ya se quejaron los que fueron sus víctimas, y en un romance satírico de la época se atestigua esta verdad, si bien con versos tan deplorables como los siguientes :

« De esto no tiene la culpa,
Sino aquel que va engañado
Juzgando es comedia nueva,
Y le dan *liebre por gato* ;
Que al que ha leido comedias

No es muy fácil engañarlo,
Aunque los títulos muden
Con arenga en el tablado. »

Para concluir satisfactoriamente esta ligera revista personal de nuestros actores del XVII siglo consignaremos aquí con mucho gusto que uno de ellos, *Damian Arias de Peñafiel*, fué tan excelente mímico y declamador que *los mas afamados oradores* de la córte (predicadores, por supuesto), *concurrian con frecuencia á oirle para aprender á hablar y accionar con perfeccion.* No deslindaremos con nimia escrupulosidad, que á algunos pudiera parecer mal intencionada, hasta qué punto puedan y deban ser análogas las dotes de un buen actor y las de un buen orador, ni si puede su asimilacion traer el inconveniente de dar cómicos al púlpito y predicadores á la escena ; pues aunque algo de esto pudo suceder, no es lícito desvirtuar con cavilosas intepretaciones un hecho averiguado, que ciertamente no hubiera tenido lugar á haber sido Peñafiel un comediante de tres al cuarto. Consta que el príncipe de la oratoria Ciceron no desdeñó las lecciones de Roscio y de Esopo, celebérrimos comediantes de su tiempo, y hasta ahora nadie ha acusado de farsante al autor de las Catilinarias ni de predicadores gerundianos á sus maestros de declamacion.

Habiendo, pues, demostrado que entre los principales de nuestros antiguos comediantes abundaron las cualidades y condiciones que el buen desempeño de su arte requeria, no fué en verdad culpa suya, sino de las varias causas que dejamos enumeradas, lo mucho que aquella en su tiempo y muchos años despues distó de la perfeccion á que en el nuestro ha llegado.

¿Qué diremos ahora del largo período que siguió al que acabamos de recorrer? Lo que fué en él nuestra historia literaria y la lamentable de nuestros coliseos en lo material, uno y otro ya expuesto en este escrito, nos obligan á pasar casi por alto fastos tan infelices. Con la decadencia de la monarquía, que por todas partes desfallecia y se desmoronaba, alcanzó á las letras desde poco despues de la muerte de Felipe IV la postracion general de que parecia vivo representante el último monarca español de la dinastía austriaca. Aunque sobrado aprensivo, sobre achacoso y débil, no fué enemigo del teatro Carlos II, pero su agonioso reinado era, segun las ideas dominantes, mas cortado para rogativas, exorcismos y autos de fé, que para alardes de ingenio, y espectáculos y regocijos. Con Calderon, el mas sobresaliente y el mas longevo, el Aquiles y el Nestor al mismo tiempo de aquella luminosa constelacion de autores dramáticos, espiró, así puede decirse, la Talía española. El siglo XVIII se inauguró con una larga y obstinada guerra, la de sucesion, que vino á ser civil para España, porque en sus campos, como de costumbre, se libraron las batallas que habian de decidir intereses europeos ligados con los nuestros. Mientras duró aquella calamidad, ó estuvieron cerrados los teatros, ó apenas dieron señal de vida. Venció la casa de Borbon, que aun felizmente reina. Su primer augusto representante en el trono de San Fernando, el animoso é ilustrado Felipe V, que fundó y dotó espléndidamente la Biblioteca Nacional y la Academia Española, no se manifestó tan aficionado á nuestro teatro como hubiera sido de desear, sin duda porque la alta política, que tanto dió que hacer á sus ministros, de buen ó mal grado llamó tambien preferentemente la atencion de S. M.; el cual por otra parte fué muy casero, digámoslo así, en sus placeres y diversiones, y en punto á espectáculos. preferia los líricos, y esos en el Buen-Retiro. En su glorioso sucesor, el señor don Fernando VI, aun fué mas marcada la filarmonía, y tambien en la reina doña Bárbara, tanto, que llegó á ser su favorito, ó poco menos el famosa *Farinelli*, músico de gran mérito, director y actor de la ópera italiana, á quien esta última condicion no sirvió de obstáculo para ser nombrado caballero del hábito de Santiago. Con mas gusto citaríamos esta notable distincion, si hubiera recaido en un artista español; pero es justo confesar que el agraciado se hizo en todos conceptos digno de ella, pues modelo de modestia y desinterés, supo conducirse con singular cordura en terreno tan resbaladizo y posicion tan tentadora, no queriendo nunca salir de su esfera, único medio de conservarse bien quisto en la córte. Como quiera, este fué un auténtico testimonio de que la condicion social de los actores en España nunca fué tan injustamente vejada y abatida como en otras naciones. Hasta el siglo XV fué proscrita la clase, es verdad, pero solo *pro formula,* porque en realidad no existía; á luego de constituida, el gobierno la miró con benevolencia, aunque de reojo la curia; mas adelante fueron sus individuos objecto de toda clase de atenciones y agasajos por parte de los grandes y del

toda persona de valía; visiblemente fueron ganando luego en consideracion por las leyes y por las costumbres, pública y privadamente; y por último, cuando el gobierno constitucional los igualó en derechos á los demás ciudadanos, ya la opinion general estaba perfectamente de acuerdo con este acto de justicia.

Mas atendida fué la escena española en el memorable reinado de Carlos III que en los dos anteriores. Bastante hicieron por mejorarles en todos sentidos el conde de Aranda y el marqués de Grimaldi. Por entonces dejaron siquiera de ser corrales; pero ni hubo bastantes elementos literarios y artísticos para realizar en ellos una reforma radical, ni aun los que habia se prestaron el mútuo auxilio que habian menester. La nueva escuela dramática, esto es, la francesa, que como ya lo hemos indicado mas de una vez, se acomodaba mas al ejercicio de la verdadera declamacion teatral, no habia echado aun raices en nuestro suelo; aun componian en gran parte el caudal de nuestras compañías las comedias de Lope, Calderon, Moreto, Rojas, Montalvan, etc.; pero no habia escritores que lo renovasen, ni por lo visto actores que con su habilidad lo rejuveneciesen; ni ya dejaria de chocar algun tanto con los hábitos, ideas y gustos de un siglo tan diferente al anterior bajo cualquier aspecto que se le considere. El filosofismo de los enciclopedistas pugnaba en vano por penetrar en la Península; todavia no madura para tanto, y con perdon de aquellos señores, tampoco sus elucubraciones han dado frutos muy opimos á la escena; si se exceptúan algunas tragedias de *Voltaire;* pero en su lugar nos favoreció mas de lo conveniente el suporífero sentimentalismo de que fueron dignos intérpretes los escritores de municion, tan victoriosa como merecidamente vapulados por Moratin. Así, pues, sin detenernos mas en este período, que puede llamarse de transicion, y calificaríamos de completamente estéril si con lentitud, y casi sin designio, no se hubiera en él incubado otra era harto mas gloriosa para el teatro español, diremos que no faltaron esfuerzos aislados mas ó menos meritorios para sacarlo de su crónico marasmo, ni actores de justa nombradía en uno y otro sexo; en el bello especialmente, que suministró á la escena tres notabilidades á cual mas extraordinarias, una en cada tercio del siglo; á saber: en el primero, *Petronila Jibaja*, ídolo de Madrid por su hermosura, su talento y sus gracias; en el segundo *Maria Ladvenant*, que sin ceder á su antecesora ni en el mérito personal ni en el artístico, se hizo tambien admirar por sus virtudes, y cuya muerte á la temprana edad de veinte y cuatro años, fué universalmente llorada; *Rita Luna*, en el tercecero, de cuya voz simpática, exquisita sensibilidad, inteligencia y amor al arte, se hacen lenguas todavía las pocas personas provectas que alcanzaron sus últimos triunfos teatrales, tanto mas legítimos y plausibles por la escasa cooperacion que en la generalidad de sus rutinarios compañeros pudo hallar, y por el atraso de que aun adolecia *in utroque* la escena española. Fué por cierto muy de sentir que siendo contemporánea de *Isidoro Maiquez*, nunca hubiese representado con él, por circunstancias que sin duda no dependieron del uno ni del otro. Pasemos ahora á hablar de aquel ilustre actor, que tal nombre merece, no solo por lo mucho que él valió, sino por la grande influencia que tuvo en que el arte que profesó con tanto ardor y perseverancia llegase en nuestra patria á su mayor altura.

Para el mejor desempeño de esta parte, no la menos grata de nuestra tarea, seguiremos, aunque abreviando en lo posible la jornada, á nuestro erudito y apreciable amigo *el señor don José de la Revilla* en su *Vida artística de don Isidoro Maiquez*, impresa por Burgos en 1845. Admirador de Maiquez el señor Revilla, á quien conoció y trató, aunque por la diferencia de la edad hubiera podido el actor ser holgadamente padre de su biógrafo, y contando, además de sus propias observaciones, con las que á su diligencia suministraron documentos auténticos y recientes tradiciones, pudo darnos y nos dió con efecto en pocas páginas cuantas noticias pudiéramos apetecer acerca de aquel distinguido artista, noticias cuya exactitud confirman nuestros vagos recuerdos y los no inciertos de personas coetáneas de Maiquez, que ó viven todavía, ó acerca de él dejaron no há muchos años consignada su opinion, bien de palabra, bien por escrito.

Como la vida privada de nuestro eminente actor estuvo muy ligada con la artística, y todo interesa en personas de mérito superior, daremos simultáneamente el epítome de una y otra.

Hijo del *ejercicio*, nació Maiquez en Cartagena el dia 17 de marzo ds 1768, y siguió á su padre, actor mediano, en la vida sobrado ambulante de que pocos de esta profesion pueden excusarse y menos pudieron

hacerlo en aquella época. Así criado, no es de admirar que su educacion fuese sumamente descuidada. Aprendió las primeras letras, y abandonado luego á sí mismo, toda su instruccion se redujo á la muy embrollada y superficial que pudo adquirir leyendo desde su niñez cuantas comedias pudo haber á las manos; y ¡cosa singular! su padre, con ser cómico, no quiso que lo fuese el jóven Isidoro; ni le disponia para que pudiese ganarse de otro modo la vida; ni procuraba perfeccionarle en el oficio de pasamanero, que uno y otro ejercieron antes y que sin duda por serles improductivo lo abandonaron. Maiquez, cuya vocacion fué no menos precoz que decidida, se ingeniaba como podia para introducirse en el teatro contra el expreso mandato de su padre. Una de las trazas de que se valió fué la de dedicarse á conducir sillas para los palcos: así, con mas ó menos holgura y comodidad, veia todas las funciones, así fortalecia su pronunciada aficion, y en los mismos aposentos, ó por los pasillos y otras dependencias, iba insensiblemente formando el copioso caudal de observaciones propias y agenas que tan útil le habia de ser en lo sucesivo. Convencido al fin el padre de que era tan inútil como poco justificada su resistencia, no solo consintió al fin en que saliese á las tablas, sino que él mismo le ensayó el papel con que se presentó en ellas.

El pueblo de Cartagena, donde Isidoro hizo su primer ensayo, no le acogió con benevolencia; y lo peor es, que aquí no encaja lo de que nadie es profeta en su patria, pues el neófito no fué mas afortunado en Málaga y en otros puntos. Confesando él mismo ingenuamente la infelicidad de sus primeras campañas, contaba haber sido tan mal recibido en Toledo, representando el papel del morazo *Tarfe* en la desatinada aunque siempre popular comedia *El triunfo del Ave María*, que sin concluir la funcion hubo de fugarse mohino y desalentado, no solo del teatro, sino de la ciudad, no parando hasta Madrid, adonde llegó sin desnudarse del ropaje sarraceno que vestia cuando fué saludado con una grita estrepitosa.

Esta serie de desgracias, que hubiera desanimado á cualquiera no dotado del teson genial de Maiquez, se atribuia entonces á su falta de instruccion, á su inexperiencia, ó acaso á lo oscuro de su voz, y á lo poco que *accionaba*. Así opinaban los que mas propendian á la indulgencia, prendados de su aventajada talla y bella cuanto expresiva y simpática fisonomía. Examinemos el fundamento de este juicio. Que Maiquez no era hombre instruido, dicho queda; pero sus compañeros ¿eran en general menos ignorantes que él? De inexperencia adoleceria precisamente en sus principios, pero no tanto como los que no habian como él mamado, por decirlo así, la vida escénica; y si por experencia se entendia cierto aplomo, cierta seguridad y soltura para ejecutar como por propia inspiracion las prácticas recibidas, estamos firmemente persuadidos de que faltaba á ellas por conviccion propia, ó instintivamente las repugnaba su buen talento, como contrarias á la filosofía del arte: así, pues, no era de extrañar y á mérito se le debió tener que no prodigase ni la salmodía obligada, ni los gritos desaforados, vinieran ó no á cuento, ni el incesante manoteo de los que estaban habituados á ganar con su trabajo *corporal* los aplausos que al mal juzgado cartaginés tanto se escatimaban. Por último, cierto es que su voz no era de un timbre perfecto, pero luego que logró vencer las prevenciones que habia contra él, nadie le prestó nuevos órganos para conmover con su mágica palabra á los espectadores. Digámoslo de una vez, á Maiquez le faltaba un público capaz de apreciarle en lo mucho que valia; y reservado le estaba el lauro de extirpar sus preocupaciones y resabios; que los públicos se resabian tambien; mas para lograr su objeto, si ya lo tenia, ó para obedecer aun sin designio á la ley de su destino, le faltaban en aquel primer período de su carrera dos requisitos indispensables; que el mismo público depusiese la animosidad con que le trataba, y ocupar en las compañías un puesto que le diese mayor ascendiente, y le facilitase desempeñar papeles de importancia y lucimiento. Ni aun esto bastaba, mientras no lograse trabajar en la córte, porque entonces como ahora, en ella perecia ó se sancionaba la reputacion adquirida por los actores en la provincias.

Con el tiempo llegó á ser Maiquez, sinó muy aplaudido, á lo menos tolerado, y ya pudo ingresar en una de las compañías de Madrid por el año de 1791. Aunque solo se le ajustó como *parte de por medio*, ya su acogida hubo de ser mas lisonjera; y esto sucedió, ó porque el público se iba acostumbrando á su manera de representar, ó acaso porque reservándose Isidoro plantearla mas resueltamente en mejores dias, hubo de contemporizar algo con el sistema vigente. La cierto es que á los dos años, en

1793, ascendió á *sobresaliente;* esto es, suplente de galan en ciertos casos y encargado habitualmente de los papeles de fuerza y pasion, pero poco simpáticos en lo moral; de los *traidores*, como dice *Pipí* en *El Café*. Quizá desde entonces comenzó Maiquez á preferir el género trágico, para el cual sus ordinarias tareas en cierto modo le preparaban. Pero la misma odiosidad de los caracteres que en mayor número representaba, y la insignificancia de otros, añadian desventajas á la lucha desigual que sostenia con los galanes, y tampoco adelantó gran cosa en dicho año su reputacion artística. En el de 94 no pudo ó no quiso ajustarse en Madrid; y pasó á Granada en clase de primer galan, esperando que, puesto ya en esta jerarquía, volveria con ella á la córte en 1795. No hubo forma de conseguirlo; ocupó de nuevo la plaza oficial de *sobresaliente*, aunque sin duda ya lo sería en la mas genuina acepcion de la palabra. Esta vez ya logró, sin embargo, hacerse aplaudir, y muy señaladamente, en la comedia de *El Pastelero de Madrigal*, en cuyo repartimiento le cupo el papel del protagonista, sin duda porque el galan no sospechó el mucho partido que de aquel carácter podia sacar un actor inteligente. La situacion del artista habia dejado de ser amarga, y aun hasta cierto punto podia llamarse satisfactoria; pero no acababa de dominar al auditorio, porque nadie ni nada le ayudaba á desenvolver sus grandes facultades: no los cómicos, porque marchando por tan distinto si no opuesto camino, entre ellos y nuestro héroe habia de resaltar la consiguente disonancia, y á él se le había de echar la culpa; no las comedias, porque ni abundaban las que podian contribuir á que él ostentase su don de imitacion, ni él influia en su adquisicion y repartimiento; no el gobierno, porque poco ó nada se cuidaba del teatro; no, en fin, el público, porque damas remilgadas y galanes medio antifoneros y medio gladiatores le tenian sorbido el seso. Otros tres años pasaron antes que arribase al suspirado puesto de galan de la córte, y aun esto no fué en Madrid, sino en los sitios reales, porque las puertas del teatro del Príncipe no se le franquearon como primer actor, jefe y director de la compañía, hasta 1799. Ya cogia algun fruto de sus afanes y de su constancia; ya podia, con menos obstáculos, desenvolver sus principios y conocimientos prácticos. Todavía le acusaban de *frio* muchos espectadores recalcitrantes, á quienes pocos años despues habia de aterrar con un acento y estremecer con una mirada, aunque ya nadie le disputaba las dotes de actor inteligente y hábil director de escena. No era obra de un dia la reforma que ya sériamente proyectaba nuestro actor. Había conquistado una posicion conveniente para llevarla á cabo; el público se iba amoldando á sus ideas y podia contar con la seguridad de hacerlo completamente suyo cuando quisiera; pero le faltaba otra base no menos esencial para su grande obra, un repertorio propio; y ni eran aptos para formárselo cual convenia los desdichados autores que entonces abastecian la escena, ni de pronto podia sacarlo del teatro antiguo, que todavía es el que estaba mas en juego. Mas adelante lo supo utilizar Isidoro, como lo veremos, con gloria suya y de los insignes poetas á quienes dió nueva vida; pero no podía gustar de los papeles de galan que estaban en lista y cuyos caracteres, acciones y discursos eran generalmente tan lindos y brillantes y seductores como se quiera, pero poco fundados en la concienzuda observacion de la naturaleza y de la sociedad; ó bien la altivez genial del actor y acaso su propia organizacion física no se avenian mucho á aquella fria y sistemática esgrima de conceptuosas filigranas. Maiquez buscaba con ansia la verdad teatral y sabía el camino de encontrarla, pero no podía éi solo desembarazarlo de tanta maleza como lo obstruia. Con todo, bastábase á si mismo para realizar aunque lentamente la regeneracion; ó, mejor dicho, la fundacion de la declamacion española; pero verdadero artista y capaz como tal de imponerse los mayores sacrificios por el bien del arte que cultivaba; con la conciencia de su no ordinaria aptitud, pero muy distante de la necia presuncion que muy fácilmente se apodera de ciertas medianías, por poco que el aura popular las lisonjee, echó de ver que, en especial para la direccion de escena, le faltaban conocimientos que en los teatros de España no habia podido adquirir; sabía cuán superiores eran en este como en otros puntos los de Francia; la fama del memorable Talma habia salvado ya la valla de los Pirineos; Maiquez, que habia estudiado la lengua francesa, veia que los periódicos de aquella nacion alababan en su actor predilecto las mismas dotes de que el nuestro blasonaba. Anhelaba, pues, observar por sí mismo cómo se servía y administraba el teatro

francés, hasta qué punto eran sus prácticas y doctrinas adaptables al español, si reconocia en efecto los mimos principios que la suya la escuela de Talma, y si en lo accesorio, ya que no en lo sustancial, podia aprender algo, como ingenuamente presumia, de quien, mas favorecido por todo género de circunstancias, le habia precedido y superado en nombradía.

Tomada tan laudable resolucion, no era Maiquez hombre de arredrarse en presencia de los muchos obstáculos que la dificultaban. En su mismo generoso designio, y en las privaciones y hasta humillaciones á que forzosamente se habia de sujetar para llevarlo á feliz término, evidenció Maiquez que no era su carácter tan soberbio y vanaglorioso como compañeros suyos, animados de baja envidia, no de noble emulacion, lo pintaban. No bastándole para costear su residencia en París sus escasos ahorros, ni los viente duros mensuales con que le socorrió el duque de la Alcudia, y poco tiempo disfrutó, vendió algunas alhajillas de su uso, su vestuario de actor que, probablemente harto reducido como el de todos en aquel tiempo, no valdría gran cosa; y por último, sacó del fondo de jubilaciones lo que tenia en él depositado, renunciando hasta á la esperanza de asegurar un pedazo de pan para cuando los años ó los achaques le retirasen de la escena; rasgo que nos autoriza á llamarle el *Hernan Cortés* del teatro español. Tambien recibió algunos auxilios de la condesa de Benavente y de su mujer la actriz Antonia Prado.

Como no pudo presentarse con cierto boato, de que en todas partes y en Francia particularmente se hace mas aprecio que de las cualidades intrinsecas de las personas, al principio hubo de contentarse con ver las representaciones entre bastidores, que no era poca mortificacion para hombre de aquel temple y de tal valía; luego, mas relacionado, pudo cómodamente estudiar á Talma, su ídolo, y á los demás actores y actrices franceses de primer órden.

Del fruto que sacó de sus observaciones y del juicio tan acertado como imparcial que los artistas franceses le merecieron, nos da cabal idea el opúsculo del señor Revilla en los párrafos que copiamos à continuacion.

« Varios españoles que á la sazon se hallaban en Paris, entre ellos don José María de Carnerero, le facilitaron las relaciones necesarias y hasta íntimas con Talma, Picard, y otras personas notables de aquel tiempo, y de las cuales supo diestramente aprovecharse. La grandiosidad y sublime expresion de Talma; la fuerza y vehemencia de Lafond; la delicadeza de Madlle. Mars; la dignidad de Madlle. Georges; la energía de Madlle. Duchesnois; la naturalidad de Clauzel, todo llamó y fijó su atencion, y de todo cuanto halló digno en estos célebres actores se propuso formar un modelo ideal, un tipo constante de su ejecucion escénica. Así lo escribía á sus amigos, hablando con toda imparcialidad, y con aquel criterio seguro que tanto le distinguió siempre, acerca del mérito artístico de aquellos, ensalzando hasta lo sumo el estado de prosperidad y grandeza en que halló los teatros franceses, superior á todo lo que su imaginacion pudiera haberle representado como mas perfecto en su género, y encareciendo en particular el efecto maravilloso que habian producido en su alma las primeras representaciones que vió en Paris.

« A este propósito refirió á uno de sus amigos en cierta ocasion, que apenas llegó á aquella córte fué á ver ejecutar á Talma el papel de *Hamlet* en la tragedia de este nombre, y tan extraordinaria sensacion experimentó al llegar la escena en que el protagonista intenta asesinar á su madre, que por un movimiento involuntario se levantó de la luneta creyendo que brotaban sangre sus ojos, porque todo cuanto veia le pareció de color de sangre; y en fin, que entusiasmado por la prodigiosa ejecucion de aquel artista admirable, exclamó fuera de sí: *¡Y soy yo el primer actor en Madrid estando este hombre en el mundo!*

« Talma en lo trágico, y Clauzel en lo cómico, fueron sus principales modelos, sin copiarlos servilmente como algunos han creido: si así lo hubiera hecho, jamás habria alcanzado aquel mérito superior que le hizo inimitable. Tenía Maiquez demasiado talento para engañarse hasta el punto de creer que todos los medios de expresion son aplicables á todos los paises, y mucho orgullo para contentarse con el mezquino título de copiante. Persuadido íntimamente de que un artista para ser grande ha de ser original, y que la simple imitacion de maneras en el arte que profesaba, no solo es insuficiente para el objeto, sino tambien un testimonio irrecusable de la impericia y falta de recursos morales del actor, procuró precaverse con sumo cuidado del contagio, para evitar el

descrédito en que han caido cuantos han llegado á creer de buena fé que una simple copia de los actores franceses debia necesariamente agradar á espectadores españoles. »

Así lo acreditó prácticamente, añadimos nosostros, y no podia menos de ser así. Maiquez llevó á Paris, y quizá mas en sazon de lo que él mismo creia, el gérmen de lo que en tiempo no lejano habia de ser : cada primor del arte confirmaba en su ánimo una idea innata, cada fórmula un principio, y todas ellas un cuerpo de doctrina, que si á él propio le sorprendió agradablemente, fué sin duda, no tanto por el atractivo de la novedad, como porque la experiencia acreditaba victoriosamente lo exacto de su sistema, allí perfeccionado, pero no aprendido.

En adelante fueron frecuentes y siempre cordiales las relaciones entre aquellos dos actores eminentes, y al paso que Maiquez, con una modestia que mucho le honraba, pretendia deber á *Talma* toda su celebridad, el gran trágico francés se complacia en manifestar que, si bien maestro de tan excelente discípulo, se confesaba inferior á él en los papeles de *Oscar* y *Otelo*.

A principios de 1801, despues de año y medio de residencia en París, regresó Maiquez á la capital de España con gran copia de nociones artísticas, de importantes proyectos, y de risueñas esperanzas; pero desprovisto de todo recurso. Merced al favorito, que le acogió de nuevo y con mas eficacia bajo su proteccion, y á lo que ya esperaba el público del interesante viajero, logró superar los obstáculos de toda especie que sus descastados compañeros le suscitaban, y lo hizo arrostrando con denuedo una dificultad mayor en la apariencia que todas las demás, pues á falta de veteranos que quisieran asociarse á su buena ó mala fortuna, porque sin duda el vulgo histriónico la juzgó muy problemática, organizó una compañía de principiantes y aficionados, á cuya cabeza abrió el teatro de los Caños del Peral en junio del mismo año. No era, sin embargo, tan arriesgada la empresa como parecia. Hombre tan experimentado y de tanto talento como Maiquez, y que tantas pruebas de abnegacion y fortaleza tenía dadas, no por una pueril impaciencia, ni aun por la necesidad de ganar su sustento, se hubiera expuesto á malograr todos sus sacrificios con una tentativa de éxito dudoso. Para salir airoso de ella contaba en primer lugar con el ascendiente de su genio, con el atractivo de las novedades que iba á introducir en la escena, aunque en pequeña escala, y con la docilidad de asociados que iban á deberle una reputacion y un porvenir, y si no llevaban al fondo social una suma de aplausos mal ó bien ganada á los mosqueteros, ni aquella clientela de café y de corrillos que nunca falta á cómicos de cierta categoría, tampoco adolecian de inveterados resabios, y al menos se ahorraba la ímproba faena de hacérselos desechar. Antes de presentarse al público con aquella bisoña milicia, es de suponer que la aleccionó una y cien veces, y sin agravio de ella, porque nadie nace enseñado, presumimos que no sudaria, juraría y patearía poco aquel apóstol de la verdadera doctrina teatral.

La compañía se inauguró con *El Zeloso confundido*, comedia traducida del francés; todos los actores fueron perfectamente acogidos, y Maiquez con un entusiasmo desconocido hasta entonces en nuestros fastos teatrales. Data desde aquel dia la larga y nunca interrumpida serie de triunfos que largamente remuneraron á Isidoro de los pasados contratiempos y sinsabores, y de los que aun habian de acibarar la no larga existencia de aquel hombre extraordinario. El público que observó mayor decoro y propiedad en el servicio de la escena, mas amenidad en la alternativa de las funciones, y el celo, la disciplina con que todos y cada uno de los actores se esmeraban por dar á la representacion el agradable conjunto sin el cual de poco sirven los esfuerzos individuales, reconoció que con Maiquez no solo habia adquirido un actor que tanto descollaba sobre los de su tiempo, sino un ingenioso y activo director del mas culto de los espectáculos... ¿Para qué es cansarnos? Reconoció deberle el *arte verdadero*, en lugar del mentido simulacro que usurpaba sus fueros.

Cerca de cuatro años gozó en paz el digno reformador de su creciente celebridad, pero la envidia trabajaba á la zapa para minar la eminencia en que habia sabido colocarse á despechos de ruines enemigos; y de tan sordos manejos á que, lo decimos con dolor, no fueron extraños algunos de los comediantes que todo se lo debian, apenas se apercibió Maiquez hasta el momento de la explosion. A fuerza de intrigas le hicieron perder el *favor* del *favorito*, sin el cual todo era entonces efímero y precario en nuestra degradada monarquía; Maiquez no hubo de resignarse para recobrar la perdida

gracia á bajezas que desdecian de su carácter poco acomodaticio, y disculpa tenía en su propia elevacion si tantos laureles le engreian y tantas contrariedades le exacerbaban. Por no consentir lo que á su dignidad no cumplia abandonó la córte en 1805, y pronto se hizo notar su ausencia; porque ¿quién le habia de reemplazar? Al año siguiente, la opinion pública, cada vez mas unánimemente pronunciada en su favor, le llamó de nuevo á Madrid, y bajo sus auspicios se instauró el teatro del Príncipe, recientemente reedificado, y á su frente continuó siendo la delicia de Madrid hasta la invasion de los franceses en 1808, en que, huyendo de la dominacion extranjera pasó á Granada, su ordinario refugio en las adversidades. Volvio despues porque creyó poder ejercer su inofensiva profesion sin nota de afrancesado; y aunque, al contrario, nunca desmintió la de patriota decidido y el gobierno intruso lo sabia, José Bonaparte, que por ser usurpador no dejaba de mostrarse ilustrado y aspiraba á ser tenido por popular, hizo completa justicia al mérito relevante de nuestro actor, como se la hizo todo el séquito militar y civil de aquella transitoria majestad. Ya durante esta época, con una censura menos rígida, pudo mostrar su pericia en obras y papeles á que antes la suspicacia de las autoridades habia puesto entredicho, y aun pudo dar á su talento mayor ensanche en el corto tiempo que medió entre la ocupacion de la capital por el gobierno legítimo, luego que la evacuaron los invasores, y la llegada del rey de vuelta de su cautiverio; pues hizo vibrar nuevas fibras, y las mas generosas del corazon humano, en obras como *Roma libre*, *Graco* y *Virginia*. Bien es verdad que este nuevo linaje de ovaciones le valió el verse sumido en un calabozo, aunque por poco tiempo.

Con tantas vicisitudes é incesantes trabajos físicos y morales se iba debilitando la salud de Maiquez, y no hubo de contribuir poco á arruinarla la empresa hercúlea que acometió en julio de 1818, en que para ver de desempeñarse, tomó por su cuenta el teatro del Príncipe, y ejecutó lo mas selecto de su caudal trágico, sin arredrarle lo caluroso de la estacion, como no arredró al público que un dia y otro llenaba todas las localidades ansioso de asistir á aquel desusado alarde del que á la vez se mostraba inspirado artista y vigoroso atleta. En 18 de junio de 1819, víctima de envidias y malquerencias nacidas y fomentadas entre bastidores, y tambien del corregidor de Madrid y del que era á la sazon ministro del ramo, que atribuyeron á desobediencia declarada á no presentacion de Isidoro en las tablas, harto justificada por sus graves dolencias, se le dió la jubilacion *sin solicitarla*, y se le hizo salir desterrado de Madrid. Así acabó la vida artística de Maiquez, y la natural nueve meses despues, porque falleció en Granada el dia 18 de marzo de 1820 á los cincuenta y dos años de edad y en la mas solemne probeza; pues sin la caridad de un amigo fiel, que le asistió en su larga y dolorosa enfermedad y costeó sus humildes funerales, en un hospital hubiera fallecido aquel hombre tantas veces y tan merecidamente laureado. Otro actor muy distinguido y muy entusiasta por el arte, don Julian Romea, le erigió á sus expensas en la misma ciudad de Granada un elegante y decoroso monumento; laudable rasgo que no podemos menos de dejar aquí consignado, aunque respecto de los actores que aun continúan en ejercicio, nos hemos propuesto no hablar individualmente, por evitar comparaciones y rivalidades.

Completaremos con algunas consideraciones secundarias estos apuntes biográficos, en los cuales ya se contiene lo mas sustancial de cuanto dice relacion á Maiquez como actor y como hombre, y la admiracion que sin reserva tributamos á su admirable y creador talento artístico. Pretendieron algunos en su tiempo y algunos opinan todavía que, inimitable en el drama trágico, no pasaba en el cómico de ser un actor apreciable. No es este nuestro parecer ni el del público, que siempre é indistintamente le aplaudió así en la comedia como en la tragedia. Para probarlo nos complacemos en citar otra vez á su digno biógrofo: « *Garcia del Castañar, Fenelon, El Vano humillado, Otelo, Orestes, El Pastelero de Madrigal, La Casa en venta, El mejor alcalde el rey, La Jaira, El rico-hombre de Alcalá, El Distraido, El Diablo predicador, Pelayo, El Convidado de piedra, Numancia destruida* y hasta la opereta de *El Califa de Bagdad* hallaron en Isidoro un actor digno de desentrañar profundamente las pasiones, los caracteres y situaciones dramáticas, *dando á muchas de estas composiciones una celebridad no merecida;* y la escena vió brillar en su centro un artista que no tiene rivales.

Antes de pasar adelante, llamamos la atencion del lector sobre las palabras que acabamos de subrayar. En efecto, con po-

cas, aunque honrosísimas excepciones, le faltó mucho al caudal dramático de Maiquez para ser digno de su sólida reputacion y de las dotes privilegiadas con que la ganó. Aun podríamos añadir á los de arriba los títulos de otras obras mas infelices; y, por supuesto, las dos terceras partes de la lista se compondrian de malas traducciones; mas esto no fué culpa de Isidoro; alcanzó un tiempo muy estéril en buenas producciones dramáticas originales. Casi todos los mejores ingenios de su tiempo le consagraron sus vigilias, pero escasas en número, aunque de tanto valer como *Pelayo, Oscar* y otras, no sufragaban á las necesidades apremiantes y casi diarias de un teatro en via de reforma. Ahora bien, ¿podria aducirse mas concluyente testimonio de la indisputable superioridad de aquel gran actor que el de haberla sabido ostentar con piezas que en su mayor número no solo eran menguadas bajo el concepto literario, sino tambien atendiendo al poco ó ningun efecto que hubieran tenido á caberles un intérprete menos hábil?

Volviendo á la aptitud para uno solo ó para los dos géneros, trágico y cómico, creemos que *intelectual* la tuvo Maiquez en el mayor grado para uno y otro, y sin esta circunstancia no se comprende la existencia de un buen actor, pero la naturaleza le habia organizado con proporciones de cuerpo y de espíritu menos adaptables á los papeles meramente cómicos que á los trágicos y á los que con estos tenian mas afinidad; por eso los preferia, y en preferirlos obraba como cuerdo, bastándole para probar la universalidad de su pericia escénica el hacer tal cual excursion fuera de su mas natural terreno, triunfando en lo jocoso como en lo serio, en lo grave como en lo ligero, y haciendo ver que no habia rival para él, á menos de compararse consigo mismo.

Entre los arriba mencionados hemos visto un número razonable de dramas de nuestro teatro antiguo. Maiquez sabia bien, como en otra parte lo hemos notado, el gran partido que podria sacar de aquel inagotable tesoro, pero á su experiencia y perspicacia no se ocultó que, anticuado en la forma y poco en armonía con el diferente gusto que ya empezaba á dominar, era preciso regularizar en lo posible tan magnífico teatro y refundirlo con el tacto y sobriedad convenientes si se habia de rehabilitar. En la eleccion de comedias, cuando él la hizo, anduvo muy acertado, y le aconsejó muy discretamente en las que le propuso el muy aventajado y docto escritor *don Dionisio Solis*, primer apuntador del teatro del Príncipe (para que tampoco falte una ilustracion á esta clase), amigo íntimo de Maiquez y su consultor en punto á la direccion de escena y á los accesorios que requerian la instruccion de que Maiquez carecia. El mismo Solis fué autor de las refundiciones mas notables y mejor ejecutadas que Isidoro puso en escena, de traducciones perfectamente desempeñadas como las de *Orestas* y *Virginia*, que tanto contribuyeron á la gloria de su amigo, y despues de su muerte aun enriqueció con muy buenas producciones el Parnaso español, entre otras la tragedia intitulada *Camila*, que bien merece el nombre de original, aunque en ella imitase algunos pasajes de los *Horacios* de Corneille.

Censores rigorosos reconvinieron á Maiquez de algunos contrasentidos, ora en la interpretacion de tal ó cual frase, ora en el servicio de la escena, ora en el modo de vestirse, sin considerar las creunstancias en que se hallaba y que habiéndose criado en el mayor abandono, lo admirable es que no cometiese mayores yerros, y sin tener en cuenta que la falta de fondos y de verdadera y efectiva proteccion de parte del gobierno le ataban las manos para muchas cosas. Despues de él se ha decorado con mas pompa y con mas propiedad el teatro, pero bajo la direccion de empresarios acaudalados. Por lo que hace á su manera de vestir los personajes que representaba, su mismo apologista, el señor Revilla, conviene en que solia sacrificar, aun á sabiendas, algo de la verdad histórica al disculpable deseo de dar mas apostura y gentileza á su figura; pero no perdamos de vista que aun en este ramo, hoy tan adelantado, dió pasos de gigante, pues de fecha muy reciente era la costumbre, por Moratın referida y deplorada, de vestir *Semiramis de tontillo, Julio César de diplomático moderno y Aristóteles de abate.*

Al paso que algunos críticos decian de aquel insigne actor que por demasiado *natural* rayaba en frio, no faltaba quien le acusase de pecar por el extremo contrario. De la *naturalidad* en la declamacion hay mucho que hablar, y algo diremos en esta obrilla: ahora observaremos que de juicios tan encontrados se deduce lógicamente que Maiquez iba por el buen camino, tan distante de la sencillez sistemática y prosáica que enerva y deslucc el arte, como de la afectacion que lo descubre demasiado á las claras. Es lo cierto que Maiquez no hacia lo que muchos

actores de su tiempo y algunos posteriores; esto es, prescindir del estudio detenido y filosófico de cada papel; decirlo de memoria sin colorido, sin intencion, como quien lee la Gaceta, y fijarse solo en algunos de sus pasajes mas culminantes para sacar partido de ellos esforzando la voz y exagerando la gesticulacion. En la representacion de cada personaje mostraba Isidoro que lo habia analizado por completo para desentrañar todos sus rasgos característicos, y hasta matices poco perceptibles para el vulgo de los comediantes. Así, no solo se hacía aplaudir en las situaciones de cuerda tirante, en las imprecaciones y apóstrofes vehementes, en los *parlamentos* (voz del *ejercicio*) floridamente encrespados y retumbantes, sino en una simple transicion, en una reticencia, en una sonrisa, en una mirada. No solo sabia *hablar* como convenia, sino *escuchar* como era debido; prenda entonces muy rara en nuestros teatros, y que todavía no se ha generalizado bastante.

Maiquez no enseñó á nadie fundamentalmente su arte. ¿Por egoismo acaso? ¿Por temor de que algun discípulo suyo destronase al maestro? ¿Por desidia y negligencia? No; por ninguna de estas razones, sino por otra mas concluyente; porque hay cosas que no se pueden enseñar, y una de ellas es el arte de la declamacion, como lo veremos sin mucho tardar. Sus lecciones eran meramente prácticas, y las daba en los ensayos de cada pieza directa é indirectamente : lo primero con el ejemplo de lo que él mismo decía y hacía, y que sus compañeros aplicaban mal ó bien á sus respectivos papeles; lo segundo, haciéndoles advertir sobre la marcha los errores de mas bulto, y declamando él en debida forma lo que muchos de ellos recitaban sin calor, sin gracia, sin sentido y á salga lo que saliese. De esta escuela práctica salieron actores tan recomendables como *Rafael Perez*, el mejor de su tiempo despues de Maiquez, á pesar de su mala figura, la *María Garcia*, la *Gertrudis Torre*, la *Virg*, *Caprara*, *Cristiani* y otros. Algunos de sus discípulos le pagaron con la mas negra ingratitud; que en nadie como en Maiquez se acreditó de verdadero el antiguo adagio *cria cuervos y sacarte han los ojos*.

Por ùltimo, entre las reformas materiales que Maiquez introdujo en nuestros teatros son muy de notar el haber hecho numerar todos los asientos, que antes no lo estaban, estableciéndolos tambien en el patio, con lo cual desapareció el temible *degolladero*, y la mosquetería, con verse mas decorosamente tratada, depuso gran parte de se ruda tiranía. Del tiempo de Maiquez fué tambien la importante novedad de ejecutarse de noche las comedias, el proscribirse de todo punto la inventerada costumbre de vender agua y otras frioleras en la platea, y el substituir coches á las sillas de manos en que, no sin escándalo á veces, eran conducidas las actrices desde sus casas al teatro y vice-versa.

Separado Maiquez de la escena y muerto poco despues, dejó en ella un inmenso vacio. Había, ya lo hemos dicho, actores muy apreciables entre sus compañeros sobrevivientes; pero unos pasaron á otras compañías, y otros reducidos á su valor intrinseco perdieron mucho en el concepto del público. Faltábanles los destellos vivificadores del planeta en cuya órbita habian girado. Aun algunos tuvieron la cordura de no acometer empresas superiores á sus fuerzas, ó á lo menos las probaron en funciones nuevas ó no ejecutadas per Isidoro; y estos libraron mejor; pero los que osaron reproducir algunos de los papeles en que aquel se había distinguido mas, pagaron muy cara su temeridad. Sin embargo, el público, que quiere divertirse y tarde ó temprano *toma ley* al que con mas ó menos destreza, pero con buena voluntad satisface sus deseos, no suele vestir largo luto por los actores que se jubilan ó emigran ó se mueren. Entonces, como antes y como despues, los goces presentes atenuaban cuando no extinguian totalmente el recuerdo de los pasados; y como al fin mucho había ganado en todos sentidos la escena española, no dejó de verse frecuentada y favorecida. Volvió, no obstante, á dar visibles indicios de decadencia en el período desde 1820 á 1824. La revolucion primero, y la reaccion después, gustaron mas de los *dramas verdaderos* ejecutados en las calles y en otros sitios casi tan públicos como ellas, que de los representados en las tablas, y aun gran parte de estos tenian mas de políticos que de literarios. Por otra parte, con el advenimiento de una muy regular compañía de ópera italiana, á que se agregó para solaz de los aficionados otra decentita de baile extranjero, Talía y Melpómene volvieron á gemir bajo el yugo de Terpsícore y Euterpe. Pero no hay mal que por bien no venga : al volver la comedia al santuario de que había sido expulsada, ya sola, ya en amor y compañía de aquellas sus amables y agasajadas huéspedas, tocóle una parte

en el espléndido festin que diariamente se le servia, y empresarios y actores se esmeraban á porfía para que ni en trajes, ni en decoraciones ni en acompañamientos dejasen de alternar decorosamente los animados órganos de Tirso, Moreto, Calderon, Moratin, etc., etc., con los de Rossini, Mercadante, Morlachi, Meyerbeer y demás Anfiones modernos.

Cupo al teatro del Príncipe en tales circunstancias la buena suerte de que el señor don Juan de Grimaldi, nuestro inolvidable amigo, que habia dirigido una de las mencionadas compañías italianas, prendado de la jóven y ya aplaudida actriz doña Concepcion Rodriguez, se casase con ella, y creciendo con este motivo su grande aficion al teatro, que teórica y prácticamente conocia como pocos, se dedicase primero exclusivamente á la educacion artística de su consorte y á cultivar aquellas felicísimas disposiciones naturales que desde el principio dieron tan opimos frutos... Permítasenos interrumpir aquí nuestro discurso : el puro y entrañable cariño que como actriz y como señora nos mereció y siempre nos merecerá aquella inestimable joya de la escena castellana, y lo mucho que su flexible y singular talento contribuyó á sacar de la oscuridad nuestro humilde nombre, pudieran dar á nuestros elogios cierto tinte de supersticiosa adoracion, que daria motivo á que fuesen acogidos con desconfianza por las personas que no presenciaron los legítimos triunfos á que aludimos. Por fortuna, no distan tanto de la fecha en que escribimos, que de ellos no haya testigos á millares.

Decíamos que Grimaldi, ocupado primero en formar de su cónyuge una actriz incomparable, tarea para ambos tan fácil como grata; por amistad unas veces y por su fervoroso amor al arte, y otras en calidad de director de escena que fué muchos años bajo diferentes empresas, aleccionó á muchos de nuestros actores de ambos sexos, y especialmente al malogrado don Carlos Latorre, que de mero aficionado y careciendo hasta de los rudimentos que pueden adquirirse en comedias caseras, pasó á colocarse desde su primera salida al teatro público en la línea de los primeros actores. Verdad es que tambien entonces labró Grimaldi en terreno de excelente calidad; pero de otros, que antes habian parecido estériles é ingratos, supo sacar gran partido. Pocos de entre los artistas de crédito que él ya conoció actuando ó en su tiempo se formaron, dejaron de aprovechar sus consejos, sus lecciones mas ó menos extensas y repetidas. Dotado de un talento superior y muy cultivado, aprendió con admirable prontitud nuestro idioma, y no superficialmente, sino en términos de haberse hecho notable entre los escritores españoles cuando, no muchos años despues, dió muestras de su aventajada pluma en algunos periódicos tratando varias materias de política y de administracion. Instruia en cuanto era posible, con la doctrina, ayudándole mucho para ello sus no vulgares conocimientos tanto artísticos como literarios, y el don de la enseñanza, que no á todos es concedido; y al atractivo de la doctrina unia el ascendiente del ejemplo. ¡ Qué fisonomía ! ¡ Cómo al pensamiento obedecian sin sombra de violencia la voz, el gesto, la accion!... ¡ Qué instinto para descubrir efectos teatrales donde nadie sino él sospechaba que existiesen!... Otra vez el temor de que se nos juzgue reos de idólatra parcialidad nos impone silencio. Solo añadiremos que oirle leer un drama equivalia para las personas de gusto, sino superaba, al placer de verlo representado.

Bajo la direccion del señor Grimaldi se completó la obra de Maiquez, se extirparon abusos y desaparecieron rutinas que eran todavía rémoras del arte, y este llegó á su completo apogeo.

En tal altura lo conservan todavía el celo y la inteligencia de los actores en general, cuyas condiciones artísticas y personales hemos visto de dia en dia mejorar. Entre ellos contamos verdaderas notabilidades que merecen este título como el mas aventajado de los artistas extranjeros, y en el pecho de algunos vemos con satisfaccion condecoraciones que aun se rehusan á los de su profesion en esa Francia, que en todas líneas presume marchar á la cabeza de la civilizacion.

Dos novedades recientes han venido á viciar la buena escuela : las farsas andaluzas en sumo grado, y algun tanto la ópera cómica ó sea zarzuela : pero aquellas solo han campado por su respeto en algun teatro de segundo órden, y aun esto alternando con espectáculos mas decorosos, porque solas no hubieran vivido dos meses, y además se han prodigado tanto, que ya tienen hastiado á todo el mundo. Se acerca, si ya no ha llegado el dia en que no podrán ser parte principal del repertorio de una empresa, y solo se conservarán algunas de las mas decentitas para alternar como fines de fiesta con los sainetes escogidos de don Ra-

mon de la Cruz y de Castillo. Justo es, sin embargo, confesar, que si no aprobamos semejante literatura, algo notable ha dado de sí en la gracia y propiedad con que á veces nos ha pintado ciertos caracteres y costumbres de la ínfima plebe, y que actores de relevante mérito, digno de ser mejor empleado, han sido la perfeccion misma en la pintura de los referidos cuadros, que tales como son no están al alcance de talentos vulgares. En cuanto á la zarzuela, pobres de composicion y de ejecucion han sido sus principios, pero el espectáculo es de buena ley; hacia ya falta en Madrid, el público lo acoge muy bien, de él ha de nacer una ópera española, que de este nombre sea merecedora, y para que andando el tiempo pueda rivalizar con la italiana no nos faltan elementos propios. Nuestra lengua, si no tan dúctil y de tan libre prosodia como la de Metastasio y Rossini, es abundante como ninguna, tersa y sonora, variada en su accentuacion, rica en diversidad de desinencias, libre de consonantes parásitas y de diptongos indeterminados, al paso que lo largo de algunas locuciones se compensa con el mucho uso que las vocales tienen en ella; escritores de nota capaces de escribir buenos dramas líricos no nos faltan, ni compositores y cantantes que con ellos compartan los escénicos laureles (1).

Para lo que acabamos de decir, y tambien para formar buenos actores de declamacion, tenemos una institucion utilísima que ya ha dado muy felices resultados; el Conservatorio que se fundó bajo los auspicios y lleva el augusto nombre de la reina madre doña María Cristina de Borbon. Sin duda es susceptible de muchas mejoras, y esto no se oculta ni á la ilustracion de su director actual, ni á los dignos profesores del establecimiento; mas para realizarlas necesitaria estar mejor dotado, y en frecuentes y fraternales relaciones con dos teatros públicos, uno de verso y otro de ópera, auxiliados pecuniariamente por el gobierno. Así los discípulos mas adelantados y de mejores disposiciones podrian ir probando sus fuerzas ante el verdadero público y entre actores ya acreditados, mejor que en los casi privados simulacros de que forman parte de cuando en cuando, recogiendo aplausos no siempre tan merecidos como galantes, que si sirven de estímulo á los cuerdos, envanecen y estragan y pierden á los presuntuosos. Así no se repetirian algunas prematuras emancipaciones de cantantes abortados y actores sietemesinos, que por fruto de su credulidad é impaciencia cogen crueles desengaños.

Por lo demás, ya hemos insinuado que el arte de la declamacion no se puede fundamentalmente enseñar en lo mas esencial é importante de él, y ahora explanaremos algo mas nuestro aserto. Al que no haya recibido de la naturaleza, además de una privilegiada organizacion física que le dé aptitud para imitar todo género de afectos y pasiones, el instinto de esa misma imitacion, es seguro que los estudios, los consejos, y aun la práctica, acaso mas necesaria para este arte que para ninguno, le servirán de poco. Ni es posible reducir á preceptos claros, fijos y determinados un arte cuyo texto es la humanidad entera. Si solo se quieren establecer algunos principios cardinales, ni es fácil decidir cuáles hayan de ser estos, ni resolverian las infinitas dificultades que habria de experimentar el alumno al ponerlos en ejercicio: si para cada situacion de la vida, para cada pensamiento, para cada sensacion se tratase de dar reglas, ni las páginas del Tostado bastarían á formular tal enseñanza. Por lo mismo, no hay tratados de declamacion de que pueda sacarse mediano provecho, aunque los comente y explaye de viva voz el mejor maestro. Por lo mismo, ninguno comunica su talento de actor, su estro, digámoslo así, ni aun al escolar mas despierto y aplicado. El secreto de este arte es el mas *guardado* de todos, porque queriéndolo y todo, no se puede comunicar. Los profesores, y mas si nunca han militado en la escena ó ya se han retirado de ella, tienen un evidente interés en sacar buenos discípulos, pero lo ordinario es no producir sino gimios-papagayos que remedan sus gestos, sus movimientos y hasta el eco de su voz, siquiera para ello la fuercen como los ventrílocuos; ó si la comparacion parece demasiado satírica, estampas mal litografiadas de los papeles que han aprendido verso á verso, y quizá sudando tantas gotas como versos discípulo y maestro. Cómo se doma algun tanto un órgano vocal áspero y desabrido, cómo se corrige una pronunciacion imperfecta y resabiada, cierta soltura en mover cabeza, piernas y brazos, algunas actitudes tomadas de la naturaleza misma ó de la estatuaria, y aplicadas á tales ó cuales personajes, el modo

(1) Despues de escrito este artículo, se ha mejorado notablemente y bajo todos aspectos el drama lírico español, y lleva camino de poder competir dentro de poco con los de otras naciones que lo han cultivado antes que la nuestra.

de tomar aliento para que no haga falta en la mejor ocasion; estas y otras lecciones accesorias, además de las indispensables de literatura, historia, etc., etc., se pueden dar y su utilidad es innegable; pero de aquí no le es dado pasar al catedrático, porque no hay explicacion posible para poner en juego á sangre fria tanto resorte oculto, para escudriñar tanto pliegue del corazon humano. Por el año de 1800 se publicó un *Ensayo sobre el orígen y naturaleza de las pasiones, del gesto y de la accion teatral*, que aunque dado á luz como obra original, descubre á tiro de ballesta ser una mala version del francés. Allí se nos dice qué movimientos imprimen en el rostro humano la ira, el odio, la venganza, el deseo y otros vehementes afectos, y no faltan sus estampitas al canto que explican el texto, no con la mayor exactitud que digamos. Esto servirá de algo á los pintores y á los escultores, no lo negamos, y con ellos habla tambien el librito; pero aunque estuviera veinte veces mejor pensado y escrito, de ninguna utilidad sería en nuestro dictámen para hacerse actor el que tal no ha nacido, como todas las artes poéticas y todos los diccionarios de la rima imaginables no harán un poeta ni del hombre mas erudito, si espontáneamente y como huésped perpétuo no le asiste aquel *Deus* qui agitaba y encandecia á Ovidio. No es esto decir que el actor novel, y aun el ya formado, deban despreciar estas y otras nociones relacionadas con su arte, ni que el hacer frecuentes y detenidas visitas á los museos de pintura y escultura deje de convenirles; mas no para proponerse copiar exactamente la gesticulacion y actitud de cada figura en situaciones análogas, porque corren mucho riesgo de dar en la caricatura; pues con poco ó mucho caudal de observaciones y conocimientos, el actor, ya lo hemos dicho, y nada se pierde con repetirlo, debe atenerse á la inspiracion del momento y esperarlo todo de ella. Mas necesario es el estudio constante de la humanidad viviente y agente en todas sus clases y jerarquías, y eficazmente lo rocomendamos; pero no olvide que si los principales caracteres físicos de las pasiones se pintan del mismo modo en la fisonomía de un príncipe que en la de un carretero, la diferencia de educacion, de hábitos y hasta de complexiones, llega á modificar considerablemecte, no solo en la palabra, sino en algunos accidentes de la accion y del gesto, la expresion de lo que se piensa y se siente.

En una palabra, fuera de la instruccion literaria y artística, de que no se puede prescindir, y de ciertas máximas generales, pero secundarias, no hay modo de transmitir la teoría de la declamacion. Decirle á un principiante : proponte imitar á la perfeccion, y sin sentirlas, todas las adversidades y flaquezas, y penas, y glorias, y virtudes y maldades de esta vida miserable, es decirle demasiado y no decirle nada; pues él responderá : ¿y cómo? Y aquí está el *quid* de la dificultad, porque ni la centésima parte de los casos prácticos pueden preverse ni aplicarles principios que no sean muy vagos y muy subordinados á una infinidad de accidentes calculados ó casuales. En nuestra opinion, aunque poco valga, mas aprovecharia el discípulo siguiendo el maestro en esta enseñanza un sistema contrario al que se observa en las demás; á saber, no perdiendo el tiempo en endosarle primores que si no es capaz de hacerlos por sí mismo nadie dejará de advertir que son postizos, sino poniendo todo su conato en hacerle evitar los resabios y aberraciones y adefesios de que adolece el vulgo de los representantes. Así á lo memos el nuevo actor, sinó por la presencia de altas dotes artísticas, que con el tiempo se pueden adquirir, se haria estimar por la ausencia de graves defectos, capaces de deslucir y que en efecto deslucen aun á actores no despreciables.

Otro cabo habíamos dejado suelto, y ya es tiempo de anudarlo : la cuestion de si debia ser ó no absoluta la imitacion de la naturaleza en el teatro. Ya hemos hecho observar que el actor tiene que seguirla mas de cerca que otro cualquiera artista, y eso precisamente constituye la mayor dificultad del arte; pero su objeto como el de todas las demás, es copiar á la naturaleza, con tendencia á embellecerla, no á afearla, y descartando del cuadro, ó por lo menos sombreando todo lo posible los objetos innobles y repugnantes. No se olvide que entre el traslado artístico y la realidad hay siempre algo de convencional; y téngase muy presente que aun contra la misma verdad, cuya imágen debe el teatro representarnos, se pecará infalible y gravemente si el actor se propone seguirla á todo trance y sin ninguna restriccion. La óptica y la acústica del teatro exigen que la voz se esfuerce algun tanto y á la gesticulacion se dé cierto relieve, sin lo cual se pierden muchas inflexiones de aquella y á veces y en ciertos lugares no se oye la mitad de lo que en la escena se articula,

y tambien pierde mucho de su vigor y eficacia el juego de la fisonomía. Cierta solemnidad en la entonacion, que no llegue á ser el canticio á que algunos actores se dejan arrastrar sin advertirlo, especialmente cuando recitan endecasílabos, no daña al que represente personajes muy elevados. *Intererit multum Davusne loquatur an heros.* Por lo contrario, y siguiendo la misma máxima de Horacio, no se debe atribuir un tono de majestuosa autoridad á personajes que, aun poseidos de los mas altos pensamientos, no se les supone habituados á semejentes maneras : lo que en los primeros será natural, ó verosímil á lo menos, y sabido es que la verosimilitud en las artes suele tener mas atractivo que la verdad, en los segundos parecerá afectado, aunque circunstancias excepcionales hagan que moral é intrinsecamente sea verdadero. Otra circunstancia que algunos desatienden mas de lo conveniente es la de dar valor á las bellezas poéticas del diálogo, sobre todo cuando el drama está versificado, sin que necesitemos advertir que en los de cierta clase aun la prosa admite algunas de esas mismas bellezas. No se pretende que se reciten los versos con cierta salmodia escolástica como ante una academia, pero bien se compadece con la naturalidad de la expresion el cuidado de hacer perceptibles el número y el ritmo. Una parte y no la menor de esta obligacion incumbe al poeta: pero el actor le debe su fraternal cooperacion. Algunos actores se pintan rara vez; otros siempre y demasiado : unos y otros yerran, en nuestro dictámen; los primeros porque, aunque sea grande la movilidad de sus músculos faciales y cuenten con poseese bastante del papel para que su rostro palidezca ó se encieda, en momentos dados cualidad poco comun, en otros de mas calma, y particularmente en los de reposo y silencio, harán perder al espectador mucha parte de su ilusion, recordándole con sobrada exactitud las facciones y el colorido que está viendo diariamente servir para la imitacion de diversos y aun opuestos caracteres; los segundos porque llegan á desfigurarse con tantos chafarrinones, y ni son el actor ni el personaje que representan, y porque no dejan de entorpecer los resortes de su cara los excesivos afeites con que la embadurnan. En esto como en tantas cosas en el medio está la virtud. Otra advertencia, que quisiéramos omitir porque nos la han de murmurar, pero nuestro amor al arte no nos lo permite. Todos los actores barbados deberian raparse la cara tan por completo como los curas : este es el único medio de poder caracterizar mejor sobre la escena en parte tan principal todo género de personajes; pero hay algunos de nuestros artistas escénicos que tienen invencible repugnancia á hacer tan ligero sacrificio y un cariño tan entrañable á sus bigotes ¡maldita moda! que ni quieren rasurárselos para ejecutar papeles que á voz en grito los excluyen. Algunos se los afeitan sin misericordia siempre que es necesario, pero cuidando de dejárselos crecer tan luego como cesan las representaciones á cuyo mejor desempeño los inmolaron heróicamente. Prescindiendo de que los mostachos, sin los cuales se hallaron muy á gusto nuestros padres, no sientan bien á todos sus hijos, aun á los que hacen por conservalos cuanto pueden para utilizarlos en la escena les aconsejaria yo que no economizasen tanto las navajas. El bigote llevado de contínuo viene á convertirse en una nueva faccion, no sin usurpar los fueros y prerogativas de otra faccion y tan primordial como lo es la boca. A nadie se oculta que en esa faccion semipostiza presenta la naturaleza tantas variantes como en las demás, así de figura como de color y de longitud, latitud y profundidad. Ahora bien, *salvo meliori*, no nos parece lo mas acertado para el rigorismo del arte que aun en tal accesorio tengan nada de comun personas tan poco conformes en categoría, en índole y en costumbres como las que de una semana á otra y á veces de hoy á mañana nos exhibe el teatro.

A pesar del indicado abuso y de algunos otros defectillos que aun subsisten, nos complacemos en repetir que el arte de la declamacion ha llegado y se mantiene del lado acá de los Pirineos á tanta altura como en cualquiera otra nacion; y si se toma en cuenta que ni la Superioridad ni el mismo público la apoyan y protegen como seria de desear, estamos por decir que nuestros actores son individual y colectivamente mas hábiles que los extranjeros. Será verdad que, generalmente hablando, las representaciones en los teatros de París, y sobre todo las de la comedia, ofrecen un conjunto mas animado, mas natural, mas perfecto que en los nuestros; pero si consideramos que allí se ensayan las funciones nuevas treinta, cuarenta y mas veces, cuando aquí ocho ó diez ensayos es el maximum para las de mas empeño y aparato; no pasando de media docena, y esos incompletos, los que pueden consagrarse á la mayor parte de las

novedades dramáticas; si esto mismo constituye á nuestros representantes en la absoluta necesidad de seguir la voz del apuntador, que en coliseos mas favorecidos puede limitarse, como lo hace, á dar solo las *entradas*, y eso á media voz, y no siempre; y si aun luchando con tales escollos vemos en muchas escenas y aun en comedias enteras, desde su estreno todo el calor, toda la unidad que en aquellos se celebra, fuerza será confesar que los españoles son, no diremos mejores, pero sí mas beneméritos. El apuntador, cuando no es meramente preventivo, podrá ser buen auxiliar aun para los actores de mas memoria, entendimiento y voluntad, y para los de misa y olla su oráculo, su númen, su providencia; mas para el arte es una calamidad. Don Juan Lombia, actor que como tal había merecido bien de la escena española y como director de ella reunia y sabía poner en práctica cualidades no comunes, hizo laudables tentativas para suprimir la viva voz del consueta; su ejemplo se ha imitado recientemente en varias ocasiones; pero como el público español pide sin cesar obras nuevas, y acaso mas de las que puede digerir en calidad y cantidad, no es posible por ahora verificar por completo tan importante reforma. Para que un dia se realice, y asimismo otras muchas mejoras que la ilustracion del siglo reclama en nuestras representaciones teatrales, urge ya mucho que el Gobierno, con la cooperacion de las Córtes, proteja seriamente una institucion que da en cada país la medida de su respectiva civilizacion, y que, aparte de lo que influye en el brillo y prosperidad de letras y artes, aun como industria merece y necesita salir de la precaria situacion en que todavía se encuentra.

OBRAS ESCOGIDAS

DE

BRETON DE LOS HERREROS

OBRAS DRAMATICAS.

LOS DOS SOBRINOS,

Ó

LA ESCUELA DE LOS PARIENTES,

COMEDIA EN CINCO ACTOS,

REPRESENTADA POR LA PRIMERA VEZ EN EL TEATRO DEL PRINCIPE EL DIA 30 DE MAYO DE 1825.

PERSONAS.

DOÑA CATALINA.
DOÑA JULIANA.
PLACIDA.
INÉS.
DON CANDIDO.
DON JOAQUIN.
DON BRUNO.
DON ONOFRE.
DON MARCELO.
MATIAS.
UN SOLDADO.

La escena es en Madrid. Sala con tres puertas: una conduce á la antesala y á las habitationes interiores, otra à la de doña Catalina y la restante al cuarto de don Joaquin.

ACTO PRIMERO.

—

ESCENA PRIMERA.

DON MARCELO, DON ONOFRE.

Marc. ¿Qué resolvemos, Onofre,
De nuestro caro sobrino?
¿Te lo llevas al lugar?

Onof. ¡Si es tan apocado el niño
Que no sirve para nada!
No es hombre, segun he visto,
De cojer un azadon,
Ni de podar un olivo,
Ni aun de cuidar de las mulas,
Que es el único ejercicio
En que pudiera emplearlo
Si fuera como su primo...
¡Oh! Joaquin es otra cosa.
¡Qué despejado! ¡qué fino!

Y al cabo es un capitan.
Este si que honra á sus tios;
Pero Cándido...
Marc. No obstante,
Me parece que es preciso
Llevemos la carga todos.
Siete meses bien cumplidos
Tengo á Joaquin en mi casa.
Fué robado en el camino,
Y, como era regular,
Le franqueé mi bolsillo
Para hacerse un equipaje
Conveniente á su destino.
He pagado varias deudas
Que en Madrid ha contraido...
Todas por lances de honor
De que un jóven de principios
Nunca puede prescindir:
Banquetes con sus amigos;
Bailes; á veces el juego;
Que, aunque en rigor es un vicio,
Sin pasar por un quijote
Extravagante y mezquino,
Ya ves, todo un capitan...
Onof. Eso está bien. Él es digno
De todo; él es acreedor
A cualquiera sacrificio;
Pero el otro...
Marc. Pues el otro
Me ha puesto en un compromiso.
Aquí se nos ha encajado
Sin anunciarnos su arribo,
Hecho un adan.
Onof. ¿Y qué culpa
Tengo yo?
Marc. Pidió un asilo
En mi casa, y yo no pude
Negárselo.
Onof. Pues, amigo,
Paciencia. A mí no me hubiera
Encontrado tan propicio.
Ya se la puede buscar,
Que no es manco ni tullido.
¡Holgazan! Con esa cara
Que tiene de teatino
Viene á pegarla, sin mas
Que «aquí estoy porque he venido.»
Marc. Tuve que pagar el viaje
Y los gastos del camino,
Porque él no trajo...
Onof. Esa es otra.
Vaya, vaya; el señorito
Es una buena prebenda.
Marc. Aunque el gasto es tan crecido,
No es esto lo que me apura.
Onof. Pues ¿qué?
Marc. Que afrentado vivo
Con él. Ese encojimiento,
Ese porte tan sombrío,
Tan tosco...
Onof. Di de una vez
Que es un solemne pollino
Y que quieres embocarme
La maula. Pues, hijo mio,
Desásnalo tú si quieres.
Marc. Yo además de Joaquinito
Tengo á doña Catalina
Que hace mes y medio vino
De Cádiz; y hasta que encuentre
Casa... Ya ves, su marido
Fué amigo nuestro, y no creo
Regular...
Onof. Nada: conmigo
No se viene. Es excusado
Porfiar.
Marc. ¿No eres su tio
Como yo?
Onof. Si te es gravoso,
Desde este instante me obligo
A abonarte lo que gastes
Con él; pero yo no admito
Gaznápiros en mi casa.
Mejor quiero un tabardillo.
Marc. Ya he dicho que no es el gasto
Lo que siento.
Onof. Y yo repito
Que á mi lado no le quiero.
Marc. En tus haciendas de Pinto
Puede estar.
Onof. ¿Y qué dirían
Las gentes si algun domingo
Me viniera á visitar
De tosco sayal vestido,
Con montera, con polainas,
Abarcas y vara en cinto,
Y oyeran que me decía:
Buenas tardes, señor tio?
Marc. No hay remedio. Es necesario
Que yo le aguante. ¡Maldito
Parantesco! Mantenerlo
Lejos de mí es un arbitrio
Costoso. Al fin en la casa
Se viene á gastar lo mismo
Esté ó no esté; pero fuera...
Onof. Eso quisiera el chiquillo:
Asegurar la pitanza
Y vivir á su albedrío.
Pero nuestro primo Bruno,
Que la echa de compasivo,
¿No se lo puede llevar?
Marc. No conviene. Mi designio
Es muy diferente. Bruno
Es viudo sin hijos, rico
Y amigo de sus parientes.
Ya sabes tú que Fabricio
Nuestro hermano, que Dios haya,

Tuvo cierto disgustillo
Con él.
Onof. Sí; cuando le echó
De su casa porque quiso
Con sus prudentes consejos
Salvarle del precipicio.
Marc. Riñeron. A pocos meses
Su indolencia, su prurito
De brillar, y la aprehension
Que le hicieron de un navío
Fletado por él con carga
De géneros prohibidos,
Fueron causa de su ruina
Total.
Onof. Bien : y á este conflicto
Siguió pronto el de la muerte
De su mujer ; y Fabricio
Enfermó de pesadumbre;
Murió ya puesto en camino
Para los baños de Caldas ;
Y lo enterraron ; y su hijo
Cándido, viéndose solo,
Desamparado, aburrido,
Viene á comernos un lado
A título de sobrino.
Pero todo esto...
Marc. El pobrete
Haria sin duda juicio
De ser recibido mal
De Bruno. Por eso vino
A Madrid, y ni siquiera
Una visita le hizo
Al pasar por Zaragoza.
Onof. Con todo, no le imagino
Capaz de desampararlo.
Marc. Pero si yo se lo envio,
No solo le admitirá
Con placer y con cariño ;
Sino que podrá dejarle
Algun dia, con perjuicio
De Plácida, cuanto tiene :
Y esto es lo que determino
Evitar á toda costa.
Onof. Cuando Cándido era niño
Como un padre le queria.
Marc. Es cierto ; pero hace un siglo
Que no le ve.
Onof. Y dime : ¿sabe
Que está aqui?
Marc. ¡ Qué desatino !
No se lo diré yo nunca.
Onof. Pero... ¿y si le escribe el chico?
Marc. No lo hará ; te lo aseguro,
Porque yo no me descuido
En prevenir al muchacho
Contra él.
Onof. Ya ; tú habrás dicho
Para tí : la caridad
Se entiende consigo mismo;
Y el prójimo, que se dé
Contra una esquina.
Marc. Es preciso
Que me ayudes á inclinarle
A mi favor.
Onof. Ya le he escrito
Que Plácida es un tesoro
De virtudes, un hechizo.
Y mis elogios por cierto
No son muy equitativos,
Porque es una linda maula.
Ahora cuatro rengloncitos
Contra Cándido : ¿no es esto?
Y negocio concluido.
Pero si se le antojara
Venirse...
Marc. No ; no hay peligro.
Es muy viejo. — En todo caso
Nunca vendrá de improviso,
Y podremos...
Onof. Ya ; ya entiendo.
¿Y dónde está tu pupilo?
Marc. Salió con Juliana.
Onof. ¡ Calla !
Aquí está. ¡ Qué compungido !
¡ Qué humilde !

ESCENA II.

DON ONOFRE, DON MARCELO, DON CANDIDO.

(*Don Cándido se presenta pobremente vestido.*)

Onof. ¡ Hola, buena pieza !
¿ Cómo vienes tan marchito ?
¿ Dónde has dejado á tu tia ?
Cánd. A la mitad del camino
Me dijo que no gustaba
De acompañarse conmigo.
Onof. Habrás hecho de las tuyas.
Marc. Cuando ella te ha despedido
Por algo será.
Onof La habrás
Avergonzado.
Marc. Habrás dicho
Mil necedades.
Cánd. Dios sabe
Que yo...
Marc. Calla.
Cánd. ¡ Ah! Yo suplico
A ustedes...
Onof. Cállese usted.
Es un enorme delito
Disculparse de ese modo.
Cánd. (¡ Paciencia !)
Marc. Sí; ya está visto

Que no haré carrera de él.
Onof. Con ese aire de novicio
No pienses que nos engañas,
¡Hipocriton!
Cánd. (¡Qué martirio!)
Onof. ¿Qué murmuras entre dientes?
Vehementísimo indicio
De tu culpa es tu silencio.
Cánd. Pues bien: ¿cuál es mi castigo?
¡Si callo soy delincuente,
Y ofendo cuando replico!
Onof. Ni callar, ni replicar.
Cánd. Eso es imposiblo, tio.
Marc. Vamos, será necesario
Tomar con él un partido.
Onof. Sí, sí; por incorregible
Debe echársele á un presidio.
Marc. Aquí viene mi mujer
Y nos dirá lo que ha habido.

ESCENA III.

Don ONOFRE, Don MARCELO, Don CANDIDO, Doña JULIANA.

Jul. ¡Jesus, qué sofocacion!
¡Jesus, Jesus, qué sobrino! (*Se sienta.*)
Onof. ¿Qué te ha hecho ese bergante?
Jul. ¡Nunca le hubiera yo dicho
Que me acompañase! ¡Nunca
Hubiera á casa venido!
Empeñado el muy zoquete
En ir siempre al lado mio
Como si fuera un cortejo.
¡Ah, qué afrenta! ¡qué suplicio!
Por mas que haciéndole estaba
Señas con el abanico
Para que detrás viniera,
No he podido conseguirlo.
Ya se lo iba á decir claro
Al pasar por los Basilios,
Cuando de manos á boca
Me encuentro con don Faustino
Y Conchita su mujer.
¡Entónces fué el compromiso!
Como ella es tan criticona
Y tan vano su marido,
Temía que ese señor
Dijera algun desvarío
O les diera á conocer
Que era mi pariente. Quiso
Mi fortuna, ó mi desgracia
Mas bien, que como es el niño
Tan huraño y tan agreste,
Sin dar lugar á mi aviso
Se quedó á cierta distancia.
Con esto me tranquilizo,
Y despues de saludar
A mi amiga con cariño
La propongo me acompañe
Esta tarde en el Retiro,
Cuando me agarra del brazo
Ese zafio de improviso
Y me dice: ¡Tia, tia!
¡Un coche! ¡Pronto, de un brinco
Pase usted á la otra acera!
No sentí tanto el peligro
Como verme abochornada
De tal modo. No he tenido
Rato mas malo en vida.
Estoy hecha un basilisco.
¡Qué atrevimiento! ¡En la calle
Llamarme tia, y á gritos!
Cánd. No podia imaginar
Que usted se hubiera ofendido
De que la llamase tia.
Ahora, si es un delito
El ser pariente de usted
Porque en el mundo no brillo,
Eso es otra cosa; pero,
Señora, si no soy rico,
¿Cómo lo he de remediar?
Esta pobreza en que gimo
No es consecuencia funesta
De algun vergonzoso vicio.
¡La muerte de un tierno padre
Solo me deja el conflicto
De llorarla, y la desgracia
De ser gravoso á mis tios!
Yo quisiera...
Jul. Yo quisiera
Que fuera usted mas sumiso
Y algo menos bachiller.
Sí, señor; así lo exijo.
Con que despues que le estamos
Colmando de beneficios,
¿Aun nos viene usted con fieros?
Vaya, ¿si será preciso
Que le pidamos perdon?
Cuando usted haya aprendido
A tratar con las señoras;
Cuando sea usted tan fino
Como su primo Joaquin,
Merecerá mi cariño,
Y no me desdeñaré
De llamarle deudo mio.
Pero no siendo elegante,
Gracioso, amable, cumplido,
Como él lo es; no entendiendo
El país de un abanico;
No sabiendo dar su voto
Sobre el gusto de un vestido,
Ni bailar un rigodon,
Ni trinchar un palomino,
Que me llame usted su tia
Formalmente le prohibo.

Onof. Dice muy bien.
Jul. Y cuidado
Con no serme tan altivo.
Cuidado con respetar
El menor de mis caprichos.
Si no acomoda, ya puedes
Tomar la puerta. Clarito.

ESCENA IV.

DON ONOFRE, DON MARCELO, DON CANDIDO.

Marc. ¿Ves á lo que das lugar
Con tu imprudencia? Es preciso
Enmendarse. ¿Qué te cuesta
Darle gusto? ¿Qué perjuicio
Se te sigue de ser dócil,
Callado, humilde, expresivo
Y cariñoso con ella?
Si se indispone contigo
Es por tu bien. — Por ahora
Tus desaciertos olvido
Y te quiero perdonar.
Procura no repetirlos
Si deseas conservarte
En mi gracia. Harto te digo.

ESCENA V.

DON ONOFRE, DON CANDIDO.

Onof. La reprimenda no es floja;
Pero ¡vanos raciocinios!
A tí nada te hace mella.
Yo no sé á quién has salido:
Tan torpe, tan bigardon,
Tan ingrato, tan arisco,
Tan... ¡Qué veo! ¿Está llorando?
¡Ay qué gracia de angelito!
Vamos, desmáyate ahora.
¡Cuidado que es un prodigio
El muchacho! Con mas cuartos
Que un arriero vizcaíno,
¡Llorar como una madama!
¿Y piensas que no concibo
Que ese llanto es de soberbia?
¡Muy bien! ¡Estamos lucidos!
¡Sobre que ya no se puede
Hacer bien en este siglo!
Cánd. ¡Ah, señor! El hacer bien
Nunca...
Onof Calla, que me irrito.
Tú has venido á deshonrarnos.
Mi hermano hizo un desatino
En recibirte en su casa
Y darte el pan de sus hijos.
¿Si querrás que te contemplen
Y que te traten con mimo?
Vaya; ¡no faltaba mas!
¿Por qué no naciste obispo?
Él te llena la bartola
Y yo te calzo y te visto.
Pues ¿qué mas quieres? Peor
Fuera estar en el hospicio.
¡Ah, qué bien dice el refran!
Al que Dios no le da hijos,
Para purgar sus pecados
El diablo le da sobrinos.

ESCENA VI.

DON CANDIDO.

No es posible tolerar
Tratamiento tan indigno.
Me avergüenzo del estado
De humillacion en que vivo,
Y solo la fuga puede
Salvarme del precipicio
A que tantas sinrazones
Me conducen de contínuo.
Huyamos; ¡sí! Poco pierdo
En dejar tan triste asilo.
Mejor es morirme de hambre
Que depender de mis tios.

ESCENA VII.

DON CANDIDO, DON JOAQUIN,

(*Don Cándido se queda triste y pensativo á un extremo de la escena. Don Joaquin sale de su cuarto leyendo un papel con direccion á la habitacion de doña Catalina.*)

Joaq. Perfectamente. No puede
Estar mejor. Yo me pinto
Solo para hacer sonetos.
Ni Jerjes, ni Tito Livio
Sirven para descalzarme.
¡Es mucho númen el mio!
Se lo voy á presentar...
¡Hola! Buenos dias, primo.
Me alegro mucho de verte.
Ya sabes tú que me pico
De poeta. Vas á oir
Este soneto que he escrito
A nuestra huéspeda amable
Casi casi de improviso.
Oye, y verás ¡qué conceptos
Tan armoniosos! ¡que estilo
Tan bien medido! ¡qué rima
Tan sentimental!
Cánd. Amigo,

No estoy de humor para coplas,
Déjame.
Joaq. Yo necesito
Tu aprobacion.
Cánd. Yo lo apruebo.
Desde ahora sin oirlo.
Joaq. No importa. Es un *jefe de obra*,
Y lo has de oir.
Cánd (Estoy frito.)
Joaq. Por mirarte con lúbrico entusiasmo
(*Leyendo.*)
Corta la parca mi vital estambre.
Me voy quedando ya como un alambre
Y tú tienes la culpa. No me pasmo.
De tu desden el rígido sarcasmo
En materias de amor me mata de hambre;
Y cual si fueras cálido fiambre
No te puedo mirar sin pleonasmo.
Ni Venus misma con su hermoso físico
Merece ser de Catalina el prólogo.
Pero ¿has de permitir que muera tísico?
¡Ah! Bien puedo decir sin ser teólogo,
Segun me hieren tus miradas áridas,
Que tus ojos, mi bien, son dos cantáridas.
¿Qué tal? ¿Se encuentran sonetos
De este mérito en los libros?
Lo del *cálido fiambre*
¿No te parece un prodigio?
Lo del *rígido sarcasmo*
¿No es un concepto exquisito?
Confieso que el consonante
Me tenia apuradillo.
Ya iba á abandonar la empresa,
Cuando á mi socorro vino
La palabra *pleonasmo*,
Grave, de hermoso sonido,
Y sobre todo oportuna.
Eso de morirme tísico
Es lo que enmendar quisiera;
Pero ya está puesto en limpio
Y así ha de ir. — Vamos, hombre :
Todavía no me has dicho
Qué te parece.
Cánd. ¿No acabas
De ponderarlo tú mismo?
Joaq. No importa. Yo soy modesto
Y á tu fallo me remito.
Cánd. ¿Podré decir sin rebozo
Mi dictámen?
Joaq. Sí, sí; dilo.
Cánd. Pues bien; á mi me parece
Cada verso un desatino.
Joaq. ¿Te burlas, hombre?
Cánd. No estoy
Para burlas. Lo repito :
Tu soneto es detestable.
Joaq. Solo un hombre tan borrico
Como tú diria eso.
Vamos; bien dice mi tio,
Que la miseria embrutece
A las gentes.
Cánd. Si has creido
Inpunemente insultarme,
Te equivocas, Joaquinito.
Joaq. ¡Hola! Con que ¿eso es decir
Que te batirás conmigo?
Pues bien; corriente. No doy
Por tu vida dos cominos.
¿Cómo quieres que riñamos?
¿A cuchilladas, ó á tiros?
Elige : ¿dónde ha de ser?
¿En el campo, ó aquí mismo?
Testamento... no lo harás,
Se supone : esto lo digo
Porque no tienes de qué,
¿Piensas buscar un padrino?
¿Quieres que...?
Cánd. No quiero nada.
Soy opuesto á desafíos.
Lo que quiero es que me dejes
En paz y que tengas juicio.
Joaq. Al fin eres un gallina
Sin honor y sin principios.
Cánd. Yo no conozco ese honor
Que tanto los libertinos
Decantan. En la virtud
Unicamente los cifro
Y no en andar á estocadas
Por tan frívolo motivo.
Yo sé respetar las leyes
Y obedecerlas sumiso;
Pero aunque ves que no peino
Bigotes, ni espada ciño;
Va acercándose á don Joaquin, y éste retrocediendo.)
Ni llevo dos charreteras
Que deslumbren con su brillo
En los bailes y en el Prado;
Ni tengo hoja de servicios
Llena, no de campamentos,
De batallas y de sitios,
Sino de hospitalidades,
Deserciones y castillos;
Desprecio á los fanfarrones
Que escupen por el colmillo,
Y les doy de bofetadas
Sin necesitar padrino.
Joaq. Pero, hombre,... no te sofoques
Nunca ha sido mi designio
Que fuéramos á matarnos.
¡Qué disparate! ¡Dos primos!
Ya ves tú; los que tenemos
El genio así..., un poco vivo,
Nos excedemos á veces...
Vaya; vengan esos cinco
Y olvidemos lo pasado.

Ya sabes tú que te estimo.
Cánd. Harto hago con aguantar
La injusticia de mis tios,
Sin sufrir tus insolencias.
Procura en lo sucesivo
Tratarme con mas respeto,
Porque si no...
(*Amenazándole á la cara.*)
Te confirmo.

ESCENA VIII.

DON JOAQUIN.

¡Toma! Será muy capaz
De hacerlo como lo ha dicho.
¿Quién habia de creer
Que tuviera tantos brios
Un pobreton? No; con este
No es fácil sacar partido,
Porque pudiera dejarme
De un bofeton sin carrillos.—
Pero es mucha necedad
Decir que no vale un pito
Mi soneto. A bien que yo
Estoy muy bien persuadido
De lo contrario, y me basta.—
¡Eh! Ya es tiempo de lucirlo
Con la huéspeda. Yo voy
A leérselo ahora mismo.—
¿Y si Plácida lo sabe?
La voy á tener de hocico
Quince dias.—¿Qué me importa?
Si á la viudita conquisto,
Que es hermosa, rica y jóven,
Pronto con mi prima rifo
Y desbarato la boda;
Y si no saco partido,
Fácil me es desenojarla;
Y mas estando los tios
De mi parte, y teniendo ella
Tantas ganas de marido.
(*Entra en el cuarto de doña Catalina.*)

ACTO SEGUNDO.

—

ESCENA PRIMERA.

DOÑA CATALINA, DON JOAQUIN.

Joaq. Con que ¿no permite usted
Que la acompañe?
Cat. Mil gracias.
Me precisa salir sola.
Joaq. ¿Y no quedamos en nada?
Cat. Pues ¿no le he dicho á usted ya
Que su soneto me encanta?
¿No he dicho que hay en sus versos
Mas bellezas que palabras?
Es verdad que muchas de ellas
A mi comprension se escapan;
Pero tiene cierto nervio
Poético que arrebata;
Y sobre todo el donaire
Singular con que usted llama
Cantáridas á mis ojos
Me embelesa, me entusiasma.
Joaq. Sí; cantáridas de amor
Que me pican y me abrasan.
Cat. Es un soneto estupendo
Lleno de fuego y de gracia.
Usted debia imprimirlo.
Joaq. Ya se ve; de eso se trata.
Pronto va á salir á luz
Con mis poesías varias
Así que haya reunido,
Que esto lo hago en dos semanas,
Materiales para un tomo.
Cat. Siga usted con confianza
La carrera del Parnaso:
Así con pluma y espada
Será usted en poco tiempo
El ornamento de España.
Joaq. Pero usted se desentiende
De la pasion que me inflama,
Y hasta ahora no me ha dicho
Si la aprueba ó la desaira.
Cat. Segun eso, ¿usted me quiere?
Joaq. Esa pregunta me balda.
La quiero á usted con furor.
Cat. ¡Ay qué miedo! Usted me espanta.
Joaq. ¿Tan feo soy?
Cat. Nada de eso;
Pero ¿quién no se acobarda
Con un amante furioso?
Joaq. Esto es ponderar mis ansias
Usando de una figura
Retórica que se llama
Sinalefa.
Cat. ¡Ah! bien: ya estoy
Mas tranquila. Yo pensaba,
Como es usted militar,
Que enamorar á las damas
Era para usted lo mismo
Que asaltar una muralla.
Joaq. ¡Qué dicha fuera la mia
Si esa mano delicada...!
(*Quiere tomársela y ella la retira.*)
Cat. Verdad es: déjela usted,
Que se quiebra si la palpan.
Joaq. Perdone usted, Catalina,
El cariño me arrebata.

Yo apasionado, usted bella...
En fin, el diablo las carga.
Como me quisiera usted,
Dejaria á diez muchachas
Que están perdidas de amores
Por mí.
Cat. La fineza es rara.
Fuerza es que yo valga mucho
Para desbancar á tantas.
¿Y dejará usted tambien
A su prima, cuando trata
De ser su esposo?
Joaq. Señora,
No crea usted tal patraña.
Mi mano no es para ella.
Si mi hermosa gaditana
La aceptase, yo seria
Mas dichoso que un monarca.
¡Ah! Sáqueme usted de penas,
Catalinita de mi alma.
¿Dirá usted que sí? Si no,
Voy á meterme en la Trapa.
Cat. Seria lástima.
Joaq. Vamos;
¿Qué resuelve usted?
Cat. ¿Yo? Nada.
Joaq. ¡Y con esa frialdad!...
¿Piensa usted que hablo de chanza?
Cat. ¡Qué quiere usted! ¡Soy tan fria!
Joaq. (Sí, lo mismo que una fragua.)
¿No mereceré de usted
Que me responda?
Cat. Mañana.
Joaq. ¿Mañana?
Cat. O cualquiera dia.
¿Tiene usted prisa?
Joaq. Usted trata
De que yo me vuelva loco.
Vaya, por ahora basta.
Pero ¿podré concebir
Alguna dulce esperanza?
Cat. Sí, señor; espere usted
Cuanto le diere la gana.
¿Quién se lo puede estorbar?
Joaq. Señora... Infinitas gracias.
Beso á usted los piés. (¡Qué chusca
Es la andaluza! ¡Caramba!)

ESCENA II.

DOÑA CATALINA.

¡Qué apunte es el capitan!
¿Si pensará que me engaña?
¡A buena parte se arrima!
¿Pensará pue soy tan fátua
Como su prima? Otras prendas
Han de tener, otras gracias
Mas sólidas los que aspiren
A mi amor. Su petulancia
Ridícula...

ESCENA III.

DOÑA CATALINA, DON CANDIDO.

Cánd. Buenos dias,
Mi señora...
Cat. Yo pensaba
Que ya se habia usted muerto.
¡Cómo, en toda la mañana
No saludar á su amiga!
Cánd. Disimule usted mi falta.
Quiso que la acompañase
Mi tia doña Juliana;
Y entre ella y los otros tios
Después una hora larga
Me han estado predicando
Como acostumbran.
Cat. ¡Canalla!
Hoy mismo me he de mudar
Aunque sea á una posada
Por no verlos. ¡Qué mal hice
En ceder á las instancias
De don Marcelo!
Cánd. A un esclavo
No tratarian con tanta
Inhumanidad.
Cat. ¡Infames!
¿Aun no ha tenido usted carta
De don Bruno?
Cánd. No, señora.
Con bastante repugnancia
Le escribí, como usted sabe,
Y así no extraño que se haya
Desentendido. Mi tio
Don Marcelo no me engaña.
Él me aborrece; él recuerda
Mas bien que mi suerte infausta
La enemistad de mi padre.
¡Ah! ¡Todos me desamparan!—
Pero usted iba á salir
Y no debo molestarla.
Cat. No, señor; no tengo prisa.
Usted no ha perdido nada
En escribir á don Bruno.
No hay duda que si trataba
De estorbarlo don Marcelo,
Es porque teniendo fama
De rico y caritativo,
Y siendo tan avanzada
Su edad, temia que usted
Alguna parte heredara
De sus bienes. En verdad
Ya me parece que tarda
En contestar. Sin embargo,

No pierdo las esperanzas.
Y si al fin es tan *pariente*
Como los demás, no faltan
Jamás al hombre de bien
Almas benignas y francas
Que sin ser tios ni primos
Se duelan de sus desgracias.
Don Cándido, nadie sabe
Lo que le espera mañana.
La fortuna es caprichosa,
Pero no siempre es ingrata.
Cánd. Usted dirá lo que quiera;
Pero yo no tengo tanta
Filosofía. No sé
Lo que la suerte me guarda.
Lo cierto es que sobre mí
Todas las desdichas cargan,
Y en vano es alimentarme
De ilusiones y fantasmas.
Cat. ¿ Ilusiones? — Bien : hablemos
De otro asunto. En confianza
Voy á descubrir á usted
Cosas de mucha importancia.
Sepa usted que he desbancado
A su cara prima. — Vaya;
¿ No celebra usted mi triunfo? —
¿ Por qué pone usté esa cara?
Cánd. Señora...
Cat. ¿ Lo siente usted?
Cánd. (Yo no sé lo que me pasa.)
Cat. ¿Tomaria usted á mal
Que yo fuese capitana?
Cánd. Yo quisiera... que usted fuese
Feliz.
Cat. Y si me casara
Con don Joaquin ¿lo sería?
Cánd. Yo no lo sé. — ¿ Usted le ama?
Cat. Yo... ¿ Qué me aconseja usted?
Cánd. Señora, ¿á usted le hacen falta
Mis consejos para amar?
No he visto cosa mas rara.
Yo pensaba que el amor
Era una pasion tirana
Que sin consultar á nadie
Subyugaba nuestras almas.
Cat. ¿ Y de quién lo sabe usted?
Cánd. De mí mismo.
Cat. ¡ Calla, calla!
¿ Usted tambien tiene amor?
Cánd. Sí, señora. ¿ Usted lo extraña?
Cat. ¿ Y es usted correspondido?
Cánd. No, señora.
Cat. ¡ Con qué calma
Lo dice usted!
Cánd. ¿ No sería
La mayor extravagancia
Desesperarme por eso?
¿ Me habré de colgar de rabia
Por dar gusto á mi rival?
Cat. Pero ¿ quién es esa ingrata?
Cánd. Usted... la conoce mucho:
Yo no me atrevo á nombrarla.
Cat. ¿ Sábe ella que usted la quiere?
Cánd. Yo no le he dicho palabra;
Y ahora me alegro mucho.
Cat. Pues alabo la cachaza.
¿Esperaba usted acaso
A que ella se declarara?
Cánd. Mi situacion...
Cat. Es usted
Un pobre hombre.
Cánd. Yo temblaba...
Cat. Pues qué, ¿es alguna serpiente?
Cánd. Si fuera yo con las damas
Tan feliz como Joaquin...
Cat. Será con las que se pagan
Del oropel engañoso
De la frívola elegancia,
De la necia afectacion,
Y en fin, de apariencias vanas.
Pero yo que, aunque parezco
Coqueta y atolondrada,
Tengo el corazon muy limpio
Y la cabeza muy sana,
Distingo perfectamente
Lo que es grano y lo que es paja;
Y desprecio como debo
Las ridículas monadas
De un adonis confitado
Con bucles y sin sustancia.
Cánd. ¿ Es decir que usted no quiere
A mi primo?
Cat. Me estomaga,
Me fastidia hasta no mas.
Cánd. ¡ Y con todo usted aguanta
Que la enamore! ¡ Y tal vez
Le pondrá muy buena cara!
Cat. Quiero reirme á su costa.
Quiero dejar humillada
Su insolente vanidad
Y su impertinente audacia.
En fin, quiero consentirle
Para darle calabasas.
Cánd. Yo sentiria en extremo
Que usted con él se casara;
Y temia...
Cat. No, hijo mio:
No soy yo tan insensata.
Pero de ese sentimiento
¿ Se puede saber la causa?
Cánd. ¿Pues no sería dolor
Que una señora adornada
De tantas amables dotes
De ese mico se prendara?
Cat. Ya se ve: y usted se explica
Con tanto interés, con tanta

Energía, que cualquiera
Diria...
Cánd. ¿Qué?
Cat. Que usted no habla
Con mucha imparcialidad.
Cánd. Y puede ser que acertara,
Porque el amor...
Cat. ¿Qué? ¿Qué dice (*Afectando enojo.*)
Usted del amor?
Cánd. ¿Yo?... Nada.
Quise decir otra cosa.
Cat. No, señor; usted me engaña.
Y si no, ¿por qué razon
Me mira, se turba y calla?
Cánd. Y usted ¿qué motivo tiene
Para ponerse encarnada?
Cat. Usted se muere por mí,
Y finge que no me ama.
Cánd. Y á usted quizá no le pesa,
Aunque finge que se enfada.

ESCENA IV.

DOÑA CATALINA, DON CANDIDO, DON ONOFRE.

Onof. ¡Voto va! Hoy he descuidado
Mi visita cotidiana. —
¿Usted va á salir, mi vida?
Cat. Sí, señor; si usted no manda
Otra cosa. Hasta después.
Onof. Vaya usted con Dios, salada.

ESCENA V.

DON ONOFRE, DON CANDIDO.

Onof. ¡Cáspita, qué aire de taco!
Hoy está la gaditana
De mal temple. Apostaria
A que alguna cerrilada
De las tuyas..... ¿Qué le has dicho?
Cánd. ¿Yo? Ni una sola palabra
Que la pueda incomodar.
Onof. ¿Si querrás enamorarla?
Cánd. Bien pudiera ser.
Onof. ¿Qué es eso?
Cánd. ¡Bueno! Y porque yo la amara
¿Sería...?
Onof. Sería un crimen;
Sería una extravagancia,
Una insolencia, un absurdo,
Y si yo lo averiguara
Te costaria bien caro.
Pues qué, ¿así se cojen gangas?
¡Vaya! Con que yo que soy
Un señor de circunstancias;
Gracioso, vivo, elegante
Y, aunque peino algunas canas,
Robusto como una encina
Y verde como una grama;
Yo que soy un propietario
Y tengo muchas medallas,
No me atrevo á pretenderla
Aunque me tiene hecho un ascua;
Y tú que eres un piojoso
Sin chirumen y sin gracia,
¿Tienes la desfachatez,
¡Pícaro! de resquebrarla?
Cánd. ¡Tio, por Dios! Usted quiere
Que me desespere y haga
Una locura.
Onof. ¡A su tio
Quererle soplar la dama!
Cánd. Si yo...
Onof. ¡Bribon! ¿De este modo
Tantos beneficios pagas?
Cánd. Yo ¿qué beneficios...?
Onof. Pero
Yo te cortaré las alas.
Cánd. ¡Quiere usted dejarme en paz!
Onof. Lo mismo eres que una tapia.
Ni consejos, ni desaires,
Ni reprensiones te bastan.
Eres incapaz.
(*Quiere irse don Cándido, y le detiene.*)
Espera;
Que no quiero que te vayas
Sin oir todo el sermon. —
Hombre, ¡que sea tan crasa
Tu estupidez! Si la viuda
Tus necedades aguanta
Es por burlarse de tí.
¿No conoces la distancia
Que hay entre los dos? No sé,
No sé cómo tienes cara
Para presentarte á ella.
Y así..., con tan mala traza... —
¡Calla! ¿Qué veo? ¡Ya has roto
La levita!
Cánd. (Se me acaba
La paciencia.)
Onof. Los ojales
Desbaratados, las mangas
Todas hechas un giron...
Esto pasa de la raya.
¿Haya valor para romper
En menos de tres semanas
Una levita flamante?
Diez años hará por Pascua
Que la estrené. En tanto tiempo
Ni un desgarron, ni una mancha
Se ha visto en ella; y con todo,
Casi siempre la llevaba.
¡Quién me diria que tú
Tan pronto la destrozaras!

¿No es un cargo de conciencia?
Pues ya puedes remendarla,
Porque yo no te doy otra.
Cánd. Tampoco yo la tomara.
Onof. Eso sí; pobre y soberbio.
Aun querrás echarme plantas.
Cánd. Demasiado tiempo he sido
Humilde con quien me trata
Con tan poca caridad.

ESCENA VI.

Don CANDIDO, Don ONOFRE, PLACIDA.

Plác. Ya puedes sacar la cama
Y los trastos de tu cuarto.
Prontito, que me hace falta
Tenerlo vacío. ¿Entiendes?
Onof. ¿Qué prisa es esa, muchacha?
¿Quién lo ha de habitar?
Plác. Gertrudis,
Mi nodriza, que ahora acaba
De llegar de Villaverde.
¡Me quiere tanto! ¡Es tan guapa!
Viene á pasar con nosotros
Una corta temporada;
Y no puedo menos...
Onof. Sí;
Es necesario hospedarla
Con toda comodidad. —
Al instante que se vaya
(*A don Cándido.*)
A su lugar, te prometo
Que volverás á tu sala.
Mientras tanto en la guardilla
Te acomodas, ó en la cuadra
Con los mozos.
Cánd. No, señor.
Yo le doy á usted las gracias
Por su hospedaje. No pienso
Dormir mas en esta casa.
Onof. ¡Hola! ¿Con humos me vienes?
Cánd. Tio, ya basta de infamias,
Y ni de usted ni de nadie
Quiero mas tiempo aguantarlas.
Con que así...
Onof. ¿Cómo se entiende?
Pícaro! ¿Tú me amenazas?
¿Tú me pierdes el respeto?
Cánd. Tanto es lo que usted me ultraja,
Que si no fuera mi sangre
Y no mirara á sus canas...
Onof. ¡Insolente! ¡Galopin!
¡Que no tuviera una tranca!

ESCENA VIII.

Don CANDIDO, Don ONOFRE, PLACIDA,
Don MARCELO, Doña JULIANA.

Marc. ¿Qué es eso?
Onof. No tienes tú
La culpa, sino el que ampara
A un bribon, á un haragan.
Jul. Pero bien, ¿cuál es la causa
De tantos gritos? Sepamos
Quién...
Onof. ¡Cria cuervos, Juliana,
Y te sacarán los ojos!
Plác. Mire usted; toda su rabia
Es solo porque le he dicho
Que desocupe su estancia
Para alojar á Gertrudis.
Onof. Sí, señor; y el muy canalla
Se ofende de una medida
Tan justa y tan necesaria;
Y me levanta la voz;
Y se me sube á las barbas.
Marc. Mira que ya estoy cansado
De sufrirte.
Jul. Sí; ya basta
De contemplaciones. Yo
No estoy para templar gaitas.
¡Hola! De fuera vendrá
Quien nos echará de casa.
Pues, hijo mio, desde hoy
Libro nuevo: yo soy clara.
Si te hemos de mantener,
Has de ver cómo lo ganas.
Aquí nos sacrificamos
Por tí, pero tú no tratas,
Ya que no nos dás decoro,
De complacernos en nada.
Se acabó la sopa boba.
¿Lo entiendes? Desde mañana
Me harás la compra, hijo mio
Que no está lejos la plaza,
Ni creo yo que por esto
La venera te se caiga;
Y después...
Cánd. Piadosos tios,
Benigna doña Jualiana,
Amable primita, escuchen
Ustedes cuatro palabras.
Yo, no lo puedo negar,
Soy mas pobre que las ratas;
Pero aunque huérfano y pobre,
Tengo vergüenza, á Dios gracias.
El pan que me dan ustedes
De malditísima gana,
Ese pan que á todas horas
Me echan ustedes en cara,
Yo me lo sabré buscar

Sin deber á ustedes nada;
Yo le tendré sin bañarlo
Con mis lágrimas amargas.
Yo serviré; sí, señores;
Pero será sin infamia:
No á parientes despiadados,
Sino á mi rey y á mi patria.
No espero grandes riquezas,
Sino peligros y balas;
Pero tendré pan y gloria,
Que para un soldado basta.
Yo viviré muy gozoso
Con mis bravos camaradas,
Sin un tio don Marcelo
Que siempre ingrato me llama,
Cuando peor veinte veces
Que á su caballo me trata.
Sin un tio don Onofre
Que me insulta y me regaña
Sin dejarme responder,
Haya motivo, ó no lo haya:
Que me ha dado una levita
Achacosa, derrotada,
Y tan raida, que solo
De cepillarla se rasga;
Y con todo, es tan tacaño
Que por nueva me la pasa,
Y de verla destruida
Se escandaliza y espanta.
Viviré lejos de un primo
Tan pedante como mandria,
Que desafía á las gentes
Si sus sonetos no alaban,
Y luego pide perdon
Al que no teme bravatas.
Lejos de una prima tonta,
Superficial, sin crianza,
Impertinente, aturdida.
Lejos, en fin de una vana
Y quijotesca señora,
Que como esclavo me manda,
Y cuando la llamo tia
Se enfurece ó se desmaya.—
A todas estas verdades
Una que añadir me falta:
Cuando uno tiene parientes
De tan perversas entrañas,
No conoce la vergüenza
Ni el honor si los aguanta.

ESCENA VIII.

Don ONOFRE, Don MARCELO, Doña JULIANA, PLACIDA.

Onof. ¡Qué sarta de iniquidades!
¿Y hemos podido tragarlas
Sin romperle las narices?
Plác. ¡Llamarme á mí mentecata
Y superficial!
Marc. Yo siento
Que haga una calaverada.
Onof. Y bien, ¿qué le hemos de hacer?
Jul. Bendito de Dios se vaya,
Y no parezca en su vida.
Vamos á comer.
Marc. ¿No aguardas
A la huéspeda?
Jul. La tiene
Convidada su paisana.
Vamos. Desde hoy habrá paz
Y alegria en esta casa.

ACTO TERCERO.

—

ESCENA PRIMERA.

Doña JULIANA, PLACIDA, Don JOAQUIN, INÉS.

Jul. Vamos, que hace buena tarde.
Ponte bien esa mantilla.
Plác. ¿Al Retiro?
Jul. Sí.
Plác. ¿Y papá?
Jul. Ya se marchó á las Delicias
Con tu tio don Onofre.
Plác. Oyes; cuida mi perrita.
Inés. Bien está.
Jul. ¿Qué tienes tú,
Joaquin? ¿Estás triste?
Joaq. Tia,
Tengo un esplin de mil diablos.
Plác. Esa tristeza imprevista
Bien sé yo de donde nace.
Como doña Catalina
No nos acompaña... ¿Piensas
Que aunque soy una chiquilla
Se me escapa nada?
Joaq. ¡Vaya,
Que has tomado una manía
Particular! Mi cariño
Solo tú, amable primita,
Lo mereces. — ¿No es verdad?
(*A doña Juliana.*)
Jul. ¿Quién hace caso de niñas?
Joaq. La viudita, bien mirado,
No es una grande conquista;
Y como quisiera yo,
Tal vez... Pero me fastidia.
Plác. ¿Por qué?
Joaq. Porque sabe mucho,

Plác. Ya; tú las buscas tontitas
Para engañarlas mejor.
Joaq. ¡Qué disparate!
Plác. Pues mira:
Basta que mamá lo manda,
Te amaré toda mi vida
Como tú me seas fiel;
Mas si sé que solicitas
A la viuda, hago las paces,
Aunque la mamá me riña,
Con el cadete de guardias
Que despedí el otro dia.
Joaq. No; no llegará ese caso,
Dulce y adorada prima. (*La abraza.*)
Jul. ¡Niños, niños! poco á poco.
Joaq. No se enfade usted, tiita.
(*Acariciando á su tia.*)
Ya ve usted; ¡tengo este genio
Tan bullicioso! — ¡Qué linda
Carretela le han traido
De París á Taravilla
Mi amigo, el marqués del Junco!
¡Preciosísima! Daria
Cualquiera cosa... — ¡Ah! ¿No saben
Ustedes una noticia?
¡Cosas como las que pasan
En el mundo! La sobrina
De don Claudio el boticario
Salió antes de ayer á misa
Y no á vuelto á parecer.
Su padre está echando chispas.
Anoche me lo dijeron
En casa de doña Higínia. —
Por cierto que desde entonces...
¡Tengo una suerte maldita! —
¿No sabe usted quién tallaba?
El teniente de milicias
Don Toribio. ¡Vaya un cuco!
Se empeñó en echar *judías*
Y perdí sesenta pesos; —
Pero me cayó una rifa.
Jul. ¿Si? ¿Y es cosa de valor?
Joaq. No, señora; media libra
De cigarros. — ¡Qué bien toca
El piano Dolorcitas!
Su hermano es un botarate. —
Me han dicho que la modista
De ahí enfrente baila bien,
Y, aunque está comprometida
Con un cesante de Propios...
Jul. ¡Jesus, qué tronera! ¿Olvidas
Que te estamos esperando?
Joaq. Tiene usted razon. — ¿Matías?

ESCENA II.

DOÑA JULIANA, PLACIDA, INÉS,
DON JOAQUIN, MATIAS.

Mat. Mande usted, mi capitan.
Joaq. El sombrero; date prisa,
Y el sable.
Mat. Voy al instante.

ESCENA III.

DOÑA JULIANA, PLACIDA, INÉS,
DON JOAQUIN.

Plác. ¿Si veremos á Conchita?
Joaq. ¿Qué habrá sido de mi primo?
Jul. No me hables de él; que me indigna
Su memoria. Aunque le vea
Llorar á lágrima viva
Y pedirme mil perdones,
No haya miedo que le admita
En mi casa.
Joaq. Ha sido un bruto.
Él ha perdido una viña
Con dejar á ustedes. No;
No hará tan buena barriga
En el cuartel; y si da
Con un cabo loco...
(*Llega Matías con el sombrero y el sable de don Joaquin.*)

ESCENA IV.

DOÑA JULIANA, PLACIDA, INÉS,
DON JOAQUIN, MATIAS.

Joaq. Quita
Esa funda, majadero.
(*Toma el sombrero: Matías quita la funda al sable.*)
Él ya ha hecho la tontería
De sentar plaza á esta fecha. —
¡Eh! Su letra no es malita,
Y tiene buena figura.
¿Quién sabe...? Si no se vicia
Puede ser que haga carrera.
Con veinte añitos que sirva,
Basta para ser sargento.
Entonces ya es otra vida:
Y luego ¡el premio de nueve! (1)
Vamos, trae.
(*Toma el sable y se lo ciñe.*)
Solicita
Una plaza en el resguardo;

(1) Ventaja ó sobresueldo mensual de nueve reales que gozan los individuos de tropa, hasta la clase de sargento inclusive, luego que cumplen veinte años de servicio.

La consigue; se retira,
Y es feliz.—Eh, ya estoy listo.
Venga la mano.
Jul. A tu prima;
Que yo bajo muy despacio.
(*Vánse don Joaquin y Plácida.*)
Cuida de casa, Inesilla.—
¡Qué talentazo de jóven!
¡Qué imaginacion tan viva!
¡Qué gracia! Vamos; él es
La honra de la familia.

ESCENA V.

INÉS, MATIAS.

Inés. ¡Jesus, qué gente, Dios mio!
No sé cómo hay quien los sirva.
¡Y qué compasion me da
Don Cándido! ¡Qué injusticias,
Qué perrerías han hecho
Con él! Al cabo le obligan
A una desesperacion.
Mat. Tienen muy malas partidas
Estos señores.
Inés. ¡Qué bien
Hace en perderlos de vista!
Da lástima, porque al cabo
Se crió en buenas mantillas;
Pero, no digo un fusil,
El presidio de Melilla
Es mas dulce que aguantar
Parentela tan indigna.
¡Pobrecito! ¡Y á tu amo
Que es un loco, un mariquita,
Libertino y jugador,
Tantos agasajos! Ira
Me da solo de pensarlo.
Mat. Pues no sabes todavía
Lo que es bueno. Yo pudiera
Decirte ciertas cosillas...
Inés. ¿Sí? Dímelas.
Mat. No me atrevo.
Inés. Hombre, ¿de mí no te fias?
Mat. Si sabe que le descubro
Me arrea un pié de paliza
Que no me podré lamer.
Inés. Nada de cuanto me digas
Se sabrá, que, aunque criada,
Soy de chismes enemiga,
Y sé guardar un secreto.
Mat. Pues escucha: en Algeciras
Se jugó siete mil reales
Que eran de la compañía,
Y por eso estuvo un año
En el fuerte de Chinchilla.
Cuando volvió al regimiento
Le nombraron de partida
Para perseguir ladrones,
Vagos y contrabandistas;
Y á todos les daba suelta
Si largaban la propina.
¡Vaya un modo de robar
Entre él y el sargento Diaz!
Otra vez tuvo un bromazo
En Cabra: cojió una chispa,
Y le dió por ser valiente,
Y eso que él es muy gallina
Con todos menos conmigo.
Entró en casa de unas tias
A la tremenda; y al golpe,
Mas prontito que la vista,
Le quitó el sable un paisano
Y le llevó calle arriba
A leñazos.—¡Cá! No he visto
Hombre mas malo en mi vida.
Los soldados no le quieren;
Los cabos le tienen tirria;
Los sargentos le desprecian;
Los subalternos le silban;
Los capitanes le escupen
Y los jefes le castigan.
Cuando no está preso, le andan
Buscando, y él cada dia
Es peor. Mas trampas tiene
Que un sastre dice mentiras,
Y en su hoja de servicios
Mas notas feas que líneas.
Inés. ¿Y cómo está tanto tiempo
Fuera de su cuerpo?
Mat. Chica,
Yo no sé. Él lo que es licencia
Para Madrid, la tenia;
Pero hace ya cuatro meses
Que se acabó.
Inés. Si averiguan
Su historia...
Mat. ¡Oh! Sí; nos despiden
A patadas.
Inés. A él le estiman
Solo por las charreteras;
Y si un dia se las quitan...
Mat. Mas seguro tendrá eso
Que un ascenso.
Inés. Le estaría
Muy bien al tonto de mi amo
Que le atrapase la hija
Y...
Mat. Buen provecho. A nosotros
¿Qué se nos dá?
Inés. A mí maldita
La cosa. (*Suena la campanilla.*)
Mat. Pues á mí...
Inés. Chito,
Que están llamando. Anda; mira
Quién es.

ESCENA VI.

INÉS.

¡ Qué diablo de casa !
Como doña Catalina
Me quisiera recibir...
Ella es.

ESCENA VII.

DOÑA CATALINA, INÉS.

Cat. ¿ Y la familia ?
Inés. Han salido á pasear.
Cat. ¿ Y tambien con ellos iba
Don Cándido ?
Inés. Segun eso,
¿ No sabe usted todavía
Lo que pasa ?
Cat. Ne sé nada.
Inés. Se ha marchado, señorita,
Y acaso no volveremos
A verle. Como una niña
He llorado. Sus roñosos
Tios y su insulsa prima
Le han ajado hasta no mas,
Le han hecho mil felonías,
Y por fin han apurado
Su paciencia. ¡ Dijo que iba
A sentar plaza !
Cat. ¡ Qué dices !
¿ Y no hubo un alma benigna
Que le detuviera? ¡ Infames !
Inés. No, señora. A sangre fria
Su resolucion oyeron,
Y tienen tan malas tripas
Que permitieron se fuese
Sin comer.
Cat. ¡ Que Dios asista
A una gente tan perversa!
Nada de esto pasaría
Si hubiera estado yo en casa.
¡ Oh vanidad ! ¡ Oh avaricia
Detestable ! (Acaso yo
Soy causa de su desdicha ;
¡ Yo que á hacerle venturoso
Estaba tan decidida !)
¡ Infeliz ! Ya será tarde.—
Si yo pudiera... Matias
Acaso le encontrará.—
Corre ; que lo busque aprisa
Por todo Madrid. ¿ Entiendes ?
(*Suena la campanilla.*)
Y si le ve, que le diga...
Mira primero quien llama.

ESCENA VIII.

DOÑA CATALINA.

Las leyes de la milicia
Son tales que, si obcecado
En las banderas se alista,
En vano... ¡ Qué veo ! Él es.
¡ Ay Dios ! ¿ Si serán tardias
Mis lágrimas ?

ESCENA IX

DOÑA CATALINA, DON CANDIDO.

Cat. ¡ Es posible,
Don Cándido ! ¿ Usted olvida,
Usted quiere abandonar
A su verdadera amiga ?
Cánd. Así lo quiere, señora,
La insufrible tiranía
De mis parientes. No hay nada
Que me acobarde ó me aflija
En la penosa existencia
Que me aguarda. Las fatigas,
Las privaciones, los riesgos
Serán para mí delicias
Lejos de esta gente. Acaso
Culpará usted la medida
Que he tomado ; pero yo
La considero precisa
Para salvar mi virtud
Que he visto comprometida
Tantas veces. Si me quejo
De mi fortuna mezquina,
Usted sabe bien por qué,
Sin que mi lengua lo diga ;
Usted que ve en este instante
El fondo del alma mia.
Cat. Con que en fin ¿ya no hay remedio?
¿ Nos deja usted?
Cánd. Sí : reciba
Usted mi postrer adios.—
En la tienda de la esquina
Me han dicho que á pasear
Salió toda la familia ;
Y por eso me he atrevido
A subir.
Cat. Muy ofendida
Debo estar de un proceder
Tan injusto. ¿No era digna
De que usted me consultase
Primero ? ¿ No sufriría
Que el mejor de mis amigos
Pereciese, siendo rica,
Compasiva y generosa
Aunque lo diga yo misma,
Mas que todos los parientes

Del mundo?
Cánd. No me atrevía
A comprometer á usted.
Cat. Esa es una intempestiva
Delicadeza, que yo
Llamo orgullo ó cobardía.
En fin, ya es usted soldado.
¡A bien poco se limita
Su ambicion!
Cánd. Aun no lo soy.
Cat. ¡Cómo!...
Cánd. Ya estaba extendida
La filiacion; pero el jefe
Cuando iba á poner mi firma
Me mandó volver mañana,
Diciendo que así tendría
Lugar de pensarlo bien.
Cat. No me paga usted en su vida
El mal rato que me ha dado.
Cánd. Salí, pues, de la oficina,
Y, resuelto á no mudar
De pensamiento, venía
A despedirme de usted.
Cat. Agradezco á usted su fina
Atencion. — Vamos; ¿y ahora?
¿Es cierta la despedida?
¿Está usted determinado
A incorporarse en las filas
De los valientes?
Cánd. Señora...
Cat. ¿Podrá usted con la mochila?
Cánd. Usted se burla de mí.
¿Acaso es cosa de risa...?
Cat. No hace mucho que he llorado:
Deje usted que ahora me ria.
Cánd. ¡Qué escucho! ¿Yo he merecido
Que la amable Catalina
Llore por mí?
Cat. Usted va á ver
Si soy ó no soy su amiga.
Mire usted: — yo no soy fea;
¿Cierto?
Cánd. Es usted peregrina·
Es usted...
Cat. Veinte y cinco años
No es una edad excesiva,
Me parece.
Cánd. ¡Qué preguntas,
Señora, á quien no respira
Mas que amor y gratitud...!
Cat. Yo tengo en Andalucía
Haciendas considerables
Y en Castilla muchas fincas;
Soy viuda, pero sin hijos;
Detesto la hipocresía,
Y me gusta divertirme,
Pero nadie con justicia
Puede tachar mi conducta...
Cánd. ¡Ah señora! ¡Qué prolija
Digresion! — Perdone usted:
Ya sé adónde se encamina
Ese discurso. Usted puede
Juzgarlo por mi alegría,
Por la dulce agitacion...
Cat. Me ha gustado mucho el clima
De Madrid...
Cánd. ¡Por Dios! ¿Qué tiene
Que ver eso con mi dicha?
Cat. Es decir, que ya una vez
En la córte establecida,
Y con tantas circunstancias
Para excitar la codicia
De un novio, aspirar pudiera
A bodas muy distinguidas;
Pero usted conocerá
Que mi corazon se inclina...
Cánd, Basta, señora ;no puedo
Mas. ¡Oh fineza inaudita!
¡Oh ventura! Yo era amado
De la hermosa Catalina;
¡Y la pagaba tan mal
Que de sus ojos huía!
Yo soy el mortal feliz
A quien su mano destina;
Yo soy...
Cat. Eh, poquito á poco
Señor mio. Usted delira.
Vaya, vaya; ¡pues me gusta
La ocurrencia! Usted creia
Verse ya... ¡Buenos estamos!
¡Caramba con la mosquita
Muerta!
Cánd. (No sé dónde estoy.)
Cat. Yo soy una buena amiga
De usted; una apasionada
Que le protege y le estima;
Pero estimacion y amor
Son dos cosas muy distintas.
Cánd. Poco debe de estimarme
Quien así me martiriza;
Quien se regocija en verme
Padecer. ¡Ah¡ yo creia
Que era usted mas generosa.
Cat. ¡Cómo! Mi amistad se obliga
A facilitar á usted
Una subsistencia digna
De su cuna y sus virtudes,
Sin exigir que me sirva
Ni me adule, á imitacion
De su despreciable tia.
Si esto no es ser generosa,
Que venga Dios y lo diga.
Cánd. ¡Ah! Sí. Pero ¿usted presume
Que mi ventura se cifra
En eso solo?
Cat. ¿Pues qué

Quiere usted? ¿Que yo le elija
Para marido?
Cánd. ¡Señora!...
Quiero que usted me permita
Rehusar sus beneficios.
Cat. Está buena la salida.
Cánd ¿Qué me importan las riquezas,
¡Cruel! con que usted me brinda
Despues de oir el funesto
Desengaño que me priva
De mis mas dulce esperanza?
Yo no debí concebirla;
Es cierto, pero quizá
Toda la culpa no es mia.
(*Se arroja á los piés de doña Catalina.*)
Tal vez esa misma boca,
Que ahora solo conspira
A mi desesperacion,
Ha pronunciado propicia
Acentos consoladores.
Esos ojos, que me inspiran
Tanto amor, tal vez hoy mismo
El placer me prometian.
Sea loca presuncion
En mí, ó en usted perfidia,
Jurara que en este instante
Mas amorosos me miran;
Y yo...
(*Suena la campanilla. — Don Cándido se levanta.*)
Cat. Levántese usted,
Que tocan la campanilla.
(¡Y á qué buen tiempo! Si tardan
Dos minutos, soy perdida.)

ESCENA X.

DOÑA CATALINA, DON CANDIDO, DON BRUNO.

Bruno. ¡Cándido!
Cánd. No; no me engaño. —
Él es. ¡Tio de mi vida! (*Se abrazan.*)
Bruno. ¡Tan mal vestido!... Ya veo
Que en tu carta no mentias.
Cat. Aquí le han hecho penar
Mas de lo que usté imagina.
¡Qué parientes! Juzgue usted
Cuán deplorable seria
Su situacion, cuando hoy mismo...
Pero ruego á usted se sirva
Pasar á mi habitacion.
Y allí...
Cánd. Sí; usted necesita
Descansar.
Bruno. Como usted guste.
¿No están en casa...?

ESCENA XI.

DOÑA CATALINA, DON CANDIDO, DON BRUNO, DON JOAQUIN.

(*Don Joaquin entra precipitado con direcion á su cuarto.*)

Joaq. ¡Maldita
Memoria! ¡Haberme dejado
Una cosa tan precisa!
¡Mi lente! — ¡Ah! estoy á los piés
De usted, bella Catalina.
¿Usted no pasea?
Cat. No.
Joaq. Es usted muy egoista.
Cat. Mil gracias por el obsequio.
Joaq. Los elegantes se privan
Por la pereza de usted
De la cara mas bonita
Y el cuerpo mas agraciado
Que tiene Madrid. — ¿Matias? —
Hoy está muy concurrido
El salon. Hace buen dia. —
¿Usted va á salir?
Cat. No.
Joaq. Como
La veo á usted de mantilla...

ESCENA XII.

DOÑA CATALINA, DON CANDIDO, DON BBUNO, DON JOAQUIN, MATIAS.

Mat. ¿Qué manda usted?
Joaq. Trae mi lente;
Sin arrugarme la cinta.
Corre.

ESCENA XIII.

DOÑA CATALINA, DON CANDIDO, DON BRUNO, DON JOAQUIN.

Joaq. Vaya; ¿quiere usted
Venir al Prado, alma mia?
Sí; venga usted. Aun podemos
Dar cuatro vueltas.
Cat. Se estima.
Joaq. ¿Qué apunte es ese?
(*Aparte á doña Catalina examinando á don Bruno.*)
Cat. No sé.
Joaq. Me choca mucho. Él me mira
Con una atencion... — Adios,
Primo mio. No te habia

Visto. ¿Has sentado ya plaza?
(*Vuelve Matias con el lente, lo da á su amo y se retira.*)
Mat. Aquí está el lente.
Joaq. ¿En marina,
O en guardias? — ¡Qué bien has hecho
En sacudir la polilla
Y largarte de esta casa!
Yo no sé cómo sufrias
Tantos ultrajes. — A mí
Me adulan y me acarician
Porque soy hombre de pro
Y esperan que con mi prima
Me case. Yo no la quiero,
Porque es una coquetilla.
Ella, sí, tiene buen dote;
Y en muriendo el estantigua
De Don Bruno...
(*Violento gesto de cólera en don Cándido.*)
Bruno. Disimula. (*En voz baja.*)
Joaq. Que es, segun tengo noticias,
Muy bruto, pero muy rico,
Es regular que la niña
Lo herede; mas otro amor
Es el que á mí me electriza. —
¿No es verdad? (*A doña Catalina.*)
El tio Marcelo
Es tal cual; pero la tia
Es muy cócora. ¿Y el tio
Don Onofre? Me fastidia,
Me degüella. — Harás muy mal
En volverle la levita. —
¡Ah! Me olvidaba: si quieres
Servir en caballería
Te traeré á mi regimiento.
Antes de pasar revista
Te tomaré de asistente
Y así tu suerte se alivia:
Al fin no comes en rancho
Ni haces ninguna fatiga.
¡Qué tarde es ya! — Abur, madama. —
(¡Huf! ¡Qué facha tan antigua!)
(*Mirando á don Bruno con su lente.*)

ESCENA XIV.

DOÑA CATALINA, DON CANDIDO, DON BRUNO.

Bruno. ¡Dios mio! ¿Y este es el jóven
De quien Marcelo me hacia
Tantos elogios? ¿Es este
A quien destina su hija?
Cat. Sí, señor; tal para cual.
No se yo quién perderia
De los dos. A ese tronera
Se le obsequia, se le mima
Y... Vamos, vamos adentro.
Oirá usted maravillas.
(*Entran en el cuarto de doña Catalina.*)

ACTO CUARTO.

ESCENA PRIMERA.

DON BRUNO, DON CANDIDO.

(*Salen del cuarto de doña Catalina. Don Bruno deja su sombrero sobre una silla.*)

Bruno. ¡Qué franca es esta señora!
Parece que se interesa
En tu suerte.
Cánd. Sí, señor.
Le debo muchas finezas.
En medio de mi desgracia,
Su bondad, sus nobles prendas,
Su trato afable y ameno,
Y en fin su amistad sincera
Me han hecho menos amarga
La vida. La Providencia
Aquí sin duda la trajo
Para mi consuelo.
Bruno. ¿Y piensa
Establecerse en la córte?
Cánd. Como parte de sus rentas
Las tiene en este país,
Va á fijar su residencia
En Madrid, segun ha dicho,
Y mientras se le presenta
Una buena habitacion,
En esta casa se hospeda
Bien á su pesar.
Bruno. Lo creo.
Cánd. No confrontan las ideas
De mis tios con las suyas.
Bruno. No deben de ser muy buenas
Cuando á un sobrino carnal
Porque es pobre menosprecian.
Y á otro menos inmediato
Por llevar dos charreteras
Le colman de beneficios,
Le distinguen y contemplan,
Siendo insolente, vicioso,
Sin talento y sin vergüenza.
Pero si tantos parientes
Tienen entrañas de piedra
En este mezquino siglo
De vanidad y miseria;
Totavía no están todos

Prostituidos. Aun quedan
Algunos que sin rubor
Del infortunio se duelan. —
Bien conoces que yo debo
Tener de tí muchas quejas.
Sabiendo cuánto te amaba
Desde tu infancia mas tierna,
Hiciste muy mal...
Cánd. Confieso
Mi culpa. Con tantas pruebas
Del buen corazon de usted
Debí llegar á su puerta
Antes que á ninguna; pero
Me acordaba de la afrenta
Que sufrió usted de mi padre
Poco antes de que muriera,
Y temía...
Bruno. Yo perdono
A tu poca edad la ofensa
Que me hiciste. Aun dado caso
Que yo conservar pudiera
A tu padre algun rencor,
Cosa que siempre fué opuesta
A mi carácter; pensar
Que á un hijo suyo trascienda
Es un error. En fin, no
Se hable mas de la materia.
Todo lo olvido; y muy lejos...

ESCENA II.

Don CANDIDO, Don BRUNO, INÉS.

Inés. Señor, ahora mismo entran
(*Con luces que deja sobre una mesa.*)
Mis amos.
Bruno. Bien: ¿dónde están?
Inés. Han pasado á la otra pieza
A refrescar. Yo he callado
Para que usted los sorprenda.
Bruno. Bien; te lo agradezco.
(*Inés entra con una luz al cuarto de doña Catalina, la deja dentro y vuelve á salir.*)
Escucha,
Cándido: la conferencia
Con mis primos será corta.
No conviene que te vean
Por ahora. Mientras tanto, (*Le da dinero.*)
Toma. Vete á calquier tienda
Donde vendan ropas. Compra
Lo que necesites, y echa
A un basurero esos trapos.
¿Entiendes? No te detengas
En el precio. — ¡Ah! tambien te hace
Falta un sombrero. En la Puerta
Del Sol lo puedes tomar.
Bastante dinero llevas
Para todo. Vete luego
A la Fontana (1), y espera
Hasta que vaya por tí.
Cánd. ¡Ah! Mi gratitud extrema...
(*Quiere arrodillarse y don Bruno le detiene.*)
Bruno. ¿Qué vas á hacer?—Vamos, anda,
Que es tarde.
Cánd. ¡Que diferencia!

ESCENA III.

Don BRUNO, INÉS.

Bruno. Muchacha, enséñame el cuarto
Donde tus amos refrescan.
Inés. Con mucho gusto. — Abra usted
(*Señalando á lo interior desde la puerta de la entrada.*)
Esa puerta de la izquierda.

ESCENA IV.

INÉS.

Ya sé yo que la visita
No va á ser muy lisonjera
Para ellos. Es difícil
Que le engañen, que á esta fecha
Ya está informado de todo.
Yo le he dicho cosas buenas,
Y la huéspeda, á fé mia,
No se ha mordido la lengua.
Don Cándido va á salir
De opresion y de miseria.
¡Cuánto me alegro!

ESCENA V.

INÉS, Don JOAQUIN.

[illegible]. ¡Qué lance
(*Con sombrero y sable.*)
[illegible] diablos! ¿Quién creyera
[illegible] de ser don Bruno
[illegible] ma?
[illegible] o. ¡Vaya
[illegible]!
[illegible] podido
[illegible] me viera. —
[illegible] me alegro
[illegible]. ¿En qué piensas? —
D[illegible]e un [illegible]azo: ya sabes

(1) Fonda y café célebres, que ya no existen.

Que te quiero. Con franqueza.
Inés. Déselo usted á su prima:
Yo no lo gasto.
Joaq. No seas
Tan huraña. Ven...
Inés. Pasito.
Las manos quietas y secas.
Joaq. ¡Eh, tonta! ¿Qué sabes tú
Lo que es bueno?
Inés. ¿Soy yo de esas
De por ahí?
Joaq. Vamos, hija:
¿A qué tanta resistencia?
Ya veo que no lo entiendes.
Anímate: ¿qué te cuesta?
(*Quiere abrazarla; Inés le da un empellon y escapa.*)
Inés. Aparte usted, espantajo,
Títere.

ESCENA VI.

Don JOAQUIN.

¡Maldita seas!
¡Canario, qué fuerza tiene!
Si me descuido me estrella.
¡Tambien se ven heroinas
Entre estropajo y cazuelas! —
Bien empleado me está
Por requebrar á una bestia. —
Con esto, y con que me deje
A la luna de Valencia
La viudita, la he logrado.
Esta ocasion es muy buena
Para atacarla. Allá voy.
¡Animo! (*Levanta el picaporte.*)
¿Da usted licencia,
Catalinita?

ESCENA VII.

Don JOAQUIN, Doña CATALINA.

Cat. ¿Quién llama?
(*A la puerta de su cuarto.*)
Joaq. ¿Quién ha de ser? Quien se pela
De amor desde que ese talle
Por la córte se pasea.
Cat. Bueno: ¿y qué es lo que usted quiere?
Joaq. Yo quiero que usted me quiera;
Quiero que usted sea mia;
Quiero que no me entretenga
Con frívolas esperanzas
Que queman y no calientan;
Quiero que usted reconozca
La extraordinaria fineza
De amarla mas que á mi prima.
A pesar de que está muerta
Por mis pedazos; en fin
Quiero que usted se convenza
De que yo voy á morirme
Como usted no se resuelva
A darme esa blanca mano
En la santa madre iglesia.
Cat. Pues bien; yo quiero que usted
Me deje en paz y no vuelva
Con esas majaderías
A romperme la cabeza;
Quiero que se desengañe
De que es un fatuo, un tronera;
Quiero que usted se persuada
De que ninguna que tenga
Dos dedos de frente debe
Escuchar á usted siquiera,
Y que si yo he tolerado
Hasta ahora sus simplezas,
Ha sido para burlarme
De su presuncion grosera.
Joaq. Pero escuche usted...
Cat. Abur.
(*Entra en su cuarto y cierra por dentro.*)

ESCENA VIII.

Don JOAQUIN.

¡Eh! Ya me dió con la puerta
En los hocicos. ¡Lucidos
Estamos! ¡Que esto suceda
A un hombre de mi calibre! —
Arméмonos de prudencia
Y resignacion. Yo... bien
Le diría cuatro frescas;
Pero mejor es dejarlo. —
¡Qué calabazas tan netas
Me ha espetado! Estoy furioso.
¡Aunque tuviera epidemia!
¡Qué modo de despacharme
Tan seco! — Y hasta la puerca
De Inesilla... Pero ¿yo
Me apuro por bagatelas?
La viudita es buen bocado:
Mucha lástima es perderla;
No por su cara, que al fin
Si se la mira de cerca
No vale cosa. Mejor
Es Placidita. Sí; treinta
Veces; y es una chiquilla
Que haré lo que quiera de
Ea, á mi prima me atengo;
Y para que no se vuelva
La boda agua de cerrajas,

Voy á pedir la licencia
Mañana mismo. — Y ahora
¿*Quid faciendum?* — La comedia
De esta noche no me gusta.
¿Me iré al café de Venecia?
Sí; y desde allí á la partida
De los cucos.

ESCENA IX.

DOÑA JULIANA, PLACIDA, DON JOAQUIN.

Joaq. ¡Oh mi bella
Primita! ¡Oh, tú que de todas
Las *Plácidas* de la tierra
Eres la que mas me *place*
Por ser la mas *placentera!*
Me tienes enamorado
Hasta la crisma.
Plác. ¿De veras?
Jul. ¡Qué cumplimiento tan fino!
¡Lo que vale ser poeta!
Joaq. ¡Dulce tia á quien me une
La simpa-tia mas tierna,
Simpa-tia que será
Muy en breve simpa-suegra!
¿Cuándo aquí del himeneo
Arderá, *tia*, la *tea?*
Jul. ¡Bravo! ¡Bravo! Muy bien dicho.
Qué donaire! ¡Qué agudeza!
Jul. El mismo *Gerardo Lobo*
Para mi es niño de teta.
Tengo yo mucha sintáxis!
Jul. Ya se conoce.
Joaq. Y mi vena
Es un torrente.
Jul. Lo creo.—
Mira que quiero que vengas
A acompañarnos.
Joaq. ¿Adónde?
Jul. Pronto daremos la vuelta.
Plác. Es dos puertas mas arriba.
Jul. Sí; á casa de Genoveva.
Joaq. Con usted iré yo
Aunque sea á Filadelfia.
Plác. Por no ver al tio Bruno...
Jul. Ha sido mucha imprudencia
Venirse sin avisar.
Plác. ¡Tiene una cara tan seria!
Jul. Aunque él no se explica claro
Y disimula sus quejas,
A mí me ha estado pudriendo
La sangre con indirectas.
Plác. Pues y la ridiculez
De arquear tanto las cejas
Porque yo no le miraba
Y jugaba con mi perra?
Joaq. Lo gracioso es que esta tarde
Le hice una burla sangrienta
Sin conocerle.
Plác. Me alegro.
Joaq. De esta hecha te deshereda.
Plác. ¿Qué me importa? A mí ninguna
Falta me hacen sus talegas.
Jul. Ocultarle el paradero
De Cándido, es lo que lleva
Muy á mal á mi entender;
Pero como es tan babieca
Le hará creer mi Marcelo
Todo lo que nos convenga.
No tengais cuidado. Ya
Le han tomado por su cuenta
Entre mi cuñado y él.
Aunque á Cándido proteja,
No por eso...
Joaq. ¿A qué queremos
Calentarnos la cabeza
Sobre ese particular?
Allá los viejos se avengan.
Hablemos de nuestra boda,
Que es lo que mas interesa.
¿No es verdad?
Plác. ¿Y la viudita?
Jul. Siempre estás con esa tema.
Joaq. ¡Disparate! Sobre ser
Plato de segunda mesa,
Es mujer que me encocora.
Plác. Vaya; yo sé que la obsequias.
Joaq. Estás muy equivocada;
Y si no, para que veas
Que no la puedo tragar,
Aunque la lleve pateta,
Delante de todo el mundo
Le voy á decir que es fea.
Plác. Bueno; eso es lo que yo quiero.
Joaq. Tú quedarás satisfecha.
Plác. Está muy bien; pero mira
Que no quiero que me vuelvas
A dejar sola en el Prado,
Como esta tarde.
Joaq. ¿Y te quejas
Por eso? ¡Valiente injuria!
¿Qué querias tú que hiciera
Sin lente? Poco tardé:
Antes que dieses dos vueltas
Ya me habia reunido.
Plác. Como la mamá se sienta
Y nos deja solos...
Joaq. Vamos...
Y tú ¿por qué hacias señas
A todos los *lechuguinos?* (1)
Plác. Eso no vale la pena.

(1) Apodo que por algun tiempo ha prevalecido para designar á los mozalbetes adamados que antes se llamaban *petimetres* y *currutacos*.

Otras veces me las hacen
Ellos á mí.
Joaq. Me hace fuerza
Esa reflexion.
Jul. ¡ Qué siempre
Os piqueis por bagatelas !
Vaya ; ¿ vamos , ó me siento ?
Joaq. Vamos á donde usted quiera,
Mamá, que ya lo es usted
Para mí desde esta fecha.
¡ Ah, qué boda tan brillante !
¿ Bailará usted en la fiesta ?
Por supuesto. ¡ Qué felices
Vamos á ser !
Jul. ¡ Dios lo quiera !
Joaq. Y á los diez meses..., lo mas,
Cuente usted con una nieta.

ESCENA X.

INÉS.

Ya se fueron. La mejor
Ocasion del mundo es esta
Para hablar con la andaluza
Sin que ninguno lo entienda.
¡ Oh ! como pueda lograr
Que me tome de doncella...
¿ Y por qué no ? Ella me quiere ;
Yo sé todas las haciendas
De una casa ; yo soy fiel ;
No tengo nada de lerda,
Y así, á mi paso... Es verdad
Que soy algo bachillera
Y...

ESCENA XI.

INÉS, UN SOLDADO.

Sold. ¡ Ave María !
Inés. ¿ Quién es ?
¿ Quién le ha dado á usted licencia
Para entrar aquí ?
Sold. ¿ A mí ? Nadie.
La puerta de la escalera
Está abierta, y me he colao.
Inés. ¡ Pues ! sin duda aquel veleta...
Sold. ¿ No vive aquí un capitan
De á caballo ?
Inés. Aquí se hospeda.
¿ Qué trae usted ?
Sold. Este plego
De la ispecion.
Inés. Bueno; venga. (*Lo toma.*)
Sold. ¿ No está en casa ?
Inés No; ha salido.
Se le dará cuando vuelva.
Sold. Pues es que yo no me voy
Sin llevarme la cubierta ;
Que así lo tienen mandao.
Inés. Tome usted y no nos muela.
(*Rompe el sobrescrito y se lo da.*)
Sold. A mí en cosas del servicio...
¿ Está usted ? Pues. Aunque fuera
Con mi padre... Yo sé bien
Mi obligacion.
Inés. ¿ Quién lo niega ?
Sold. Y no soy ningun recluta,
Que ya tengo *los noventa* (1),
¿ Está usted ?
Inés. Bien; vaya usted
Con Dios.
Sold. Y por mar y tierra
Soy siempre Alonso Morata.
¿ Está usted ? — A Dios, Morena.

ESCENA XII.

INÉS.

¿ Qué papelotes son estos ?
¡ Caramba ! ¡ Qué no supiera
Leer ! ¡ Qué letras tan gordas !
Y aquí hay un sello...

ESCENA XIII.

DON BRUNO, INÉS.

Bruno. Vilezas
Semejantes no se han visto
Desde que hay parientes. Piensan
Justificar su conducta
Levantando mil groseras
Calumnias al pobre jóven.
¡ Oh ! Buen petardo se llevan.
Yo les haré ver...
(*Toma el sombrero y al irse repara en Inés.*)
¿ Qué estás
Leyendo ?
Inés. Sí ; eso quisiera,
Pero me estorba lo negro.
La culpa tuvo mi abuela
Que no me dejó aprender
Mas que á hilar y hacer calceta.
Bruno. ¿ Quién te ha dado esos papeles ?
Inés. Un soldado ; y á la cuenta
Son papeles de importancia ,
Porque es de molde la letra.
Son para don Joaquinito ,

(1) Premio de noventa reales mensuales adquiridos á los veinte y cinco años de servicio

Segun ha dicho. Era fuerza
El sobrescrito entregarle,
Y por eso...
Bruno. Qué ¿está fuera
Joaquin?
Inés. Sí, señor.
Bruno. ¿A ver?
Veamos. (*Toma los papeles y los lee.*)
Inés. (No; como pueda,
Aunque me cueste el salario
De un año, hasta que yo aprenda
De letras...)
Bruno. Mira: es preciso
(*Guarda los papeles.*)
Que en la casa no se sepa
Que has recibido tal pliego.
¿Lo oyes? Y que nadie entienda
Que yo guardo estos papeles.
Inés. Está muy bien. Usted pierda
Cuidado.
Bruno. Toma; y silencio.
(*Le da un doblon.*)
Inés. Me echaré un nudo á la lengua.

ESCENA XIV.

INÉS.

¿Qué misterio será este?
Es tan grande mi impaciencia
Que el doblon y mas daria
Por saber lo que se encierra
En esos papeles. ¡Soy
Tan curiosa!... Esta reserva
De don Bruno... Apostaria
A que tienen mala cena
Mis amos. Allá veremos.
Segun son las aperiencias,
Esta calma está anunciando
Una borrasca deshecha.
(*Entra en el cuarto de doña Catalina.*)

ACTO QUINTO.

—

ESCENA PRIMERA.

DON ONOFRE, DON MARCELO.

Onof. Bien. Tú dirás lo que quieras;
Pero Bruno te da perro.
Marc. Él se desenojará.
Onof. Ya verás.
Marc. Nuestros esfuerzos
En condenar la conducta
De Cándido han hecho efecto
A mi parecer.
Onof. Yo juzgo
Que no está muy satisfecho
De nuestras disculpas. Ellas
Son muy débiles al menos.
Marc. Yo no siento que se lleve
A Cándido, como temo.
Con tal que Plácida, ya
Que se frustren mis deseos.
De verla un dia heredera
De sus caudales inmensos,
Logre que aumente su dote
Con diez ó doce mil pesos.
Cosa que á él nunca podria
Arruinarle, estoy contento.
Onof. Como él te dé ni diez cuartos
Que me corten el pescuezo.
Marc. Le instaré, le adularé,
No omitiré ningun medio
En ganarle.—En un buen padre
Es natural el desvelo
De acomodar á sus hijos;
Y aunque á la verdad poseo
Bastantes fondos, ya ves,
Si á Plácida casar puedo
Sin desmembrarlos, ¿qué mal
Me vendrá?
Onof. ¡Oh! Por supuesto.
Marc. Ya no tardarán. Yo voy
Aquí cerca en un momento
A traerme á los muchachos
Y á Juliana. Pronto vuelvo.
Onof. ¿Y por qué querrá que todos
Reunidos le esperemos?
¿Habrá reconciliacion?
Marc. ¿Quién lo duda? Ese es su objeto.

ESCENA II.

DON ONOFRE, DOÑA CATALINA.

Onof. Yo pienso muy al contrario.
No tiene él cara...! ¡Oh portento
De hermosura!
Cat. ¿No ha venido
(*Saliendo de su cuarto.*)
Don Bruno? (*Se sienta.*)
Onof. No, mi embeleso,
No ha venido tadavía.
Pero ¿á qué viene ese ceño
Conmigo? ¿Se ofende usted
De que la adore?
Cat. Me ofendo.
Yo no gusto de esas chanzas.
Onof. ¿Acaso yo me chanceo?
Si es usted fisonomista

Conocerá todo el nervio
De mi amorosa pasion
En mi cara.
Cat. ¿Será cierto
Que está usted enamorado
De mí?
Onof. (Si; de tu dinero.)
¿Y le quedará usted duda
Si ahora mismo prometo
Ser su marido, y mañana
Lo cumplo?
Cat. ¡Qué! No lo creo.
Y luego ¿qué adelantamos
Con que usted pretenda serlo
Si no me acomoda á mí?
Onof. Pero ese es mucho despego
Para un amante, hija mia.
Cat. ¡Qué quiere usted! Es mi genio.
Onof. Eso no me satisface.
Dígame usted sin rodeos
Ahora mismo por qué causa
Rehusa mi casamiento;
Que á mí no se me repulsa
Sin mas ni mas.
Cat. ¡Fuerte empeño!
Pues, señor, yo no me caso
Con usted, porque no quiero.
Onof. Esa franqueza me gusta.
Vea usted; ya estoy contento
Y resignado. A otra parte
Con la música.

ESCENA III.

DOÑA CATALINA, DON ONOFRE, DON MARCELO, DOÑA JULIANA, PLACIDA, DON JOAQUIN.

Jul. Veremos
Con qué embajada nos viene
El señor don Bruno.
(*Se sientan todos.*)
Plác. Pero
¿Nos tendrá toda la noche
Esperando?
Joaq. Nada bueno
Espero yo de tal ente.
Plác. ¡Qué fastidio!
Cat. (¡Qué groseros!
Ni siquiera me saludan.)
Joaq. ¿No ve usted qué circunspecto
(*A doña Juliana.*)
Y qué formalote estoy?
Jul. Es que ya vas pareciendo
Marido.
Onof. Esta gente tarda.
(*A doña Catalina.*)
Cat. Sí. Yo tambien los espero
Con impaciencia.
Marc. ¿Usted?
Cat. Yo.
Jul. ¿Y á qué fin?
(*Suena la campanilla.*)
Cat. Se verá presto.
Plác. La campanilla ha sonado.
Jul. ¡Eh! ya están aquí.
Cat. (Me alegro,
Porque estaba cousumida
Con esta gentualla.)

ESCENA IV.

DOÑA CATALINA, DOÑA JULIANA, PLACIDA, DON ONOFRE, DON MARCELO, DON JOAQUIN, DON BRUNO, DON CANDIDO.

Bruno. Siento
No haber podido venir
Mas pronto.
Marc. Déjate de eso.
Vamos, sentaos.
(*Se sientan don Bruno y don Cándido.*)
Plac.. ¡Mamá! (*En voz baja.*)
Ya está vestido de nuevo.
Parece otro.
Jul. No te rias.
Joaq. (Ya me canso de estar serio.)
Marc. ¿Piensas ya con mas cordura?
(*A don Candido.*)
Sabe Dios el sentimiento
Que nos has dado. Otra vez
Domina un poco tu genio...
Bruno. Dejémonos de sermones,
Que ya son fuera de tiempo.
Marc. Esto no es reconvenirle;
Aunque bien pudiera hacerlo,
Que al fin siendo tio suyo...
Bruno. Sí, pero ningun derecho
Tienes para maltratarle.
Marc. Pues ¿acaso yo...?
Bruno. Marcelo,
Estoy muy bien informado.
No nos cansemos.
Marc. Ya veo
Que me han calumniado.
Bruno. Basta.
Yo sé que no.
Marc. ¿Pero tengo
La culpa yo de que sea
Imprudente y altanero?
Aquí se le aconsejaba...
Bruno. Primo mio, con consejos
Ne se come. Fácil es

Ser generoso á ese precio.
(*Se levanta y todos en seguida.*)
Jul. ¡Dale con las indirectas
Y el tono de misionero!
Bruno. ¡Juliana!
Jul. Mira que ya
Estoy hasta los cabellos
De oir tus impertinencias.
Bruno. Tranquilízate, que luego
Cesaré de incomodarte.
Marc. Disimula. (*Aparte á doña Juliana.*)
Joaq. (Vamos; esto
No pára en bien.)
Bruno. Como estoy
De todas veras resuelto
A cortar mis relaciones
Con todos vosotros, quiero
Despedirme para siempre.
El villano tratamiento
Que ha sufrido á vuestro lado
Un jóven, digno por cierto
De mas consideracion
Por su honradez, sus talentos,
Su desgracia; en fin, por ser
Hijo de un hermano vuestro,
Me obliga á romper los nudos
De la sangre que me unieron
A vosotros. — No creais
Que me apartaré por esto
De aceros un beneficio
Si, como yo no lo espero,
Necesitais algun dia
De mí. — Yo ya soy muy viejo.
Poco me puede engañar
La fortuna; mas si llego
Por mi desgracia á tener
Que mendigar el sustento,
No será, no, en vuestra puerta
Donde se estrellen mis ruegos. —
En cuanto á Cándido, libres
Estais del enorme peso
De su subsistencia. Yo
Desde ahora le protejo,
Y de nadie necesita.
En mí tendrá un padre tierno,
Un bienhechor y un amigo;
Y me sobra fundamento
Para esperar que jamás
Me arrepentiré de serlo.
Cánd. ¡Mi padre! ¡Oh título dulce
Y consolador! Lo acepto
Con todo mi corazon.
Las lágrimas con que riego
Esta mano protectora...
Cat. Basta; que yo me enternezco
Tambien, y no viene al caso,
Don Cándido, que lloremos
Cuando debemos pensar
En el baile y el bureo
De la boda.
Jul. ¿De qué boda?
Onof. Esta es otra.
Joaq. Yo estoy lelo.
Cat. Ahora me toca á mí.
Un poquito de silencio. —
Yo he sido testigo fiel
De todos los improperios
Y vilezas que ha sufrido
Don Cándido, y del exceso
De su bondad y paciencia
Entre parientes tan perros.
Yo que sé compadecer
Los infortunios ajenos,
Y no soy indiferente
Al mérito verdadero,
Dias há que concebí,
Señores, el pensamiento
De hacer su felicidad
Y la mia al mismo tiempo
Uniendo nuestros destinos
Con un dichoso himeneo.
Don Cándido no ignoraba
Que me debia un afecto...,
De amistad, al parecer,
Pero en realidad mas tierno.
Desde el momento le hubiera
Revelado mi proyecto
A no habérmelo estorbado
El orgullo de mi sexo. —
Pero, en fin, llegó la hora
De entregar mi mano, en premio
De su ternura, á quien ya
De mi corazon es dueño.
Cánd. ¡Ah! ¡Qué dulce recompensa!
¿A quién en el universo
Podré yo envidiar ahora?
Cat. La verdad: ¿no es mejor esto
Que sentar plaza?
Onof. ¿Qué tal?
(*Aparte con los de su partido.*)
¡Y yo creí que era lego! —
Pero ¿cómo la ha podido
Engatusar?
Joaq. No lo entiendo.
Lo cierto es que las mujeres
Tienen el diablo en el cuerpo.
Siempre escojen lo peor.
Jul. Vámonos; que yo no puedo
Sufrir mas.
Bruno. ¡Venid! Entrambos
(*Abrazando á doña Catalina y don Joaquin.*)
Me servireis de consuelo
Y de alivio en mi vejez.
Todo cuanto yo poseo
Será para vuestros hijos.
Ya no nos separaremos

Jamás.
Onof. Chico, tu esperanza
(*Aparte con don Marcelo.*)
Cuéntala ya con los muertos.
Marc. Ya lo veo.
Jul. ¿Has acabado?
(*A don Bruno.*)
Pues tambien aquí tenemos
Motivos de regocijo.
Si tú estás tan satisfecho
Porque á un sobrino prohijas;
Con mayor razon debemos
Nosotros felicitarnos
Teniendo un estorbo menos.
Otro sobrino nos queda
Mas amable y menos necio;
Y tambien por nuestra parte
Habrá boda y bailaremos.
Marc. Sí; venid.
(*Va á unir las manos de don Joaquin y Plácida.*)
Dadme esas manos...
Bruno. Aguarda.—Ahora que me acuerdo,
Lee primero esos papeles
Que han remitido á tu yerno
De la inspeccion general.
(*Toma don Marcelo los papeles y los lee para sí.*)
Joaq. ¡Eh! ¿qué papeles son esos?
Bruno. Deja que el tio los lea. —
La criada ha abierto el pliego
En que venian, no estando
Tú en casa. Yo llegué á tiempo
De quitárselos sin dar
Lugar...
Joaq. Pero ¿usted...?
Marc. ¡Qué veo!
Joaq. ¿Pero usted los ha leido?
Bruno. Sí.
Joaq. ¿Qué dicen?
Bruno. Yo no entiendo
La milicia. — Me parece
Que se trata de un ascenso.
Plác. ¡Un ascenso, mamá!
Jul. Calla;
A ver qué dice Marcelo.
Joaq. Comandante de escuadron;
¿Eh?
Plác. ¡Comandante!
Marc Me alegro
De tener esta noticia
A tan buen tiempo.
Jul. ¿Sí? ¿Es cierto
Que han ascendido á Joaquin?
Marc. ¿Ascender? ¡A buen sujeto
Ascenderian! ¡La escoria,
El oprobio de su cuerpo!
Plác. ¡Eh, papá! usted se chancea.
Marc. Si me descuido te pierdo.
Onof. Pero en fin esos papeles
¿Qué contienen? Acabemos.
Marc. ¿Qué? Su licencia absoluta
Por vicioso y por inepto.
Joaq. ¡Cómo!
Jul.. ¿Y es posible...?
Marc. Toma.
(*Toma don Joaquin los papeles y los lee aparte.*)
Diviertete.
Jul. Aun no me atrevo
A darle crédito.
Cat. (¡Adios
Boda!)
Plác. No; ya no debemos
(*A doña Juliana.*)
Dudarlo. Mire usted cómo
Muda de color. Bien puedo
Buscar otro novio.
Jul. Sí.
Joaq. Pues, señor, estamos frescos.
Onof. Con que ¿es verdad...?
Joaq. Sí, señor.
Me he quedado sin empleo. —
¡Eh! yo no lo extraño. Chismes,
Envidias del regimiento.
El coronel me tenia
Entre ojos. Los compañeros...
La mujer del comandante
Que es vengativa en extremo...
Si yo la hubiera obsequiado
Como deseaba... Pero
¡Si es una arpía!
Onof. Eso es
Una bicoca. Ten pecho
Y no te apures... Tú sabes
Cuánto vale un buen consejo
En ocasiones como esta.
Si presumes que yo puedo
Dártelo, pierde cuidado:
Desde ahora te lo ofrezco
De muy buena voluntad.
Joaq. Por supuesto. Siempre cuento
Con la proteccion de ustedes. —
Creo que este contratiempo
No será un inconveniente
Para la boda... Yo pienso...
Jul Sobrino, han variado mucho
Las circunstancias. No es esto
Despreciarte; pero al fin
Soy madre y todo mi anhelo
Se funda en el bien estar
De mi hija. ¡Sin empleo,
Sin reputacion, sin bienes!
¡Iba á buscar un buen yerno!
Y lo peor es, perdona,
Que el honor comprometemos

De Placidita si en casa
Permaneces por mas tiempo.
Todo Madrid sabe ya
Que has sido su novio, y quiero
Evitar murmuraciones.
¡Cómo ha de ser! No hay remedio.
Es preciso que te vayas.
Ten paciencia. Yo lo siento.

ESCENA V.

DOÑA CATALINA, PLACIDA, DON CANDIDO, DON JOAQUIN, DON BRUNO, DON ONOFRE, DON MARCELO.

Joaq. ¡Placidita!...
Plác. Ya has oido
A mi mamá. Yo no tengo
La culpa. — No; el mal no es solo
Para tí. ¿Y yo, que consiento
En casarme, y de repente
Me quedo con los deseos?
Pero yo procuraré
Consolarme. Te aconsejo
Que hagas otro tanto. Abur.

ESCENA VI.

DOÑA CATALINA, DON CANDIDO, DON JOAQUIN, DON BRUNO, DON ONOFRE, DON MARCELO.

Bruno. Se disipó como el viento
(*Aparte con doña Catalina y don Cándido.*)
Su cariño. ¡Qué leccion!
Cánd. ¡Qué desengaño!
Cat. Veremos
Cómo se explican los tios.
Joaq. Querido tio Marcelo,
Este imprevisto revés
De la fortuna se ha opuesto
Al enlace deseado
Que colmaba mi contento;
Pero al menos un asilo...
Marc. No; no te canses. Bien veo
Que vas á pasarlo mal.
Hijo de padres muy buenos,
Pero pobres, no tenias
Mas recurso que tu sueldo.
Si te has quedado sin él,
Culpa solo á tus excesos.
Yo los autorizaria
Sufriendo que un mismo techo
Nos cubriera. Quien merece
Que lo echen de un regimento
Con ignominia, no es digno
De mi proteccion. — Yo espero,
Sin embargo, que este golpe
Te servirá de escarmiento.
¡Dios lo quiera así! Si no,
Te anuncio un fin muy funesto.

ESCENA VII.

DOÑA CATALINA, DON CANDIDO, DON JOAQUIN, DON BRUNO, DON ONOFRE.

Joaq. ¡Qué crueldad! — Y usted tambien
(*A don Onofre, que iba á seguir á don Marcelo.*)
Me abandona.
Onof. Yo me precio
De haber sostenido siempre
El honor de mis abuelos,
Señor mio; y faltaria
A los principios austeros
De justicia y probidad
Que á todo trance profeso,
Si consintiera á mi lado
A un perdido, á un vago...
Joaq. Al menos
Los vínculos de la sangre
Deberian...
Onof. Yo no entiendo
De vínculos ni de alforjas.
¡Mire usted que el parentesco
Es grande! ¡Échele usté un galgo!
Hijo de un primo tercero...
Joaq. No, señor. ¡Si por mi madre
Soy sobrino...!
Onof. Vaya; ahorremos
Palabras. Anda á buscar
Tu madre gallega lejos
De mí. En la córte hay arbitrios
Para los hombres de ingenio
Como tú. Si no te quieres
Morir de hambre, apela al juego,
A la embrolla y á la estafa;
Que no serás el primero,
Ni se ha de apurar Madrid
Por un pillo mas ó menos.
(*Don Joaquin queda en el mayor abatimiento.*)

ESCENA ULTIMA.

DOÑA CATALINA, DON CANDIDO, DON JOAQUIN, DON BRUNO.

Bruno. Estoy escandalizado,
Yo no podria creerlo
Si no lo viera.
Cat. Me da

Lástima su abatimento
Ni aun á mirarnos se atreve.
Cánd. Joaquin, para estos momentos
Es el valor. No te aflijas.
Si yo pensara como ellos
Podria desampararte
Alegando otros pretextos
Sin duda mas oportunos;
Mas decorosos al menos.
Yo veo tu desventura,
(*Tomándole afectuosamente la mano.*)
Y no mis resentimientos.
Aun no me atrevo á brindarte
Con mi amistad : la reservo
Para cuando experimente
El reparo de tus yerros.
Pero en nombre de mi esposa
Y mi tio te prometo
Favor y hospitalidad.
Joaq. Esa bondad sin ejemplo
Me confunde mas que todo.
Perdóname si no acierto
A responderte.
Cánd. ¡Eh, no llores!
Bruno. Dejémonos de lamentos,
Y á la enmienda. Con nosotros
Vivirás : yo lo consiento.
Ahora en tí solo consiste
Granjearte nuestro aprecio.
Cat. Vámonos á la posada
Cuanto antes, porque no quiero
Estar un instante mas
En esta casa. — Ya es tiempo
De sentar esa cabeza,
Joaquinito.
Joaq. ¡Ah! Yo lo ofrezco.
Cat. Sea usted hombre de bien...
Y no vuelva á hacer sonetos.

———

Á MADRID ME VUELVO,

COMEDIA EN TRES ACTOS,

REPRESENTADA POR LA PRIMERA VEZ EN EL TEATRO DEL PRÍNCIPE EL DIA 25 DE ENERO DE 1828.

PERSONAS.

CARMEN.
DOÑA MATEA.
DON BERNARDO.
DON BALTASAR.
DON ESTEBAN.
DON FELIPE.
DON ABUNDIO.
EL TIO LAMPREA.
CRIADOS.

La escena es en un pueblo de la Sierra de Cameros, en una sala baja de la casa de don Baltasar, con muebles antigos, dos puertas y una ventana que da á la calle.

ACTO PRIMERO.

—

ESCENA PRIMERA.

DON BALTASAR.

El huésped no se ha vestido,
Y se va haciendo muy tarde.—
(*Mira el reloj.*)
Las siete.—Estos cortesanos
Son lo mismo que las aves
Nocturnas. Eh, no me admiro.
Después de un molesto viaje
Por caminos tan perversos
Y posadas tan fatales...
¡Hola! Ha abierto la ventana
(*Mirando á la puerta del cuarto de don Bernardo.*)
Sin esperar que le llamen.
Vamos; no es tan perezoso
Como creia.—Ya sale,

ESCENA II.

DON BALTASAR, DON BERNARDO.

Bern. Buenos dias, Baltasar.
Balt. Felices. ¿Qué tal el catre?
Bern. He dormido bien.
Balt. Me alegro.
¿Quieres tomar chocolate?
Bern. No. Mas bien almozaria
Otra cosa.
Balt. Muy bien haces.
El chocolate no es mas
Que un despertador del hambre
Y un labatorio de tripas.
Este año que soy alcalde
He resuelto prohibirlo.—
¡Tio Lamprea! (*Llamando.*)
Si te place
Sentémonos: me dirás,
Mientras de almorzar nos hacen,
Qué poderosos motivos
A la Montaña te traen
Cuando menos te esperaba.—
¡Lamprea! — Como llegaste

Tan cansado del camino,
Y habia gente delante,
Y eran ya mas de la nueve,
Nada quise preguntarte.—
Pero ese viejo maldito...
¡Lamprea!
Lamp. Ya voy. (*Dentro.*)

ESCENA III.

DON BERNARDO, DON BALTASAR, LAMPREA.

Lamp. ¡Qué diantre!
¿Por qué grita usted?
Balt. ¿Por qué
Das lugar á que te llamen
Tantas veces?
Lamp. Yo no salgo
De mi paso, usted lo sabe,
Aunque ardiera el universo.
Primero soy yo que nadie;
Y hace usted mal...
Balt. ¿Será cosa
De que ahora me regañes?
Lamp. Es que á mí no se me trata
Como á cualquier badulaque.
¿Entiende usted?
Balt. Basta ya.
Lamp. Cuidado que no hay aguante...
Balt. Bien, hombre; tienes razon
Ahora y siempre que me hables.
Di á Gervasia que nos fria
Unas magras con tomate,
Y llena un par de botellas
De aquella cuba...
Lamp. ¿La grande?
Balt. Sí; y despacha; que yo tengo
Que salir.
Lamp. Voy al instante.

ESCENA IV.

DON BERNARDO, DON BALTASAR.

Balt. Estos criados antiguos
Se toman mil libertades;
Pero á un hombre que es tan fiel
Algo ha de disimularse.—
Con que ¿establecerte piensas
En el lugar? ¡Qué bien haces!
Bern. Sí, que ya estoy fastidiado
De la córte.
Balt. Aquí los aires
Son mas sanos; las costumbres
Mas sencillas; aquí á nadie
Se guarda contemplaciones
Sino al cura y al alcalde;
Aquí hay salud y apetito;
Allá es un pobre petate
El mismo que aquí es feliz
Con cuatro ó cinco heredades.
Bern. Algunos son desgraciados
Porque segundones nacen,
Yo, al contrario, debo dar
Muchas gracias á mi madre
Porque tuvo la humorada
De parirme un poco tarde.
Quedamos huérfanos. Tú
El mayorazgo heredaste,
Y yo á la edad de quince años
Tuve á bien emanciparme.
Atravesado en un mulo
A Madrid hice mi viaje;
Me recibieron de hortera
En la casa que ya sabes:
Me porte bien; me estimaron;
Mis salarios y mis gajes
Dejé al riesgo del comercio;
Crece mi peculio; cae
Enfermo mi principal...
¡El médico era hombre grande!
Le mató de puro sabio.
Se hicieron los funerales;
Dí en consolar á la viuda;
Y ella, que era muy amable,
No tomaba á mal que yo
Sus lágrimas enjugase.
Nos casamos; cerró el ojo
A las ocho navidades;
Su herederó universal
Me nombró ¡Dios se lo pague!
Y me encontré millonario
Yo que pocos años antes
No tenia sobre qué
Caerme muerto. Al instante
El tráfico me aburrió
Tan contrario á mi carácter.
No quise ver mi fortuna
Expuesta á los huracanes,
Los subsidios, las aduanas,
La guerra y el agiotaje;
Y empleando mi caudal
En casas y en olivares
Que me dan muy buena renta
Y cuestan pocos afanes;
Jóven todavía, alegre,
Sin familia y sin achaques,
En las olas de la córte
Bogó intrépida mi nave.—
La felicidad buscaba
Con ansia por todas partes.
No perdonaba conciertos,
Tertulias, suntuosos bailes,
Espectáculos, banquetes...

¡Baltasar! todo era en balde.
(*El tio Lamprea va trayendo lo necesario para el desayuno hasta dejar la mesa cubierta.*)
En cambio de algun placer
Frívolo y poco durable
Siempre estaba atormentado
De disgustos y pesares,
Y en mi corazon sentia
Un vacío perdurable.
Mis queridas todas eran
O coquetas, ó venales;
Y entre cien aduladores
Que me chupaban la sangre,
Ni un solo amigo contaba
Que por mí propio me amase. —
¡Fuera de aquí! dije un dia.
En las grandes capitales
Buscar la dicha es error.
Hallarla será mas fácil
En la pacífica aldea.
No en vano tanto la aplauden
Los poetas, y mil pestes
Nos dicen de las ciudades.
Tomé un coche de colleras
Y emprendí alegre mi viaje
Al luger donde nací,
Deseoso de abrazarte,
Y pasar contigo el resto
De esta vida miserable.
Balt. Eres un héroe, Bernardo.
Deja que otro vez te abrace.
La córte es un laberinto;
Es una casa de orates;
Un infierno.
Bern. ¡Oh! sí, un infierno.
Si entramos en el exámen
De los vicios infinitos
Que la hacen abominable,
Te aseguro...
Lamp. Cuando ustedes
Quieran, pueden acercarse. (*Vase*).
Balt. Vamos allá. (*Se sientan á la mesa.*)
Te haré plato.
Bern. Yo me le haré; no te canses.
Balt. Como quieras. — Al principio
Es muy natural que extrañes
El lugar. Aquí no tienes
Aquellas comodidades
De la córte. Los paseos...
Bern. ¿Paseos? ¡Qué disparate!
No se pasea en Madrid
Aunque el médico lo mande;
Se rabia. Fuera de puertas,
Ya que nada de agradable
Ni de ameno tiene el campo,
Al menos es puro el aire;
Pero desdeña el buen tono
Lo que alegra á los gañanes.
¡Cuánto mejor es el Prado!
Allí se lucen los trajes;
Allí se arman las intrigas,
Y se disponen los bailes;
Se corteja á las muchachas;
Se hace burla de las madres;
Se critica á los de atrás;
Se pisa á los de delante.
Ya te llama la atencion
Aquel delicado talle,
Donde la naturaleza
Gime víctima del arte:
Ya el cabello de Belisa...
Que se lo debe á un cadáver;
Ya la blancura de Anarda
Que encarece el albayalde. —
¿Quién se apea de aquel coche?
La marquesa del Ensanche,
Que antes de ayer fué modista.
¿Quién es aquel botarate
Que talarea entre dientes
Un aria de *Mercadante*,
Y va saludando á todos
Aunque no conoce á nadie?
Es el hijo de un fondista
Que vino aquí desde Flandes,
Y dando gato por liebre
Llegó á hacerse un personaje. —
¡Qué Babilonia! ¡Qué polvo!
¡Qué divertido contraste
Hacen aquellos galones
Y aquel lacónico fraque
Con los andrajos heliondos
De aquel intonso pillastre
Que va vendiendo candela!
Y el ruido de los carruajes;
El guirigay de la gente;
Aquel continuo rozarse;
Y al lado de Apolo, ¡el númen,
El creador de las artes!
Aquel batallon de sillas
Tan prosáicas, tan infames...
¡Uf! Quita allá. De pensarlo
Me están temblando las carnes.
Balt. Pero las buenas tertulias
Ese fastidio resarcen;
Y en Madrid...
Bern. Reniego de ellas.
[illegible]nas hay regulares;
[illegible] la etiqueta, el tono
La [illegible] insoportables.
[illegible] mandan en jefe
Lechuguinos y pedantes;
Y el que no gasta corsé
Y, aunque fino en sus modales,
No baila cuando saluda,
Ni pone en boga á su sastre,

En un rincon bostezando
Hace un papel despreciable.
En otras de dos en dos
Se acomodan los amantes,
Requebrándose al oido
Sin hacer caso de nadie;
Y el pobre número impar
Espera á que haya vacante
Jugando á la perejila
Con las feas y las madres.
Por último, en todas ellas
El que no baila es un cafre;
El que no canta, un caribe;
El que no juega, insociable;
El hombre formal se aburre,
Y los tontos... se distraen.
Balt. Por fortuna allí hay teatros,
Y, por no mortificarte,
Muchas noches...
Bern. No he perdido
Funcion; pero en todas partes
Me han perseguido los necios.
Gastaba mis doce reales,
Y pico, con el objeto
De instruirme y recrearme;
Pero en vano muchas veces.
Ahora un lampiño elegante
Flecha el anteojo en un palco
Y me pisa al perfilarse.
Poco despues, y en la escena
Tal vez mas interesante,
Llora en la cazuela un niño.
No bien se logra que calle,
Dos títeres, que me puso
Mi mala estrella delante,
A media voz deletrean
La traduccion en romance
De una ópera italiana;
Y despues que ni una frase
De la comedia han oido,
Dicen que es abominable.
Nunca me falta un moscon
Que con preguntas me balde. —
¿Qué funcion hay en la Cruz?
¿Qué sueldo tiene *Vaccani*?
¿Cuáles son los privilegios
De las damas y galanes?
¿Qué sainete hacen? ¿Vió usted
Hacer el *Otelo* á *Maiquez?*
Otro, incomodando á todos,
Y solo porpue reparen
En él, viene á su luneta
Poco antes del desenlace;
Y si silban los de al lado
Silba; aplauden, aplaude.
Otro... Vamos, no hay paciencia.
Concluyo con afirmarte
Que el hombre recto y juicioso
En la córte vive mártir. (*Se levantan.*)
Balt. Bien dices. — Aquí estás libre
De esas incomodidades.
No hay paseos, ni teatro,
Ni *óperas buffas*, ni bailes,
Ni tertulias...
Bern. ¿Cómo es eso?
Pues las noches perdurables
Del invierno ¿en qué se pasan?
La poblacion no es muy grande,
Pero siempre habrá á lo menos
Diez familias principales
Que podrian reunirse...
Balt. Ya se ve; si no mediasen
Pleitos, chismes, etiquetas...
No hay dos casas que se traten.
Pero esto á mí ¿qué me importa?
Yo no necesito á nadie.
Cada uno en su casa, y Dios
En la de todos.
Bern. No obstante,
La sociedad...
Balt Esa fruta
No se come en los lugares;
Pero no faltan placeres
Que suplan...

ESCENA V.

Don BERNARDO, Don BALTASAR, Don ABUNDIO.

Abun. Inclito alcalde,
Dilectísimo Mecenas
De este respetuoso vate,
Buenos dias. En las casas
Que llaman consistoriales
El senado reunido,
Permítaseme esta frase,
Espera á su presidente.
Bern. (¡Calla! ¿Tambien hay pedantes
En la Sierra?)
Abun. Yo, no digno
Secretario...
Balt. Que se aguarden
Un momento. Pronto voy.
Abun. Así al regidor Pelaez,
A quien por antonomasia
El vulgo llama *Tres-panes*,
Nuncio fiel se lo diré,
Pero ¿puedo gratularme
Con la plácida esperanza
De obtener, de mis afanes
Optado premio, el empleo
De sacristan y sochantre
De esta poblacion, que vaca?
Es decir, que está vacante
Por súbita defuncion

De don Ciriaco Gonzalez?
Balt. La plaza será de usted.
En mi proteccion descanse.
Abun. No tantas el turbio Reno,
No tantas el ancho Ganjes
Arenas cria, ni tantos
Cándidos sobre los Alpes
De frígida nieve copos
El torvo Aquilon abate;
Como yo beatos dias
A usted le deseo. ¡Salve!

ESCENA VI.

Don BALTASAR, Don BERNARDO.

Bern. ¡El hombre es original!
¿Se entiende aquí ese lenguaje?
Balt. No por cierto. Yo estudié
Metafísica en Irache;
Y cuando habla, casi siempre
Me quedo en ayunas. ¡Sabe
Mucho el señor don Abundio!
Bern. Se conoce.
Balt. El hombre grande
Siempre se verá abatido.
Creyó poder sustentarse
En Madrid con sus talentos.
Escribió varios romances,
Sainetes, discretos motes
Para damas y galanes,
Y ¿qué sé yo cuántas cosas?
Pero se moria de hambre
El bueno de don Abundio;
Porque en este siglo infame
Dice que son muy contados
Los que quieren ilustrarse,
Y nada impreso se vende
A excepcion del almanaque.
Por fin, viéndose aburrido
El pobre, tomó el portante;
Y, con recomendacion
De no sé qué personaje,
De dómine y fiel de fechos
Aquí logró acomodarse.
Bern. ¡Hola! ¡Grande adquisicion
Para el lugar!
Balt. Admirable.
Él hace los villancicos
Cada año por Navidades.
Bern. ¡Oh! Pues teneis una viña
Con él.
Balt. ¡Yo lo creo!
Bern. ¿Y Cármen
Tu hija?
Balt. Está en su tocador:
Voy á decirla que baje.
Bern. No; no la incomodes. Ella
Bajará. Puedo engañarme,
Pero me debe muy buen
Concepto. Son sus modales
Finos sin afectacion...
Balt. ¡Si ha estado en Soria, ¿quién sabe
Cuánto tiempo? con su tia
La comisaria!
Bern. Es amable,
¿No es verdad? y muy modesta.
Balt. ¡Oh! y muy linda. Toda al padre.
Bern. Ya habrás pensado en casarla.
Balt. Y con ventajas muy grandes.
Bern. Me alegro.
Balt. El mozo es muy rico;
De esclarecido linaje;
Cristiano viejo...
Bern. Muy bien.
¿Y Cármen...?
Balt. Hombre muy hábil
Para la vihuela.
Bern. Siendo
A gusto...
Balt. No hay quien le gane
A tirar la barra.
Bern. ¿Y ella...?
Balt. Un muchachon que no cabe
Por esa puerta.
Bern. La chica
Le amará...
Balt. ¿Pues no ha de amarle?
Eso se supone; y luego...
Basta que yo se lo mande.—
Pero me están esperando.
Adios, Bernardo. No extrañes
Que te deje. Hoy es la fiesta
Del pueblo; y como yo falte,
Nada se hará con concierto.
Hay funcion de iglesia en grande,
Y procesion, y novillos,
Arbol de pólvora, baile,
Rifas, gaita zamorana...
Mandaré por tí al instante
Con el dómine, y verás
Cómo te diviertes.— ¡Cármen!
¿No bajas? —Vaya, hasta luego.

ESCENA VII.

Don BERNARDO.

Mucho voy á fastidiarme
En un pueblo donde no hay
Sociedad... Pero ¿es tan grave
Esta falta que no pueda
De mil modos compensarse?
Sobre todo, aquí habrá paz;

Y sin intrigas ni fraudes
Como en Madrid...

ESCENA VIII.

Don BERNARDO, CARMEN.

Cárm. Buenos dias,
Tio Bernardo.
Bern. Dios te guarde,
Carmencita.
Cárm. ¿Ha descansado
Usted?
Bern. Sí, hermosa. ¿No sales
Tú á ver la fiesta?
Cárm. Soy poco
Amiga de semejantes
Funciones. Muy tempranito
Fuí á misa; y prefiero estarme
Leyendo en casa.
Bern. Mi hermano
Me ha dicho que va á casarte
Muy pronto.
Cárm. (¡Ay Dios!)
Bern. Con un jóven
Poderoso, de la sangre
Azul, buen mozo...
Cárm. Sí; es cierto:
Padre quiere que me case...
Bern. Y á tí no te pesará.
Cárm. A mí..
Bern. Teniendo ese talle,
Y esa cara, y esos ojos,
Harto será que tú trates
De ser monja.
Cárm. No por cierto;
Porque al fin en todas partes
Se puede servir á Dios;
Pero..
Bern. Te turbas, y casi
Las lágrimas se te saltan.
Carmencita, no me engañes.
Yo no soy preocupado.
No puedo aprobar que un padre
Por su capricho, ó tal vez
Por el interés infame,
A sus hijos tiranice.
Tú eres la que ha de casarse,
Y no mi hermano. Formar
Delante de los altares
Un nudo que solo puede
En la tumba desatarse,
Es negocio muy formal.
Cárm. ¡Ah! Si mi padre pensase
Como usted... no me veria...
Bern. Con que ¿es decir que ese enlace
Repugna á tu corazon?
Cárm. Preciso es que lo declare:
Seré muy desventurada
Si me obligan á casarme
Con ese hombre; pero debo,
Aunque con la vida pague,
Obedecer...
Bern. Poco á poco.
Será lo que tase un sastre.
Estoy aquí yo, y primero
He de sufrir que me empalen.
¡Pues no faltaba otra cosa!
Cárm. Mi padre es inexorable,
Y en vano...
Bern. Nada me ocultes.
¿Hay en campaña otro amante?
Cárm. ¡Señor...!
Bern. No te dé vergüenza.
¡Voto va á cribas! No claves
Los ojos en tierra.
Cárm. Pero...
¡Qué empeño de sofocarme!
Bern. Un amor honesto y puro
Nada tiene de culpable
Si el objeto lo merece.
Soy indulgente. Es muy fácil
Que yo tambien me enamore,
Que aun soy de recibo. El martes
Cuarenta años cumpliré.
Si yo me confieso frágil
¿Cuánto mas deberá serlo
Una niña?
Cárm. Tio, un ángel
Aquí le ha traido á usted
Para protegerme. A nadie
Sino á usted revelaría
Mi oculto amor, mis pesares.
Un jóven, no acaudalado
En verdad, pero...
Bern. No pases
Adelante, que ya viene
El preceptor á buscarme.
Hablaremos mas despacio.

ESCENA IX.

CARMEN, Don BERNARDO, Don ABUNDIO.

Abun. Me envia el señor alcalde...
Bern. Ya sé. Me voy á vestir.
Soy con usted al instante.
(*Entra en su cuarto.*

ESCENA X.

CARMEN, Don ABUNDIO.

Abun. Mi sitibunda pasion,

Que al de Tántalo equivale,
Si bien la juzgo, suplicio,
Bendice el grato mensaje
Que ofrecerte me procura
Mis humildes homenajes.
Mis homenajes humildes;
Que no así la que de un áspid,
Egipcia reina, fué presa;
Ni la que en redes de alambre
El unípede Vulcano
Encerró cuando *in fragranti*
En los brazos de Mavorte,
Estando la luna en Aries...

Cárm. Si no me habla usted mas claro,
Excusado es que se canse.
No entiendo esa algarabía.

Abun. Tienes cuarenta quintales
De razon. Una muchacha
Que es bonita como un ángel;
Graciosa como ella sola;
Con unos ojos capaces
De abrasar, no digo á mí
Que soy de hueso y de carne,
Sino al mismo mar Glacial,
No necesita quemarse
Las pestañas estudiando
La prosodia y la sintaxis.
Por tanto en vulgar estilo,
Aunque las musas me arañen,
Digo que por tí me muero;
Y que ni el troyano Paris,
Ni Pirro, ni Marco Antonio...

Cárm. Si usted pretende mofarse
De mí...

Abun. ¿Yo mofarme? Caigan
Sobre mí montes y mares
Si no es cierto...

Cárm. Bien; lo estimo.

Abun. ¿Y no mas? ¡Crudo desaire
Que es mi sentencia de muerte!
¿Y es justo que me desbanque
El imbécil don Esteban?

Cárm. Si en mi voluntad mandase,
Lejos de ser su mujer...

Abun. ¿Qué escucho? ¡Oh Jove! Renace
Mi agonizante esperanza.
¿Es cierto que ese elefante,
Ese avestruz con patillas
No merece que le ames?
Siendo así, quizá sucumba
Al amor que me inspiraste
Ese corazon de acero.
¡Oh! ¡Plegue á Dios que se ablande!
Y desde el lapon conciso
Hasta la eritrea Gades,
El mas plácido y feliz
Seré yo de los mortales.
No consientas que al altar
Ese mastuerzo te arrastre,
Mas como víctima pingüe
Que como consorte amante.
No tu alabastrina mano
A la de un bruto se enlace.
Dígnate aceptar la mia;
Dígnate *exaudir* mis ayes;
Que si no puedo ofrecerte
Riquezas y dignidades,
Mi sabiduría inmensa,
Mi facundia inagotable,
Si en obscura no la sume
Tu desden hórrida cárcel,
De mi númen los prodigios,
De mi vena los raudales...
¿Te ries? ¡Fausto presagio!
¡Ah! Mírame, dulce Cármen,
Extático y genuflexo...

Cárm. ¿Qué hace usted?

Abun. ¡Oh! no te apartes.
Permite que de tus manos
En las ebúrneas falanges
Del venerando himeneo
El ósculo tierno estampe,
Y mi delirio...

(*La sigue de rodillas, y en esta actitud le sorprende don Esteban, que entra sin quitarse el sombrero, vestido como señorito de lugar, con grandes patillas, y un cigarro en la boca.*)

ESCENA XI.

CARMEN, DON ABUNDIO, DON ESTEBAN

Esteb. ¡Hola! ¡Hola!
¡Estamos lucidos! — Alce
Usted de ahí, dómine endeble,
Si no quiere que le arrastre
Por la sala.

(*Le levanta con violencia, asiéndole del cuello.*)

Abun. Poco á poco.
No hay necesidad de ahogarme
Para eso.

Esteb. ¿Sabe usted,
Fiel de fechos vergonzante,
Que yo mando aquí?

Abun. ¿Quién duda...?

Esteb. ¿Si querrá usted disputarme
La novia? ¿Qué hacia usted
Arrodillado delante
De ella?

Abun. Soy flojo de nervios,
Y desde el año del hambre
Flaquean tanto mis piernas

Que no pueden sustentarme
Muchas veces. — Otros hay
Que de cogote se caen;
Pero yo, es maravilloso,
Siempre de rodillas.
Esteb. ¡Diantre!
Pues hágame usté el favor
De no sufrir ese achaque
Delante de mi futura,
O á palos sabré curarle.
Abun. Gracias,
Esteb. ¡Cuidado! — Y usted,
Niña, con ninguno me hable,
O nos oirán los sordos.
Cárm. Ese imponente lenguaje
No le pertenece á usted.
Yo dependo de mi padre
Solamente, y no acostumbro
A sufrir que otro me mande.
Esteb. Usted va á ser mi mujer
Dentro de poco aunque rabie,
¿Entiende usted? y no quiero
Que tolere en adelante
Otro amor que el de su novio;
No porque ese ruin abate,
Figura de friso antiguo,
Sea capaz de inquietarme.
Abun. (¿Qué escucho? *¡O tempora! ¡O mores!*
¡Quantum in rebus inane!)
Esteb. Pero...
Cárm. Señor don Esteban,
Me es desconocido el arte
De fingir. Si Dios no quiere
Que mis lágrimas alcancen
Piedad de un padre cruel,
Podrá usted vanagloriarse
De ser dueño de mi mano...
Esteb. ¡Oh! Sí.
Cárm. Pero, aunque me maten,
Jamás de mi corazon.
Esteb. ¡Eh! todo eso nada vale.
Usted me querrá, y tres mas.
Yo no soy de esos amantes
Débiles que, aunque de injurias
Y de desprecios los harten,
Adulan á sus queridas.
Las miman y las aplauden,
(*Se pasea sin hacer caso de don Bernardo, que sale ya vestido y se le queda mirando.*)

ESCENA XII.

CARMEN, DON ESTEBAN, DON ABUNDIO, DON BERNARDO.

Esteb. Sí; ¡pues bonito soy yo!
No hay en la provincia un jaque
Que tosa donde yo toso,
¿Y tengo de sujetarme
Al capricho de una niña?
Si otros maricas se abaten,
¿Qué importa? Yo soy muy hombre;
Y tengo cuarenta pares
De mulas en mi labranza;
Y se pierde en los anales
Mi nobleza; y tengo tres
Capellanías de sangre;
Y muchas prerogativas;
Y...
Bern. ¿Quién es ese salvage,
(*Aparte con Cármen.*)
Sobrina?
Cárm. ¿Quién ha de ser?
¡Mi novio!
Esteb. Y á centenares
Tengo yo novias mas ricas,
Y de mas rancio linaje,
Y mas hermosas tambien
Que quisieran atraparme.
Pero no se ha de decir
Que un hombre de mi carácter
Ha llevado calabazas.
Yo sostendré á todo trance
Mi empeño; y me casaré
Aunque se oponga mi madre,
Y usted, y todo el lugar;
Y...
Bern. Eso no será tan fácil
Viviendo yo...
Esteb. Y ha de haber
(*Sin oir á don Bernardo.*)
La de Dios es Cristo si alguien
Lo estorba. ¿Está usted? Que yo
De bien á bien soy un ángel;
Pero de mal á mal no hay
Quien se me ponga delante.
Soy hombre que tengo puños,
¡Y pobre del que yo agarre
Del pescuezo!...
(*Lo hace con don Abundio.*)
Abun. ¡Ay! ¡Ay! Sí; basta
Que usted lo diga.
Esteb. Es que nadie
Se atreverá...
Abun. Por supuesto.
Todos aman su gaznate
Y...
Esteb. Es mucha fuerza la mia.
Abun. ¿Quién lo duda? Formidable.
Es usted un cananeo;
Es usté un abencerraje;
Un Hércules; un Sanson;
Y no hay en los arenales
Del Africa un dromedario

Que con usted se compare.
Jamás...
Esteb. Dómine de viejo,
Calle usted y no me enfade. —
¿Qué hace usted aquí?
Abun. Yo aguardo
Al señor para llevarle
A la fiesta del lugar
De órden del señor alcalde;
Pero si le estorbo á usted
Le iré á esperar á la calle.
Bern. No hay para qué. Ya nos vamos.
Tú sube á tu cuarto, Cármen;
(*Aparte con Cármen.*)
Que este novio es muy cerril.
Cárm. Tio, no me desampare
Usted...
Bern. Anda: no te apures.
(*Váse Cármen.*)
Oiga usted, señor alarbe,
El de las ochenta mulas,
Si no quiere granjearse
El odio de mi sobrina
Tenga mejores modales.
Yo no soy hombre de puños
Como usted dice, ni jaque,
Ni perdonavidas; pero
Tengo bastante carácter
Para obligarle á guardar
Mas respeto á estos umbrales,
O de lo contrario hacer
Que por la ventana salte.

ESCENA XIII.

Don ESTEBAN.

¿Cómo es eso? ¡Oiga usted...! ¡Vaya
Una cara de vinagre!
¡Oh! Y yo le veo resuelto...
A fe de Esteban Oñate
Que me ha cortado el tal tio.
Yo no soy ningun cobarde;
Pero, como no estoy hecho
A que me hable gordo nadie,
Confieso... ¡Eh! nada me importa
Que murmure y amenace.
Don Baltasar me ha elegido
Por yerno; soy el *tu aut em*
Del pueblo: él es temerario
Y le soplará en la cárcel
Si estorbar quiere la boda;
Y si acaso no lo hace
Por ser un hermano suyo,
Nada me será mas fácil
Que encomendar mi venganza
A cuatro ó cinco jayanes
Que le derrienguen á palos
Al revolver una calle.

ACTO SEGUNDO.

—

ESCENA PRIMERA.

El tio LAMPREA.

Bien dije yo que sin palos
No acabaría la fiesta.
No lo han de contar por gracia
Los mozos de Valdearenas,
Y mas estando por medio
El terrible don Esteban.
Si no fuera por lo mucho
Que ya los años me pesan,
Tratándose de la honra
Del lugar, el tio Lamprea
No estaría entre paredes
Cuando los demás pelean.
(*Mira por la ventana.*
¡Oh! A quí tenemos al novio
Que viene echando centellas.
Rabiando estoy por saber
En qué paró la refriega.

ESCENA II.

Don ESTEBAN, LAMPREA.

Esteb. ¡Victoria por Peña-aguda!
Los de la vecina aldea
Por los barrancos abajo
Corren que el diablo los lleva.
Lamp. Me alegro.
Esteb. Porque han tenido
Este año buena cosecha
Nos han querido afrentar;
Pero no hay miedo que vuelvan
A habérselas con nosotros.
Bien escarmentados quedan.
Lamp. ¿Y por qué ha sido la riña?
Esteb. Yo te diré. En la taberna
Se juntaron unos cuantos
Con los de acá. Un tal Ortega,
A quien llaman los de allá
Por mal nombre Comadreja,
Con el hijo del herrero,
No sé sobre qué materia,

Parece ser que ha tenido
Una disputa. Babieca,
Que me lo vino á contar,
Dice que el de Valdearenas
Es quien tenia razon;
Pero ¿por qué ha de tenerla
Siendo forastero?
Lamp. Ya.
Esteb. Al instante en la contienda
Tomaron parte unos y otros
Como es justo; y si no fuera
Porque pasó por allí
El síndico Juan de Urrea,
No sé en qué hubiera parado.
Los apaciguó; y en prueba
De quererse hacer amigos,
A pesar de su pobreza
Convidaron los de acá
A los de allá por su cuenta.
Los de acá de buena fe
Bebian largo y sin rienda;
Pero los de allá... ¿Me entiendes?
Lamp. Sí; no pierdo ni una letra.
Esteb. Los de allá, haciendo desprecio
De los de acá, y con la idea
De avergonzarlos sin duda,
Bebian poco y con flema.
Los de acá disimulaban,
Porque tienen mas prudencia
Que los de allá. Llega el caso
De ajustar por fin la cuenta,
Y en pagar por los de acá
Todos los de allá se empeñan.
Este era ya mucho insulto:
Los de acá no lo toleran;
Enarbolan los garrotes
Y anda la marimorena.
Ofendidos los de allá
Quieren hacer resistencia,
Pero los de acá...

ESCENA III.

DON ESTEBAN, LAMPREA, DON BALTASAR.

Balt. Ya el pueblo
Tranquilo y triunfante queda.
Cuatro de los enemigos
Menos ágiles de piernas
Han caido en mi poder,
Y ya en la cárcel se hospedan:
Por señas que el uno de ellos
Tiene abierta la cabeza.
Los demás huyeron todos.
Esteb. Y si no, que se estuvieran
Por acá; que yo les juro...
Balt. Los prisioneros de guerra,
Si no pagan una multa
Para reparar la iglesia,
Calabozo y grillos tienen
Lo menos hasta cuaresma.
Debia estar ya empezada
La sumaria; mas no encuentran
En todo el lugar al bueno
De don Abundio.
Esteb. ¡Sí! Apenas
Olió el peligro, escapó
Mas ligero que un cometa,
Y puede que de correr
No haya parado á esta fecha.
Balt. ¡Pobre dómine!
Esteb. Estos sabios
Me estomagan, me revientan.
Siempre hablando del desprecio
De la vida, y cuando llega
La ocasion de aventurarla
Consultan á la prudencia.
Y dale con la virtud;
Y vuelta con la grandeza
De alma; y la filosofía;
Y la farmacía; y las..., esas
Palabrotas que ellos dicen;
Mas nunca hacen cosa buena.
Balt. No: todos no están cortados
Por una misma tijera;
Y, aunque rara vez del docto
La estravagancia se aleja,
Siempre es útil...
Esteb. ¿Qué ha de ser?
Lo cierto es que los desprecia
Todo el mundo; y casi siempre
Andan á sombra de teja;
Y nunca tienen salud,
Ni proteccion, ni pesetas.
Vea usted si yo estoy gordo;
Y todo el mundo me obsequia;
Y siempre alegre y de broma.
¿Qué falta me hacen las letras?
Maldita. — Esto no es decir
Que por un bruto me tenga.
Yo sé leer de corrido;
Escribir; las cuatro reglas
De cuentas; y todo el *Fleury*;
Y he leido las novelas
De *doña María Zayas*;
Y el *Bertoldo*; y la *Floresta*
Española; y el *Lunario*
Perpetuo; y muchas comedias
De esas que todas principian
Con *¡Arma! ¡Arma! ¡Guerra! ¡Guerra!*
Y aquí donde usted me ve
Ya sé tañer la vihuela
Con mas primor veinte veces
Que el barbero que me enseña.

Lamp. Y sobre todo el fandango
Y la jota aragonesa.
Esteb. Y hago siempre de *traidor*
En las comedias caseras;
Y la aldea se alborota
Cuando canto la rondeña;
Y tengo yo cierta gracia
Natural, cierta agudeza...
¿No es verdad?
Balt. Sí.
Esteb. Y en fin tengo
Diez mil ducados de renta.—
Mas con tantas campanillas,
Tanto aquel, tantas riquezas;...
Escandalícese usted;
No falta quien me desprecia.
Balt. ¿Quién se atreve á despreciar
Al ínclito don Esteban?
Nombre usted al temerario:
Haré que en la cárcel duerma.
O soy alcalde, ó no soy.
Esteb. Pues vengue usted mis ofensas.
Su hija de usted no me quiere
Por marido.
Balt. ¿Se chancea
Usted?
Esteb. ¿Qué he de chancearme?
Con la mayor desvergüenza
Me lo ha dicho.
Balt. No hay cuidado.
Yo la haré entrar por vereda.
Esteb. ¡Eh! yo en parte la disculpo;
Que al fin es una tontuela,
Y no sabe cuánto vale
Un marido de mis prendas.
Balt. Pero, es posible...
Esteb. A quien yo
Tengo tirria no es á ella,
Sino á su hermano de usted
Porque ha dado en protegerla.
Balt. ¿Mi hermano? ¿Quién le ha mandado
Que en mis asuntos se meta?
Le diré cuántas son cinco;
Que á mí nadie me gobierna.
¡Pues no faltaba otra cosa!
Y en cuanto á Cármen...—Lamprea,
Que baje aquí...

ESCENA IV.

DON ESTEBAN, DON BALTASAR, LAMPREA, DON BERNARDO.

Bern. Te has lucido,
Baltasar. No lo creyera
A no haberlo visto. ¿Así
El empleo desempeñas
De alcalde? A los forasteros
¿Así acojes en tu aldea?
Balt. ¡Estamos frescos! ¿Es cosa
De que tú me reconvengas?
Bern. Que hiciera esos desatinos
Un alcalde de montera,
Pase; pero ¡tú! ¡Estar viendo
Que sin razon apalean
A los pobres aldeanos
Que vienen á honrar la fiesta,
Y perseguirlos, en vez
De castigar la insolencia
De tus convecinos! Vaya;
O has perdido la chaveta,
O la vara que te han dado
Deshonrada está en tu diestra.
Balt. Yo de mis operaciones
No tengo que darte cuenta,
Y si hemos de estar en paz
Modera un poco tu lengua.
Bern. Modera el orgullo tú,
Y no con tal impudencia
De la autoridad abuses.
Balt. Pero ¿á qué tanta pamema?
¿Qué ha habido para que así
Te alborotes?
Bern. ¡Friolera!
Por pagar ó no pagar
El gasto de la taberna
¡Andar á palos dos pueblos!
Balt. ¡Tóma! ¿Y qué funcion de aldea
No se acaba agarrotazos?
Aquí ya nadie se altera
Por semejante bicoca.
El año que no hay pendencia,
Que sucede rara vez,
¡Es tan insulsa la fiesta!
Gracias que no ha habido muertes
Como en julio por la feria.—
Estos hombres de la córte,
Tanto como cacarean,
Parece que no han vivido
Entre gentes.
Bern. No hay paciencia
Para tal barbaridad.
Después que los atropellan
Sin motivo, á los que prendes
En una cárcel encierras.
¡Qué horror! Las pobres familias
Que con sus brazos sustentan,
Porque tú eres testarudo
¿Será justo que perezcan?
Balt. Pues bien; que paguen la multa
Y se vayan á su tierra.
Bern. Si en eso solo consiste,
Yo la pago. Libres sean.
Balt. Ya que eres tan generoso,

Págala tú en hora buena.
Despues iré yo á mandar
Que los suelten. Me interesa
Zanjar primero otro asunto
Que me toca mas de cerca.
Anda: dí á Cármen que baje
(*A Lamprea.*)
Al instante.
Lamp. (Ahora es ella.)

ESCENA V.

DON BERNARDO, DON BALTASAR, DON ESTEBAN.

Balt. Ya te dije esta mañana
Que he resuelto establecerla
Con un jóven del lugar,
Que á su gallarda presencia
Une ilustre nacimiento,
Gracia, talento y riquezas.
Esteb. El señor me hace justicia.
Balt. Parece que tú aconsejas
A Cármen que se desvie
De la voluntad paterna,
Y eso es una iniquidad.
Bern. Iniquidad mas horrenda
Es obligarla á una boda
Que su corazon detesta,
Y que pudiera tener
Muy fatales consecuencias.
¿Por qué, en vez de consultar
El interés que te ciega,
No consultastes de tu hija
El gusto y la conveniencia
Antes de ofrecer su mano
A quien es indigno de ella?
Esteb. ¿Indigno yo...? ¡Estamos bien!
¡Pues no ha dado en mala tema
El hombre! ¿Me meto yo
Con usted para que venga
A insultarme? Pues si á mí
Se me atufa la mollera...
Bern. Hará usted probablemente
Lo que hizo Cascaciruelas.
Un dómine hambriento, un pobre
Sumergido en la miseria,
A quien puede usted privar
Del jornal que le alimenta,
No es mucho que se acoquinen
Cuando usted jura y gallea,
Señor maton; pero yo,
Gracias á la Providencia,
Ni necesito de usted,
Ni le temo.
Balt. Don Esteban,
Aquí solo mando yo,
Poco importa que él se meta
En camisa de onze varas
Si usted con mi apoyo cuenta.
La chica se casará...
¡Oh! Aquí viene.

ESCENA VI.

DON BERNARDO, DON BALTASAR, DON ESTEBAN, CARMEN.

Bern. Ten firmeza.
(*Aparte con Cármen.*)
No des tú consentimiento.
Yo tomaré tu defensa.
Cárm. No sé si tendré valor...
Balt. ¿Qué le dices á la oreja?
Ya lo comprendo. La animas
A faltarme á la obediencia.
Será en vano.—Ven acá.
¿Presumes que haya en la tierra
Quien te ame como tu padre?
Cárm. Yo... no, señor.
Balt. ¿Por qué tiemblas?
Cárm. (¡Triste de mí!)
Balt. ¿Qué otro afan
Dia y noche me desvela
Sino asegurar tu dicha?
Cárm. Es justo que así lo crea.
Balt. Los buenos hijos á un padre
Profundamente respetan;
No examinan sus preceptos
Y le obedecen á ciegas.
Bern. No, señor; que puede haber
Excepciones en la regla.
Tampoco es razon que un padre
En tirano se convierta;
Y cuando...
Balt. ¿Quiéres callar?
Esteb. ¿No ve usted yo con qué flema
Me estoy y espero tranquilo
A que dicten mi sentencia?
Y eso que, hablando en verdad,
Ya estoy cargado de esteras,
Porque á un hombre como yo
No es razon se le entretenga
Tanto tiempo; que mas hago
En casarme yo con ella
Que ella... ¿Está usted? Porque al fin
Hay alguna diferencia
De casa á casa; y quizá
Cuando mi padre lo sepa...
Porque... como dijo el otro...
Bern. ¡Vaya unas explicaderas!
Vamos, prosigue. (Mal fin
Va á tener esta contienda.)
Balt. Yo no te mando arrojarte

En un pozo de cabeza.
Te mando tomar marido:
Y son pocas las doncellas
En el dia que hacen ascos
A una ley tan lisonjera.
Cárm. Yo no me opongo á casarme;
Pero en una edad tan tierna...
Ya ve usted; diez y siete años
Cumplí por la primavera.
Balt. Edad mas que suficiente
Para que pagues tu deuda
A la patria; que no es cosa
De jugar á las muñecas
La que ya puede ser madre.
Esteb. Ya se ve; y usté es muy bestia...
Balt. ¡Cómo!
Esteb. No hablo con usted. —
Si quiere estarse soltera
Teniendo un novio de á folio
Ahora que tanto escasean.
Balt. Don Estebán hace dias
Que ser tu esposo desea.
Él ya te lo habrá insinuado.
Esteb. ¡Qué! ¿me muerdo yo la lengua?
Se lo he dicho veinte veces.
Primero haciéndole señas;
En seguida de palabra;
Y despues con una esquela;
Y con la guitarra luego;
Que ha sido mucha fineza
Estarme desgañitando
Tantas noches en su reja.
Balt. Me pidió tu mano en fin.
Yo, viendo entrar por mis puertas
Tanto bien, y como nunca
Me ha pasado por idea
Que á lo que mande tu padre
Capaz de oponerte seas,
Sin decirte nada vine
En aceptar sus ofertas.
Bern. Mal hecho. Eso no es casarla:
Eso es...
Balt. ¿Qué? Vamos.
Bern. Venderla.
Pero me han de hacer pedazos
Primero que lo consienta.
Balt. Hombre, no nos interrumpas.
Deja que responda ella. —
Cármen, ya te has enterado
De mi voluntad suprema;
Y no la revocaré
Si todo el mundo se empeña.
Ahora háblame sin rodeos.
Vaya; ¿el casamiento aceptas,
O no? No digas después
Que te he casado por fuerza.
Bern. ¿Qué ha de decir la infeliz
Despues que tú...?
Balt. ¡Qué molestia!
¿No la dejarás hablar? —
Vamos, hija; con franqueza.
El esposo que te ofrezco
¿Es de tu gusto? En la tierra
No hay un mozo tan bizarro
Ni que mejor te merezca.
Él te ama...
Cárm. Será verdad;
Pero ¿dónde está la prueba?
Ha usado siempre conmigo
De expresiones tan groseras,
Y tiene un modo tan tosco
De enamorar...
Balt. Bagatela.
Se conoce que en amor
Tienes muy poca experiencia;
De lo que me alegro mucho.
Así tú llamas rudeza
A la amable sencillez,
Y al donaire desvergüenza.
Esteb. Y en fin, en esto de amores
Cada uno tiene su escuela.
¿No es cierto, don Baltasar?
Si otros títeres babean,
Ya le he dicho á mi futura
Que esto para mí no es regla.
Yo no sufro que mis novias
Por su juguete me tengan,
Y á las primeras de cambio
Les acuso las cuarenta.
Balt. Con que vamos; yo supongo
Que amarás á don Esteban...
Cárm. ¡Señor!...
Esteb. Si es cierto que me ama,
Lo disimula
Cárm. Quisiera
Poder complacer á usted
Y á mi padre; pero es fuerza
Hablar claro y sin rodeos,
Puesto que así me lo ordenan.
Bern. ¡Buen ánimo! Así va bien.
(*En voz baja.*)
Cárm. Jóvenes hay en la Sierra
Que pudiera hacer felices
El señor con sus riquezas.
Mi padre lo pasa bien,
Y soy única heredera.
Así no debo esperar,
Si mi vida le interesa,
Que me sacrifique...
Balt. ¡Cómo!...
¡Qué avilantez! ¡Qué soberbia!
Con que ¿es decir...?
Bern. Es decir
Que ya puede don Esteban
Buscar novia en otra parte.
Balt. ¿Contra un padre te rebelas?

¡Vive Dios, ingrata!...
Esteb. ¡Duro!
Bern. Perdónala. Ten prudencia.
Balt. No sé cómo no te mato.
Cárm. ¡Padre!
Balt. Jamás en tu lengua
Vuelva á sonar ese nombre.
Cárm. ¡Ah!
Balt. Yo haré que te arrepientas
De tu osadía. ¡Dejarme
A mí feo una muñeca!
¡Desvelarme por tu bien,
Y darme esta recompensa!
Cárm. Yo...
Balt. Quítate de mi vista,
Que la cólera me ciega.—
Ven acá. (*La coje de la mano.*)
Esteb. Una buena zurra
Le daria yo por necia.
¡Dar calabazas á un hombre
Como yo!
Bern. ¡Firme! No temas
(*A Cármen en voz baja.*)
Balt. Elige: ó darle tu mano,
O podrirte en una celda.
Cárm. ¡Señor...
Balt. No me irrites mas.
¿Quieres con la inobediencia
Labrar tu desdicha? ¿Quieres
Que te abandone y te pierda?
¿Quieres arrostrar el peso
De mi maldicion eterna?
Cárm. ¡Ah! no, no. Me casaré
Aunque desolada muera.
Obedeceré á mi padre.
Bern. ¡Qué escucho! ¡Tanta flaqueza!—
Mujer al fin.
Esteb. He vencido.
Balt. ¡Hija mia! ¡Dulce prenda!
Ven á mis brazos. Tu edad
Al error está sujeta;
Bien lo sé; pero por fin
Te veo entrar en la senda
Del deber.—Vamos; no llores,
(*Le enjuga las lágrimas.*)
Que ya mi enojo se templa.
¡Pobrecilla! Un tio injusto
Te infundió malas ideas...
Vaya; ¡no faltaba mas!
Ahora que se presenta
Tan buen partido, ¡quedarte
Por darle gusto soltera!
Bern. Muy pronto cantas victoria.
Si en oprimirla te empeñas,
Las leyes la ampararán.
Yo las reclamo por ella.
Supone muy poco un sí
Arrancado con violencia.
Si ella por temor sucumbe,
Yo la salvaré por fuerza.
Balt. ¿Cómo?...

ESCENA VII.

CARMEN, DON BERNARDO, DON BALTASAR, DON ESTEBAN, DON ABUNDIO.

Abun. Cual otro Mercurio,
Si es lícito que me atreva
A similitud tan alta...
Balt. ¿Viene usted con esa flema
Al cabo de tanto tiempo?
Abun. Esa canalla extranjera
A la que ya es para mí,
Pues me mantiene y alberga,
Nueva dulcísima patria
Con súbita infanda guerra
Pagó la hospitalidad.
No con apatía yerta
El riesgo de mis penates
Debí mirar; que tal mengua
De un alma grande es indigna.
Así en la feral contienda
Que hará inmortal nuestra gloria
No ha sido imbele mi diestra.
Esteb. Miente el señor don Abundio.
Abun. ¿Yo mentir? ¡Hórrida afrenta!
Si al furor que me devora
Soltar osara la rienda...
Pero yo soy generoso
Y perdono tanta ofensa;
Que si el furor tiene altares,
Aun tiene mas la paciencia.
Esteb. Si apenas se armó la zambra
Cuando tomó usted soleta,
¿Como...?
Abun. Y por ventura ¿solo
Con garrotes se pelea?
¿No es la pluma en este siglo
Veinte veces mas sangrienta?
Yo me retiré, es verdad;
Mas fué á estudiar una arenga
Para animar á la pugna
A esa multidud guerrera.
¡Qué de batallas ganó
De un general la elocuencia!
¡Ah! ¿Por qué sin escucharme
Finásteis la lid horrenda?
Pero en esta sala al menos,
Ya que no fué en la palestra,
Voy á leer el aborto
De mi patriótica vena.
(*Saca un pliego de papel escrito por las cuatro caras.*)

« No de otra suerte, intrépidos guerreros,
Que en el de las Termópilas barranco
Del que azotara el Ponto las falanges
Trescientos esparciatas humillaron;
O cual allá en los campos de Farsalia;
O cual allá en los mares de Lepanto;
O cual allá en el lago Trasimeno;
O cual allá en los muros de Cartago;
O cual allá en Clavijo do el Apóstol
Seiscientos mil mató mahometanos;
O cual allá... »

Balt. Basta, basta;
Que ahora tengo mucha priesa.
Otra vez escucharemos
Esa magnífica arenga.

Abun. Cuando usted la oiga verá
¡Qué nervio, qué efervescencia!

Bern. (Vamos, ya está visto : todos
Son locos en esta aldea.)

Balt. Secretario, venga usted
Conmigo, que hay diligencias
Que practicar, y es forzoso
Volver á entablar la fiesta.

Esteb. Y tenga usted entendido,
Señor maestro de escuela,
Que aquí persuade un garrote
Mas que toda su elocuencia.

Abun. Quedo enterado.

Balt. Yo como
Con el señor don Esteban
En casa de un regidor.
No me espereis. — Adios, perla.
(*A Cármen acariciándola.*)
— Y tú no me la seduzcas,
Que te saldrá mal la cuenda. (*Vase.*)

Esteb. Que ustedes lo pasen bien.
Pronto daremos la vuelta. (*Vase.*)

Abun. (¡Ay, cuál me tienen tus ojos!
(*Al salir, mirando á Cármen.*)
¡Oh amor! *¡Oh pectora cæca!*
¡Oh inopia! *¡Oh magnum Jovis*
Incrementum! ¡O hijas de Eva!)

ESCENA VIII.

DON BERNARDO, CARMEN.

Bern. Al fin se marcharon. Ya
Me faltaba la paciencia.

Cárm. ¡Qué desventurada soy!

Bern. No tanto como tú piensas.
Aterrada has consentido
En esa boda funesta :
No importa. Procura ahora
Sacar fuerzas de flaqueza.
Disimula tus pesares;
Finge que estás muy contenta;
Canta, rie, y deja obrar
A tu tio.

Cárm. La dureza,
Las terribles amenazas
De mi padre...

Berm. Bagatela.
Deja que amenace y jure;
Que voces de asno no llegan
Al cielo. — Ea, ten valor.
Inútil es que yo emprenda
Tu salvacion, si después
En la estacada me dejas. —
Recuerdo que esta mañana
Me dijiste que te obsequia
Otro jóven...

Cárm. Sí, señor;
Y lo que mas me atormenta
Es el pesar que tendrá
Cuando en los brazos me vea
De su rival...

Bern. No me aturdas
Con lamentos de novela.
Vamos al caso. Una vez
Que tú le amas tan de veras,
Será un muchacho juicioso
Y de las mejores prendas.
Su familia será honrada...

Cárm. Eso sí; es de las primeras
Del país; pero...

Bern. ¿Qué?

Cárm. Goza
De muy limitadas rentas.

Bern. Eso no le hace. — Y tu padre
¿Sabe algo?

Cárm. ¡Ah! Si lo supiera,
¡Pobre de mí! Tiene horror
A toda la parentela
Porque le han ganado un pleito.

Bern. ¿Y ha sido de consecuencia?

Cárm. ¡Qué! Puede que su valor
A cien ducados no ascienda.

Bern. ¡Vil avaro! (Ya está visto.
No encuentro yo aquí la piedra
Filosofal.) Dí : tu amante
Seguirá alguna carrera...

Cárm. Sí, señor.

Bern. ¿La medicina?
¡Gran profesion! Haya guerras
O paces nunca perecen
Los médicos. A mil quiebras
Todos vivimos sujetos;
Pero el ramo de postemas,
Cólicos y tabardillos
En todo tiempo prospera.

Cárm. No sigue esa profesion,
Aunque mucho la respeta;
Y es muy humano mi novio,

Aunque lo diga yo mesma,
Para desear que Dios
Nos envíe una epidemia.
Bern. Pero en fin, ¿qué estudia?
¿Leyes?
Cárm. Sí, señor; y ya estuviera
Recibido de abogado;
Mas no puede hasta que tenga
Veinte y cinco años, y cumple
Veinte y dos por la cuaresma.
Bern. ¡Calla! ¿Si será...? ¿Su nombre?
Cárm. Don Felipe de Villegas.
Bern. El mismo. Bien parecido,
Su tez un poco trigueña,
Pero sonrosada y fina;
Buen talle, gentil presencia,
Hermosa cara, ojos negros,
Y así..., un aire de modestia
Y de probidad...
Cárm. Convienen
Perfectamente las señas.
Bern. Con que ¿no es exagerado
El retrato? ¡Ah picaruela!
Cárm. ¡Cuidado que usted tambien...!
No puede una ser ingenua.
Bern. Poco hace le he visto en casa
Del médico. Su tristeza
Llamó mi atencion. — Supongo
Que ya la causa penetras. —
¡El pobre muchacho! Yo
No cometí la imprudencia
De preguntársela. Hablamos
De diferentes materias,
Y de instruccion no vulgar
Me dió repetidas pruebas. —
Vamos; será mi sobrino. —
Cuando salió de la iglesia
Hablé al cura en tu favor;
Y no dudo que intervenga...

ESCENA IX.

DON BERNARDO, CARMEN, DOÑA MATEA.

Mat. ¿Dónde está, dónde está el hijo
(*Entra vestida como se usaba hace cien años y hecha una furia.*)
De mis entrañas? Mi Esteban,
¡La gloria de la provincia!
Bern. ¿Qué embajada será esta?
Mat. ¿Embajada? usted verá
La embajada que le espera.
¡Picarones! ¡Seductores!
¿Se ha visto maldad mas negra?
Abusar de su candor;
Burlarse de su inocencia,
¡Infames! para caserlo
¿Con quién? Con una cualquiera.
Bern. Oiga usted...
Mat. No quiero oir.
Si esa boda se celebra,
Tengo de dejar memoria
De mi venganza sangrienta.
Cárm. Pero, señora...
Mat. ¡Oh! tú eres
La encantadora sirena
Que me le tiene hechizado.
¡Miren la gatita muerta!
¡Miren cómo sabe hacer
Su negocio! Y ¡qué! ¿tú piensas
Pescarlo para marido?
Primero aspada me vea.
Cárm. Al contrario; yo...
Mat. La casa
De los Oñates, y Heredias,
Y Pimenteles, y Osorios,
Y Castros, y Mendinuetas,
Y Ganboas ¿con un *quidam*
Se ha de unir, que no se acuerda
Nadie de quién fué su abuelo?
Es una infamia, una afrenta
Que no la consentirá
La ilustre doña Matea.
Cárm. ¡Qué mujer! Pero si yo...
Mat. ¿Qué valen las cuatro cepas,
Y el olivar, y el molino,
Y las tísicas ovejas
De tu avaricioso padre?
Todo es eso hambre, miseria.
¿Quereis sacar la barriga
De mal año con mis rentas?
¿Quereis...?
Cárm. ¡Por Dios, oiga usted!
Mat. ¡Hipócrita! ¡Zalamera!
¿Tú aspiras al alto honor
De tenerme á mí por suegra?
Si al momento no desistes
De tan temeraria idea,
Te pondré donde mereces.
Cárm. ¿Se ha visto igual insolencia?
¿A mí usted...?
Bern. Vete de aquí;
Porque esta mujer chochea.
Cárm. Mejor es; que ya estoy harta
De oir sus impertinencias.

ESCENA X.

DON BERNARDO, DOÑA MATEA.

Mat. ¡Cómo! Ella es la impertinente,
Y atrevida, y mala hembra,
Y...

Bern. Señora, tenga usted
Un poco mas de prudencia
La habrán informado mal
Sin duda. Cuando usted sepa...
Mat. Todo lo sé; si, señor.
Y conmigo no se juega.
¿Está usted? — Don Baltasar
¿Qué hace que no se presenta?
Bern. Salió hace poco con su hijo
De usted a unas diligencias...
Mat. ¡Pues¡ Serán las de la boda.
Bern. Tal vez.
Mat. ¿Y con esa flem
Lo dice usted? No lo extraño,
Porque usted tambien husmea
La sopa boba
Bern. ¿Yo?
Mat. Usted;
Pero es en vano. Aunque venda
La camisa...
Bern. ¡Si yo soy
El que...!
Mat. Pues; el que desea
La perdicion de su hermano;
El que á la niña aconseja
Pensamientos tan altivos;
El que engatusa á mi Esteban;
El que...
Bern. Si usted me dejase
Explicarme...
Mat. El que se mezcla
En lo que no le compete.
Bern. No hay tal cosa. Yo quisiera...
Mat. Mas yo escribiré á mi tio
El conde de la Verbena...
Bern. Que Cármen fuese feliz.
No es posible que lo sea...
Mat. Y a mi cuñado el virey,
Y á mi prima la abadesa...
Bern. Con su hijo de usted. ¿Qué vale
Su decantada opulencia...?
Mat Y al embajador de Prusia;
Y al gobernador de Ceuta...
Bern. Cuando el corazon... (No me oye.)
¡Señora! — ¡Maldita seas!
Mat. Y al intendente de Murcia;
Y al cabildo de Sigüenza.
(*Hablan los dos á un tiempo y muy acalorados.*)
Bern. ¿Es usted mujer ó sierpe?
(¿Dónde estoy?) Con una recua
De demonios, ¿quiere usted
Oirme?
Mat. ¡Raza perversa!
¡Canalla!
Bern. (Si no la dejo
Voy á perder la cabeza.
Sudo como un galeote.)
Mat. ¿No lo dije? La jaqueca.
(*Abanicándose muy aprisa.*)
Bern. ¡Que gente, Dios mio! En hora
Menguada vine á la Sierra.

ESCENA XI.

DOÑA MATEA.

¡Oiga usted!... ¡Gente ordinaria!
¡Gente incivil y grosera!
¿Y se han de burlar de mí?
¡Uf! La cólera me ciega.
Hasta encontrar al alcade
Correré toda la aldea;
Y donde quiera que esté
Le he de arracar las orejas.

ACTO TERCERO.

—

ESCENA PRIMERA.

CARMEN.

(*Está anocheciendo.*)

¡Qué crítica, qué terrible
Es mi situacion! Si acepto
Por esposo á don Esteban,
Mi triste fin acelero:
Si le rehuso, á mi padre
Clavo un puñal en el seno. —
¿Qué haré? — Dejemos obrar
A mi tio. Por su medio
Quizá lograré la dicha
De obtener mas grato dueño. —
La improvista circunstancia
De oponerse al casamiento
Doña Matea pudiera
Favorecer mis deseos
Y... ¿Quién entra?

ESCENA II.

CARMEN, DON FELIPE.

Fel. No te asustes:
Yo soy.
Cárm. ¡Felipe! — ¡Oh cielo!
¿Cómo te atreves á entrar
Aquí? ¿No sabes el riesgo...?

Fel. No estando en casa tu padre
¿Qué temes?
Cárm. ¡Ah! Pero el viejo
Lamprea...
Fel. Estamos seguros.
Anda por los aposentos.
De arriba. Acabo de verle
Desde el balcon de don Pedro.
Cárm. No importa. Vete por Dios:
No me pierdas.
Fel. Un momento...
Carm. No, Felipe. ¡Ah! Si supieras...
Fel. Lo sé todo; y, satisfecho
De tu cariño, no pienses
Que airado y zeloso vengo
A hacerte reconvenciones
Injustas. Mi único objeto...
(*Tose dentro Lamprea.*)
Cárm. ¡Ay de mí! Ya baja. Le oigo
Toser. — Vete: aun será tiempo. —
(*Mira adentro.*)
No: ya está aqui. — En ese cuarto...
Fel. ¡Maldito sea...!
Cárm. Entra presto.
(*Entra don Felipe en el cuarto de don Bernardo.*)

ESCENA III.

CARMEN, LAMPREA.

(*Lamprea trae un velon encendido, y lo coloca sobre la mesa.*)

Lamp. Bendito sea por siempre
Y alabado... (*Tose.*) ¡Qué tormento
De tos! Un dia me ahoga.
¡Triste pension de los viejos!
Lo mismo es anochecer
Que así... (*Tose.*) á manera de muermo...
¿Qué hace usté aquí, señorita,
Tan sola?
Cárm. Corre mas fresco
Que arriba.
Lamp. Si quiere usted
Compañía...
Cárm. Lo agradezco.
(No se marchará. ¡Qué pelma!
Estoy en brasas.)
Lamp. ¿Y es cierto
Que se casa usted muy pronto?
Cárm. No sé.
Lamp. Yo en parte lo siento; (*Tose.*)
Porque se irá usted de casa,
Y... ¡Pero qué buen sugeto
Es el señor don Esteban!
Bella estampa; muy buen genio;
Campechano si los hay,
Y hombre de mucho dinero.
Cárm. Es verdad; pero si tienes
Que hacer allá arriba...
Lamp. Creo
Que está usted de mal humor (*Tose.*)
Y es cosa rara por cierto
En vísperas de casarse
Cárm. (¡Qué supplicio!)
Lamp. Yo me acuerdo
Que mi difunta Gregoria...
¡Téngala Dios en el cielo!
Cuanda yo la festejaba...
¡Ay, señorita, qué tiempos
Aquellos!...
Cárm. ¡Oh! Basta ya...
Lamp. Si incomodo...
Cárm. No por cierto;
Pero tengo poca gana
De conversacion.
Lamp. Ya entiendo.
A usted no le gusta hablar
Con un vejete estafermo.
Si fuera yo don Esteban... (*Tose.*)
¡Qué tos? — Vamos; ya la dejo
A usted solita. — Cuidado,
Que es muy dañoso el sereno. —
Con que hasta después.
(*Se va muy despacio.*)
Cárm. ¡Uf! ¡Qué hombre!
Gracias á Dios... — Sal corriendo.
(*A la puerta del cuarto de don Bernardo.*)
(*Va á salir don Felipe, y al oir las voces siguientes vuelve á esconderse.*)
Esteb. ¿Quién hace caso de viejas?
(*Dentro.*)
Balt. Pero es mucho atrevimiento...
(*Entran en la escena hablando.*)

ESCENA IV.

CARMEN, DON BALTASAR, DON ESTEBAN, DON ABUNDIO.

Balt. Insultar con tal descaro
A la autoridad del pueblo.
Esteb. Es muy animal mi madre.
Balt. Si no me la quitan, creo
Que me araña.
Cárm. (Soy perdida
Si de aquí no los alejo.)
Balt. Que dé gracias á que usted
Debe ser pronto mi yerno.
¿No es verdad?
Esteb. ¿Qué duda tiene?
A mí me importa tres bledos.

La voluntad de mi madre;
Que mi gusto es lo primero.
Balt. Pues siendo así la perdono.—
Con que no perdamos tiempo.
El domingo la primera
Amonestacion. ¿No es esto? —
¡Oh! ¡Estás aquí! No te habia
(*A Cármen.*)
Visto. Estamos disponiendo
La boda.
Cárm. Bien.—Pero aquí
Para un asunto tan serio
Están ustedes muy mal.
Puede entrar un indiscreto
Que los interrumpa. Arriba...
Balt. No. ¡Si ya estamos de acuerdo!
Es cosa hecha. Mañana
El contrato firmaremos.
¿No es esto?
Esteb. Cuando usted quiera.
Cárm. (Mi vida está en grande riesgo
Si le descubren.)
Balt. Muchacha,
A tí no te pára el cuerpo.
¿Qué tienes?
Cárm. Nada, señor.
Algo indispuesta me siento,
Pero... se me pasará.
Balt. ¿Has merendado?
Cárm. No tengo
Gana. (¡Dios mio!)
Balt. ¿Estás triste?
No lo extraño. El mucho afecto
Que me tienes es la causa.
¿Temes que tu casamiento
Nos separe? No lo creas,
Carmencita. Viviremos
Todos juntos. Vaya, niña,
Alégrate.
Esteb. Fiel de fechos,
Diga usté algo que nos haga
Reir.
Abun. De Plauto y Terencio,
Dilectos hijos de Apolo,
Quisiera tener el plectro;
O del que con culta vena
Ilustró el hispano suelo,
Góngora insigne, que tantos
Sutiles parió conceptos...
Balt. Aquí queremos reir,
Y no dormirnos, maestro.
Deje usted su erudicion
A un lado; que los paletos
Nos quedamos en ayunas
Cuando nos hablan en griego.
Abun. (¡Idiotas!)
Esteb. Ahora es buena
Ocasion para leernos
Aquella arenga.
Balt. Es verdad.
Léala usted.
Cárm. (¡Si á lo menos
Viniera mi tio!...)
(*Al sacar don Abundio el papelote del acto segundo deja caer otro sin advertirlo: lo coge don Esteban, y lo lee para sí.*)
Abun. ¿Dónde
Quedamos?
Balt. Ya no me acuerdo.
Lea usted desde el principio.
Abun. « Al peñagudense pueblo. »
(*Lee.*)
Esteb. ¡Qué veo! ¡Ah bribon!
Abun. « No de otra
(*Lee.*)
Suerte, intrépidos guerreros... »
Esteb. Calle usted ó le desnuco.
De ira estoy que reviento.
¿Usted mi rival, canalla?
¿Usted á mi novia versos?
Abun. ¿Cómo...?
Esteb. Aquí están en mi mano.
No me dirá usted que miento.
Al suelo se le han caido
Al sacar ese proceso
Que iba á leer.
Abun. Pero... si...
Yo...
Esteb. Escuche usted, señor suegro;
Y verá usted...
Abun. (Si pudiera
Escaparme...)
Esteb. ¡Quieto, quieto
(*Asiéndole.*)
Aquí! (*Lee.*)
« A la adorable Cármen,
El cisne de los Cameros,
Don Abundio de Ruibarbo
Y Remolacha, soneto. —
¿Y tú sufres ¡oh amor! tan vil ultraje?
¿Y, en vano por Carmela suspirando,
Quieres que vea en su regazo blando
Solazarse á un indómito salvaje? » —
¿Ha visto usted qué insolencia?
¡Llamarme á mí un fiel de fechos
Salvaje! ¡Y enamorar
A mi novia!
Abun. ¡Pero si eso
No es mio! Algun envidioso...
Esteb. ¡Cómo! ¿Aun tiene usted aliento
Para hablar?
(*Amenaza á don Abundio, y don Baltasar le contiene.*)
Balt. Déjele usted.
Sin duda ha perdido el seso.
Esteb. ¿Dejarle? No ha de salir

De aquí vivo.
Abun. Me arrepiento.
¡Perdon!
Esteb. No hay perdon.
Balt. ¡Eh! vamos;
Basta que esté yo por medio...
Abun. ¿Dónde me refugiaré?
En este cuarto...
(*Va á entrar, y viendo á don Felipe, retrocede.*)
¡Qué veo!
¡Un hombre oculto!
Cárm. (¡Buen Dios!
A tu favor me encomiendo.)
Esteb. ¿Un hombre oculto?
Balt. Lamprea,
(*Gritando.*)
Macario, Cosme, Ruperto.

ESCENA V.

CARMEN, DON BALTASAR, DON ESTEBAN, DON ABUNDIO, DON FELIPE, DOS CRIADOS.

Fel. Aquí estoy, don Baltasar.
No hay que alborotar el pueblo.
Balt. ¿Qué veo? ¡En mi casa usted!
¡Y escondido! ¡Vive el cielo...!
Esteb. (¡Caracoles! Esto pasa
De castaño oscuro.)
(*Vienen los criados, y á una seña de don Baltasar se detienen en el foro*)
Balt. Pero
No es usted, sino esa infame
En quien descargar yo debo
El rigor de mi venganza.
Abun. (No salí de mal aprieto.)
Cárm. ¡Padre!
Balt. ¿Aun te atraves, indigna...?
Fel. Mire usted que la defiendo
Yo.
Balt. ¿Usted?
Fel. Sí, señor; y soy
Capaz de cualquier exceso
Si usted se atreve á ofenderla
Siendo de virtud modelo.
Balt. ¿Usted sabe con quién habla?
(*Don Esteban se pasea haciéndose el indiferente.*)
Fel. Ahora solo miro al riesgo
De Cármen, y si no me hacen
Dos mil pedazos primero,
No lograrán arrancarla
De mi lado.
Balt. ¿Oye usted esto,
Don Esteban?
Esteb. ¡Qué! ¡Si estoy
Pasmado! (*Sigue paseándose.*)
Abun. (¡Buen argumento
Para un drama! Si no fuera
Poeta y actor á un tiempo,
Lo haría solo por dar
Una carda á ese mostrénco.)
Balt. Usted ¿con qué fin ha entrado
Aquí? Deseo saberlo.
Fel. No acostumbro en parte alguna
A entrar con fines siniestros.
Sepa usted, si lo ignoraba,
Pues ya ocultarlo no puedo,
Que amo á su hija. No sé
Si la ventura merezco
De ser suyo; pero el novio
Que usted la destina creo
Que, á pesar de sus riquezas,
La merece mucho menos.
Balt. ¿Y sufre usted que le ultraje
(*Aparte con don Esteban.*)
De ese modo?
Esteb. ¡Eh!... le desprecio.
Balt. ¿Ignora usted, señor mio,
Que á su familia aborrezco
De muerte?
Fel. Es una injusticia.
Balt. Pues ¿y el pleito que su abuelo
De usted me ganó?
Fel. Sin duda
Le asistió mejor derecho
Que á usted: y aun cuando no fuera
Así ¿qué culpa tenemos
Los que no hemos litigado?
¿Acaso el ganar un pleito
Es el pecado de Adan
Que pasa al último nieto?
Abun. Distingo. Si el pleito..
Fel. A usted
¿Le dan vela en este entierro,
Señor pedante?
Abun. A mí, no;
Pero...
Fel. Guarde usted silencio;
O se lo haré yo guardar.
Abun. Será usted servido.
Balt. Hablemos
Claro. Usted de ningun modo
Me conviene para yerno.
Fel. No lo dudo, pero acaso
A su hija de usted convengo
Mas que don Esteban.
Balt. ¡Cómo!
Es decir que está de acuerdo
Con usted...
Cárm. Yo... padre mio...
Fel. Contra el tirano precepto
De unirse á quien aborrece

Pues son en vano los ruegos,
Vine á ofrecerla mi amparo.
Yo; sí, señor; no lo niego.
Nada he podido decirla,
Porque no he tenido tiempo;
Pero...
Balt. Hipócrita, después
Que diste el consentimiento
A la boda proyectada
¿Cómo es que un galan te concuentro
Escondido en ese cuarto?
Fel. Por la fe de caballero
Juro á usted que está inocente
Su hija : yo solo soy reo.
Aquí entré sin ser llamado;
Y Carmencita, bien lejos
De aprobarlo...
Balt. Se concluye,
Señor mio, de todo eso,
Que usted es un libertino,
Un desalmado, un perverso
Seductor.
Fel. Señor alcalde,
Poco á poco, que dicterios
Semejantes...
Balt. Usted puede
Hacer cundir en el pueblo
Sus depravadas costumbres;
Y yo, que no en vano ejerzo
La primer magistratura,
A todo trance resuelvo
Librar á la juventud
De tan pernicioso ejemplo. —
Irá usted á un calabozo.
Fel. ¿Yo?
Balt. Y para que otro muñeco
No venga á hacer cucamonas
A mi hija, en un convénto
La tendré mientras celebra
Sus desposorios. — ¿No es esto,
Don Esteban?
Esteb. Sí; será
Lo mejor.
(*Cansado de pasearse se sienta retirado; toma una guitarra y la templa.*)
Abun. (El estafermo
Del novio con mucha calma
Lo toma.)
Fel. Saber deseo
Cuál es mi delito.
Balt. Ya
Lo he dicho. El crimen horrendo
De seduccion, con indicios
De rapto, y escalamiento,
Y...
Fel. Es una calumnia atroz.
Cuando yo mi mano ofrezco
A Cármen y ella la acepta...
Cárm. (¡Infeliz de mí!)
Balt. No es cierto.
Con quien ella ha prometido
Casarse en ese aposento,
Hoy mismo, es con el señor. —
¿No es verdad?
Esteb. ¡Si no me acuerdo
De qué estaba usted hablando!
Balt. ¿Ahora salimos con eso?
¡Me gusta la flema!
Esteb. Yo
Por tan poco no me altero.
Balt. Digo que á usted ya le ha dado
Palabra de casamiento
La muchacha.
Esteb. ¿Quién lo duda? —
¡Maldita prima! (*Sigue templando.*)
Balt. Y yo quiero
Que la cumpla.
Fel. Fué arrancada
Por el terror. Mas derecho
Tengo á reclamarla yo,
Porque me la dió primero.
Balt. ¿Cómo primero? ¡Hija vil!...
Cárm. Padre, me habia propuesto
Obedecer y callar;
Pero llega á tal extremo
La tiranía de usted,
Que en dar mi vida consiento
Antes que la mano á otro
Que á Felipe.
Balt. ¡Qué desuello!
¡Qué infamia! Hoy vas á morir.
(*Amenazada Cármen por su padre se ampara de don Felipe.*)
Abun. (El drama ya se va haciendo
Trágico.)
Fel. ¡Guárdese usted
De tocarla!
Esteb. Yo no acierto
A templar esta guitarra.
Abun. (Mejor será huir el cuerpo...)
Balt. Prendedle.
(*Los criados hacen un movimiento hácia don Felipe : saca este una pistola, y á su vista desaparecen : don Abundio se guarece detrás de don Esteban.*)
Fel. Nadie se arrime,
O le devano los sesos.
Abun. ¡Misero de mí!
Balt. ¡Favor
A la justicia!

ESCENA VI.

CARMEN, DON BALTASAR, DON ESTEBAN, DON ABUNDIO, DON FELIPE, DON BERNARDO.

Bern. ¿Qué es esto?
Balt. ¿Qué ha de ser? Las consecuencias
De tus inicuos consejos.
Rebelárseme una hija;
Aspirar á ser mi yerno
Ese jóven temerario;
Y al querer llevarle preso
Hecer armas contra mí.
Bern. ¿Y qué hace usted ahí tan serio,
Don Esteban?
Esteb. ¡Qué pregunta!
Pues qué ¿no lo está usted viendo?
Tocar la guitarra.
Bern. ¡Calla!
Y detrás el fiel de fechos...
Abun. Soy filarmónico.
Bern. Ya.
Pues yo creí que por miedo...
Abun. No, señor; es precaucion.
Caveant consules...
Bern. Entiendo. —
Basta de escándalo, hermano.
Los chicos por lo que veo
Se quieren. Cásalos tú
Antes que se casen ellos.
Balt. Primero me vea yo
Con una argolla en Marruecos.
Esteb. « Yo soy aquel que subí
(*Cantando por el aire del fandango.*)
Hasta el último elemento... »
¡Qué demonio de guitarra!
¡Si esto parece un cencerro!
(*La deja sobre una silla.*)
Bern. ¡Miren por dónde se apea
El señorito!
Balt. Celebro
La ocurrencia, amigo mio.
¡Cuando estoy hecho un veneno
Se pone usted á cantar!
Esteb. ¡Toma! ¡Pues estamos frescos!
No le han de dejar á uno...
Cada uno tiene su genio. —
Con que uno ha de ir á matarse
Porque usted... ¡No es mal empeño!
Bern. Tiene razon.
Balt. Pero es cosa
Que me sorprendre en extremo...
Bern. Vamos; ten calma, y escucha.
La boda que te has propuesto
No se verificará
De ninguna suerte. Hay medios
Legítimos de evitarla.
Yo ya he tomado al efecto
Mis medidas.
Balt. Yo sabré
Desvanecer tus intentos;
Y si me apuras un poco
Puede ser que...
Bern. Ya te entiendo.
Me meterás en la cárcel;
¿No es verdad? — Vamos, yo espero
Que todo se compondrá
Felizmente. En prueba de ello,
Guarde usted esa pistola,
Señor don Felipe.
Fel. Pero...
Bern. No hay pero que valga.
Cárm. Yo
Te lo suplico.
Fel. Obedezco.
Esteb. Esta es mano de cigarro.
(*Saca una gran bolsa de vejiga, y de ella tabaco que pica con una descomunal navaja; hace un cigarro disforme; echa yescas, á pesar de haber luz; lo enciende y fuma.*)
Abun. Ya la guardó. Respiremos.
(*Volviendo al medio de la escena.*)
Bern. Ahora los dos pedidle
Perdon con mucho respeto.
Balt. No perdono.
Cárm. ¡Padre mio!
(*De rodillas, y lo mismo don Felipe.*)
Fel. ¡Señor!...
Balt. Quitáos de enmedio.
Soy inflexible.
Cárm. Mi llanto...
Balt. Aunque todo el universo
Se empeñara...
Bern. ¡Qué dureza,
Baltasar!
Fel. ¡Ay! A lo menos
No la vea yo enlazada...
Balt. Con doscientos y el portero
Déjenme ustedes en paz; (*Los hace levantar.*)
Que ni me ablandan lamentos,
Ni me aturden amenazas.
(*Coge de la mano á don Esteban, que le sigue como forzado.*)
Venga usted acá. Al momento (*A Cármen.*)
La mano que me ofreciste,
Sin réplica... ¿Está usted lelo,
Don Esteban?
Esteb. Es que yo...
¿Sabe usted lo que yo pienso?
Que es mejor que se la dé
A don Felipe.
Balt. ¡Eh! dejemos
Bromas á un lado.

Esteb. ¿Qué bromas?
Lo digo como lo siento.
Porque, mire usted, mi madre
No quiere que nos casemos;
Y por no oirla gruñir...
Balt. ¿Estoy soñando, ó despierto?
Pero ¿usted...?
Esteb. Mire usted: yo
Soy caviloso en extremo,
Y... Vamos; si me casara
Con ella... Porque lo cierto
Y lo seguro es que Cármen
Tiene ya su quebradero
De cabeza. ¿No es así?
Y..., como dice el proverbio,
Quien bien ama, tarde olvida.
No haga el demonio que luego...
Lo que es la chica es muy guapa;
Eso es otra cosa; pero...
¿Qué quiere usted que le diga?
No es tanto, tanto mi afecto
Que apechugue... Mire usted;
Yo por otra parte..., hablemos
Claros, hacia una boda
Muy desigual. Mis inmensos
Caudales... Bien es verdad
Que si me hallaba dispuesto
A casarme, yo soy franco,
Era con el solo objeto
De no entrar en quintas; pues;
Porque yo no tengo apego
A la milicia; y me bastan
Los timbres de mis abuelos,
Sin exponer mi pelleja
Por adquirir otros nuevos.
En fin, cada uno se entiende. —
Buenas noches, caballeros.

ESCENA VII.

CARMEN, DON BERNARDO, DON BALTASAR, DON ABUNDIO, DON FELIPE.

Balt. (No sé dónde estoy. Me ahoga
La cólera; y no me atrevo
De vergüenza á alzar la vista.)
Bern. Chico, ningun sentimiento
Debe darte su inconstancia.
Antes parece que el cielo
Lo ha dispuesto por tu bien
El de Cármen.
Balt. Le prometo
Que me las ha de pagar.
Bern. Al contrario; yo en tu puesto
Iria á darle las gracias.
Abun. Si en tan crítico momento
Me es lícito hablar, insigne
Don Baltasar...
Balt. Bien: con menos
Preámbulos diga usted
Qué quiere; y nada de textos
Ni...
Abun. Con lenguaje pedestre
Digo pues que soy maestro
De primera educacion
En este dichoso pueblo,
Y secretario además
Del ilustre ayuntamiento.
Ambos empleos bien dejan
A mi bolsa de provecho
Trescientos ducados. *Item:*
En breve obtener espero
La plaza de sacristan,
Que rendirá por lo menos,
Sin la cera y otros gajes
Legítimos, otros ciento.
Son cuatrocientos ducados.
Agregue usted á todo esto...
Balt. ¡Eh! Basta...
Bern. No le interrumpas,
Que me divierte en extremo.
Abun. Lo que deben producirme
Ocho ó diez resmas de versos
Que puedo hacer en el año
Para dias, casamientos,
Bautizos, pascuas, *et cætera*,
Y el *Desiderio* y *Electo*,
O sea *Luz de la fe
Y de la ley*, que muy presto
Daré á la prensa en octavas
Reales.
Balt. ¡Qué lengua de hierro!
Al caso, al caso.
Abun. Con tantos.
Emolumentos, ya puedo
Vivir con comodidad
Aunque se me agregue el peso
De nuevas obligaciones.
Fel. (¡Qué moscardon!)
Bern. (Yo no puedo
Contener la risa.)
Balt. Vamos;
¿Y á qué fin...?
Abun. El majadero
De don Esteban renuncia
Al dulcísimo himeneo
De la incomparable Cármen
Usted, por lo que comprendo,
No desea emparentar
Con don Felipe. — Tercero
En discordia aquí estoy yo,
Que á sus piés rendido ofrezco
Mi...
Balt. Quite usted de delande.
¡Habrá mueble! Pues es cierto

Que la boda...
Abun. ¿Calabazas?
Bien : no riñamos por eso.
Yo me casaré con otra,
O me quedaré soltero.
Bern. ¡Bravo! Eso es lo que se llama
Grandeza de alma.
Abun. ¡Oh! Yo venzo
Fácilmente mis pasiones...
Cuando no hay otro remedio. —
Mas daré la última prueba
Del cariño que profeso
A esta amable señorita.
Creo que el mejor obsequio
Que la puedo hacer ahora
Es el quitarme de en medio;
Y por tanto, tengo á bien
Largarme con viento fresco.

ESCENA VIII.

CARMEN, Don BERNARDO, Don BALTASAR, Don FELIPE.

Fel. ¡Qué original es el hombre!
Balt. A no ser por mi despecho,
Mucho hubiera celebrado
Su petulancia.
Bern. Supuesto
Que quedó por don Felipe
El campo, ya es hora...

ESCENA IX

CARMEN, Don BERNARDO, Don BALTASAR, Don FELIPE, Doña MATEA.

Mat. ¿Puedo
(*A la puerta, y entra luego.*)
Entrar?
Balt. Segun. ¿Viene usted
De paz, ó de guerra?
Mat. Vengo
Decidida á que seamos
Amigos; y lo seremos
Si usted quiere.
Balt. En hora buena.
Bern. (Otra tempestad me temo.)
Mat. Sé que Esteban no está aquí,
Y esta ocasion aprovecho
Para ver de dar un corte
Al asunto, porque aprecio
Mucho la paz.
Balt. Ya es inútil...
Mat. He tomado por empeño
Que no se case mi Esteban
Con su hija de usted.
Balt. Lo creo;
Pero ya...
Mat. Suplico á usted
No me interrumpa, que luego
Concluyo. Estos matrimonios
Desiguales son funestos
Por lo regular. Mi Esteban
Está enamorado ciego
De la chica...
Balt. Usted sin duda
No sabe...
Mat. Pero sus genios
Están en contradiccion.
Él es de un temperamento
Vivo, impaciente, fogoso;
Y su hija de usted, hablemos
Claros, apática, fria...
Fel. ¿Qué dice usted?...
Mat. Los primeros
Quince dias será todo,
Glorias y deleites; pero
Es natural que después
Entren los remordimientos.
Porque Esteban sentirá
Verse con nudo perpetuo
Enlazado á una familia
Tan inferior...
Balt. ¿Cómo es eso?
Mi familia...
Mat. La muchacha,
A quien no mueve otro objeto
Que el interés...
Cárm. ¡Oiga usted!
Ni yo he menester, ni quiero
Nada de nadie.
Balt. Señora,
Acabe usted de molernos.
Mat. En una palabra, exijo
De usted, por no andar en pleitos,
Que se oponga como yo
A ese injusto casamiento.
Balt. Si usted me dejase hablar...
Mat. Y si acaso hay de por medio
Compromisos de otra especie...
Porque el muchacho es travieso,
Y el demonio que anda listo...
Balt. Ya me falta el sufrimiento.
Fel. Si usted se atreve á poner
En boca...
Mat. Yo haré un esfuerzo,
Y veré de asegurarla
Una pension de trescientos
Ducados, si ella se quiere
Retirar á un monasterio.
Balt. Tome usted pronto la puerta;
Porque si llevar me dejo
De mi furia...

Mat. ¿Puedo hacer
Mas que dotar...?
Balt. Los infiernos
No han vomitado una bruja
Tan bruja.
Mat. ¡Pobre y soberbio!
Después que una...
Balt. Calle usted;
Calle usted, ó no me acuerdo
De que es mujer, y si vuelve
A alzar el grito la estrello.
¡Energúmena!
Mat. ¡Qué insulto!
¿Yo energúmena?
Bern. Acabemos.
Mi sobrina no se casa
Con su hijo de usted...
Mat. Me alegro.
Bern. Ni emparentar deseamos
Con semejante camueso.
Mat. ¡Camueso! ¡Un hombre como él
Que cuenta diez y ocho abuelos
Y...!
Bern. Con que si usted no quiere
Que la falten al respeto,
Calle, y váyase con Dios.
Mat. Si: me voy; que me desdeño
De alternar con una gente
Tan de poco mas ó menos.

ESCENA ULTIMA.

CARMEN, DON BERNARDO, DON BALTASAR, DON FELIPE.

Balt. ¡Oiga usted!...
Bern. Déjala. Es loca.
Cárm. Gracias á Dios que me veo
Libre de ella.
Fel. ¡Buena suegra
(*A Cármen aparte.*)
Te esperaba!
Bern. Ea, saquemos
De penas á estos muchachos,
Y á un lado resentimientos.
Balt. Supuesto que tú te empeñas,
Y que ellos se quieren, bueno;
Que se casen. — Pero tú
Sabes cómo están los tiempos.
La cosecha ha sido mala...
Bern. No importa; eso es lo de menos.
Balt. Las heladas.... la langosta...,
Las alcabalas..., el diezmo...
Fel. No es el mezquino interés
El que me mueve...
Balt. Los pleitos
Me arruinan...
Bern. Ya me hago el cargo...
Balt. Es un horror lo que debo...
Bern. Cármen se contentará
Con unos treinta mil pesos
De dote. ¿No es verdad, niña?
Balt. ¿Treinta mil? ¿Qué estás diciendo?
Ni mil, ni ciento, ni diez...
Bern. ¡Si soy yo el que los ofrezco!
Balt. Acabaras. Pues entonces
Que se casen, y *laus Deo.*
Cárm. ¡Padre mio!
Balt. Ea, venid:
Os estrecharé en mi seno.
Fel. ¡Oh ventura!
Bern. Y yo en el mio.
Cárm. ¡Ah! ¿Cómo pagar podremos..?
Bern. ¡Bagatela!
Fel. Será eterna
Mi gratitud, y...
Bern. Silencio.—
Después que he gastado tanto
En vicios y devaneos,
Razon es que alguna vez
Emplee bien el dinero.
Solo exijo de vosotros
Un corto favor.
Cárm. ¿Qué puedo
Negar á mi bienhechor?
Fel. Para mí será un precepto
Sagrado...
Bern. Quisiera ser
Vuestro padrino.
Cárm. ¡Qué exceso
De bondad! ¿Y por favor
Nos lo pide usted?
Fel. Yo acepto
Con el mayor regocijo
Tan alto honor, tanta...
Bern. Pero...
Hay una dificultad.
Balt. ¿Cuál?
Bern. Que mañana me ausente.
Balt. ¿Por qué?
Cárm. ¿Adónde?
Bern. Si dos dias
En el lugar permanezco,
Voy á enfermar.
Balt. Pero apenas
Has descansado...
Fel. A lo menos
Hasta que se haga la boda...
Bern. No os canseis. Ya lo he resuelto.
¿Quereis venir á Madrid
Conmigo?
Fel. Yo, desde luego.
Bern. ¿Y tú?
Cárm. Si mi padre quiere...

Balt. No solamente lo apruebo,
Sino que iré á acompañarte.
Bern. Pues no se pierda un momento.
¿Mañana dije? Esta noche
Partiremos con el fresco.
Balt. Pero, hombre, ¡es posible...!
Bern. Estoy
De aldea hasta los cabellos.
Balt. ¿No dijiste esta mañana
Que, harto ya de los enredos
Y el bullicio de la córte,
Venias con el objecto
De fijarte para siempre
En el lugar?
Bern. No lo niego;
Pero yo bahia formado
Otra opinion de los pueblos.
Pensé que todo era paz,
Candor y virtud en ellos.
¡Ah! La experiencia es el libro
Mejor: bien dice el proverbio.
Aquí la sórdida envidia
Tiene fijado su imperio;
Aquí á la voz de la sangre
Se impone un atroz silencio;
Aquí el noble es orgulloso,
Y envilecido el plebeyo;
Aquí hay discordias, intrigas,
Calumnias, rencores, pleitos,
Señoritos mal criados,
Y hasta pedantones necios.
La urbanidad ni se sueña;
La ignorancia está en su centro;
Se atropella á la justicia;
Se apalea al forastero;
Se llama alegre al borracho;
Al desvergonzado ingenuo;
Al asesino valiente...
¡Qué horror! *A Madrid me vuelvo*;
Que allí hay mas comodidades
Si los vicios no son menos;
Y entre gente racional
No viviré tan expuesto
A morir de un trabucazo,
O á consumirme de tedio.

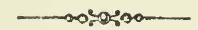
MARCELA,

ó

¿A CUAL DE LOS TRES?

COMEDIA EN TRES ACTOS,

REPRESENTADA POR LA PRIMERA VEZ EN EL TEATRO DEL PRÍNCIPE EL DIA 30 DE DICIEMBRE DE 1831 (1).



PERSONAS.

MARCELA.	DON MARTIN.
JULIANA.	DON AMADEO.
DON TIMOTEO.	DON AGAPITO.

La escena es en Madrid en una sala de la casa de Marcela.

ACTO PRIMERO.

—

ESCENA PRIMERA.

MARCELA, DON TIMOTEO, DON AGAPITO, JULIANA.

(*Don Timoteo y Juliana aparecen en el foro disputando : Marcela y don Agapito mas inmediatos al proscenio, sentados, haciendo aquella una petaca, y este un cordon.*)

Tim. ¡Si no quiero! ¿Hay tal porfía?
Mi habitacion es sagrada.
Jul. ¿No he de dar una escobada
Donde hay tanta porquería?
Tim. ¿Qué importa? No lo consiento,
No lo sufro; y si te atreves...
Jul. Pero...
Tim. En tus manos aleves
Va á morir mi nacimiento.
A tal ruina, á tal estrago
Ya no hay paciencia que baste.
Ayer rompiste, ó quebraste
Mi Baltasar, mi rey mago.
Hoy con los zorros fatales
Me has hecho trozos, añicos
Dos pastores con pellicos;
O si se quiere, zagales.
Jul. Pero, señor...
Agap. Lindamente.

(1) Abrió el autor con esta comedia nuevo y mas libre rumbo à su imaginacion. Para las anteriores no habia osado emplear otro metro que el romance octosílabo, por recomendarlo así autoridades muy respetables, y porque, en efecto, es el que mas se adapta à la viveza y a la propiedad del diálogo. Sentia entre tanto una terrible comenzon de rimar; ardia en deseos de permitir a su pluma, demasiado disciplinada, lozanear un poco en el campo de la poesia. Estudiando una y otra vez à *Lope*, *Tirso*, *Calderon*, *Rojas*, *Moreto*, *Alarcon*, envidiaba en este punto su feliz independencia tan fecunda en primores. Todos los poetas contemporáneos aflojaban, y algunos empezaban ya a sacudir del todo el yugo escolástico. Constante en su fé literaria, si bien no ciego sectario de una escuela exclusiva, logró preservarse de las aberraciones lastimosas en que otros incurrian; pero hubo

Primoroso va el tejido.
Tim. Reniego de tu barrido.
Jul. ¡Vejestorio impertinente!
(*Entre dientes.*)
Tim. ¿Qué dices de vejestorio?
Jul. Yo...
Tim. Mira que si me irrito...
(*Se acerca.*)
¿Qué hace usted, don Agapito?
(*Juliana arregla los muebles.*)
Agap. Nada; un cordon de abalorio.
Marc. Agapito es muy amable.
Agap. Sabe usted cuál se desvela
Por complacer á Marcela
Mi amistad inalterable.
Prosigo pues mi cordon
Mientras ella se ejercita
En su petaca de pita.
Jul. (¡Qué enfadoso maricon!)
Tim. Segun parece, es de moda
Esa labor, ó tarea,
Entre las damas; ó sea...
Pero dí, ¿no te incomoda
Esa mano de mortero
En la tuya delicada?
¡Qué moda tan desairada!
No llega al mes de febrero.
Marc. En algo se ha de pasar
El tiempo.
Agap. Esa bagatela
Es del gusto de Marcela.
Marc. Mejor es esto que holgar.
Agap. Y yo diré en todas partes
Que es obra muy singular,
Y que la debe premiar
El Conservatorio de Artes.
Marc. Alabanza lisonjera,
Digna de un jóven tan fino
Como usted.
Tim. ¡Oh! Mi vecino
Sabe muy bien la manera,
El modo y forma de hacer
A una dama cumplimientos;
Es decir ..
Marc. En sus acentos
(*Se levanta, y don Agapito tambien.*)
Es muy fácil conocer
Su educacion esmerada.
Tim. ¡Oh! Es un jóven, un mancebo,
Que puedo decir, me atrevo
A afirmar..., y nunca errada
Me salió una profecía,
Me atrevo á pronosticar
Que le harán mucho lugar
Las damas.
Marc. Su bizarría,
Su trato afable y cortés,
Su gusto para cantar,
Su destreza en el bordar,
Y la gracia de sus piés
Cuando baila un rigodon,
Son prendas que sin empeño
Bastan para hacerle dueño
Del mas yerto corazon.
Agap. ¡Señora! ¡Ensalzarme así!...
Me confunde usted. Ya veo...
Marc. Como lo digo lo creo.
Agap. (Ciega, ciega está por mí.)
Marc. Su contextura es endeble;
Pero...
Agap. Sí, soy delicado.
Marc. Ya se ve; niño mimado...
Jul. (¡Que no conozca este mueble
Que se están mofando de él!)
Marc. Mas la gordura, el color...
Son de mal tono. ¡Qué horror!
No es de elegante doncel
Presumir de pantorrillas
Como un ganapan, un bruto.
¡Qué bello es un rostro enjuto
Abismado en las patillas!
Ni sobre cuello macizo
Arman bien los corbatines;
Ni se pintan figurines
Para un mancebo rollizo
Rostro sano y carrilludo

de entrar en cuentas consigo mismo y tantear sus fuerzas para ver si era ó no posible conciliar la pintura vigorosa de afectos y caractéres, la *vis cómica* del diálogo, la naturalidad del lenguaje con una versificacion mas artificiosa, mas variada y mas galana, aunque no tanto que pecase de lírica y pintoresca en demasía. A medida que iba adelantando en este ensayo observó que en los versos dialogados no le obedecia menos el *consonante* que en otras obrillas poéticas de distinto género; y que, lejos de embarazarle para que cada interlocutor dijese lo que segun la situacion debia decir, le ayudaba á formular de un modo mas epigramático sus pensamientos, le sugeria otros nuevos, daba estímulo y calor a su fantasía, y á cada momento le demostraba ser para él una verdad lo de la *rima inspiratrice.* La acogida verdaderamente extraordinaria que obtuvo *Marcela*, debida en gran parte, si no en todo, al nuevo aliciente con que el autor aspiró á captarse la pública benevolencia, le decidió á no renunciar á él para lo sucesivo; y tanto que por huir en esta parte de su primitiva sencillez, cayó con frecuencia en el extremo contrario: lo confiesa ingenuamente. Por no desnaturalizar sus propias obras y porque, siendo tantas y no muy holgado el tiempo de que dispone, solo puede hacer ya en ellas muy leves correcciones, no purga como quisiera á su teatro de la exuberancia métrica en él derramada. Bien meteria sin piedad la podadera en no pocas estancias de laboriosa é inconducente estructura y en mas de una página de esdrújulos á cuya confeccion no le movió otro deseo que el de embarazarse gratuitamente con nuevas dificultades, mas ó menos felizmente separadas, como si hartas no ofreciese de suyo el arte dramático. No se pudo el poeta ir a la mano. ¡Pecó! y de esta como de otras culpas pide humildemente perdon a sus lectores.

Propio es de gente ordinaria.
¡Qué feo al cantar un *aria*,
O lanzando un estornudo!
¡Qué mal sobre alfombra turca
Quien tiene recios jamones,
Qué mal mueve los talones
Para bailar la *mazurca!*
¿Qué vale la corpulencia?
El hombre alto, moceton
Parece sauce lloron
Cuando hace una reverencia.
Aunque escritores morales
Viendo á un hombre encanijado
Clamen : ¡fatal resultado
De las costumbres actuales!,
Puesto que el hombre no es bueno,
Lo prefiero chiquitin;
Que en pequeño vaso al fin
No cabe mucho veneno.
De gigantesca figura
Huye amor como del bú.
Vamos; valen un Perú
Los hombres en miniatura.
Agap. ¡ Ah, que es celestial consuelo
El gustar á tal belleza!
Tome usted : tanta fineza
Bien merece un caramelo.
¡Ah...! tambien una pastilla
Menos dulce que esa boca.
Jul. (¡Tonto! A risa me provoca.)
Agap. Tiene esencia de vainilla. —
Vaya unos caramelitos.
(*A don Timoteo y Juliana.*)
Tim. Gracias.
Agap. Son pura ambrosia.
Tim. ¿Y de qué confiteria?
Agap. Calle de Majaderitos (1).
Marc. Como usted... es parroquiano,
Le servirán...
Agap. De rodillas.
Tome usté : de estas pastillas
Gasta la *dona soprano.*
Tim. ¡Eh! Yo os dejo ventilar,
Discutir tan grave asunto.
Por mi parte he dado punto,
Y me subo al palomar.
Allí me hechizo, me encanto,
Y se me pasan las horas
Muertas. ¡Son tan criadoras!...
Quiero decir ¡ponen tanto!...
Yo no paro, no sociego
Hasta pasar mi revista.
Con que abur; hasta la vista;
Hasta después; hasta luego.

(1) Hoy es calle de Cádiz.

ESCENA II.

MARCELA, Don AGAPITO, JULIANA.

Agap. ¿Vuelve usted á su petaca?
Marc. No. La cabeza me duele.
Agap. Jaqueca. Quitarse suele
Con parches de tacamaca.
¿Se los quiere usted poner?
Bueno será. En dos instantes
Iré á casa de Collantes...
Marc. ¿Para qué? No es menester.
En tomando el aire un poco...
Bajaremos al jardin.
Agap. (Ya triunfé de don Martin.
Mia es Marcela. ¡Estoy loco!)
El brazo. (*Se le da Marcela.*)
Jul. (Ya está tan hueco.)
Agap. La sombrilla.
(*La toma de Juliana.*)
¡Bravo, bravo!
¿*Allons?* (Mi ventura alabo.)
Marc. (Me divierte este muñeco.)

ESCENA III.

JULIANA.

Sola estoy, y esta pereza...
Vamos, el viento del Sur
Me desalienta. Tenia
Que arreglar el *canezú*
De la señorita; pero
Para trabajar en tul
No estoy ahora. ¿Y qué haré?
¿Murmurar? El avestruz
De Juanillo no está en casa;
Bonifacio es un gandul;
La cocinera... ¡Ah! Gertrudis,
Que ayer vino de Gallúr,
Y ahí en la casa de al lado
Sirve á don Pedro Eguilúz...
Sí, sí. ¡Qué buena muchacha!
Y yo no la he dicho aun...
(*Se asoma á un balcon.*)
¡Paisana! ¡Gertrudis! ¡Hola!
Ya viene.
(*Se supone que la hablan desde otro balcon.*)
Tal cual, ¿y tú?—
Me alegro.—¿Sí? Ganas poco.
Yo cuatro duros y algun
Regalillo, porque mi ama,
Dios le dé mucha salud,
Es generosa y me quiere:

Así tengo yo un baul
Que da gozo. Te aseguro
Que mi eterna gratitud...
Su tio don Timoteo
Es un pedazo de atun,
Cominero, impertinente...
¡Qué lástima de atahud!
Tan plomo para explicarse,
Que cuando dice *segun*
Si detrás no va el *conforme*
No está contento. ¡Jésus!
Y luego me da una guerra
Con su palomar, con su...
Vamos; bien dijo quien dijo
Que el servir es mucha cruz.
Mi ama, como viuda y rica,
Goza de su juventud;
¡Oh! pero con juicio, aunque esto
No es hoy dia muy comun.
No le faltan aspirantes;
Pero ella, sea virtud,
Sea orgullo, ó lo que fuere,
No se ha decidido aún
Por ninguno. Hay un poeta
Que la mira de trasluz,
Suspira, gime, se arroba
Y no pronuncia una Q.
Reverso de la medalla
Es un compadre andaluz,
Capitan de artillería,
Que lo mismo es entrar, ¡prum!
Estalló la bomba. Aquella
No es boca, no, que es obus.
El tercero... ¡Y cuál me aburre
Su terca solicitud!...
Es un fatuo, un botarate,
Post-data de hombre; el *non plus*
Del lechuguinismo: enclenque,
Periquito entre ellas... ¡Puf!
¡Qué peste! Siempre meneando,
Siempre cantando el *Mai più;*
Siempre hablando de piruetas,
Y del solo y de la *pul...*
Hombre que iria al Japon
Por bailar un padedú;
Y siempre con golosinas...
¡Así está él que no echa luz!
Y dale con si el peinado
Ha de llevar *marabús*,
Y si es color mas de moda
El de *hortensia* que el azul;
Si el corsé... Mas viene gente.
Ya nos veremos. Abur.

ESCENA IV.

JULIANA, DON AMADEO.

Amad. Julianita, Dios te guarde.
Jul. ¡Oh, señor don Amadeo!
Amad. ¿Y tu ama?
Jul. Salió á paseo.
Amad. ¡Que siempre venga yo tarde.
Jul. Ahí esta don Timoteo.
Amad. Mi corazon solo anhela
Ver á la hermosa Marcela;
Y no viéndola mi amor,
Ese prosáico señor
Me cansa, no me consuela.
Jul. Puede que lejos no esté.
Amad. ¿Quién?
Jul. Mi ama.
Amad. Dímelo. Iré...
Jul. En cuatro saltos...
Amad. Al fin,
¿No me dirás dónde fué?
Habla.
Jul. Ha bajado al jardin.
Amad. ¿Al jardin? Tú, segun creo,
Te burlas de un afligido.
¿No dijiste...?
Jul. Que á paseo
Salió. Y en esto ¿he mentido
Al señor don Amadeo?
Amad. No; mas tu chanza enfadosa
El tiempo me hace perder.
¡Oh Marcela! ¡Oh prenda hermosa!
Vuelo al jardin. ¡Oh placer!
¿Hay suerte mas venturosa?
Allí entre el verde arrayan
Le diré mi tierno afan,
Y que enamorado, muerto...
¿Está sola?
Jul. No por cierto,
Que la acompaña un galan.
Amad. ¡Ah!
Jul. (Se quedó tamañito.)
Amad. ¡Ingrata y fatal mujer!
Jul. ¡Oh! No es tan grave delito.
Amad. ¿Y quién pudo merecer...?
Jul. El señor don Agapito.
Amad. ¿Don Agapito? Ese mono...
No le temo; le desprecio;
Mas al pesar me abandono
Al ver que me usurpa un necio
Dicha que tanto ambiciono.
Jul. Grande es sin duda el amor
Que le inspira á usted mi ama.
Amad. Si; mas ni un solo favor
Paga mi amorosa llama,
Y moriré de dolor.

¿ Quién al mirarla tan bella,
Quién no se abrasa de amores?
¿ Quién no delira por ella?
Envidia tengo á las flores
Que están besando su huella;
Envidia al aire sutil
Que en torno juega lascivo
De su cabello gentil;
Y al ruiseñor que festivo
La canta diosa de abril;
Y á la fuente cristalina
Que murmurando la llama;
Y en la enramada vecina
Envidia tengo á la grama
Si en ella ¡ ay Dios ! se reclina.
Envidio al rojo clavel
Que la ofrece su carmin,
Envidio á todo el vergel...
Y á don Agapito en fin,
Porque la acompaña en él.
Jul. ¡ Qué relacion tan discreta,
Y cómo huele á azahar,
A tomillo y á violeta !
Para eso de enamorar
No hay hombre como un poeta.
¡ Bien haya su boca, amen,
Que con elocuencia tal
Pinta el favor y el desden!
Ellos suelen sentir mal,
Pero ¡ lo dicen tan bien !
Amad. ¡ Ah !
Jul. Mas mi señora bella,
¿ Por qué cuando está presente
Esos labios siempre sella?
¡ Conmigo tan elocuente,
Y tan cartujo con ella !
Declare usted su pasion,
Porque mentales amores
Ya de este siglo no son.
Amad. Yo temo que sus rigores...
Jul. ¡ Eh! No es tan fiero el leon.
Es preciso ser mas franco.
Ser cobarde con las damas
Es querer quedarse en blanco.
No se ande usted por las ramas.
Herrar ó quitar el banco.
Amad. A un desaire, lo confieso,
Prefiero una enfermedad;
Y aunque la amo con exceso...
Jul. ¡ Hola ! Vence segun eso
Al amor la vanidad.
Amad. Si Julianita quisiera,
Pues tan tímido nací,
Y es de mi bien camarera...
Jul. ¿ Qué?
Amad. Sé tú mi medianera.
Jul. ¡ Yo !
Amad. Declárate por mí.
Yo te ruego...
Jul. ¡ Bueno es esto
Pues ¡ qué ! ¿ no tiene usted lengua ?
O por ventura mi gesto...
Amad. ¡ Oh ! No lo tengas á mengua,
Que mi amor es puro, honesto.
¡ Ah ! Si venzo sus desvios...
Jul. En mi vida me he mezclado
En ajenos amoríos,
Porque el tiempo me ha faltado
Para ocuparme en los mios.
Pero en fin, por compasion,
Aunque repruebo el oficio,
Ofrezco mi intercesion.
Amad. ¡ Oh dicha ! A tal beneficio
No hay humano galardon.
Si fueses tú camarera
De las que andan por ahí,
Dinero y joyas te diera;
Mas veo prendas en tí
Superiores á tu esfera.
Tu talento es sin igual,
Y mi pluma no profano...
Sí; voy á escribirte ufano
El mas lindo madrigal
Que se ha escrito en castellano.
Jul. ¡ Pues ! Dádiva de poeta.
¿ Y con esa fruslería
Me paga usted la estafeta ?
Amad. ¡ Oh ! La dulce poesía...
Jul. ¡ Buen dinero es la Gaceta !
Aunque tenga yo talento,
Y guste de madrigales,
Perdone usted si no miento,
Daría por veinte reales,
No un madrigal, sino ciento.
Yo agradeciera no obstante
Tal honor, fineza tal,
¡ Oh caballero galante !
Si envuelto en el madrigal
Me diese usted un diamante.
Amad. ¡ Oh Pimpleas ! No escuchcis
Tan horrorosa blasfemia.
Huid ¡ oh musas ! ¿ qué haceis ?
Y hasta Rusia no pareis,
Aunque os coja la epidemia (1).
¡ Que tú discreta te llames,
Tú que en el alma cobijas
Pensamientos tan infames !
Jul. Pues ¿ yo...?
Amad. Calla ; no me aflijas.
¡ Oh auri, auri sacra fames !
Da una moneda á Juliana.
Toma, pues dinero quieres,
Y perteneces, mezquina,
Al vulgo de las mujeres.

(1) El cólera morbo, que á la sazon hacia estragos en aquellas regiones.

Mayor será la propina
Si con celo me sirvieres;
Ya que por raro portento,
Cuando las musas están
En tan triste abatimiento,
No me pudro en un desvan
Descamisado y hambriento.
Toma; que la dulce lira
Solo consagro á la hermosa
Por quien el alma suspira;
No á fámula codiciosa
Que solo tedio me inspira. —
¡Ah! Perdona. Loco estoy.
No te enojes.
Jul. Bagatela.
Tan quisquillosa no soy.
Amad. Hazme dueño de Marcela
Y cuanto quieras te doy.
Jul. ¿No baja usted al jardin?
Amad. No; que me siento con vena,
Y quiero á mi serafin
Hacer una cantilena.
Abreme su camarin.
Jul. Vaya usted, que abierto está.
Amad. Voy, voy. La primera estrofa... (*Distraido.*)
(*Se retira gesticulando como quien compone versos.*)
Jul. La cabeza perderá,
Y luego si una se mofa....

ESCENA V.

JULIANA, Don MARTIN.

Mart. ¡Oh Juliana! ¿Cómo va?
Jul. (Otro loco rematado.)
Muy bien, señor don Martin.
Mart. Mucho de verte me agrado.
Desde Cádiz á Pekin
No hay un cuerpo mas salado.
Jul. Es favor que...
Mart. No, mujer.
Y ese color... ¡Cosa rara!
Y el cutis... No hay mas que ver.
Hoy has estrenado cara.
Jul. ¡Yo!
Mart. No es esa la de ayer.
A fe mia, Julianita,
Si no me hubieran flechado
Los ojos de la viudita...
¡Ah! pero aun no he preguntado
Por tu bella señorita.
¿Salió ya del tocador?—
¡Que un hombre de mi calibre
Esté perdido de amor!—
Y ella independiente, libre,
Fresca, tranquila... ¡Qué horror!—
¿Qué hace el viejo estrafalario?
¿Recompone el nacimiento,
O le echa alpiste al canario?—
Hoy pasó mi regimiento
Revista de comisario.
La vida de un militar
Es vida perra, Juliana.
Suena el clarin. ¡A montar!
Y por tarde y por mañana...
Es cosa de reventar.
Con que anda; sé diligente.
¿Puedo entrar? Pasa recado.—
El vecino encanijado
Ahí estará. ¡Vaya un ente!
Ya me tiene estomagado.—
¿No respondes? Tú estás lela.
Jul. ¡Si usted no me deja hablar!
Mart. Vamos, ¿dónde está Marcela?
Jul. Ha bajado á pasear.
Mart. ¿Al Prado? ¿En la carretela?
Jul. No. Al jardin.
Mart. ¿Con el pelmazo
De su tio?
Jul. No, señor.
Bajó...
Mart. Terrible embarazo
Es un viejo... ¡Ah! ven, primor:
Te quiero dar un abrazo.
Jul. ¡Eh! ¿Qué hace usted?
Mart. No hay escape.
¡Eh! Si al fin me has de querer,
¿De qué sirve...? Ay, mona!....
(*Va á abrazarla, y Juliana, encogiendo el cuerpo, se le huye y le deja con los brazos abiertos.*)
Jul. ¡Zape!

ESCENA VI.

Don MARTIN.

Se escapó. ¡Cómo ha de ser!
Pero como yo la atrape...
Ea; vamos al jardin...
Mas ¿quién sube? ¡Hola! Es la viuda,
Y el enfadoso arlequin
La acompaña; sí, no hay duda.
¡Formidable paladin!

ESCENA VII.

MARCELA, Don MARTIN, Don AGAPITO.

Marc. ¿Usted por aquí, mi amigo?
Muy buenos dias.
Mart. Estoy

A los piés de usted, señora.
Agap. Saludo á usted...
Mart. Servidor.
(*Se sienta Marcela, y en seguida don Martin á su derecha, y don Agapito á su izquierda.*)
Marc. Hoy hace un dia admirable.
Agap. Casi, casi pica el sol.
Mart. Se equivoca usted : no pica.
Agap. A mí sí.
Mart. Pues á mí no.
Agap. Eso va en naturalezas.
(*Don Martin habla al oido con Marcela.*)
Yo tengo una complexion...
Vaya una pastilla... (*Se la presenta.*)
Marc. Usted
(*Aparte con don Martin.*)
Se burla. Sé que no soy
Ningun mónstruo...
Agap. Una pastilla...
Marc. Pero el cielo no me dió
Las gracias que usted pondera.
Mart. Pues no es exageracion.
Esos ojos, esa boca
Son obra del mismo Amor.
Modestia sin sosería,
Gracia sin afectacion...
Y luego habrá quien alabe
Las bellezas de Moscóu,
De Paris, de Filadelfia,
De Edimburgo, del Japon...
¡Eh! No hay nada comparable
Con el gracejo español,
Con ese garbo, ese brio...
En la boca de un cañon
Me vea yo si...
(*Tropieza con su brazo en el de don Agapito, que seguia ofreciéndole su pastilla.*)
¿Qué es eso?
Agap. Una pastilla...
Mart. ¡Eh! No soy
Amigo de golosinas.
Agap. Suavizan mucho el pulmon.
Mart. ¡Eh! ¿Soy yo tísico? ¡A mí
Pastillas!...
(*Don Martin sigue hablando aparte con Marcela.*)
Agap. Pero... (¡Es atroz!)
Marc. ¡Dejaría usted de ser
Andaluz! En fin, le doy
Mil gracias por la lisonja.
Mart. Lo digo de corazon.
Si no lo sintiera asi
No dude usted que...
Marc. Mejor.
Así lo agradezco mas.
Tengo una satisfaccion
En gustar á mis amigos.
Sabe usted cuán franca soy.
No me quiero parecer,
Aquí para entre los dos,
A esas que arañan á un hombre
Cuando les dice una flor;
O bien fruncen el hocico,
Y con zalamera voz,
Clavando en tierra los ojos,
Suelen responder : « favor
Que usted me hace. —¿Sí? ¿De veras?
¡Para que lo crea yo! —
¡Eh! No diga usté esas cosas,
Que me cubro de rubor. —
¡Oh, qué malos son los hombres! —
Vaya; calle usted por Dios... »
Y nunca saben salir
De este mismo diapason.
Mart. Nunca he gustado de tontas.
Agap. Pues las hay de tan precoz
Talento, que...
Marc. El hombre fino,
De mundo, de educacion,
Es galante con las damas,
Y, siempre que su pudor
No ofenda, si las requiebra
Cumple con su obligacion.
Porque eso de si el *poplin*
Es mas de moda que el *gró*;
Si recibió mas aplausos
El contralto que el tenor;
« ¿Se divierte usted? ¿estuvo
Muy concurrido el salon?... »,
Son ripios insustanciales,
Por mas que entre col y col
Se suela mezclar un poco
De amable murmuracion.
Agap. Ciertamente...
Marc. Ni á una dama
Se le ha de hablar del Mogol,
De la guerra de los rusos,
De si vino el paquebot
De la Habana, de...
Mart. A las bellas
Se las debe hablar de amor.
Agap. Y cuando mas de algun baile,
De alguna...
Mart. Prendado estoy
(*A Marcela.*)
De esa gracia peregrina.
Agap. Marcelita... (Se acabó :
No me deja meter baza.
(*Se levanta.*)
¿Hay hombre mas hablador?)

ESCENA VIII.

MARCELA, DON MARTIN, DON AMADEO, DON AGAPITO.

Amad. (¡Eh! Ya acabé mi letrilla.
Jamás Apolo...) Señora...
Marc. Beso á usted la mano.
Mart. ¡Oh primo! —
Pues, señor, vuelvo á mi historia.
(*Habla al oido con Marcela.*)
Amad. (¡Ingrata! ¡Apenas me mira;
Me saluda desdeñosa,
Y habla con otro en secreto!
Yo no sé cómo soporta
Tantos ultrajes mi amor.)
(*Se pasea. — Don Agapito, aburrido, se pone á trabajar en su cordon.*)
Marc. ¡Que siempre ha de estar de broma
Este don Martin!
Agap. Amigo, (*A don Amadeo.*)
Poco favorable sopla
El viento para nosotros.
Don Martin es quien la logra.
Mire usted ¡qué amartelado,
Qué ufano está. .! No me importa.
Yo sé bien que si Marcela
De algun galan se enamora
Será de mí, porque al cabo
Y al fin, aunque no me toca
Alabarme... ¡Ah, qué ocurrencia!
¿Por qué no hace usté unas coplas
Satíricas contra ese hombre
Que tanto nos encocora?
Amad. No estoy para coplas.
Agap. Pero...
Amad. Ni jamás contra personas
Determinadas...
Agap. No le hace.
La venganza es muy sabrosa.
Pero, ya se ve, no siempre
Las deidades de Helicona...
¿Y qué tiene usté entre manos
Ahora?
Amad. Nada. (¡Qué mosca
Es el hombre!)
Agap. ¿Algun soneto
A los desdenes de Flora?
¿Algun agudo epigrama?
¿O bien algunas estrofas...?
Amad. ¡Hombre!...
Agap. ¿O quizá algun poema
Al céfiro y á la aurora?
Amad. No pienso...
Agap. ¿Alguna elegia?
¿Alguna oda? ¡Oh! Las odas...
Amad. No, señor. Voy á escribir,
No con tinta, con ponzoña,
Una sátira sangrienta
Contra hombrecillos de alcorza,
Que solo tienen talento
Para bailar la gabota;
Que por un yerro de imprenta
Son hombres, y no son monas;
Que huelen á majaderos
Al través de tanto aroma;
Que si España fuera Egipto
Pudieran pasar por momias;
Que con su voz de falsete
Los oidos me destrozan;
Que con su extraña figura
Siempre á risa me provocan;
Que con sus gestos me pudren,
Me empalagan con sus modas...
Y en fin, con necias preguntas
Me fastidian, me sofocan.
Agap. Ya; pero eso ha de entenderse
Con quien...
Marc. Doblemos la hoja,
Don Martin, y guarde usted
Para quien no le conozca
Esas frases de cartilla.
Mart. ¿Y por qué ha de ser lisonja,
Y no...?
Marc. ¡Por Dios, don Martin!
Mire usted que no soy tonta.
Mart. (Otra será su respuesta
Cuando me declare en forma.)
Marc. Amigo don Amadeo,
¿Teme usted que se le coman?
¿Cómo así tan retirado?
Amad. Quien de prudente blasona,
Señora mia, se aleja
Si conoce que incomoda.
Marc. ¡A mí incomodarme usted!
Con decirlo me sonroja.
Don Martin me estaba hablando;
Y como siempre es chistosa
Su conversacion...
Mart. (Yo venzo.)
Marc. Me hacen gracia hasta las bolas
Que suele ensartar.
Mart. ¡Marcela!
Marc. Yo le oigo como una boba.
Ni era cosa de dejarle
Con la palabra en la boca.
Agap. Sí; ¡fácil es!
Marc. Yo no gusto
De insípidas ceremonias,
Y trato con confianza
A mis amigos. Ahora
Soy de usted.
Amad. (¡Oh dulces ojos!
¡Oh voz que el alma me roba!)

Marcelita...
Marc. ¿Piensa usted
Publicar alguna obra
De su ingenio?
Mart. Mal hará,
Si no es alguna espantosa
Novela donde haya espectros,
Y violencias, y mazmorras,
Y almas en pena, y suicidios...
Y en fin, eso que está en boga.
Sobre todo, gran cartel
Con cada letra tan gorda,
Y te haces hombre. Si aspiras
A merecer la corona
De escritor discreto, puro;
Si cuidas mas de la gloria
Que del dinero, ¡ay de tí!
Ningun cristiano te compra.
Amad. No me desvela el afan
De verme impreso. ¡Es tan poca
La confianza que tengo
En mis versos...!
Marc. Es muy propia
Del verdadero saber
La modestia.
Amad. Usted me honra.
(¡Oh bella!)
Marc. Mas yo, que soy
Su amiga y admiradora,
Y por usted me intereso
Tanto...
Amad. (¡Bien haya tu boca!)
Marc. Siento que versos tan lindos,
Y que justamente elogian
Sujetos de ciencia y gusto,
El público desconozca,
Cuando hace gemir las prensas
Tanta fementida copla.
Amad. (¡Ah!...) La aprobacion de usted
Es mi mas satisfactoria
Recompensa.
Agap. (Estoy volado.)
Mart. ¿De qué valen las cien trompas
De la Fama? Quien merece
La aprobacion de una hermosa...
Cuando voy yo á la cabeza
De mi veterana tropa,
Y agitando el avanico
Con sonrisa encantadora
Alguna humana deidad
Me saluda... vaya; es cosa
De perder el juicio.—Estando
Mi escuadron en Tarragona...
A propósito: hoy me ha escrito
El ayudante Mendoza.
(*Se levanta Marcela y en seguida todos, menos don Agapito.*)

¡Qué buen muchacho! Se casa
Por poderes en Daroca
Con una... Don Agapito,
Deje usted esa maniobra.
¿Qué diablo...?
Agap. Sí; ya la dejo,
Que no estoy de humor. Las borlas
Para mañana. (*Se levanta.*

ESCENA IX.

MARCELA, DON AMADEO, DON MARTIN, DON AGAPITO, DON TIMOTEO.

Tim. ¡Oh, señores!
Tanta dicha, tanta honra...
Mart. ¡Oh, amigo mio!
Tim. Yo estaba
Arriba con las palomas...
Amad. ¡Las tres!
(*Va á tomar el sombrero, y lo mismo don Agapito y don Martin.*)
Tim. ¿Dónde van ustedes?
Alto ahí, que quiero que coman
Con nosotros.
Amad. Por mi parte.,.
Tim. ¡Cómo! Ninguno se oponga,
Ni resista á mi convite,
A mi obsequio.—Juan, la sopa.
(*A la puerta.*)
Mart. Pero...
Tim. No hay pero que valga.
No somos gente tan sobria,
Tan frugal, que nuestra mesa
Se asuste por tres personas,
Por tres convidados mas
O menos.
Marc. Soy muy gustosa
En que ustedes me acompañen.
Mart. Acepto pues.
Tim. Buena olla;
Quiero decir, buen cocido
No ha de faltar; y unas ostras,
Que no se comen mejores
En la fonda de *Perona*.
Amad. Con mucho placer...
Agap. No debo
Despreciar...
Tim. Sin ceremonia;
Sin cumplimiento. No gusto
De etiquetas enfadosas.—
Ea; al comedor conmigo.—
¿Qué haces tú que no te apoyas
En un brazo...?
(*Los tres se lo ofrecen, y Marcela toma el de don Agapito, que está mas cerca.*)

¡Bravo Adentro.
(*Se lleva como á remolque á don Martin y á don Amadeo.*)
Mart. (¡Maldito goloso!...)

ESCENA X.

DON AGAPITO, MARCELA.

Agap. (¡Hola!
Me prefiere.) Marcelita,
Si usted á mal no lo toma,
Despues de comer quisiera...
Marc. ¿Qué?
Agap. Hablar con usted á solas.
Marc. Muy bien. (¿Qué querrá decirme?)
Agap. (¡Qué de finezas me otorga!
¡Si digo yo que mi amor
Navega con viento en popa!)

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

MARCELA, JULIANA.

Jul. Pronto deja usted la mesa.
Marc. Ya han levantado el mantel:
No tienen por qué quejarse.
Les he servido el café,
Y huyendo de los cigarros,
Que maldiga Dios, amen,
Aquí me vengo, Juliana.
Jul. Pero esa es mucha esquivez,
Señorita. ¿Qué dirán
Viendo que se aleja usted
Tan pronto?
Marc. ¿Qué han de decir?
Que preciándome de ser
Amiga suya, los trato
Con franqueza.
Jul. Eso está bien.
El señor don Timoteo,
Que habla él solo mas que diez,
En punto á conversacion
Sabrá suplir, bien lo sé,
La falta de su sobrina;
Pero, á mi corto entender,
Motivos mas halagüeños
Harán sensible y cruel
Esa retirada.
Marc. ¡Cómo!
Yo no te entiendo.
Jul. Pues ¡qué!
Mi señorita ¿no sabe
Que el invencible poder
De sus ojos hechiceros
Cautivos tiene á los tres?
Marc. ¿Qué estás diciendo?
Jul. En verdad,
Señora, no es menester
Ser profeta para eso.
El amor luego se ve,
Y en materias semejantes
Es un lince la mujer.
Marc. Pues yo, que tal no he notado,
No lince, topo seré.
Jul. ¿Disimula usted conmigo?
Eso, señora, es hacer
Agravio á mi discrecion.
¿O desea usted tal vez
Que le regale el oido?
Marc. No por cierto. Pero ¿quién
Te ha contado esas patrañas?
En nuestro trato ¿qué ves
Sino una amistad sencilla...?
Jul. Me gusta la sencillez.
Digo á usted que están prendados
De esos hechizos. Lo sé
De buena tinta.
Marc. Confieso
Que muy galanes los tres
Me suelen decir lisonjas,
Que ni puedo reprender,
Porque al fin las alabanzas
Nunca se oyen con desden,
Ni les doy otro valor
Que el debido al oropel
De cortesanas finezas.
Uno entre ellos suele ser
Mas pródigo en requiebros...
Jul. Don Martin, sin duda.
Marc. Pues,
Pero yo le oigo, Juliana,
Como quien oye llover,
Porque es aquella cabeza
Otra torre de Babel;
Y tan pronto me enamora
Diciendo que al rosicler
De la aurora dan envidia
Mis ojos, y que el clavel
No es mas rojo que mis labios,
Y cosas de este jaez;
Como me habla de un tordillo
Que le envian de Jaen;
Y del pienso, la parada,
La patrulla y el cuartel.
Jul. Pues crea usted...

Marc. Ahora dime:
¿No sería una sandez
El juzgarme yo querida,
Solicitada por él?
Don Agapito me asedia,
Y suele decir tambien
Sus piropos; pero un hombre
Que gasta todo su haber
En perfumes y pastillas,
Víctima de su corsé,
Bailarin, afeminado,
¿Cómo es capaz de querer?
Resta el poeta; y tú sabes
Que es la suma timidez
Para con las damas. Puede
Que por mí perdido esté
De amor; y aun suele mirarme
Con melosa languidez;
Pero mientras no se explique
Mal le puedo comprender.
En fin, tiempo há que me tratan
Todos ellos. La viudez
Me da cierta independencia;
Mas, aunque á solas me ven,
De ninguno he recibido
Hasta ahora ni papel,
Ni declaracion verbal
Por donde pueda creer
Que me aman. Los tres me estiman,
Y no fuera yo cortés
Si tan finas atenciones
Me negase á agradecer.
Jul. Sin embargo, muchas veces,
Mientras una no da pié,
Callan los hombres y... Vamos;
Ya sabe usted que soy fiel.
Ese cuerpo ha dado á todos
Flechazo: sí; yo doy fe
¿Cuál de los tres ha logrado
Inspirar mas interés...?
Marc. Vete, que don Agapito
Quiere hablarme á solas.
Jul. ¿Eh?
¿Qué tal?
Marc. Y aqui viene.
Jul. Pronto
Le verá usted á sus piés
Tierno, rendido...
Marc. ¡Bobada!
Algun nuevo *balancé*
Querrá enseñarme, ó quizá...
Jul. Ello presto se ha de ver.
Yo me voy. (Ya por el pronto
Cayó en el anzuelo un pez.)

ESCENA II.

MARCELA, DON AGAPITO.

Agap. Ahora bella Marcelita,
Que no está aquí el artillero,
Y sobre mesa el coplero
No sé si duerme ó medita;
Pues sola oirme ha querido,
Colmándome de bondades,
Voy á usar de mi licencia.
Prepare usted el oido...
Marc. (Para escuchar necedades.
¡Paciencia!)
Agap. No es por vanidad; nací,
Señora, con tal estrella,
Que apenas hay una bella
Que no delire por mí.
Yo las dejo suspirar
Y, prendido en otra red,
Las miro con menosprecio;
Que á todas no puedo amar,
Y mi alma...
Marc. Prosiga usted.
(¡Qué necio!)
Agap. Ya prosigo. El alma mia
Sola usted ha cautivado
Y á la de usted se ha ligado
Por secreta simpatía.
No es dura roca Marcela,
No es insensible diamante
Al tierno amor que me inspira.
Sé que por mí se desvela:
Me lo prueba á cada instante..
Marc. (¡Mentira!)
Permita usted...
Agap. Seré breve.—
Pero sus ojos fatales
Alientan á mis rivales,
Y esta conducta es aleve.
Fijo yo en su corazon,
Poco me debe afligir
Algun amor transeunte.
Marc. Pero ¿qué demostracion...?
Agap. Déjeme usted concluir.
Marc. (¡Qué apunte!)
Agap. Si á solas está conmigo,
Su sonrisa encantadora
Me prueba..., (*Se rie Marcela.*)
Pues; como ahora,
Que soy su mas dulce amigo;
Mas si viene el atronado
De don Martin... ¡fuego en él!
O el mustio don Amadeo,
Hago yo siempre á su lado
Un ridículo papel.
Marc. (Lo creo.)

Agap. Pretendo, pues, y ya es hora,
Que ese labio lisonjero
Ponga fin con un te quiero
Al ansia que me devora.
(*Viene don Amadeo, Marcela le sale al encuentro, y hablan aparte.*)
Entonces, si gloria tanta
Que mi ventura completa
Me disputa un temerario...
¡Calla! ¡Esta es buena! Me planta
Por hablar con el poeta.
¡Canario!

ESCENA III.

MARCELA, Don AGAPITO, Don AMADEO.

Marc. No, no me lo niegue usted :
(*Aparte con don Amadeo.*)
Ocioso es que disimule.
¡Si Juliana me lo ha dicho!
Agap. (Merece quien esto sufre...
Pero no; estará picada,
Y darme zelos presume.)
Amad. Estaba solo. Sentia
Inspiraciones del númen,
Y una letrilla amorosa
Por pasatiempo compuse;
Pero está tan incorrecta...
Agap. (Si me ve con pesadumbre
Logra su objeto.)
Marc. ¿Qué importa?
No es razon que se sepulte
En el olvido. Veamos.
Amad. Bien; con tal que no la escuche
Don Agapito...
Marc. ¿Y por qué?
Amad. No temo á una mala nube
Tanto como á un necio.
Agap. (¡Oh! Sí;
Aunque se finge voluble,
Ella me ama. Lleva á mal
Que sin motivo la acuse...
Bien puedo yo ser su amante
Sin exigir que renuncie
A tener amigos.)
Marc. Bien;
Pues yo haré que desocupe
El puesto. — Don Agapito.
(*Se acerca á él.*)
Agap. (¡Miren qué pronto sucumbe!)
Marc. Quisiera... Perdone usted.
Agap. (¿No digo?)
Marc. Mandar por dulces..
Agap. Aun he de tener pastillas
Aquí... mas ¡son tan comunes!
Usted prefiere bombones;
¿No es cierto?
Marc. Lo que usted guste.
(Yo no los he de probar.)
Agap. No se si en casa de Nuñez
Los habrá. Si no los tiene,
Yo veré en los andaluces...
Marc. No; yo mandaré á Juanillo.
Agap. ¡Qué! Si ese hombre es tan inútil...
Marc. Es verdad. Bien; vaya usted :
Mejor será.
Agap. Me confunde
Tanta bondad. Voy volando.
(Ya no es posible que dude
De su amor. ¡Para que hicier
Tal distincion de ese fútil
Poetilla, ó del insigne
Don Martin! ¡Ah! ¡Cuál me bulle
El corazon de alegria!
¡Digo á ustedes que se lucen,
Señores mios!) — Supongo
(*A Marcela con misterio, y haciéndose el interesante.*)
Que...
Marc. Ya. (*Riéndose.*)
Agap. Bien, bien; pero urge...
Marc. Sí.
Agap. Basta, basta. (Lo mas
(*Muy satisfecho.*)
Que resiste es hasta el lunes.)

ESCENA IV.

Don AMADEO, MARCELA.

Marc. (¿Habrá títere mas...?) Vamos;
Ya nadie nos interrumpe.
Lea usted esa letrilla.
Amad. Será fácil que me turbe.
Léala usted, si merezco
Tanta dicha, y que disculpe
Le ruego mi libertad.
Marc. (Temblando está.)
Amad. (Amor me ayude.
Marc. « *Letrilla á Laura.* »
(*Leyendo.*)
Amad. (No sangre;
Hielo por mis venas cunde.)

Marc. « Mis ojos, que admiran
Tu talle gentil,
Y á los tuyos piden
Cadena feliz,
Y ven en tus labios
Las gracias reir,
Contino te dicen
Que muero por ti.

Si veo á tu mano,
Que envidia el marfil,
Del arpa divina
Las cuerdas herir,
Mi dulce embeleso,
Mi gozo sin fin
Te dicen ¡oh Laura!
Que muero por tí.
Tú ves abrasado
Mi pecho latir
Desque Amor me hiere
Con dardo sutil.
Mis hondos gemidos,
Mi llanto infeliz
Te dicen sin tregua
Que muero por tí.
Erato desdeña
Mi plectro regir,
Si no es que te canto
Gloria de Madrid,
Y en versos que aspiran
A eterno buril,
¡Oh Laura! te juro
Que muero por tí.
Cautivo en tus ojos
Me consumo así
Cual roto y perdido
Capullo de abril,
Tú me ves ¡oh Laura!
Penando morir,
Y quizá no sabes
Que muero por tí.
Ya es vano el silencio.
Yo te adoro, sí.
Por ti me atormentan
Mil penas y mil.
Si airada la tumba
Me quieres abrir...
No ignores al menos
Que muero por tí. »
¡Oh qué preciosa cancion!
(¿Seré yo esta Laura bella?)
Amad. Si hay algun mérito en ella
Es todo del corazon.
Marc. No se llame sin ventura
Quien maneja así la lira,
Ni la belleza que inspira
Tanto amor, tanto ternura.
Amad. ¡Ah! Si...
Marc. Nombre imaginario
Laura sin duda será,
Que los poetas allá
Tienen otro calendario.
Y la razon es muy llana:
¿Quién en los versos tolera
A una Blasa, á una Solera,
Jerónima ó Sinforiana? —
¿Y tanta es la perfeccion
De esa Laura? ¿Ha sido fiel
El poético pincel?
¿No ha habido exageracion?
Amad. Es de las gracias modelo;
(*Con entusiasmo.*)
La formaron los amores;
Sus ojos encantadores
Robaron la luz al cielo;
Flores nacen donde pisa...
Marc. Su dulce voz enajena,
(*Remedándole.*)
Y las almas encadena
Con su hechicera sonrisa;
Su boca es fragante rosa
De Chipre... ó de Jericó. —
¿Piensa usted que no sé yo
Como se pinta á una hermosa?
Amad. (Se burla. No me declaro.)
Marc. (¿Tendrá Juliana razon?)
Pero ¿quién en conclusion
Es ese portento raro?
Amad. No seré yo quien le nombre.
Marc. ¿Es delito por ventura
El adorarla?
Amad. Es locura.
Marc. ¡Locura! ¿Eso dice un hombre? —
¿Es de áspera condicion?
Amad. No, que su agrado enamora.
Marc. ¿Es casada?
Amad. No, señora.
Mas honesta es mi pasion.
Marc. (Yo de mi duda saldré.)
¿Es amiga mia?
Amad. Sí.
Marc. ¿Vive muy lejos de aquí?
Amad. No.
Marc. ¿Quiere á otro?
Amad. No sé.
Marc. Hoy la habrá usted visto.
Amad. Ya.
Marc. ¿Puso mala cara?
Amad. No.
Marc. ¿Le ha dado á usted zelos?
Amad. ¡Oh!
Marc. ¿Le ha hecho á usted preguntas?
Amad. ¡Ah!
Marc. ¡Qué lacónico es usté! —
Vaya; tome su cancion,
Y á la primera ocasion...
Amad. ¡Ah! Ya es inútil.
Marc. ¿Por qué?
Amad. Porque su rigor me hiela.
Marc. Cualquiera de esto se halaga;
Y si tanto amor no paga,
Lo agradecerá...
Amad. ¡Marcela!
Marc. Tome usted sus versos.

Amad. ¡Oh!
Marc. ¡Dale con tanto gemir!
Acabe usted de decir
Que soy esa Laura yo.
Amad. ¡Ah! Si... Mi... La... (*Turbado.*)
Marc. Si... Mi... La...
(*Riéndose.*)
¿Me enseña usted el solfeo?
Amad. (Perdido soy. Bien lo veo.)
Marc. (Lástima y risa me da.)
Vaya; hable usted con franqueza,
Monosilabo señor.
¿Soy yo causa de su amor?
Amad. ¡Oh desventura! ¡Oh flaqueza!
Marc. De nada me maravillo;
Y...
Amad. ¡Dura fuerza del hado!
Marc. Vaya, hable usted, ó me enfado.
Amad. ¡Ay Marcela!
Marc. ¡Ay tabardillo!
Amad. Con que al fin ¿he de romper
Mi silencio?
Marc. Sí; ya es hora.
Amad. Pues la que mi pecho adora...
Marc. Ya no lo quiero saber.
Amad. ¡Ah!
Se deja caer sobre una silla.)

ESCENA V.

Don AMADEO, MARCELA, Don MARTIN.

Mart. ¡Gracias al cielo doy
Que al fin ya libre me veo...!
Marc. ¿De quién?
Mart. De don Timoteo.
Bufando de rabia estoy.
Marc. Pues ¿cómo...?
Mart. ¡Malditos sean
Sus sinónimos eternos!
Hay hombres de los infiernos
Que cuando hablan aporrean.
No acabara en quince dias
A no hacerle yo acostar.
Y vuelta á su palomar;
Y torna á sus profecias;
Y retorna al nacimiento...
¡Digo! ¡Pues tenia traza
De dejarme meter baza!
¡Oh qué hablador tan sangriento!
Aquello era por demás.
Hija, ¡qué nube! ¡qué nube!
Intencion mil veces tuve
De enviarle á Satanás.
No lo puedo resistir;
Me desesperan, me endiablan.
Esos que hablan y hablan y hablan
Sin respirar ni escupir.
Sirve en mi cuerpo un alférez,
Que es hablador furibundo,
Y se llama don Facundo
Valentin Perez y Perez.
No hay poder hablar con él.
Sí, sí, ¡facilito es eso!
En soltando la sin hueso
A ninguno da cuartel.
Un dia se puso á hablar
Conmigo: yo le queria
Interrupir. ¡Boberia!
Sintió que iba á estornudar
En tan crítico momento
¿Qué hace? La boca me tapa,
El estornudo se escapa,
Y prosigue con su cuento.
¡Digo! Esto es ser hablador.
Pues con tanta algarabia,
Por cartujo pasaría
Al lado de ese señor.
Es mucha, mucha crueldad.
¡Válgame Dios, qué carcoma!...
No lo tome usted á broma:
Eso es una enfermedad.
Vamos; aun me dan sudores.
¡Qué suplicio! ¡Qué agonia!
¡Jesus! ¡Mala pulmonía
En todos los habladores!
Marc. ¡Cuenta con la maldicion!
Mart. Pues qué, ¿me puede alcanzar?
Marc. No; á usted no, que es para hablar
La suma moderacion.
Mas ¡oh prodigo admirable!
En el próximo aposento
A usted le ha dado tormento
Un hablador perdurable.
Pues véame usted; yo sudo
De fatiga y de pesar
Porque acabo de lidiar
Con un sempiterno mudo.
Mart. ¡Mudo! Y ¿quién...?
Amad. ¡Abrete, abismo!
Mart. ¡Calla! ¿No es mi primo aquel?—
Diga usted, Marcela: ¿es él
Ese mudo?
Amad. ¡Ay Dios!
Marc. El mismo.
Nunca gusté de llorones.
¿Dónde hay cosa mas molesta
Que oir solo por respuesta
Suspiros é interjecciones?
Mart. Pero ¿cual es tu quebranto?
Amigos somos los dos.
Habla; dí...
Amad. ¡Pluguiera á Dios

Que no hubiese hablado tanto!
Marc. Amor le saca de tino;
Mas no sé quién le avasalla.
Si se lo pregunto, calla;
Solloza si lo adivino.
Y por cierto que hace mal,
Y procede como necio;
Que de sensible me precio,
Sinó de sentimental.
Siento los males ajenos :
Soy su amiga verdadera ;
Y satisfacer debiera
Mi curiosidad al menos.
Pero si tanto le halaga
Dentro del pecho su pena,
Guárdesela en hora buena
Y buen provecho le haga.
Amad. Yo...
Mart. ¡Quita allá, que eso es mengua!
¡Nada! A salir del barranco. —
A bien que yo soy mas franco :
No me morderé la lengua.
Yo no soy nada hablador,
Que de prudente me paso;
Pero cuando viene al caso
Hablo mas que un sangrador.
Precisamente deseo
Ahora mas que nunca hablar :
¡Tal dieta me ha hecho pasar
El señor don Timoteo! —
Ya que usted me da licencia, (*A Marcela.*)
Y puesto que el dios vendado
Al mas lego, al mas callado
Da facundia y elocuencia ;
Basta, basta de tormento;
Salga del pecho mi afan,
Que estoy hecho un alquitran,
Y si no canto reviento.
No hay que dudar de mi fe
Porque Dios me hizo soldado,
Que Aquiles fué enamorado,
Y Marte mismo lo fué.
No sirve contra Cupido
El vestir férrea coraza,
Que cual si fuera de estraza
La taladra el fementido.
Harto he mostrado á mi dama
Celebrando su belleza
La intensidad, la fiereza
De esta pasion que me inflama.
Ni Amadis, ni Beltenebros,
Ni cuantos de amor bramaron
A sus bellas regalaron
Tantos, tan dulces requiebros;
Mas temiendo sus enojos,
¡Admiro mi cobardía!
No la he dicho todavía :
« Muerto me tienen tus ojos. »
Mis intenciones son rectas :
Bien lo puede conocer;
Pero está visto, es mujer
Que no entiende de indirectas.
Yo con mi amor no la ultrajo,
Porque al fin soy caballero.
Pues pecho al agua. ¿Qué espero?
Echemos por el atajo.
Marc. (¡Oh qué exordio impertinente!)
Mart. ¿Qué dice usted?
Marc. Nada digo.
Prosiga usted.
Amad. ¡Ah!
Mart. Prosigo,
Que ya he soltado el torrente.
Hay mujeres, cuyo oficio
Es barrenar corazones
Y con dulces ilusiones
Sacar á un hombre de quicio.
Mujeres que á su pesar
Son iman de los placeres;
Y en fin, señora, mujeres
Que es forzoso idolatrar.
Graciosas, discretas, bellas
Y apacibles como el cielo,
¿Cuál es el hombre de hiel
Que no suspira por ellas?
Una entre todas domina,
Como suele en los collados
Entre tomillos menguados
Descollar gigante encina.
Por ella estoy con el Credo
En la boca... ¡Oh! y no, no es chanza;
Si no cumple mi esperanza
Dará conmigo en Toledo.
Si el hombre mas insensible
La adora mal de su grado,
¿Qué haré yo, desventurado?
¡Yo, que soy tan combustible!
Pues ese dulce martirio;
Esa deidad de la tierra,
Que me mueve tanta guerra,
Que me infunde tal delirio;
Ese apetecido bien;
Esa suspirada aurora;
Ese prodigio...

ESCENA VI.

DON MARTIN, MARCELA, DON AMADEO, JULIANA.

Jul. ¡Señora! (*Llega corriendo.*)
Mart. (¡Maldita seas, amen!)
Jul. Venga usted, que hay novedad.
¡Yo estoy loca!

Marc. ¿Qué ha ocurrido?
Jul. Que Clitemnestra ha parido
Con toda felicidad.
Mart. ¡ Clitemnestra !
Jul. ¡ Pobrecita !
Marc. ¡ Oh qué gozo ! ¿ Y cuantos?
Jul. Tres.
Mart. ¿ Se puede saber quién es... ?
Jul. ¿Quién ha de ser? La gatita. —
Venga usted : el uno es negro;
Otro tiene un collarin...
Marc. Perdone usted, don Martin. —
Vamos, vamos. (*Se van corriendo.*)

ESCENA VII.

Don AMADEO, Don MARTIN.

Mart. ¡ Pues me alegro !
¡ Oh mujer aleve, ingrata !
¡ Con la palabra en la boca
Me deja como una loca
Porque ha parido la gata !
Amad. ¡ Oh cielo !
Mart. ¡ Tratarme asi !
¡ Si lo veo, y no lo creo ! —
¿ Qué dices de esto, Amadeo?
Responde.
Amad. ¡ Triste de mí!
Mart. ¡ Quedamos lindas figuras
Para adornar un retablo !
Amad. ¡ Ay!
Mart. Jeremías del diablo,
Ya la paciencia me apuras.
¿ De qué te quejas, maldito?
Amad. De mi desdicha.
Mart. Si es tanta.
¡Mala angina en tu garganta !...
Pon en las nubes el grito ;
Desahoga el corazon ;
Truena, y no con esa calma
Te estés repudriendo el alma,
Amoroso moscardon.
En el café mucho hablar :
Vaya, ¿ quién te pone tasa ?
Y en entrando en esta casa
Solo sabes suspirar.
Levanta. (*Le hace levantar.*)
Deja de hacer
En ese rincon el buho,
Y reneguemos á duo
De esa funesta mujer.
Toma parte en mi rabieta,
Y pues tanto me ultrajó,
Llámala tú como yo
Frívola, falsa, veleta,
Por mucho que tú te asombres
De su garbo sin segundo,
Di que Dios la ha echado al mundo
Para acabar con los hombres.
Dí conmigo, pues me mata :
« Mujer inicua y sin fe,
¡ Permita Dios que te dé
Veinte arañazos la gata ! »
Amad. No le haré yo tal agravio;
No tomaré tal venganza.
Solo para su alabanza
Osaré mover el labio.
Mientras con saña importuna
Te quejas de su desvio,
Yo la pondré, primo mio,
En los cuernos de la luna.
Diré que eclipsa la gloria
De Cleopatra, de Lucrecia,
Y de aquella que en la Grecia
Dejó perpétua memoria.
Diré que es cual otro Eden
Aquel rostro afable, hermoso.
Diré qué es grato y sabroso
Hasta su mismo desden.
Con tierna solicitud,
Si tanto puede mi acento,
Encomiaré su talento,
Ensalzaré su virtud.
Diré que es dulce, sencilla,
Cuerda, apacible, donosa ;
Y diré en verso y en prosa
Que es la octava maravilla.
Mart. ¡ Qué fuego ! ¡ Qué ponderar !
Estoy de oirte pasmado.
O la vidua te ha flechado,
O yo no sé qué pensar.
Amad. ¡ Ah ! Sí ; mi pecho la adora,
Y en él su imágen grabada...
Mart. ¡ Mire usted con que embajada
Me sale el primito ahora !
Yo bien decia entre mí :
Este pisó mala yerba ;
Pero es tanta tu reserva...
Nunca obsequiarla te ví...
Yo atendia á mi negocio,
Y con mi afan no advertia...
Pues escucha : juraría
Que tenemos otro socio.
Amad. ¡ Otro ! ¿ Y quién?
Mart. Don Agapito.
Amad. Sí ; pero en vano porfía.
Mart. Querer á ese hombre sería
Imperdonable delito ;
Bien lo conozco. No obstante,
Como amor todo es chiripas...
Amad. ¡ Qué ! ¡ Si da dolor de tripas
Solo el mirar su semblante !
Menospreciarle debemos,
Porque á un bicho tan cuitado

Le honraria demasiado.,.
Mart. Calla que aquí le tenemos.

ESCENA VIII.

Don MARTIN, Don AMADEO, Don AGAPITO.

Agap. Todo Madrid he corrido
(*Con un cucurucho de dulces.*)
Por traer de los mejores,
Hasta que al fin... ¡Oh, señores!—
¿Y Marcela? ¿Dónde ha ido?
(*Don Martin y don Amadeo rodean á don Agapito, y le hablan con mucho misterio.*)
Mart. A una solemne funcion.
Agap. ¿A estas horas? No sospecho.,.
Amad. Está postrada en su lecho...
La viuda de Agamenon.
Agap. ¡Eh, señores! Esa chanza...
Mart. No es ilusion.
Amad. ¡Oh maldad!
¡Oh perfidia!
Mart. ¡Oh liviandad
Que está clamando venganza!
Agap. Vaya; basta de tramoya,
Que es para aspar á cualquiera...
Mart. ¡Oh Atrida! ¡Mas te valiera
Haber fenecido en Troya!
Agap. ¡Pues digo que es buen humor...!
Amad. ¡Ay, señor don Agapito,
Tres de una vez! ¡Oh delito!
Mart. ¡Y el uno es negro! ¡Qué horror!!!
Agap. Véame yo confundido
Si entiendo un solo vocablo.
Amad. ¡Silencio!
Agap. Pero ¿qué diablo...?
Mart. ¡Chist!... Clitemnestra ha parido.
Apag. ¿Clitemnestra? Por mi abuela...
Mart. ¿Quiere usted que lo repita?
Agap. ¡Ah! Ya entiendo. La gatita,
(*Dando palmadas.*)
La gatita de Marcela.
¡Por vida...! Me alegro mucho.
Voy corriendo; voy á ver...
Señores... (*Despidiéndose.*)
Mart. ¿Puedo saber
Qué encierra ese cucurucho?
Agap. Son bombones, capuchinas,
Almendras garapiñadas,
Yemas acarameladas,
Y pastillas superfinas.
¿Gusta usted, don Amadeo?
¿Y usted...?
Mart. La ventura alabo.
De don Agapito. ¡Bravo!
Ya hay dulces para el bateo.
Corra usted...
Amad. Corra usted; sí.
Mi enhorabuena le doy.
Mart. Cuidarla mucho.
Agap. Voy, voy.—
El negrito para mí.

ESCENA IX.

Don MARTIN, Don AMADEO.

Mart. ¿Has visto, primo, en tu vida
Mas ridículo animal?
Amad. Ya se iba amoscando un poco.
Mart. ¡Oh! Y si él se enoja es capaz...
De caerse muerto.—Pero
Dejémosle acariciar
A su Clitemnestra, y vamos
A otra cosa mas formal.
Con que ¿amas á la viudita?
Amad. ¿Y quién, oh primo, verá
Tantas gracias en su rostro,
Quién su talle celestial
Sin sentir dentro del pecho
Un amoroso volcan?
Mart. A mí tambien me ha gustado
Mas de lo que es regular;
Y por cierto que no esperaba,
Que fueses tu mi rival.
Yo creí que satisfecho
Con merecer su amistad,
No aspirabas á la dulce
Coyunda matrimonial.
Amad. Tampoco yo imaginaba
Que fueses tú su galan.
Mart. Poeta y amar de veras;
¡Es cosa particular!
Amad. ¿Y qué diremos de tí,
Andaluz, y capitan?
Mart. Como que iba yo á pedirte
Me hicieses un madrigal
Para pintar á Marcela
Mi dulce cautividad.
Amad. Yo me iba á valer de tí
Para decirle mi afan.
Mart. Pues querernos á los dos
No es posible.
Amad. Claro está.
Mart Dejarla es duro; matarnos...
Seria una necedad.—
¿Qué haremos?
Amad. Querido primo,
Ya sabes tú cuán fatal
Soy en amores. La adoro.

Solo la tumba podrá
De mi triste corazon
La activa llama apagar;
Mas, sea que no merezco
Tan peregrina beldad,
Sea que con tantos ayes
La he llagado á fastidiar;
Bien conozco que Marcela
No será mia jamás.
Tú sabes mejor que yo
La ciencia de enamorar.
Yo soy tímido en extremo;
Tú eres en extremo audaz:
A mí no me dá esperanzas;
Acaso á tí te las dá.—
Yo te cedo su conquista:
Sí, Martin; y de este umbral
Apartado para siempre,
Triste, desvalido, ¡ay!
Lloraré mi desventura
En amarga soledad.

Mart. ¡Ah, ah...! Déjame reir.

Amad. Con que estoy para espirar,
¿Y te ries?

Mart. No hay cuidado:
Pronto te consolarás,
Que amores inconsolables
No son fruta de esta edad.

Amad. ¡Cómo! ¿Tú dudas, Martin,
Que mi amor...?

Mart. No dudo tal;
Pero hablemos con franqueza,
Pues nos conocemos ya.
Hoy por Marcela suspiras;
Mañana suspirarás
Por otra.

Amad. Yo soy sensible:
Yo no vivo sin amar.

Mart. Pues por eso mismo es fácil
Que rinda tu voluntad
Otra Filis, ú otra Laura,
Amartelado zagal.—
Tres damas te he conocido
Desde el dia de San Juan.
La cuarta es Marcela.—Vamos,
Dime ahora la verdad:
¿No te atreves con la quinta?
¿No hay en tu pecho lugar
Para hospedarla? ¡Qué diablos!
Aunque sea en el zaguan.

Amad. Aun me harás reir, Martin;
Y eso es una iniquidad.

Mart. Yo tambien amo á Marcela;
Pero amo á lo militar:
Resérvandome algun tanto
De juicio y de libertad,
Por si hay que volver la grupa
Hácia el cuartel general.
Cuando la veo me inflamo,
Pierdo la chaveta, y mas
Si me esgríme aquellos ojos
Que tanta guerra me dan.
Confieso que si lograra
Su mano, fuera el mortal
Mas dichoso; pero, amigo,
No me dejaré enterrar
Como amante de novela
Si calabazas me da.

Amad. Pero en suma, ¿qué partido
Tomaremos?

Mart. Declarar
Formalmente nuestro amor
A la viuda, y cada cual
Ver cómo puede rendirla.
No es mucha temeridad,
Que ella nos anima á todos
Con su carácter jovial.
Manos á la obra, Amadeo.
¡Al grano! Que lo demás
Es perder tiempo. Al que venza
Su fortuna le valdrá,
Y el que quedare vencido
Ceda el campo á su rival.

Amad. Pues lo quieres, me conformo.

Mart. Entre tanto dame acá
Esos cinco. Siempre amigos.

Amad. Siempre amigos.—Y del tal
Don Agapito ¿qué hacemos?

Mart. Declararle sin piedad
La guerra; mortificarle;
Perseguirle y no parar
Hasta echarle de esta casa;
Que aunque él es moro de paz,
Y no puede desbancarnos
Semejante orangutan,
Sin embargo, será útil...

Amad. ¿Para qué?

Mart. Para estorbar.—
Sígueme; vamos á casa,
Y dispondremos el plan
De ataque. (Mucho me engaño,
O la hago capitular.)

ACTO TERCERO.

—

ESCENA PRIMERA.

DON TIMOTEO, MARCELA.

Tim. Pues hemos quedado solos,
Ven; sentémonos aquí,
Sobrinita.
Marc. Está muy bien. (*Se sientan.*)
¿Qué me quiere usted decir?
Tim. Muerto, ó difunto, tres años
Hará el dia de San Luis,
Tu marido, tu consorte,
Tu esposo don Valentin,
Eres viuda, pero viuda
Todavía en el abril;
Quiero decir, en la flor
De tus años. ¿No es asi?
Marc. Cierto. (¿Adónde irá á parar?)
Tim. Aunque en edad juvenil,
Por tu estado, tu talento,
Tu independencia, y en fin,
Porque te dan tus haciendas
Una renta de dos mil
Y quinientos pesos fuertes,
Que hoy dia es un Potosí,
Eres hábil, apta, idónea,
Segun el fuero civil;
Digamos, segun las leyes
Y costumbres del país,
Para hacer lo que te agrade
De tu persona gentil.
Marc. Pero...
Tim. Sentado y supuesto
Que tienes maravedís;
Esto es, dinero, caudal
Para poder subsistir...
Digamos...
Marc. Al grano, tio.
Tim. Aunque no es tampoco ruin,
O, si se quiere, mezquina,
Cicatera, baladí
Mi fortuna, pues poseo,
Gozo y disfruto en Madrid
Seis mil ducados anuales,
Que no es un grano de anís;
No te hago ninguna falta;
No necesitas de mí.
Pero apenas cinco lustros
Acabas tú de cumplir,
Ó sean veinte y cinco años;
Y supuesto que en monjil
No se han de trocar tus galas
Y, si no quieres mentir,
Una voz dentro del pecho
A nueva amorosa lid
Te está brindando; Marcela,
Sobrina, por San Dionis,
Al yugo del himeneo
Vuelve á humillar tu cerviz.
Cásate, y antes que muera,
Antes que llegue al confin,
Al término de mi vida,
Que ya la tengo en un tris,
Véame yo en tus hijuelos
Renacer, reproducir,
Ya que no pueda en los mios
Por culpa de mi Beatriz,
Que en gloria descanse, aunque ella
Me echaba la culpa á mí.
Marc. Aun no soy tan vieja, tio,
Que me tenga sin dormir
El ansia de pronunciar
En los altares un sí.
Doy por sentado que el hombre,
Lo mismo aquí que en París,
Es de la mujer apoyo,
Como el olmo de la vid;
Pero aunque tanta viudez
Ya me empezase á aburrir,
Porque insensible no soy
Cual figura de tapiz,
Eso de casarse, tio,
No se hace así como así.
¿He de pregonar mi mano
A són de caja y clarin?
Tim. No digo tal. ¡Dios me libre
De pensamiento tan vil,
Porque vale mas tu mano
Que el imperio marroquí!
Quédese para las feas
El descaro y el ardid;
O sea... ¡Cuántos habrá
Que suspiren entre sí;
Quiero decir, en silencio,
Por enlazar, por unir
Su destino con el tuyo!
Ahí tienes á don Martin,
Al capitan, que delira,
Bebe los vientos por tí,
Marc. ¿De veras?
Tim. Sí; me lo dijo
Sobre mesa, y no en latin,
Porque, como al fin criado
En la orilla del Genil,
Tiene un desparpajo... Y vaya,
Que no es cosa de escupir,
De menospreciar... Treinta años;
Hombre fuerte, varonil;
Capitan de artillería;
Con haciendas en Coín,

Y en Loja, y en Antequera;
Noble como el mismo Cid,
Franco, alegre... Para esposo,
Vamos, no hay mas que pedir. —
¡Ah, picaruela! ¿Te ries?
Él se ha valido de mí...
Marc. Pero...
Tim. Entiendo. Tu modestia,
Tu rubor... ¡Oh, qué sutil,
Qué sagaz soy yo, qué fino
Para esto de descubrir,
Adivinar, sorprender
Un secreto femenil!
Esto es hecho. Ahora á tus solas...
Adios. Me voy al jardin.
Echaré pan á los peces,
Y subiré perejil
Para mañana. ¡Qué boda!
¡Qué brillante porvenir!
Serás muy afortunada,
Muy dichosa, muy feliz.

ESCENA II.

MARCELA.

¡Pues! Porque ve que me rio
Ya se va tan satisfecho;
Ya presume que mi pecho...
¡Qué original es mi tio!
Sensible soy como todas;
No me pienso emparedar,
Pero me pongo á temblar
Con solo hablarme de bodas.
Me hallo bien con mi reposo,
Con mi dulce libertad,
Y temo hallar en verdad
Un tirano en un esposo.
Mas si al fin como mujer
Me es forzoso sucumbir,
Ya que yo le he de sufrir,
Yo me lo quiero escojer.

ESCENA III.

MARCELA, JULIANA.

Jul. ¡Buenas nuevas! El criado
De don Agapito ahora
Me acaba de dar, señora,
Este billete cerrado.
Marc. ¿Y á quién dirige esa esquela
El señor don Agapito?
Jul. Lea usted el sobrescrito.
Marc. « Para la hermosa Marcela. »
(*Toma el billete, y lee el sobre.*)
Extraño, por vida mia,
Que un papel quiera enviarme
Un hombre que puede hablarme
A cualquier hora del dia.
Jul. Faltándole atrevimiento
Para hablar, la cosa es clara,
En ese papel declara
Su amoroso pensamiento;
Pues, por mucho que presuma
De la victoria, es constante
Que maneja todo amante
Mejor que el labio la pluma.
Sí; carta es de amor.
Marc. Lo creo,
Porque me dijo no ha mucho...
Jul. Ya con impaciencia escucho.
Abra usted pues.
Marc. Abro y leo.

« Adorable y adoroda Marcelita, unidos nuestros corazones por los ocultos resortes de mágica armonía, como los sones del trombon se acuerdan con los ecos del violin cuando marcan los compases de una contradanza con melodiosa cadencia... »

¡Buen principio! Esto promete.
Me pasma tanta elocuencia.
Jul. Con melodiosa cadencia...
Vale un mundo ese billete.

Marc. « Dias há que nuestros ojos son los únicos intérpretes de nuestra reciproca ternura; pero ha tomado tal incremento la mia que ya no la puedo contener en los límites de mi silencio, aunque expresivo y elocuente. Un poeta misántropo y calenturiento, un militar atolondrado y hablador la bloquean á usted y, envidiosos de mi ventura, parece que se empeñan en secuestrar mis amores. Declaro pues por escrito, desesperado de poderlo hacer de palabra, que mi gusto por la danza, mi pasion por la moda, mi fanatismo por las sedentarias é inocentes labores del bello sexo, á que usted pertenece y con el cual aspiro á identificarme, y últimamente mi aficion á las pastillas de coco y á los merengues, no embelesan tanto mis sentidos como una sola mirada de la interesante Marcela. Arda pues para nosotros la antorcha de Himeneo, y envidien todos los elegantes de Madrid al derretido y amartelado

Agapito Cabriola y Bizcochea. »

Jul. ¡Oh qué melífluo papel!
Marc. Su lectura causa tedio.

¡Qué novio para un remedio!
Jul. Pues calabazas en él.
Marc. Me enfada su presuncion
Y su descaro inaudito.
¿Cuándo el tal don Agapito
Conquistó mi corazon?
Si á mi despecho tal vez
Sus visitas he sufrido,
Porque mi paciencia ha sido
Mayor que su estupidez;
Si su necia petulancia
Me ha dictado con razon
Algun elogio burlon
Que ha convertido en sustancia;
Sí, como hago con cualquiera
Por no poderlo evitar,
Mi mano le suelo dar
Al subir una escalera;
Si sufro, por no hacer dengues
Sobre lo que nada vale,
Que alguna vez me regale
Caramelos y merengues;
No le autorizo por esto
A tan extraña osadía;
Ni mi amor jamás pondria
En hombre tan indigesto.
Jul. ¡Uf! Me da dolor de muelas:
De mirarle me empalagó.
Déle usted carta de pago
Y vaya á las covachuelas (1).
Marc. No pasará de esta noche,
Puesto que á tanto se atreve.
Ya que el demonio me lleve
Quiero que me lleve en coche.
Jul. ¿Y qué le digo al criado
Que espera contestacion?
Marc. Le dirás que á la oracion...
(*Suena una campanilla.*)
Anda á ver quien ha llamado.

ESCENA IV.

MARCELA.

¡Posible es que así se engría
Con mi pretendido amor!
¿Yo su esposa? Antes ¡qué horror!
La mano me cortaria.
Yo le haré con mis desprecios...
Señor, ¡que no ha de poder
Ser amable una mujer
Sin que la persigan necios!

(1) Tenduchos subterráneos donde principalmente se vendian juguetes para niños. Existian bajo las gradas de *San Felipe el Real* y desaparecieron cuando este monasterio fué demolido.

ESCENA V.

MARCELA, JULIANA.

Marc. ¿Qué hay?
Jul. De recibir acabo
Dos cartas mas. ¡Qué fortuna!
Don Martin manda la una,
La otra el poeta. ¡Bravo!
Tambien esperan respuesta
Los criados de los dos.
Marc, Dame, dame, Santo Dios,
¿Qué conspiracion es esta?
Jul. ¡Bueno! ¿Qué hace usted con tres
Declaraciones ahora?
Marc. Leamos. «A mi señora
Doña Marcela Cortés.»
Jul. (La veo en terrible aprieto.
¿Quién se llevará la torta?)
Marc. Esta á lo menos es corta.

«A Marcelita, soneto.

Si digno fuera de tu ansiada mano
Quien mas rendido tu belleza adora,
Pronto luciera la benigna aurora
Término á tu desden, que lloro en vano.
Mas ¡ay! jamás logró poder humano
Dar leyes al amor; jamás, señora,
Que, á poderlas dictar, mi pecho ahora
Se holgara de romper su yugo insano.
No con dulce esperar me lisonjeo:
Solo te pido en premio á mi ternura
El fatal desengaño que preveo,
Bien como en cárcel hórrida y oscura
Solia un tiempo el inocente reo
La muerte proferir á la tortura.

Amadeo Tristan del Valle.»

Jul. A ese no habrá quien le tilde
De vano y de presumido.
¡Qué modesto, qué rendido,
Qué respetuoso, qué humilde!
Marc. Si es cierto amor tan extraño,
Yo estoy muy comprometida,
Porque va á perder la vida
Si le doy un desengaño.
Jul. Pero es tan bello sugeto,
Tan amable...! Bien merece...
(Buena señal, que enmudece.)
Marc. Mucho me agrada el soneto.
Jul. Por fuerza ha de ser muy fiel
Quien tales sonetos fragua.
¡Eh, señora! Pecho al agua.
Decídase usted por él.
Marc. No es imposible que sienta

Lo que me dice.
Jul. Pues ya.
Marc. Pero el soneto quizá
Se ha escrito para cuarenta.
Jul. Con tal marido yo espero...
Marc. Después de la bendicion
Suele volverse leon
El mas tímido cordero.
Jul. Mi corazon se conmueve,
Y á ser la cosa conmigo...
Marc. Confieso que es el amigo
Que mas aprecio me debe;
Mas casarme...
Jul. ¡Voto á san...!
Si no nos aventuramos,
Señora mia...
Marc. Leamos
(*Después de un momento de reflexion.*)
La carta del capitan.

«Amable Marcelita: esta tarde me hubiera declarado verbalmente á no habérmelo impedido el parto de *Clitemnestra.* Me dejó usted plantado por una gata...»

Aunque nada hay malo en esto,
Nunca tan frívola fuí.
Para escaparme de aquí
Me valí de aquel pretesto;
Porque estaba ya en un potro,
Y no podia sufrir
Al uno por su gemir,
Y por su charlar al otro.

«Pero yo no lo atribuyo á desprecio, sino á un capricho, á una chanza, ó tal vez al designio de hacerme ver que ciertas materias se deben tratar sin testigos.— Ya es tiempo de explicarme.

Treinta años hace que soy soltero; y no es para hombres de mi temple el ser toda la vida de Dios una misma cosa. Unos me pintan el matrimonio como el mas espantoso cautiverio; otros dicen que es un manantial de dichas y de placeres. Cada uno cuenta de la feria como le va en ella. Yo quiero salir de dudas, porque siempre he sido curioso, y porque empiezo á cansarme de andar, como suelen decir, á salto de mata. Los mandamientos de la ley de Dios me prohiben hostilizar la mujer del prójimo. Dicen que todo lo puede el dinero: mentira. Yo tengo tres mil duros de renta, y nunca he podido comprar los verdaderos placeres, que otros mas afortunados disfrutan *gratis.* — Me canso de lidiar con patronas y lavanderas. — Por otra parte, cuando yo nací mi padre fué lo que yo no he sido todavia; y un hombre como yo no ha de ser menos que su padre. Por estas y otras razones he resuelto casarme; y habiendo de elegir una esposa, ¿quién mejor que usted, viudita mia? Talento, gracia, hermosura... ¡Cuántos presagios de ventura matrimonial! — Aunque creo que no me mira usted con repugnancia, ignoro todavía el lugar que ocupo en ese corazon; pero me parece que no haria usted ningun disparate en casarse conmigo, porque, sin vanidad, me atrevo á ser tan buen consorte como el primero.

Ya ve usted que esto es hablar al alma. He dicho. Responda usted ahora con la misma franqueza á su resuelto pretendiente Q. S. P. B.

Martin Campana y Centellas.»

¡Epístola singular!
¿Has visto un novio mas brusco?
Jul. Por cierto que el hombre es chusco.
¡Qué modo de enamorar!
Marc. Alabo su buen humor
Y su carta me dá gozo,
Que al fin es soberbio mozo...
Jul. Y muy soberbio hablador.
Marc. Mas con gracia.
Jul. No ha de ser
Por mi voto el preferido.
¡Dios me libre de un marido
Que hable mas que su mujer!
Marc. Con que ¿no te agrada?
Jul. No.
Yo le haria mil desdenes.
Marc. Juliana, mal gusto tienes.
¿Y si le escogiera yo?
Jul. Preciso es que la chaveta
Perdiera usted, ama mia.
A quien yo preferiria
Es al poeta.
Marc. El poeta...
Si...
Jul. Yo hablo sin interés.
Ello, usted se ha de casar.
Marc. ¡No me dejan respirar!
Jul. Vamos, ¿á cual de los tres...?
Marc. Poco á poco. ¿Es puñalada
De pícaro? Loca estoy.
¡Tres á un tiempo! Se lo doy,
Juliana, á la mas pintada.
Jul. Pero ¿qué contestacion
A los criados daré?
Marc. Que aquí vuelvan les diré
Sus amos á la oracion.
Jul. Pues qué, ¿va usted á salir?
Marc. Voy á hacer una visita

Ahi arriba á doña Rita.
Jul. ¿No me quiere usted decir...?
Marc. Muy pronto, te lo prometo,
Todos mi eleccion sabrán.
(¡Qué franco es el capitan! —
¡Qué letrilla, y qué soneto!)
(*Se retira pensativa.*)

ESCENA VI.

JULIANA.

¡Mal haya tanto misterio!
Ahora iría con el chisme
A Gertrudis, si supiera...
¡Desgraciadas las que sirven
A estos señores que quieren
Que todo se lo adivinen! —
Vamos, no dirá el poeta
Que Juliana es insensible
A su regalo. — Y presumo
Que la viuda le distingue. —
Por otra parte, yo temo
Que la balanza se incline
A don Martin. — Esta duda
Tanto me aburre y me afflige,
Como si fuera yo alguno
De los tres novios insignes. —
Con esto, y con que después
Se la lleve el alfeñique
De don Agapito... ¡Oh! No.
¡Qué locura! No es posible. —
¿Quién se acerca? — Él es.

ESCENA VII.

JULIANA, DON AGAPITO.

Agap. Juliana,
Muy buenas tardes.
Jul. Felices.
Agap. Yo sé que tu ama ha leido
Mi billete. Dime, dime...
Jul. Le cita á usted...
Agap. Ya lo sé.
¡Si me lo ha dicho Felipe!
Pero yo estoy impaciente,
Y es preciso que averigüe...
Jul. Tambien ha citado...
Agap. ¿A quién?
Jul. Al poeta.
Agap. ¿Qué me dices?
¿Se ha declarado por fin?
Jul. Sí, señor.
Agap. ¡Mire usted!
Jul. *Item.*
Comparecerá tambien
A su tribunal temible
El capitan don Martin,
A fin de que se administre
Recta justicia á los tres
Agap. ¡Bien! Comparecencia triple.
¿Es concurso de acreedores? —
Con tal que á mí me adjudiquen
La hipoteca... ¡Oh! ¿Quién lo duda?
Me alegro de que nos cite
A un tiempo á los tres. Mi triunfo
Asi será mas plausible,
Mas solemne, y mis rivales...
¡Cuánto voy á divertirme! —
Di: ¿cómo, cómo leyó
Mi carta? Con apacible
Sonrisa, con cierta... Aguarda:
¿Te gustan los diabolines?
Aun tengo...
Jul. No soy golosa.
Agap. ¿Qué le ha parecido el símil...?
Jul. No entiendo.
Agap. La consonancia
De trombones y violines
Comparada á nuestro amor.
Mi pensamiento es sublime.
¿Lo celebró? (*Va oscureciendo.*)
Jul. Sí por cierto;
Soltando el trapo á reirse
Como yo.
Agap. Pues, de alegría.
Y dime: ¿tú no advertiste
Palpitacion en su pecho,
Y así..., un rubor...?
Jul. (¡Oh, qué chinche!)
Excuse usted las preguntas,
Porque yo no he de decirle
Ni una palabra.
Agap. Está visto:
Sin duda se me apercibe
Alguna dulce sorpresa.
¡Oh! Pero yo soy muy lince.
Jul. Al mas lince se la pegan.
Agap. ¡Oh! Lo que es á mí es difícil. —
Hablemos claros: yo sé
Que Marcela se desvive
Por mí, y esos mentecatos
En vano, en vano compiten
Conmigo.
Jul. Tengo que hacer;
Y si usted me lo permite...
Agap. Anda con Dios. — ¡Ah! te ofrezco
Para cuando se realice
Mi casamiento...
Jul. ¿Un vestido?
Agap. Una libra de confites.
Jul. Mil gracias por la fineza.
(Mala víbora te pique.)

ESCENA VIII.

Don AGAPITO.

¡Bravo! La victoria es mia.
Esta noche se despiden
Mis rivales y, no bien
Me dejen el campo libre
Trataremos de la boda.
A medio dia convite
Gastronómico; á la noche
Gran concierto, baile... Envidien
Mi fortuna los que tanto
Con sus bromas me persiguen;
Los que me llaman enclenque
Y fátuo y... Yo sé el *busílis*
Mejor que nadie; y mujer
Que á mis gracias no se rinde
Bien puede decir.. ¡Qué veo!
Allí vienen el belitre
De don Martin y su primo
Don Amadeo. ¡Infelices!

ESCENA IX.

Don AGAPITO, Don MARTIN, Don AMADEO.

Mart. No puede tardar. Aquí
La aguardaremos.
Amad. ¡Terrible
Momento!
Mart. Don Agapito. (*En voz baja.*)
Hagamos lo que te dije.
¡Duro en él! Yo por un lado;
Tú por otro.
(*Se acerca á don Agapito y le da una fuerte palmada en el hombro.*)
Don Melindre,
Buenas noches.
Agap. Poco á poco.
No quiero que me acaricien
De ese modo.
Amad. Buenas noches.
(*Por el lado opuesto haciendo lo mismo.*)
¿A cómo van los anises?
Agap. ¡Eh, que mis hombros no son
De piedra!
Mart. No; son de mimbre;
Ya lo sé; pero mi afecto...
Agap. Bueno está que usted me estime;
Pero...
Amad. ¡Cuidado, que soplan
Unos vientos muy sutiles,
Y usted no está para fiestas!
Le aconsejo que se cuide.
Agap. Pero, señores, ¿qué diablos...?
Quiero que ustedes descifren...
Mart. Guárdese usted del sereno.
Agap. Pero aunque yo me constipe,
¿Qué le importa á nadie?
Mart. Vamos;
El que de esto no se rie
No tiene gusto.
Agap. ¡Señores!...
Mart. Oye para que te admires.
Ese apéndice...
Agap. ¡Qué frases!
No; pues como yo me irrite...
Mart. Quiere casarce.
Amad. ¿De veras?
No haga usted caso. Son chistes
De mi primo. ¡Usted casarse!
Agap. Sí, señor. ¡Y quién lo impide!
Mart. Y con Marcela. ¡Ahí es nada!
Agap. ¡Bueno es que ustedes me priven...
Mart. Hombre, no sea usted fatuo.
Amad. Hombre, no sea usted simple.
Mart. ¿Donde se ha metido usted?
Amad. Mejor es que se retire
Con sus honores...
Agap. ¡Por vida...!
Desde que tengo narices
No me he visto...
Mart. ¿Quiere usted
Con esa traza de tiple
Enamorar á Marcela?
Si fuera entonar un kyrie...
Agap. ¡Oiga usted...!
Amad. ¡Marido un *quidam*
Que padece de raquitis!
Mart. Si usted se casa..., perdone
Que su fin le pronostique;
No vive usted veinte dias.
Amad. ¿Qué veinte dias? Ni quince.
Agap. ¿Quieren ustedes dejarme?
Mart. ¡Vaya una figura triste!
Agap. Pero ¿hay valor para esto?
Amad. ¡Vaya una cara de tisis,
Que da gozo!
Agap. ¡Voto á briós!
Amad. ¡Lindo mueble!
Mart. ¡Lindo dije!
Agap. ¡Me ahorcara!
Amad. ¡Vaya un apunte!
Mart. ¡Vaya un ente inverosímil!
Agap. Señores, basta de broma.
Mart. ¿Eh? ¿Quiere usted que me explique
De otro modo?
Amad. Mejor es.
Dejémonos de perfiles.
Renuncie usted á la mano
De Marcela.

Agap. Es imposible.
Mart. Deje usted de visitarla.
No es justo que nos fastidie...
Amad. Que nos estorbe...
Agap. Esas cosas
De ningun hombre se exigen;
Y primero...
Mart. ¿Con que usted
Gallea?
Amad. ¿Usted se resiste?
Mart. Pues véngase usted conmigo.
(*Tirándole de un brazo.*)
Amad. Pues veremos si usted riñe
(*Tirándole del otro.*)
Como habla. Sígame usted.
Agap. Señores, no me desquicien.
Mart. Déjale. Vamos al campo.
Amad. Es inútil que porfíes.
Antes lidiará conmigo.
Agap. Pero entre Escila y Caribdis
¿Qué hago yo?
Mart. Suéltale.
Amad. Aparta.
Apag. ¡Por piedad, no me asesinen
Ustedes!
Mart. ¡Al campo!
Amad. ¡Al campo!
Agap. ¿Quién me socorre? ¡Ah, caribes!

ESCENA X.

Don AMADEO, Don AGAPITO,
Don MARTIN, Don TIMOTEO, JULIANA.

(*Don Martin y don Amadeo sueltan á don Agapito.—Juliana trae luces.*)
Tim. ¿Qué es esto?
Jul. ¿Qué es esto?
Amad. Nada.
Tim. Esos gritos...
Mart. Una broma.
Agap. Pero broma muy pesada.
Mart. ¿Se pica usted, camarada?
Pues con su pan se lo coma.
Tim. ¿Picarse? ¡Qué disparate!—
Pero al oir tal debate
Yo pensaba, por mi abuelo,
Que se trataba de un duelo,
O desafío, ó combate.
Mart. ¡Qué! No, señor. Le hemos dicho
Que deje de pretender
A Marcela.
Tim. ¡Buen capricho!
Mart. Porque ella es mucha mujer
Para semejante bicho.
Agap. ¿No ve usted como me insultan?
Yo lo sufro...
Amad. Por desidia.
Agap. Mas si antes no me sepultan,
Marcela... En vano lo ocultan:
Se están muriendo de envidia.
Tim. ¡Silencio! Amigos ahora;
Luego, mas tarde, después...
Jul. Fuego de amor los devora;
Mas ya vendrá mi señora,
Y escogerá entre los tres.—
Oiga usted, don Amadeo.
(*Se lo lleva á un lado, y hablan aparte. Lo mismo hace don Timoteo con don Martin.*)
Hablé por usted á mi ama.
De usted será. Así lo creo.
Amad. ¡Fausto amor! ¡Dichosa llama...!
Mas ¡ay! te engaña el deseo.
Tim. Usted va á rendir el muro.
Mart. ¿Será mia?
Tim. Lo aseguro...
Mart. ¡Si vale usted un tesoro!
Tim. Lo afirmo y lo corroboro,
Y lo sostengo, y lo juro.
Agap. ¡Cuánto tarda! Me impaciento.
¡Oh! Con tisis, ó sin tisis,
Ya se verá... Pasos siento.
Jul. Ya está aquí.
Tim. Llegó el momento
Decisivo; esto es, la crisis.

ESCENA XI.

Don TIMOTEO, Don MARTIN, JULIANA,
MARCELA, Don AGAPITO,
Don AMADEO.

Tim. Bien venida.
Amad. (¡Oh dulce vista!)
Marc. Caballeros, buenas noches.
Tim. Aquí tienes tres amantes;
O bien, tres adoradores,
Que solicitan, pretenden,
Anhelan ser tus consortes.
Todos tienen buenas prendas,
O cualidades, ó dotes;
Y esfuerza que alguno de ellos
Tu preciosa mano logre.
¿A cuál de los tres eliges?
¿A cuál de los tres escoges?
Marc. Declarados ya los tres,
El triste deber me imponen
Mi amistad, mi honor, mi estado
De decir á estos señores
Libremente mi sentir;
Y pues el poder del hombre,
Como ha dicho alguno de ellos,
No manda en los corazones,

Yo espero que sin rencor
A mi fallo se conformen.
Agap. Lo prometo.
Mart. Y yo tambien.
Amad. Y yo.
Marc. Tres declaraciones
He recibido esta tarde
Que me colman de favores.
Ahora bien; responderé
A todos tres por su órden.—
Don Agapito...
Agap. ¡Ay Marcela!
(Solo á mí me corresponde.
Sus ojos lo están diciendo.)
Marc. Aunque me sobran razones
Para quejarme de usted,
Pues no sé cuándo, ni dónde
Le he dado yo fundamento
Para que tanto blasone
De mi soñado cariño...
Agap. Señora..., yo...
Mart. Aquí se oye
Y se calla.
Marc. La indulgencia
Ha sido siempre mi norte;
Y mal puedo yo evitar
Que usted viva de ilusiones.
Le perdono su osadía.
Por lo que hace á sus amores,
Los agradezco en el alma,
Siquiera por los bombones
Que me regaló esta tarde;
Mas le ruego no se enoje
Si digo que para usted
Mi corazon es de bronce.
Agap. ¡Qué escucho!
Marc. No hay que afligirse.
Siendo tanto los primores
De esos piés y de esas manos,
Mujeres hay, mas de doce,
A las cuales un marido
Como usted, vendrá de molde,
Ya que yo no haga justicia
A un mérito tan enorme.
Pero le daré un consejo
Siempre que á mal no lo tome.
Si usted pretende, hijo mio,
Ser venturoso en amores,
Déjese de caramelos,
Robustezca sus pulmones,
Emancipe su cintura
Del corsé que se la come,
Déjese de figurines,
Déjese de rigodones;
Que el hombre ante todas cosas
Está obligado á ser hombre.
Agap. ¡Usted tambien! Vive Dios,
Que ya no hay paciencia...
Tim. ¡Pobre
Don Agapito! Si usted
Consiente en que yo le adobe,
Le cure, le restablezca,
Desencanije y entone...
Agap. Déjeme usted, que estoy hecho
Un tigre, un rinoceronte.
¡A mí tal desaire! ¡A mí...!
Estoy echando los bofes
De cólera y de... ¿Qué digo?
Eso quieren; que me amosque,
Y me desespere, y... No;
Que hay hermosuras mayores
Muertas por mí.—Sí, señora;
Y porque usted me abochorne
No dejaré yo de ser
La delicia de la córte.

ESCENA XII.

MARCELA, Don AMADEO, Don MARTIN, Don TIMOTEO, JULIANA.

Jul. (Ese va ya despachado.)
Tim. ¡Qué estúpido es ese jóven,
Qué mentecato, qué nécio,
Y qué estólido, y qué torpe!
No; pues como no se enmiende,
O se corrija, ó reforme,
Le anuncio, le pronostico,
Le presagio mil sofiones;
¡Oh! y exequias prematuras,
Anticipadas, precoces.
Mart. Con que ¿á quién le toca ahora?
Amad. (Yo tiemblo como el azogue.)
Marc. Al señor don Amadeo.—
Sentiré que le incomode
Mi franqueza. Yo le estimo
Como á un hermano. Son nobles
Sus sentimientos; su trato
El mas ameno; es muy dócil,
Muy fino, muy consecuente
Y me faltan expresiones
Para ensalzar su talento;
Mas, por mucho que me honre
Con su mano, nuestros gustos,
Nuestros genios son discordes.
Él es serio, reflexivo,
Taciturno; y yo, señores,
Viva, alegre, bulliciosa.
Además, aunque él me adore,
Jamás podré conseguir
Que á las musas abandone...
Y tendré zelos de Erato,
De Talia y de Calíope.
Mas ya que el hado no quiere
Que esposo mio le nombre,

Mas tierna amiga que yo
No ha de hallar en todo el orbe.

Amad. ¿Amiga? ¡Qué profieres!
(*Muy exaltado.*)
¿Merece mi cariño tanto agravio?
¡Ah! Rompa ya mi labio,
Rompa el silencio, pues mi muerte quieres. —
¡Oh tú, la mas cruel de las mujeres!
¡Oh tú, cuyos hechizos
Por mi destino aciago
Adoro á mi despecho!
¿Solo me ofreces de mi amor en pago
Yerta amistad? Arráncame del pecho
En donde está grabada,
Arráncame primero, ingrata, impía,
Tu imágen adorada. —
¡Ay! Mal que pese á tu desden infausto,
Cuando al dolor sucumba,
Y pronto gozarás en mi holocausto,
Conmigo aquí á la tumba
(*Con la mano en el corazon.*)
Descenderás ¡oh linda entre las lindas,
Y oh fiera entre las fieras la mas fiera!
La amistad apacible
Con que tú ahora ¡pérfida! me brindas
Tal vez se cambia en amorosa hoguera;
Mas ¿dónde el insensible,
Dónde está el corazon cobarde, helado,
Que á la amistad desciende
Cuando en llama voraz Amor le enciende? —
No, no. Sé mi enemiga,
Pues no merece el mísero Amadeo
A par de tí ceñirse en los altares
La plácida corona de Himeneo.
En tanto mis pesares
Lejos de tí llorando, en la ribera
Del lento Manzanares,
Yo con voz lastimera
A los vientos daré tristes cantares.
¡Adios!

Marc. Pero oiga usted...

Amad. No. Ya es en vano.

Mart. ¡Primo...!

Tim. ¡Raras manías!
Mire usted, considere, reflexione
Que como no abandone...

Amad. ¿Ya va usted á ensartar sus profecías?
Cállese usted, y el diablo se le lleve. —
¡Adios, mujer aleve!
¡Adios por siempre! ¡Adios! Nuevo Macías
Víctima moriré de tus rigores.
En tiernas elegías
Cantad, hijos de Apolo, mis amores,
Y en mi huesa llorad, ¡llorad, pastores!

ESCENA ULTIMA.

MARCELA, DON TIMOTEO, DON MARTIN, JULIANA.

Marc. Don Martin, ¿lloro ó me rio?
Porque á la verdad yo dudo
Lo que debo hacer.

Mart. Reir
Es lo mejor.

Tim. ¡Qué *ex abrupto*,
Qué descarga, que andanada,
Qué tempestad, qué diluvio
De quejas y de clamores,
De lágrimas y de insultos!

Marc. Pero ¿habrá perdido el juicio?

Mart. ¿Cómo, si nunca lo tuvo?
Ya ve usted; poeta... Pero
No hay cuidado: ese es un flujo
De palabras. El morirse
De amores ya no está en uso.

Tim. Ea, vamos; ya está visto
Que es tu novio, ó tu futuro,
Don Martin.

Jul. (¡Pobre poeta!)

Tim. Aplaudo, celebro mucho,
Tu buena eleccion, tu acierto;
Quiero decir, tu buen gusto.

Mart. Si merezco tanta gloria
No habrá, señora, en el mundo
Quien no envidie...

Marc. Usted perdone,
Don Martin, si le interrumpo.
Confiese usted que no tiene
Todavía muy maduros
Los cascos para marido.
Aun no está usted muy seguro
De quererme solo á mí.
Aun están muy en tumulto
Esas pasiones; y yo,
Que no fuí con mi difunto
Muy dichosa, antes que humille
Otra vez mi frente al yugo
Lo miraré muy despacio.
Palabras que como el humo
Se disipan nada prueban,
Y á quien cumplió cinco lustros,
Don Martin, no se deslumbra
Con amorosos arrullos.
Aunque un poco atolondrado,
Usted, no lo dificulto,
Sería muy buen marido;
Mas dice un refran del vulgo
Que lo mejor de los dados
Es no jugarlos.

Mart. ¡Me luzco
Como hay Dios!

Tim. Pero, sobrina...
Mart. Con que ¿tampoco hay indulto
Para mí?
Marc. Perdone usted.
No es vanidad, no; lo juro,
La causa de este desvío
Con que á tres novios renuncio;
Pero amo mi libertad
Y en ella mi dicha fundo.
No aborrezco yo á los hombres
Aunque severa los juzgo.
Confieso que para amigos
Son excelentes algunos;
Para amantes, casi todos;
Para esposos... ¡*abrenuncio*!
Mi sexo me inclina á ellos;
Mi razon toma otro rumbo.
No se al fin quién vencerá,
Porque yo no soy de estuco.
Entre tanto ni desprecio
A los hombres, ni los busco.
Buenas palabras á todos;
Mi corazon..., á ninguno.
Mart. Esa franqueza me encanta;
Y sería un necio, un bruto
Si, ya que aspirar no puedo,
Aunque de amor me consumo,
A una mano tan preciosa,
No cifrase yo mi orgullo
En elogiar á Marcela
Y en llamarme esclavo suyo.
Jul. Con que ¿no se casa usted?
Tim. ¿He de bajar yo al sepulcro
Sin el consuelo, el alivio,
El gusto, el placer...?
Marc. Presumo
Que así será.
Tim. Mas ¿por qué,
Por qué, mujer? Yo me aburro.
Marc. Boda quiere la soltera
Por gozar de libertad,
Y mayor cautividad
Con un marido le espera.
En todo estado y esfera
La mujer es desgraciada;
Solo es menos desdichada
Cuando es viuda independiente,
Sin marido ni pariente
A quien viva sojuzgada.
Quiero pues mi juventud
Libre y tranquila gozar;
Pues me quiso el cielo dar
Plata, alegria y salud.
Si peligra mi virtud
Venceré mi antipatía,
Mas mientras llega ese dia
¿Yo marido? Ni pintado,
Porque el gato escarmentado
Huye hasta del agua fria.
Los humanos corazones
Ya á mi costa conocí.
Pocos me querrán por mí;
Cualquiera por mis doblones.
Celibatos camastrones,
Buscad muchachas solteras,
Que muchas hay casaderas.
Dejadme á mí con mi luto.
Paguen ellas su tributo:
Yo ya lo pagué; y de veras.
No perturbeis mi reposo.
Hombres, yo os amo en extremo;
Pero, á la verdad, os temo
Como la oveja al raposo.
Este es necio; aquel zeloso;
Avaro y altivo el uno;
Otro infiel; otro importuno;
Otro...
Mart. ¿Está usted dada al diablo?
Marc. No hay que ofenderse. Yo hablo
Con todos y con ninguno.

ELENA,

DRAMA EN CINCO ACTOS,

REPRESENTADA POR PRIMERA VEZ EN EL TEATRO DEL PRÍNCIPE EL DIA 23 DE OCTUBRE DE 1834 (1).

PERSONAS.

ELENA.	TORMENTA.
VICTORINA.	PANCHO.
BLASA.	PASCUAL.
DOÑA CASILDA.	UN PINTOR.
DON GERARDO.	UN MUSICO.
EL MARQUÉS.	DON TADEO.
GINÉS.	UN CARRETERO.
EL CONDE.	LADRONES.
REJON.	CRIADOS.

El primer acto pasa en Utrera; segundo y tercero en Sevilla; cuarto en un despoblado, y quinto en una cabaña á las inmediaciones de Écija.

ACTO PRIMERO.

Sala en casa de don Gerardo.

—

ESCENA PRIMERA.

DON GERARDO.

Ya no hay freno á mi pasion;
Ya tanta debilidad
Me avergüenza; ya me canso
De gemir, de suplicar...
Mi esposa ha de ser Elena:
Lo he jurado: lo será.
¡Ay desdichada mujer
Si es ingrata á mi bondad!

ESCENA II.

DON GERARDO, GINÉS.

Ginés. Señor...
Ger. ¿Qué hace mi sobrina?

(1) Con este drama hizo el autor su primer ensayo en un género harto distinto del que habitualmente ha cultivado. Sus amigos le instaban á dar alguna muestra de su poca ó mucha capacidad para crear situaciones de grande interés y pintar afectos y caractéres de aquellos que no caben en la comedia propiamente así llamada. El moderno *romanticismo* estaba en su mayor auge, y era difícil que temprano ó tarde dejase de llevar tambien alguna ofrenda á las aras del ídolo nuevo. Procuró sin embargo no convertir su culto, quizá no muy voluntario, en fanática supersticion. Como desempeñó esta tarea, objeto entonces de agrias censuras por una parte y excesivos elogios por otra, júzguelo el lector. Solo dirá, y cree que esta coleccion lo va demostrando, que no ha sido su musa tan uniforme y sistemática como lo han pretendido los que le han juzgado sin suficiente conocimiento de causa. Bien es verdad que no es esto muy de extrañar habiendo trascurrido mas de un cuarto de siglo desde que apareció su primera obra dramática, y en tiempos los mas azarosos y turbulentos que

Ginés. Desayunándose está.
Ger. Bien. No tardará en venir
Con su labor. — El fatal
Momento se acerca. Tiemblo.
Ginés. ¡ Bobada ! ¿Por qué temblais ?
Ger. Ginés, solo en ti confio.
Ginés. ¡Oh! bien podeis confiar.
Ger. El celo con que me sirves
No olvidaré yo jamás.
Cuando todos me vendian
Tú solo fuiste leal;
Tú solo en mi larga ausencia.
No te gozaste en labrar
Mi deshonra, mi desdicha
Ginés. ¡ Señor, señor, por piedad.
No me abochorneis! Cumplí
Con mi deber. Nada mas.
Ger. No bien descubrir lograste
Aquella intriga infernal,
La denunciaste á tu amo,
Que en la modestia falaz
De una mujer se fiaba.
Ginés. ¡ Ah, señor! La caridad
Con que la humana flaqueza
Debe un cristiano mirar,
La indulgencia y el sigilo
Me prescribian quizá.
Por otra parte, el amor
Que me debeis, mi lealtad,
Mi gratitud... ¡ Fué preciso
A esa infeliz acusar!
Pero bien sabeis, señor,
Que no hubo mordacidad
En mi carta. ¡ Dios me libre!
Referí de pe á pa
Lo sucedido ; eso si,
Pero sin acriminar
Al prójimo, que soy hombre
Yo tambien, y como tal
Puedo caer algun dia
En las garras de Satan.
Tranquila está mi conciencia,
Y solo tengo un pesar,
Que es haber sábido tarde,
Y cuando no habia ya
Remedio, la mala accion
De vuestro indigno rival.
Dirán que pérfido fui
Con la cuitada. Es verdad.
Luego que partió de Utrera
El seductor capitan
A una urgente comision
Del servicio militar,
Logré hacerme confidente
De su víctima ; y fué tal
Su candor, su buena fe,
Que tendria gran pesar
De haberla engañado luego,
Si para evitar un mal
No hubiera sido forzoso
Otro mas leve aceptar.
Temí vuestros justos zelos ;
Temí que agudo puñal
La sangre de esa infeliz
Derramase; y, lo que es mas,
La vuestra. En tal situacion,
¿Qué mucho, pues, si sagaz
Interceptando las cartas
De la dama y del galan,
Fingiendo otras, y atizando
De la discordia infernal
La tea, allané el camino
De vuestra felicidad? —
Los medios son reprensibles ;
Mal lo pudiera negar;
Pero es muy cristiano el fin;
Pues se encamina á la paz,
Y á la dicha de mi amo,
De aquel que me da su pan;
De aquel... ¡ Sea todo por Dios!
Lo mejor es olvidar
Lo pasado; y yo confio,
Puesto que tanto la amais,
Que vuestra hermosa sobrina
Al fin la mano os dará,
Y un matrimonio dichoso
Pondrá fin á tanto afan.
Ger. Tan lisonjera esperanza
No me atrevo yo á abrigar
En mi pecho todavia.
Tú sabes la frialdad
Con que siempre me ha escuchado
Cuando he querido insinuar
Mi designio de casarme
Con ella. Ya es un volcan
Dentro de mi alma el amor
Que me inspira su beldad,
Y retardar no me es dado,
O bien el golpe mortal
De un desengaño, ó la dicha
De llamarla ante el altar
Esposa mia. Esta carta
De su irritado galan
Tal vez en odio implacable

ácaso ha conocido la humanidad. En el teatro del mundo positivo se han sucedido tantos y tantos dramas, ora terribles, ora ridídulos, y tan abundantes en peripecias, no todas verosimiles, aunque demasiado ciertas, que el de hoy solia hacer olvidar el de ayer. Y si esto sucedia con realidades de tal trascendencia, no es mucho que dejasen poca ó ninguna huella en la memoria de algunos las fugaces invenciones de un poeta, y que la crítica, de ordinario superficial y apasionada, no haya seguido y observado á cada autor en todas las fases y vicisitudes de su vida literaria.

Tanto amor convertirá.
Parece que la he dictado
Yo mismo. Se la darás,
Y con destreza...
Ginés. Os comprendo.
(*Tomando y guardando el papel.*)
Obraré segun el plan
Convenido. Sin embargo,
Bueno fuera retardar
Algun tiempo...
Ger. No, Ginés.
Basta de suplicio ya.
Ginés. Quiera el cielo...
Ger. Si consigues
Inclinar su voluntad
Hácia mí, seré tu esclavo,
No tu señor. Mi caudal,
Mi vida...
Ginés. ¡Silencio!
Ger. ¿Viene?
Ginés. Sí, señor.
Ger. Voy á escuchar
Desde su cuarto. A su tiempo
Saldré...
Ginés Sí. ¡Pronto! Aquí está.

ESCENA III.

ELENA, GINÉS.

Ginés. ¡Pobre señorita! ¡Siempre,
Siempre llorando!
Elena. El encono
De mi estrella, buen Ginés,
Así lo quiere. Yo lloro,
Y entre tanto el hombre injusto
Ocasion de mi sollozos
Tal vez á otra desgraciada
Jura eterno amor. ¡Mis ojos
Ya no volverán á verle!
La que en tiempo mas dichoso
Era su ídolo, quizá
Ya no le merece un solo
Recuerdo.
Ginés. En verdad, señora,
Militar, jóven, buen mozo,
Y en siglo tan corrompido,
No me causaria asombro
Su perfidia. Sin embargo,
Mientras no haya un testimonio
Que lo pruebe...
Elena. ¿Qué mas prueba
Que pasar un mes y otro
Sin escribirme? Al principio
Con mas compasion que enojo
Su silencio atribuia
A alguna dolencia. ¡Ay! ¡Cómo,
Cómo nos ciega el amor!
Pero tú sabes cuán poco
Duró mi error. Tú, que has sido
Mi consolador, mi apoyo,
Desde el dia que supiste
Mi secreto...
Ginés. Soy piadoso,
Señorita. Fuí cristiano
Antes de ser mayordomo.
Elena. Tú escribistes á Badajoz
Donde se halla desde agosto
Su regimiento, y supiste...
Ginés. Que está muy sano y muy gordo
Don Gabriel; pero tal vez
Algun impensado estorbo...
No hay que perder la esperanza.
Acaso anhelando el logro
De sus deseos... Sabeis
Que antes de partir, ansioso
De unirse á vos para siempre
En halagüeño consorcio,
Solicitó la debida
Real licencia, y si el negocio
No está corriente, sin duda
Habrá de estarlo muy pronto.
El dia menos pensado
Recibiremos...
Elena. Tu rostro
Me anuncia algun bien. ¡Ah! Dime...
Ginés. Si me prometeis que el gozo
No ha de enagenaros, hoy...,
Tal vez ahora mismo...
Elena. ¡Qué oigo!
Habla. ¿Qué quieres decirme?
¿Hay carta?
Ginés. Chit...! ¡Qué alboroto!
Sí. Tómela usted.
(*Da á Elena la que recibió de don Gerardo.*)
Elena. ¡Gabriel!
¡Dueño de mi vida! ¡Oh colmo
De placer!
Ginés. ¡Callad! No en vano
Temí... ¡Por vida del moro!
Pedir juicio á los amantes
Es pedir peras al olmo.
Moderaos. Si nos oyen...
Elena. No temas. ¿Ves cuál sofoco
(*Ha abierto la carta.*
En mi pecho el regocijo?
¡Oh nombre, nombre que adoro,
Aquí estás! ¡Con qué delicia
Te besa el labio amoroso
De tu Elena!
Ginés. (Ya ha llegado
El fatal momento.)
Elena. ¡Cómo...!
(*Interrumpiendo su lectura.*

¡ Justo Dios !... ¿Será posible... ?
¿Daré crédito á mis ojos ?—
¡ Ah ! Yo muero.
(*Dejándose caer sobre una silla.*)
Ginés. ¡ Señorita !
Elena. No, no te pido socorro.
Dame un puñal que me mate,
Pues golpe tan horroroso
Puedo resistir. ¡ Ginés !
Ginés. ¿ Qué nueva funesta...?
Elena. ¡ Monstruo!
Lee esa carta. ¡ Ah ! ¡ Qué tarde
Su perfidia reconozco !

Ginés. (*Lee.*) « Te creí digna de ser » amada, y mi corazon fué tuyo. Un des- » engaño feliz ha roto la venda que me ce- » gaba. No te acuso: eres mujer. Ni te re- » cuerdo tus promesas, ni estoy obligado á » cumplir las mias. Fuiste débil: yo seré » prudente. Suspiras por tu libertad: yo » recobro la mia. Supongo que no me escri- » birás: seria inútil. No te inquiete la suerte » de tu inocente hijo. Sé mis deberes, y no » renunciaré á mis derechos. Adios. Olvida » para siempre al desengañado y resuelto

GABRIEL DE ZAVALA. »

¡ Jesus, Jesus, qué maldad !
¡ Qué perfidia! Estoy absorto.
Elena. ¡ Oh rubor ! ¡ Oh desventura !
¡ Tal es el premio que logro
Del mas entrañable amor!
¿ Qué se hicieron, alevoso,
Aquellos tiernos suspiros?
¿ Qué fué del mentido lloro,
Qué de la infame elocuencia,
Qué de los ardientes votos
Con que insidiaste y rendiste
Mi virtud?
Ginés. Hay muchos lobos
Con piel de oveja. ¡ Ay, señora,
Cuántos vínculos ha roto
La ausencia ! Ya en este siglo
Pasan por juguete el dolo,
La injusticia... No hay virtud,
Ni constancia, ni decoro
En los hombres. (¡ Vive Dios,
Que hablo como un San Ambrosio!)
Elena. No; quizá tiene mi amante
Motivos muy poderosos,
Que no puedo comprender,
Para violar sin rebozo
Sus juramentos. Acaso
La calumnia...
Ginés. Sí; su soplo
Envenenado tal vez
Convierte el amor en odio.
Mas ¿ qué amante verdadero,
Solo porque algun chismoso
Le indispone con su dama,
La condena de ese modo,
Sin comprobar su delito;
Sin oirla ? — No soy docto,
Mas por la lectura sola
De esta carta, bien conozco
Que es don Gabriel un perjuro.
Se muestra en ella quejoso ;
Pero ¿ de qué ? Solo dice :
« Quitó la venda á mis ojos
» Un desengaño feliz... »
¿ Qué desengaño, ó qué embrollo
Es este ? ¡ Nada ! Pretextos ;
Subterfugios de tramposo.
Quizá tenia vergüenza
De escribir: « Yo te abandono
» Porque me canso de tí
» Y á otra belleza enamoro.»
Elena. Ten piedad de mi dolor.
No me quites oficioso
El consuelo de la duda,
De la esperanza. ¡ Este solo
Me restaba !
Ginés. No quisiera
Afligir ni por asomo
A mi amada señorita ;
Mas con vanos circunloquios
No disfrazo lo que siento.
Elena. ¡ Dios de venganza ! ¿ Eres sordo
Al clamor de una infeliz?
Descienda desde tu trono
Un rayo exterminador.
Perezca el hombre alevoso
Que así me engañó. Sepulta
A su cómplice en el polvo
De la tumba. — ¡ Miserable !
¿ Qué digo ? ¡ Ah ! ¿ Cómo te invoco
Sin temblar? Mi frente sola
Sea blanco lastimoso
De tu cólera divina,
Pues yo soy quien la provoco :
Yo que abandoné la senda
De la virtud ; yo que ahogo
Sus gritos ; yo que del alma
Aun el retrato no borro
De un fementido ; yo, en fin,
Que á mi familia deshonro.
Ginés. (Ahora viene de perillas
Un movimiento oratorio.)
¡ Deshonrar ! ¿ Por qué, señora ?
Don Gerardo es generoso,
Es hombre de mundo, y sabe
Que está expuesta á mil escollos
La virtud de una mujer,
Como nave sin piloto.—

Por algunas expresiones
Que de cuando en cuando le oigo
Presumo que mi señor
Ya se ha informado de todo.—
Sí, señora. Sin embargo,
Cada dia está mas loco
Por Elena, y si lograra
La dicha de ser su esposo...
Elena. ¡Desdichada! ¿Adónde iré?
(*Sin oir á Ginés.*)
¿En qué desierto remoto
Iré á esconder mi miseria?
¿Quién enjugará piadoso
Mis lágrimas doloridas?
¿Quién...?
Ginés. ¡Qué lástima de potro!
Ese hombre ¿es cristiano? ¡Ah vil!—
¿Y qué hareis? Ello, es forzoso
Tomar un partido. Acaso
La justicia... Mas el foro
Procede con tanta flema...
Y luego, si él es temoso
Y se cierra en no casarse...
Elena. No, Ginés. Harto sonrojo
Cubre ya mi frente. ¿Quieres
Que, haciendo al mundo notorio
Mi infortunio, me aventure
A un fallo que mi desdoro
Tal vez aumente? ¿Y qué gloria,
Qué ventura me propongo
Si por fuerza es mi marido?
Su corazon ambiciono
Mas que su mano, Ginés.
¿Y qué tribunal, qué solio
Me lo volviera? Perdí
Para siempre mi reposo,
Mi alegría, mi esperanza.
Ginés. ¡No! ¡Cuál fuera el alborozo
Del perverso don Gabriel
Si viera ese amargo lloro!
¿No hay mas hombres en el mundo?
¿Son como él acaso todos?
Olvidadle, señorita.
Mas digno, mas amoroso
Consorte os depara el cielo;
Y no es al fin ningun mono,
Ningun...
Elena. ¡Jamás! Condenada
A la afliccion y al oprobio,
¿Qué mortal osara...?

ESCENA IV.

DON GERARDO, ELENA, GINÉS.

Ger. Yo.
(*Saliendo precipitadamente.*)
Elena. ¡Mi tio!
Ger. Yo, que te adoro;
Yo, que postrado á tus piés
Te juro...
Elena. ¡Señor!...
Ginés. (Yo estorbo.)

ESCENA V.

DON GERARDO, ELENA.

Elena. Levantad.
Ger. Pronuncia un sí.
Hazme venturoso, Elena.
No me apartaré de tí
Hasta que tu boca...
Elena. ¡Oh pena!
Ger. Compadecete de mí.
Elena. (¡Oh cielos! ¡En qué ocasion!...
Por piedad... Yo no merezco...
Ni puede mi corazon...
Ger. Si no eres mia, fallezco;
¡Tan profunda es mi pasion!
Elena. Perdonad, señor, si huyendo
Evito...
Ger. No. ¿Por qué huir?
(*Se levanta y la detiene.*)
Yo con mi amor no te ofendo.
Solo tu dicha pretendo.
Elena. (¡Ah! ¡Cuánto tardo en morir!)
Ger. ¿Merecen tanto desvío
Mi bondad, mi tierno amor?
Elena. Yo no mando en mi albedrio.
Ger. ¿Sufriera tanto rigor
Si yo mandara en el mio?
Elena. Si basta mi gratitud...
Ger. No, que merece tu mano
Mi tierna solicitud
Quizá mas que algun villano
Seductor de tu virtud.
Elena. ¡Qué escucho!
Ger. Todo lo sé.
Elena. ¡Desventurada de mí!
¡Ah, señor! Ya no podré
Alzar mis ojos...
Ger. ¿Por qué?—
¡Yo los alzo sobre tí!
A tí te causa rubor
Haber amado á un traidor,
Ocasion de tu desdoro;
Y yo á su víctima adoro.
¿Cuál es flaqueza mayor?
Elena. ¡Ah, que con frente serena
En el miserable estado
A que el cielo me condena,
Escuchar ya no me es dado

Acentos de amor!

Ger. ¡Elena!

Elena. Aunque el derecho he perdido
De hacer respetar mi llanto,
Postrada, señor, os pido
No hagais mayor mi quebranto.
Sepultadme en el olvido.

Ger. ¿Olvidarte yo? Jamás.
Aun bajo la losa fria
Dueño de mi alma serás.

Elena. Un alma como la mia
Ama una vez, y no mas.

Ger. ¿Y á quién, infeliz mujer,
Digno juzgas de tu amor?
A un perjuro, á un seductor
Que con bárbaro placer
Se mofa de tu dolor.
Él te condena querido
Al desprecio, al abandono;
Yo infeliz y aborrecido,
Yo, que vengarme he podido,
Te idolatro... y te perdono.
Recuerda, recuerda, ingrata,
Cuánto debes á este tio
A quien tu desden maltrata,
Y lamenta el desvario
De tu pasion insensata.
Amparo de tu horfandad
Desde tu tierna niñez,
Te libertó mi bondad
De triste mendicidad,
Y de la infamia tal vez.
¿Qué padre mostró jamás
Mi ternura ardiente, inmesa?
¿Dónde un amante hallarás
Mas generoso? ¡Y me das
Tan amarga recompensa!
Acaso mi amor un dia
Ludibrio será del mundo;
Mas ¡ay! la razon tardia
Mal puede del alma mia
Dardo arrancar tan profundo.
No brilla en mi la florida
Primavera de la edad;
No en mi lengua fementida
Blanda lisonja se anida
Máscara de la maldad;
Amores no sé decir;
Sé amar con el alma entera,
Y si no logro rendir
Tu altivez injusta y fiera,
Amando sabré morir.

Elena. Cada palabra que hablais
Me traspasa el corazon.
Contemplad á quién amais,
Y no como yo cubrais
Vuestro nombre de baldon.
Poder amaros quisiera,
Pero mi destino adverso...

Ger. ¡El destino! Sé sincera.
Aun amas á aquel perverso.
Confiésamelo aunque muera.

Elena. Sí, le amo, le amo, señor,
Y eterno será mi amor.

Ger. ¡Le amas! ¡O despecho! ¡O mengua!
¿Y sin temer mi furor...?

Elena. No sabe mentir mi lengua.

Ger. Insúltame. Digno soy
De tu escarnio y tu desprecio,
Pues ciego y sin juicio estoy,
Y con mi paciencia ¡ay necio!
Armas contra mí te doy.
Si hubiera escuchado un dia
La voz de justa venganza
Lavando la afreta mia
En tu sangre, hoy no vería
Burlada así mi esperanza.

Elena. Clavad el hierro inhumano
En mi sangre aborrecida.
¿Quién detiene vuestra mano?
Sed mi cruel homicida...,
Mas no seais mi tirano.

Ger. Si pudiera aborrecerte.
¡Oh cuán venturoso fuera!

Elena. ¿Qué esperais? Dadme la muerte.
Yo bendeciré mi suerte,
Y la mano que me hiera.
Si no por odio, señor,
Por piedad de mi dolor,
Abridme la sepultura;
Que esta vida sin ventura
Aun me infunde mas horror.
Vengad con golpe sangriento
Tanto desden, tanto ultraje:
Cesará mi amor violento,
Cesará vuestro tormento,
Y el baldon de mi linaje.
Arranque una punta airada
A mi lacerado pecho
Aquella imágen amada
Que aun retiene á su despecho
Con fuego eterno grabada.
Menos su inconstancia lloro
Que vuestro amor. Dadme, dadme
La muerte que tanto imploro.

Ger. ¡Desdichada!

Elena. Sí; le adoro...
Y os aborrezco. ¡Matadme!

Ger. ¡Oh mujer, mujer fatal
Nacida para mi mal!
Yo merezco oprobio tanto;
Yo, mas piadoso á tu llanto
Que mi funesto rival.
A tí misma te aborreces
Aun mas que á tu bienhechor.

¡El seno al puñal ofreces!
No, no un puñal; tú mereces
Otro suplicio mayor.
No me fuerce tu demencia
A convertir en encono
Mi mal pagada clemencia.
¡Ay de tí si te abandono!
La deshonra, la indigencia...
Elena. ¡No mas! Yo sabré sufrir
Mi suerte...
Ger. ¿Adónde has de ir
Sin amparo en tu afliccion?
Elena. No ha de faltarme un rincon
Donde llorar... y morir.
Sí sucumbo á la indigencia,
Si de Dios la providencia
Su proteccion no me da,
Al menos me librará
De vuestra odiosa presencia.
(*Vase Elena; afligido don Gerardo se deja caer sobre una silla.*)

ACTO SEGUNDO.

Sala en casa de Victorina, suntuosamente alhajada.

—

ESCENA PRIMERA.

ELENA, VICTORINA.

Vict. Siéntate; no estés de pié,
Que yo no soy altanera.
(Es linda la camarera;
Con ella me quedaré.)
Yo supongo que sabrás
Lo necesario á tu empleo:
Coser, peinar con aseo,
Leer, escribir y demás.
Elena. Ya que no mi suficiencia,
Mi deseo de dar gusto,
Mi agradecimiento...
Vict. Es justo.
Elena. (¡Dios mio, dadme paciencia!)
Vict. Si no estás bien instruida,
Si no sirves para mí,
Tanto peor para tí,
Porque serás despedida. —
Ni hay tanta dificultad
En complacerme. Soy viva,
Impaciente, ejecutiva,
Pero tengo caridad,
No me gusta que á un sirviente
Se insulte, se mortifique...
Con que no me replique,
Conmigo está grandemente.
Pago el salario puntual;
En comer no pongo tasa;
Si alguno enferma en mi casa
No le envio al hospital;
Si me agrada una doncella,
Tal la suelo regalar
Que muchos pueden dudar
Si la señorita es ella.
El hondo cofre repleto
Dígalo sinó por mí
De la que ayer despedí
Porque me faltó al respecto. —
¿Tu nombre?
Elena. Elena.
Vict. Muy bien.
Bello nombre y adecuado,
Que eres muy linda. ¡Cuidado
No haya aquí Troya tambien!
Elena. Señora, yo...
Vict. ¿Quién te abona?
Elena. (¡Ay triste!) Nadie en el mundo.
Vict. (¡Qué suspiro tan profundo!)
Con qué ¿no hay una persona...?
¿Dónde has servido hasta hoy?
Elena. En ninguna parte.
Vict. ¡Alabo!
¿Tienes familia?
Elena. No.
Vict. ¡Bravo!
Elena. Infeliz huérfana soy.
Vict. (¡Desventurada!) ¿Cuál es
Tu patria?
Elena. Utrera.
Vict. ¡Gran villa!
¿Cuándo has venido á Sevilla?
Elena. Vine, señora, habrá un mes.
Vict. Ese llanto..., la finura
De tu rostro y tus modales
Son evidentes señales
De que alguna desventura...
Sé sincera, y te prometo
Mi amparo, mi proteccion.
Si alguna infausta pasion...
Elena. Moriré con mi secreto.
Vict. ¡Es posible!
Elena. No me admiro
Si sospechosa os parezco,
Señora...
Vict. Te compadezco,
Pero...
Elena. Basta. Me retiro.
Vict. Espera. ¿Ningun amparo,
Ningun asilo te resta?
Elena. ¡Ah! Nací en hora funesta.

Vict. Mas ¿por qué no hablarme colar?
Me precio de ser humana,
Y reservada.
Elena. Señora...
Vict. ¿Quién te ha albergado hasta ahora?
Elena. Una miserable anciana.
En su hogar — ¡ prémiela Dios! —
Consuelo mi pena hallaba.
Yo trabajando ganaba
El sustento de las dos.
Mas ¡ay! de este bien postrero
Su muerte me ha despojado.
Vict. Me da lástima tu estado.
Yo lo haré mas llevadero.
Elena. En la flor de juventud,
Una mujer desvalida,
Sola...
Vict. Sí; comprometida
Tiene siempre su virtud.
Ni excusa por ser honrada
La malicia de las gentes.
Contra lenguas maldicientes
No hay virtud asegurada.
Elena. Para evitar tanto horror,
Bien que fuí servida un dia,
Servir, señora, quería
En una casa de honor;
Y sabiendo esta mañana...
Vict. Bien. Sin mas informacion
Te ofrezco mi proteccion.
Te trataré como hermana.
Harto te abona ese llanto
Que yo enjugaré piadosa;
Harto esa cara donosa
Que es de mis ojos encanto.
Ya ves, mi linda doncella,
Que envidia no cabe en mí.
¡ Oh ! Ni tan fiera nací
Que tenga miedo á una bella.
Galanes hay mas de tres
Cuya amorosa eficacia
Haga al punto... Hoy, verbigracia,
Me caso con un marqués.
No es casamiento á la usanza:
De interés digo; ¡ qué horror!
Ni casamiento de amor,
Ni de estado... Es de venganza.
Desde que viuda quedé
Solo un hombre me flechó.
Tuvo zelos; me dejó...
Buen viaje. No le rogué.
Pido á mi razon auxilio,
Dígole adios á Granada,
Y ya de mi amor curada
Fijo aquí mi domicilio.
Viuda rica poco aguarda
Si aspira á nuevo consorte.
Hé aquí que me hace la corte
El marqués de Rivaparda.
Me merece buen cuncepto
Si no amor arrebatado,
Aunque poco le he tratado;
Me pide la mano: acepto.
Yo no sé si este capricho
Me saldrá á la cara un dia;
Mas no hay remedio, hija mia:
Hoy me caso; ya lo he dicho. —
¡Eh! Ya ves que sin temor
Toda mi historia te cuento;
Y es porque ganarme intento
Tu confianza y tu amor.
Elena. ¡Ah! señora. No merezco
Tanta bondad. A esas plantas
Mi gratitud...
(*Se arrodilla.*)
Vict. ¿Te levantas,
O reñimos? (Me enternezco.)
Elena. Tanta ventura os dé Dios
(*Levantándose.*)
Como bien me haceis, señora.
Vict. Basta, basta por ahora.
Llorando estamos las dos...
Y yo lágrimas no quiero;
Que mi novio va á llegar,
Y si me viese llorar
Lo tendría á mal agüero.
Anda allá dentro y pregunta
Por doña Ambrosia Calleja,
Mi ama de llaves. Es vieja
Desabrida y cejijunta,
Pero fiel. Di que te agrego
En calidad de doncella
A mi servidumbre, que ella
Te dirá...
Elena. Bien.
Vict. Vuelve luego.

ESCENA II.

VICTORINA.

¡Pobre muchacha!... Y sin duda
Es mujer mas virtuosa
Que feliz; que de otra suerte
Siendo tan gallarda moza
No se pondría á servir.
Quizá yo con esta obra
De caridad, ¡ pobre Elena!,
Te libro de la deshonra.
¡ Cuántas, cuántas infelices
Por la miseria...!

ESCENA III.

VICTORINA, UN CRIADO.

Criado. Señora...
Vict. ¿Qué quieres?
Criado. Un caballero
Que debe ser en la boda
Testigo...
Vict. Pase adelante.

ESCENA IV.

VICTORINA, EL CONDE.

Conde. Señora, ¿sois vos la novia?
Porque mi amigo el marqués,
Embobado con sus glorias,
Aun no me ha dicho... ¡Qué veo!
Vict. ¡Conde!
Conde. ¡Vos!...
Vict. Estoy absorta.
Conde. ¿Será sueño? ¡Victorina!
Vict. ¿De qué os admirais? Es cosa
Del otro mundo el casarse
Una mujer?
Conde. No me asombra
Que os caseis : lo que me pasma
Es haber venido en posta
A ser conyugal testigo
Del que mi dicha me roba;
Yo, que rendido os amé...
Y os amo tambien ahora,
Y os amaré...
Vict. Señor conde,
Dejemos á un lado bromas.
Conde. ¡Sí, para bromas estoy!
Con qué la dama me soplan
Contra el derecho de gentes.
¿Y quereis...? ¡Es mucha historia
La mia! Vengo volando
A heredar á doña Alfonsa,
Mi tia, porque me anuncian
Su muerte; ¡y robusta, gorda,
Me la encuentro paseando
En los Caños de Carmona!
Entro molido en Sevilla,
Y al apearme en la fonda
En sus brazos me recibe
Un amigo, me sofoca
Con sus halagos, y exclama :
« Conde, tu venida colma
Mi felicidad. Me caso.
Al volver vive mi esposa;
En una casa que tiene
Persianas verdes; no hay otra.
Corre : allí te hospedarán
Luego iré : tengo mil cosas
Que hacer. Serás mi testigo...
— Pero ¡hombre!... — No puedo ahora
Decir mas. » — Desaparace :
Vengo aquí sin ceremonia;
Llamo; á falta de otras señas
Pregunto... por una novia,
¡Y me recibe...! ¿Os reis?
Esa risa me desploma.
Vict. ¿Qué he de hacer sino reirme?
Conde. ¡Criatura infiel! ¿Te mofas
De mi dolor?
Vict. Señor conde,
Ya no es tiempo de lisonjas.
Quizá me amásteis un dia,
Pero yo no soy tan boba
Que aun os crea apasionado
Después que por vos fué rota
La amante correspondencia
De nuestras almas.
Conde. Quien oiga
Vuestra acusacion, dirá
Que es Victorina una Porcia
Y yo un ingrato, un perjuro,
Voluble como las olas. —
Acordáos de aquel baile
Casa de don Juan Ullóa.
¡Ah! La noche que me dísteis
Mientras viva no se borra
Del alma mia; no. ¡Estarse
En conversacion dos horas
Con un regidor de Vélez!
Vict. Era mi primo.
Conde. ¿Qué importa?
Tambien son hombres los primos,
Y los hay de tal estofa
Que no suelen esperar
Que vengan bulas de Roma.
Vict. Salísteis à la antesala
A fumar...
Conde. ¡Tambien es droga
Que no ha de poder un hombre
Moverse sin que le pongan
Sustito!
Vict. Él ocupó
Vuestra silla, y no era cosa
De levantarme...
Conde. Si tal;
Que bien se levantan otras
Cuando les conviene.
Vict. Es cierto;
Pero las gentes lo notan,
Y la urbanidad exige...
Conde. La urbanidad es muy tonta.

Vict. Yo no pude menos...
Conde. Sí;
De hablar como una cotorra;
No hacer caso de mis señas;
Verme sudar gota á gota
La sangre, el alma, y reirse
Con aquel bobo de Coria;
Y, lo que es mas, ¡oh traicion!
Bailar con él la galopa.
Vict. Y vos me dijisteis luego
Mil injurias.
Conde. Fueron pocas
Todavía.
Vict. Me llamásteis
Delante de cien personas
Coqueta, y echando fuego
Por los ojos y la boca
Exigísteis que dejase
Corrido como una mona
A mi primo.
Conde. Y por lo mismo
Tú fuíste mas obsequiosa
Con el tal primo, y le diste
Caramelos, que ponzoña
Se le vuelvan.
Vict. Y tú luego
Me dejaste sin mas forma
De proceso.
Conde. Y no paré
Hasta verme en Barcelona.
Vict. Y no me escribiste luego.
Conde. Y tú tampoco, traidora.
Vict. ¡Ni una sola vez!
Conde. Estaba
Ofendido.
Vict. Yo quejosa.
Conde. Mas por mi desgracia nunca
Se apartó de mi memoria
Tu imágen.
Vict. Es falsedad.
Conde. Que me deshaga una bomba.
Si miento.
Vict. ¡Quererme ajena
El que no me quiso propia! —
No lo extraño, que los hombres
Aun mucho mas que nosotras
Gustan del árbol vedado.
Conde. ¿Y has de ser tan rencorosa...?
Vict. No; yo no os guardo rencor;
Y aun puedo, si os acomoda,
Ser vuestra amiga.
Conde. ¡Mi amiga!
Yo tengo amigas de sobra;
Las viejas.
Vict. Pero...
Conde. No pienses
Que mi pasion se conforma
Con esa parva materia.
Vict. ¿Parva? Aun soy muy generosa.
Conde. Mi amante, ó nada.
Vict. Pues nada.
Conde. ¡Ah, cruel! Dame una soga,
Dame un puñal...
Vict. ¡Boberia!
¿Cuánto va á que no te ahorcas?
Conde. ¡Pues! Porque uno es aturdido
Presumen estas señoras
Que no es capaz de sentir,
Ni de tragarse una copa
De arsénico, ni... Mal haya
El necio que se enamora.
Vict. Ya basta, conde, Mudad
De conversacion...
Conde. ¡No es cosa
Lo que pides! Con que casi
Me están dando ya conjogas,
¿Y quieres que ahora te hable
De Coimbra ó de Lisboa?
¡Pérfida mujer! Te casas
Con otro; me desalojas
De tu corazon... ¿Acaso
Es mas gallarda persona
Tu novio, ó tiene mas gracia
Para bailar la gabota
Que yo? ¿Recibe primero
El figurin de la moda?
¿Canta mejor por ventura
Una polaca de *Coccia*
Un *duetto* de *Bellini*,
O aquella aria de *la Donna*
Del lago... ¡Ah! ¡Ya no te acuerdas
De las noches deliciosas
En que al amor escondía
En los pliegues de su toga
La dulce Euterpe, y maligno
Solía entre nota y nota
Con un solo dardo herir
Tu pecho y el mio! ¡Oh glorias
Por mi mal perdidas! ¡Oh!...
¿Y será posible que rompas
Aquella grata cadena...?
Mas ya veo que se agolpan
Las lágrimas á tus ojos;
Ya tu frente se sonroja
Y palpitando tu pecho
Mis esperanzas corona.
Vict. No, no; mis lágrimas mienten,
Y si mi pecho zozobra
Miente tambien. Señor conde,
Es accion aleve, impropia
De un caballero la vuestra.
¡Hecerme llorar ahora
Cuando...! Yo no soy mujer
Que fácilmente revoca
Lo que una vez ha resuelto.
Conde. Tú me desdeñas... ¡y lloras! —

¿Amas al marqués?
Vict. No sé.
Esa es pregunta capciosa,
Pérfida. Si no le amo,
Peor... para mí.
Conde. ¡Esta es otra!
Sin amarle... Bien, muy bien.
Yo sé lo que hacer me toca.
Vict. ¿Cuáles son vuestros designios?
Conde. El florete ó la pistola
Dirimirán la contienda.
Vict. ¡Señor conde!
Conde. Hoy va á ser Troya
Esta casa.
Vict. ¿Qué decís?
¡Una escena escandalosa
En mi presencia! ¿Y á tanto
Podrá llegar vuestra loca
Osadia?
Conde. Perdonad,
Que los zelos me trastornan;
Perdonad. No aquí; en el campo
Disputaremos la joya.
Vict. ¿Y sois vos el que me amais?
¿Vos, que aventurais mi honra...?
Y la aventurais en vano;
Que ya con ojos de esposa
Miro al maqués, y ofenderle
Es ofenderme á mí propia.
Señor conde, en el extremo
A que han llegado las cosas
Ningun derecho os asiste
Para acibarar mis bodas;
Y sabed que por los medios
Que vuestro furor adopta,
Lejos de lograr mi mano
En premio de la victoria,
Perdereis mi estimacion.
No os digo mas. Ahora á solas
Reflexionad. La nobleza
De vuestra alma será norma
De vuestra conducta. Sí;
No lo dudo. Adios.
Conde. ¡Qué mona!...
¿Y yo podré...?
Vict. Perdonad.
Ocupaciones forzosas...
Yo volveré... (Si no huyo,
Es segura mi derrota.)

ESCENA V.

CONDE.

Bien dice : razon no tengo
Para armar una camorra
Y comprometer su fama.
Si á otro mas feliz otorga
Su mano, la culpa es mia;
Sí; que por una bicoca
Reñí con ella... Es verdad
Que el tal primo estuvo posma.
¡Toda la noche á su lado!
Pero ¿qué mujer es sorda,
Aunque blasone de fiel,
A la voz de la lisonja?
¡Y en un baile! El coqueteo
Es enfermedad de todas. —
Vamos claros : yo tambien,
Luego que pasó la mosca,
Orillas del Llobregat
Fuí galan de veinte *noyas*. —
Mas vuelvo á ver á mi viuda
Y mi corazon recobra;
Y su agitacion, su llanto,
Sus miradas seductoras...
Sí; todavia me quiere;
¡Y la perjura me inmola
Al qué dirán, á la...! ¡Cielos!
Si veo lucir la antorcha
De Himeneo para dicha
Del rival que me destrona;
Si mis lágrimas no ablandan
Aquel corazon de roca,
No habrá para mí consuelo.
El dolor, la rabia...
(*Mira adentro.*)
¡Hola!
¿Qué lindo busto es aquel
Que per el pasillo asoma?
¡Bella muchacha, por Dios!
Aquí se acerca. ¡Preciosa!

ESCENA VI.

ELENA, EL CONDE.

Elena. Perdonad. En esta sala
Crei ver á mi señora...
Conde. ¡Ah! ¿Luego sois su doncella?
Pues muchas damas quijotas
Mandan á treinta criados
Y pisan ricas alfombras,
Que comparadas con vos
Serian lo que la sombra
De la noche comparada
Con el fulgor de la aurora.
Elena. Excusad vuestros elogios,
Que mal, señor, se conforman
Con mi estado, y permitid...
Conde. No seas tan desdeñosa,
Que no soy ningun caribe.

Elena. Dejadme...
Conde. Cuando te enojas
Estás mas bella. Tus ojos
El corazon me aprisionan;
Y esa mano...
Elena. Deteneos.
Si en el traje, no en las obras,
Sois caballero, si al verme
Reducida á tan penosa
Situacion imaginais
Que yo no soy acreedora
Al respeto que dispensa
A mi sexo el que blasona
De bien criado, tal vez
Sabré recordaros...
Conde. ¡Oigan!
¡Una Lucrecia en figura
De camarera española!
Vamos; yo estoy reservado
A aventuras prodigiosas.
¿Quién habia de pensar...?
Pues, como soy, que me corta
Ese grave continente,
Así, á modo de matrona
Romana... (Amor me castiga
Por la traicion alevosa
Que á mi viuda incomparable
Acabo de hacer. ¡Qué cholla
La mia! — Pero si en viendo
Dos ojos negros... Perdona,
Victorina de mis ojos,
Que esto ha sido un entrecomas
De mi cariño, una especie
De..., un *hors d'œuvre.*) Adios, pichona.—
(Vuelvo á buscarte, bien mio,
Y do quiera que te escondas,
De nuevo te juraré
Mi fe constante y heróica.)
Invulnerable doncella,
Si tanto te desazonan
Los requiebros de los hombres,
Bien puedes meterte monja;
Que con ese lindo talle,
Y esa carita de rosa
Corres peligro en el mundo.
¡Nada! Un sayal, una toca,
Y evitarás los escollos
De esta vida transitoria.
(*Vase por donde se fué Victorina.*)

ESCENA VII.

ELENA.

Doléos, Dios de clemencia,
De esta mísera mujer,
¡Tantos dias de tormento
En que enjutos no se ven
Mis ojos, tantos afanes
No merecen suspender
Vuestro enojo! ¡Ah! ¿Hasta cuándo
Habré de apurar la hiel
Del dolor? ¿Llevo en mi frente,
Llevo yo el sello tal vez
De la deshonra? ¿Hasta cuándo
Triste ludibrio seré
De los hombres, triste objeto
De sus insultos? ¡Gabriel!
Si vieras entre sollozos
Mi amargo llanto correr;
Si vieras en este pecho
Clavado el dardo cruel
De tu ingratitud, acaso
Tú llorarías tambien.—
¿Y serás tú venturoso?
No; que en medio del placer
El atroz remordimiento
Quizá lacerando esté
Tu corazon. — Vuelve, vuelve
A mis brazos, caro bien,
Mayor será mi ternura,
Mayor que tu culpa fué. —
¿Qué digo? ¿Como esperar
Que á la senda del deber
Pueda tornar algun dia
Arrepentido el infiel
Que ni á mis humildes quejas
Se digna satisfacer
Con una carta, una sola
En que piadoso y cortés,
Ya que enamorado no,
Algun consuelo me dé?
Si al menos me fuera dado
Al fruto inocente ver
De mis funestos amores...
Mas ¡ay dolor! Tanta es
Su iniquidad, que le oculta
Donde jamás le veré.
Y en tanto víctima triste
De la mas negra doblez,
Desvalida, sin amparo,
Despreciada, moriré.
¡Doléos, Dios de clemencia,
De esta mísera mujer!
(*Se sienta llorosa y abatida.*)

ESCENA VIII.

DON GERARDO, ELENA.

Ger. (Allí está la ingrata. ¡Y llora!
(*Desde la puerta.*)

Acaso de su altivez
Pesarosa... ! Ah, cómo tiemblo
A su vista!) (*Se acerca.*)
Elena.

Elena. ¿ Quién...?
(*Se levanta.*
¡Ah! ¡ Vos!... ¡ Vos... aquí...!

Ger. ¿Te admiras?

Elena. Huid de mí. ¿ Qué quereis
De esta infeliz?

Ger. Tu ventura.

Elena. No; ya no la puede haber
En el mundo para mí.

Ger. Contempla, ingrata, cuál es
El fruto de tu soberbia.
¡Tú sirviendo, Elena! Ven,
Vuelve al hogar de tu tio,
Que siempre indulgente y fiel...

Elena. Jamás. Vuestro amor me irrita.

Ger. ¡Mi amor te irrita! ¿ Por qué?

Elena. ¡ Por qué me decis! ¿ Y acaso
No debo yo aborrecer
A todos los hombres? Vos,
Que mi situacion cruel
Sabeis; vos, víctima triste
De otra pasion, ¿ vos no veis
Que un alma desesperada
No es capaz de obedecer
Ni al freno de la razon,
Ni á la voz del interés?
¡Por qué no os amo! ¿Y no puedo
Preguntaros yo tambien
Por qué me amais vos á mí
Debiéndome aborrecer?
Soy para con vos ingrata,
Injusta, ciega; lo sé;
Pero no espereis...

Ger. Escucha:
No pretendo que me des
Tu mano. Solo te pido
Que depongas la esquivez,
El no merecido encono
Con que te gozas en ser
El tormento de mi vida.
Ven á ser dueña otra vez
De mi casa, mis riquezas...
Bien sé que el bajo interés
En tu pecho no se abriga;
Pero antes que depender
De ajeno favor, debieras...

Elena. Yo sé cuál es mi deber,
Si vos no olvidais el vuestro,
Dejadme; no me obligueis
A maldeciros.

Ger. No, Elena:
Ya jamás me apartaré
De tu lado; no, aunque espire
Al rigor de tu desden.
¡ Ingrata! Huyendo de mi,
Cual lo pudieras hacer
De tu mayor enemigo,
Me has hecho apurar la hez
De la afliccion, tantos dias
Buscándote en vano. Ayer
Te ví salir de esta casa.
El designio averigué
Que te llevaba á su umbral.
Quiso mi suerte que en él
Encontrara al mayordomo
De esa señora... (*Saca un puñal.*)
Deten
El paso, que me has de oir
O muerto caigo á tus piés. —
(*Elena, que habia hecho un movimiento para retirarse, se detiene aterrada.*)
Criado fué de mi casa:
Dios sabe si le hice bien.
Recuérdole mis bondades,
Y le pido por merced...
¡ Una librea! Logramos
Yo y mi mayordomo fiel
Entrar aquí de sirvientes,
Y al menos tengo el placer...

Elena. Rompa ese puñal mis venas
Y acabarán de una vez
Mis infortunios.

Ger. ¡ Silencio!

Elena. Yo libertarme sabré
De vuestra presencia.

Ger. Un grito,
Un solo paso que des
Para frustrar mis intentos
Te pierde... y á mí tambien.
Sí; diré quién soy, quién eres;
Tu mengua publicaré;
Sabrá el mundo...

Elena. ¡Dios eterno!
¡ Ah! No. Por piedad... Si os ven,
Si os oyen...

Ger. Nada receles.
(*Guardando el puñal.*)
Adentro cuida Ginés
De que nadie nos sorprenda. —
Quiero hacerte conocer
Tu error. De vil servidumbre
Quiero arrancarte, y después
Serás libre; te lo juro,
Elena. No abusaré
De tu desventura. En tanto,
Por las grandezas de un rey
No cambiara yo la humilde
Condicion en que me ves.
Ella el consuelo me ofrece
De acreditarte mi fe,
Y ser tu apoyo, tu escudo,
Si tiene la avilantez

De ofenderte algun mortal.
Desventurado de aquel
Que osare...!
Vict. ¡Elena!
Ger. Te llaman.
Vuela: no tardes, no des
Que sospechar...
Elena. ¡Justo Dios!

ESCENA IX.

Don GERARDO.

¡Oh! Yo apagaré mi sed
De venganza en el infame...

ESCENA X.

Don GERARDO, el CONDE,

Conde. (No la puedo convencer.
(*Entrando.*)
Será preciso que yo
Me explique con el marqués.
Sepamos...) ¡Hola! ¡Lacayo! —
¿Hablo yo con la pared?
Ger. ¿Qué me quereis?
Conde. ¿Ha venido
El futuro?
Ger. No lo sé.

ESCENA XI.

CONDE.

¿Qué es esto? ¡Hasta un lacayuelo
Con altivez me responde!
¡Eh! no sabrá que soy conde
Como mi padre y mi abuelo.
Habrá tal vez los desvios
De su señora observado,
Y á fuer de leal criado...
Otro tanto hacen los mios.
Al que pongo buena cara
Reciben con reverencia;
Al que no, con insolencia,
Y en los ojos la mampara. —
Todo me sale al revés
En esta ciudad maldita.
Como soy, que ya me irrita...
Oh! Bien venido, marqués.

ESCENA XII.

El CONDE, el MARQUÉS.

Marq. ¡Conde! Vuélveme á abrazar.
Conde. Bien; mis brazos no te niego.
Un abrazo ahora... Luego
Nos iremos á matar.
Marq. ¡Matarnos! ¿Estás en tí?
Conde. Sí; ven, mi sangra derrama
Ya que me usurpas la dama.
Yo soy tu rival.
Marq. ¿Tú?
Conde. Sí.
Seis meses há que idolatro
A mi bella granadina.
Marq. ¿Será cierto? ¡A Victorina!
Conde. Como dos y dos son cuatro.
Reñimos..., no sé por qué,
Ni ella lo sabe tampoco;
Pero siempre como un loco
La he querido y la querré.
Hoy, que no pensaba en ella,
Por tu culpa aquí los dos
Nos vemos, y vive Dios,
Que nunca ha sido mas bella.
¡Nunca!... En fin, marqués, ni quiero
Ser de tu boda testigo,
Ni se ha de casar contigo
Si no me matas primero.
Marq. En verdad, conde, aunque mucho
Me sorprende esta aventura,
Compadezco tu locura,
Y sin cólera te escucho.
No es una ciega pasion
La que me inspira tu dama.
¡Jamás en amante llama
Arderá mi corazon!
Amé por desgracia mia
A una liviana hermosura
Que dió pago á mi ternura
Con la mas negra falsía.
Yo en la ausencia la adoraba
Aun mas rendido, mas firme,
Y en tanto ni de escribirme
La pérfida se dignaba.
De su traicion convencido
Mis cadenas quebranté,
Y condenarla juré
Al desprecio y al olvido.
No le mereció mi amor
Que disculpara mi ofensa.
¿Qué mucho si la defensa
Olvidaba de su honor?
A Sevilla destinado,
No tardo, amigo, en saber
Que esa pérfida mujer

Su deshonra ha consumado.
Huyó de su casa un dia.
Un mes há que falta de ella,
Y en vano buscan su huella
Que á eterno oprobio la guia.
A pesar de su traicion,
Aun su funesta beldad
No merecida piedad
Recuerda mi corazon.
Casarme al fin determino
Para olvidarla mejor,
Bien que no pueda otro amor
Hallar de mi alma el camino.
Veo á Victorina bella,
Y su trato me asegura
Que han de labrar mi ventura
Las prendas que admiro en ella;
Y pues merece mi aprecio
Ya que amor ardiente no...
Conde. ¡Eso es! ¡ Linda flema! ¡Y yo
La idolatro como un necio!
¡Es mucha suerte la mia!
Tú sin haberlo pensado
Heredas un marquesado,
Y das de baja á una tia.
Yo con esperanza igual
Aquí vengo en diligencia;
Y en lugar de rica herencia
Dios me depara un rival.
Tú sin amor te confiesas
Y á Victorina mereces,
Y yo la juro mil veces
Que la adoro, y ¡ ni por esas!
¡ Ah! Por tí, por tí la pierdo.
Cede. Tu bondad invoco.
¡ Cielos! No se casa el loco,
¡ Y se ha de casar el cuerdo!
Marq. Ya mi palabra empeñé,
Y no he de hacer un desaire...
Conde. ¡Eh! Pasará por donaire.
No es artículo de fe.
Marq. Mas la hablaré de tu amor;
No puedo hacer mas por tí;
Y si te prefiere á mí
No tendrás competidor.
Conde. Basta. Si el amor me ayuda
(*Dándole la mano.*)
Y mi presagio no miente
Yo espero...
Marq. Vamos...
Conde. Detente.
Ya está aquí la hermosa viuda.

ESCENA XIII.

EL CONDE, VICTORINA, EL MARQUÉS.

Vict. Perdonadme. El tocador
Seriamente me ocupaba,
Que toda novia es esclava
Del ¿cómo estará mejor?
Marq. Siempre estais incomparable.
Conde. Sí; siempre. Tiene razon.
Vict. (¡ Ah! Siento una agitacion...)
Mil gracias. Sois muy amable.
Marq. Sin adornos exteriores
Que á las feas no embellecen
Vuestros encantos merecen
El trono de los amores.
Vict. Excusad...
Marq. ¿Quién no celebra
Ese sonreir gracioso...?
Conde. ¡ Hombre...!
(*En voz baja.*)
Marq. Ese talle donoso...
Conde. (¡ Vive Dios, que la requiebra!)
Vict. Sois galante, y veis en mi
Gracias...
Marq. Que existen, señora.
Dígalo quien os adora;
Dígalo el conde.
Conde. (Eso sí.)
Vict. ¡Qué decis!
Marq. ¿A qué os turbais?
Sabed que no se me esconde
El amor que os tiene el conde.—
Vos tambien quizá le amais.
Vict. ¡ Conde! (No se dónde estoy.)
Marq. Yo no soy ningun tirano,
Y si prefereis su mano,
Libre sereis desde hoy.
Vict. Yo... si...
Conde. No tengo una vena
Con gota de sangre ahora.

ESCENA XIV.

EL MARQUÉS, VICTORINA, EL CONDE,
DON GERARDO, ELENA.

Ger. El escribano...
Elena. Señora...
(*Llega por diferente puerta con un abanico que da á Victorina.*)
¡ Ah! ¡ Gabriel!
(*Reconociendo al marqués.*)

Ger. ¡Cielos!
Marq. ¡Elena!
(*Elena cae desmayada en los brazos de don Gerardo: el marqués desaparece horrorizado: la sorpresa deja inmóviles al conde y á Victorina.*)

ACTO TERCERO.

Sigue la decoracion del anterior. El teatro se va oscureciendo gradualmente

---

ESCENA PRIMERA.

ELENA, VICTORINA.

Vict. Ahora que estás recobrada
De aquel repentino insulto,
¿Podré saber, niña mia,
La causa que lo produjo?
¿Cuáles son tus conexiones
Con el marqués? ¿Cómo pudo
Tal efecto obrar en tí
Su presencia? ¿Qué conjuro
Se esconde en tus bellos ojos,
Que al fijarlos en los suyos
Le hicistes huir de mi casa
Horrorizado y confuso?
Elena. Él es la causa, señora,
De todos mis infortunios.
Bien quisiera haber podido
Confiar solo al sepulcro
Mi desventurado amor,
Mas si ahora fuese mudo
Mi labio, de mi inocencia
Pudiera dudar el vulgo.
Tranquila y feliz vivia
Sin conocer el influjo
Del amor. Por mi desgracia
Me vió, señora, el perjuro
Don Gabriel. ¡Ah! Yo inexperta...
Vict. Él atrevido y astuto,
Tú sensible en demasía,
Él galan hasta lo sumo,
Y el demonio que las carga...
En fin, engañarte supo.
¿No es esto? Sí; que nosotras
No cedemos al impulso
De una pasion. ¡Imposible!
Ya se ve; somos de estuco.
Elena. ¡Señora!...
Vict. Contra su llanto
Y sus arteros discursos
Y sus falsos juramentos
No fué poderoso escudo
Tu virtud. El fementido
Huyó después; tú sin fruto
Le escribiste, le rogastes,
Y á falta de otro recurso
En pos del ingrato Eneas
Corriste por esos mundos.
Elena. Esa ironía cruel...
Vict. No te alteres: ya concluyo,
Tu buena estrella..., ó la mia,
Al fin te señala el rumbo
Del prófugo caballero.
Llegas á mí; yo te juzgo
Acreedora à mi bondad;
Creo en tu llanto; no dudo
De tu aparente candor;
Te doy albergue; procuro
Consolarte; y tú entre tanto
Preparabas con estudio
Una escena escandalosa
Con que sin duda tu orgullo
Queria humillar el mio.
Venciste. No te disputo
La joya; pero ¿á qué fin
Tener tu designio oculto
Exponiéndome al sonrojo
De presenciar...?
Elena. No. Yo os juro
Por mi vida que ignoraba...
Vict. Bien; será así. No te acuso.
Reclama, pues, tus derechos,
Si acaso tienes alguno,
A la mano del marqués.
Haz alarde del triunfo;
Sé marquesa enhorabuena,
Que si mas tiempo te arguyo
Pudieras creer acaso
Que de envidia me consumo.
Pero allá lejos de mí...
Elena. Perdonad si os interrumpo.
Vuestro decoro y el mio
Exigen de mí que al punto
Me aleje de vuestra casa;
Y no con semblante adusto
Necesitais despedirme,
Que de estos umbrales huyo
Con mas gozo que pesar.
Pero pues yo no os injurio,
Aunque sois funesta causa
De los tormentos que sufro,
No me exaspereis, señora;
No claveis el dardo agudo
De vuestra sátira amarga
En un corazon que al yugo

De viles pasiones nunca,
Nunca cedió. Yo renuncio
A los sagrados derechos
Con que pudiera ante un justo
Magistrado confundir
Al traidor que me sedujo;
Mas no imagineis, señora,
Que á mi desgracia sucumbo
Hasta el doloroso extremo
De sufrir vuestros insultos.
Vict. ¡Pues no faltaba otra cosa!
A damas de alto coturno
Cual vos, señora marquesa,
Debe tratarse con mucho,
Con muchisimo respeto,
Así, pues, con el tributo
De cumplida reverencia
A useñoría saludo,
Y la ruego que se marche
Antes de quince minutos.

ESCENA II.

ELENA.

¡Oh! Ya en mi corazon no hay sufrimiento.
Ya el dolor me fatiga y me sonroja.
No mas, no mas en triste abatimiento
Cubrir de amargas lágrimas mis ojos,
Pues no aplacan el llanto y la paciencia
De mi enemiga estrella los enojos.
Rencor, maledicencia,
Dulce afan de venganza
Que alimentais de un triste la existencia,
De hoy mas sed mi consuelo y mi esperanza.
¡Qué! Porque airado el cielo
Quiso hacerme mujer, yo envilecida,
Cual si tuviese corazon de hielo,
Sin murmurar mi labio
¿El peso he de sufrir de tanto agravio?
¿No sabré yo de cólera inflamada,
Como dé amor un dia,
Vengar la afrenta mia,
Vengarla, ó fenecer desesperada?
Traidor que á tal extremo
Reduces á tu víctima inocente;
Pérfido amante, jurador blasfemo
Que con tanta vileza correspondes
Al mas cordial amor, al mas ardiente,
¿Dónde, villano, á mi furor te escondes?
Ven, ven á hacer alarde
De tu barbaro triunfo;
Ven, y consuma tu maldad, ¡cobarde! —
¿Y triunfarás? ¿Y con infames lazos
A otra mujer unido
Reirás de mi oprobio entre sus brazos?
¡Ah! No. Jamás. Lo juro. Antes mi pecho
Romperá tu puñal en mil pedazos;
Antes verás mi tumba que su lecho.

ESCENA III.

DON GERARDO, ELENA.

Ger. ¡Qué clamores...! ¡Elena!
¡Modera tu dolor!
Elena. ¡Oh! ¡Cómo el alma,
Ya quebrantada su fatal cadena,
Cobra gozosa la perdida calma!
Ger. No me oye..., no me mira...
¡Elena!
Elena. Yo pensaba, — necia he sido, —
Que amor con sus falaces ilusiones
De todas las pasiones
Era la mas suave, la que inspira
Mas dulces sensaciones.
¡Error! ¡Sueño! ¡Mentira!
¡Cuánto mas dulce, cuánto mas... la ira!
Ger. ¡Elena! — ¡Atroz delirio!
Por dicha nadie observa; mas si alguno...
Elena. Pronto, pronto habrá fin mi atroz martirio.
Ger. Huye de aquí, infelice. No te expongas
A desdicha mayor. ¿Por qué en tu daño,
Por qué cerrar los ojos
A la luz del acerbo desengaño?
¿No te basta saber que en menosprecio
De su jurada fe, de tu firmeza,
El perjuro que en lágrimas te inunda
Amante criminal de otra belleza
Su posesion anhela en vil coyunda?
¿Querrás tambien de escarnio vergonzoso
Servir á tu rival envanecida
Y á su cómplice odioso?
¡Ah! Vuelve por tu vida,
Elena, vuelve en tí...
Elena. ¿Quién sois? — ¡Oh cielo!
¡Vos! ¡Oh immenso placer! Con cuanto anhelo
Os buscaban mis ojos!
Ger. De sorpresa...
Ni á hablar acierto. ¡Qué! ¿Será posible...?
¡Ah! Tal vez de tu mente el desvario...
Elena. ¿Me amais?
Ger. ¡Y tú lo dudas! ¿En qué pecho
Fuego de amor ardió como en el mio?
Elena. Si vuestro amor es tanto;
Si aun es por dicha á vuestros ojos bella
Esta angustiada frente
Que la ignominia sella,
No ya, no ya mi boca
Que la culpable ingratitud movía

Vuestra saña provoca.
A vos, sí, á vos tan solo se reserva,
Si la anhelais, mi mano. Esposa, amante...
Aun es poco, señor. Humilde sierva
En mí tendreis. Lo juro al Dios que adoro.
Ger. ¡Ah, que á tanta ventura
Sucumbe el corazon! ¿Es sueño vano?
¡Yo dueño de tu angélica hermosura!
¡Elena! En dulce lloro...
De orgullo... y de placer mi rostro baño.
¡Oh, Dios! Si de mi ardiente fantasía
Fuese esta gloria lamentable engaño,
Mano alevosa, impía
Con él destruya la existencia mia.
Elena. No; no os miente mi lengua,
Ni cupo en mí jamás tan torpe mengua;
Mas, no lo niego, inmenso sacrificio
Tal vez me impongo ahora,
Y en justo galardon un beneficio
De vuestro amor implora
Esta infeliz mujer.
Ger. ¡Cielos! ¿Qué aguardas?
Habla. Toda mi hacienda,
Mi sangre toda venturosa ofrenda
Será de tu beldad.
Elena. No alceis, os ruego,
No alceis la voz. — Riquezas no ambiciono
Ni sed de vuestra sangre me atosiga.
Otra os pide mi encono;
Vertedla, y mereced que yo bendiga
Esa obediente mano vengadora.
Ger. Sí, vengada serás.
Elena. ¡Alma traidora!
El cielo al fin tus crímenes castiga. —
Oid : aunque me ofende
No culpo á mi rival. Tambien es ella
Blanco de la perfidia.
Pues espiró el amor, muera la envidia.
Solo al marqués alcanza
El rayo matador de mi venganza.
Romped su corazon vil, inhumano;
Rompedlo sin clemencia,
O jamás sereis dueño de mi mano.
Ger. ¡Ah! Mas que á tu despecho
Grata será su muerte al odio mio.
Parte. Bajo este techo
Ya no puedes vivir. Parte...
Elena ¿Y adónde?
¡Ay, triste! adonde iré...
Ger. Volver á Utrera
Sería...
Elena. No; ¡jamás!
Ger. Más grata fuera
A tu dolor inmenso la morada
Do inocente respira
Aquel fruto infeliz...
Elena. ¡Oh, prenda amada!
Si en mis brazos le viera...
Mas! ¡ay! vano deseo...
Ger. No. Su asilo
Logró al fin penetrar mi vigilancia,
Y prontos á servirme los pastores
Que cuidan de su infancia...
Elena. ¡Ah! ¿Qué tardais? Guiadme...
Ger. ¿Y quién te venga?
No temas. Un amigo
Tu conductor será. Ginés ahora
Te llevará á su casa. Apenas brillen
Los rayos de la aurora...
Le escribiré. Un instante...
(*Saca una cartera y escribe con lapiz en una hoja del libro de memorias.*)
Un solo instante espera.
(*Elena se sienta con muestras del mayor abatimiento.*)

ESCENA IV.

DON GERARDO, ELENA, GINÉS.

Ger. ¡Oh Dios! ¿Quién viene?
(*Ginés trae luces.*)
Ginés. Yo soy. Nada temais. Aun la señora
Allá en la retirada galeria...
Ger. ¡Ginés! Elena es mia.
(*A media voz.*)
Ginés. Os doy mi enhorabuena...
Y el pésame al marqués.
Ger. ¡Silencio! — Elena.
Elena. ¿Qué me quereis? Ya os sigo. No dormia,
(*Se levanta con lentitud y como enajenada.*)
No; pero en dulce calma
Venturosa yacía,
Y de su asiento desprendida el alma
Lentamente ¡oh placer! desparecía.
Ger. ¡Elena!... ¡Oh qué tormento!
Conturbada otra vez su fantasía...
(Mas si un solo momento
Su partida retardo;...
Si vuelve mi rival y por desgracia
La ve, la habla...) Ginés, á tí la fio,
A tu constante celo, á tu eficacia.
Cerca vive don Juan. Allí segura
Hasta rayar el dia...
Esta carta le entrega.
Elena. No dormia,
No; que enconado el cielo
Me ha negado tambien este consuelo.
¡Yo velaré llorando!
¡Él dormirá tranquilo!
Ginés. Basta. Volando voy.

Ger. Elena mia,
Sigue á Ginés...
Elena. Sí. (*Distraida.*)
Ger. Que á mejor asilo
Él te conducirá.
Ginés. Venid, señora.
(*Tomando de la mano á Elena, que le sigue maquinalmente.*)
Soy vuestro siervo fiel. (Tiembla su mano.)
Elena. Sí; apartadme de aquí. Gozosa os sigo.
Esa luz me atormenta,
¡Esa luz que maldigo!
¡Ah! ¿Qué mano cruel ha disipado
La negra oscuridad que me halagaba?
Huyamos, caro amigo,
Allá donde la noche tenebrosa,
Ya que no el centro de la tumba fria,
Esconda al mundo la vergüenza mia.

ESCENA V.

DON GERARDO.

¡Desventurada Elena!
El dolor que la agobia
Su razon, sus sentidos enajena.
Mas luego que á sus ojos
Desaparezca la mansion odiosa
Testigo de su oprobio y amargura,
Yo espero que la paz y la alegria
De nuevo brillen en su frente hermosa.
¡Oh gozo! Ya su pecho no sojuzga
La imágen de un rival aborrecido.
La sangrienta venganza
Solo se anida en él. Cierto es mi triunfo.
Mi corazon recobra la esperanza.

ESCENA VI.

VICTORINA, DON GERARDO.

Vict. ¿Fuése ya la miserable
Que criminal ó inocente
Tan mal dia nos ha dado?
Ger. Sí, señora.
Vict. Al cielo plegue
Darla mil felicidades
Con tal que de mí se aleje.
Quizá con poca razon
Dije á la infeliz mil pestes;
Mas no pude contener
Mi saña. ¿Y quién la contiene
Despues de un sonrojo...? No;
No es ella, sea quien fuere,
Que no cuido de saberlo,
La que mi enojo merece,
Sino el traidor... (¡Qué cabeza
Me ha dado Dios! ¿A qué vienen
Estas serias reflexiones,
Y elegir por confidente...
¿A quién? ¡á un recienvenido
Lacayo! Pues como pruebe
Tan bien como la doncella,
Me luzco seguramente.)
Ger. ¿Mandais algo?
Vict. Sí; queria
Que... Primero es que me acuerde.—
¡Ah! Sí; un palco de platea
Para la ópera. ¿Entiendes?
Sobra tiempo. Al mayordomo
Le pedirás lo que cueste.
Ger. Está bien.
Vict. Voy un momento
A mi tocador. Si viene
Entre tanto el señor conde,
Que me avisen y se espere.
(Por fin si un novio me planta,
Hay otro que le releve.)

ESCENA VII.

DON GERARDO.

¡Oh qué frívola señora!
¿Y quiere mi negra suerte
Que yo sufra...?
(*Toca la campanilla.*)
Si no hay otro
Que vaya por el billete
Se queda sin él.—¡Ah! Bien.
(*Llega un lacayo, oye el recado que figura darle en voz baja don Gerardo, y vase.*)
Demos el encargo á este.—
Ya tarda Ginés. Yo tiemblo.
Si algun funesto accidente...
¡Y he podido yo apartarme
De mi Elena...! Mas conviene
A mi designio y al suyo
Que ninguno aquí sospeche
La menor inteligencia
Entre los dos.—Será breve
Nuestra ausencia, prenda hermosa,
Y aunque mil vidas arriesgue...

ESCENA VIII.

Don GERARDO, GINÉS.

Ger. ¡ Ah! Ven ; dime...
Ginés. ¿Estamos solos?
Ger. Solos; sí. Nada receles.
¿ Qué es de Elena?
Ginés. Ya está en casa
De don Juan. ¡Ah! Me conmueve
Su estado. Será un prodigio
Si la cabeza no pierde.
Ibala yo consolando
Por la calle come debe
Quien de cristiano se precia;
Pero ella sin responderme
Se dejaba conducir.
Llegamos: piadoso huésped
Don Juan la recibe, y ella
A sus palabras corteses,
O sin concierto responde
O suspirando enmudece.
La esposa de vuestro amigo
La persuade á que se acueste,
Y á tantas penas rendida
Por fin logramos que cierre
Tranquilo sueño sus ojos.
Ger. ¡ Ah! Dios haga que despierte
Mas venturosa.
Ginés. «¡ Venganza,
Venganza de un hombre aleve. »
Son los últimos acentos
Que con voz trémula y débil
Pronunció la desdichada.
Ger. Sí ; no brillará dos veces
La luz del sol, cara Elena,
Sin que mi mano se cebe
En la sangre de un rival
Aborrecido.
Ginés. ¡Una muerte!
¡ Qué horror ! — ¡ Ah ! Mejor seria
Que esa pasion vehemente
Sofocárais y tranquilo...
Ger. ¡ Miserable ! ¿ Qué te atreves
A decirme? Tanta ofensa,
Tantos amargos desdenes
No pudieron de mi amor
Entibiar la llama ardiente;
Y ahora que dulce esperanza
La paz perdida me vuelve,
Ahora que al término llego
De tanto afanar ¿ pretendes
Que aquella imágen hermosa
De mi corazon destierre?
Ginés. Perdonadme. Yo queria...
Como soy naturalmente
Compasivo... Mas ya veo
Que si el marqués no fenece
No conseguireis la mano
De esa sobrina rebelde,
Y de dolor morireis ;
Y así, pues el hado quiere
Que uno muera de los dos,
Sea el marqués por quien recen
Estos labios pecadores;
No el amo que me mantiene.
Ger. ¿Qué tardo pues en retarlo
Y que mi pecho atraviese
O muerto caiga á mis piés?
Ginés. ¿Qué vais á hacer, imprudente?
¡ Tenéos ! En tales lances
No es el valor el que vence,
Sino la destreza. Vos
Ni la espada ni el florete
Manejais, que entre barbechos
Tales artes no se aprenden:
Él es práctico en las armas ;
¿ Correreis á ofrecerle
Vuestra sangre en galardon
De los tormentos crueles
Que os ha causado? ¿Quereis
Sacrificarle el deleite
Del amor, de la venganza?
¿ Pondreis en riesgo inminente
Hasta la vida de Elena
Por obedecer las leyes
De un pundonor temerario
Que ese infame no merece?
¿Guardólas él por ventura
Cuando estando vos ausente
Sedujo á vuestra sobrina,
Y desterró para siempre
La paz de vuestros hogares,
Y sonrojó vuestra frente,
Y mancilló...?
Ger. Basta. El odio
Que dentro de mi alma hierve
Al escuchar tus palabras
En rabia atroz se convierte.
No muera cual caballero
Quien como villano ofende,
Quien osó... ¿Quieres en fin
Que mi flaqueza confiese?
La eterna paz de la tumba
Ayer ansiaba demente:
Hoy que espero convertir
En dichosos parabienes
Tantos dias de amargura,
Horror me inspira la muerte.—
Mas... ¿podré manchar mi mano...?
Ginés. No. Manos habrá que os venguen
Sin que aventureis...
Ger. ¡ Silencio !
(*Viendo venir al criado de la escena anterior.*)

¿La platea? Dame.
(*Tomando el billete que trae el criado.*)
Vete. (*Vase el criado.*)
¿Y dónde hallar quien se atreva...?
Ginés. ¡Aunque fuera el ave Fénix!
Habiendo oro...
Ger. Cuanto pidan.
Ginés. Ayer al pasar el puente
Me encontré con cierto amigo
Que conoce mucho á un jefe
De bandidos que en Triana
Las mas de las noches duerme.
No bien supe que tenia
Conexiones de esta especie,
Afeando su conducta
Juré no hablarle ni verle...
Ger. ¡Oh qué nécia hipocresía!
Al caso. El tiempo se pierde.
Ginés. Mas, si quereis, por su medio...
Ger. Sí; pronto. ¿A qué te detienes?
Ginés. No os inquieteis, y escuchadme.
Lo primero es no exponerse
Y asegurar bien el golpe.
Tal vez á darlo se niegue
Dentro de la poblacion
Ese bandido, si teme
Ser descubierto. En el campo,
Rodeado de su gente...
Ger. Acaba.
Ginés. Al rayar el dia...;
Antes, si preciso fuere,
Se pone Elena en camino,
Porque esto es lo mas urgente.
Ger. Bien.
Ginés. Ya sabeis dónde vive
Don Gabriel.
Ger. Sí.
Ginés. Vais á verle;
Y, puesto que no os conoce,
Fingís que sois un sirviente
De la sobrina, ó del tio
Si mas bien os pareciere.
Haciendo del fiel ladron
Le jurais que está inocente.
Su sobresalto, su fuga
Prueban que en su pecho aun tiene
Demasiado imperio Elena.
Para mejor convencerle,
De las pasadas intrigas
Le haceis tambien confidente,
Echándome á mí la culpa...
Y á vos mismo si conviene.
Le revelais la partida
De Elena al humilde albergue
Donde él mismo tiene oculto
A su hijo; se enternece;
A la piedad y al honor
Se une la voz elocuente
De la sangre; instais; la sigue;
Los ladrones la sorprenden...
Ger. No mas. Te entiendo.
Ginés. (¡Yo sudo!)
No tardeis. Como un cohete
Yo vuelvo ahora mismo en busca
Del bandido; le hablo; viene;
Os poneis de acuerdo...
Ger. Espera.—
¿Qué traes?
(*A un criado que llega.*)
Criado. Este billete
Del marqués de Rivaparda.
(*Don Gerardo y Ginés se miran con inquietud.*)
Ginés. Lo leerá inmediatamente
(*Tomándolo.*)
El ama. ¿Esperan respuesta?
Criado. Sí.
Ginés. Bien. (*Vase el criado.*)
Abrámoslo. Aun tiene
Fresca la oblea. (*Abre el billete.*)
Ger. ¿Qué has hecho?
Ginés. ¿Qué importa culpa tan leve
Cuando...? Leed.
Ger. Cuatro renglones.
(*Lee rápidamente el papel, y vuelve á pegar la oblea.*)
Ver á la viuda pretende.
Ginés. Muy bien. Os ahorra un viaje
Si le recibe.—Alguien viene.
Separémosnos...
Ger. Sí; anda.
Ya te sigo. No te alejes.

ESCENA IX.

DON GERARDO, EL CONDE.

Conde. ¡Calle! ¿Sois vos el lacayo
Hipocondriaco y adusto...?
Ger. Yo soy...
Conde. Bien. Hacedme el gusto
De avisar... (El tal desmayo...;
La escapada repentina
Del marqués... Vaya; increible
Parece...) ¿No está visible
La preciosa Victorina?
Ger. Pasaré recado.
Conde. Sí.
Ger. Tomad, si gustais, asiento
Y esperáos un momento.
Voy... Ya la teneis aquí.

ESCENA X.

El CONDE, VICTORINA, Don GERARDO.

Conde. Señora...
Vict. ¿Tengo platea?
Ger. Tomad.
(*Le da el billete que trajo el criado.*)
Vict. Conde, bien venido.
Ger. Esta esquela que ha traido...
Vict. Venga. (*La abre.*)
¿Permitís que lea?
Conde. Sois muy dueña...
Vict. ¡Es del marqués!
Conde. ¡Qué oigo! ¿Tendrá la insolencia
Tal vez...?
Vict. Me pide licencia
Para ponerse á mis piés.
Conde. ¿Y vos...?
Vict. Supuesto que espera
Mi respuesta el portador,
Decidle que su señor
Puede venir cuando quiera.

ESCENA XI.

VICTORINA, el CONDE.

Conde. ¿Con un hombre que os burló
Sois tan complaciente ahora?
¿Perdeis el juicio, señora?
¿Vos recibis...?
Vict. ¿Por qué no?
Picada me juzgaria
Si yo á verle me negara.
Cuando él no esconde la cara
¿Quereis que oculte la mia?
Venga muy en hora buena,
Que sin susto le veré,
Y no me desmayaré
Gual su interesante Elena.
Venga: no seria tan necio
Que volver quiera á mi gracia.
Si tanta fuera su audacia
Mayor será mi desprecio.
Quizá espera verme absorta,
Triste, abatida... ¡Qué error!
Conde. Mas..., no extrañeis mi temor,
Su visita...
Vict. Será corta.
Conde. Él, antes de aquella escena,
Feliz para mí quizá,
Me contó de pe á pa
La biografía de Elena.
Díjome que le engañó
Que le causó mil pesares,
Quc después de sus hogares
Huyó la tal.—¿Qué sé yo?
Que ya no pensaba en ella,
Que en paz y en gracia de Dios
Iba á casarse con vos
Y bendecia su estrella;
Pero como ya sabia
Que por vos yo estaba ciego
Vuestra mano desde luego
Sin violencia me cedia.
Mas que esto habia de ser
Si á la novia acomodaba;
Que si no, resuelto estaba
A que fuérais su mujer.
Su probidad es notoria;
Lo confieso aunque rival.
Su conducta fué leal.
Solo aquella escapatoria...
En fin, es amigo mio,
Y otro no tengo mas fiel;
Mas si estais quejosa de él,
Hoy mismo le desafío.
O moriré en la palestra
O vereis qué pronto os vengo;
Que injusta ó recta no tengo
Mas voluntad que la vuestra.
Por casarse con mi bien
Quise matarle, señora;
Y por no casarse ahora
Iré á matarle tambien.
Vict. ¿Matarle? ¡Pobre señor!
No le quiero yo tan mal,
Ni ha sido tan criminal
Que merezca ese rigor.
¡Oh! Ni es conveniencia mia;
Porque él pudiera vencer,
Y es fuerte cosa perder
Dos amantes en un dia.
Conde. ¡Cuál me halaga ese temor!
Luego ¿renace en tu pecho...?
Vict. Mira no sea despecho
Lo que te parece amor.
Conde. No; que tu boca divina,
Que me dió tantos enojos...
Grata sonrie, y tus ojos...
¡Ah! Tú me amas, Victorina.
Vict. Sí, mi zeloso; y en vano
Te lo quisiera negar.
Conde. ¡Oh dicha! ¡Un cura! ¡Un altar.
Vict. ¿Estás loco?
Conde. Hé aquí la mano.
Vict. Aun es mayor mi impaciencia
Que la tuya puede ser.
Conde. ¡Qué escucho! A tanto placer
Ya no basta mi existencia.
¿Tú?...
Vict. No á mis palabras des

Interpretacion violenta.
Borrar deseo la afrenta
Que hacerme quiso el marqués.
Me compromete, me humilla
La conducta de ese hombre.
Temo que sea mi nombre
La fábula de Sevilla.
Sí; que el pueblo es el demonio,
Y mil sátiras presagio,
Si no acudo en el naufragio
Al puerto del matrimonio.—
Tal vez mis temores fundo
En vana aprension...
Conde. Sin duda.
Vict. Mas si me quedase viuda
¿Qué diria de mí el mundo?
Soy zelosa de mi fama,
Y en lance tan singular
¿Quién osaría culpar
El orgullo de una dama?
Así con gozo mayor,
Conde, mi dueño te hago,
Pues á un tiempo satisfago
Mi vanidad y mi amor.
Conde. ¡Ah! Mi regocijo extremo
Deja que muestre á tus piés.
Vict. No. En mis brazos.
Ger. El marqués.
(*A la puerta.*)
Vict. Que entre. (*Retírase don Gerardo.*)
Conde. Sí. Ya no le temo.

ESCENA XII.

VICTORINA, EL MARQUÉS, EL CONDE.

Marq. Sé que no es muy fácil, señora,
Mi conducta disculpar...
Vict. ¿Por qué os quereis molestar?
Yo os absuelvo desde ahora.
Marq. Al ver aquella mujer
Yo no fuí dueño de mí.
Mi sorpresa, mi horror...
Vict. Sí.
Marq. Me hicieron...
Vict. ¡Cómo ha de ser!
Marq. Faltar...
Vict. Os volvistes loco:
¿No es verdad? Bien dije yo...
Marq. Fuí desatento...
Vict. ¡Qué! No.
Lo que es ridículo... Un poco.
Marq. Hubo un tiempo, de memoria
Harto aciaga para mí,
En que ciego amante fuí
De Elena...
Vict. Sé ya su historia.
Marq. Mas ya la habia olvidado...
Vict. Y ella, que os iba al alcance,
Se presenta... ¡Vaya un lance!
Se lo doy al mas pintado.
Marq. No dudeis que mi ternura
Por siempre en odio mortal
Convertida...
Vict. Haceis muy mal,
Que es preciosa criatura.
Marq. Señora, esta explicacion
Os molesta; bien lo veo,
Mas obligado me creo
A daros satisfaccion...
Vict. Aunque yo no os la he pedido,
Por satisfecha me doy.
Libre quedais; libre soy.
Es negocio concluido.
Marq. Vuestra mano no merezco,
Mas si huí...
Vict. Nada de encono.
¿Fué desaire? Lo perdono.
¿Fué locura?
(*Mira con ternura al conde.*)
Os lo agradezco.
Marq. Basta. Esa tierna mirada,
Tan conforme á mi deseo,
Es para mí, á lo que veo,
La señal de retirada.
Vict. Nada de eso. A cualquier hora
(*Toca la campanilla.*)
Vuestra es mi casa; de noche,
de dia...
Marq. Gracias...
Vict. El coche.
(*A Ginés, que llega.*)
Marq. Beso á usted los piés, señora.

ESCENA XIII.

EL CONDE, VICTORINA.

Vict. ¿Qué tal? ¿No aplaudes mi calma
Conde. Y tu gracia sin ejemplo.
¡Qué dichoso me contemplo
Reinando solo en tu alma!
Vict. Ahora al teatro conmigo
Vendrás, pues tengo platea,
Y la aristocracia vea
Que no me falta un amigo.
Conde. Sí; y un amante sincero.
Mas ¿cuando unidos los dos...?
(*Ginés aparece por el foro.*)
Vict. Pronto.

Conde. ¡Sí, hermosa, por Dios!
¡Pronto; que sinó, me muero!

ESCENA XIV.

GINÉS.

(*Desde la puerta mirando adentro.*)
¡Mal haya tanto charlar!—
Ya se van. ¡Gracias á Dios!
Ya somos amos de casa,
Y podremos sin temor
Conferenciar... Mucha flema
Gasta el compadre Rejon.—
No es extraño. Le dejé
Vistiéndose de señor,
Difraz que ha adoptado á fin
De no llamar la atencion;
Y aunque no es hombre de estarse
Consultando al tocador
Mucho tiempo... Abren la puerta...
Él es;... el mismo.—Aquí estoy,
Señor don Jorge. Adelante.

ESCENA XV.

GINÉS, REJON.

Ginés. Solos estamos los dos.
Salió el amo...
Rejon. He visto el coche.
Ginés. No temas.
Rejon. ¡Temer! ¿Quién? ¡Yo,
Que fuí diez años sargento,
Y aunque ahora bandido soy
Por mi desgracia...! Eso, tú,
Que siempre has sido collon.
Pero...
Ginés. El mayordomo es nuestro.
Rejon. ¿Sabe que vengo...?
Ginés. Eso no.
Solo sabe lo preciso.
Rejon. Bien.
Ginés. Y está en obligacion
De complacer á mi amo.
No hay ningun riesgo.
Rejon. Mejor.
Ginés. Si temes que yo te venda...
Rejon. No; que si fueras soplon
Yo tambien sabria entonces
Sacar tus trapos al sol.
Ya sabes que no podemos
Ser enemigos los dos.
Ginés. ¿Mis trapos? ¡Eh! Niñerías.
Ya hace tres años que soy
El hombre mas timorato..
Vamos, un santo varon.
Rejon. Sí; bien tuviste osadía
Para ser estafador
Y miserable tahur
Como un tiempo lo fui yo:
Mas cuando empresas mayores
Te propuso mi valor
No fuiste hombre...
Ginés. Siempre tuve
Pacífica condicion.
Allá en mis años primeros
Estudié...
Rejon. ¡Sí; gran doctor!
Pero ¿dónde está tu amo?
Ginés. Detrás del *quidam* salió
Que, como sabes, mañana
Será...
Rejon. ¡Tanta dilacion
Para nada!
Ginés. Ten paciencia.
Rejon. Si tarda mucho, me voy.
Ginés. Espera...
Rejon. Espere el canalla
Que se sujeta al baldon
De ganar un vil salario.
Ginés ¡Oh! Soy administrador,
Secretario y mayordomo
De un ricachon... solteron.
Le inspiro gran confianza,
Y las cuentas que le doy
Nunca mira. No me cambio
Por el mismo emperador
De Marruecos. Ya tengo hecha
Mi pacotilla...
Rejon. ¡Ladron!
Ginés. Con ella y un pasaporte
Que la industria me adquirió,
Yo, que no soy tonto y veo
Que corre á su perdicion,
Mañana tomo soleta,
Y adivina quién te dió.—
Pero, hablando de otra cosa...
(Démosle conversacion
Para entretenerle.) ¿Sabes
Que pareces un milord?
Rejon. ¿De veras?
Ginés. ¿Qué diablo al verte
Reconoce á un salteador
De caminos?
Rejon. ¿Y qué diablo
Bajo ese tono de voz
Tan meloso, y esa cara
De novicio en procesion
Descubre al mayor tunante
Que madre humana parió?
¿Quién...?

Ginés. ¡Silencio! Siento pasos...
Iré á ver... Es mi señor.

ESCENA XVI.

DON GERARDO, GINÉS, REJON.

Ginés. ¿Le hablásteis?
Ger. Le hablé.
Ginés. ¿Ha caido
En nuestro lazo?
Ger. Cayó.
Ginés. ¿Reconoce la inocencia
De Elena?
Ger. Sí.
Ginés. ¿Y el amor
Renace en él...?
Ger. Demasiado.
Ginés. El caballero Rejon.
(*Presentándole.*)
Ger. Bien.
Ginés. ¿Se dispone á seguirla?
Ger. Al nacer el nuevo sol,
Pues antes que el alba rompa
Saldrá Elena. — Oidme vos.
¿Estais dispuesto á servir
De instrumento á mi rencor?
Rejon. ¿Estais dispuesto á pagarme
Bien y como hombre de pro?
Ger. ¿Cuánto?
Rejon Una muerte alevosa
Ya veis que es crímen feroz.
Ger. No perdais tiempo
Rejon. ¿Qúién es
Blanco de vuestro rigor?
Ger. El marqués de Rivaparda.
Rejon. ¿Marqués, nada menos? ¡Oh!
Por su cuna y su dinero
Gozará de alto favor.
¿Quién no le querrá vengar?
¿Qué escribano no sirvió
De rodillas á un marqués?
Si fuera algun pobreton...
Ger. Acabad.
Rejon. Doscientas onzas.
Ger. Se os darán.
Rejon. La mitad hoy,
Y la otra mitad mañana
En el campo del honor,
Si quereis satisfaceros
Viendo el cadáver; si no,
Con enviar un criado...
Ger. No. Verle quiero.
Rejon. Mejor.
¿Adónde el viaje?
Ginés. A un cortijo.
Que dista de Écija dos
A tres leguas. A la izquierda
De la Luisiana...
Rejon. Ya estoy.
Sobre un collado...
Ginés Cabal.
Rejon. A palmos conozco yo
Aquel terreno. Esta noche
Vuelo á tomar posicion
Con mi cuadrilla. — ¡Ea! Venga
Esa mano ¡voto á briós!
(*Toma la mano á don Gerardo y se la aprieta. Don Gerardo muestra inquietud y terror.*)
Esta otra para el dinero.
Ger. Venid á tomarlo.
Rejon. Voy.
Gines. (¡Doscientas onzas!)
Rejon. ¿Temblais?
El hombre ha de ser atroz.

ACTO CUARTO.

Fragoso despoblado entre la Luisiana y Écija, inmediato al camino real de Madrid á Cadiz, que se supone estar á la izquierda del actor y que lo cubren los árboles y la maleza. En la misma direccion, hácia la cual y tambien hácia el foro se eleva con desigualdad el terreno, aparecen dos ladrones en actitud de estar prontos á acometer á los caminantes. Rejon, Tormenta y Pancho en el tablado. Los demás ladrones de la cuadrilla se supone que están colocados al otro lado del camino.

—

ESCENA PRIMERA.

REJON, TORMENTA, PANCHO,
LADRONES.

Pancho. ¡Por Dios que es mucho el afan
De este oficio aperreado!
¿Vela mas ningun soldado?
¿Suda mas un ganapan?
Te juro, mi capitan,
Que á veces envidio yo
Al que cobarde nació,
Y tanto á aburrirme llego
Que en cuerpo y alma reniego
Del padre que me engendró.
Rejon. Si temes, pide el indulto
Y huye...
Pancho. Si otro que no fuera

Mi capitan se atreviera
A decirme tal insulto...
¿Me has visto esconder el bulto
En ningun riesgo?
Rejon. Jamás.
Pancho. Ni esconderlo me verás.
Mas yo no soy lisonjero.
La vida de un bandolero
Es vida de Barrabás.
Rejon. Pero...
Pancho. Roba á su placer
Con su plata un usurero,
Con sus trampas un fullero,
Con su vara un mercader;
Roba una hermosa mujer
Con fingidas convulsiones;
Roban los viles soplones;
Roba un sastre aun mas que miente;
¡Y á nosotros solamente
Nos llama el mundo ladrones!
Torm. Diga el mundo lo que quiera
Pues no vivimos en él.
Pancho. ¿Y no es destino cruel
Convertirse un hombre en fiera?
¿A quién, dí, no desespera,
Si no tiene alma de leño,
No ver un rostro halagüeño,
No inspirar á nadie amor
Y no vivir sin temor
Ni aun en los brazos del sueño?
Torm. Si te desvelas mohino
Temiendo dar en el gancho,
Bébete una azumbre, Pancho,
Y ahoga el pesar en vino.
Pancho. Contra mi perro destino,
Tormenta, ¿no he de clamar,
Si me prohibe agradar
A las mujeres y fiel...?
Torm. ¿Qué importa ¡voto á Luzbel!
Como las puedas comprar?
En este mundo embustero
¿Cuántos mejores que tú
Espantaran como el bú
Si no tu viesen dinero?
¿Qué ha de hacer un bandolero
Del amor y sus perfiles?
Filigranas tan sutiles
En mi reino no entrarán;
No; que harta guerra me dan
Escribanos y alguatiles.
Pancho. Te confieso que es afrenta
Tal locura en un bandido,
Pero soy hombre perdido
En viendo faldas, Tormenta.
Rejon. Callad, que ya me impacienta
Conversacion tan extraña.
Con la codicia y la saña
Se aviene mal el amor.
¿No nos basta el alto honor
De escandalizar á España?
Torm. ¿Qué sabes tú si te espera
Mejor suerte...?
Pancho. ¿A mí? Bien sé
De qué modo acabaré
Mi maldecida carrera.
Si ahí en esa carretera
No me sacan el redaño,
Sentado en el vil escaño
Daré al pueblo una funcion
Y mi cabeza á un sayon.
Rejon. ¿Y qué? Tal dia hará un año. —
Mas las cuatro van á dar
Y aun no parece mi muerto.
Pancho. Hoy casi ha estado desierto
El camino.
Rejon. ¡Es buen tardar!
Pancho. Poco ha habido que robar.
Rejon. Mejor para tu conciencia.
(*Los ladrones apostados desaparecen por la izquiercia.*)
Torm. ¡Un carruaje!
(*Los tres se dirijen hácia su izquierda preparando los trabucos.*)
Rejon. ¿Habrá pendencia?
Torm. ¿Y quién ha de ser el majo...?
Lad. 1.º ¡Alto ahí, perro! (*Dentro.*)
Voces. ¡Abajo! ¡Abajo! (*Dentro.*)
Rejon. Bien. No han hecho resistencia.
(*Volviendo al proscenio con Tormenta.*)

ESCENA II.

REJON, TORMENTA.

Torm. Una dama y un galan
Con trazas de hombre menguado.
No haremos mucho mercado.
Rejon. Marido y mujer serán.

ESCENA III.

REJON, TORMENTA, PANCHO, LADRONES, ELENA, UN CRIADO.

(*Elena viene conducida de la mano por Pancho: el criado la precede y entrega una esquela á Rejon. Elena sigue como maquinalmente á su conductor. Su vago mirar, su palidez, el estupor que á veces la hará parecer tan insensible como el mármol, y su silencio, interrumpido únicamente por algun profundo

suspiro, manifestarán el estado de enajenacion mental en que se halla.)

Pancho. ¡Buena presa, capitan!
Rejon. ¡Esquela á mí! ¿Qué aventura...?
(*Lee para sí.*)
Pancho. No te asustes, criatura.
(*Sin desasirla.*)
Animo; que nadie intenta
Matarte.—¿Has visto, Tormenta,
Mas peregrina hermosura?
Rejon. Es la consabida Elena.
(*A Tormenta.*)
Torm. Vive el cielo que es bonita.
Rejon. Nada temais, señorita.
(Su situacion me da pena.)
Pancho. ¡Ay cintura macarena!
¡Ay boca...! Ven; que no mancho.
¡Bien haya la madre...!
Rejon. ¡Pancho!
(*Mirando á Pancho con ira.*)
Pancho. (Ya mi pecho es un volcan.)
Guárdemosla, capitan,
Para que nos haga el rancho.
Rejon. ¡Insolente!...
Pancho. ¡Si es tan bella...!
¡Si esos ojos hechiceros...!
Vendédmela, compañeros.
Veinte onzas os doy por ella.
Rejon. Aparta. (*Poniéndose en medio.*)
Pancho. Linda doncella.
Dame siquiera un abrazo
Y verás que dulce lazo...
Rejon. Vil, si á mirarla te atreves,
(*Echándose el trabuco á la cara y poniéndose delante de Elena.*)
Si de ese lugar te mueves,
Te tumbo de un trabucazo,
Pancho. ¡Por san Juan...!
Torm. Calla, salvaje.
Pancho. ¡Hum!... Callo...
(*Con despecho.*)
Torm. O llega tu hora.
Rejon. Venid. Yo mismo, señora,
Os conduciré al carruaje.

ESCENA IV.

TORMENTA, PANCHO.

Pancho. Bramando estoy de coraje.
Torm. En vencerse está la palma.
Pancho. ¡En vencerse!
Torm. Nuestra calma
Te da ejemplo.
Pancho. ¡Vive Dios!...
¡Y tan hermosa!...
Teneis de guijarro el alma.
Torm. De carne somos tambien.
Pancho. Sin halagar los sentidos
¿De qué sirve ser bandidos?
Seamos hombres de bien.
Torm. ¡Qué necio!
Pancho. ¿Dónde se ven
Ladrones tan cortesanos?
Torm. Matar, robar á dos manos
Te permiten: ¿qué mas quieres?
Deshonrar á las mujeres...
¡Eso no! Somos cristianos.

ESCENA V.

REJON, TORMENTA, PANCHO,
LADRONES.

Rejon. (¡Pobre muchacha! No habla
Y sus miradas errantes,
Su palidez... O está loca,
O el susto que ese bergante
Le ha causado... ¡Eh! Ya se fué.
La Magdalena la ampare.)
Otra vez, Pancho ó demonio,
Guárdate de propasarte...
Pancho. Quedo enterado. Ya sé
Que he de vivir como un fraile.
¡Maldita sea mi estampa!
Rejon. O no he ser yo quien mande,
O ha de morir hecho trizas
El que mis leyes quebrante.
Torm. Pasajeros.
(*Rejon y los demás ladrones verifican el mismo movimiento que en la escena primera.*)
Lad. 1.° ¡Alto!
Una voz. ¡Pára! (*Dentro.*)
Cas. ¡Ay! (*Dentro.*)
Lad. 2.° ¡Silencio! (*Dentro.*)
Cas. ¡Vírgen madre! (*Dentro.*)
Tadeo. ¡Por Dios! (*Dentro.*)
Lad. 2.° ¡Abajo! (*Dentro.*)
Rejon. No es gente
(*Mirando adentro y volviendo en seguida á la escena con Tormenta y Pancho.*)
De armas tomar. Adelante.
Torm. Como ellos traigan dinero...
Pancho. Lo que es aquel badulaque,
Poco...
Cas. ¡Piedad! (*Dentro.*)
Torm. ¡Una dama!

Pancho. ¿Una dama?

(*Quiere correr á su encuentro. Una mirada de Rejon le contiene. Doña Casilda llega conducida por el ladron* 1.º *y detrás don Tadeo remolcado por el ladron* 2.º)

Seré mártir.

ESCENA VI.

REJON, TORMENTA, PANCHO, LADRONES, DOÑA CASILDA, DON TADEO, EL MAYORAL.

Cas. ¡Misericordia!
Pancho. ¡Una vieja!...
(Los diablos con ella carguen.)
Tadeo. ¡Por Dios!... ¡Siquiera las vidas!...
Rejon. Aquí no se mata á nadie
Si entrega de bien á bien
El dinero que llevare;
Mas si oculta un solo real,
Fuego y *requiescat in pace.*
Cas. ¡Ay, Vírgen de Guadalupe!
(*Chillando.*)
¡Ay, San Antonio...!
Pancho. ¡Ea, calle!
(*Con aspereza.*)
Rejon. ¿Qué es esto, Pancho? ¿Eres tú
Que te precias de galante...?
Perdonadle: está irritado.
Yo usaré de otro lenguaje.
Señora mia, le ruego
Que no se aflija, ni rabie,
Ni alborote; que nosotros
Somos gente muy amable.
Cas. Bien. El dinero que tengo
Ahí está.
(*Le da un bolsillo. Rejon lo echa sobre un pañuelo que estará tendido en el suelo para recoger lo robado. En él habrá ya dinero y alhajas.*)
Rejon. Nada de fraude.
¡Cuidado!
Cas. No tengo mas.
Pero mi honor... Por el ángel
Custodio...
Rejon. Vivid segura.
No habrá ninguno que os falte
Al respeto. No sois vos
De esas mujeres vulgares
A quienes pueda atreverse
Ningun hombre. Ese semblante
Tiene un no sé qué... capaz
De inspirar respeto á un cafre.
Cas. ¡Eh! Mil gracias... ¿Quién creyera
(*Sonriéndose.*)
Que un hombre de esos modales
Fuese un...; no diré ladron;
Un... Yo no sé como os llame.—
Un recaudador.
Rejon. Cabal.
Cas. Ya empiezo á tranquilizarme.
Torm. Si el capitan lo permite,
Ahora puede consolarte
De aquella prenda perdida
Esa dueña venerable,
Panchon.
Cas. ¿Qué escucho? ¡Dios mio!
Protegedme en este trance.
Pancho. Teniente, bromas á un lado.
No estoy ya tan de remate
Que me vaya á enamorar
De sesenta navidades.
Cas. ¿Sesenta? Estais engañado.
Cincuenta y tres... no cabales.
Pancho. De una vieja garrafal
Que de madura se cae.
Cas. ¡Qué descortés! ¡Qué insolente!
Tadeo. ¡Callad...! (*En voz baja.*)
Cas. ¡A mí tal ultraje!
¡Quién se lo dijera un dia
A doña Casilda Yañez...!
Rejon. No os incomodeis. Son chanzas...
Cas. El diablo que las aguante.
Rejon. ¿Adónde vais á parar?
Cas. A Écija.
Rejon. ¿Y vuestro viaje
Qué objeto tiene?
Cas. Señor,
Mi Tadeo va á casarse...
Rejon. Alzad vos esa cabeza,
Caballerito. ¡Qué diantre!
¿Teneis miedo?
Tadeo. A punto fijo
No lo sé; pero es muy fácil
Que lo tenga.
Rejon. ¿Vuestro empleo?
Tadeo. Soy... escribano.
Pancho. Matadle.
¡Un escribano! ¡Ahí es nada!
¡Desgraciado del que atrape!
Rejon. Teneos.—¿Quién de vosotros
Si se ha visto en una cárcel
No ha inspirado compasion
A alguno de sus cofrades?—
No obstante, yo le condeno
En las costas. Despojadle;
Que si su cara no miente
No se morirá de hambre
El infeliz.
Tadeo. Yo doy fe...

Rejon. ¿ Qué fe? Dinero contante;
Que nosotros no robamos
Las virtudes teologales. —
Lagarto, á tí te encomiendo
El carretero: que pague
Tambien el portazgo.
(*El ladron* 1.° *registra á don Tadeo, y otro al mayoral.*)
Cas. No;
(*Al ladron* 2.°, *que quiere registrarla.*)
A mí no hay que registrarme, —
¡ Señor capitan!
Rejon. ¿Qué es eso?
Cas. No permitais que profanen...
Rejon. Déjala, Caifás; no sea
Que de pudor se desmaye
Esa Lucrecia en adobo,
Y tengamos aquí un lance
De Calderon.
(*El ladron* 1.° *oculta entre la maleza un reloj que ha robado á don Tadeo. Tormenta lo observa y figura delatarle á Rejon en voz baja*)
Torm. Capitan...
Rejon. ¿Tú lo has visto?
Torm. Si.
Rejon. ¡Tunante!
Disimulemos. — ¿ Quién llega?
Pancho. Dos viajeros vergonzantes.

ESCENA VII.

REJON, TORMENTA, PANCHO, DON TADEO, DOÑA CASILDA, EL MUSICO, EL PINTOR, LANDRONES, EL MAYORAL.

Rejon. Bien venidos, caballeros.
(*Al músico y al pintor, que llegan conducidos por un ladron.*)
Lléguense acá: no se espanten. —
¿Por qué os poneis colorado?
(*Al pintor.*)
Ea, no hay que avergonzarse;
Que, aunque yo soy el monarca
De estas bellas soledades,
Trato con mucha llaneza
Al que viene á visitarme. —
Vos estais como alelado. (*Al músico.*)
¿No adivinais el percance
Que os va á suceder?
Músico. Yo...
Rejon. Nada.
En señal de vasallaje
Me dareis vuestra pecunia;
La tomaré sin exámen,
Y con un cuidado menos
Proseguireis vuestro viaje.
Con que... Pero ya es razon
Que á esos prójimos despache.
Señora, yo no os despido;
Mas ya podeis...
Cas. Al instante.
(*Vase el mayoral.*)
Rejon. Idos, pues, y Dios preserve
De algun impuro combate
Vuestro pudor, madre mia.
Si quereis que os acompañe
Hasta la galera...
Cas. Gracias.
Rejon. Escribano, Dios os guarde.
La vida os he perdonado.
Ello, no ha sido de balde;
Pero os juro que si un dia
Caigo por algun desastre
En vuestras uñas, mas caro
Pagaré yo mi rescate.
Tadeo. No. Yo no soy rencoroso.
(Si te llego á echar el guante...)
Soy muy vuestro.
Cas. Muerta voy.
(*Aparte con don Tadeo, yéndose los dos.*)
Quiera Dios que algun ataque
De nervios... Vamos, Tadeo,
Tadeo. ¡Buen viaje hemos hecho madre!
Mas otro peor me espera.
Cas. ¡ Peor! ¿ Cuál?
Tadeo. ¡ Voy á casarme!

ESCENA VIII.

REJON, TORMENTA, PANCHO, EL MUSICO, EL PINTOR, LADRONES.

Pintor. ¡Infelices de nosotros!
(*Bajo al músico mientras hablan aparte Rejon, Tormenta y Pancho.*)
Músico. Amigo, ya no hay escape.
Pero en dándoles los cuartos...
Pintor. Aunque gran falta me hacen,
No siento lo que me quiten,
Sino lo que pueden darme.
Rejon. Aun tengo que despachar
(*Al músico y al pintor.*)
Otro negocio importante.
Soy con vosotros.
(*Pancho y Tormenta sorprenden al ladron* 1.° *asiéndole cada uno de un brazo.*)
Pancho. Traidor,

Date preso.
Rejon Desarmadle. (*Lo hacen.*)
Lad. 1.° ¡Cómo! ¡A mí...! ¿Por qué delito...?
Rejon. Camaradas, ese ínfame
Es indigno de vosotros,
Lad. 1.° ¡Yo!
Rejon. Tú, ratero cobarde,
Que querias usurparnos
Lo que con tantos afanes
Adquirimos para todos.
Lad. 1.° ¿Cuándo...? Ven á registrarme
Y verás...
Torm. Niega, belitre,
Que entre la yerba ocultaste
El reloj del escribano. (*Lo busca.*)
Lad. 1.° (Soy perdido.) Es falso. Nadie
Podrá decir...
Torm. Yo lo he visto
Y Caifás que está delante.
Lad. 2.° Es verdad.
Torm. Mirad el cuerpo
(*Sacando el reloj de entre las matas.*)
Del delito.
Rejon. Ea, apartadle
De mi vista, y sin demora
Mis leyes irrevocables
Se cumplan.
Lad. 1.° Perdon te pido,
Capitan, que no es tan grave
Mi culpa.
Rejon. ¿No obedeceis?
(*Pancho y el ladron 2.° se lo llevan por la derecha.*)
Lad. 1.° ¡Mala centella te abrase!

ESCENA IX.

REJON, TORMENTA, EL MUSICO, EL PINTOR, LADRONES.

Rejon. A los otros camaradas
Será preciso dar parte
De esta ocurrencia. — Sé tú
(*A otro ladron, que parte por la izquierda.*)
Mi mensajero, Galafre. —
Saquemos ahora de penas
A estos pobres caminantes.
¿A ver la bolsa?
Músico. Esta es. (*Dando la suya.*)
Rejon. Poco pesa. (*La registra.*)
¡Treinta reales!
(*Los echa en el pañuelo, y lo mismo hará con el dinero del pintor.*)
Músico. Ese es..., era mi caudal.
Rejon. Pues ¿á dónde vais?
Músico. ¡A Cádiz!
Rejon. ¿La vuestra?
Pintor. Tomad.
(*Entregando tambien su dinero.*)
Rejon. ¡Seis duros!
Tampoco estais muy boyante.
¿Y á dónde bueno?
Pintor. A Sevilla.
Torm. Yo temo que nos engañen.
Registremos...
Rejon. ¡Buena gana!
Pues ¿no ves ese equipaje?
Torm. Cierto, y viajeros peones...
Rejon. ¿Sois por ventura escolares?
Pintor. No, señor. Mi compañero
Es músico.
Rejon. ¿Y vos? ¿Danzante?
Pintor. Soy pintor.
Rejon. Sea en buen hora.
Pintor. Deseando ejercitarme
En la escuela sevillana,
Y con mucho amor á mi arte,
Pero con poca moneda...
Rejon. Entiendo. Haceis vuestro viaje
Al pié de la letra.
Pintor. Llevo
En esta cartera lápiz
Y papel; y si á mi vista
Algun bello paisaje
Se ofrece por el camino,
Lo dibujo.
Rejon. Bien. Eso abre
El apetito.
Músico. Yo canto
En italiano, en romance,
Y hasta en latin si es preciso.
Soy cantor lírico errante...,
Por no decir de la legua.
¡Oh! Si yo fuera de extránjis
Otro gallo me cantara.
No es justo que yo me alabe,
Pero por ser español
Me silban en todas partes. —
Ahora voy recomendado
Al empresario de Cádiz...
Rejon. ¡Oh, qué idea! Yo tambien
Tengo aficion á las artes,
Y quiero honraros. — Pintor,
Sentáos y dibudjame
En el sublime ejercicio
De mi poder formidable.
Pintor. Yo...
Rejon. ¡Vamos pronto! — ¿Qué escena
Pudiérais pintar mas grande
Mas estupenda, mas...?

Pintor. Yo...
Rejon. ¡Voto á...! ¿Quereis que os lo encargue
De otra manera?
Pintor. Obedezco.
(*Siéntase sobre una roca y se pone á dibujar.*)
Rejon. Ahora es preciso que cante
Este mozo.
Músico. Con el susto
Se me ha secado el gaznate...
Torm. Remojadlo.
(*Dándole un frasco que lleva.*)
Músico. Yo...
Rejon. Bebed.
Músico. (Peor será que me casque.)
(*Bebe y en seguida canta.*)

Duce di tanti erói
Crollar faró gli impe...

Torm. ¿Qué es eso? ¿Cantais en gringo?
¡Voto á briós!... Eso es burlarse.
Aquí no somos naciones.
Rejon. Vaya un polo.
Torm. Y con donaire.
Músico. Corriente. (Haremos de tripas
Corazon.) Oigan los jaques.

(*Canta.*)

« Gachones de San Bernardo,
Los que penais por Catana,
Con mi cuchillo os aguardo
En el puente de Triana.
¡Ay gitana, gitanilla,
Sandunguera,
Caprichosa,
Retrechera,
Valerosa,
Tú eres el sol de Sevilla.
¡Gitanilla! ¡gitanilla! »

Torm. ¡Qué bien canta el arrastrado!
Otra coplilla compadre.
Músico. « Por ella en cárcel oscura... »
(*Canta.*)
(*Oyense dos tiros. Sobresaltado el músico interrumpe su canto.*)
Rejon. No es nada. No os asusteis.
Músico. ¡Dios mio!
Pintor. ¡Vírgen del Cármen!
Rejon. Un pillo menos.
(*Pancho y el ladron* 2° *vuelven á la escena.*)
Pancho. Negocio
Concluido. Ya es cadáver.
Rejon. No transijo con ladrones.
Quien tal hizo que tal pague. —
Mas no haya rencor, amigos,
Que todos somos mortales.
Roguemos por su alma todos.
(*Breve pausa. Se quitan los sombreros y figuran rezar.*)
Dios le asista.
Torm. En paz descanse.
Músico. ¡Y esta gente reza!
(*Aparte con el pintor.*)
Pintor. Calla,
Que pueden á tí rezarte
Tambien.
Torm. Capitan, ahora
Bueno será que nos cante
Uua copla...
Rejon. No; ya basta.
No quiero mortificarle
Mas tiempo. El pobre va á pié;
La Luisiana está distante,
Ya va declinando el sol. —
Maestro, despachad, que es tarde.
(*Al pintor.*)
Pintor. En este momento acabo
Mi dibujo. — Dispensadme
(*Entregándoselo.*)
Que no os lo dé tan perfecto
Como quisiera. No es fácil
En poco tiempo y temblando...
Rejon. ¿Qué decis? ¡Si está admirable!
Este de enmedio soy yo:
¿No es verdad? ¡Vaya si es hábil
El pintor!
Pintor. Vuestra bondad...
Rejon. Y el dibujo ¿cuanto vale?
Pintor. ¡Qué! Nada.
Rejon. ¿Nada? Yo soy
Muy hombre...
Pintor. Si. (¡Dios me salve!)
Rejon. Y no ha nacido este cuerpo
Para que lo pinten *gratis*. —
Ahí va ese par de medallas.
Pintor. Señor...
Rejon. No hay que replicarme,
Que es caso de honra; y ¡por vida...!
(*Las toma el pintor.*)
Tomad vos, cantor de lance.
Músico. Mil gracias.
(*Tomando una onza que le da Rejon.*)
(¡Por una copla
Trescientos y veinte reales!
¡Ay del que venga detrás!)
Rejon. Ea, al camino. — Dejarse
(*Empujándolos.*)
De cortesías. Abur.

Pintor. ¡Qué demonio de carácter!
(*Bajo al músico, yéndose.*)
Músico. Comparado con este hombre
Fué niño de teta *Jaime.*

ESCENA X.

REJON, TORMENTA, PANCHO,
LADRONES.

Rejon. ¡Por Dios que el dibujo es bello!
(*Examinando el dibujo. Los ladrones le rodean.*)
Las peñas, los matorrales...
(*Los ladrones apostados desaparecen en actitud de detener á algun pasajero.*)
Este es el músico. Este otro...
¡Calla! Tu propio semblante.
(*A Pancho.*)
¿No ves? Gordo, carrilludo,
Los ojos como volcanes,
Las cejas...
(*Va oscureciendo.*)

ESCENA XI.

REJON, TORMENTA,
PANCHO, LADRONES, EL MARQUÉS.

Rejon. ¿Qué es eso?
Torm. Un nuevo
Penitente...
(*Llega el marqués conducido por un ladron.*)
Rejon. Que se aguarde.
Torm. Es que...
Rejon. Me encanta este cuadro. —
Tú puedes desbalijarle,
Tormenta.
(*Sigue contemplando el dibujo.*)
Torm. Bien. — Caballero,
Supongo que ya no os cabe
Duda alguna de que estais
Entre bandidos.
Marq. Robadme,
Y abreviad, que voy de prisa.
Torm. Ese orgullo, y ese traje,
Y el ver que viajais en posta,
Son evidentes señales
De que no sois un cualquiera.
Tanto mejor. ¿A ver? Dadme
El pasaporte.
Marq. Tomad.
Torm. Estas son formalidades...
(*Lee entre dientes.*)
« Em... Marqués de Rivaparda. »
Rejon. Ya está aquí mi hombre. Dejadle,
(*Volviéndose rápidamente y echando mano al puñal.*)
Que ese corre de mi cuenta.
Largo va á ser vuestro viaje,
Marqués.
Marq. ¿Qué intentas, villano?
Rejon. Castigar vuestras maldades.
(*Yendo á dar el golpe.*)
¡Qué veo! Esa cara... ¡Él es!
Torm. ¿Le conoces?
Rejon. ¡Mi ayudante!
No, no me engaño. ¿Os llamais...?
Marq. No niego mi nombre á nadie.
Gabriel de Zavala.
Rejon. ¡Oh Dios!
¡Y yo queria matarle!
¿Ya no os acordais de mí?
¿No me conoceis? Miradme.
Marq. No recuerdo bien...
Rejon. Yo soy
El sargento Alonso Suarez...
Marq. ¡Tú!
Rejon. Que en vuestro regimento
Servía seis años hace...
Marq. Sí; tú eres; y de infamia
Te cubriste...
Rejon. Horas fatales.
Me jugué un dia los fondos
De la compañía...; un martes
Por cierto; y me receté
Yo mismo mudanza de aires.
Desde entonces poseido
De aquel vicio abominable...
Pero ni á vos os importan
Mis aventuras y afanes,
Ni yo por ahora tengo
Intencion de confesarme.
Partid: vuestro nombre os salva;
Y ojo alerta en adelante,
Que no os faltan enemigos,
Y hay venenos y puñales.
Marq. ¿Qué traidor...?
Rejon. Juré guardar
Silencio. Saber os baste
Que, aunque tengo un corazon
Mas negro que el azabache,
Ni soy delator ni ingrato.
Siendo mi jefe me honrásteis
Con vuestro aprecio, y mil veces
Me colmásteis de bondades.
Marq. Eras valiente y honrado.

¿Quién creyera...?
Rejon. El hombre es frágil,
Marq. Aun pudieras reparar
(*Bajando la voz.*)
Tus delitos...
Rejon. Es ya tarde.
Idos.
Marq. ¡Ah! ¡Quién me dijera
Que en ese ejercicio infame...!
Rejon. ¡Marqués!...
Marq. ¡Otra fué algun dia
Tu ambicion!
Rejon. ¡Voto á...! Dejadme.
¿A qué recordais...? Ya estoy
Llorando como un cobarde.
Pagado estais. Id con Dios,
Y sed venturoso amante.
Marq. (¡Gracias te doy, justo cielo,
Pues permites que aun consagre
Mi existencia al bien que adoro!)
Rejon. ¡Ea! ¿Qué esperais? ¡A escape!

ESCENA XII.

REJON, TORMETA, PANCHO, LADRONES.

Rejon. Ya os he visto murmurar
Y de reojo mirarme;
Mas decidme, camaradas:
¿Será justo que yo bañe
Mi sanguînario puñal
En la esclarecida sangre
De un oficial á quien debo...?
Pancho. ¿Quién te obliga á que le mates?
¿Qué nos importa á nosotros
Bandidos, no sacristanes,
Que viva ó muera un marqués
Donde los hay á millares?
Pero dejar que se vuelva
Al camino sin robarle...
(*Murmullo de los ladrones.*)
Rejon. ¡Silencio, canalla ruin!
Nadie la voz me levante,
Antes que salga la luna
Vereis cómo os satisface
Rejon.
Torm. Valga tu palabra;
Mas la que anoche empeñaste
A aquel hombre...
Rejon. Poco importa
Que aquella palabra falte,
Pues no la dió la amistad.
Mas por si acaso no trae
En su poder las cien onzas
Temiendo que yo le engañe,
Me ocurre un ardid... Caifás,
Vé á desnudar el cadáver
De Simon. Con tu cuchillo
Desfigura su semblante...
Lad. 2.° Entiendo. (*Vase.*)
Rejon. Apenas se ve.
Fácil me será engañarle.
No ha de venir tan despacio
Que á reconocer se pare
A un difunto, ni es tampoco
De aquellos hombres audaces,
Y sin conciencia... Yo ví
Que le temblaban las carnes
Solo de intentar su crímen:
¿Qué será cuando señale
Mi mano el helado cuerpo?
Pero si es tan arrogante
Que á examinarlo se atreve
Y hacemos la farsa en balde,
No por eso receleis
Que las cien onzas os falten.
Yo os prometo...
Torm. Un hombre solo
Baja por esos jarales.
Rejon. Él será, pues se mantienen
Tan quietos los vigilantes.
Torm. ¡Qué pálido...!
Rejon. ¿No os lo dije?—
Señor don Gerardo, avance
Vuestra merced.

ESCENA XIII.

DON GERARDO, REJON, TORMENTA, PANCHO, LADRONES.

Ger. ¿Dónde...? ¿Quién...?
(*En la mayor turbacion.*
¿Dónde está el jefe? — Llevadme...
Rejon. En vuestra presencia está
Si algo teneis que mandarle,
Mas venia tan azorado,
Tan descolorido... Dadle
La bota...
Ger. No.
Rejon. Extraño mucho
Que Ginés no os acompañe.
Ger. ¡Ginés!... No existe. El caballo
Desbocado... Muerto yace
En la Luisiana.
Rejon. ¿Sí? Os doy
Mi enhorabuena. Pillastre
Mas socarron... Él ha sido
El autor de vuestros males.

Ger. No sé; ni quiero saberlo.
Rejon. ¡Oh! Lucifer bien lo sabe.
Ger. ¿Vino... el marqués?
Rejon. Si; poco há.
Ya podeis encomendarle
A Dios.
Ger. ¡Oh cielo!...
Rejon. Vendreis...,
Eso no puede dudarse,
A dar cumplimiento...
Ger. Sí.
Rejon. Vivan los hombres puntuales.
Tambien lo ha sido Rejon.—
¿Veis aquel rastro de sangre?
(*Asiéndole del brazo y llevándole hácia su derecha.*)
Ger. ¡Oh, qué horror! (*Vuelve los ojos.*)
¡Suelta, asesino!
Rejon. ¿Ahora venís acusarme?
El asesino sois vos.
Ger. ¿Yo?... ¡Sí!
Rejon. Pero eso no vale
La pena... Mirad.
Ger. No mas.
Déjame huir, miserable,
Adonde mi atroz destino
Tal vez ¡ay de mí! me arrastre
A nuevos horrores.—Toma;
Tu codicia vil se sacie.
(*Le arroja un bolson.*)
Mas que te ofrecí te doy.—
¡Oh amor, amor execrable!
Por tí mi infamado nombre
Maldecirán los mortales.
¡Elena!... Logre yo al menos
Que tu corazon se apiade
Aunque el rayo vengador
A tus piés me despedace.

ESCENA XIV.

REJON, TORMENTA, PANCHO,
LADRONES.

Rejon. (¡Desventurado!) Que vengan
Los camaradas, Calafre.
(*Galafre se coloca sobre una altura y da un silbido, á cuya señal acuden por diferentes lados todos los de la cuadrilla. Otro ladron recoje lo robado.*)
Recoje tú ese pañuelo,
Y cuidado con pringarte
Como Simon, si no quieres
Ir al infierno á buscarle.—
¿Están todos?
Torm. Sí.
Rejon. Pues largo,
Que es hora de retirarse.—
Toma tambien esa bolsa.
Todo es vuestro ¡miserables!
Repartidlo entre vosotros.
Torm. ¿Y tú?
Rejon. Yo os cedo mi parte.
Lad. 2.° No, no es justo...
Rejon. Y desde ahora,
Queda mi plaza vacante.
Torm. ¡Capitan! ¿Será posible
Que abandones...?
Rejon. Nadie me hable.
Vuestra vil desconfianza;
Vuestra codicia insaciable...
Las justas reconvenciones
De mi bizarro ayudante...
Basta. Yo no os hago falta.
Buscad, buscad quien os mande.—
¡Adios! En mi corazon,
Os lo confieso, renacen
Los honrados sentimientos...
Aun soy el sargento Suarez.
Aun puedo emplear mi brazo
En empresas mas laudables,
Mas dignas de quien llevó
Las insignias militares.
Aun puedo, Dios bondadoso,
Expiar tantas maldades
Por mi patria y por mi reina
Vertiendo toda mi sangre.
(*Rejon desaparece. Algunos de los ladrones hacen ademan de seguirle: otros contienen á estos: los restantes manifiestan sorpresa y admiracion*)

ACTO QUINTO.

Interior de una cabaña. La luz de la luna penetra en ella por una ventana situada en el foro. La puerta que sale al zaguan está colocada á la derecha del actor. En frente hay otras dos que guian á los demás aposentos. En el foro una alcoba cubierta con una cortina de coton. Se supone que esta alcoba se comunica tambien con otras piezas interiores, y que la casa tiene otra salida al campo. Algunas sillas rústicas y una mesa de pino son los únicos muebles que adornan la habitacion. Sobre la mesa luce un velon.

—

ESCENA PRIMERA.

ELENA, PASCUAL, BLASA.

(*Elena aparece sentada y en la mas profunda melancolía.*)

Blasa. Consoláos, señorita.
Si en esta cabaña pobre
No os podemos ofrecer
Los placeres de una córte,
En ella encontrais al menos
Dos piadosos corazones
Que ya que no la remedien
Vuestra desventura lloren.
Elena. Sí. — Mi cabeza... Jurara
Que tengo sobre ellá un monte.
(*Se despeina.*)
¡Ah! Ya respiro.
Pasc. ¡Infeliz!
Blasa. ¡Buen Dios, haced que recobre
Sus sentidos! — Vuestro tio
Debe llegar esta noche...
Elena. ¡Gabriel! ¡Gabriel!
Blasa. Él os ama.
¿Qué importa que os abandone
Un traidor...?
Pasc. ¡Quién lo creyera!
Nos dió tan buenos informes
De su merced el sugeto
Que trajo el niño, y tan noble
Ha sido su prodecer
Con nosotros... ¡Cien doblones
Por guardale su secreto!
(Yo lo descubrí por doce.)
Elena. ¿Dónde estoy? ¿Quién me ha traido
A este solitario bosque?
¡Asesinos! ¡Ah! ¡Piedad!
¡Piedad! ¿Nadie me socorre?
Blasa. No temais aquí, señora,
A asesinos, ni á ladrones.
Estais entre gente honrada
Que os sirven con mil amores
Y al lado de vuesto hijo,
Ya que un fementido rompe
Los santos lazos...
Elena. ¡Qué altiva!
¡Miradla cómo dispone
Los atavíos nupciales!
Dejadla, amigos, que goce
De su soñada victoria,
De sus dulces ilusiones.
Mio es Gabriel; solo mio.
No temais que me lo roben
La ingratitud, la calumnia,
La intriga... ¡Cielos! ¡El coche!
Soy perdida. ¡Deteneos! (*Se levanta.*)
¡Ah! Nadie escucha mi voces.
Ella me mira altanera;
Él de mis ojos esconde
Su yerto rostro que anuncia
Remordimientos atroces.
Blasa. ¡Ah! Señorita...!
Elena. Miradla.
¡Qué de joyas! ¡Qué de flores! —
¡Cuánto embellece la dicha!
Yo desvalida; yo pobre...
Mis ojos sin expresion;
Mis mejillas sin colores...
Hace bien en despreciarme.
¡Soy ludibrio de los hombres
Y oprobio de las mujeres!
Pasc. Cesen ya vuestros clamores.
Mirad...
Elena. ¡Silencio! Ya llegan
Al ara. Ya el sacerdote...
¡Esto es hecho! Ya reciben
Los venturosos consortes
Mil parabienes; y yo...
¿Dónde estás? ¿Dónde te escondes,
Perjuro? ¡Ven! — ¡Ah! Primero
Que tu triunfo se corone,
Yo te arrancaré del alma,
Aunque el mundo me lo estorbe,
La imágen de mi rival.
Si quieres que le perdone,
Vuelve la paz á mi pecho,
Vuelve el honor á mi nombre,
¡Vuélveme el hijo adorado!
Blasa. Qué, ¿ya olvidais que os acoge
Un mismo techo, señora?
Elena. ¡Ah! Sí, sí. Honrados pastores,
Perdonadme. No extrañeis
Que tantas penas me agobien.
Tened compasion de mí.
¡Por Dios...! ¿Quereis que me postre
A vuestros piés? Dadme, os ruego,
La prenda de mis amores.
Pasc. Allí...
Blasa. ¡Pascual!... (*A media voz.*)

Elena. ¡Hijo mio!
(*Corriendo al foro.*)
Dejad, dejad que repose.
(*Mirando adentro por entre la cortina. Pascual y Blasa no se separan de Elena.*)
¡Cuán apacible es su sueño!
¡Ay! Criminales pasiones
No le cercan todavia
De fantasmas y de horrores.
Duerme, amor mio. Yo en balde
Una noche y otra noche
Ese consuelo demando
Al cielo que no me oye.
Un solo sueño á mis ojos
Reservan ya sus rigores:
El de la tumba!
Blasa. ¡Qué dicha!
Otra vez le reconoce.
Elena. Tú mi consuelo serás...
¡Por Dios, amigos, que ignore
Su cuna! no me maldiga;
No abomine de mi nombre.
Blasa. Ten cuidado...
(*Aparte con Pascual.*)
Pasc. Nada temas.
Elena. ¡Cuán hermoso!... ¡Ah! ¡No malogren
Tus hechizos infantiles
Los cierzos asoladores!
No mas. Perdona, hijo mio,
Que tu blando sueño viole
Mi amoroso labio... ¡Cielos!
¡Él es!... ¡Qué facciones!
¡Infame! ¿Tú á la inocencia
Para evitar mis rencores
Robas el amable rostro?
No de tu triunfo blasones.
Te reconozco; te veo.
Tiembla, perjuro, que el golpe
De mi venganza... ¡Un puñal!
Blasa. ¡Deteneos!
Elena. ¿Nadie me oye?
¡Un puñal! — Mas ¿quién me impide
Que entre mis brazos le ahogue?
(*Va á penetrar furiosa en la alcoba y Pascual la sujeta.*)
Blasa. ¡Pascual!
Pasc. ¿Qué haceis?
Elena. ¡Ah! ¡Mi hijo!
(*Da un grito de espanto y se desmaya.*)
Blasa. Detenla.
(*Entrando en el dormitorio.*)
Pasc. Ocúltale. Corre.

ESCENA II.

ELENA, PASCUAL.

Pasc. ¡Señorita!... No respira.
Parece estátua de bronce. —
¡Ah! Ya suspira.
Elena. Dejadme.
(*Desprendiéndose de los brazos de Pascual.*)

ESCENA III.

ELENA, PASCUAL, BLASA.

Blasa. ¡Señorita...!
Pasc. No la enojes.
Retírate.
Elena. ¿Ni un momento
Me he de ver sola?
Blasa. Dan golpes
A la puerta. — Corre á ver
Quién es. (*Pascual va á abrir.*)
¡Señorita! — Inmóvil,
Pálida como la muerte,
Me mira y no me responde.

ESCENA IV.

EL MARQUÉS, ELENA, PASCUAL, BLASA.

Marq. ¿Dónde está, dónde...? ¡Ella es!
(*Corre á los brazos de Elena.*)
Pasc. (¿Quién será este hombre?)
Marq. ¡Alma mia! —
¡Callas!
Pasc. Buen lance sería...
Marq. Soy tu Gabriel.
Blasa. (*A Pascual.*) ¡El marqués!
Marq. Sí; yo soy. Dios bondadoso
Quito á mis ojos la venda,
Y al fin mi adorada prenda
Recobro. ¿Quién mas dichoso?
¡Elena!... ¡Qué! ¿ni un acento...?
Ni aun fijas en mí los ojos...
Cesen, cesen tus enojos,
Y no en tan feliz momento...
Blasa. ¡Ah, señor! La desdichada
Ha perdido la razon.
Farq. ¿Qué decís?
Pasc. Da compasion.
Está loca rematada.

Blasa. ¡Ah! no la conocereis.
Marq. ¡Cielos! ¿Tambien esta pena
Me reservais? ¡Elena!
Elena. ¿Quién me habla? — ¿Qué me quereis?
Marq. Soy tu Gabriel. Vuelve en tí.
Elena, No. Loco estás. ¡Tú Gabriel!
Marq. Sí, Elena.
Elena. Si fueras él
No te acercáras á mí.
Él tiene un alma feroz:
Tú eres tierno y compasivo.
Marq. ¡Y á tal dolor sobrevivo!
Elena. ¡Qué bien me suena tu voz!
Sin duda el cielo te envia
A ser mi ángel tutelar.
¡Ah!... Yo te quisiera amar.
¿Podré amarte?
Elena. ¡Élena mia!
Elena. ¿Tuya? No. ¡Jamás, jamás!
¿Por qué me dás ese nombre?
Marq. Porque te adoro.
Elena. Eres hombre.
Marq. Te juro...
Elena. Me engañarás.
Tambien Gabriel me juraba
Ardiente y eterno amor,
Y su labio seductor
Mi desventura labraba.
¿Le conoces?
Marq. Sí, mi bien.
Elena. ¡Ah! ¡Cuál fuera su contento
Si ahora viese mi tormento!
Corre á darle el parabien.
Marq. Mira que estás engañada...
Elena. Sí; mi parabien sincero.—
No le digas que yo muero
Zelosa y desesperada.
No digas que llevo á mal
Su inconstancia, su perfidia.
No digas que Elena envidia
El triunfo de su rival.—
¿Y por qué? ¿Tú no me amas?
Marq. Sí, sí; y el lazo dichoso...
Elena. ¡Qué bálsamo delicioso
En mi corazon derramas!
¿Y hay un hombre ¡oh maravilla!
Que en medio á tanta amargura...?
No retardes mi ventura.
Partamos pronto á Sevilla.
Allí me quiero casar.
Mi gloria será mayor
Cuando contigo el traidor
Me vea al pié del altar.—
¡Qué bello mozo es mi novio!..
Mas no he de engañarte; no
No tengo otra dote yo
Sino lágrimas y oprobio!
Marq. No. Yo tu virtud confieso
Y mi error fatal maldigo.
A Dios pongo por testigo...
Elena. Siento en los ojos un peso...
¡Oh! Si pudiera llorar...
¿Quién mis lágrimas detiene?—
¿Quién es ese hombre? ¿A qué viene?
No me dejan descansar.
Marq. ¡No hay esperanza!—¡Mi dueño!...
Blasa. Callad. Tal vez si se duerme..
Elena. Ya no puedo sostenerme.
Llevadme. El cansancio..., el sueño...
Blasa. Venid, señorita. Vos
No la sigais.
Marq. Un instante.
Elena. Su voz... Su grato semblante...
(*Retirándose lentamente apoyada en Pascual y Blasa.*)
¡No me desperteis por Dios!

ESCENA V.

MARQUÉS.

Dueño infeliz de mi vida,
¡En qué situacion te veo!
Tarde tu virtud conozco;
Tarde reparo mis yerros.
Siempre te amé, dulce Elena;
Mas con colores tan negros
Te pintaron á mis ojos
Y tanto fué mi despecho...
¡Oh, si la razon perdida
Pudiera volverte á precio
De toda mi sangre!—Amigos...

ESCENA VI.

EL MARQUÉS, BLASA, PASCUAL.

Blasa. Ya por fin tranquilo sueño
Cerró sus ojos. Tal vez
Cese con él su tormento.
Mas pudiera despertar
De improviso; y mucho temo
Que si os ve y os reconoce
Sin prevenirla primero,
Llegue su fatal demencia
Al mas lastimoso extremo.
¡Tal es el horror que os tiene!
Marq. ¡Horror! ¡Ah! No lo merezco.
Las apariencias me culpan,

Mas sabe Dios que mi anhelo
Fué siempre hacerla dichosa,
Y si mi destino adverso
Me lo impide, ni en la tumba
Tendrá fin mi sentimiento.
Blasa. Sois noble, señor marqués:
Procedereis, yo lo espero,
Como tal; mas una intriga
Cuyo orígen no comprendo
A los ojos de esa dama
Parecer os hace reo.
Conviene que os retireis
Hasta que se vea el medio
De anunciaros...
Marq. Sí; bien dices;
¡Oh! mi amor está dispuesto
A mayores sacrificios.
Blasa. Seguidme. Al pié de ese cerro,
Cien pasos de esta cabaña
Hay otra. En ella os ofrezco
Pobre, mas seguro albergue,
Porque la habitan mis deudos.
Por la puerta del corral
El camino acortaremos.
Allí, señor, vuestras penas
Hallarán dulce consuelo
En el tierno fruto...
Marq. ¡Oh Dios!
¿Voy á ver?
Blasa. Pocos momentos
Antes de vuestra llegada
Allí lo envié temiendo
Que en un rapto de demencia...
Marq. Basta. Guiadme. Volemos.
¡Oh prenda de mis entrañas!
¡Podré abrazarte á lo menos!

ESCENA VII.

PASCUAL.

Y el tio que va á venir...
No hay duda: aquí hay un misterio
Incomprensible... ¿Y por qué
Me he de devanar los sesos
Para averiguar asuntos
Que no me importan un bledo?
(*Se queda pensativo.*)

ESCENA VIII.

DON GERARDO, PASCUAL.

Ger. Esta es la cabaña. Sí.—
Yo no sé cómo me encuentro
En ella. Mi agitacion...
El atroz remordimiento
Que me despedaza...
Pasc. ¿Quién...? (*Asustado.*)
¿Qué me quereis? ¿Qué...? (Yo muero.)
Ger. ¿No me conoces?
Pasc. ¡Ah! Sí.
¡Vos...! Don Gerardo...
Ger. ¡Silencio!
¿Vino Elena?
Pasc. Sí, señor.
Ger. ¿Dónde, dónde está?
Pasc. Durmiendo.
Ger. ¡Durmiendo! Y yo por su causa...
¿Dónde ha encontrado el secreto
De ensordecer de ese modo
A los horribles acentos
De la conciencia? Ella sola
No ve entre el crímen y el sueño
Una muralla de bronce.
Pasc. ¡Qué decís! Yo me estremezco...
Ger. Sosiégate. Vengo á ser
El amparo y el consuelo
De esa víctima.
Pasc. No dudo...
Mas venís tan macilento,
Tan descolorido... El rostro
Desencajado, el cabello
Erizado... ¿Qué teneis?
Ger. Todo el horror del infierno
Dentro de mi corazon.
Pasc. ¡Ah, señor!... Yo no os ofendo.
Yo, pobre de mí...
Ger. Perdona.
Sin juicio estoy. Vengo muerto
De cansancio.
(*Se sienta apoyando el codo en la mesa.*)
(¡Cuál aumenta
Mi terror el fin funesto
De Ginés! Quizá me guarda
Castigo mayor el cielo.—
Pero si nadie me acusa,
¿Por qué gimo? ¿por qué tiemblo?
Mañana al romper el dia
De esta comarca me alejo
Con la ocasion adorada
De mis atroces tormentos.—
Y ¡qué! ¿tendré yo valor
Para mostrarme sereno
A sus ojos y pedirle
De mi asesinato el premio?)
Pasc. ¡Qué miradas! ¡Qué terror!...
Cualquiera diria al veros...
Ger. ¡Miserable! ¿Tú me acusas?
¿Quién te ha dicho que en mi seno
Clamando está la conciencia?
¿Quién te ha dicho que yo veo

Los abismos infernales
Ante mis plantas abiertos?
Pasc. ¿Por qué os alterais, señor?
Yo no he dicho ni por pienso...
Ger. Esa mujer.. (*Viendo venir á Blasa.*)
Pasc. Es la mia.

ESCENA IX.

DON GERARDO, BLASA, PASCUAL.

Blasa. (¡Don Gerardo!)
Ger. Dadme, os ruego,
Dadme agua con que mitigue
Mi ardiente sed.
Pasc. Al momento.
Corre, Blasa.
Blasa. (Yo no sé
Por qué á su vista me aterro.)
(*Vase y vuelve luego con agua en un vaso.*)
Ger. (Si me sorprenden... Mis armas...
(*Sacando un par de pistolas y reconociéndolas.*)
Bien están. Nada recelo.)
Pasc. ¡Pistolas!... (¡Dios mio! Este hombre...)
Ger. ¿Qué es eso? ¿Qué tienes?
(*Al guardar las pistolas mira á Pascual, que está temblando.*)
Pasc. Miedo.
Ger. ¿De quién? ¿De mí? Miedo no,
Lástima solo y desprecio
Puedo inspirar á los hombres.
Blasa. Beded.
Ger. Dame. (*Bebe el agua con ansia.*)
Os agradezco
El bien que me haceis, amigos.
(*Elena atraviesa lentamente el teatro sin ver á nadie y se sienta pensativa al lado del foro.*)
Mas ¡ah! ¿Me engaña el deseo?
¿No es Elena? ¡Ah? Sí. — Pastores,
Dejadme solo un momento
Con ella.
Blasa. Pero...
Ger. Alejáos,
O mi cólera...
Pasc. ¡Qué ceño! (*Aparte con Blasa.*)
Vamos, y estemos alerta.
Blasa. Desde esta alcoba observemos.
(*Entran en la alcoba.*)

ESCENA X.

ELENA, DON GERARDO.

Elena. (¿Dónde estoy? Esta rústica cabaña...
(*Todavia sentada. — Don Gerardo la observa.*)
¿Quién me condujo á ella?
¿Qué fué de la ciudad y del asilo
Donde lloraba ayer? ¿Cuál es la estrella
Benigna que del mísero teatro
De mi oprobio me aleja? ¿Qué se han hecho
Mi orgullosa rival aborrecida
Y el amante traidor, que aun idolatro,
Aunque me arranca su crueldad la vida?
¡Qué de ideas se agolpan á mi mente
En confuso tropel! ¿Ha sido sueño,
Ilusion, ó delirio
La serie de infortunios y de horrores
Que á mi dolor aumentan el martirio
De amarga incertidumbre? Allí afrentada
Por el que dueño fué de mi albedrío;
Aquí mas perseguida que adorada
Por quién jamás, jamás el pecho mio
Podrá amar; allá aprestos conyugales;
Las tinieblas aquí de horrenda noche...;
Nuevo hospedaje...; un coche...;
El monte...; los bandidos...; esta choza...;
El inocente halago
De un niño, que mi ilusa fantasía
En retratar sin término se goza...;
Aquella voz que aun suena
Grata á mi corazon... ¡Dios de justicia,
Ten compasion de la infeliz Elena!
Disipa las tinieblas horrorosas
Que ofuscan mi razon; ó si perdida
Para siempre está ya, con ella al menos
Pierda yo mi existencia aborrecida.)
Ger. No me ha visto. En profundas reflexiones (*Acercándose lentamente.*)
Absorta yace. Ni á mover la planta
Me atrevo. La memoria
De mi crímen me espanta.
¡Ah! ¡Pese á mi flaqueza!...
Elena. ¡Oh Dios! ¡Qué veo!
(*Se levanta estremecida.*)
¡Vos...!
Ger. Yo soy. ¿Mi presencia te sorprende?
Elena. ¡Mi tio!
Ger. Por ventura
¿No me esperabas tú? Recobra, Elena,
La paz del corazon. De hoy mas serena
Brillará para tí la luz del dia,

Ya tu venganza se logró, y la mia.
Elena. ¡Venganza! Esos acentos.
Despedazan mi pecho acongojado.
¿Acaso mis tormentos
A su colmo, señor, aun no han llegado?
Ger. No á su colmo, bien mio:
Dí mas bien á su término dichoso.
No blanco á los ultrajes de un impío,
No triste, abandonada, envilecida
Arrastrarás tu dolorosa vida.
No en brazos de su cómplice soberbia
Hará tu ingrato amante
Vil escarnio de tí. Yo que te adoro
Vengo ufano á enjugar tu amargo lloro.
Elena. Acabad. ¿Qué misterio...? ¿Qué infortunio
Me venís á anunciar?
Ger. ¿Ya has olvidado
Que la venganza de la atroz ofensa
Hecha á tu tierno amor me has confiado?
¿Ya has olvidado que tu labio hermoso
Me ofreció la mas dulce recompensa...?
Elena. ¡Ah! ¡Qué recuerdo horrible!
Sí; yo creo...; yo temo... ¡Dios piadoso!
Y ¡qué! ¿será posible...?
Tiemblo, tiemblo de oiros,
Y á mi pesar lo anhelo.
Hablad, matadme de una vez.
Ger. (¡Oh cielo!
Su dolor, su sorpresa...
¿Será que aun la razon no ha recobrado...
O arrepentida ya de su promesa...?)
Elena. ¡Callais! Ese silencio
Aumenta mi terror.
Ger. Juré vengarte;
Que mas que el mio me irritó tu agravio;
Y cuando al fin tu labio
Después de tantos años de desvíos
Abrió mi corazon á la esperanza,
¿Volviera yo á tus ojos sin venganza?
Sí; tu vil seductor, ese funesto
Rival, que nunca fuera
Digno del corazon que me usurpabas,
Ese mónstruo de orgullo y de egoismo,
Que te ha dejado en mísero abandono,
Víctima de mi furia y de tu encono
Nadando en sangre descendió al abismo.
Elena. ¡Ah!... ¡Mi Gabriel! El alma...
Se me arranca... del pecho. ¡Ay prenda mia!
¡Tú muerto . y yo respiro!
Ger. (Perdido soy.) ¡Elena!
Elena. ¡Ah! pronto, pronto mi postrer suspiro...
Yo siento de tu muerte la agonía
En este corazon desconsolado
Donde siempre tu imágen ha reinado.
Ger. ¡Qué! ¿Tú lloras al pérfido...?
Elena. ¡Asesino!
¿Cómo tienes aliento
Para mirarme aún? ¿Cómo te atreves
A insultar con tu rostro y tus palabras
A esta infeliz mujer? ¿Ningun asilo,
Ni la tumba tal vez, que anhelo en vano,
Me salvará de tí? ¿Qué tigre hircano
A tu fiereza iguala?
¿Así de la conciencia
Desoye atroz los formidables gritos
Tu abominable pecho,
Albergue del horror y los delitos?
¿Aun no has saciado tu crueldad sangrienta?
¿Querrás tambien para colmar tu triunfo
Aquí arrastrar el pálido cadáver,
Y con feroz sonrisa
Contando mis inútiles gemidos
En sus tristes despojos,
¡Bárbaro! ¡aleve! apacentar tus ojos?
Ger. ¿Y eres tú, desdichada,
Tú, cuya saña impía armó mi brazo,
La que me insulta y me condena ahora?
Elena. No. Tu lengua impostora
Cómplice quiere hacerme de tu crímen.
¿Cómo pudiera yo la muerte horrenda
Pedirte ¡á tí! del que constante amaba
A par del alma mia?
Ger. Era un vil corruptor que te vendía...
Elena. Era aquel que mis votos
Oyó de eterna fe, de amor eterno;
Aquel á quien mi tierno
Corazon eligió; mi bien; mi amigo;
Y el padre en fin de un hijo idolatrado
Que á maldecirte aprenderá conmigo.
Ger. ¡Oh vergüenza! ¡Oh furor!... ¿Podrás negarme
Que de injurias tu lengua le cubría
Y ayer mismo su muerte me pedía?
Elena. Debió de ser delirio;
Error de mi turbada fantasía.
¿Que mucho si el martirio
Que mi inocente pecho laceraba
De venganza y de muerte
Insensatos acentos me dictaba?
Tú, que blasonas para mengua mia
De amante verdadero,
¿Del amor desconoces la demencia?
¡Cuántas veces juraste en mi presencia
Librarme de la tuya, que abomino!
¿Y has cumplido tu voto temerario?
¡Cuántas veces juraste el sanguinario
Puñal hundir en mi angustiado seno,
A tu vano clamor inaccesible!
¡Y aun vivo á mi pesar! ¡Y aun me reserva
Mi destino inflexible

El horror de mirarte!
(*Blasa y Pascual se asoman de cuando en cuando con precaucion.*)
Ger. Sí; tu sombra
Seré; seré el suplicio de tu vida,
Ya que el ansiado título me niegas
De amante y protector. Si tan funesto
Mi amor fué para tí, contempla, ingrata,
Cuánto mas lo será mi justo encono.
Tiembla, que ya á su impulso me abandono.
¡Y yo con torpe lengua
Iluso te halagaba!
¡Y era tanta mi mengua,
Tanta mi ceguedad, que de tu mano
La fementida oferta celebraba!
Elena. ¡Mi mano á tí! ¡Jamás! ¡Oh! ¿Cómo pudo
Tan vil promesa pronunciar mi labio?
La que tierno amador te aborrecia
¿Cómo asesino infame te amaría?
¿Quién, quién te dió el derecho
De vengar mis injurias?
¿Quién de mi amante pecho
Los íntimos arcanos
Te ha enseñado á inquirir? Si atribulada
En amargas querellas porrumpía,
Quizá mi tierno llanto
Al frenético labio desmentía.
Quizá cuando tus iras provocaba
Contra mi dulce esposo
Entonces mas que nunca yo le amaba.
¡Ay! Tal vez inocente
Bajó al sepulcro el adorado mio.
Tal vez si en sus entrañas
Tú no hubieras clavado el hierro impío,
Ahora... aquí... postrado
Su inocencia probara. ¡Ay, cara prenda!
¡Y cuán fácil, cuán fácil le sería
De mi pecho encontrar la usada senda! —
Mas ¿qué digo? Cruel, falso, perjuro
A mi Gabriel quisiera,
Y á tí constante y fiel te aborreciera.
Ger. Ese aborrecimiento
Con que afligirme acaso tú imaginas
Es mi consuelo, es mi delicia ahora.
Tu amor, tu mismo amor que en mi demencia
Sin tregua ambicionaba
No me fuera mas grato. La vehemencia
De mi pasion terrible
La pugna reclamaba
Do otra pasion profunda, irresistible.
Así mal de tu grado
Tu corazon al fin he sojuzgado.
Tambien para ligar los corazones
Lazos tiene el rencor. — ¡Desventurada!
Cuán grande, cuán horrible es tu infortunio
Tú no sabes aún. Tu triste amante
Inocente murió Su crímen solo
Fué el osar disputarme tu cariño.
Por tí forzado á recurrir al dolo,
A la calumnia vil, yo de traidora,
Yo te acusé de pérfida y liviana.
¡Y cuál el fruto de mi engaño ahora
Supera á mis deseos! ¡Cuál me gozo
En tu dolor, en tu despecho!
Elena. ¡Infame!
¡Ah! la pena... me ahoga.
¡Y no niega su luz el justo cielo,
Y la tierra no traga horrorizada
A un monstruo como tú!
(*Blasa y Pascual salen de la alcoba, y se van acercando sin ser vistos de don Gerardo.*)
Ger. Morar en ella
Ya no me es dado; no. Lo sé. No puedo
Contra mi aciaga estrella
Mas tiempo combatir. Ansio la muerte...
Mas tu postrer sollozo
Primero he de escuchar.
(*Saca un puñal: Blasa y Pascual le sujetan.*)
¡Muere...!
Blasa. ¡Malvado!
Pasc. ¿Qué haceis?
Elena. No tiemblo. Herid.
Ger. ¡Ay miserable
(*Deja caer el puñal.*)
¿A qué horroroso extremo me arrebata
Mi insensato furor? ¡Qué! ¿no estoy harto
Dé crímenes aún? ¡Gran Dios! ¡Mi acero
En tu adorada sangre!... Antes la mia
Mil veces y otras mil derramaría. —
Perdona... Ciego estoy... La voz me falta...
Las fuerzas me abandonan... Ni aun postrarme
Me es dado ya... á tus piés.
(*Elena se ha dejado caer sobre una silla con muestras del mas vivo dolor.*)
¡Dios de venganza,
Que á la tardía luz del desengaño
Abres mis ojos, mi suplicio horrendo
Retarda un sola instante. ¡Elena! — Amigos,
Llevadme á otro aposento.
Quisiera sin testigos
Reposar un momento.
Si pudiera escribir...
Blasa. Pascual...
Pasc. Seguidme.
Ger. Sostenme, amigo. Fallacer me siento.
(*Vase por la izquierda apoyado en Pascual.*)

ESCENA XI.

ELENA, BLASA.

Elena. ¡Inocente mi Gabriel!
¿Hay mujer mas desdichada?
Blasa. Inocente y siempre fiel.
Siempre de él fuísteis amada
Como vos le amais á él.
Elena. ¡Ah! ¡Cuál me habrá maldecido
En su hora postrera!
Blasa. ¡No!
Elena. ¿Por qué el puñal atrevido
Que su sangre derramó
En mi pecho no se ha hundido!
Blasa. Señora, tan triste suerte
Quizá no os reserva el cielo;
Quizá no es cierta su muerte...
Elena. ¡Ah! ¿Cómo puedo creerte?
Ya no hay para mí consuelo.
Si tú sabes por ventura
Dónde yace el cuerpo frio...
¡Ay! tal vez sin sepultura...
Guía; apure el labio mio
El cáliz de la amargura.
Blasa. Vano error os atormenta.
Vuestra pena va á cesar.
Elena. ¡Pueda la herida sangrienta
Mi amante labio besar,
Y yo moriré contenta!

ESCENA XII.

ELENA, PASCUAL, BLASA.

Blasa. ¿Qué hace ese hombre?
(*Aparte con Pascual.*)
Pasc. Está escribiendo.
¡Vierte unas lágrimas...! ¡Oh!...
Blasa. Llama al marqués.
Pasc. Voy corriendo.
Blasa. Y que no entre hasta que yo
Por esa ventana...
Pasc. Entiendo.

ESCENA XIII.

ELENA, BLASA.

Blasa. No lloreis, señora mia.
Elena. ¡Ay triste!
Blasa. Mirad por vos.
De la suerte mas impía
Suele triunfar el que fia
En la clemencia de Dios. (*Baja la voz.*)
No lloreis por vuestro amante.
Elena. Solo vivía por él;
Y ¡qué! ¿su muerte cruel...?
Blasa. Quizá dentro de un instante...
Elena. ¡Qué oigo!
Blasa. Vive, don Gabriel.
Elena. ¡Vive! — ¡Por Dios, por tu vida
No me engañes!
Blasa. Vive, sí.
Yo os lo juro.
Elena. ¿Y dónde...? Dí...
Blasa. ¡Callad! — Vuestro tio allí...
Si nos oye, soy perdida.
Muerto le juzga... Su error
Prolongue el cielo piadoso.
¡Cuál sería su furor
Al saber que vuestro esposo
Ciego cual nunca de amor...!
Elena. ¿Dónde está?
(*Bajando la voz y con suma ansiedad.*)
Blasa. Cerca de aquí. —
Con vuestro hijo.
Elena. ¡Oh ventura!
¿Tú le viste?
Blasa. Yo le ví
Y los gemidos oí
De su amorosa ternura.
Elena. ¡Oh dicha! ¡Oh gozo increible!...
Blasa. Tambien le habeis visto vos.
No ha mucho que aquí los dos...
Elena. Volemos...
Blasa. Ya no es posible. —
(*Viendo venir á don Gerardo.*)
Disimulad.
Elena. ¡Justo Dios!

ESCENA XIV.

ELENA, DON GERARDO, BLASA.

Ger. No te turbe mi presencia;
(*Lloroso y en el último abatimiento.*)
Que ya tu amor no mendigo,
Ni aun si quiera tu clemencia.
Dictó el cielo mi sentencia:
Voy á sufrir su castigo.
Mi amor funesto ha labrado
La desdicha de los dos.
De amarte mal de mi grado
Perdon te pido humillado
Al darte el último adios.
No me es dado, bien lo sé,
Cual quisiera reparar
Los males que te causé;

Pero te puedo vengar,
Elena... ¡y te vengaré!
Dióme el cielo un corazon
A la virtud inclinado,
Y una funesta pasion
Hácia el crímen ha cambiado
Su primera inclinacion.
Generoso y compasivo
No te pude merecer,
Y tu fatal atractivo
Me forzó ¡infeliz! á ser
Falso, opresor, vengativo.
¡Nunca te hubiera mirado
Y tranquilo yo viviera;
Y no sería un malvado;
Y no por tí pereciera
Maldito y desesperado!
Nunca te sedujo el oro.
¡Ay! Harto lo sé y lo lloro.
Ni hay consuelo á tanta pena;
Ni paga una vida, Elena,
El mas crecido tesoro.
Mas aunque víctima fuí
De tus amargos desdenes,
Y nada quieres de mí,
¿A quién diera yo mis bienes
Sino á quien el alma dí?
Mi heredera universal
Te instituye este papel.
Toma. La historia fatal
Tambien he trazado en él
De mi pasion criminal.
Llega Pascual por la izquierda y habla en secreto con Blasa.)
Elena. Señor, no aumenteis mis penas.
Vivid...
Ger. ¿Es tambien delito?
¿Hasta en esto me condenas?
¡Ay! Quisiera haberlo escrito
Con la sangre de mis venas.
¿Lo desprecias por ser mio?
¡Oh! no de un amante odioso
Que mereció tu desvío;
Recíbelo de tu tio...,
De tu padre cariñoso.
Toma; y con piadoso acento
Cuando mores algun dia...
(*Mira por la ventana.*)
Mira: allí; en el firmamento...
¡Dios! ¿Qué veo? Sombra impía,
¡Aparta, aparta...! ¡Oh tormento!
¡Le he visto! Su rostro airado...
La profunda herida... ¡Es él!
Él me aleja de tu lado. —
¡Adios! Espectro cruel,
¡Suéltame! Serás vengado.
(*Huye aterrado por la puerta de la derecha dejando caer el papel.*)

ESCENA XV.

ELENA, PASCUAL, BLASA.

Elena. ¡Mísero!
Blasa. Al marqués no veo. —
Quizá impaciente su amor
Ya no resiste al deseo...
Cese ya vuesto terror.
Pasc. Si se encuentran...
Blasa. No; no creo...
Pasc. ¿Adónde ira el desdichado...?
Blasa. Síguele tú...
(*Dirigiéndose hácia la izquierda. Elena la sigue temblando.*)
Pasc. ¿Y quién podrá...?
¡Gran Dios!
Marq. ¡Elena! (*Dentro.*)
Pasc. Ha montado
Una pistola.

ESCENA ULTIMA.

EL MARQUÉS, ELENA, PASCUAL, BLASA.

(*El marqués entra por la izquierda.*)
Blasa. ¡Aquí está!
(*Mirando por la ventana.*)
Marq. ¡Elena!
Elena. ¡Gabriel amado!
(*Al abrazarse Elena y el marqués suena un pistoletazo.*)

TODO ES FARSA EN ESTE MUNDO,

COMEDIA EN TRES ACTOS,

REPRESENTADA POR LA PRIMERA VEZ EN EL TEATRO DEL PRÍNCIPE EL DIA 13 DE MAYO DE 1835.

PERSONAS.

DOÑA VICENTA.	DON RUFO.
DOÑA EUSTOQUIA.	DON EVARISTO.
PILAR.	DON FAUSTINO.

Madrid. — Sala en casa de don Rufo.

ACTO PRIMERO.

—

ESCENA PRIMERA.

DOÑA VICENTA, PILAR.

(*Doña Vicenta aparece sentada leyendo el* Diario de Avisos, *y se levanta viendo venir á Pilar.*)

Vic. La ópera nueva esta noche
En el *Príncipe*... ¡Pilar!
¿Ya lista? ¡Qué madrugar!
Pilar. ¡Si ya va á venir el coche!
Y usted ¿por qué no se viste?
Vic. Yo así iré; sin pretension.
En poniéndome un manton...
Pilar. ¿Cómo es eso? ¿Está usted triste?
Vic. Lo estoy á fe de Vicenta,
Y tuya es la culpa.
Pilar. ¿Mia?
Vic. Aunque viendo tu alegría
Yo debiera estar contenta.
Pilar. ¿Mi alegría? No, no es tanta
Como usted piensa.
Vic. ¿Pues no?
Tú vas á casarte...
Pilar. Yo...
¡Por Dios, por la Vírgen santa...!
Vic. ¿Qué...?
Pilar. No hablemos de esa boda.
Vic. ¿No es de tu gusto?
Pilar. No, tia.
Vic. Algo de eso presumía;
Pero si no te acomoda...
Pilar. ¡Tia!
Vic. ¿Por qué has dado el sí?
Pilar. La obstinacion de papá...,
La indolencia de mama...
No hay remedio: ya le dí.
Dicen que don Evaristo
Me conviene.
Vic. No lo creo.
Pilar. Yo tambien así lo veo;
Mas ¿qué he de hacer? No resisto.
Pretenden que el corazon
Rara vez en eso acierta,
Y que una niña inexperta
No puede tener razon.
Y papá, si no consiento
En dar la mano á ese hombre,
Me ha jurado por su nombre

Que he de entrar en un convento.
Esto me aterra en verdad;
Que, aunque yo hereje no soy,
Quizá templada no estoy
Para tanta santidad.
Ni el coro, la celda, el huerto
Me asustarían á mí
Si hubiera mazurca allí,
Y ópera, y Prado y concierto.
Vic. ¿Allí cosas del demonio?
¡Mas dar en un cautiverio
Por huir de otro...! Es muy serio
Asunto el del matrimonio.
Pilar. Ya me lo figuro yo,
Porque me da una tristeza...
Tiemblo de piés á cabeza.
Vic. ¡Y no sabes decir no!
Pilar. Ya he dicho una vez, dos, tres,
Que no quiero á ese señor.
¡Ni por esas! El amor
Dicen que vendrá después.
Vic. ¡Lindo!
Pilar. Usted que ya se ha visto
Casada, ¿piensa usted, tia,
Que podré yo amar un dia
Al señor don Evaristo?
Vic. Quizá la costumbre, el trato...
Pero siempre es muy expuesto,
No amándole...
Pilur. Le detesto.
Vic. ¡Y se casa el insensato!
Mas ¿qué mucho? Amor no es
La pasion que le domina,
Sino otra ruin y mezquina;
El miserable interés.
Pilar. No lo sé; mas da tal frio
Con su perene dulzura...
¿Y pienza usted que se apura
Porque le hablo con desvio?
Jóven de primera flor,
Nunca en otra igual me ví,
Mas no me han pintado á mí
Tan impasible el amor. —
Pero que solo le incite
El interés, no lo creo;
Que él es rico á lo que veo.
Vic. ¿Porque gasta en un convite?
¿Porque regala un diamante?
¿Porque visita en simon?
¿Porque vende proteccion?
¡Qué simpleza! Es un farsante.
Pilar. Su familia es principal,
Y mi padre, que no es tonto,
Ya ha sabido por de pronto
Que heredó muy buen caudal.
Vic. Pero, viviente almacen
De empresas y de proyectos,
Todos los juzga perfectos
Y ni uno le sale bien.
Su afan es ser millonario
Llegar á serlo presume,
Y en ilusiones consume
La vida y el numerario.
Él nunca se desengaña.
No ví manía mas necia.
¡Hasta de entender se precia
La política de España!
De una aritmética fia;
Luego aparece otra nueva,
Y así en la Bolsa se lleva
Un petardo cada dia;
Que el político teatro
Tales farsas representa,
Y por acá en buena cuenta
Dos y dos no suman cuatro.
Pilar. Ello es que hace un gran papel
En Madrid.
Vic. Es un menguado.
Algunos se han arruinado
Especulando con él.
Pilar. ¿Será posible...? ¡Infelices!
Mas mi padre ¿Cómo es que...?
Vic. ¡Tu padre! El pobre no ve
Mas allá de sus narices.
Su sandia credulidad
Es ya notoria en la córte,
Y en tocándole el resorte
De la ciega vanidad...
¡Oh! le conozco bastante.
Vaya; ¿qué quieres poner
A que le hago yo creer
Que ha volado un elefante?
Pilar. ¡Eh! calle usted...
Vic. Te lo pinto
Como es. ¡Digo! ¡A pié juntillas
Cree que en ambas Castillas
Ha de reinar Carlos Quinto!
Es de esos hombres ilusos
Que en no ver claro se empeñan,
Y todas las noches sueñan
Con austriacos y con rusos.
Hoy mismo el santo varon
Los esperaba en Almagro.
Mira si será milagro
Que le engañe un embrollon.
Pilar. Es segun con quién se junta.
Ayer con suma alegría
Dijo á mamá que volvía
La constitucion difunta.
Vic. Otra prueba de que á todo
Da crédito el buen señor.
Bien que no todo es error.
Lo que él quiere es su acomodo...
Mas no es razon que te aflija
Murmurando de él, que al cabo,
Sea libre, ó sea esclavo,

Es tu padre; eres su hija.
¡Pero aprovechar mi ausencia
Para apresurar tu enlace!...
¡Ah! Mira que ese hombre te hace
Infeliz.
Pilar. Tendré paciencia.
Vic. ¿Paciencia? ¡Santa virtud!
Pero ¿no es cosa cruel...?
¡Eh! No te cases con él.
¡Lástima de juventud!
Pilar. ¡Si ya no hay remedio, tia!
Vic. Bien; está muy bien.
Pilar. Dios solo...
Vic. No iré yo contigo á Apolo (1).
Pilar. ¿Tampoco á la Vicaría?
Vic. Menos.
Pilar. ¡Qué dia me espera
Si usted me abandona así!
Vic. Si yo lograra de tí
Que retardases siquiera...
Pero es vana pretension.
Ni aun sabrás, si es necesario,
Al ver la cara al notario
Fingir una convulsion.
¡Tan inexperta, tan niña...!
Pero como pueda yo
No has de casarte.
Pilar. ¿Que no?
Como papá no me riña...
Vic. No. Déjame obrar á mí;
Que yo quitaré de en medio
Al novio, pues tanto tedio
A las dos nos causa.
Pilar. ¿Sí?
¡Qué amable es usted! ¡Qué buena!
Si sale usted con su intento
Mi eterno agradecimiento...
Vic. Eso no vale la pena.
Cuando miro por tu bien
Mi deber hago, y no mas;
Sí, por tu bien... y quizás
Por el bien de otro tambien.
Pilar. Mil gracias por tanto afecto.
Mas ¿qué quiere usted decir...?
Vic. He llegado á concebir,
Pilar querida, un proyecto...
Yo sé de cierto galan
Que arde por tí...
Pilar. ¡Santo Dios!
¿Es posible?... ¿Ya son dos?
¡Mire usted que es mucho afan!
Vic. ¡Niña!... ¡Qué extraño desden!
¿Culparás á un caballero
Porque te adore?

(1) Jardin público situad› á la inmediacion de la antigua puerta de los *Pozos*, con fonda, café, juegos campestres, etc. Ya hace años que no existe.

Pilar. No; pero...
¡Querrá casarse tambien!
Vic. Sí, que su amor es honesto,
Y á no ser tú tan adusta...
Pilar. ¿Y si luego no me gusta
Ni su trato ni su gesto?
¿Y si es otro como el tal
Don Evaristo?
Vic. No, á fe.
Si él no te agrada, no sé
Cuál será el feliz mortal...
Pilar. Ahora va usted á llamarme
Altanera, vanidosa...
Y no lo soy: no hay tal cosa;
Sino que eso de casarme...
Vic. ¡Calla! ¿Es algun sacrilegio?
Pilar. No; pero tengo entendido
Que es tan terrible un marido...
Vic. ¡Ba! Sandeces de colegio.
No es cosa que atemorice
Un marido; no. ¡Qué error!
El no tenerlo es peor.
Una viuda te lo dice.
Y si es tan tierno, tan fino
Como el que yo te he buscado...
Pilar. ¿Quién es?
Vic. ¿No lo has acertado?
El sensible don Faustino,
Pilar. ¡Qué oigo! ¿Pretende mi mano?
Vic. Muerto está por tí. Tú eres
El iman... Vaya, ¿le quieres?
Pilar. Sí, tia. — Como á un hermano.
Vic. La respuesta que me das
Temo que no le contente.
Pilar. ¿No?
Vic. Porque él, probablemente,
Querrá que le quieras mas.
Pilar. ¿Es culpa mia, señora,
Que un hombre por mí suspire
Y á mi corazon no inspire
El amor que le devora?
Mas si está tan abrasado,
¿Cómo es que no se declara?
Vic. Bien te lo muestra su cara.
Pilar. ¿Su cara? No he reparado.
¡Se queja de mi desvío!
¿Y qué hace? Ponerse triste,
Callar...
Vic. Si en eso consiste,
Él hablará: yo lo fio.
Pero esa yerta esquivez...
Di, Pilar: tu corazon
¿Siente acaso inclinacion
A otro sujeto...?
Pilar. Tal vez.
Vic. ¡Y te salen los colores!
¿Con que otro hombre te flechó?
Ya me figuraba yo

Que en la edad de los amores...
¿Quién así tu pecho inflama,
Niña hermosa?
Pilar. El caso es, tia,
Que... á la verdad... todavía
No sé yo cómo se llama.
Vic. ¡Esa es buena!
Pilar. Una vez sola
Le ví... en un baile...
Vic. ¿Y á tu alma
Robó la apacible calma
El poder de una cabriola?
¡Niñerías!
Pilar. Yo no digo
Que estoy penando por él.
Pero ¡qué bailar aquel!—
Tres veces bailó conmigo.
¡Qué finura! ¡Qué elegancia!
¡Qué primor! Toda la escuela
De *Beluzzi!*
Vic. (¡Qué tontuela,
Y qué amor tan sin sustancia!)
¿Es militar ó paisano?
Pilar. Teniente de cazadores.
Vic. ¿Y te dijo muchas flores?
Pilar. Muchas.
Vic. ¿Te apretó la mano?
Pilar. Yo no sé... Creo que sí.
Vic. ¡Bueno! ¿Y tú sin saber quien...?
Pilar. ¡Me dió bombones!
Vic. ¿Tambien?
No hay duda: muere por tí.
Dime: y... ¿quedásteis en algo?
Pilar. ¡Si salia de la córte
Al otro dia!
Vic. ¿Sí?
Pilar. Al Norte...
Vic. ¿A Navarra? Échale un galgo.
Pilar. Se empeñaba en saber mi nombre;
Va el suyo á decirme...
Vic. Ya.
Pilar. En esto viene papá,
Y le interrumpe.
Vic. ¡Mal hombre!
Pilar. ¡Y no he vuelto á verle mas!
Vict. Pues, hija mia, *laus Deo.*
Fuerza es olvidarle .. Y creo
Que pronto le olvidarás.
Pilar. Puede; mas tal impresion
Su airoso bailar me deja...
Vict. No te ha de faltar pareja.
Pilar. ¡Qué solo! ¡Qué rigodon!
¡Cielo! ¿Y me habrá de casar
La crueldad de mi destino
Con ese buen don Faustino
Que no gusta de bailar?
¿Cómo podré dar el sí...?
Vic. ¿Y le desdeñas por eso?
Niña, tú has perdido el seso.
Pilar. Yo...
Vic. Calla.—Él es... Ya está aquí.

ESCENA II.

DOÑA VICENTA, PILAR, DON FAUSTINO.

Faust. Bien venida, mi señora
Doña Vicenta. Pilar,
Estoy á los piés de usted.
Pilar. Caballero...
Faust. Extrañarán
Ustedes que tan temprano
Las venga yo á visitar.
Vic. Nada de eso. Usté es de casa.
Faust. Por una casualidad
Anoche supe que usted
Acababa de llegar...
¿Buena?
Vic. Sí, muy buena. Gracias.
Faust. Yo lo celebro. ¿Y qué tal
Los baños?
Vic. Bien me han probado.
Ya los nervios no me dan
Tanta guerra. Son famosas
Esas aguas del Molar.
Faust. Hoy, segun dice el *Diario*,
Una paga se dará
A las viudas, y venia
Impaciente, por si van
Mal dadas, á recoger
La fé de vida y demás
Documentos de costumbre
Para acudir á cobrar
La pension de usted... (¡Qué hermosa!)
(*Mirando á Pilar.*)
Ya que es tanta su bondad
Que me honra con el empleo
De agente suyo.
Vic. Eso es ya
Ser por demás complaciente,
Mi amigo. (¡Qué servicial!)
Yo soy la favorecida,
Y usted las gracias me da.—
Mas a un lado los negocios.
No me urge tanto el cobrar,
Que, gracias á Dios, mis fincas
Me excusan el triste afan
De gemir en el exhausto
Monte pío militar.
Faust. No obstante, bueno seria...
Vic. Mañana se cobrará.
Ahora hablemos de otra cosa.—
¿Querrá usted creer que Pilar

Todavia está dudando
Del amor de usted?
Pilar. Yo... (*Cortada.*)
Faust. ¡Ah! ..
(*Lo mismo.*)
Pilar. ¡Vaya, que tiene mi tia
Unas cosas...!
Vic. ¡Si es verdad!
Eso se conoce á legua.
Faust. Si... yo... (Sudores me dan.)
Pilar. Pero eso es comprometerme...
(*Aparte á su tia.*)
Vic. Él te adora. ¿Hay algun mal
En esto?
Faust. Pero, señora...
Pilar. Yo no le puedo culpar...
Vic. Falta que le quieras tú.—
Pero eso se arreglará.
Pilar. ¡Tia!
Faust. Está usted hoy terrible.
¿A qué fin mortificar
A esa señorita? Acaso
Yo soy para ella el mortal
Mas odioso...
Vic. No por cierto.
Con dulzura angelical
Me ha dicho... No te sonrojes.
Faust. ¿Que ha dicho?
Pilar. Nada.
Vic. Que ya
Le quiere á usted como á hermano.
Faust. ¡Ah! ¡Tanta felicidad...!
Pilar. ¡Tia, por Dios...!
Vic. ¿No los has dicho?
Pilar. ¡Jesus!... Me voy á marchar.
Vic. Quieta, que tia lo manda.
Vaya; no faltaba mas...
Sí, señor; como á un hermano;
Y eso que usted, siendo tal
Su pasion, gime, la mira,
Vuelve á gemir... y no hay mas.
Quien callando ¿ merecido
Su ternura fraternal,
Dejo al curioso lector
Lo que hablando alcanzará.
Faust. ¡Ay! ¿Por qué se burla usted
De un desventurado?
Vic. ¡Ay¡ (*Remedándole.*)
Pilar. (Tiene razon. Yo me rio
Sin poderlo remediar.)
Vic. ¿Y aun no se declara usted
Sabiendo que hay un rival
En campaña?
Faust. (¡Qué suplicio!)
Pilar. ¡Tia, tia!
Vic. Este galan,
Está visto, necesita
De un intérprete.
Pilar. Quizá
Ni me quiere ni lo sueña.
Faust. ¡Oh! Ya no puedo callar.
La amo á usted, Pilar, la adoro.
Sí; y esta pasion fatal...
Pilar. ¡Dios mio, como se pone!
Vic. ¡Animo! Así. ¡Voto á san...!
Faust. Dichoso yo si pudiera...
Eust. ¡Pilarcita! (*Dentro.*)
Pilar. Voy, mamá.
(Me alegro.) Perdone usted.
(¿Dónde estará mi oficial?)

ESCENA III.

DOÑA VICENTA, DON FAUSTINO.

Faust. Gracias, señora; mil gracias.
Vic. ¿Por qué?
Faust. ¿Qué necesidad
Tenia usted, falsa amiga,
De hacerme representar
Tan desairado papel?
Harto infeliz era ya
Con la yerta indiferencia
De esa insensible beldad
Sin exponerme á su enojo
A su desprecio quizá.
Vic. No diga usted disparates,
Que no es tanta la crueldad
De Pilarcita. ¿Qué indicios
De desden ni de pesar
Ha advertido usted en ella?
La sorpresa natural
En una niña sin mundo
Que ignora lo que es amar
¿Le intimida á usted? ¿Acaso
Se rinde una voluntad
A la primera...?
Faust. La suya
No será mia jamás.
Vic. Pero ¿en qué se funda usted?
Faust. Su corazon es glacial.
Vic. Si usted no le ha dicho nada,
¿Habia de adivinar...?
La timidez en amores
Siempre fué perjudicial.
Faust. ¿Timidez? ¡No! Si bastase
Ser intrépido y audaz
Para sojuzgar un alma,
¿Quién osara disputar
La suya á mi amor? ¿Acaso
Yo, que me siento capaz
De sacrificios mayores,
Temeria revelar

La pasion que me devora
A ella, á su padre, á un rival,
Al mundo, al cielo, al abismo,
Si esa alma..., que duerme en paz,
Pudiera leer en la mia?
Pues ¡qué! ¿es necesario hablar
Para que amor se descubra
A su despecho? ¿Dónde hay
Mordazas para los ojos?
¿Cómo no ha visto un volcan
En los mios? ¿Qué mujer
En un acento, en un ay,
Hasta en el mismo silencio
No ve la fiebre tenaz
Del amor que sus encantos
Han inspirado? ¡Ah! Satan,
Satan incendió en mi pecho
Esta pasion infernal.
Vic. ¡Don Faustino!... ¿Está usted loco?
Faust. ¡Yo he nacido para amar,
Y no para ser amado!
¡Este anatema fatal
Pesa sobre mí!
Vic. ¿No he dicho
Que será de usted Pilar?
Pero no aman de repente
Ni asi á modo de huracan
Las niñas que se han criado
Con juicio y honestidad.
Ella ha nacido en Madrid,
No á orillas del Senegal;
No ha leido á *Victor Hugo*,
Ni á *Lord Byron*, ni á *Dumás;*
Se ha criado en un colegio;
Es aun muy tierna su edad,
¿Y ha de ser por fuerza actriz
En un drama sepulcral?
Si es usted tierno y galante,
Y sabe disimular
Algun caprichillo, alguna
Inconsecuencia venial,
Achaques de pocos años,
Esa niña le amará;
Mas su amor será tranquilo,
Blando, tierno, angelical;
Amor honesto, fundado
En la plácida amistad;
Amor, en fin, de una esposa.
Por ventura ¿valen mas
Esas vehementes pasiones
Que como vienen se van?
Faust. ¡Ah! No. Perdon, Vicentita.
Esa voz es el maná
Que mi alma desconsolada
Fortalece; es el fanal
Benéfico que me alumbra
En la ciega oscuridad;
Es el arpa de David...
Vic. Y el bálsamo de Malats.
Faust. Búrlese usted: lo merezco. —
Mas yo prometo calmar
Esta ardorosa impaciencia,
Supuesto que usted me da
Tan lisonjera esperanza.
Sí, sí; el candor virginal;
Esa inefable dulzura
Que acaba usted de pintar;
Esa ternura tranquila
Y esa sumision nupcial,
Aunque es de fuego mi pecho,
Tambien para mí tendrán
Encantos. Dulce *Amenaida*
Amó á *Tancredo* marcial,
Y *Carlos el Temerario*
A la *Virgen de Underlac.*
Vic. Al grano y basta de frases;
Que es preciso aprovechar
El tiempo. Mientras usted
Callaba como un costal
Otro hacía su negocio.
Faust. ¿Con ella?
Vic. Con el papá.
Faust. ¿Quién?
Vic. Don Evaristo.
Faust. ¡Cielos
Vic. La cosa va muy formal.
Faust. ¡Qué me dice usted!
Vic. La boda
Está concertada ya.
Faust. ¡Y nada sabía! ¿Cómo
Me había de figurar...?
Vic. Si vengo un dia después,
¡Adios, *Virgen de Underlac!*
Faust. ¡Maldicion!...
Vic. Tenga usted flema.
Faust. ¿Y consentía Pilar...?
Vic. Por fuerza.
Faust. ¡Bárbaro padre!
Vic. Esa boda no se hará:
Yo lo juro.
Faust. ¡Angel del cielo!
Vic. No irá llorando al altar
Mi sobrina.
Faust. ¿Y qué recurso
Si se obstina ese animal
De don Rufo en que se case
Con el otro perillan?
Vic. Será en vano.
Faust. Y yo ¿que haré
Vic. Por ahora, dejarme obrar
A mí sola.
Faust. ¿Y qué...?
Vic. Las nueve.
Don Evaristo vendrá
Dentro de un instante.
Faust. ¡Oh furia

Vic. Silencio; no hay que chistar.
Quiero hablar con él á solas.
¿Qué hace usted que no se va?
Faust. Pero...
Vic. No hay pero. Volando.
Ya está usted en el portal.
Faust. Oigame usted...
Vic. Nada escucho.
Faust. ¿Cuándo vuelvo?
Vic. Ya, ya irán
A avisar á usted...
Faust. Adios.
Vic. ¡Pobrecillo! Ciego está.

ESCENA IV.

DOÑA VICENTA.

No, no puedo consentir
Que se realice esa boda.
Dolor sería por cierto
Que una niña tan donosa
En un hombre se empleara
Que, aunque la dice lisonjas,
Menos que de su belleza
De su dote se enamora.
¡Oh! Yo haré mudar de plan
A ese amante de tramoya,
Que ya conozco su flaco.
Cuando sepa que la novia
No es tan rica como piensa...
Pero lo que mas me asombra
Es la ceguedad de Rufo.
¿Posible es que no conozca
Que el tal yerno es un farsante,
Vanidad todo y bambolla?
¡Dar su hija á un ente de hielo
Que *por empresa* la toma,
Cuando un jóven la pretende
Que la merece y la adora!
Mas... si es Faustino tal vez
Un farsante de otra estofa...
Si es capricho pasajero
Ese amor de que blasona...
No, no. Brilla la verdad
En sus ojos y en su boca.
Si alguna vez desvaría,
Esas locuras son propias
De una alma ardiente, exaltada
Que el arte costoso ignora
De dominar las pasiones
En cuyos grillos se goza. —
Llaman. — ¿Será su rival?
Él es. — Manos á la obra.

ESCENA V.

DOÑA VICENTA, DON EVARISTO.

Vic. ¡Oh, señor don Evaristo!
Evar. Beso á usted los piés, señora.
Siento mucho haber tardado...
¡Qué veo! ¿Usted no nos honra
Con su asistencia? Lo infiero
Porque siendo ya la hora
Convenida aun no está usted
Vestida...
Vic. La ceremonia
Bien puede hacerse sin mí.
Evar. Ya; pero el jardin, la fonda...
Vic. Estoy algo delicada...
Soy poco amiga de bromas...
No crea usted que repruebo
Una union tan venturosa.
Hace muy bien en prendarse
De esa gallarda persona
Mi sobrina.
Evar. Pasadera,
No mas. Usted me sonroja.
Vic. (¡Fatuo!) Pilar desde luego
Gana mucho en ser esposa
De caballero tan noble,
De un sujeto á quien adornan
Tan recomendables prendas.
Evar. (Presumo que esta señora
Se inclina á mí. Estoy tentado...
Es rica, y no tan jamona
Que no inspire...)
Vic. Diga usted:
¿Hay algun proyecto ahora
Entre manos?
Evar. Tengo varios.
Para el uno ya son pocas
Las acciones que me faltan.
Vic. ¿Cuál?
Evar. Se trata de una fonda
Donde en comidas de precio
Los concurrentes escojan
Entre variedad de platos
Diferentes en la forma
Y en el gusto, bien que iguales
En valor; donde se coma
De un tiron, y no clamando
Porque se lleven la sopa
Y gritando á cada vianda:
¡Mozo! ¡Muchacho! ¡Otra cosa!
Donde muden los cubiertos
Sin perdirlo de limosna,
Y de un mugriento bolsillo
No los saque con pachorra
Un fámulo malcarado

Tomando parte en la broma
Y con tono familiar
Refiriéndome su historia;
Donde hallen los forasteros
Decente mesa redonda;
Donde en invierno haya luz
Y en estío no haya moscas;
Donde el agua sea pura,
Ya que no el vino, que es droga
El no conseguir jamás
Que enjuaguen una redoma;
Donde encuentre un ciudadano,
Que no va á comer de gorra,
Cualquier dia mantel limpio,
Cortesía á todas horas;
Donde quepan los que comen...
Y no quepan los que estorban;
Donde haya en fin quien asista
Al que allí estruje su bolsa;
Que tres mozos, aunque suden
Vida y alma gota á gota,
Servir á un tiempo no pueden
A cuatrocientas personas.

Vic. ¡Soberbio plan! Mas yo temo
Que no tenga usted la gloria
De realizarle.

Evar. ¿Por qué?

Vic. Porque la paciencia heróica
De un castellano á mayores
Privaciones se acomoda.
Para uno que eche de menos
Esas bagatelas y otras,
Hay ciento...

Evar. No. Ya ha llegado
El tiempo de las reformas.

Vic. Y usted que es tan ingenioso,
Tan amigo de mejoras...
Mucho gana mi sobrina
Con esa boda dichosa,
Porque usted sabrá aumentar
Su patrimonio...

Evar. Usted me honra...

Vic. Y bien que lo necesita,
Porque á la verdad no es cosa.

Evar. No. Está usted mal informada.
Un olivar en Carmona,
Dos molinos en Baeza,
Y el cortijo de Cazorla,
Y los censos de Madrid...

Vic. Todo eso, amigo, es bambolla.

Evar. ¿Qué dice usted?

Vic. Entre pleitos,
Y deudas, y trapisondas
Se consume mucha parte
De la renta, si no toda.

Evar. ¿Es posible...? Pues don Rufo
Nunca me ha dicho una jota...

Vic. Propia reserva de suegro..
Pero usted que no se ahoga
En poca agua...

Evar. Ciertamente...

Vic. No descompodrá la boda
Porque la casa esté un poco
Atrasada. A usted le sobra
Caudal para mantener
Con el tren de una señora
A mi sobrina.

Evar. Si tal.
Yo...

Vic. Una niña tan hermosa
No ha menester mas riquezas
Que su...

Evar. En efecto. ¿Qué importa...?
Ya iremos desempeñando...

Vic. Por supuesto; y aunque hay otra
Calamidad de por medio...

Evar. ¿Qué sucede? (Una congoja
Me va á dar)

Vic. En los *llamados* (1)
Tres años hago memoria
De que don Diego Bermudez,
Hermano de doña Eustaquia
Bermudez...

Evar. Sí, sí; el hermano
De la madre de la novia,
Que era poseedor entonces...

Vic. Pues. Dios lo tenga en su gloria.

Evar. Amen. ¿Qué hizo el buen señor?

Vic. Vender en debida forma
La mitad del mayorazgo.

Evar. (¡Cielos!... ¡Y con esa sorna
Me lo dice!) Ya... La ley
Le autorizó...

Vic. ¡Buenas onzas
Le dieron! Pero... ¡Dios le haya
Perdonado!... por la posta
Se le fueron. Ya se ve;
Soltero, amigo de bromas,
Jugador...

Evar. ¿Tambien tenia
Esa gracia?

Vic. ¡Vaya!... ¡Y moza

Evar. ¡Libertino!

Vic. Le chupaba...
¡Figurese usted!

Evar. ¡Bribona!

Vic. Luego... Ya lo sabe usted.
Entre *Angulema* y sus tropas,
Y los de acá, y los de allá,
Y los frailes y las notas,
Y el *Zurriago*, y el *Censor*...

(1) Alude al real decreto que anuló la mayor parte de los actos legislativos del gobierno constitucional abolido en 1823.

Esto se hizo una Liorna...
Y acabó la malhadada
Constitucion española.
A su antiguo sér y estado
Volvieron todas las cosas...
Todas no; que el vencedor,
Aunque se anuló la compra,
Recobró sus heredades,
Pero no soltó la mosca.
Evar. Y ahora tendrá que soltarla
El heredero; y con costas.
Vic. ¡Qué! ¿se ha anulado el decreto
Anulador?
Evar. ¡Toma, toma!
En buenas manos está
El pandero.
Vic. Pues es droga
Perder medio mayorazgo
Así..., de una mano á otra...
Mas siendo medida justa
Y al Estado provechosa,
El patriotismo de usted...
Evar. Sí, yo soy muy buen patriota;
Pero es duro, vive Dios,
Que á un inocente le coja
El carro y... Yo me quejo
De las Córtes. Ellas obran
En conciencia. Pero el tal
Don Diego... ¡Bárbaro! ¡Idiota!
¡Descastado! Aquella venta
Fué inícua, infame, traidora...
¡Y malgastar el dinero
En vicios y en comilonas!
Vic. No se desazone usted.
Todo ello es una vicoca.
Evar. Cierto... No es el interés
El que en cólera me monta.
Es la moral ultrajada.
Vic. A bien que otros son los dogmas
De Pilarcita...
Evar. Sí, sí...
Pilarcita es virtuosa.
Vic. Y la virtud es el dote
Mejor.
Evar. Ese es un axioma.—
Sin embargo, un dote en fincas
O en metálico... no estorba.
Vic. Pero ha dicho usted mil veces,
Y no por vana lisonja,
Que apreciaba mas la mano
De Pilar que una corona,
Y que el dote es lo de menos
Cuando las virtudes sobran.
Evar. Lo he dicho... y lo rectifico...
(¡Maldita sea mi boca!)
Vic. (¿Se casará todavía?)
Pero advierto una zozobra
En el semblante de usted,...
Una inquiétud... ¡Ah! ¡Qué tonta!
No es zozobra, ni inquietud;
Es que esa alma se alboroza
Al contemplar que tal vez
Es ya una accion generosa
No desistir del enlace.
Evar. No crea usted... (Me sofoca
Esta mujer.) No me cuesta...
Ningun esfuerzo... ni sobra
De... ¡Ca! (Yo estoy en tortura.)
Solo me aflige una cosa;...
Y es que... por hoy no es posible...
¿Está don Rufo en Atocha
Todavía?
Vic. Sí, señor.
Dijo que iria á la fonda
A buscarnos. — Vamos, ¿qué hay?
(No se casa.)
Evar. Que se agolpan
A veces tantos y tantos
Obstáculos... En la Bolsa
Tengo hoy un negocio urgente. —
Mi amigo don Juan Ochoa
Está ocupado... y en fin,
El notario...
Vic. ¡Tanta prosa
Para nada!
Evar. Es que yo siento...
Vic. ¡Bobada! Si hoy no se otorgan
Los contratos, otro dia...
¿Qué mas tiene...?
Evar. Cierto.
Vic. (¡Hola!
Parece que ya hace efecto
La píldora.)
Evar. (Si me ahorcan
No me caso.) Crea usted...
Vic. Ya está aquí mi prima Eustaquia.

ESCENA VI.

DOÑA VICENTA, DON EVARISTO, DOÑA EUSTOQUIA.

Eust. ¡Oh! Ya ha venido mi yerno.
¡Vaya, que estoy mas contenta!...
¡Y tú nos dejas, Vicenta!
Vic. Sí; que hace un dia de invierno.
Eust. ¡Si está hermosa la mañana!
Vic. Yo temo... que ha de nevar.
(*Mirando con malicia á don Evaristo.*)
Eust. No tal. Llamaré á Pilar...
¡Qué linda está! ¡Qué galana!
Vic. No la llames.
Eust. ¿Por qué no?
Vic. Prima, porque es excusado.

La boda se ha prorogado...
Eust. ¡Cómo! ¿Hasta cuándo? ¿Quién...?
Evar. Yo...
Eust. ¡Eh! No lo creo. Eso es chanza.
¿Cómo pudiera Evaristo
Cuando al fin cumplida ha visto
Su lisonjera esperanza...?
¡Oh, qué venturoso dia!
¡Cómo lo he de celebrar!
En la dicha de Pilar
Cifro yo la dicha mia.
Toda mi alma se alboroza,
Y aunque ella ha de hacerme abuela,
La boda de esa chicuela
Presumo que me remoza.
Ea, vámonos, y no haya
Mas dilacion...
Evar. Hoy, señora,
No puede ser.
Eust. ¿Cierto? ¿Ahora
Salimos con eso? ¡Vaya!
Vic. Como anuncia tiempo vario
El almanaque...
Evar. No es eso.
Es que anoche hizo un exceso,
Y está en la cama el notario.
Eust. ¡Qué lástima!
Evar. Hasta las dos
Estuvo en cruda agonía.
Eust. Algun cólico sería.
Evar. Cerrado.
Eust. ¡Válgame Dios!
(*Se sienta en un sillon.*)
Vic. Ya se ve; como un avanto
Cenaría, y un asiento...
Eust. ¡Pobre señor! (Solo siento
Haber madrugado tanto.)
¿Pero, hombre, en la Vicaría
Solo hay un notario?
Evar. No.
Pero á ese buscaba yo
Porque ya le conocía.
Es muy sagaz...
Eust. El mas tonto
Es sagaz en su provecho.
Evar. No obstante...
Eust. (¡Que me hayan hecho
Dejar la cama tan pronto!)
No entiendo...
Vic. Querida Eustaquia,
Considera, y no te asombres,
Que no siempre están los hombres
Corrientes con la parroquia.
Eust. Ya..., sí... Yo soy indulgente.
Evar. Luego que se alivie...
Eust. Sí.
No hay prisa. Así como así...
El dia está intercadente.
(Cayéndome estoy de sueño.)
Evar. Si ustedes me dan licencia,
Voy á cierta diligencia...
Eust. ¿Sin ver al amado dueño?
Eso es ser poco galan.
(*Empieza á dar cabezadas.*)
Evar. ¿Qué extraño es que no me atreva
A darle tan triste nueva?
Ustedes se lo dirán;
Que aunque tal vez su sosiego
No pierda por eso...
Eust. (*Bostezando.*) No.
Evar. (No es ella á quien temo yo,
Sino á don Rufo.) Hasta luego.
Vic. Hasta después.
Evar. (*Yéndose.*) (¡Lindo hallazgo!
¡Famosa boda iba á hacer!
¡Por entero la mujer...
Y á medias el mayorazgo!)

ESCENA VII.

DOÑA EUSTOQUIA, DOÑA VICENTA.

Vic. No es grande, prima, el afecto
Que le ha inspirado Pilar.
Eust. ¡Eh...!
Vic. La boda retardar
Con tal frescura...
Eust. En efecto.
Vic. Farsa de teatro fué
Aquella ternura inmensa.
Don Evaristo no piensa
Como pensaba.
Eust. (*Casi dormida.*) ¿Por qué?
Vic. Lo juro á fe de Vicenta.
Sabiendo yo que es mal bicho,
Hoy por probarle le he dicho...
¿No me oyes?
Eust. Sí; cuenta, cuenta.
(*Despavilándose por un momento.*)
Vic. ¿Te duermes?
Eust. No, que te escucho.
Vic. Le he dicho que tu caudal
En realidad no era tal
Como él creyó, ni con mucho.
(*Doña Eustoquia se queda dormida.*)
¡Habias de ver su gesto
Oyendo esta nueva! Al punto
Se quedó como un difunto.
Vamos; ¿qué dices á esto?
A un cólico imaginario
Apela en tan fuerte apuro,
Y no sé cómo el perjuro
No enterró al pobre notario.

No le contradigo yo,
Aunque miente como un diablo,
Y... ¿Qué es esto? ¿Con quién hablo?
¡Prima!... ¡Eustaquia!... Se durmió. —
¡Qué lástima de botija
De agua de nieve en su alma!
¡Dormirse con esa calma
Cuando la hablo de su hijo! —
¡Y tal vez por la apariencia
Juzgando la vecindad
Llama exceso de bondad
A esa estúpida indolencia!
Siempre con igual semblante
Oye el favor y el agravio.
De miel rosado su labio,
Su corazon de diamante.
A nadie dice que no;
Pero su casa ardería
Y desde lejos diría:
Arda el mundo, y viva yo.
Un mueble mas en la sala:
¡Tal es tu naturaleza,
Oh mujer, que de pereza
Ni eres buena, ni eres mala! —
¡Cuál ronca! Ni un sinapismo
Despertara á la maldita. —
Me voy, que el verla me irrita. —
¡Confunda Dios tu egoismo!

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA EUSTOQUIA, DON RUFO.

Doña Eustoquia duerme todavia. Don Rufo llega de fuera.)

Rufo. ¿Cómo estás con tanta flema
Tendida en ese sillon?
¿Cómo es que ya son las once
Y aun no ha salido el convoy?
Ya podia yo buscaros
En Apolo hecho un avion.
Todo lo he corrido en balde:
La glorieta, el cenador,
La sortija, el laberinto,
El columpio... ¿Qué sé yo?
Cansado en fin de dar vueltas
Y de mirar el reloj,
Vengo á saber de qué nace
Tan extraña dilacion.
¿Se ha muerto don Evaristo?
¿Ha dicho Pilar que no? —
Pero... mi mujer se ha muerto,
O duerme como un liron.
¡Eustoquia! ¡Eustoquia!
Eust. ¿Quién llama?
(*Se despierta asustada.*)
¿Quién...? ¡Eres tú!
Rufo. Si; yo soy.
¿Estabas dormida?
Eust. Si.
Rufo. ¡Y con tan poca aprension
Lo confiesas!
Eust. ¿Y qué quieres,
Si casi al salir el sol
Me he vestido?
Rufo. Ya. Tambien
Te acostaste á la oracion.
Eust. Sí; pero el cuidado mismo
De madrugar...
Rufo. ¡Bien por Dios!
Toda la noche has estado
Roncando como un prior,
¿Y ahora me vienes con esas?
Eust. ¡Si tengo esta complexion...!
¡Si...! Vamos; cuando una duerme
Es el tiempo tan veloz...
Y... ¿Qué he de hacer?
Rufo. Castigar
Ese cuerpo remolon;
Moverte; arreglar la casa,
Y elevar el alma á Dios;
Que solo para dormir
Y comer no te crió.
Eust. Bien, hijo, sí; no te enfades.
Rufo. ¡Pues traigo yo buen humor
Para...!
Eust. ¿Qué te ha sucedido?
Rufo. Nada.
Eust. Di... Siéntate.
Rufo. Estoy
Bien así.
Eust. Como tú quieras.
Rufo. Tronaré. ¡No hay remision!
Me quedaré sin destino.
Eust. ¿De veras?
Rufo. El director
Está contra mí, y sospecho
Que los informes que dió
Me favorecen muy poco.
Eust. ¡Cómo ha de ser!
Rufo. Dicen que hoy
Sale el nuevo arreglo. ¡Buena
Quedará la Direccion!
Ya se ve: tanto clamar
Por economias... Oh!

¡Las Córtes! ¡Las Córtes!... Esto
Va cada dia peor.
Eust. ¿Quién sabe...?
Rufo. Y esas ideas
De servicios, opinion,
Antecedentes... ¡Qué diablo!
Dejen *in statu quo*
Las cosas. ¿No es fuerte asunto
Haber comprado doblon
Sobré doblon mi destino,
Y á pretexto de si soy
Negro ó blanco, hábil ó torpe
Cercenarme la racion?
¡Y eche usted un galgo ahora
Al jefe que me empleó!
¡Vaya usted á recordarle
Que un dia por cuanto vos
Contribuísteis...! ¡Ya es obra!
Hecho en Londres un milord,
Así se acuerda de mí
Como yo del gran Mogol.
Ello es que ya han enterrado
A mi jefe de seccion;
Que por turno rigoroso
Debo sucederle yo,
Y temo quedar cesante.
Eust. ¡Sea por amor de Dios!
Rufo. ¿Ese consuelo me das?
Eust. Sí, Rufo. Mas padeció...
Rufo. ¡Eh! Déjame en paz. ¿Acaso
Tengo yo el alma de Job?
Eust. No te enojes, Rufo.
Rufo. Quiero
Enojarme. ¡Voto á briós!
Eust. Bien, hijo. Si así te alivias...
Enójate: eso es mejor. —
No faltarán aspirantes...
Rufo. ¡Tu, tu, tu! Yo sé de dos.
Eust. Mozos sin pelo de barba...
Rufo. No.
Eust. Ineptos...
Rufo. No.
Eust. Oscuros...
Rufo. ¡No!
El uno es un tal don Cosme...
Natural de Vinaroz.
Del veintiuno al veintitres
La misma plaza sirvió;
Está amnistiado, y la pide...
Eust. Con muchísima razon.
Rufo. No tal. Eres una bestia.
Eust. Bien, hombre; sí. Bestia soy.
Rufo. ¿Qué significa amnistía?
Dame tú la explicacion.
Eust. Olvido de lo pasado.
Rufo. Justo: eso es en español.
Ahora bien, pues mi rival
Por ese olvido clamó,
Justo es olvidar tambien
Que fué jefe de seccion.
Eust. En efecto.
Rufo. El otro... Mas
¿Qué es esto? ¿No vamos hoy
Al jardin de Apolo, y luego
A firmar...?
Eust. Creo que no.
Rufo. ¿Por qué? ¿Dónde está esa chica?
¿Por qué es esta suspension?
¿Dónde está don Evaristo?
Habla; respóndeme.
Eust. Yo...
A punto fijo no sé...
Se habló de una indigestion...,
De... otro dia... de... el notario...
Como se nublaba el sol...
Y yo me dormí... No sé...
Rufo. Pero ¡que tengas valor
Para...!
Eust. Calla, que Vicenta
Ha de saber... Ahora voy
A preguntar... Ella viene.
Rufo. (Mi mujer es un lechon.)

ESCENA II.

DOÑA EUSTOQUIA, DON RUFO,
DOÑA VICENTA.

Vic. Prima, que están esperándote
Para almorzar.
Eust. Voy.
Vic. ¿De cuando acá tu estómago
Se hace esperar?
Rufo. Antes de eso, sea lícito
Que sepa yo
Por qué el casamiento próximo
Se suspendió.
Vic. Pues sin andarme en retóricas
Yo te diré
Que de tu yerno ya es pública
La mala fe.
Rufo. No lo creo. Tú eres díscola
Por complexion,
Y tu lengua es de una víbora,
De un escorpion.
Vic. ¿A qué me injurias, estúpido
Sin mas ni mas?
Don Evaristo es un pérfido:
Tú lo verás.
No se casa.
Rufo. ¿Por qué? Dímelo.
¡Voto á quien soy!...
Ayer me juró con lágrimas...
Vic. Ayer no es hoy.

Rufo. No te creo. Alguna cábala
Se me arma aquí.
Vic. No.
Rufo. Y como tú eres su antípoda...
Vic. ¡Oh! Sí; eso sí.
Tu hija me movía á lástima,
¡Pobre Pilar!
Y al fin á la triste víctima
Logré salvar.
Rufo. ¿Cómo?
Vic. Arrancando la máscara
De ese gandul.
Rufo. Nada me pruebas poniéndole
De oro y azul.
Vic. Le dije el estado crítico
De tu caudal,
Y él, que formaba otros cálculos...
Rufo. Mientes: no hay tal.
Es generoso, es magnífico...
Vic. No; no lo es
Hombre á quien domina el sórdido,
Vil interés.
Ello es que le puso pálido
La novedad
De reducirse tus vínculos
A la mitad.
Rufo. Aprension tuya.—Y por último,
¿Hay boda, ó no?
Vic. Con varias excusas frívolas
La prorogó.
Eust. Bien puede ser...
Rufo. ¡Por San Críspulo...!
¿Vas tú á apoyar
Tambien...?
Eust. Yo no; pero...
Rufo. Cállate.
Eust. Me iré á almorzar.

ESCENA III.

Don RUFO, Doña VICENTA.

Vic. Rufo, ya ha volado el pájaro.
Rufo. No puede ser.
Vic. Pero ¡qué pillo! ¡Qué hipócrita!
Rufo. Basta, mujer.
Un hombre que es tan político,
Que es tan formal,
¿Cómo ha de dar un escándalo
Tan garrafal?
Y aquel talento sin límites...
¡Si es un horror
Lo que él sabe en punto á máquinas...
Vic. Ya.
Rufo. De vapor!—
¿Te ries? No seas cáustica.
Quizá, quizá
Algun dia entre los Próceres
Se sentará.
Mas ¿qué digo? Soy un bárbaro.
Ya llegó en fin
A las Córtes y á los códigos
Su san Martin.
Caerán del pueblo los ídolos;
Sí: yo lo sé.
Me lo ha dicho un diplomático
Digno de fé.
Vic. Deja ilusiones ridículas
Con Belcebú.
¿Quién cree eso sino un páparo
Cual lo eres tú?
No ya con votos sacrílegos
Ha de triunfar
Quien quiera los siglos bárbaros
Resucitar.
A tu trono, augusta Huérfana,
Dará el valor
De tu denodado ejército
Nuevo esplandor.
Caerá destrozada, exánime
La hidra voraz,
Y entonará dulces cánticos
La alegre paz.
Desde las ondas atlánticas
Al Miño fiel
Sonará este grito unánime:
¡Viva Isabel!
Y estrechará muestra plácida
Fraternidad
Con indisolubles vínculos
La libertad.
Rufo. ¡Siempre con esas hipérboles
Me has de venir!
Vic. ¿Quién tus ideas retrógradas
Puede sufrir?
Rufo. Basta. Doblemos la página
Con mil y mas,
Y no hablemos de política
Jamás, jamás;
Que ya sabes que soy áspero
De condicion,
Y no he de ceder un ápice
De mi opinion.—
Volviendo al novio, repítote
Que ayer le ví
Y que me juró... A propósito:
Mírale allí.

ESCENA IV.

DON RUFO, DOÑA VICENTA, DON EVARISTO.

Rufo. Bien venido sea usted,
Don Evaristo.
Evar. ¡Oh, don Rufo!
Beso á usted los piés, señora.
Vic. Felices.
Rufo. Me alegro mucho
De ver á usted, porque quiero
Que aclaremos cierto asunto...
¿Es verdad que usted renuncia,
A ser mi yerno?
Evar. ¡Qué escucho!
¿Quién ha dicho tal enredo?
Vic. Yo lo he dicho y lo aseguro.
Evar. Perdone usted. Afirmar
Sin fundamento ninguno
Cosa que nunca he pensado,
Señora mia, no es justo.
Vic. ¡Eh! déjese usted de farsas.
¿Qué vale ya el disimulo?
Evar. Digo que se engaña usted.
Rufo. ¿Lo ves?
Vic. Niegue usted, perjuro,
Que aquí mismo, habrá dos horas,
En el momento en que supo
Que la hacienda de mi prima
A la mitad se redujo
Por la ley de mayorazgos,
Se quedó como difunto.
Evar. ¿No he de sentir sus pesares
Siendo su yerno futuro?
Rufo. ¿Lo ves?
Vic. Niegue usted que usando
De frívolos subterfugios
De repente suspendió
La ceremonia...
Evar. ¿Y qué mucho
Si acometido el notario
De un apoplético insulto...?
Rufo. ¿Lo ves?
Vic. Veo que se burla
De tí.
Evar. No tal; no me burlo.
Usted interpreta mal
Cuanto digo.
Rufo. Ese es flujo.
Evar. Y en eso me agravia usted,
Que soy muy amigo suyo...
Vic. Gracias.
Evar. Cuando usted me trate
Mas á fondo...
Vic. Eso... lo dudo.
Evar. Verá usted...
Vic. No hay que ver nada.
Evar. Que yo soy hombre que cumplo
Lo que prometo.
Vic. ¿Se ha visto
Descaro igual en el mundo?
Bien. Supuesto que es usted
Tan veraz, tan concienzudo,
Haga usted por que hoy se arregle
La boda...
Evar. Con mucho gusto
A eso venía.
Rufo. ¿Lo ves?
Vic. ¿Qué dice usted? ¿Ya se puso
Bueno el notario?
Evar. Está en cama,
Pero hay un amigo suyo
Que nos servirá por él.
A las ocho y media en punto
De la noche vendrá aquí. —
Perdóneme usted si abuso
De su bondad, padre mio.
Sabe usted que le consulto
Para todo; pero es tanta
Mi impaciencia...
Rufo. ¡Oh! No te culpo.
¿Lo ves?
Vic. ¡Eh! Déjame en paz.
Evar. Siempre he fundado mi orgullo
En ser bénefico. Ahora
Que puedo servir de escudo
A una familia afligida,
La dulce union apresuro...
Rufo. Basta, hijo, que me enternezco.
Vic. (O aquí hay un misterio oculto
Que no puedo penetrar,
O es loco este hombre.)
Rufo. De estuco
Te has quedado. Y bien, ¿qué dices
Ahora?
Vic. Que ciego, iluso
A un insensato capricho,
Cual si fueras su verdugo,
Sacrificas á tu hija;
Que tú estás cantando el triunfo
Y ella lo llora ¡infeliz!;
Que ese hombre no es de su gusto
Ni puede serlo jamás;
Que yo detesto ese nudo
Precursor de mil pesares;
Que no he de darles, lo juro,
Ni un real, y sabes que puedo
Aumentar bien su peculio;
Y en fin, que si fuera yo
Pilar, no entrara en el yugo...;
O mi venganza daría
Que hablar en Madrid; y mucho.

ESCENA V.

DON RUFO, DON EVARISTO.

Rufo. ¡ Qué sierpe de Lucifer!
La daría con un canto.
Evar. ¡ Eh!
Rufo. No sé como la aguanto.
Evar. Déjela usted. Es mujer.
¿Qué importa su ceño adusto
Si mi corazon adora
A Pilar y usted...? Ahora,
Si ella no se casa á gusto...
Rufo. Sí, señor, sí. ¿Quién lo duda ?
Pero el natural rubor...
Evar. Cuando la hablo de mi amor
Calla cual si fuese muda.
Rufo. ¡ Miren qué falta le puso!
Mujer muda es un tesoro.
Evar. No obstante, como la adoro,
Con justa razon la acuso...
Rufo. Hombre, fie usted de mí.
Verá usted con qué frescura
Ante el notario y el cura
Pronuncia el plácido sí.
Es verdad que ahora está fria...
Evar. Sí; tan fria como bella.
Rufo. Pero la culpa no es de ella.
Los consejos de su tia...
Mas ya no tiene esperanzas
De frustrar tan grato enlace,
Y callará. Si no lo hace,
No me andaré yo con chanzas.
Yo me sabré deshacer
De un doméstico enemigo.
Evar. ¡ Oh! vivirá usted conmigo
Y colmará mi placer.
Mi casa es cómoda y buena.
Algo lejos: en la Cava;
Pero... ¡ voto á... ! Me olvidaba.
Está usted de enhorabuena.
Rufo. Pues ¿cómo...?
Evar. En el ministerio
Me lo acaba de decir
Quien no acostumbra á mentir.
¡ Vaya, don Juan, que es tan serio !...
Rufo. ¿Salió la planta?
Evar. Si tal.
Rufo. ¿Y entro yo en la promocion?
Evar. Justo.
Rufo. A jefe de seccion
Era mi ascenso...
Evar. Cabal.
Jefe de seccion don Rufo
Marchamalo.
Rufo. ¡ Oh dicha mía!
¡ Yo jefe! ¡ Yo...! De alegría
Salto, rio, lloro y bufo.
Evar. Yo celebro...
Rufo. Hoy me remozo.
¡Respiro! El susto pasó.
Evar. ¡Qué!...
Rufo. No las tenia yo
Todas conmigo. ¡ Qué gozo!
¡ Y á qué buen tiempo! Hoy que es día
De bodorrio y aleluya...
Evar. No crea usted que eso influya
En mí...
Rufo. ¡ Ba! No.
Evar. Sentiría...
Rufo. ¡Oh! ¡Calle usted!...
Evar. (Otra nueva
Es la que me halaga á mí.)
Rufo. Si otra vez me habla usté así,
Reñimos.
Evar. (¡Qué buena breva!)
Con que, vaya, hasta la noche.
Rufo. ¡ Jefe de seccion! ¡ Qué gesto
Me pondrán tan indigesto
Los que... !
Evar. Vendré con el coche...
Rufo. ¿ Se va usted?
Evar. Tengo un proyecto...
Rufo. ¿Otro? Con ese son mil.
Evar. Voy al Gobierno civil...
Rufo. ¿ Lo del diario?
Evar. En efecto.
Ya la licencia me han dado.
Con buen plan y un precio módico...
Rufo. ¿Qué color toma el periódico?
Evar. Un color... tornasolado.
Rufo. Entiendo.
Evar. Con que, á mas ver,
Padre mio.
Rufo. No te vas
Si palabra no me das
De venir luego á comer.
Evar. Si usted se empeña, la doy.
Rufo. ¡ Ah! Dime: mi nombramiento..
Evar. Mañana.
Rufo. Adios. De contento
Pierdo los estribos hoy.

ESCENA VI.

DON RUFO, DOÑA VICENTA.

Vic. Con impaciencia esperaba
A que ese señor se fuese
Para hablarte.
Rufo. ¿Sí? Ya te oigo.
Di tu embajada, y sé breve.

Vic. Pilar seria infeliz
Con ese hombre.
Rufo. Erre que erre.
No lo será. ¿Y qué te importa?
¡Fuerte flujo de meterse
En camisa de once varas!
Vic. Escúchame y no te alteres.
El tiempo insta, y no quiero
Entre dimes y diretes
Malgastarlo. Yo prescindo
De si los genios convienen
O no, y prescindo tambien
De si la niña obedece
Con repugnancia ó sin ella
A tus preceptos crueles.
Pero ya que no consultes
Su corazon inocente,
¿Por qué á su interés y al tuyo
Una manía prefieres?
Con sus cansadas lisonjas,
Con su boato aparente
Te ha deslumbrado ese... histrion,
Que otro nombre no merece.
Trampas, proyectos, bamboya;
Hé aquí todos sus bienes.
Por otra parte tu hija
¿Qué riquezas se promete?
Solo el vínculo de Eustaquia,
Que va á quedar...
Rufo. Yo soy jefe
De seccion. ¿No lo sabías?
Vic. Te doy mil parabienes.
Mas un aumento de sueldo
Que será de seis ó siete
Mil reales todo lo mas...
Rufo. De cinco mil; pero en breve
Subiré mas. Es probable
Que me nombren intendente,
Y esto ya es algo.
Vic. Y tambien
Es muy fácil que te quedes
Cesante, ó que te jubilen,
Y quizá que te destierren
Por desafecto...
Rufo. No tal.
Yo he llenado mis deberes;
Yo soy adicto á la reina;
Yo nunca he sido rebelde;
Y no porque uno murmure
Alguna vez, y se queje
Cuando se juzgue agraviado...
Vic. Pronto la casaca vuelves.
Rufo. Esto no es volver casaca.
Esto es que á mí me convencen
Los hechos. — Ahora ya veo
Que todo va grandemente.
Reconocen mis servicios
Y mis talentos; me ascienden...
¡Oh! Y lo que es del ministerio
De Hacienda yo siempre, siempre
Me prometí buenas cosas,
Porque es hombre que lo entiende
Su excelencia, y ayer mismo...
Vic. Ayer mismo echabas pestes
De esa boca contra él.
Rufo. Por no decirte que mientes,
Te diré que te equivocas. —
Sea de esto lo que fuere,
Mudar de opinion es propio
De hombres cuerdos y prudentes.
Ya no dudo que en el alma
Yo tenia oculto el gérmen
De los nuevos sentimientos
Que ahora en mi sangre hierven.
Nuevo estado, vida nueva.
El subalterno y el jefe
No ven por un prisma igual.
Hay virtudes que requieren
Mando, autoridad... En fin,
Yo me entiendo, y Dios me entiende.
Vic. Bien, basta. A un lado disputas
Que no hacen al caso. ¿Quieres
Que vivamos como amigos
Y como buenos parientes?
Rufo. Si quiero.
Vic. ¿Quieres que tu hija
Sea dichosa?
Rufo. Me ofendes
En dudarlo.
Vic. Pues en vez
De casarla con ese ente
Que no puedo soportar,
Permíteme que yo arregle
Su boda con un sugeto
Que su corazon merece,
Y diez mil duros de dote
La ofrezco inmediatamente,
Sin perjuicio de asignarla
Un tanto para alfileres,
Y de nombrarla tambien
Heredera de mis bienes.
De lo contrario..
Rufo. ¿Amenazas?
Aunque tú la desheredes,
¿Qué falta le hacen tus rentas
Con un padre como este
Y un marido como aquel?
Vic. No seas terco; no te ciegue
La presuncion; no á lo cierto
Prefieras lo contingente.
¡Rufo, Rufo! Mira bien
Lo que haces. Quizá te pese
Mañana...
Rufo. ¡Eh! Deja ese tono,
Que esto no es misa de *requiem.*
Yo sé lo que debo hacer

Sin que tú me lo aconsejes,
Que no vengo al mundo ahora. —
Y, en fin, ¿quién es tu cliente?
Vic. Es un jóven de carrera
Que ya gana en su bufete
Para vivir, y que aspira
A un buen empleo, pues tiene
Poderosos protectores.
Tierno, amable, complaciente...
Rufo. ¿Su nombre?
Vic. Honrado, juicioso...
Rufo. ¿Su nombre?
Vic. A tu casa viene...
Rufo. ¡Oh! ¿Quién es? ¿Quién?
Vic. Don Faustino
Rivera...
Rufo. ¡Cómo! Ese mueble
Sentimental, taciturno,
Espasmódico..., esa especie
De buho... ¿Será posible?...
¿Y cómo el traidor se atreve
A seducir á mi hija?
Y tú ¿por qué lo consientes?
Vic. No hay tal seduccion. Jamás...
Rufo. ¿Y á mí ese yerno me ofreces?
Vic. Escucha...
Rufo. Por algo á mí
No me entraba de los dientes
Adentro.
Vic. Si le trataras...
Rufo. No hay para qué, y si me vuelve
Por aquí, yo te prometo...
Vic. ¿Qué harás? ¿Eh?
Rufo. ¿Qué haré? Ponerle
De patitas en la calle.
Vic. Eso no; que vendrá á verme
Cuando yo quiera.
Rufo. ¡Que no!
Vic. ¡Que sí!
Rufo. ¿Quién es aquí el jefe
De la familia? ¿Quién manda
En esta casa?
Vic. Quien puede.
Rufo. ¿Qué quieres decir con eso?
Vic. Que de tí solo dependen
Tu hija y tu mujer: no yo;
Que esta casa es mia. ¿Entiendes?
Rufo. Eso es en buen castellano
Decirme que soy tu huésped
Y no mas, y echarme en cara
Que no te pago alquileres.
Vic. Nunca te los he pedido.
Rufo. Te los pagaré. — Seis meses
Y ocho dias...
Vic. ¡Dale, bola!
No es eso lo que me duele.
Rufo. Y me mudaré á otro cuarto
Tan luego como lo encuentre.
Vic. Como quieras. Yo no te echo.
Rufo. No importa que tú no me eches.
No quiero vivir contigo
Vic. Mejor.
Rufo. Corriente.
Vic. Corriente.
Rufo. No hay ángeles que te aguanten.
Vic. No hay diablos que te toleren.

ESCENA VII.

DOÑA VICENTA, DON RUFO, PILAR.

Pilar. ¡Ay, papá! ¡Qué triste nueva
(*Con un impreso en la mano.*)
Rufo. ¡Otra! ¿Qué nuevo entremés...?
Pilar. ¿Yo entremés? Muy al contrario.
Bien quisiera no traer
La fatal noticia...
Rufo. ¿Cuál?
Habla; dime...
Pilar. Este papel...
Rufo. ¡La Gaceta extraordinaria!
(*Tomándolo.*)
¿Qué ha podido acontecer...?
(*Lee para sí con ansia.*)
Pilar. Una completa victoria
Por las armas de Isabel.
Rufo. ¡Bravo! ¡Bien! ¡Si era forzoso...!
Veamos... Esto va bien.
Pilar. ¡Va bien! ¿Y los pobres muertos
¡Ay Dios! Cuando vea usted...
Rufo. ¡Qué gozó! No me interrumpas.
Vic. (¡Oh, santo Dios de Israel,
Y lo que puede un empleo!)
Rufo. Poca la pérdida fué:
Treinta muertos, cien heridos...
Pilar. ¡Pobre tio!
Rufo. ¡Cómo!... ¿Quién...?
Pilar. Lea usted. Yo no me atrevo...
Los nombres están al pié.
Rufo. «Entre los muertos se cuenta
El teniente coronel
Don Pedro...» ¡Cielos! ¡Mi primo!
Pilar. Nunca le ví ni traté,
Mas basta ser de mi sangre...
Vic. Don Pedro... ¡Qué oigo! ¿Es aquel
Capitan de granaderos...?
Rufo. Sí, sí; don Pedro Garcés
De Marchamalo.
Vic. Muy rico;
Mayorazgo...
Rufo. Sí, mujer.—
Y era soltero... ¡infeliz!
Y no deja... ¡triste de él!

Padre, ni madre, ni hermanos...
Vic. Pues; y tú le heredas...
Rufo. ¡Pues!
Mira tú qué fortunon
Se entra por mis puertas: ¿eh?—
Pero su muerte me aflige,
Que, aunque no me pudo ver
Jamás, yo siempre... ¡No hay mas!
¡Murió! Aquí dice: « á los tres
Dias espiró en Pamplona. » —
Vamos; al fin pudo hacer
Sus disposiciones; y esto
Al cabo consuelo es. —
¡Calla! Hoy debo tener carta
O suya ó de don Miguel
De Urrutia, mi fiel amigo.
Voy, voy al instante á ver
Si vino la mala; que estas
Noticias... Sí, son del diez
Por extraordinario. ¡Diantre!
No me es posible saber
Hasta que llegue la mala...
¡Oh! Yo nunca perderé
Mis derechos, pero... ¡Ay Dios!
¡Cómo con amarga hiel
Mezclas la humana dulzura! —
Pero al fin... ¡Cómo ha de ser!
Todos hemos de pasar
Por ese trance cruel.
Pilar. (Ahora será preciso
Mi consorcio suspender
Y este consuelo siquiera
En tanta pena tendré.)
Rufo. No te aflijas, Pilarcita:
No llores. ¿Qué se ha de hacer?
Dios le ha llamado á su gloria...
(Las haciendas de Jaen...
Casa en Cádiz y en Granada...
Viñas en Rota, en Jerez...)
Vic. ¿Ves ahora claro el motivo
De tomar tanto interés
Don Evaristo en su boda
Con Pilar?
Rufo. ¡Oyes!... Tal vez...
Vic. Pocas horas antes todo
Era obstáculos: después
Todo lo allanó. Sin duda
Acababa de leer
La Gaceta extrordinaria.
Rufo. Las mujeres siempre haceis
Juicios temerarios. Ello,
No hace mucho que le hablé
De Pedro, que en paz descanse.
Vic. Pues ¿qué mas quieres? Ya ves
Que mi sospecha es fundada.
Rufo. Ya; pero ¡un hombre como él..!

ESCENA VIII.

PILAR, DON RUFO, DOÑA VICENTA, DOÑA EUSTOQUIA.

Eust. Ahora, querido esposo,
Que ya debo suponer
Que pasado el primer trago,
¡Ay! de acíbar, no de miel,
Podrás escuchar palabras
De consuelo... ¡Oh! No. ¿Por qué,
Por qué consolarte? Llora,
Pues de la suerte el vaiven
Tal angustia te depara.
Deja que mi amor te dé
Un pésame dolorido;
Que aunque la constante ley
Del orbe... En fin, llora, Rufo;
¡Llora! ¡Bien tienes por qué!
Rufo. ¡Llora!... ¡Llora!... ¡Aunque estuviese
Yo bailando!... ¡Qué sandez!
¿Querrá usted, señora esposa,
Darme con esto á entender
Que porque heredo á mi primo...;
Digo, á lo menos tendré
Derecho á lo vinculado;
Su muerte me da placer?
Mis ojos están enjutos,
Mas si en ellos no se ven
Lágrimas, dentro del pecho
Las siento ¡ay triste! correr. —
Y en fin, si llorarle es justo,
¿Por qué no llora usted?
Eust. Yo... por no afligirte mas.
Pero ya á solas lloré.
Vic. Todavia no he perdido
(*Aparte á Pilar.*)
Mis esperanzas. Después
Hablaremos...
Rufo. Pero, en fin,
No hay motivo para hacer
Pucheros. Muy al contrario;
Considerándolo bien,
Hoy es dia de alborozo.
Sí, amadas; y os probaré
Que en vez de pésame amargo
Debeis darme el parabien. —
No por el vínculo, no,
Aunque bien lo he menester
En mis actuales apuros,
Sino por la honra y prez
Que con su muerte ha adquirido
El buen don Pedro Garcés.
¡Llorar al patriota insigne
Que cumpliendo su deber
Murió en el campo de honor

De lauro ornada su sien!
¡Llorar al bravo soldado;
Llorar al súbdito fiel
Que ha derramado su sangre
Por la patria y por la ley!
Antes su suerte envidiemos;
Antes...

Vic. Conviene saber
Que Rufo ya no es carlista,
Sino amante de Isabel.

Rufo. Sí; por Isabel Segunda
Juro morir ó vencer.

Eust. ¿Isabelino te has hecho?
Muy bien; lo apruebo; muy bien.

Pilar. ¡Qué cosas tienen los hombres!
Mi papá pensaba ayer
De otro modo.

Rufo. ¡Calle el trasto!
¿Sabe ella...?

Pilar. Yo...

Rufo. ¡Calle usted!

Vic. No vayas á figurarte
Que porque el ministro... ¿quién?...
¿El de hacienda?..., le ha nombrado
Jefe de ¿qué sé yo qué...?

Rufo. Jefe de seccion.

Eust. ¿De veras?
¡Tantas dichas á la vez!...
¡Ah! Pero dime: y ahora
¿El pésame te daré,
O la enhorabuena?

Rufo. Ni uno
Ni otro.

Eust. Por no errar. Ya ves...

Rufo. Tú siempre yerras.

Eust. Deseo
Darte gusto.

Rufo. ¡Oh qué moler!
¿Quieres darme gusto?

Eust. Sí.

Rufo. Pues vete de aqui.

Eust. Me iré.
Tu voluntad es la mia.
Iré á quitarme este tren
Que respirar no me deja.
¡Uf! Reniego del corsé.
¡Qué diabólica invencion!
Ven á desnudarme, ven,
Pilar... (Me echaré en la cama
Hasta la hora de comer.)

ESCENA IX.

DOÑA VICENTA, DON RUFO.

Vic. ¿Te vas? — Oyeme.

Rufo. ¿Qué quieres?
¿Reñiremos otra vez?

Vic. No. Supongo que esa nueva
Retardará...

Rufo. Ya, ya sé
Lo que me vas á decir.
Mas no pienso suspender
Las diligencias de boda;
Que primero que se den
Las tres amonestaciones
Pasará cerca de un mes,
Y ya entonces...

Vic. Norabuena.
No te quiero convencer
Con inútiles razones.

Rufo. Yo nunca falto á la fe
De mis palabras, y mas
En asuntos de interés.
¿Qué se diria de mí
Si porque heredo...?

Vic. Está bien.
Tampoco yo te aconsejo
Que des tu brazo á torcer.
Mas si te pruebo que ese hombre
Es un embrollon; si ves
Probado hasta la evidencia
Cuanto yo te he dicho de él;
Si le oyes, en fin, tú mismo
Con impensado desden
Renunciar...

Rufo. Si tal hiciese,
Puede ser que á puntapiés...

Vic. No; no lo digo por tanto.

Rufo. Pero tal desfachatez
No es posible en un sujeto...

Vic. ¿No? Que me lleve Luzbel
Si para hartarle de injurias
Hoy mismo no te da pié.

Rufo. ¿Y podré saber el medio
De que te piensas valer...?

Vic. Nada. Hablar con él á solas
Un cuarto de hora; y que estés
Oculto sin que él lo sepa
Donde le oigas.

Rufo. De la piel
Del diablo sois las mujeres.
Presumo que alguna red
Piensas tenderle...

Vic. Algo hay de eso.

Rufo. Tú mentirás...

Vic. Mentiré

Si es preciso. Aunque me arriesgue
A hacer acaso un papel
Desairado, tengo empeño
En quitarle de una vez
La máscara. ¿Vuelves pronto?
Rufo. Sí. — Las dos menos seis...
A la una ya estoy aquí.
Vic. Entretanto irá Ginés
A llamarle...
Rufo. Es excusado.
Quedó en venir á comer.
Vic. Bueno. Si tú condesciendes,
Verás...
Rufo. ¡Hacer un pastel
Apenas nombrado jefe!
¿Qué dirá el vulgo soez?
Pero en fin, porque no digas
Que soy testarudo, haré
Lo que deseas.
Vic. Conformes.
Hasta luego.
Rufo. Hasta después.

ESCENA X.

DON RUFO.

¡Mayorazgo! ¡Qué contento!
¡Jefe de seccion! ¡Qué gozo!
¡Y en un dia! ¡Qué alborozo!
¡Ah! ¡Cómo en el alma siento
El liberal ardimiento...!
Corriendo, aunque eche la hiel,
Ahora voy, patriota fiel,
A alistarme en la milicia.
¡Viva la patria! ¡Oh delicia!...
¡Viva la reina Isabel!

ACTO TERCERO.

—

ESCENA PRIMERA.

DON RUFO, DOÑA VICENTA.

Vic. ¡Acabaras de venir!
Yo creí que hasta la noche
No volvias.
Rufo. Esperando
Ese correo del Norte
Que no acaba de llegar...
Quizá por aquellos montes
La faccion le ha interceptado.
¡Si hasta que les den un golpe
Decisivo!... ¡Ah! Dame albricias.
Soy ya *urbano:* el uniforme
Pienso estrenar el domingo;
Sí, mas que me cueste el doble. —
Acuérdame que mañana
Me he de dejar el bigote.
Vic. Sí, pero lo que urge ahora...
Rufo. ¿Qué urge? ¿Qué? Lo que urge...
Vic. Oye.
Rufo. Es consolidar las patrias
Libertades. ¡Zumbe el bronce!
¡Cruja el parche! ¡Arma, arma, guerra
Desde Irun hasta San Roque!
¡Y que viva...! Vamos, ¿qué hay?
Vic. Que esperamos á ese hombre...
Rufo. ¿A qué hombre?
Vic. A don Evaristo
Rufo. Con que ¿te empeñas...?
Vic. Sí. Corre.
Entra en ese gabinete,
Que ya es hora...
Rufo. Al fin y al postre
Nada has de lograr...
Vic. No es fácil
Que yo mi designio logre
Si no haces lo que te digo.
Rufo. ¡Meterme á mí en esos trotes
De farsas y,... á mí que soy
Tan franco y naturalote!
Vic. ¿Así cumples tu palabra?
Ya son las dos. Anda. Coge
El sombrero y el baston;
No los vea... Mira; ponte
Junto á la puerta y podrás
Escucharnos; mas si toses
Lo echas á perder.
Rufo. ¡Qué diablos!...
¿Será justo que me ahogue
Por tu capricho?
Vic. Ya llaman...
¿A qué esperas? ¿No te escondes?
Rufo. Sí. Voy, voy...
Vic. ¡Gracias al cielo!
(*Se sienta en un sofá.*)
Ya entró. ¡Qué posma es el hombre!

ESCENA II.

DOÑA VICENTA, DON EVARISTO.

Evar. Señora... Usted sola aquí...
Si la incomodo á usted...

Vic. ¡Ba!
Simplezas. ¿De cuando acá
Me incomoda usted á mí?
Evar. Como esta mañana tuve
El pesar...
Vic. No hablemos de eso.
Me incomodé : lo confieso;
Mas ya se pasó la nube.
Evar. (¡Cosa extraña! Me recibe
Con una amabilidad...)
De su apreciable amistad
Yo siento que usted me prive.
Vic. No. De todo me desdigo.
Yo juzgué mal... Pero ¡qué!
¿No se sienta usted?
Evar. Sí haré.
Vic. Aquí : en el sofá, conmigo.
Evar. ¡Tanta dicha...! (Estoy en babia.)
(*Se sienta.*)
Vic. Para mí es la dicha.
Evar. (¡Cielos!
Me ama, está visto : y los zelos
Causaron aquella rabia.
Pero no sea que me arme
Algun lazo...)
Vic. (Está suspenso.)
Evar. (Mientras no se explique pienso
Que no debo aventurarme.)
Vic. Rufo ha salido.
Evar. Ginés
Me lo ha dicho, amiga mia.
Vic. Dijo que no volvería
Hasta después de las tres.
Evar. Mucho es que tan tard...
Vic. Y esa
Es notable grosería
Sabiendo que usted debía
Acompañarle en la mesa.
¡Eh! No me admiro. El hallazgo
De una rica herencia...
Evar. ¿Qué...?
Vic. ¿Nada sabe usted?
Evar. No sé.
Vic. Hereda un gran mayorazgo.
Con eso está que desbarra.
Evar. ¿De veras? ¿Y qué accidente
Casual...?
Vic. Le han muerto un pariente
Los facciosos de Navarra.
Evar. (Vaya en gracia : ya leyó
La extraordinaria.)
Vic. Noticia
Dichosa que con delicia
Mi buen primo recibió.
No digo yo que no sienta
De un deudo suyo la muerte;
Pero del dolor mas fuerte
Consuela una pingüe renta.
Evar. Ya; y no por eso mi boda
Dilatará...
Vic. ¡Disparate!
No hay quien de bodas le trate.
Es lo que mas le incomoda.
Su mujer por mala estrella
Quiso hablarle del asunto
Sin cuidarse del difunto,
¡Y armó una zambra con ella...!
«¡Boda en dia tan aciago!
¿Estás dada á Belcebú?
Grita. ¿Y me lo dices tú
Después del acerbo trago...?
¡Y que en pecho humano quepa
Tanta crueldad! Quita allá.
¿Boda? ¡Gran Dios! ¿Qué dirá
El muerto cuando lo sepa?
Primero es cumplir el luto,
Y después... Después veremos.»
Evar. ¿Eso dijo? (¿Esas tenemos?)
Con que... ¿el funeral tributo...?
Vic. En fin, mil sandeces dijo.
Evar. ¡Oh! sí. Ya es su boberia
Proverbial.
Vic. Y yo le oía
Con singular regocijo.
Mas ¿qué mucho si halagaba
Mis ideas...?
Evar. (¡Ah!) ¿Y por qué?
Vic. El por qué... yo me lo sé.
Evar. (¡Cuál me mira!)
Vic. (Este se clava.)
Usted no puede ignorar,
Y yo lo negara en vano,
Que á mi despecho la mano
Le ofrecieron de Pilar.
Y no porque usted no es
Digno de ella, y mas ahora
Que muestra por la que adora
Tan noble desinterés.
Evar. ¡Señora, por Dios...!
Vic. Con ella,
Aunque pobre, usted se casa,
Y quizá su suerte escasa
La hace para usted mas bella.
Sí; que si usted dilató
La boda contra su gusto
Fué con motivo muy justo.
Ahora lo conozco yo.
Y mi primo... ¡qué contraste!
Con la herencia tal está
Que para yerno quizá
Ni un archiduque le baste.
Pero, aquí para *inter nos*,
La chica, como es novicia,
Le hacía á usted la injusticia
De no amarle.
Evar. ¿Es cierto? ¡Oh Dios!

Si yo lo hubiera sabido...
Vic. Yo, que á fondo lo sabía,
No sin razon me oponía
Al enlace convenido. —
Y usted allá para sí
Quizá alguna vez pensó
Que le aborrecia yo.
Evar. Así, es cierto, lo creí;
Y el cielo sabe, señora,
Lo mal que usted me pagaba,
Que mi alma rendida, esclava...
Vic. Deje usted chanzas ahora.
Evar. ¿Chanzas? ¡Ah! No...
Vic. Don Faustino
Está muerto por Pilar.
Yo la quería casar
Con él...
Evar. ¿Y soy yo adivino?
Si usted como buena amiga
Hubiérame dicho : hay esto,
Yo hubiera dejado el puesto
Sin importarme una higa.
¡Por cierto, gran pesadumbre!
No era profundo mi amor,
Sino que ya..., el pundonor...
El qué dirán..., la costumbre...
¿Y quién sabe si el pesar
De no encontrar acogida
En otra alma empedernida
A quien no osé declarar...?
Pero ¿es justo que al amor
Cuidados ajenos roben
Una viuda amable, jóven,
Que es de la córte esplendor?
¿Por qué desvelarse así
Buscando á Pilar un novio?
No es mas natural, mas ovio...
Vic. Ya. ¿El buscarlo para mí?
Evar. No es menester que lo busque
Una deidad...
Vic. ¿Yo deidad?
¡Qué error!... Pero la amistad
No es mucho que á usted le ofusque
Evar. (Yo me declaro. Esto es hecho;
Que es buen negocio la viuda.)
Señora, mi lengua anuda
El volcan que arde en mi pecho;
Mas mis ojos, mi semblante
Harto anuncian...
Vic. No diré :
De esta agua no beberé.
Puede que mas adelante...
Evar. No. Esas cosas ¡pronto, pronto!
Que el que lo piensa mejor
Mas se chasquea.
Vic. El temor
De dar con marido tonto...
Evar. Grande lástima sería;
Que usted, señora, es un lince.
Vic. Yo ya pasé de los quince.
Soy viuda, jamona, y tia.
Evar. Tia, cualquiera lo es;
Viuda, es glorioso blason;
Jamona..., ¡ponderacion!
Veintiocho años...
Vic. Treinta y tres.
Evar. No.
Vic. Sí tal, don Evaristo.
Evar. Bien. Así las quiero yo.
De esa edad nos redimió
Nuestro señor Jesucristo. —
Y yo sé de un corazon
Preso en cadena amorosa
Que de esa boquita hermosa
Espera su redencion.
Vic. Yo no tengo antipatía
Al yugo del matrimonio;
Pero si hiciera el demonio
Que me arrepintiese un dia...
No quiero yo para esposo
Un señorito mimado,
Elegante, almivarado,
Intercadente y dengoso.
Tambien me causara tedio
Una yerta senectud,
Sin pasiones, sin salud...
Evar. Ya. Usted quiere un... justo medio.
Un hombre de treinta y tantos...
Vic. Sí; de juicio y probidad.
Evar. Justamente esa es mi edad.
Yo cumplo por todos santos...
Vic. Que esté en el mundo bien quisto,
Que no tema á maldicientes;
Que...
Evar. Yo tengo un don de gentes...
Lo digo á fe de Evaristo.
Vic. Que ni sea una atalaya
Perpétua de su consorte,
Que eso no hay quien lo soporte,
Ni á picos pardos se vaya.
Evar. Y que no se arrogue un mando
Despótico en demasía...
Vic. Claro está.
Evar. Por vida mia
Que me está usted retratando.
Vic. Cierto : usted puede alegar
Mil prendas...
Evar. Usted no crea
Que yo...
Vic. Es lástima que sea
Tan desdeñosa Pilar.
Evar. ¡Si mi amor no la pretende!
Ya he dicho...
Vic. Mucho lo siento.
Evar. Repito que no es mi intento...
(¡Qué angustia! Se desentiende.)

Vic. Volviendo á mí...
Evar. Sí, sí : á usted.
Vic. Ni quiero un hombre vehemente
Ni mucho menos un ente
Frio como esa pared
Que, sin que sea un Apolo,
Ya que hemos de vivir juntos
Sepa arreglar mis asuntos.
Evar. Para eso me pinto solo.
¡Negocios! Esa es mi furia.
Vea usted mi cartapacio;
Pregunte usted en Palacio;
Pregunte usted en la curia;
Y en el gobierno civil;
Y al ministro; y á mis socios...
Tengo sobre cien negocios
Y basto para otros mil.
Vic. Yo soy libre...
Evar. ¡Ah! ¡Peregrina!
Vic. Sin tutores...
Evar. ¡Adorable!
Vic. Sin hijos...
Evar. ¡Incomparable!
Vic. Rica...
Evar. ¡Celestia! ¡Divina!
Vic. Yo de negocios no entiendo...
Evar. Ni eso es cosa de mujeres.
¡Y en la edad de los placeres!
¡Qué dolor! Eso es horrendo...
Vic. Luego... la maledicencia...
Evar. ¡Pues! Rica, jóven, y viuda...
Vic. ¿Debo casarme?
Evar. Sin duda.
Vic. ¿De veras?
Evar. Y con urgencia. —
¡Ah! Mi pecho se commueve...
Vic. ¿Y por qué?
Evar. Si no temiera...
Vic. ¿A quién?
Evar. Si yo me atreviera...
Vic. ¿Qué hace usted que no se atreve?
Evar. Sí, aunque la suerte fatal...
Mas... ¿no siente inclinacion
Ese viudo corazon
A ningun feliz mortal...?
Vic. ¿Soy por ventura de piedra?
Mas soy dama, y una dama
En silencio pena y ama,
Que austero pudor la arredra.
Evar. ¡Ah! no mas. Ese mirar,
Dulce, apacible, expressivo,
Fatídico, decisivo
Me acaba de derrotar.
Sí, sí; yo soy el que inspiro
Tanto amor, tanto interés.
Mírame, hermosa, á tus piés.
Dí que me amas,... ó aquí espiro.
Vic. (¡Ah! ¡Loado sea Dios!)
Silencio... Usted no repara...
Alce usted... Si alguno entrara
Y así nos viera á los dos...
Evar. ¡Por Dios, por la Vírgen madre
Ameme usted!
Vic. ¿Y Pilar?
Evar. No la puedo atravesar.
A tí, sola á tí...
Vic. ¿Y su padre?
Evar. ¿Su padre? ¿Ese mentecato?
A tener voz el don Rufo
Sería excelente bufo,
Pero bufo caricato.
A emparentar con ese hombre
No sé qué signo funesto
Me arrastró. Ya le detesto;
Ya ni quiero oir su nombre.
Vic. (¡Bien! ¡Bien!)
Evar. A fe de Evaristo
Que no hay en la capital
Mas ridículo animal.
Rufo. ¡Por vida del que ató á Cristo!
(*Desde la puerta, apareciendo de improviso.*)

ESCENA III.

DOÑA VICENTA, DON RUFO, DON EVARISTO.

Evar. (¡Don Rufo! ¡Y me estaba oyendo!
Rufo. Oiga usted, seó badulaque...
Vic. ¡Mi primo! ¿Quién lo pensara?
(*A don Evaristo.*
¡Hemos echado un buen lance!
Rufo. Proyectista de memoria,
Trapalon, cajon de sastre,
¡Yo mentecato! ¡yo bufo!
¡Yo animal!... ¡Voto á mi sangre...!
Evar. Don Rufo, lo dicho dicho.
Siento que usted se amostace,
Mas si no fuera curioso
No hubiera oido...
Rufo. ¡Faraute!
Evar. No alboretemos ..
Rufo. ¡Fantasma!
Vic. Vamos; haya paz...
Rufo. ¡Pedante!
¡Ministerial! ¡Pastelero!
Evar. ¿Qué dice ese necio...?
Vic. Baste...
(No puedo tener la risa.)
Evar. (Ese sonreir amante
Me anima.) Señor don Rufo,
Calle usted y no me saque
De mis casillas. ¡Cuidado...!

Rufo. ¿Aun me la echa usted de jaque?
Váyase de aquí el hambriento...
Evar. ¡Señor don Rufo!
Rufo. ¡A la calle!
Evar. Usted no me puede echar
De esta casa, y aunque rabie
Entraré yo en ella mientras
Otra cosa no me mande
Esta señora, á quien rindo
Mi pecho en digno homenaje
De sus gracias.
Vic. Agradezco,
Señor mio, esa galante
Cortesía, pero yo
No apadrino á charlatanes.
Evar. ¡Qué oigo! ¡Señora! ¿Es posible...?
¿Usted...? ¡Cómo...! Ese lenguaje...
Vic. El que usted merece. ¿Cómo
Pudo usted imaginarse
Que yo le pudiese amar?
Si á mi despecho un instante
He escuchado sus simplezas,
Mostrándole que en el arte
De astuta coquetería
Cualquiera mujer es hábil,
Ibame en ello no menos
Que el desengaño de un padre
Obcecado, y la ventura
De mi sobrina; de ese ángel
Puro, inocente, inmolado
A torpe codicia infame.
Nunca he gustado de farsas;
Las odio, pero no es fácil
Sin imitarlos quitar
La máscara á los farsantes.
Mi inocente estratagema
Por dicha no ha sido en balde,
Y usted vencer se ha dejado
Por sus vicios dominantes,
Avaricia y vanidad.
Tienda usted en otra parte
Sus redes, que aquí ya está
Conocido; y si algo valen
De una mujer las lecciones,
Aun me atrevo á aconsejarle
Que sea menos ansioso
Y mas cauto en adelante,
Porque las paredes oyen;
Y honra y provecho no caben
Dentro de un saco; y los tontos
No sirven para intrigantes.

ESCENA IV.

DON RUFO, DON EVARISTO.

Evar. (¡Pérfida mujer!)
Rufo. ¡Lucido
Ha quedado usted, compadre!
Evar. No es tan terrible infortunio
El que una mujer me engañe
Para que yo como un niño
Me desespere y me mate;
Que para darme el desquite
Mujeres hay á millares.
Y dado que á mí la mosca
Que usted piensa me picase,
A bien que tengo en mi mano
El medio de consolarme
Sin salir de aquí.
Rufo. Pues ¿cómo?
Evar. No hay una cosa mas fácil.
Haciendo que usted se cuelgue
De despecho.
Rufo. ¡Disparate!
Evar. Con que... ¿disparate? Allá
Lo veredes, dijo Agrajes.
¿Se acuerda usted de la nueva
Que le dí dos horas hace?
Rufo. Sí; que me habian nombrado
Jefe de seccion.
Evar. ¡Qué diantre!...
No hay tal nombramiento.
Rufo. ¡Cómo!
Evar. Sin duda quiso mofarse
Quien me lo dijo. Al contrario,
Ha quedado usted cesante.
Rufo. ¿Será cierto? ¡Yo...! ¿Qué prueba...?
Evar. Yo, que hablando en buen romance,
Dudaba mucho que á un *ultra*
Con tal empleo agraciasen...
Rufo. Al grano, y nada de apodos;
Al grano.
Evar. Para informarme
Acudo á la Aduana á tiempo
Que uno de los oficiales
Amigo mio salía,
Y me dice: «En este instante
Ha venido el reglamento.
Yo asciendo, y don Juan, y Suarez...
¿Y don Rufo? interrumpí. —
¿Quién? ¿Ese viejo vinagre...?»
Rufo. Nada de apodos he dicho,
Y acabemos con mil pares
De demonios.
Evar. Pues, en suma,
Ha pasado usté á la clase

De excedentes.
Rufo. No es posible.
No espere usted que me trague
Esa píldora. ¡Qué ruin
Venganza, qué miserable!
Evar. Quizá esté engañado yo,
Pero usted puede enterarse
Por sí mismo; que aquí traigo,
Para que tampoco falte
Este obsequio, la plantilla
Impresa en muy buen carácter
De letra. ¿Usted gusta...?
Rufo. Venga.
(*Le arrebata el impreso que ha sacado del bolsillo, y lo lee con afan.*)
« Ministerio de... »
Evar. Adelante.
Rufo. (¡Santos cielos!...) « Enterada
Su majestad que Dios guarde,
La reina gobernadora... »
Evar. ¡Eh! Preámbulos aparte.
Al grano.
Rufo. « El bien de los pueblos...
Em... la penuria... Em... las bases...
Em... y habiendo consultado...
Em... ministros... y el dictámen...
Em... se ha dignado... »
Evar. A la vuelta.
Para que usted no se canse
Le señalaré... Aquí está
Su nombre de usted.
Rufo. ¡Cesante!
¡Ah! reniego de mi suerte
Y del...
Evar. Eh, que usted lo pase
Muy bien, y por muchos años
La goce.
Rufo. ¡Asesino! ¡Cafre!
Evar. Será en hora buena. Abur. —
¡Ah! Si quiere usted dar parte
A sus amigos, aun puedo
Mas impresos regalarle.
Un recadito y le envio
Dos docenas de ejemplares.

ESCENA V.

DON RUFO.

¡Bribon!... Soy hielo; soy piedra.
No tengo gota de sangre
En las venas. Yo excedente!
¡Yo, que pocas horas hace
Me figuré... — ¡Si está visto!
(*Paseándose como loco.*)
No es posible que esto marche.
No hay justicia; no hay pilotos
Que dirijan esta nave.
La cosa no dura un mes.
España va á dar al traste.
Tendremos restauracion...
Párase de repente con muestras de afliccion.)
¡Pero entre tanto el que cae...!
(*Vuelve á pasearse muy agitado.*)
¡Sí, señor! ¡Haya reformas!
¡Vengan planes, vayan planes!...
Y ninguno da en el hito.
¡Oh! Si yo fuera... ¿Qué traes?

ESCENA VI.

DON RUFO, DOÑA EUSTOQUIA.

Eust. La comida...
Rufo. Hoy no se come.
Eust. Sí, querido, que ya es tarde.
Rufo. Déjame en paz, que no estoy
Ahora...
Eust. ¡Que así te afanes,
Que te alborotes así
Por cosas que nada valen!
Rufo. ¿Nada, eh? ¡Nada! ¡Voto á briós!...
¡Voto á briós!...
Eust. Eh, no te enfades.
Ya sé yo que el patriotismo
Es una virtud laudable.
Rufo. ¡Patriotismo!
Eust. Y que la gala
De los súbditos leales...
Rufo. ¡Gala! Sí; ¡la Magdalena
Está para tafetanes!
Eust. Ya sé que estamos de luto.
Yo hablo de galas morales...
Rufo. ¿Morales has dicho? ¡Infierno!
No vuelvas nunca á nombrarme
Al tal Morales. Por él,
Por sus intrigas...
Eust. ¿Qué le hace?
¿Faltan brazos á la patria?
Basta que el tuyo consagres
A defender sus sagrados
Derecnos sin empeñarte
En convertir...
Rufo. ¡Voto á...! ¡Esfinge!
¿Ahora con eso me sales?
Eust. ¡Pero, hombre...! yo... Vaya, vamos
A comer; sí, que esto es antes
Que la milicia, y la reina,

Y las patrias libertades.
Rufo. Mujer de todos los diablos,
No digas mas disparates.
¿Qué milicia, ni qué alforja?
¿Qué reina, ni qué....?
Eust. No extrañes
Que yo te hable de este modo
Creyendo lisonjearte.
Como antes...
Rufo. Antes fui un asno;
Y ahora soy... Ahora soy ¡nadie!
Eust. Tú dijiste que la patria...
Rufo. ¡No hay patria para un cesante!
Eust. ¡Cesante! Pues ¿no eras jefe...
Rufo. Ya no. Me han dejado *in albis.*
¡Oh iniquidad! ¡Estos son
Los gobiernos liberales!
Eust. Golpes de fortuna.—Eh, vamos
A comer...
Rufo. ¡Y que aun nos hablen
De *fusiones* y de drogas!
Si antes fuí yo Abencerraje,
Ya iba haciéndome Cegrí,
Y ha debido adivinarme
Un gobierno que se llama
Previsor.
Eust. Bien; no te mates
Por eso. Adopta de nuevo
Tus rancias ideas. Hazte
Carlista otra vez, y el mundo
Diga lo que quiera...
Rufo. ¡Dale!
Ya no quiero ser carlista,
Ni liberal, ni erre, ni ache.
Eust. Pues sé lo que gustes.
Rufo. Quiero
Ser yo; ser Rufo.
Eust. Bien haces.
Rufo. A bien que puedo contar
Con rentas considerables,
Gracias á mi pobre primo,
Que en santa gloria descanse. .
¡Pero esta mala, señor!
Eust. Mientras comemos...
Sufo. ¡Oh qué hambre
Sempiterna! Tú no piensas
Mas que en comer.
Eust. ¡Si ya sabes
Que el histérico me obliga...!
Pilar. Aquí está la carta, padre.
(*Llega corriendo y entrega una carta á don Rufo.*)

ESCENA VII.

DOÑA EUSTOQUIA, PILAR, DON RUFO.

Rufo. (¡Ah! Me vuelve el alma al cuerpo.)
Trae, dame esa carta... Escucha.
¿Por qué vienes tan contenta?
¿Te alegras tú por ventura
De la muerte de mi primo?
No hiciera otro tanto Judas.
Pilar. ¿Yo? ¡Jamás! Pero confieso
Que mi justa pena endulza
La idea de verme libre
De la funesta coyunda...
Rufo. Entiendo, hija mia. El tal
Don Evaristo es un púa...
Dicha ha sido conocerle
Con tiempo. Alabo la industria
De tu tia. — Ahora veamos
Lo que dicen... ¡oh amargura!
En esta carta.
(*Abre la carta y lee.*)
La firma
Es de don Miguel de Urrutia.
Leamos.—«Pamplona, doce...
Querido Rufo...» ¡Qué angustia!—
«Querido Rufo, con harta
Afliccion tomo la pluma
Para anunciarte la muerte...»
Murió, sí; ¡murió! no hay duda.
«De mi amigo y primo tuyo
Don Pedro Garcés... »—Se nublan
Mis ojos.— «De Marchamalo.»—
¡Oh dolor! — «En la Borunda
Cayó herido de una bala
Tomando con su columna
Un puesto enemigo al grito
De viva Isabel Segunda.
Conducido en parihuelas
A esta plaza ..» ¡Oh prematura
Muerte! ¡Oh pérdida cruel
Que en un piélago me inunda
De lágrimas!... ¡Ay! Al menos
Yo te daré sepultura
Digna de tantas virtudes,
Ya que no puedo á la tumba
Arrancarte, y cada dia
Un credo, una salve, y una
Ave María te lo juro
Rezar por tu alma difunta...
Quiero decir, por tu cuerpo,
Que en las celestes alturas
Canta ya entre ángeles tu alma:
¡Gloria al Señor! ¡Aleluya!
Prosigamos. — «A pesar
De la diligencia suma

Que en su curacion se puso,
Era tal y tan profunda
La herida, que á los tres dias
Falleció..., pero con mucha
Resignacion...» Eso sí.
En medio de la trifulca
De las armas nunca Pedro
Desmereció de su alcurnia
En eso de buen cristiano,
Y hombre de costumbres puras,
Y... Prosigamos. — «Dos horas
Encerrado con el cura,
Fervoroso, arrepentido
Se confesó de sus culpas.» —
¡Sus culpas! Pues ¡Si era un santo! —
«Em... confesó...; y de resultas
Del penitente coloquio
Se celebró con premura
Su casamiento...» — ¿Qué es esto? —
«Con Hermenegilda Orduña...»
¡Dios del cielo! ¿Estoy soñando? —
«Antigua criada suya,
De la cual tuvo seis hijos...»
¿Esto mas? ¡Mujer injusta!...
«Que reconoció don Pedro
In articulo...» — ¡Qué furia! —
«*Mortis.*» — ¡Oh maldad! ¡Oh infamia!
¿Y aquella sangre circula
Por mis venas? ¡Mal pariente!
¡Mal hombre! ¡Traidor! ¡Enjundia
De hiena! ¡Casarse á posta
Y así..., con cualquier pirnja
Por desheredarme! Y, digo,
¡Cómo fué poco fecunda
La dichosa Hermenegilda!

(*Sigue leyendo para sí.*)

Eust. Por cierto que es cosa dura;
Pero al cabo esta mañana
Tú no esperabas ninguna
Herencia ni de tal hombre
Te acordabas. Da por nula
Tu breve esperanza, y Cristo
Con todos.

Rufo. ¡Negra fortuna!
¿No te hartas de perseguirme?
Ni siquiera una tahulla
De tierra, ni un solo harapo
Me deja. ¡Oh! ¡Dios le confunda!

Pilar. ¡Padre!

Eust. Calla.

(*A Pilar en voz baja.*)

Rufo. ¡Hereje! ¡Ateo!

Pilar. ¡Padre, por Dios!... ¿Usté insulta
Sus cenizas? ¿No mandaba
La religion por ventura
Que reconociese...?

Rufo. No;
Que los hombres de mi cuna
De semejantes pecados
Con pan bendito se curan.
Bastaba que señalase
A aquella tarasca inmunda
Una pequeña pension,
Y los chicos... á la inclusa.

Pilar. Pero...

Rufo. Calla. Estoy bramando;
Estoy que... ¡Calla tú bruja!

Eust. ¡Si no he chistado siquiera!

Rufo. Todos contra mí conjuran.
¿Ni rabiar podré en mi casa?
¿Tendré yo que irme á una gruta?

Pilar. Pero así ¿qué logra usted
Sino hacer su desventura
Mayor...?

Rufo. ¡Dale! ¡Si no quiero
Reflexiones ni preguntas!

Eust. ¿Adónde vas?

Rufo. Al abismo,
Donde no os vea ni os sufra.

ESCENA VIII.

DOÑA EUSTOQUIA, PILAR.

Pilar. ¡Ah! Sigámosle, no sea,
Mamá, que haga una locura.

Eust. No. Guárdate de seguirle,
Que es un crímen sin disculpa
Contrariar la voluntad
De los padres. Tu importuna
Solicitud ¿qué alcanzara
Sino hacer mayor su angustia,
Su despecho? Yo que le amo
Con la mas cordial ternura,
A solas con su dolor
Le dejo, pues de eso gusta.
Ea, vamos á comer.
Ya que Dios nos atribula
Con tantas penas, conviene
Para sostener la lucha
Fortalecernos.

Eust. ¡Comer,
Señora, cuando está una
Viendo á su padre...!

Eust. ¡Qué! no.
Se le pasará la murria.
¿Vienes?

Pilar. No; no tengo gana.
Coma usted.

Eust. ¡Qué criatura!
Si te pones mala, luego
No me eches á mí la culpa.

ESCENA IX.

PILAR.

Pero, Dios mio, mi padre
¿Por qué ha de irritarse así?
¿No son primero los hijos
Que los primos? Y si al fin,
Gracias á Dios, no nos falta
Para un descente vivir,
¿Qué motivo...?

ESCENA X.

PILAR, DOÑA VICENTA.

Vic. Pilarcita,
Me alegro de verte aquí.
Pilar. ¿Y papá? ¿No sabe usted...?
Vic. Me lo acaba de decir,
Y yo he logrado calmarle,
Que hace gran caso de mí
Aunque antes me aborrecia,
Gracias al dichoso ardid...
Ahora aprovechar debemos
Coyuntura tan feliz.
El obstáculo mas grande
Se venció. Ya el galopin
De don Evaristo huyó
Para siempre; y pues á tí
No te disgusta el amable
Don Faustino, que en la lid
Queda vencedor...
Pilar. Yo..., tia...
Vic. Te pones como un carmin:
Buena señal.
Pilar. Pero... Yo...
Vic. Ya le he mandado venir.
Pilar. ¡Jesus, tia!
Vic. Es necesario
Que os expliqueis.
Pilar. Pero si...
Vic. Ya va á llegar.
Pilar. Otra vez...
Vic. Hoy; ahora. ¡Qué pueril
Cortedad!
Pilar. Pero ¿qué prisa
Tenemos?
Vic. Ya siento abrir.
Pilar. ¡Oh Dios!
Vic. Ya escucho su voz.
¡Buen ánimo! — Ya está aquí.

ESCENA XI.

DOÑA VICENTA, PILAR, DON FAUSTINO.

Vic. Ea, ya llegó el momento,
Amoroso paladin.
Ya os da vuestra dama audiencia.
Pedid el ansiado sí.
Solos os dejo. — Cuidado
Con traspasar el confin
De lo lícito y honesto;
Que estaré observando allí.
Sed vos casta Melisendra;
Vos, rendido Belianís.
Cuidado con algun lance
Romántico á lo *Antoní;*
Y adios, que el tiempo se pasa
Y el drama toca á su fin.

ESCENA XII.

PILAR, DON FAUSTINO.

Faust. Sol de mi corazon, ángel de amores,
¿Podré esperar que con afable rostro
Oigas la voz del que rendido y ciego
Adora tus encantos Uno solo
Plácido acento de tu dulce boca
Puede elevarme de la gloria al colmo,
O allá en los antros del dolor eternos
Abismarme cruel. Sí; que no pongo
Solo en tus manos la precaria dicha
Que el hombre anhela en el terrestre globo.
Tú eres el astro ya que mi alma ardiente
Ha de ensalzar hasta el celeste solio,
O por siglos de siglos sin clemencia
A las garras lanzarme del demonio.
Pilar. ¡Ah! Me hace usted temblar.
Criatura frágil,
No de las almas árbitro dispongo;
Mas si Dios infinito, omnipotente,
De oir se digna mis humildes votos,
Lejos de ir al infierno, don Faustino,
Ni siquiera irá usted al purgatorio.
Faust. ¡Oh paloma torcaz sin hiel nacida!
Yo no merezco de tu planta el polvo
Reverente besar. ¡Qué! ¿no rehusas
Servirme en este mundo transitorio
De norte y de fanal? ¡Dios te lo premie!
Ya este pobre bajel que se iba á fondo
Puede, surcando el proceloso piélago,
De los vientos triunfar y los escollos.
Tu amor, virgen de paz...
Pilar. No he dicho tanto,

Faust. ¿No me amas? ¡Oh dolor! ¡Oh acerbo tósigo!
¡Oh!...¿Sabes tú, infeliz, que esas palabras
Despedazan mi semo congojoso
Y que con ellas la execrable sima
Me abres del crimen...?
Pilar. ¡Yo! Si está usted loco,
Dígamelo por Dios, que tiemblo toda.
Faust. ¡Sí; tiembla! Si frenético me arrojo
A la depravacion, tú, desgraciada,
Mi cómplice serás. Tú entre sollozos
Te acusarás del infortunio mio
Si impenitente un dia sobre el lomo
Grosero y ruin de asnal cabalgadura
Y ciñendo la túnica y el gorro,
Preseas del ladron y el homicida,
Me llevan al patíbulo afrentoso.
Pilar. ¡Ah, no! ¡Pobre de mí!.... Yo á nadie impido
Que sea hombre de bien. Pero ¡qué modo
De amar, ¡Dios mio! Si el amor es ese
Yo no amaré jamás.
Faust. Luz de mis ojos,
Perdona. No el horror patibulario,
No fantasmas y espectros terrorosos
Pretendo yo cual grata perspectiva
Ofrecerte feroz. No soy un monstruo
Perseguidor de la inocencia pura;
Que antes mi corazon la erige tronos.
Mas este corazon es ascua ardiendo.
¿Lo oyes, Pilar? Y entre el amor y el odio,
Y entre el delito y la virtud no hay valla;
Ya no la hay para mí. ¿Quieres, oh hermoso
Querube encantador, que hasta la tumba
Norma yo sea al universo absorto
De cándida virtud? ¡Pilar! sé mia;
Di que me amas, y feliz consorcio
Confunda para siempre nuestras almas.
Yo te lo ruego y á tus piés me postro.
Pilar. ¡Ay! (¡Un hombre á mis piés! ¿Que haré?)
Faust. Responde.
Pilar. Alce usted...
Faust. No. Yo espero...
Pilar. Me sofoco.
Faust. Mi sentencia, ¡Pilar!
Pilar. (Por fin, ahora
Ya no me asusta tanto.—¡Y es buen mozo!)
Faust. ¡Callas! ¡Ah! ¿Qué me anuncia ese silencio?
¿Qué me anuncia tu púdico sonrojo
Y esa de puro amor blanda sonrisa?
¡Rosa de Jericó! no mi alborozo
Sea falaz. ¡Un sí! Dilo; no tardes,
Y tu esclavo seré; no ya tu esposo.
Por esta mano...
Pilar. ¡Oh! No...
Faust. Que amante beso...
Pilar. (¡Y tia Vicenta que nos deja solos!)
Faust. Por ese blando talle que parece
Fantástica vision de caledonio
Bardo, ó sueño fugaz de peregrino
Trovador provenzal, ¡un sí! Lo imploro
Con lágrimas de fiebre y de ternura.
¡Un sí, Pilar; un sí!
Pilar. Ya, ya lo oigo.
Faust. ¡Son dos letras, Pilar!
Pilar. Sí; son dos letras
Que significan mucho; y no es negocio
Tan llano el pronunciarlas ¡Fuerte empeño
De atosigarme así! Y casi lloro
De rabia y... ¡Suelte usted!
Faust. Próspero llanto
Precursor de mi dicha, llanto próvido,
Yo te bendigo!
Pilar. Pero si...
Faust. ¡Qué escucho!
¿Quién mas que yo en el mundo venturoso?
Ya el sí de bendicion has pronunciado;
¡El *fiat* de mi gloria!
Pilar. Poco à poco.
Yo...
Faust. ¿Quién no ha de envidiarme...?

ESCENA XIII.

Doña VICENTA. PILAR, Don FAUSTINO.

Vic. ¡Bravo! ¡Albricias!
Bien lo decía yo. Como unos tontos
Se querian los dos.
Pilar. ¡Olga usted! Sepa...
Vic. Vaya; ¿á qué viene ahora ese bochorno?
¿Es delito el amar?
Pilar. (Me desespero.)
Oigame usted. No es eso: es que...
Vic. Respondo
De Rufo. Ven, Pilar. Con dos palabras
Que yo le diga... Vamos.—¡Oh! ya es otro.
Pilar. ¡Ah! pero...
Vic. Ven y calla. Don Faustino,
Aquí le dejo á usted. Volvemos pronto.
(*Se la lleva de la mano corriendo.*)

ESCENA XIV.

Don FAUSTINO.

¡Ah! ¡Siento en el alma un júbilo!...
Así... ¡un deleite pacífico...!

Como cuando á tierra el náufrago
Salta desde airado mar.
Ya no hay á mi dicha obstáculos
Desde que un sí tan explícito
Pronunció el labio pulquérrimo
De mi adorada Pilar. —
Pero yo, que soy un fósforo,
¿Cómo ahora estoy tan lánguido?
¿Será que me torna estúpido
El exceso del placer?
¿O será que á mi alma indómita
Sobrecoge un terror pánico
Pensando en el yugo próximo...?
Pues todo pudiera ser.
Todo lo que no es fantástico
Me parece á mí ridículo.
¡El matrimonio es tan clásico...!
Yo siempre lo aborrecí.
Esa Pilar es lindísima :
Yo la quiero como un árabe;
Pero conyugales vínculos...,
Vamos; no son para mí.
¿Y qué dirán los románticos?
Dirán que soy un estólido,
Un pobre hombre... ¡Ah! De sus sátiras
Líbreme el Señor, amen.

ESCENA XV.

Don FAUSTINO, Doña EUSTOQUIA.

Eust. Señor don Faustino...
Faust. ¡Oh célebre
Doña Eustoquia!
Eust. Un viejo rústico
Que habla con tono muy áspero...
Portero es sin duda.
Faust. ¿Y bien?
Eust. Me ha dado con mil preámbulos
Esta carta, y yo solícita
La traigo...
Faust. Estimando.
(*Tomándola y abriéndola.*)
¡Cáspita!
De mi tio el general.
Leamos... (*La lee para sí.*)
Eust. (Será algun recipe
De su tio; que es tan rígido...
Todo cuanto hacen los jóvenes
Parece á los viejos mal.)
Faust. ¡Qué fortuna!
Eust. (Erré mi cálculo.
Alguna noticia próspera
Trae la carta.) Si me es lícito
Preguntar...
Faust. ¿Y por qué no?
A mi tio, hombre de mérito,
Da el gobierno para Nápoles
Una mision diplomática,
Y el secretario soy yo.
Eust. El viaje...
Faust. Muy pronto : el sábado.
¡Oh placer! ¡Oh gozo súbito!
¡Cómo rabiarán mis émulos!
¡Qué carrera voy á hacer!
Yo, que siempre amé frenético
La gloria, con este estímulo
Pronto llegaré al pináculo...
¿Quién me lo dijera ayer?
Allí el Vesubio, y los Príncipes...
¡Ah! Me voy como un relámpago,
Que mi tio espera. — Estoy...
Eust. ¿Es puñalada de pícaro?
¡Marcharse así como un prófugo
Sin despedirse...! ¿En qué cátedra...?
Faust. Hay mil cosas que hacer hoy.
Eust. ¡Qué! ¿Ni á Pilar, que es el ídolo
De esa alma...?
Faust. Sí... somos víctimas...
Eust. No tal.
Faust. ¡Un muro sin límites
Se levanta entre los dos!
Eust. Nada de eso. En arreglándose
La boda... Ahora mismo...
Faust. ¡Ay mísero!
Eust. Mi prima está haciendo el último
Esfuerzo...
Faust. ¡El último adios!
(*Queriendo irse.*)
¡Ah! no seré yo tan bárbaro...
Eust. No se irá usted...
(*Deteniéndole.*)
Faust. (¡Vieja incómoda!)
Eust. ¿Quién sino un ingrato, un pérfido
Abandona así...?
Faust. No á fe.
Eust. ¡Ah! Ya vienen.
Faust. (¡Voto al chápiro...
Válgame aquí la farándula.
Mucho hablar; tono muy trágico,
Y del apuro saldré.)

ESCENA XVI.

Doña EUSTOQUIA, Doña VICENTA, Don FAUSTINO, PILAR, Don RUFO.

Eust. ¿No sabeis...?
Rufo. Al fin...
Vic. ¡Albricias!
Pilar. (¡Sin dejarme hablar!)

Faust. ¡Ay triste!
Nada me digan ustedes.
Sé que he nacido infelice.
Sé que no merezco...
Vic. Sí.
Ya mi primo...
Faust. Eso me aflige
Mas que todo. Conocer
Que tengo una alma sensible,
Y negarme...
Rufo. Nadie niega...
Faust. Sin Pilar ¿de qué me sirven
Todos los bienes del mundo?
Eust. Su tio...
Vic. Oiga usted...
Rufo. ¿Qué dice
Ese hombre?
Eust. Su tio...
Faust. Fuerza
Será que yo me resigne
Con mi desgracia.
Eust. Su tio...
Faust. Otro...
Eust. ¿No quereis oirme?
Mejor.
(*Se sienta á un lado.*)
Faust. Será mas feliz.
Ya que á mí se me despide...
Vic. No, señor. ¡Qué hombre!
Faust. Pero otro
Que la ame cuál yo, imposible.
Vic. Si oyera usted...
Rufo. Pero este hombre...
¿Está loco?
Pilar. Bien lo dije.
Faust. Sé que usted se ha interesado
Por mí, lo sé, y este insigne
Beneficio no haya miedo
Que mi corazon lo olvide,
Vicentita; mas don Rufo,
Que tiene entrañas de tigre...
Rufo. ¡Bueno es eso! Cuando vengo...
Faust. Sí; á dorar con apacibles
Palabras... ¡Hé aquí los hombres!
Nada importa que asesinen
Como luego con dulzura
A su víctima acaricien.
Rufo. ¿Qué víctima? Sepa usted...
Vic. No somos aquí caribes.
Al contrario...
Faust. ¡Ay! Este golpe
Cruel, atroz, insufrible...
Vic. ¡Don Faustino, ó don demonio!
Faust. ¡Pues! ¿Tambien usted me riñe?
Ya no faltaba otra cosa. —
¿Qué veo? ¡Y Pilar se rie!
¡Maldicion!
Vic. De rabia sudo.
Faust. ¡Maldicion!
Rufo. ¿No hay quien le tire
Por una ventana?
Faust. ¡Adios!
Yo me voy á los confines
De la tierra á descargar,
Allá entre Escila y Caribdis,
El peso de mi existencia.
Vic. ¿Dónde va usted...?
Faust. Tierna vírgen,
Te perdono. ¡Adios!
Rufo. ¡Por vida...!
Vic. Oiga usted...
Rufo. Déjale irse.
Faust. Cumplióse mi atroz destino.
¡Adios! ¡Adios¡ ¡Maldecidme!

ESCENA XVII.

DOÑA EUSTOQUIA, DON RUFO, DOÑA VICENTA, PILAR.

Rufo. ¡Oh¡ Eso sí. Yo te maldigo
Con todo mi corazon.
Mil diablos carguen contigo. —
No sé como no le sigo
Y le doy un coscorron.
Pilar. El cielo vuelve por mí.
¡Con quién me iba yo á casar!
Vic. Pero ¡alborotarse así...!
¿Qué dices de esto, Pilar?
¿Se ha visto igual frenesí?
Rufo. ¿Y ese es el tierno mancebo
Por quien abogabas tú?
Vic. Me coge eso tan de nuevo
Que aun á creer no me atrevo...
Eust. ¡Si tú no entendies la *Q!*
(*Levantándose.*)
Nada teneis que admirar.
Es un farsante embustero.
Yo le iba á desmascarar
Y á desengañaros, pero...
¡Nadie me quiso escuchar!
Rufo. ¡Y ahora con esa cachaza
Sales...! ¡Mal haya tu raza!
Eust. ¡Si por mas que alzaba el grito...!
¿Acaso á nadie el maldito
Ha dejado meter baza?
¿Sabeis quién saca de tino
A mi señor don Faustino,
Y quién triunfa de su llama,
Y quién...?
Vic. ¿Acaso otra dama?
¿Es posible...?
Eust. No. Un destino,
Vic. ¿De veras?

Eust. El caso es serio.
No me burlo.
Rufo. ¡Qué trastada!
Eust. Le ha nombrado el ministerio
Secretario de embajada.
Ahí teneis todo el misterio.
Vict. ¡Qué infamia! ¡Qué viltanía!
¡Y yo necia, le creía
Sensible, franco, sincero!
Pilar. ¡Y lloraba el trapacero!
Si acierto á quererle... ¡ay, tia!
Vic. ¿Quién al verle tan amante;
Quién, cielos, viendo el candor
Retratado en su semblante
Dijera que es un farsante?
¡Ah! Reniego del mejor.
Rufo. Poco has dicho. Es un perjuro.
Eust. Cierto.
Rufo. Un malvado.
Eust. Seguro.
Rufo. Un seductor.
Eust. Es verdad.
Rufo. Un monstruo de iniquidad.
Yo lo afirmo.
Eust. Yo lo juro.
Rufo. En fin un hombre del dia.
Eust. Pues.
Rufo. Filósofo á la moda.
Eust. Sí.
Rufo. Engañarnos pretendía
Con achaque de la boda
Y...
Eust. Sí; eso es lo que quería.
Rufo. ¿Eh? ¿Qué quería?
Eust. ¡Bobada!
Lo que tú ibas á decir.
Rufo. ¡Pero si no he dicho nada!
Eust. Es natural presumir...
Rufo. Esa presuncion me enfada.
Eust. Perdóname si prevengo
Tus ideas y me atengo...
Rufo. ¡Eso es! Voto de reata.
Tanta sumision me mata.
Eust. Tienes razon.
Rufo. No la tengo.
Eust. Asi será.
Rufo. No es así.
Eust. ¿Qué diré, triste de mí?
Callaré pues.
Rufo. ¿Por qué callas?
Eust. ¡Si no gusto de batallas!
Pilar. ¡Padre...!
Rufo. ¡Quítate de ahí!
Eso no es persona humana.
¿Posible es, suerte tirana,
Que ni el gusto he de tener
De reñir con mi mujer
Cuando me diere la gana?
¡Sempiterno sinapismo!
¡Censo atroz! Un solecismo
Ha sido nuestro consorcio. —
Voy á entablar ahora mismo
La demanda de divorcio.

ESCENA XVIII.

DOÑA VICENTA, DOÑA EUSTOQUIA, PILAR.

Eust. (La callada por respuesta.
Yo primero, y siempre yo.)
Voy...
Vic. Sabes que le molesta
Tu presencia, y vas...
Eust. ¡Qué! No.
¡Si voy á dormir la siesta!

ESCENA ULTIMA.

DOÑA VICENTA, PILAR.

Pilar. ¡Qué dia, buen Dios, qué dia!
Vic. Eh, luego entrará la calma.
De ese ingrato la falsía
Es lo que me llega al alma.
Pilar. ¡Si yo no le amaba, tia!
Celebro de ambos señores
Verme libre. Sus amores
Me daban miedo cerval.
Vic. ¡Ay, Pilar! No te enamores.
Pilar. Si acaso..., del oficial...
Vic. ¿Del oficial?... ¡Inocente!
Ni se acordará de tí.
Pilar. No. Aquel suspiro elocuente...
Vic. Puede que te quiera, sí...,
Hasta salir de teniente.
Mas todo teniente espera
La segunda charretera;
Y quizá si se la dan
Piensa ya de otra manera.
Ya ves, ¡todo un capitan!...
¡Dichosa tú que en tu daño,
Pilar, aun no has aprendido
Que el interés y el engaño
Tienen al mundo perdido
Lo mismo ogaño que antaño.
Ninguno es lo que aparenta.
Yo misma, á fe de Vicenta,

La virtud muestro ensalzar,
Y menos que ella me alienta
El flujo de murmurar.
Sociedad, ¿quién no es actor
En tu voluble teatro?
Y detrás de un bastidor
Desempeñan mas de cuatro
La plaza de apuntador.
Y con tanto y tanto afan
Telones vienen y van,
Que acaso el que hoy es comparsa
Hará mañana en la farsa
Papel de primer galan.
Mi talento no es profundo,
Pero en la verdad me fundo
De que al cielo hago testigo,
Pilar mia, cuando digo
Todo es farsa en este mundo.

———

ME VOY DE MADRID,

COMEDIA EN TRES ACTOS,

REPRESENTADA POR LA PRIMERA VEZ EN EL TEATRO DE LA CRUZ EL DIA 21 DE DICIEMBRE DE 1835.

PERSONAS.

TOMASA.
MANUELA.
AMPARO.
DON JOAQUIN.
DON HIPOLITO.
DON FRUCTUOSO.
DON SERAPIO.
LUCAS.

La escena es en Madrid: el acto primero en casa de don Fructuoso, el segundo en el jardin de la de don Hipólito, y el tercero en la de don Joaquin.

ACTO PRIMERO.

—

ESCENA PRIMERA.

MANUELA, DON FRUCTUOSO.

Fruct. Excusado es que lo niegues.
Esa amistad va tomando
Un carácter que me inquieta.
Man. ¿Qué quieres, Fructuoso? El trato
Engendra cariño.
Fruct. Pero...
Man. Yo no soy de cal y canto.
Tú sabías que me amaba
Don Joaquin; y sin embargo
En tu casa le recibes
Como amigo, como hermano;
Consientes que á todas horas
Nos visite; y como al cabo
No tiene pelo de tonto,
Ni es mudo, ni es feo... Vamos;
Si al fin me prendara de él,
¿Deberías extrañarlo?
Fruct. Manuela, yo le detesto.
Si le hago mil agasajos
Es porque temo á su lengua
Y á su pluma: yo soy franco.
Me haría muy poca gracia
Que á sátiras y á sarcasmos
Me derribase del puesto
Que me cuesta afanes tantos
Conservar: sí; que esos zoilos,
Peste del género humano,
Tal vez con su envidia mueren
Sin salir nunca del fango,
Mas desgraciado de aquel
Que sirve de triste blanco
A sus epigramas. De ellos
No esperes, ni por acaso,
Ningun bien: son sabandijas
Que nacen para hacer daño.
Ya un dia le faltó poco
Para sacarme los trapos
A la colada. — Hoy..., ya ves...,

A nadie le falta un flaco
Donde le hieran. No muestra
Dos dias el calendario
Político un mismo tiempo.
No tengo mas mayorazgo
Que mi empleo, aunque á Dios gracias,
Covachuelista... esto es algo;
Y no es cosa de perderlo
Por echarla de espartano.
Mi sistema es estar bien
Con todos. Hoy me deshago
En alabanzas y encomios
Del gorro republicano,
Y mañana el justo medio
Con igual fervor aplaudo.
Man. Como ensalzabas un dia
El despotismo ilustrado.
Fruct. Y antes al rey absoluto.
Man. ¡Hombre versátil!
Fruct. Yo me hallo
Bien con cualquiera que mande
Mientras cobro del erario;
Y esto no es ser pastelero
Como dice el vulgo vano;
Sino que tengo un carácter
Tan complaciente, tan blando...
El que me haga mal á mí
Tendrá el alma de guijarro.
Man. (Complaciente para todos,
Menos para mí. Yo pago
Por todos.)
Fruct. ¿Qué estás diciendo
Entre dientes? Murmurando
Tal vez....
Man. Digo que no es justo
Desairar á ese muchacho.
¡Me ama tanto, y es su amor
Tan romántico...!
Fruct. ¿Apostamos
A que ya el romanticismo
Te ha trastornado los cascos?
Man. Sí, que yo estoy por las grandes
Pasiones y por los raptos...
Fruct. ¿Por los raptos? ¡Cómo...!
Man. Sí;
De imaginacion. Yo marcho
Con el siglo; yo no gusto
De rutinas, ni me adapto
A sentimientos vulgares,
Metódicos, sedentarios.
Tiende á dilatarse el alma
Por el anchuroso espacio
De la creacion y la...
Sí; lo demás es un caos;
Es..., no sé..., la inanicion...,
La raquitis..., el marasmo...
Y en fin, el romanticismo,
Aunque yo no sé explicarlo,
Es de moda, y esto basta
Para que sea el encanto
De las mujeres. Ya ves
Que con franqueza yo te hablo
Tambien.
Fruct. Pues yo te prohibo
Romantiquizarte; ¿estamos?
Que á gobernarme la casa
No te han de enseñar lord Byron (1)
Ni Victor Hugo. ¡Me vienes
A mí, que soy empleado,
Con romances! ¡A quien vive
Entre expedientes, y extractos,
Y plantillas é instrucciones;
A un ente reglamentario,
Digámoslo así, sacarle
De sus casillas!
Man. No trato
De seducirte. Si quieres
Seguir la pauta de Horacio...
Fruct. Ni entiendes de Horacio tú,
Ni su nombre viene al caso.
Allá se van los poetas
De entonces y los de ogaño.
No gusto de ellos; que viven
En mundos imaginarios,
Y yo soy muy positivo.
Man. Eso es verdad. Sin embargo...
Fruct. No hay sin embargo. El gobierno
De una casa ó de un Estado
No es un poema. Y en fin,
Deja allá á los literatos
Esas cuestiones, y vive
Y piensa como tu hermano...;
Y basta.
Man. Pero ¿por qué?
Fruct. ¿Por qué? Porque yo lo mando.
Man. (¡Oh fraternal tiranía!)
Fruct. ¡No ha perdido su trabajo
El tal don Joaquin! ¿Qué mucho?
Te habrá pintado con rasgos
Elocuentes, seductores,
La energía, el entusiasmo,
El delirio de un amor
Indómito, estrafalario...
¿Qué sé yo? ; y ciega, perdida
Estás ya por ese trasto.
Man. Me ha hablado... como hablan siempre
Los que están enamorados.
Todos somos, ellos y ellas,
Románticos cuando amamos.
Si he de decir la verdad
Aun no sé yo si le amo;
Mas sírvate de gobierno

(1) Pronúnciese Báiron.

Que de alabanzas y halagos
Ninguna mujer se enoja;
Que mi amante es porfiado,
Y por fin, que yo soy viuda
Y tengo veinte y dos años.
Fruct. Pues sírvate de gobierno
Que, aunque me llames avaro,
Lo que es dote, no lo esperes.
Que si te llevas petardo;
Ora se case contigo,
Ora te niegue su mano,
Que tal vez á un mismo punto
Van dos caminos contrarios,
Allá te lo llorarás,
Porque yo no enjugo llantos
De nadie; que don Joaquin,
Si en un repentino cambio
Puede medrar, está expuesto
A que se le lleve el diablo
Segun cómo el cambio sea,
Y... he dicho. Este es mi *ultimatum.*
Ahora vete á tus quehaceres,
Que ya se te fué charlando
Media mañana.
Man. (Dios quiera
(*Yéndose.*)
Librarme de este tirano.
No sé qué va á ser de mí
Si al momento no me caso.)

ESCENA II.

Don FRUCTUOSO.

Amores, modas... Hé aquí
De una mujer los cuidados.
Si ella tuviera los mios...
No digo los de mi cargo,
Que quien tiene subalternos
De los negocios mas arduos
Sale airoso, y gana honra
Y provecho sin trabajo.
Pero navegar un hombre
En medio á tantos nublados
Políticos y hallar siempre
Una tabla en el naufragio,
¡Ya es empresa! Ya se ve,
Con este sistema ó diablo,
De Córtes y libertades
Y reformas... nunca estamos
Seguros de ir con el viento,
Porque sopla de otro lado
A lo mejor... ¡Oh! bien haya
Aquel régimen tan llano,
Tan fácil de comprender...
Aquello de *pan y palo,*
Y altar y trono; y aquello
De *en nombre del rey lo mando :*
Obedezca y represente;
Y el sencillo formulario
De *archívese; no ha lugar;*
Acuda... á Poncio Pilato.
(*Suena una campanilla.*)
Entonces podía un hombre
Servir... y mandar... ¿Llamaron?

ESCENA III.

Don FRUCTUOSO, Don JOAQUIN.

Joaq. Buenos dias, don Fructuoso.
Fruct. Muy felices, don Joaquin.
Viene usté hecho un figurin.
Joaq. No. Es usted muy bondadoso.
Fruct. ¿Qué hay de nuevo?
Joaq. El mercader
Retorta ha quebrado...; pero
No se trata de dinero;
Es quiebra con su mujer. —
Y la consorte, que es bella
Y se queja con razon,
Ha pedido intervencion...
Yo sé quién se encarga de ella. —
Tambien á llamar me atrevo
Novedad fresca ese drama
Que á don Luis da tanta fama.
El dice bien : aquí es nuevo.
A Francia afirma Garcés
Que lo robó, y de tal modo
Que por ser ladron en todo
Se lo ha dejado en francés.
¿Qué importa? No me sorprende
Un hurtillo literario
Donde hay quien roba el erario
Y por santo se nos vende. —
Nuevo es tambien, lo sé yo,
De doña Teodora el talle,
Tanto que ayer en la calle
De Carretas lo compró. —
Y en toda mi vecindad
Hace un mes que á nadie mata
El doctor don Juan Morata.
Esta sí que es novedad.
Pero me ha dicho esa dama
Que trata con don Beltran :
« Si á nadie mata don Juan...
Es porque nadie le llama. »
Fruct. Siempre punzante y maligno,
Mas con gracia peregrina.
Joaq. ¿Qué he de hacer? A esto me inclina.

La influencia de mi signo.
¿Y por qué no perseguir
Con satírico desprecio
Al bribon? ¿Por qué del necio
No me tengo de reir?

Fruct. ¿Y dónde hay hombres perfectos?
¿Lo es usted acaso?

Joaq. No;
¿Pero tengo de ser yo
Quien censure mis defectos?
No faltará quien se tome
Ese trabajo, en verdad,
Porque aquí la caridad
Es fruta que no se come.
Y eso no tiene remedio.
Si me quejo, ¿en qué me fundo?
Dice un refran: medio mundo
Se burla del otro medio.
Gracias á Dios, no soy zote,
Y ya que es tan buen bocado
La sátira, no hay cuidado,
Que yo sacaré mi escote.

Fruct. ¡Qué, si tiene usted del labio
Siempre una pulla pendiente!

Joaq. Así lo dice la gente;
Mas ¿quién no tiene un resabio?

Fruct. Y hombre de tal condicion
Es mas temible que el Draque.
¡Ay del pobre á quien ataque
Esa lengua de escorpion!

Joaq. Al menos nunca es el blanco
De mi sátira un amigo:
Solo á mi rival persigo
Y la máscara le arranco.

Fruct. Yo mismo, aunque sea mengua
Decirlo, temo que un dia
A mi costa el pueblo ria
Si con la pluma ó la lengua...

Joaq. ¿Qué va usted á proferir?
¿Yo? ¡Cá! De usted nada digo;
Porque de usted, caro amigo...,
Nada se puede decir.

Fruct. Pues eso mismo me suena
A epigrama.

Joaq. No, no tal.
Es... la verdad. (¡Qué animal!
Le he de poner en escena.)
Soy jóven, vivo en el ocio...
En algo me he de ocupar.

Fruct. ¿Así piensa usted medrar?

Joaq. Por ahora no hago negocio.
Ya en vano á tres ministerios
Importuné de mil modos...

Fruct. ¿Qué han de hacer, si usted á todos
Los harta de vituperios?
Toque usted otro registro...

Joaq. ¡Es tan fácil, don Fructuoso,
Tan popular, tan sabroso
El hacer guerra á un ministro!

Fruct. ¡Popular!... ¡Idea vana!
¿Quién fia del pueblo insano,
Que hoy adora á un ciudadano
Y le apedrea mañana?
Pero el alto funcionario
Sirve á un amigo; le emplea...

Joaq. Tambien porque no lo sea
Suele emplear á un contrario.

Fruct. Sí, de tratos semejantes
Muchos ejemplos se han visto.

Joaq. Por eso yo me malquisto
Con todos los gobernantes.

Fruct. Mas de un modo tan cruel
Que ya no admite convenio.
No mezcla usted con ingenio
El azúcar y la hiel.
Vamos, si usted no se enmienda...!
Busque usted otro resorte.
Quien medrar quiera en la córte
A ser lisonjero aprenda.

Joaq. ¡Yo que veo su agonía
Al ministerio adherirme!

Fruct. No señor, que está muy firme.
(Puede que no dure un dia.)
¡Ya ve usted si yo sabré...
Y si entenderé el manejo...!

Joaq. Sí.

Fruct. Tome usted mi consejo,
Que le hablo de buena fe.

Joaq. Lo tomo, que mi porfía
Puede llevarme al abismo,
Y el ministerio... Sí; hoy mismo
Voy á hacer su apología.
(Ya la tengo á prevencion
Escrita, y saldrá esta tarde
Impresa.)

Fruct. Haga usted alarde
De la mas pura adhesion...

Joaq. Mas el apoyo reclamo
De usted...

Fruct. Sí: salga el folleto,
Y es de usted, yo lo prometo,
El ministro de mi ramo.

Joaq. Bien; quiero obrar como cuerdo,
Mas me voy á fastidiar,
Porque debo confesar
Que no vivo si no muerdo.

Fruct. Ahí está la oposicion.
Hinque usted el diente en ella.

Joaq. ¡Yo, que he seguido su huella
Con impávido teson!...
Si atacarla determino
No ha de faltarme materia.
¿Por dónde no hay en Iberia
Dos leguas de mal camino?
Un refran me sacará

Fácilmente de embarazo.
Dijo la sarten al cazo:
¡Que me tiznas! ¡quita allá!
¿Y cómo podré ni cuándo
Apoyar al gabinete
Sin apuntar al ariete
Contra el enemigo bando?
Esto es hecho. Tan fatal,
Tan desventurado soy,
Tan desesperado estoy...
Que me hago ministerial.
Dirán hombres importunos
Que he cambiado de bisiesto.
Bien. Mil ejemplos hay de esto.
Yo puedo citar algunos.
Fruct. (Desacreditarle espero.)
Cojá usted la breva, pues;
Y mas que digan después:
Don Joaquin es pastelero.
Joaq. Mucho sentiré que broma
Se vuelva todo y...
Fruct. ¡Cá! No.
Joaq. Y haga los pasteles yo
Para que otro se los coma.
Fruct. Bueno es andar en la masa,
Que algo á los dedos se pega.
(*Suena la campanilla.*)
Joaq. Bien; ya veremos... ¿Quién llega?
Fruct. Visitas.
Joaq. ¡Doña Tomasa!

ESCENA IV.

TOMASA, DON FRUCTUOSO, DON JOAQUIN, DON HIPOLITO.

Fruct. ¡Señora! Muy bien venida.
¡Don Hipólito!
Hip. Señores...
¡Que veo! ¿Usted por aquí,
Buena pieza?
Joaq. Sí; aquí...
Tom. ¿Dónde
Esta Manolita?
Fruct. Adentro
Anda en no sé qué labores.
Iré á llamarla...
Tom. ¿Por qué?
No quiero que se incomode.
Pues somos de confianza,
Yo iré á buscarla. Perdonen
Ustedes... ¡Ah! don Fructuoso,
Veníamos mi consorte
Y yo á suplicar á ustedes
Que hoy en la mesa nos honren.
Con eso verá Manuela
Mi nueva casa y las flores
Del jardinito.
(*Don Joaquin y don Hipólito hablan aparte.*)
Fruct. Mil gracias.
Porque ustedes no lo tomen
A desaire irá Manuela.
Yo como en casa del conde,
Y siento mucho...
Tom. Otro dia
Séra.
Fruct. Sí; con mil amores.
Tom. Manuela no faltará,
Supongo.
Fruct. ¡Oh! no. Y con el coche.
Iré yo por ella.
Tom. Bien.
Hasta después.

ESCENA V.

DON HIPOLITO, DON FRUCTUOSO, DON JOAQUIN.

Hip. ¡Hombre, hombre!
(*Riéndose.*
¿Qué me cuenta usted?
Joaq. De veras.
La sorprendió con el jóven
Don Policarpo á sus piés.
Hip. El buen don Claudio Quincoces...
Já, já... Pondría una cara...
Me alegro.
Joaq. Echaba los bofes
De cólera.
Hip. Lo celebro,
Porque no estamos acordes
En opinion. ¿Y qué dijo?
¿No echó mano de un estoque...?
Joaq. ¡Imprudentes, temerarios!
Exclamó. De accion tan torpe
¿Cómo os podreis disculpar?
Hip. Temblando como el azogue
Estaría la infeliz...
Joaq. No; que ella rie, y responde:
No te esperaba tan presto. —
Pero se echa el picaporte
Siquiera, replica el otro,
Y se toman precauciones...
Si conforme he entrado yo,
Que soy complaciente y dócil,
Hubiera entrado cualquiera,
¡A Dios honra! — No te enojes,
Claudio... — Cuidado otra vez...
Soy de usted, señor de Robles.

Fruct. ¿Y se fué con esa flema?
Joaq. Sí, señor: como usted lo oye.
Pero conviene advertir
Que el mozo es hijo de un prócer
Y sobrino de un ministro,
Y que don Claudio Quincoces
Aspira á ser secretario
De la embajada de Londres.
Hip. ¡Vaya, que es original
(*Riéndose.*)
La anecdotilla! Ya corre
Por Madrid; ¿eh?
Joaq. Todavia...
Hip. Yo la he de contar á voces
En el café; y si tuviera
Esa sal de usted...
Fruct. Señores,
Son las doce menos cuarto,
Y el hombre de obligaciones...
Voy al ministerio.
Joaq. ¡Así!
¡Temprano! Los superiores
Deben dar ejemplo.
Hip. ¡Diantre!
(*En voz baja á don Joaquin.*)
¿Temprano, y ya son las doce?
Fruct. Abur. Ustedes se quedan
En su casa. — Hasta la noche.

ESCENA VI.

DON JOAQUIN, DON HIPOLITO.

Hip. El insigne don Fructuoso
No ha conocido la pulla.
Joaq. Es tanta su presuncion
Que le colmarán de injurias
Y él entre tanto dirá
Para sí: ¡cómo me adulan!
Hip. Para un hombre tan discreto,
Tan punzante y tan de bulla
Como usted, es una alhaja
Un necio así.
Joaq. Tanto abundan
Los necios, que adonde quiera
Que voy no me falta nunca
Alguna víctima.
Hip. Y... vamos;
Como usted cuando los zurra
Lo hace con tanto salero
Y así..., con tanta frescura...
¡No tuviera yo el chirúmen
De usted!... Porque á mí me gusta
La sátira... ¡Bub!... Me muero
Por ella, y el que la usa
Me lleva á mí donde quiera.
Y tambien tengo mis puntas
De epigramático: sí;
Mas me falta la sandunga
Y así..., el talento de usted
Ya se ve, cuando no estudia
Un hombre... Soy mayorazgo:
Sírvame esto de disculpa.
Joaq. Ahora me recuerda usted
Un epigrama...
Hip. ¡Oh fortuna!
¿Cómo es? ¿Cómo es?
Joaq. Vale poco...
Hip. Vaya, vaya... Usted se burla.
Joaq. Créalo usted.
Hip. Vaya... ¡Caiga!
Mis dos orejas lo escuchan.
Joaq. «¿A qué gastar el dinero
En comprar caricaturas?
Yo sé de un tonto en Madrid
Que da de balde la suya.»
Hip. Eh, ge... ¡Cosa mas chistosa!
(*Riéndose.*)
¿Y quién es ese... babucha?
Joaq. El primero á quien le cuadre.
Es ideal la pintura.
Hip. ¡Oh! Pues le viene de molde
A mi vecino don Lucas.
Se lo tengo de encajar
Esta noche en la tertulia.
Pero no me acordaré.
¡Mi memoria es tan obtusa!...
¿Querrá usted dármelo escrito?
Joaq. Sí, señor. Venga una pluma.
(*Se pone á escribir.*)
¡Si para usted lo he compuesto!
Como sé que tanto gusta
De estas cosas...
Hip. Gracias, gracias.
¡Consentir que yo lo luzca
Con su ingenio!
Joaq. Tome usted.
Hip. Pues ya que está usted de chunga,
Vaya ahora una saeta
De las que usted acostumbra
Contra el ministerio, que eso
Es para mí el *non plus ultra*
Del regocijo.
Joaq. Después...
Esas cosas no se buscan.
Solo se deben decir
Cuando buenamente ocurran.
Hip. Pues bien; luego; en la comida...
Porque usted vendrá...
Joaq. Sin duda.
Hip. Yo me voy hácia el café,
Que á estas horas ya se juntan

Cuatro amigos de mi temple
Que á decir pestes me ayudan
De todo gobierno humano.
Abur. Usted, que es la suma
Galantería, dará
Conversacion á mi adjunta
Y la bella Manolita.
Diga usted... Cualquiera excusa...
Que me he ido. La etiqueta,
Los cumplimientos me abruman.
Acompañe usted después
A Tomasa, si no es mucha
La incomodidad.

Joaq. No tal.
Yo me honraré...

Hip. Sustituya
Usted á su fiel amigo...
Quiero decir que me supla
En lo lícito y honesto.
¡Cuidado que no doy bula
Para mas!

Joaq. ¿Qué dice usted?
Esas sospechas me injurian.

Hip. ¡Eh! Ya se cargó. Estos hombres
De todo el mundo se burlan
Y no saben aguantar
Una chanza.

Joaq. Nuestra mútua
Sincera amistad me salva
De ofensivas conjeturas.

Hip. Lo sé, lo sé; usted á todas,
Sean morenas ó rubias,
Sean nobles ó plebeyas
Y pasadas ó futuras,
Las corteja, las persigue;
Mas de esa regla exceptúa
Las prendas de sus amigos;
Moral muy sana y muy justa...
Y además, yo sé que ahora
Manolita es la que triunfa.

Joaq. ¡Eh!...

Hip. ¡Vaya por Dios!... ¡A ella,
Que es buen bocado la viudita!
(*Risa estólida.*)
Ge, ge, ge. ge... Hasta después.—
¡Qué pájaro! (*Yéndose.*)

Joaq. No...

Hip. ¡Qué trucha!

ESCENA VII.

Don JOAQUIN.

¡Descomunal dromedario!
Todo eso es materia bruta.
¡Ame usted como á sí mismo
A ese prójimo! Aunque el cura
Lo diga, ¿dónde hay virtud
Para tanto? ¡Y en coyunda
Venturosa vive unido
A tan celeste hermosura!
Abuso que clama á Dios.
Amalgama torpe, absurda.
¡Tigribus agni! Es forzoso
Que yo... Ella viene.—¿Y la viuda?

ESCENA VIII.

Don JOAQUIN, TOMASA.

Tom. ¿Y mi marido?

Joaq. Se fué,
Dejándole á usted plantada.
(*Don Joaquin presenta una silla á Tomasa y se sientan los dos.*)
Yo extraño...

Tom. No importa nada:
En casa le encontraré.
Eso de estar en visita
Le aburre; y á mí tambien.

Joaq. Dejar la visita, bien,
Pero á usted... ¡Ah, Tomasita!

Tom. Yo le agradezco en el alma
Que haga confianza de mí.

Joaq. Y debe hacerla; eso sí,
Pero... (Me impone esa calma.)

Tom. Estará usted impaciente
Porque no viene Manuela.

Joaq. No. Lo que mi pecho anhela...

Tom. La han enviado un presente...

Joaq. Medrado por su consorte
Alguno le recompensa.

Tom. Llenando están la despensa;
Y todo franco de porte.
Ahora confieso mi error:
Yo de buena fe pensaba
Que solo se regalaba
Al dómine y al doctor.
Y Manuela...

Joaq. ¡Qué dulzura!
¡Qué inocencia de mujer!
¡Y prenda de otro ha de ser
Tan celestial criatura!

Tom. ¿De veras? Ya presumía...
Mucho me alegro.
Joaq. ¡Qué escucho!
¿Será posible...?
Tom. Sí, mucho.
Joaq. ¿Hay dicha como la mia?
Tom. Usted logrará, es forzoso,
El premio de su pasion.
Joaq. ¡Oh hermosa! Mi corazon...
Pero si un rival odioso...
Tom. ¿Hay locura semejante?
Usted solo es el querido.
Joaq. Pierdo el juicio... ¡Usté...! El marido...
Tom. Marido será el amante.
Cuando se unen de ese modo
Dos almas...
Joaq. Ah, sí; mi gloria...
Tom. Es segura la victoria...
El amor triunfa de todo.
Yo hablaré...
Joaq. ¿Sí?
Tom. Yo prometo...
Joaq. ¡Oh placer! ¡Oh...! ¿Cuándo? (*La toma la mano.*)
Tom. Pronto.
Joaq. ¡Ah! Bien. Pero ese hombre...
Tom. Es tonto.
Joaq. Es un animal.
Tom. Completo.—
Pero suelte usted la mano. (*La retira.*)
¿A qué ahora...?
Joaq. Sí; el amor...
Perdone usted: el fervor...
¿Me ofrece usted...?
Tom. Y no en vano.
Lo principal está ya
Vencido, y siendo usted fiel...
Digo que hablaré con él
Y todo se compondrá.
Joaq. Ya; si el hombre se acomoda...
¿Pero me habla usted de chanza?
¿Cómo...?
Tom. Valor, confianza;
Y pronto se hará la boda.
Joaq. ¿La boda? (*Sorprendido.*)
Tom. A fe de Tomasa.
Joaq. ¿La boda?
Tom. Sí; con la bella
Manolita.
Joaq. Sí... Ya... Ella... (*Cortado.*)
(¡Cielos! ¿Qué es lo que me pasa?)
Tom. Seré su madrina.
Joaq. Pero...
Usted no me ha comprendido...
Si yo... (Quedo convencido
De que soy un majadero.) (*Se levantan.*)
Tom. Cuando yo digo... Aquí está
Manolita. Mas á punto...
Joaq. No la hable usted de ese asunto. (*En voz baja.*)
Tom. ¿Qué causa...?
Joaq. Usted la sabrá.

ESCENA IX.

TOMASA, MANUELA, DON JOAQUIN.

Man. Perdone usted, don Joaquin.
Ocupada en enojosas
Faenas... ¡Qué buen sistema
Era aquel de los ilotas
De que usted me hablaba ayer!
¿Dónde era? ¿En Paris... ó en Rodas?
No me acuerdo. Yo no soy
Para una vida tan sosa,
Tan mecánica.
Tom. ¿Qué dices?
Pues ¿qué hemos de hacer nosotras
Sino arreglar nuestras casas?
Si las mujeres no toman
A su cargo esos cuidados
Que á ti tanto te incomodan,
¿En qué quieres tú ocuparlas?
¿En la milicia? ¿En la toga?
¿En cazar por esos montes
Y en remar por esas olas?
Man. ¿Y por qué no? Si leyeras
En las antiguas historias,
Las proezas te asombraran
De las fuertes amazonas;
De aquella Pentesiléa
Que allá en el sitio de Troya...
¿Verdad, don Joaquin?
Joaq. Sí; es cierto...
(¡Entre dos fuegos ahora!)
Tom. Sin duda la educacion
De esas mujeres heróicas
Seria muy diferente
De la que hoy rige en Europa.
Pero tú... ¿de cuándo acá,
Manolita...? Eras muy otra
Dos meses hace. En mi ausencia
Te has trasformado...
Tom. ¡Oh! la aurora
De un nuevo sér ha brillado
Para mí. La piedra tosca
De mi antiguo natural
Tomó la sublime forma...
Explique usted, don Joaquin,

Los grandes prodigios que obra
La emanipacion mental.

Tom. ¡Qué lenguaje! Estoy absorta...

Man. En una palabra, soy...
Romántica.

Tom. Deja bromas.
¿Qué romántica, ni qué...?
¡Si tú no has nacido en Roma!

Man. No, mujer. Tú no comprendes...
Pero abra usted esa boca,
Don Joaquin : esplique usted...

Joaq. Es inútil. La señora
Gusta del *statuto quo*,
Y hacerla entrar en la norma...

Man. *¡Norma!* ¡Sublime mujer!

Tom. Mucho me gusta esa ópera.

Man. ¡Con qué placer fuera yo
Gran sacerdotisa!

Tom. (¡Boba!)

Man. Si el cielo me ha condenado
A existencia tan penosa,
Tan oscura, tan servil,
¿Por qué en mi pecho no ahoga
La *susceptibilidad...?*
¿Lo he dicho bien?

Joaq. Sí, señora.

Man. ¿La palpitante energía
Que me consume?

Tom. ¿Estás loca?
Yo creo que esas ideas
Sublimadas no son propias
De un sexo débil, amante,
Apacible. Con las tocas
Mal se avienen varoniles
Arranques. Ni es tan odiosa
La suerte de la mujer
En un país donde goza
De racional libertad,
Porque los hombres blasonan
De muy galantes. ¡Parece
Que estás en Constantinopla!
Y tú que no eres duquesa...
Yo no sé adular; perdona.
¿Por qué temes degradarte
Haciendo lo que hacen otras
No de peor condicion
Que tú? Para mí la joya
Que despues de la virtud
Mas á la mujer adorna
Es ser mujer de su casa.
Tengo rentas que me sobran
Para dejarme servir
Y solo pensar en modas
Y en placeres; pero soy
Por aficion hacendosa,
Y por placer... y por cálculo,
Porque de esas que abandonan
Los domésticos deberes
Dice el vulgo tales cosas...
Y no basta ser honradas
Cuando el vulgo no nos honra.

Joaq. ¡Bien! ¡Divina!

(*En voz baja.*)

Man. ¿Con que quieres
Reducirme á ser fregona...?

Tom. No, amiga mia. Ni es esa
Tu condicion; pero á todas
Nos está bien el mirar
Por la hacienda mucha ó poca.
Nunca estoy yo mas ufana
Que repasando la ropa,
Ordenando la despensa,
Cuidando de que la alcoba
Se ventile, reprendiendo
A criadas remolonas,
Tomando cuentas al mozo,
Despidiéndole si roba...

Man. ¡Santo Dios! Eso es vivir...
¿Qué sé yo..,? Vivir en prosa.
¡Oh clásica servidumbre!
¡Y hay mujer que la soporta!

Joaq. ¡Bien dicho!

(*A Manula en voz baja.*)

Tom. A mí me daria
Vergüenza de estarme ociosa
Reclinada en un sofá
Y oyendo necias lisonjas
De almibarados galanes,
O echándola de doctora
En política y leyendo
Con comentarios y glosas
El *Catalan*, el *Vapor*
Y la *Revista Española*,
Y el *Manifiesto de Cádiz*
Y la *Proclama de Córdoba.*
Yo siempre me ocupo en algo.
Ya plancho una camisola,
Solo por avergonzar
Con ella á mi planchadora;
Ya bordo..., y si es necesario,
Cojo tambien una escoba,
Muevo yo misma un colchon,
Doy un vistazo á la olla...

Man. ¡Calla, mujer! Si no callas,
Me va á dar una congoja.

Tom. ¡Es posible..!

Man. ¡Y yo que anoche
Estuve en *Lucrecia Borgia!...*
Quiero decir, en el drama
Que de este modo se nombra.
¡Aquella si que es mujer! —
No porque yo me proponga
Imitarla en sus maldades.
Pero ¡qué alma tan hidrópica
De agitaciones sublimes!

Joaq. (¡Y que quiera yo á esa tonta!)

Tom. Apuesto á que esa mujer.
No hacia punto de blonda,
Ni supo en toda su vida
Cómo se hace una compota.
Man. ¡Ay! ¡Por Dios! ¿Quieres matarme?
Ya se ve; como vosotras,
Las clásicas, no sentis...
Ni teneis nervios...
Tom. ¿Te enojas?
Yo lo siento. Mi franqueza...
¡Ah! ¡Qué pícara memoria!
Ustedes comen en casa.
No gusto de ceremonias,
Pero si de regalar
A los amigos que me honran.
Hay un plato que te agrada,
Y ese lo he de hacer yo sola
Si ha de salir á mi gusto.
Me lo enseñó la priora
De la Encarnacion. — Adios.
Man. ¡Ah! ¡Guisar tambien!
Tom. ¿Qué importa?
Hasta luego. Que no tardes.
Joaq. Permítame usted, señora...
(*Disponiéndose á acompañarla.*)
Tom. Gracias: no. Quédese usted.
De aquí á la calle de Atocha
Hay cuatro pasos. Abur. —
No lo permito. — Adios, mona.
(*Se besan.*)

ESCENA X.

MANUELA, Don JOAQUIN.

Man. ¡Qué francota y qué bonacha!
Solo complacer desea.
Da lástima de que sea
Tan vulgar esa muchacha.
Joaq. ¡Es mujer tan material!...
Convencerla es vano intento.
Man. No; no le falta talento.
Joaq. Sí... Talento conyugal.
Man. Mi lógica no hizo mella:
Yo hablaba con la pared;
Y usted...
Joaq. Yo...
Man. ¡Si ha estado usted
Tan prosáico como ella!
Joaq. He callado porque advierto
Que es clásica impenitente,
Y predicar á esa gente
Es predicar en desierto.
Además, yo estaba en ascuas
Ansiando ver á mi encanto
A solas; ¡y ella entre tanto
Contenta como unas pascuas!
Acabó el cólera morbo
Con millares de inocentes;
¡Y no se llevó á esos entes
Que solo sirven de estorbo!
No es ella de nuestra masa.
¿Y qué ha de entender de amor
Mujer que tiene valor
Para llamarse... Tomasa?
Man. Sea usted mas tolerante,
Que es mi verdadera amiga.
Joaq. Bien, pero que no persiga
A un desventurado amante.
En fin, basta de proemio.
¿Me amas? ¡Di tú!
Man. Sí..., Joaquin.
Joaq. Y de tanto amor, en fin,
¿Me otorgas el dulce premio?
Man. Si; y en venturosa calma...
Joaq. ¡Calma, y abrasado estoy!
Man. ¿Qué mas quieres? ¿No te doy
Mi corazon y mi alma?
¿No ves cuán tierna te hablo...?
Joaq. No me has amado jamás,
¡No!
Man. ¡Cómo...!
Joaq. ¡El alma me das!
¿Soy yo por ventura el diablo?
Man. Si no la quieres...
Joaq. Si tal;
Pero el alma á secas...
Man. ¡Hola!
¿Qué quiere usted? Yo estoy sola...
¿Qué designio criminal...?
Joaq. No hay crímen donde hay amor.
Man. La máxima no es exacta.
Joaq. Amor no es pasion abstracta,
Es...
Man. Don Joaquin, tengo honor.
(*Con dignidad.*)
Joaq. Ya lo sé; mas no se trata...
Man. De ese lenguaje me admiro.
Joaq. Pero...
Man. Basta, ó me retiro...,
Y adios para siempre.
Joaq. ¡Ingrata!
(*Se deja caer en una silla como desesperado.*)
(¡Qué temeraria virtud!
Fuerza es enmendar mi error.)
(*Se levanta.*)
Usted con tanto rigor
Quiere abrirme el ataud.
¿Es pretension infamante,
Es pensamiento villano
Pedirle á usted... una mano?

Man. ¡Ah!... la mano..., ya... No obstante...

Joaq. ¡Cielos, aún vacila, aún duda!
¡Ni una mano que á cualquiera
Se le dará en la escalera!
¡Y es romántica! ¡Y es viuda!

Man. Principiante soy aún
En la romántica escuela.

Joaq. ¿Perdí ya tu amor, Manuela?

Man. Te amaré, pero... segun.

Joaq. (Esta se mantiene tiesa
Porque aún no la hablé de altar.
Habremos de aventurar
La matrimonial promesa.)
Aún en la rutina gimes
Y llena de ideas rancias
Son para tí extravagancias
Las sensaciones sublimes.
Aún piensas que en el abismo
Te has de hundir como Sodoma,
¡Infeliz! si en una coma
Te apartas del Catecismo.
Mas aunque todo á tu amor
Ansiara deberlo el mio,
No quiero que tu desvío
Me acuse de seductor;
Y pues eres tan avara
Aun del favor mas liviano,
Yo te doy palabra y mano
De ser tuyo al pié del ara.

Man. Acepto: aquí está la mia.

Joaq. ¡Bien mio!

Man. La mano sola.

Joaq. (Dejemos rodar la bola.
Mañana será otro dia.)
No temas que yo pretenda
Cosa indigna de una dama;
Mas sin arriesgar tu fama
Pudieras darme otra prenda.
(Saquemos algun partido.)

Man. ¿De qué clase? Mi recato...

Joaq. No te alteres. Tu retrato.

Man. Fué prenda de mi marido.

Joaq. ¿Con que le heredo por junto,
Y no han de tocar tu imágen
Estas manos sin que ultrajen
Las cenizas del difunto?

Man. Tienes razon. Eso es cierto.
Mas...

Joaq. ¿Adónde me conduces,
Ingrata? ¡Tú me reduces
A tener zelos de un muerto!
¡No mas!...

Man. ¡Espera!

Joaq. ¡Cruel!
Adios. En vano ya lidio
Contra mi suerte. El suicidio...

Man. ¡Oh Dios! Tente. Voy por él.

ESCENA XI.

Don JOAQUIN.

¡Bravo lance! El marco es de oro.
Y me hallo en tales apuros...
Bien me darán quince duros
Por el dulce bien que adoro.
Pues con su cara y su trato
Me cautivó esa mujer,
Lo menos que puedo hacer
Es cautivar su retrato.

ESCENA XII.

MANUELA, Don JOAQUIN.

Man. Hé aquí mi efigie.
Mi amor te la da.
Pendiente del pecho
Mi pobre Julian
Siempre la llevaba
Constante y leal.

Joaq. Del mio un instante
No se apartará.
¿Sabes que con ella
La vida me das?

Man. ¡Qué alma tan romántica!
¡Qué fino galan!
¡Ay! Hasta la tumba
Te tengo de amar,
Aunque se incomode
Mi hermano carnal.

Joaq. Acerca esa mano.
(*Lleva á su pecho la mano de Manuela.*)
¿Sientes palpitar
Aquí... mas arriba...?
¿Sientes...?

Man. ¡Es verdad!

Joaq. Tambien en mi alma
Retratada está
Esa tu donosa
Cara celestial.

Man. Y quien esto escucha
¡Oh Dios de Abraham!
¿Cómo podrá luego
Coser y planchar?

Joaq. Ahora en esta sala
Tres Manuelas hay.

Man. ¿Tres? Yo no comprendo...

Joaq. ¿No lo he dicho ya?
Una en miniatura,
Otra en realidad,

Y otra que aquí tiene
(*Con la mano en el pecho.*)
Su trono y su altar.
Man. Dime, y tu retrato,
¿No me lo darás?
Joaq. Sí, bien de mi vida.
Eso es natural.
Justamente han dado
En litografiar
A todo viviente
En la capital;
Y mi linda cara
¿No se ha de pintar
Cuando yo soy una
Notabilidad?
Man. Cuélgatelo al pecho.
Joaq. No, déjalo. ¡Cá!
¡Si á un platero amigo
Lo voy á llevar!
Man. ¡Cómo..,!
Joaq. ¡Aquí una cifra
Qué bien estará!
Unida á tu M
Mi J. ¿Qué tal?
Man. Joaquin y Manuela:
Me gusta ese plan;
Pero letras góticas:
¿Entiendes?
Joaq. ¡Pues ya!
Man. ¿Me serás perjuro?
Joaq. Jamás. ¡Oh! ¡Jamás!
Adios, cara esposa.
Man. ¡Ah!
Joaq. ¡Suspiras! ¡Ah!
Ya que no soy digno
Del original,
Tu retrato, hermosa,
Me consolará.
Man. Y á mí ¿qué consuelo
Me queda en mi afan?
Virtud enemiga,
Ventura ideal.
Joaq. Adios. (¡Quince duros!)
Man. Adios. ¿Ya te vas?
¡Ay! Hasta la tarde.
Adios. ¡Ay!
Joaq. ¡Ay! ¡Ay!
(*Besando el retrato.*)

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

DON JOAQUIN, DON HIPOLITO.

Hip. Sentémonos, don Joaquin,
Junto á esa fuente serena,
Que la tarde está muy buena
Y es hermoso mi jardin.
Joaq. Pero, señor don Hipólito.
Las señoras ¿qué dirán?
Hip. No hay cuidado: ellas vendrán.
¡Siéntese usted, buen acólito!
Joaq. Me siento. (¡Qué bruto eres!)
(*Se sientan en un banco de piedra.*)
Hip. A mí nunca me ha gustado,
Y menos desde casado,
Conversacion de mujeres.
Cierta ó fingida virtud
Sus labios siempre condena,
Para muchas no sin pena,
A perpétua esclavitud.
Así se ven reducidas
A hablar de cosas triviales,
Sin las puntas y las sales
Que al hombre son permitidas.
Joaq. Cierto. Dice doña Viola:
«¡Qué mal tiempo! Hoy no saldré...»
Pero se calla el por qué
Desea quedarse sola.
De su cólico fatal
Habla Dolores, y no
De la fruta que comió
Y le ha sentado tan mal;
Y habla del traje Leonor
Que ayer estrenó su tia...,
Mas no dice lo que haría
Por tener otro mejor.
Hip. Las mozas al fin son flores,
Y todo en ellas encanta;
¿Mas quién la parleta aguanta
De las señoras mayores? —
«Hoy hay nubes en Acuario:
Bien lo anuncia mi cabeza.
El calendario lo reza...»
Su fuerte es el calendario. —
«Tal dia como hoy nació
Con mil apuros mi Elena
Y yo ofrecí una novena
A la Vírgen de la O.
Al otro año tuve un hijo
Robusto como un planeta;

Pero mamó mala teta
Y se me murió canijo.
El ama era mocetona,
Pero tuvo... — ¿Tabardillo? —
No, señora; un trabajillo...
Lo de todas. ¡Picarona!
Nos dejó lelos, absortos.
¿Quién lo creyera? ¡La muy...!
Otros once hijos parí,
Y no cuento los abortos.
Y mi edad no es tan madura...
Aun vendrá el décimocuarto;
Aunque del último parto
Se me quebró la cintura.
Mas hoy traerá el ordinario
Una bizma de Jaen,
Que allí las hace muy bien
Un famoso boticario.
Con facultades escasas
¡Tanta prole! ¡Qué afliccion!
¡Y las nodrizas, que son
La polilla de las casas...! »
Entra luego el relatar
Las gracias de los muchachos,
Sus lombrices, sus empachos,
Su romper y su chillar.
Y luego las lavanderas,
Las criadas... ¡San Benito!
¡Y el artículo infinito
De medicinas caseras!
Otra habla de los ataques
De flato, fumando espliego
Y anís, y refiere luego
Cada bruja sus achaques.
Cuando las oigo ¡qué horror!
Yo me pongo climatérico.
¡Y todas tienen histérico!
¿No es fuerte cosa, señor?
Joaq. ¡Hola! Sátira completa.
Muy bien.
Hip. ¿Sí?
Joaq. Como lo digo.
Ya al lado de usted, amigo,
Yo soy un niño de teta.
Hip. Aunque yo no soy muy diestro,
Algo hace la aplicacion;
Aprovecho la leccion
De tan insigne maestro.
Joaq. ¡Oh! Ya lo es usted.
Hip. ¿De veras?
Así tendrá sucesor
Un perjuro, un desertor
Que abandona sus banderas.
Joaq. ¿Con quién habla usted?
Hip. ¿Con quién?
(*Se levantan.*)
Con usted, que ya comienza
A apostatar. ¡Qué vergüenza!
¿Eso hace un hombre de bien?
¡El apóstol del dicterio,
El Zoilo de nuestros dias
Escribir apologías...!
¿Y de quién? ¡Del ministerio!
Joaq. Segun los ministros son...
Hip. Para mí todos son unos.
Joaq. Perdone usted; hay algunos...
Hip. Nada; no admito excepcion.
Aun el bueno, este es mi adagio,
La virtud allí abandona,
Que la maldita poltrona
Tiene un no sé qué..., un contagio...
Como soy que no discierno,
Se lo digo á usted formal,
Cómo un hombre es liberal
Hablando bien del gobierno.
Pídanme cien suministros,
Pero déjenme, á lo menos,
Sean malos, sean buenos,
Renegar de los ministros.
Y á mí ninguno me ablanda,
No; sobre esto no se me hable.
Soy enemigo implacable,
Atroz, de todo el que manda.
Joaq. ¡Mas conmigo regañar...!
¡Es posible...! ¿Y por qué es eso?
Sin duda por el impreso
Que acabo de publicar.
Hip. Pero ¿hay mayor vituperio
Que escribir ese papel?
¿No se ha hartado usted en él
De incensar al ministerio?
Joaq. ¡Hombre, si es todo ironía!
Lea usted con atencion...
Hip. ¡Cómo!...
Joaq. Y por pura irrision
Lo titulo apología.
Hip. ¡Qué! no, señor: esa es una...
Salida de pié de banco.
Usted los pone, sea franco,
En los cuernos de la luna.
Joaq. Hombre, por la Vírgen Santa...
Hip. A bien que aquí tengo el pliego,
Que se lo he comprado á un ciego.
(*Saca un impreso.*)
Mírelo usted. Carta canta.
Joaq. ¡Lo ha comprado usted! Me alegro
Lo leeré con comentarios,
Y á ver si los funcionarios...
(Le haré ver lo blanco negro.)
Hip. Como es usted tan gazapo
No extrañaré que consiga...
Joaq. ¡Oh! Cuando usted no me diga
Que los pongo como un trapo...
Hip. Bien, el desafío acepto.
Vamos leyendo y paseando.
(*Pasean hasta desaparecer.*)

Usted me está chuleando
Cual si yo fuera un inepto;
Y á fe que en ese capítulo
Puedo yo...
Joaq. « Rasgo poético, (*Lee andando.*)
Político, apologético... »
(*Aparecen por otro lado Manuela y Tomasa.*)
Hip. Dejemos á un lado el título.

ESCENA II.

MANUELA, TOMASA.

Tom. Ya que no quieres salir
A paseo...
Man. Es de mal tono,
Es muy clásico el paseo
En un domingo; y me asombro
De que tú...
Tom. Pues bien; si gustas,
Sentémonos.
Man. Me conformo.
(*Se sientan.*)
¿Has reparado, Tomasa,
Qué sombrero tan airoso
Llevaba... ?
Tom. ¿Quién?
Man. ¿No la has visto?
La baronesa del Golfo.
Tom. No he reparado.
Man. ¡Es posible!
Tom. Soy poco afecta á los gorros.
Man. Pues no eres mujer de gusto :
Te lo digo sin rebozo.
Tom. No te obligo á que me imites.
Man. El sombrero da decoro,
Señorío, autoridad...
Tom. Yo, que jamás me lo pongo,
No me tengo en menos que otras.
Nunca en pueriles adornos
Cifré mi orgullo.
Man. ¡Qué quieres!
A mí me causa sonrojo
La mantilla. Es en extremo
Descarada.
Tom. Vaya; somos
Opuestas en todo. Y yo
Suelo decirle á mi esposo
Cuando me habla de sombreros :
« Si yo de honrada blasono
Y no debo nada á nadie,
¿Por qué he de esconder el rostro? »
Man. Tú pecas contra la moda.
Tom. Yo no desciendo de loros
Ni de monas.
Man. La mantilla
Es anacronismo impropio
De la cultura del siglo.
Tom. Sienta bien sobre les hombros
De una española castiza.
Da mas garbo á los contornos
De un cuerpo meridional
Que aborrece los estorbos,
Mas brio á su frente altiva,
Mas llama á sus negros ojos.
Man. Contra el sol un sombrerillo
Sirve en verano de toldo,
Y de abrigo en el invierno
Contra el aquilon furioso;
Y si por cauto ó modesto
No muestra el hechizo todo
Del semblante, por lo mismo
Se nos mira con mas gozo,
Con mas amoroso afan;
Que si bien agrada al pronto
La abierta rosa lozana,
Hechiza mas el pimpollo
Que se esconde entre las hojas
A los ultrajes del Noto.
Tom. ¿Yo sombrero? ¡No en mis dias!
¡Qué mueble tan enfadoso!
Cuando chico, un solideo,
Y cuando grande, un biombo.
Man. Cuando veo una mantilla
Recuerdo el : « ¡Adios, Manolo! »
Y aquello de : « ¡Sal del mundo,...
Te he de comprar un zorongo! »
Tom. Cada cual con sus gustos.
Man. Y dios con todos.
Tom. ¡Que viva la mantilla!
Man. ¡Que viva el gorro!

ESCENA III.

MANUELA, TOMASA, AMPARO.

(*Aparece Amparo mal perjeñada y con un pañuelo en la mano que contendrá algunas ropas de mujer y otras alhajas.*)
Amp. (Allí está.) Señoras mias,
¿Puedo pasar adelante?
Tom. Bien venida, doña Amparo.
Llegue usted.
Amp. Muy buenas tardes.
(*Se acerca.*)
Man. ¿Qué doña fulana es esa?
(*Aparte con Tomasa.*)
Tom. Una prendera ambulante.
Ya te contará su historia,

Y la historia de su padre.
¡Oh!... — Tome usted esa silla
Y siéntese. (*A Amparo.*)

Amp. Que me place.

(*Acercando una silla rústica y sentándose.*)

¿Usted lo ha pasado bien?

Tom. Muy bien. Gracias. ¿Y qué trae
De bueno en ese pañuelo
Doña Amparo?

Amp. Algunos pares
De medias, cosa de gusto;
Dos papalinas de encaje
Que aun no se han hecho del agua...
Mil cosas: todo de balde;
Porque como están los tiempos
Tan fatales, tan fatales...

Tom. (Dios te tenga de su mano.)

Amp. Y luego, ya usted lo sabe,
Yo, que soy una señora,
No engaño jamás á nadie.
¡Jesus! Yo no. Me contento
Con ganar algunos reales...

Man. Las mujeres de Castilla
No hablan con tanto donaire.
¿Es usté andaluza?

Amp. Sí;
Nacida y criada en Cádiz.

Man. Ya imaginé...

Amp. Mi familia
Es de las mas principales.
Si usté ha estado por allá...

Man. No he pasado de Getafe.

Amp. Ahí está doña Tomasa.
Ella dirá si mi sangre...

Tom. Con efecto. Usted me ha dicho
Que es azul.

Amp. Mi señor padre...

Man. Fué intendente: ¿no es verdad?
O brigadier.

Amp. Es el diantre
Esta señora. En efecto,
Brigadier; pues.

Tom. Acertaste.

Man. No es maravilla; que todas
(*En voz baja á Tomasa.*)
Esas dueñas vergonzantes
O son viudas de intendentes,
O hijas de generales.

Amp. El que sirvió la intendencia
Fué mi difunto don Jaime...

Man. Pues. — ¿Qué te decia yo?
(*A Tomasa aparte.*)

Amp. Pero ¡qué de adversidades
Sobre una triste familia!
Mi padre murió en Levante
Del bubon, el año cinco.
Yo no le alcancé, que el martes
De la semana siguiente
Me dió á luz mamá.

Man. ¡Qué trance!

Amp. ¡Jesus!...

Man. ¿Con que es usted póstuma?

Amp. Pues, sí, póstuma... por parte
De papá.

Man. Pues; ya se entiende.

Amp. Después se llevó á mi madre
La fiebre amarilla.

Man. ¡Cielos!

Amp. Y por colmo de desastres
Mi malogrado consorte
Se murió dos años hace
Del cólera.

Man. ¡Qué dolor!
¿Y el malogrado don Jaime
Dejó tambien algun póstumo?

Amp. Un niño, sí, como un ángel. —
Póstumo no, que ya andaba;
Pero al mes siguiente cae
Con sarampion... ¡Ay Dios mio!
El corazon se me parte.

Man. ¿Murió tambien?

Amp. Sí, señora.

Man. ¡Desventurado linaje!
¡Cuatro epidemias sobre él!

Amp. ¡Ah! Yo soy la quinta...

Man. ¡Calle!
¿La quinta epidemia?

Amp. No.
La quinta víctima. Frágil
Mujer, viuda, abandonada...
Favor me haria en llevarme
Dios para sí.

Man. ¡Nada de eso!

Tom. (¡Que esta mujer no se canse
De hablar!)

Man. La suerte algun dia...

Amp. ¿Suerte? ¡Si nada me sale
(*Hablando y manoteando con fervor.*)
Bien! ¡Jesus! ¡Nada! Mi esposo
Pertenecía á la clase
De ilimitados, y ¡ni esto
(*Con el dedo en los dientes.*)
Me dejó! Los funerales...;
Porque soy una señora,
Y debía yo portarme
Como tal; pues, y el billete
De la diligencia, el viaje,
Y la muerte del chiquillo,
Acabaron de arruinarme.
Vengo á la córte; pretendo

La viudedad, y me salen
Al encuentro... ¿qué sé yo?
Con dos mil dificultades.
Al cabo de veinte meses
Aun me llevan y me traen
Sin cobrar una mesada.
Era preciso ingeniarme,
Porque soy una señora
Y... En fin, ustedes ya se hacen
El cargo... Tomé un cuartito
Ahí en la calle del Cármen,
Y puse mesa de juego...
Entre gentes regulares,
Por supuesto. Vea usted:
¡Era la partida grande! —
Yo siempre como señora. —
Cuatro horitas por la tarde,
Y me dejaban seis duros;
Pero un comisario alarbe
¡Zás¡ se me entra de rondon,
Pilla á todos *in fraganti*,
Y cuanto gané en tres meses
Me lo multó en un instante.
Man. ¡Qué horror!
Amp. ¡Y, señora y todo,
Quiso llevarme á la cárcel!
Después de esto...
Tom. Sí; después
Se mudó usted á otra parte
Y puso casa de huéspedes...
Amp. Si tal; mas.., sin degradarme;
Que yo soy una señora,
Y no quiero que me tachen...
¡Jesus, María! ¡Primero
Comerme los codos de hambre!
Pero llevaba una vida
De perros, y mis afanes
No alcanzaban á cubrir
Mis cortas necesidades.
Hay en Madrid tantas gentes
Que viven del hospedaje,
Que no es fácil sacar jugo
De un arbitrio semejante.
Se lleva una mil petardos;
Y luego el vino, la carne,
Las verduras; todo está
Por las nubes. Mi carácter
No es tampoco para eso;
Que yo soy señora...
Tom. (¡Dale
Con la señoría!)
Amp. En fin,
Ya no dependo de nadie.
Me he dedicado al comercio...
¡Pero sin tienda! Mi sangre
No me permite...
Man. Ya entiendo.
Comercio de corretaje;
Movible; no sedentario...
Amp. Pues, y aunque dan en llamarme
Prendera, yo soy señora...
Man. Eso no puede dudarse.
Señora... y de muchas prendas.
Amp. ¿Yo había de sujetarme
A un mostrador y á servir
A cualquiera que llegase...?
Man. No; mejor es traficar
Por las casas, por las calles...
Hay en esto mas nobleza,
Y un desinterés laudable.
Amp. Yo visito á mis amigas;
Y de paso, una cambie
Sus alhajas por dinero,
O que por gusto se encargue
De empeñar alguna prenda..,
Ya usted ve; cuando esto se hace
Entre señoras...
Man. Ya... Sí.
Amp. Con que ¿quiere usted que saque...?
Tom. Yo, por mí, no compro nada.
Si usted se vuelve otra tarde...
Amp. Bien: cuando usted guste.
Man. ¿A ver?
Si algo tiene que me agrade
Mi señora doña Amparo,
Estoy dispuesta á feriarme.
Amp. Mire usted ¡qué ricas medias!
Parece punto de Flandes.
Doña Paula y sus dos hijas,
Bonitas como dos angeles,
Se desojan para hacerlas.
En tres dias cuatro pares;
Que es un asombro El bribon
De don Lorenzo, mal padre,
Peor marido, con un sueldo
De veinticuatro mil reales,
Las hace vivir remando
Y me las mata á pesares.
Como todo se lo chupa
La figuranta de baile...
Usted la ha de conocer.
La Timotea: buen talle,
Morena, muy descarada...
Tom. Eso no quita ni añade
Valor á las medias.
Amp. No;
Pero es natural que se hable...
Este chal es de Gertrudis,
La mujer de don Melquiades
El agente de negocios.
La corteja un comerciante...
Tom. (¡Qué mujer!)
Amp. Que sus finezas
Paga en lienzos, tafetanes,
Merinos..., y como el otro

Es una especie de cafre
Que la zela y..., ya usted ve...
Tom. Me precisa el retirarme.
Tengo que hacer allá dentro...
Ya vendré luego á buscarte,
Amiga mia. (Está hoy
Esa mujer intratable.)

ESCENA IV.

MANUELA, AMPARO.

Amp. Vamos á ver si lo ajusto.
Seis duros. Es muy bonito.
Ya lo ve usted : nuevecito.
Man. No lo quiero. Es de mal gusto.
Amp. Las papalinas... ¿Qué tal?
Man. No, que es traje de beatas.
Amp. Las medias... Las doy baratas.
Man. (Pero ¡si no tengo un real!
Revolveré sin embargo.)
Tengo medias como esas.
Amp. ¿Y este collar de turquesas?
Man. ¿Cuánto?
Amp. No echaré por largo.
Trescientos reales. Son finas.
Man. Es caro.
Amp. Bonita hechura...
Man. No hacen bien á mi figura,
Turquesas ni papalinas.
Amp. Otro collar, que es barato
Siendo tan rico y bien hecho...
Aquí lo llevo en el pecho.
(*Saca del pecho una joya envuelta en un papel, y la desenvuelve.*)
Mire usted... No; es el retrato.
Man. ¿Retrato? Verlo deseo.
¿De quién es la miniatura?
Amp. Dicen que es de una hermosura.
Yo no he fijado...
Man. ¡Qué veo!
Amp. ¿Que es eso? ¿Qué novedad...?
Man. ¡Oh traicion! ¡Oh desacato!
Amp. No comprendo...
Man. ¡Este retrato
Es el mio!
Amp. ¡Y es verdad!
(*Mirándole.*)
Mas ¿por qué tanto despecho?
Man. ¿Por qué? Si á Dios no mirara...
Amp. Pero...
Man. ¡Vendida mi cara
Como cosa de desecho!
Amp. Y que un retrato se venda
¿Es maravilla?
Man. Gitana
Maldita, bruja chalana,
¿Quién le dió á usted esta prenda?
Amp. ¡Qué escucho! ¿Usted me desdora?
¿Usted con ese descoco...?
Man. ¡Pérfido!
Amp. Poquito á poco;
Que yo soy una señora.
Man. Bien; señora; archiduquesa,
Si usted quiere; emperatriz...
Hable usted; pero infeliz
Si la verdad no confiesa.
¿De dónde viene esa joya?
¿Quién te la ha dado? ¿Quién eres?
Amp. Las hijas de brigadieres
No hacen ninguna tramoya.
Hoy un mozo me la trajo
De parte de su señor.
Man. ¿Cómo se llama el traidor?
Amp. ¡Señora! Hable usted mas bajo.
El amo no sé quién es,
Que su nombre es un sagrado;
Pero conozco al criado.
Sirvió al señor don Andrés...
Man. ¡Basta...!
Amp. Y luego á doña Aldonza...
Man. ¡Me ha vendido! ¡Ay, aprended.
Mujeres...!
Amp. No; que está usted
Empeñada en una onza.
Man. Bien está. Yo me rescato.
¿Fia usted de mí?
Amp. Yo espero...
Man. Mañana daré el dinero.
Me quedo con el retrato.
Amp. Sí por cierto. Basta y sobra
El verla á usted en la casa
De mi amiguita Tomasa. —
Ya no extraño esa zozobra.
Algun ingrato... Es seguro.
Man. ¡Qué villana recompensa!
Amp. ¿Quién no llora alguna ofensa
De amante infiel y perjuro?
Yo tambien, señora, á un huésped
Quise, y me engañó el cruel;
Y eso que reñí por él
Con don Matías del Césped...
¿Le conoce usted...?
Man. No sé.
Amp. ¡Buen sujeto! No es muchacho,
Mas sobre ser un ricacho
¡Me amaba con tanta fe...!
Pero el seductor impío
Después de comerme un lado
¡Ay cielos! me ha abandonado.
¡Signo funesto es el mio!
Man. ¡Qué extremos hizo el ingrato!
¡Y me entrega á una prendera!
Amp. ¡Feliz yo si solo hubiera

De llorar por mi retrato!
Man. ¡Ay! Se pierde nuestro afan
En el viento, en esas flores;
¡Y entre tanto los traidores
De nosotras se reirán!
Amp. El de usted, segun yo creo,
Solo la ofende en estatua;
Mas yo que he sido tan fatua
Que... Le he de ahogar si le veo.
Se esconde el hijo de cabra
Hoy aquí, mañana allí...
Mas se ha de acordar de mí
Si no cumple su palabra.
(*Va oscureciendo.*)
Man. ¡Oh! ¡Suene el fúnebre cántico
Para mí!
Amp. ¡Para las dos!
¡Falso!
Man. ¡Infame! ¿Quién ¡oh Dios!
Creyera tal de un romántico?
¡Ay Joaquin!
Amp. ¿Joaquin se llama?
Man. Sí, don Joaquin es su nombre.
Amp. ¡Santo Dios! ¿Si será ese hombre...?
¡Su apellido!
Man. Valdegrama.
Amp. ¡Él es, él es!... Seductora,
Usted me roba su amor.
No sé cómo mi furor...
Pero soy una señora.
Man. ¡Ah! ¡Me faltaba este oprobio!
Amp. ¡La lechuguina! ¡La bella!
¿Quién es ella, quién es ella,
Para quitarme mi novio?
Man. Yo... ¡Dios del cielo, qué furia!
No sabía...
Amp. ¡Accion villana!
Usted me dará mañana
Satisfaccion de esta injuria.
Man. (¡Ay! Yo tiemblo. Si me pilla
Sola... ¡Qué bárbaro exceso!)
¿Dónde...? ¿Cómo...?
Amp. En el Repeso
Ante un teniente de villa.
Man. ¿Yo he de sufrir esa mengua?
¿Yo á tribunales citada?
Y ¡por quién!
Amp. ¡Calle, taimada...,
O la arrancaré la lengua!
Man. Pero ¡Señora! por Dios...
¿Qué hice yo, pobre de mí?
¿Quién es delincuente aquí?
¡Víctimas somos las dos!
Amp. Sí...; víctimas de un infiel...
Culpar á usted es en vano;
Él solo... Venga esa mano.
(*Se la da Manuela temblando.*)
Guerra las dos contra él.
¿Dónde vive ese bribon?
Usted bien sabrá en qué casa.
(*Tomasa aparece á lo lejos.*)
Man. Vive... Allí viene Tomasa.
Si advierte mi agitacion...
Vámonos por aquel lado....
Amp. Sí: tal vez no nos ha visto...
¡Habrá la de Dios es Cristo
Cuando te agarre, malvado!

ESCENA V.

TOMASA.

Se marcha con la prendera...
Ya volverá por aquí.
¡La tal doña Amparo! Vamos,
Yo no la puedo sufrir
Cuando está tan habladora.
Manuela, que es tan pueril,
Mucho se habrá divertido
Con su cháchara, que á mí
Me hace poquísima gracia.
¡Y qué modo de mentir
La viuda del intendente! —
¿Quién pasea por allí?
Ya apenas se ve. ¿Será
Mi esposo? No. Es don Joaquin.

ESCENA VI.

TOMASA, DON JOAQUIN.

Joaq. (Pensé no echarme de encima
Hasta mañana al cerril
De don Hipólito. ¡Qué hombre!
En agarrándose á mí...
Su mujer, si no me engaño,
Ha de andar por el jardin.
¡Qué negros ojos aquellos
Y qué cuerpo tan gentil!
Y una pasta... angelical.
Cuando ella sufre al mastin
De su esposo... Allí la veo;
¡Y está sola! Soy feliz.
Allá voy. Yo me declaro.)
(*Se acerca.*)
¿Cómo tan solita aquí,
Adorable Tomasita?
¿Es usted el querubin
Que guarda este paraiso?
Tom. ¡Qué lisonja!
Joaq. No. El matiz

Del clavel y de la rosa,
Del nardo y del alelí
Se marchitan cuando usted
Se aparece en el pensil.
Tom. ¿Soy yo acaso el crudo cierzo
Que se goza en destruir
Las flores?
Joaq. No, que es usted
La flor mas bella de abril,
Y avergonzadas las otras...
Tom. ¡Eh! no sea usted así.
Si le oyera á usted Manuela
¿Qué diría? Porque al fin,
Aunque esas galanterías
Son inocentes en sí,
Como usted pena por ella...
Joaq. No, señora. Ese es un *quid*
Pro quo. Cuando esta mañana...
Tom. ¿Si acabará de venir?
La gaditana sin duda
Le estará contando mil
Patrañas...
Joaq. Acaso esté
Paseándose por ahí...
Tom. Vamos los dos á buscarla.
Joaq. Si se quiere usted servir
Del brazo...
Tom. Con mucho gusto.
Joaq. Está hermoso el tiempo.
Tom. Sí.
(*Al retirarse los dos paseando aparece por el lado opuesto don Hipólito. Acaba de anochecer.*)

ESCENA VII.

Don HIPOLITO.

Don Joaquin es el demonio,
Pero yo soy muy sutil
Y no me la pega nadie.
Él anda ¡qué galopin!
Tras de la bella viudita,
Y harto será que un desliz...
Él piensa que voy andando
Hácia la red de San Luis;
Mas del jardin no he salido
Y voy á ser su alguacil.
No quiero hacerle mal tercio;
¡Nada! dejemos vivir
A todo el mundo, que yo
Tambien algun dia fuí
Muchacho. Pero me ha entrado
Curiosidad mujeril
De oir en tierno coloquio
A ese bravo paladin
Y á la fermosa señora
Que le cautiva; es decir,
A una viudita romántica
Al estilo de París,
Y al pillo mas redomado
Que pasea por Madrid.
¿Por dónde andarán? Mas ¡tate!
Entre un sauce y un jazmin
Veo dos bultos. Son ellos...,
Y se vienen hácia aquí.
Ellos son. Vienen hablando...
¡Pues! La voz de don Joaquin.
Me esconderé entre estos árboles...
¡Cómo me voy á reir!

ESCENA VIII.

TOMASA, Don JOAQUIN, Don HIPOLITO.

Tom. Sentémonos un poquito.
(*Se sientan Tomasa y don Joaquin.*)
¡Vaya, que es gracioso el cuento!
Joaq. ¿Se rie usted de mi amor,
Señora?
Tom. Hago lo que debo.
Joaq. Al ver esa indiferencia
Me aflijo, me desespero.
Hip. (No los oigo bien, y saco
Media vara de pescuezo.
Daré un paso mas.)
Tom. Ya basta
De broma. ¡Si no lo creo!
Hip. (¡Dengosa!)
Tom. ¿Cómo es posible
Que ame usted á dos á un tiempo?
Joaq. ¡Ah! Yo juro que usted sola...
Hip. (¿La viudita tiene zelos?
¡Mujer al agua!)
Joaq. Es verdad
Que amé á otra: no lo niego;
Mas desde el dia, no sé
Si venturoso ó funesto
Para mí, desde aquel dia
En que ví el hermoso cielo
De esa cara, usted fué sola
El iman, el embeleso
De mi alma. Desde entonces
Sentí en ella todo el fuego
Del amor, y conocí
Que aquel mi primer afecto,
O fué engañosa ilusion
O capricho pasajero.
Hip. (¡Qué labia, qué labia tiene!
A mí se me está cayendo
La baba de oirle. ¡Es mucho!)
Tom. Se pone usted ya tan serio

Que me obligará á imitarle;
Y como hay Dios que lo siento.
Hip. (Esa voz... No sé... Sin duda...
El aire... ¿Qué sé yo?... El eco...)
Joaq. ¡Qué! ¿Pudiera yo burlarme
De un dechado tan perfecto
De hermosura...?
Hip. (¡Bien!)
Joap. De gracia...
Tom. Menos malo fuera eso
Que poner lascivos ojos
En mujer que tiene dueño.
Joaq. Señora...
Hip. (¿Dueño? No caigo...
¡Ah! Sin duda habla del muerto.)
Joaq. Sí; usted depende de otro hombre,
¡Y este es mi mayor tormento!
Hip. (Lo dice por don Fructuoso.
Tiene razon, que es un perro.)
Tom. ¡Atentar contra la honra
De un amigo!
Hip. (¿Honra? ¿Qué es esto?)
Joaq. Oigame usted...
Tom. Esa accion
No es digna de un caballero.
Hip. No; esa voz no es de la viuda.
Mas parece ¡vive el cielo!
La de mi mujer.)
Joaq. Señora,
Yo mereceria, es cierto,
Tan agria reconvencion
Si fuese amigo en efecto
De su marido de usted.
Hip. (¡Hay marido de por medio!
Yo soy. ¡Ciertos son los toros!)
Joaq. Si le hablo, si le tolero
Es por tener ocasion
De ver á usted. Nuestros genios
Son opuestos, antipáticos.
Tanto como á usted la quiero...
Hip. (¡Ay! Esto va malo.)
Joaq. Al tal
Don Hipólito aborrezco.
Hip. (Quedo enterado ¡Por vida!...)
Joaq. Y á no mirar al respeto
Que usted me merece...
Hip. (¡Infame!)
Joaq. Le diria que es un lerdo...
Hip. (¡Villano! ¡Traidor!)
Joaq. Un burro...
Tom. ¡Don Joaquin!
Hip. (¿Y no le estrello?
Pero ella... ¿Quién sabe...? Oigamos.)
Joaq. Perdone usted si me excedo.
Al cabo es usted su esposa
Y debo algun miramiento
A la desgracia de usted.
Hip. (¡Ah!)
Joaq. Pero el amor, los zelos...
¿Cómo he de ver con paciencia
En brazos de ese mastuerzo...?
Hip. (¡Em!)
Joaq. ¿Un tesoro de gracias?
Tom. Basta. No sufro...
Joaq. ¡Un momento!—
¿Entregada á un rudo sátiro...
Hip. (¡Oh!)
Joaq. La beldad por quien muero?
Hip. (¡Him!...)
Joaq. No se impaciente usted.
Aquí, á solas, en secreto
Hablo así; pero en el mundo
No publico sus defectos.
Hip. (Gracias. ¡Bribon!)
Joaq. Y á lo mas
Lo que hago es mofarme de ellos.
Hip. (¡Hum! ¡Yo le mato!)
Tom. ¿Y qué importa
Que no escuche esos dicterios
El mundo, si yo los oigo?
Hip. (¡Ay! ¡Dios te pague el consuelo
Que me das!)
Joaq. ¡Oh cuánto admiro
Esa bondad, ese bello
Carácter! Usted se esfuerza
Para dominar el tedio
Con que le mira...
Hip. (¡Ay! Yo sudo...
¿Será verdad? Mucho temo...)
Joaq. Y ya que él no haya sabido
Hacerse amar, á lo menos
Cierta consideracion...
Cierto aparente respeto...
Tom. Sí; yo respeto á mi esposo:
Mi deber es este; pero...
Hip. (¡Uf!... ¿Qué va á decir?)
Tom. Le amo
Tambien.
Hip. (¡Oh placer! A besos
Me la comeria ahora.)
Joaq. (¡Está rebelde! Toquemos
Otra tecla.) ¡Usted le ama!
Verdad será; yo lo creo.
Pero prescindiendo ahora
De su falta de talento...
Hip. (¡Voto á brios!...)
Joaq. De su mal tono,
De sus modales groseros.
De lo obtuso y lo compacto
De su figura....
Hip. (¡Hoy me pierdo!)
Joaq. ¿Es acaso su conducta
Digna de un amor tan tierno?
Tom. Yo no tengo queja de él.
Hip. (¡Mona!)
Joaq. Pues anda diciendo

Que usted se casó sin dote
Ansiosa de su dinero.
Hip. (¡No digo tal!)
Tom. Sentiría
Que de mí dijera eso.
Él sabe que no es verdad.
Hip. (¡No, hija mia!)
Joaq. ¡Y qué desprecio
Cuando habla de la familia
De usted! « Unos hidalgüelos
Presumidos, pobretones...
Me la entregaron en cueros... »
Hip. (Si este hombre no es un demonio
No los hay en el infierno.)
Tom. Pobre era; sí, pero honrada.
Y si es verdad que yo debo
Mi bienestar al esposo
De mi eleccion, sabe el cielo
Que ingrata no soy.
Hip. (¡Divina! —
Yo lloro como un muñeco.)
Joaq. Aun no lo sabe usted todo.
Teniendo en casa un modelo
De hermosura y de virtud,
Está amancebado...
Hip. (¡Ah perro!
¡Mientes!)
Joaq. Con una bolera
Jubilada.
Hip. (¡Habrá embustero!)
Joaq. ¡Buena cara, pero tiene
Una facha de sargento!
Hip. (¡No mas!)
(*Da un paso como para abalanzarse á don Joaquin : oyendo después hablar á Tomasa se detiene.*)
Joaq. Y no hay que esperar
Que ese hombre...
Tom. ¡Basta! Ya es tiempo
(*Se levanta, y en seguida don Joaquin.*)
De que hable yo, señor mio.
Usted ha cobrado aliento
Por lo visto al ver con cuánta
Paciencia le he estado oyendo.
Pero yo no soy mujer
Que grito, y me desespero,
Y araño como una arpía
Al que me dice requiebros.
Sé mi deber, sé cumplirlo;
Y necesario no creo
Para ser mujer de bien
Dar un cuarto al pregonero.
Confieso que la insolencia
De usted...
Hip. (¡Chúpate esa! ¡Bueno!)
Tom. No ha merecido la gracia
De mi largo sufrimiento;
Pero soy mujer al fin,
Y, no por ganar trofeos;
Sino por la inevitable
Curiosidad de mi sexo,
Ver he querido hasta dónde
Llega el orgullo de un necio.
O enamorado está usted
De veras, y lo celebro
Porque así será mas vivo
Y eficaz el escarmiento;
O por vicio, nada mas,
Quería ganar mi afecto;
Y en este caso, hijo mio,
Ha andado usted poco diestro.
Presume usted de famoso
Libertino, á lo que veo;
Pero en esto de mujeres
No hay seguro reglamento,
Que suele dar la mas boba
Lecciones á los maestros.
Joaq. Señora...
Hip. (¡Ay, boquita de ángel!)
Tom. Sírvale á usted de gobierno
Que hay, además de la honra,
Otro fuerte impedimento
Para que ahora, ni nunca,
Acceda yo á sus deseos;
Y es que gusto yo muy mucho
De mi marido.
Hip. (Lo apruebo.
Me hace justicia.)
Tom. Y de usted...,
Nada.
Hip. (¡Bravísimo!)
Joaq. Siento
No merecer...
Tom. Mi marido,
Con todos esos defectos
Que usted supone y pondera,
Y algunos que yo le encuentro...,
Hip. (¡Cómo! Éso...)
Tom. Me inspira amor,
Y usted...
Joaq. ¿Odio?
Tom. No. — Desprecio.

ESCENA IX.

Don JOAQUIN, Don HIPOLITO.

Joaq. ¡Digo..., y parecía tonta!
¡Vaya, que he quedado fresco!
Mas ¿qué importa? Si esta falla...
Hip. (Ahora entro yo de refuerzo.)
¡Caballerito!
(*Acercándose.*)

Joaq. (¡Esta es otra!)
¡El marido aquí!... Escapemos.

ESCENA X.

Don HIPOLITO, Don FRUCTUOSO.

Hip. ¡Oiga usted! ¡El que codicia...!
(*Buscándole.*)
Fruct. Él es.
Hip. La mujer ajena;
El que...
Fruct. ¡Sea en hora buena!
(*Abrazándole.*)
¡Apriete usted! ¡Gran noticia!
Hip. ¡Cómo...! Qué... ¡Ba...! ¿Quién me agarra?
Fruct. ¡Qué dicha!
Hip. Suélteme usted,
Que se escapa de la red...
¿Qué noticia? ¿Es de Navarra?
Fruct. No, señor.
Hip. Pues sin misterio
(*Sin poder desasirse.*)
Diga usted... ¡Ah! Se me escapa.
Suelte usted... ¡Ah! Se me escapa.
Suelte usted... Ya ¿quién le atrapa?
Fruct. Ha caido el ministerio.
(*Sin soltarle.*)
Hip. ¡Bien, bien! Y caiga hasta el nombre
Del partido estacionario. —
¡Pero suelte usted, canario!
¿Me quiere matar este hombre?
(*Se desprende de los brazos de don Fructuoso.*)
Fruct. El triunfo ha sido completo.
Hip. Después podemos hablar,
(*Andando.*)
Que ahora tengo que ajustar
La cuenta á cierto sujeto... —
Y diga usted: ¿quiénes son
(*Volviédose.*)
Los candidatos? ¿A ver?
Porque yo les quiero hacer...
Fruct. ¿Visita?...
Hip. No. Oposicion.
Fruct. No hiciera mas un carlista.
¡Si son patriotas! No encuentro
La razon... Vamos adentro,
Y leeremos la lista.
Hip. Vamos; ya basta de plática.
(*Andando.*)
(Si le cojo, ¡por Santiago...!)
Lo dicho dicho: les hago
Oposicion sistemática.
Fruct. ¡Oposicion!
Hip. ¡Y tres mas!
Fruct. ¿Y siendo del movimiento...?
Hip. Pues bien; hacérsela intento
Para que se mueva mas.

ACTO TERCERO.

—

ESCENA PRIMERA.

Don JOAQUIN.

(*Sentado junto á una mesa.*)

No hay duda. El marido... ¡pues!
Oculto me estaba oyendo,
Y hay allí un lance tremendo
Si no me valen los piés.
El hombre, lerdo ó no lerdo,
Me ha dado un chasco cruel. —
¡Y quizá estaba con él
La Tomasita de acuerdo!
Yo esperaba mil placeres...
¡Pero enamorarse así
De un hombre tan baladí!
El diablo son la mujeres.
Mucho temo que ese vándalo
Por vengar á su Tomasa
Venga iracundo á mi casa,
Y haya en Madrid un escándalo.
¡Oh! mal pleito fuera el mio;
Que la pública moral...
Vamos; soy hombre fatal. —
¿Y el otro del desafío?
Porque en un breve epigrama
Dije de él que es un cornudo,
En mi sangre el testarudo
Quiere vindicar su fama.
¡Vaya, que hay raras manías!
Conmigo ojeriza tanta,
¡Y al *quidam* que le suplanta,
Le hará dos mil cortesías!
O es ó no ciervo de Dios:
Si lo es, la verdad escribo,
Y una verdad no es motivo
Para matarnos los dos.
Si, al contrario, á un buen casado
Con mi epigrama ofendí,
Escriba dos contra mí
Y estamos del otro lado
¡Por una chanza venial

Metido en lance tan serio! —
¡Y al hundirse el ministerio
Hacerme ministerial!...
¡Maldecida suerte! Y luego
Tanto acreedor temerario...
Está visto. Es necesario
Tomar las de Villadiego. —
Pero este ganso de Lucas
¡Cuánto tarda! Mi impaciencia...
Si tomo la diligencia
No paro hasta las Molucas.
Mas si pronto no las lio...
¿Quién demonios le detiene?
Responderé mientras viene
Al cartel de desafío. (*Escribe.*)

ESCENA II.

DON JOAQUIN, LUCAS.

(*Entra Lucas abriendo con un picaporte la puerta que da á la escalera, y se la deja entornada.*)

Joaq. ¿Estás aquí ya, jumento?
Lucas. ¡Vaya, y por poco me caigo
Por correr...!
Joaq. Bien.
(*Sigue escribiendo.*)
Lucas. Aquí traigo,
Señor...
Joaq. Espera un momento.
Lucas. (Por servirle me deslomo,
¡Y jumento me llamó!
¡Si valiera...! Pero yo
Tengo ley al pan que como.)
Joaq. Así está bien. — « Señor,
(*Lee el papel que ha escrito.*)
Puesto que á punta de lanza
Quiere usted llevar mi chanza,
Acepto su desafío.
Supongo que usted no ignora
Que en todo tiempo el retado
A su gusto ha designado
El arma, el sitio y la hora.
Pues bien, señor redartor,
Por sitio á Pequin elijo,
Y la hora que le fijo....
Cuanto mas tarde, mejor.
Yo parto, y no tengo saña.
¿Quiere usted seguir mis huellas?
Mis armas son dos botellas
De buen vino de Champaña.» —
Luego que me haya marchado
Llevarás este papel
A casa de don Gabriel.
(*A Lucas, cerrando el billete, y dejándolo sobre la mesa.*)
Lucas. Muy bien: pierda usted cuidado.
Joaq. Ahora, Lucas, dame pronto
Cuenta de tu comision.
¿Fuiste á la administracion?
¿Traes billete?
Lucas. ¿Soy yo tonto?
Aquí está, valga ó no valga.
Joaq. Ya he dicho que hacer mi viaje
Quiero en cualquier carruaje:
En el primero que salga.
Al Levante, al Sur, al Norte...
Con todos vientos navego.
El caso es largarme luego
De esta maldecida córte.
Lucas. ¿Qué diligencia, señor,
Sale hoy? Esta fué mi arenga. —
La de Zaragoza. — Venga
Un billete de interior. —
Doy el nombre, tomo, pago,
Y listo como un cohete...
Joaq. Y luego, cojo y ¿qué hago?
(*Se lo da.*)
Me voy á la policía;
Saco el pasaporte...
Joaq. ¡Bravo!
(*Tomando el pasaporte.*)
Tu puntualidad alabo.
Lucas. Sale el coche al medio dia.
Joaq. ¿Hay muchos viajeros?
Lucas. Pocos.
Un matrimonio, y el suegro...
Joaq. ¡A Zaragoza! Me alegro.
Allí hay hospital de locos.
Y á fe que habrá mas de dos
En él que tengan mas seso
Que yo.
Lucas. ¡Cá! No diga usté eso.
Ser. ¡Alabado sea Dios! (*Entrando.*)

ESCENA III.

DON JOAQUIN, DON SERAPIO, LUCAS.

Joaq. (¡Don Serapio! Soy perdido. —
¡Ese animal de bellota...!)
Lucas. (¡Pecador, que no he cerrado
La puerta! ¿Qué digo ahora?
Yo me escurro.)

ESCENA IV.

DON JOAQUIN, DON SERAPIO.

Ser. Buenos dias,
Amigo mio.
Joaq. (Este posma
Me faltaba.)
Ser. Si está usted
Ocupado; si incomoda
Mi visita...
Joaq. Nada de eso,
Don Serapio. Usted me honra
Demasiado...
Ser. Pues entonces,
Si usted á mal no lo toma,
Me sentaré. (*Lo hace.*)
Joaq. (¡Santo Dios!
¿Quién me libra de esta mosca?)
Señor don Serapio hoy tengo
Ocupaciones forzosas...
Tengo que salir .. Si usted...
Ser. Mi visita será corta.
Hoy no traigo mas objeto
Que el de saber si usted goza
De buena salud.
Joaq. Mil gracias.
(¡Nada me pide! ¡Me asombra
Tal exceso de bondad!)
A mí la salud me sobra.
¿Y usted?
Ser. ¡Eh! Vamos tirando.
Mientras siga así la atmósfera...
De paso tambien venía
A cobrar esa bicoca...
Joaq. (Ya decia yo que este hombre...)
Sí; ya entiendo: las nueve onzas...
Ser. Perdone usted: tres mil reales.
Joaq. ¡Ah! sí, sí.
Ser. Cuenta redonda.
Joaq. Usted medió cuatro y media...
Ser. Y los intereses montan
Doble y un pico...
Joaq. ¡En tres meses
El ciento por ciento! Es cosa
De estremecerse.
Ser. Amiguito,
Con los agios de la bolsa
Escasa el numerario;
Y agregue usted la discordia
Civil, las malas cosechas,
Y los rezagos del cólera...
Joaq. Es verdad, y usted merece
Mi gratitud... (¡Mala bomba...!)
Ser. Y tres mil reales, al cabo,
¿Qué son para una persona
Como usted?
Joaq. Son tres mil reales.
Ser. Pues; que en un dia de fonda
Se gastan.
Joaq. Bien: yo estoy pronto
A pagar.
Ser. ¿Sí?
Joaq. Pero hay otras
Atenciones que cubrir...
Ser. No serán tan perentorias...
Joaq. Si usted quisiera esperar
Hasta la semana próxima...
Ser. No, no puede ser.
Joaq. Espero
Dos letras de Barcelona.
Ser. No puede ser. Se ha cumplido
El plazo, y á mí me acosan
Para el subsidio, y la paja...
Joaq. (Esa sea la que comas
Toda tu vida.)
Ser. Y los frutos
Civiles... Ni es esta sola
La cuenta que...
Joaq. Al zapatero
Debo seis pares de botas...;
Se lo digo á usted en confianza;
Y no cuento las remontas.
Ya ve usted; un artesano
Es antes...
Ser. ¿Usted se apura
Por eso?
Joaq. Y es natural.
Ser. Yo sé que el maestro de obra...
(*Estornuda.*)
Prima esperará.
Joaq. ¡Jesus! (*Saludando.*)
Ser. Gracias. (Menos ceremonias
Quisiera yo y mas dinero.)
Joaq. Pero usted ¿en qué se apoya
Para asegurar...?
Ser. En este
(*Saca un papel, y en seguida lo guarda.*)
Papelito en que me endosa
Su crédito. Y le he dado
Los dos tercios de la cuota,
Y está muy agradecido.
Joaq. Es resignacion heróica.
Pero el caso es que á mi sastre...
Ser. ¿El de la calle de Atocha?
Joaq. Le bebo cuarenta duros,
Y es hombre que me sofoca...
Ser. Tambien tengo aqui su cuenta.
Le dí por ella seis doblas
De á cuatro duros.
Joaq. ¡Pero, hombre...!
Ser. Y no piense usted que llora

Por lo perdido. Al contrario.
Me dijo con mucha sorna:
Lo que falta hasta el completo
De la cuenta que usted compra
Iba de mas en el paño,
Forros, botones y borlas.
Joaq, ¡Qué modo de especular!
Ni judíos de Liorna...
Ser. ¿Qué quiere usted? Hoy en dia
La industria se desarrolla
En todos sentidos. Unos
Con deuda interior negocian,
Otros con deuda exterior.
Yo por no hacer bancarrota
Especulo en la doméstica;
Especie de lima sorda
Que enriquece sin escándalo;
Mina vírgen que se explota
Con paciencia y con ingenio;
Papel que nadie ambiciona,
Y como no hay concurrentes
Me hace á mí la olla gorda;
Papel en fin que no alteran
Contratiempos ni derrotas,
Y ni paga corretaje,
Ni está sujeto á reformas.
Joaq. Averiguando primero
Si es hombre el deudor que goza
De rentas, si hay garantías...
Ser. Es claro: ahí está la historia.
Joaq. (Pues si fias en mis rentas,
De aquí á cien años no cobras.)
Ser. Pero hay gentes en Madrid
De brillo y de trapisonda
Que sin sueldo ni heredades
Disfrutan la *vita bona*,
Ya escribiendo, ya jugando.
Ya porque á su cargo toman
Comisiones reservadas,
O ya en fin porque enamoran
Hasta agotar sus gavetas
A una dueña quintañosa.
Tambien sus deudas negocio,
Y quizá primero que otras,
Si es moderada la suma
Y la ganancia no es floja.
Joaq. (¡Diablo de hombre!) Mas sin fincas,
Diga usted, ¿quién los abona?
Ser. Su vanidad. Mas conviene
Que el acredor sea cócora,
Que no los deje dormir,
Que los siga á sol y sombra,
Y que allí los acometa
Donde mas los abochorna;
En el café, verbigracia,
En el Prado, entre señoras...
Joaq. (¡Este hombre es un asesino!)
Ser. Si no basta, se alborota
El barrio del insolvente;
Se pide auxilio á la tropa,
Y se le cita al Repeso,
Y se le mete en chirona...
Joaq. ¡Basta! ¡Basta!
Ser. Y se le quita
De casa en casa la honra;
Se le acusa en los periódicos...
Joaq. Vamos, ya basta de bromas.
Ser. Bromas..., ¡pues!; que con usted
No se entienden esas formas
Legales, porque supongo...
Joaq. Sí, señor; usted suponga...
¿Sabe usted que es una empresa
La de usted muy meritoria?
Ser. ¡Vaya! Con ella hago muchas
Obras de misericordia.
Hombre hay que no cobraria
Ni en un siglo si mi bolsa
No redimiera su crédito.
Joaq. Y mi pecho, que blasona
De agradecido, jamás
Olvidará, ni en la losa
Del sepulcro, esa fineza
Desconocida en la historia.
¡Pagar á mis acreedores! —
¡Oh alma noble y generosa!
(*Abrazándole.*)
Ser. ¡Por Dios, señor don Joaquin!
¡Por Dios! Usted me sonroja.
Yo no merezco... Lo que es
Esas cuentas... Por ahora...
Joaq. Gracias; no esperaba menos...
(*Despidiéndole.*)
Con que, abur...
Ser. Pero la otra
Me la habrá usted de pagar
En el acto.
Joaq. ¡Dale bola!
¡Si no tengo un cuarto!
Ser. ¡Vaya!
Yo sé bien que á usted le sobra
Para sus vicios...
Joaq. ¡Ni un cuarto!
Ser. Yo tambien admito joyas...
Joaq. Todas las tengo empeñadas...
Ser. Y muebles, y alguna ropa;
Colchones...
Joaq. Ya no hay paciencia.
Vil usurero carcoma,
¿Quiere usted dejarme en paz?
Ser. Ni dicterios ni lisonjas
Me harán mudar de propósito.
¿Afloja usted, ó no afloja?
Yo no me muevo de aquí
Mientras no pille la mosca.
Joaq. ¿No? ¿Ve usted ese balcon?

Ser. Sí. La pregunta es ociosa.
Joaq. Pues ó me tiro por él,
O le tiro á usted. Escoja.
Ser. ¿Qué escoja yo?
Joaq. Sí, señor.
Ser. Pues la eleccion no es dudosa.
Tírese usted.
Joaq. ¡Vive el cielo!
(*Va á salir, y se detiene.*)
(Mas si mi furia le arroja
A la calle es muy capaz
De no morirse esa momia
Infernal, y pagaré
Después la cura y las costas.)
¡Váyase usted!
Ser. No me voy,
Joaq. Bien: aquí tengo pistolas...
(*Saca del bolsillo un par de pistoletes.*)
Siempre las llevo conmigo.
(Descargadas, mas no importa:
Metámosle miedo.)
Ser. Entiendo.
A cuenta de las nueve onzas
Y pico... Pero ¿qué puede
Valer eso? Poca cosa.
No doy por ellas un duro.
Joaq. ¡Miren que salida ahora!
No es eso. Tome usted una,
Otra yo, estalle la pólvora,
Y muera el mas ruin.
Ser. No acepto
El duelo: es costumbre goda
Y temeraria.— ¡Vecinos...!
Joaq. ¡No grite usted! Punto en boca,
(*Apuntándole con la pistola.*)
O le hago aquí un chicharron!
Ser. (Es que... en verdad... si me sopla
(*Retrocediendo.*)
Un tiro...)
Joaq. ¡Voto á...! ¿Usted quiere
Forzarme á una accion impropia
De un caballero? Yo soy
Libertino, mala cholla,
Vicioso; lo que usted quiera;
Mas no merezco la nota
De criminal todavía.
Usted es quien me provoca
A serlo. Váyase usted,
O disparo ¡y arda Troya!
Ser. (De veras va, que echa llamas
Por los ojos y la boca.)
¡Quieto! Sí... Me... voy... (Mañana
Volveré con una ronda.)

ESCENA V.

DON JOAQUIN.

¡Uf! Sudo como un gañan.
Si no acudo á la pistola,
Aquí se está todo el dia
Y sale sin mí la góndola.—
¡Lucas!... No responde. ¡Lucas!
(*Acercándose á la puerta por donde se fué Lucas.*)
Durmiendo está: y ¡cómo ronca
El bárbaro! — ¡Lucas!
Lucas. Voy.
(*Dentro.*)
Joaq. ¡Pues alabo la pachorra!

ESCENA VI.

DON JOAQUIN, LUCAS.

Joaq. ¡Vamos, hombre! Ya estoy ronco
De dar voces. ¡Qué estafermo!
Lucas. ¡Si yo no oigo cuando duermo!
(*Bostezando.*)
Joaq. Tú no eres hombre: eres tronco.
Siempre te estoy repitiendo:
Ten cuidado con la puerta,
¡Y te la dejas abierta!
Lucas. Como venia corriendo...
Joaq. Yo no he visto un animal
De entendimiento mas romo.—
Mas con paciencia lo tomo
Porque al fin eres leal.
Lucas. Su merced me hace justicia.
Yo no soy hombre que siso...
(Nada mas que lo preciso;
Y esto lo hago sin malicia.)
Vaya, usted no le hallará
Ni mas fiel ni mas sufrido;
¡Y aunque me lo ha prometido
Sin desarnarme se va!
Joaq. ¡Pobre Lucas! Esa empresa
A mi fuerza es superior.
Siempre tendrás...
Lucas. ¿Qué, señor?
Joaq. El pelo de la dehesa.
Lucas. ¿Hay mas que cortarlo? Pronto...
Joaq. Y es un cargo de conciencia
Querer dar inteligencia
Al infeliz que nace tonto.
Lucas. ¿Por qué?
Joaq. En la razon me fundo.
Tú duermes como un liron,

Tú comes como un lechon
Y dejas rodar el mundo.
Aunque animal, eres manso,
De buena organizacion,
Y con cierta inclinacion
Al saludable descanso.
Que otro mas placeres goce
No ha de alterar tu semblante.
Con poco tiene bastante
Quien lo mucho no conoce.
Si aunque eres sufrido y fiel
Te despide un amo injusto,
Podrás decir: soy robusto;
Me haré mozo de cordel.
Esa condicion servil
Que es para tí el bien supremo,
Así se acomoda al remo
Como al pico y al fusil.
Nunca el adverso destino
Podrá turbar el reposo
Del hombre que es venturoso
Con una copa de vino.
¿Qué ha de llorar ni temer
Una acémila asturiana
Sin miras para mañana
Y sin recuerdos de ayer?
Ni todo burro ha llevado
Hasta morir una albarda.
Quizá la suerte te guarda
Algun destino elevado.
Como de esos majaderos
De la mañana á la noche
A su casa añaden coche
Y á su sueldo cuatro ceros,
Y así Dios me dé el Perú
Para mis gastos urgentes,
Como yo he visto intendentes
Mas gaznápiros que tú.

Lucas. Siendo así, quizá me encaje
Algun dia una entindencia...

Joaq. ¿Llevaste á la diligencia
Mi cofrecillo de viaje?

Lucas. Sí; ya lo han puesto en el coche.
Lo demás ¿dónde lo apaño?
¿En aquel bolso tamaño...?

Joaq. Pues; en el saco de noche.
Nada debo, y es portento,
Al casero atrabiliario.
Tú ya has cobrado el salario... —

Lucas. Y con dos duros de aumento.
Quien me diga que usté es malo...
Sobran aquí treinta reales
(*Sacando unas monedas.*)
De la cuenta de hoy... Cabales.

Joaq. Guárdalos: te los regalo.
Te pago de esa manera
Las injurias que te he dicho.

Lucas. Si da usté en ese capricho
Injúrieme cuanto quiera. —
¿Cuándo entregaré las llaves?

Joaq. Cuando lleve lo que queda
El chalan de la almoneda.
A las dos vendrá: ya sabes.
Ahora voy á que me dé
Lo que el baratillo importa;
Luego una visita corta...

Lucas. Bien, señor.

Joaq. No tardaré.

Lucas. ¿No toma usted un refuerzo...?

Joaq. Ese recado urge mas.
Mientras salgo y vengo, irás
Preparándome el almuerzo.

ESCENA VII.

LUCAS.

Desacomodado ahora,
Pobre Lucas, ¿qué haces tú?
Yo estoy, sea dicho en paz,
Rollizo como un atun,
Y Dios me da por castigo
La correa y la salud;
Y, como ha dicho mi amo,
Aunque no entiendo la *Q*,
Coger puedo un azadon
O cargar con un baul.
Pero tenderme á la larga
Es mi gloria y mi *don-plus*;
Y el oficio de criado
Es después del de tahur
El mas momio y regalon
Cuando uno da con algun...,
Así con un señorito
De lozana juventud
Que anda siempre en diversiones,
Y en sus amores, y en sus...
Quitar el polvo á la ropa,
Dar á las botas betun;
Ahora llevar billeticos
A damas de sangre azul,
Ahora á tomarle luneta
Porque hay ópera en la *Cruz*,
Ahora á empeñar la camisa
Porque perdió en un albur
El último peso; luego
Decirle á un inglés (1): no hay mus...
Nada de esto hace sudar;
Y á media mañana, abur,

(1) Ya há muchos años que en estillo familiar se llama *inglés* al acreedor, y aunque no le consta el origen de tan extraña acepcion, el autor se cree facultado para usarla.

Hasta la noche. Entre tanto
Duerme uno como un gandul,
Y en dejándose llamar
Elefante y avestruz...
¡ Pero con cuánto despejo
Me lo dice mi amo!... ¡Uf!
Otro don Joaquin no le hallo
Ni aquí, ni en Calatayud. —
Voy, voy á hacerle el almuerzo...
¡ Por vida de Bercebú,
Que no hay pan...! Iré á la tienda
En un instante...
(*Abren la puerta y se entran de rondon don Hipolito y Tomasa.*)
¡Jesus!

ESCENA VIII.

TOMASA, DON HIPOLITO, LUCAS.

Lucas. ¿Quién se entra aquí?
Hip. No te asustes.
Lucas. Pero eso no está en el órden.
Yo... aquí... Mi amo no está en casa...
Hip. No importa.
Lucas. Pero, señores...
Hip. Yo soy amigo de tu amo.
Y no sé por qué se esconde...
Lucas. ¡Dale bola! ¡ Si ha salido!
Hip. Son poco mas de las once.
(*Mirando su reloj.*)
¿Cómo salió tan temprano?
¿Volverá?
Lucas. Si; que á las doce
Le esperan... (Ya la ensucié.)
No; no volverá... (Soy torpe
Si los hay.)
Hip. Le esperaremos.
Lucas. Es que...
Hip. ¿Temes que le robe?
Lucas. No, señor, pero...
Hip. No temas,
Observando la escasez y desórden del mueblaje.)
Que si hay casas en la córte
Aseguradas de incendios,
Esta lo está de ladrones.
Lucas. Pero... yo, sin conocer...
Hip. ¡ Bribon ! ¿Y ahora me conoces?
(*Dándole dinero.*)
Lucas. Si, yo creo que esa cara...
(*Tomando el dinero.*)
Y con tan buenos informes...
Quédense ustedes si gustan,
Pero es preciso que aboguen
Por mí si después el amo
Me dice que soy un drope.
Ahora tengo que salir...
Hip. Pues vete.
Lucas. Ustedes perdonen...
(Es imposible que venga
A robar la casa un hombre
Tan campechano.) Por Dios,
Aunque la calle alboroten
No abran ustedes á nadie.
Yo me llevo el picaporte.

ESCENA IX.

TOMASA, DON HIPOLITO.

Tom. ¡Te has empeñado en venir
A casa de ese tronera!
Hip. ¡ Y mucho ! ¡Y habrá quimera!
Los sordos nos han de oir.
¡Intrigante! ¡Bribonazo!
Tom. Como no haya desafío...
Hip. Bien, bien.
Tom. Es que no me fio.
No te soltaré del brazo.
Yo te ví salir de casa
Furioso, y por eso vengo...
Hip. Pues mira, si me contengo...
¡ Hum!... lo haré por tí, Tomasa.
Pero que en el cuerpo á mí
Se me quede la postema,
No en mis dias. ¡Si es ya tema!
Tom. ¡Que siempre has de ser así!
¿No era mas prudente...?
Hip. Quiero
Desahogar mi bilis ¡pues!
Y decirle aquí las tres...
Tom. ¡Oh...!
Hip. Verdades del barquero.
(*Llaman á la puerta.*
Pero ¿no han llamado? Quita:
Él es; ese lenguaraz...
Voy... ¿ Quién es?
Man. Gente de paz.
(*Dentro.*)
Tom. ¡Es la voz de Manolita!
Hip. ¿Y que motivo forzoso
La puede traer ahora...?
Tom. Abre.
(*Abre don Hipolito la puerta, y entran Manuela y don Fructuoso.*)

ESCENA X.

TOMASA, MANUELA, DON HIPOLITO, DON FRUCTUOSO.

Man. ¡Qué veo!
Fruct. ¡Señora!
Hip. ¡Señorita!
Tom. ¡Don Fructuoso!
Hip. Ustedes extrañarán...
Man. Tú no esperabas, Tomasa...
Tom. Tú, viéndome en esta casa...
Fruct. Ustedes se admirarán...
Hip. Señores, yo tengo quejas
Del traidor de don Joaquin,
Claro; y no he de irme sin...
Calentarle las orejas.
Fruct. ¡Calle! Yo traigo tambien
Ese objecto.
Hip. ¿Quién aguanta...?
Man. Y yo tambien.
Tom. ¡Vírgen santa!
Esto va á ser un belen.

ESCENA XI.

TOMASA, MANUELA, DON HIPOLITO, DON FRUCTUOSO, LUCAS.

Lucas. (¡Qué veo! ¡Perdido soy!
(*Entra con un panecillo en la mano, y cierra la puerta.*)
¡Tanta gente...!
Hip. Amiga toda.
Lucas. Esto parece una boda.
(¿Qué haré? ¿Me quedo ó me voy?
¿Qué dirá mi amo?
Hip. Pazguato,
Somos de casa: lo he dicho.
Lucas. Pero ¿qué raro capricho...?
Hip. Queremos darle un buen rato.
Fruct. Ahi tienes esa propina.
(*Le da dinero.*)
Lucas. ¡No es cosa el caudal que junto! —
No se hable mas del asunto.
Yo me voy á la cocina.

ESCENA XII.

TOMASA, MANUELA, DON HIPOLITO, DON FRUCTUOSO.

Man. (Yo le diré al seductor...)
Hip. Le tengo de echar mas ternos...
Fruct. Yo opino por escondernos
Cuando venga...
Hip. Es lo mejor.
Y cuando menos lo espere
Salimos aquí los cuatro...
Fruct. ¡Eso! un golpe de teatro.
Man. (Si hoy de rubor no se muere...)
(*Vuelve Lucas, y pone la mesa para que almuerce su amo.*)

ESCENA XIII.

TOMASA, MANUELA, DON HIPOLITO, DON FRUCTUOSO, LUCAS.

Lucas. La mesa; que vendrá luego,
Y por Dios...
Man. (¡Ese hombre come!)
Lucas. Déjenle ustedes que tome
Un bocado con sosiego.
Hip. No hay cuidado; pon la mesa.
¡Si nos vamos á esconder...!
¡Pues! para darle el placer...
Lucas. Entiendo.
Man. De la sorpresa.
(*Llaman á la puerta.*)
Lucas. Ya ha llamado. Ya está aquí.
(*Todos á media voz.*)
Fruct. ¿Y dónde...?
Lucas. En aquella alcoba.
Fruct. ¡Silencio...!
Hip. Corre tú, boba.
Man. (¡Hombre aleve!...)
Lucas. Por allí.
(*Entran por la puerta que les indica Lucas, abre este la que guía á la escalera, y entra don Joaquin.*)

ESCENA XIV.

DON JOAQUIN, LUCAS.

Joaq. Despacha: dame el amuerzo.
Lucas. Ahora lo voy á servir.
(*Vase y vuelve al instante con el almuerzo.*)
Joaq. Esto es echo; yo me voy:
No es la córte para mí.
Respiremos otros aires...
¿Qué me das?
Lucas. Una perdiz.
Joaq. ¡Pobre avecilla! Recuerdo
Que incauto como ella fuí...

Pero aun me quedan las alas.
¡Lucas! *Me voy de Madrid.*
Lucas. No se vaya usted, señor.
Joaq. ¿Quién puede vivir aqui?
¡Son tan injustos los hombres!
Yo que sé mas que Merlin
En mofarme de los tontos
Me acostumbro á divertir:
Y en lugar de agradecerme
Que yo los desasne así,
Se amoscan, me desafian...
Me voy, me voy de Madrid.
¿No es natural que yo quiera
Lucir mi cuerpo gentil?
¿No es justo que yo blasone
De elegante en el vestir?
Me mando hacer un vestido
A la moda de Paris;
Pero el sastre no agradece
Que yo soy un figurin,
Y se empaña en que le pague.—
¡Lucas! *Me voy de Madrid.*
En politíca es aciago
El signo con que nací.
Si enemigo, me desprecian;
Si adulo, me llaman ruin.
A un hombre sin opinion
Le dan un mandon civil;
Yo tengo treinta opiniones,
¡Y nada me dan á mí!
Lucas. ¡Qué crueldad! ¡Qué despotismo!
Joaq. Me voy, me voy de Madrid.
Con esta maldita fama
De satírico y hostil,
No habiendo un hombre de pro
Que sea mi amigo...
Lucas. Sí,
Que yo me precio de serlo...
Joaq. Eso es lo que iba á decir.
No hay un necio, no hay un asno
Que no delire por mí.
¡Lucas! Decidido estoy.
¡Lucas! *Me voy de Madrid.*
Cuando á alguna dama bella
Logro, oh Lucas, persuadir,
Todo el corazon que tengo
Me lo pide para sí;
Y yo como pan bendito
Lo deseo repartir;
Que hay muchas necesidades
En el sexo feminil.
Lucas. Tiene usted razon. Las pobres...
Joaq. Me voy, me voy de Madrid.
Juré incauto ser esposo
De alguna..., y es tan pueril
Que me acosa recordando
La palabra que le dí;
Mas si ya no la he cumplido
No es por ser ingrato y vil,
Sino porque estoy seguro
De que la haría infeliz.
Lucas. Como es usted tan bondoso...
Joaq. ¡Lucas! *Me voy de Madrid.*
Y ¡asómbrate! en una villa
Donde se ven rebullir
Tantas hembras cuya honra
No vale un grano de anís,
A mi amor una Lucrecia
No se ha querido rendir.
Lucas. Será muy lindo el marido...
Joaq. No tal, que es un jabalí.
(*Asoma don Hipólito contenido por Tomasa.*)
¿Has visto mayor infamia?
Me voy, me voy de Madrid.
(*Se levanta.*)
Lucas. ¡Ay qué lástima! La córte
Debe vestirse de luto.
Joaq. Vamos; ¿tienes prevenido
El saco de noche?
Lucas. Al punto
Lo traigo.
(*Vase, y vuelve con él.*)
Joaq. Las once y media;
(*Mira su reloj.*)
Y yo atraso once minutos...
Ya es hora de irme acercando...
Lucas. Aquí está el saco noturno.
Joaq. Pues vé delante con él
Mientas estos papeluchos
Coloco yo en la cartera.
(*Mete en una cartera de viaje varios papeles que tenia en el bolsillo.*)
Lucas. (Por si ahora le dan un susto
Los amigos que le aguardan,
Me alegro de huir el bulto.)

ESCENA XV.

Don JOAQUIN, Don HIPOLITO.

Joaq. Quiera Dios que en el camino
No encuentre á algun importuno,
Que fuera chasco por cierto...
Hip. ¡Alto ahi, compadre Curro!
Dándole por detrás un golpe en el hombro.)
Joaq. ¿Quién... ¿Qué veo...?
Hip. ¡Amigo ingrato!
¡Marcharse por esos mundos
Sin dispedirse de mí!
Joaq. Excúseme usted. Asuntos
Urgentes me han obligado...

Hip. Déjese usted de repulgos
De empanada: usted se fuga
Por librarse de mi justo
Furor.
Joaq. No sé qué motivo...
Hip. ¿No? ¡Voto á Crispo Salustio!...
¿Olvida usted lo de anoche...?
Joaq. ¿Lo de anoche?... ¡Ah! Ya barrunto...
Hip. ¿Piensa usted que somos sordos?
Joaq. ¿Quién resiste á los impulsos
De una pasion? Ya ve usted...
Yo no he nacido cartujo...
Y al cabo ¿qué ha sucedido?
Su honor de usted queda puro.
Hip. Ya..., sí. Pero ¿sabe usted
Que soy hombre que no sufro
Ancas de nadie, y que yo
No necesito de adjuntos?
Joaq. Pero si fuí desahuciado,
¿A qué ahora esos escrúpulos?
Antes debiera usted darme
Las gracias...
Hip. ¡Yo!
Joaq. Por el triunfo
Que yo le proporcioné
Tan á costa de mi orgullo.
Hip. ¿Y la dañada intencion?
¿Y la perfidia, el abuso
De confianza, las injurias
Que ese labio atroz, perjuro,
Descerrajó contra mí?
Joaq. ¡Qué quiere usted!... ¡Si pierde uno
La cabeza!...
Hip. Para hacer
A una dama cuatro arrullos
¿Es tan preciso el decir
Que su marido es un bruto?
Joaq. ¡Es posible...!
Hip. Sí, señor,
Sí, señor; usted me puso
En parangon...; no recuerdo...,
No sé si fué con el buho...,
Si con el sátiro...; en fin,
Con un animal cuadrúpedo.
Joaq. ¡Grave error! Usted no tiene
Cuatro piés, y es un absurdo...
Hip. ¿Cómo...?
Joaq. Digo que en la suma
Me equivoqué.
Hip. ¡Por san Bruno
Que no sé cómo reprimo
La comezon de mis puños!
Joaq. ¡Eso, poco á poco...!
Hip. Pero
Porque no murmure el vulgo,
Y puesto que usted se marcha,
De lo cual me congratulo,
Vaya bendito de Dios,
Y vuelva usted... cuando el humo.
Pero no seria extraño
Que, como es usted tan chulo,
Me honrase con algun lindo
Epigrama de los suyos...
Si tal hace usted, y llego
A averiguarlo, le juro
Por quien soy que mi venganza
Dará que hablar... á los mudos.
Joaq. No, señor: antes diré
Que en sus obras y discursos
Es usted un hombre de oro,
Y el único para el yugo...
Matrimonial.
Hip. Bien; muy bien.
¡Y no hay que decir insultos
De mi mujer...!
Joaq. ¡Oh! Jamás.
Diré que, amable conjunto
De gracias y de virtudes,
El mayor mérito suyo...
Es ser esposa de usted.
Hip. ¡Eso se llama ser justo
Quedo satisfecho. Abur.
Joaq. Adios... (Lo dicho: es un burro.)
(*Al irse le sale al encuentro Manuela.*)

ESCENA XVI.

MANUELA, DON JOAQUIN, DON HIPOLITO.

Man. ¡Detente, sacrílego!
Joaq. ¡Cielos!
Man. ¡Vil, ingrato!
(*Don Joaquin va á interrumpirla varias veces, y no lo consigue.*)
¿Qué es de mi retrato?
Di: ¿qué has hecho de él? —
No respondes, pérfido. —
¿Y un alma española
Procede...? Yo sola
Quiero hablar, infiel.
Si fuera amor cándido
Lo que fué capricho...
¡Que calles he dicho! —
¡Buena estaba yo!
¡Fíe usted de lágrimas...!
Ruin, mal caballero...
¿Piensas que te quiero?
No hay tal cosa; no.
Cuando oí tus súplicas
Estaba yo loca...
No chistes la boca:

Que vas á mentir.
Si á contar tus crímenes
Mi labio comienza,
Aquí de vergüenza
Te vas á morir.
Ya tu rostro pálido,
Tus ojos convulsos...
Ya te dan impulsos
De echarte á mis piés. —
No; primero un tósido
Que tú de marido,
Bien que arrepentido,
La mano me des.
Con causa legítima
Culparte pudiera
Clamando severa
Con trémula voz:
Detengan al prófugo
Que me puso en venta,
Y den á mi afrenta
Venganza feroz.
Mas téngote lástima,
Y no he de hacer daño
Al que un desengaño
Dichoso me da.
Me aplacan tus síntomas
De remordimiento:
Sí; y en tu tormento
Me he vengado ya.
Y espero que... ¡cállate! —
En vano un consuelo
Pedirás al cielo
Lejano de mí;
Mientras yo sin término
Doy gracias al signo
Que quiso benigno
Librarme de tí.

Joaq. Sí; yo seré víctima...
(¡Vaya, que es historia!)
Víctima expiatoria
De mi ingratitud.
Ya corro á la góndola.
No puedo, en efecto
Sufrir el aspecto
De tanta virtud.

ESCENA XVII.

DON JOAQUIN, DON HIPOLITO, MANUELA, DON FRUCTUOSO,

Fruct. Don Joaquin, felices dias.
¿Qué tal, qué tal desde ayer?
Joaq. (¿Otro? ¡Por vida de brios...!)
Bien, para servir á usted.
Fruct. Traigo una buena noticia.
Joaq. No me puedo detener...
Fruct. Oiga usted: el ministerio
Que ayer en cierto papel
Ponía usted en las nubes,
Ha caido.
Joaq. Ya lo sé.
Yo me voy...
Fruct. Usted reciba
Mi sincero parabien...
Hip. Mi cordial enhorabuena...
Joaq. ¡Por vida de Lucifer!...
Esto ya pasa de broma.
Denme ustedes un cordel,
O déjenme con mil diablos
Que me vaya, si tal vez
No vienen de mano armada
A entregarme aquí los tres
En poder de aquel hebreo
Que maldiga Dios, amen.
Va á salir la diligencia,
Yo tengo sumo interés
En huir de un usurero
Que no me dará cuartel
Si me echa la vista encima.
Y...
Fruct. ¡Cómo! ¿Se marcha usted?
(*Interponiéndose.*)
Joaq. Sí, señor.
Fruct. ¿Dónde?
Joaq. ¡Al infierno!

ESCENA XVIII.

MANUELA, DON JOAQUIN, DON FRUCTUOSO, DON HIPOLITO, TOMASA.

Tom. Eso ya es mucho moler.
Joaq. ¿Aun hay mas?
Tom. Aparta tú.
(*A su marido.*)
Hip. ¡Cómo! ¿Tú vuelves por él?
Tom. ¿Y por qué no? Que se vaya,
Y Dios buen viaje le dé,
Y muchísima salud,
Y el juicio que ha menester.
Joaq. ¡Ay! ¡Qué mujer...! (¡Y un idiota...!)
Que ustedes lo pasen bien.
(*Vase, cerrando la puerta.*)

ESCENA XIX.

MANUELA, TOMASA, DON HIPOLITO, DON FRUCTUOSO.

Tom. Si no acudo á su defensa
Se va de Madrid el coche
Sin él... ¡Qué mal corazon!
Hip. ¿Posible es que tú le abones
Despues de haberse atrevido
A quererte...?
Tom. ¡Pobre jóven!
¿Puedo yo acaso impedirle
Que me quiera y que me adore?
Ya que no mi gratitud,
Bien merece que le otorgue
Mi compasion.
Hip. La que empieza
Por compadecer... ¡Demontre!
Tom. No digas majaderías.
Mujer que se inclina á un hombre
No facilita su ausencia.
Hip. Cierto: tienes mil razones;
Y celebro que se escape
Porque de rabia se ahorque
El desalmado userero
Que le persigue.
Fruct. ¿Y adónde
Va á parar...?
Tom. ¿Qué nos importa?
Man. Aunque al extremo del orbe
Se destierre, sentirá
Remordimientos atroces.
¿No viste cómo tembló...,
Cómo perdió los colores?
¿No has observado mi calma,
Mi indiferencia, mi noble
Tranquilidad? Ni una queja,
Ni denuestos, ni baldones...
El desprecio es el castigo
Que humilla mas á los hombres.
Hip. ¿Tranquilidad? ¡Bien por Dios!
(*A parte á don Fructuoso.*)
¡Y alborotó con sus voces
La vecindad...!
(*Llaman á la puerta.*)
Fruct. Han llamado.
¿Serán tal vez acreedores...?
Hip. Será el criado, ó tal vez...
Tom. Pero ¡abre...!
Amp. ¿Nadie responde?
(*Dentro, llamando otra vez.*)
(*Abre don Hipólito la puerta, y entra Amparo.*)

ESCENA XX.

TOMASA, AMPARO, MANUELA, DON HIPOLITO, DON FRUCTUOSO.

Amp. Dios guarde á ustedes. ¿No está...?
Fruct. ¿Quién...?
Amp. Don Joaquin.
Tom. Ha partido.
Amp. ¿Dónde...? ¿Cómo...? ¿Adónde ha ido...?
¡Traidor! Pero él volverá.
Hip. Por ahora, dificulto...
Fruct. La ocasion no es oportuna...
Amp. ¿Qué viene á ser esto? ¿Alguna
De ustedes le tiene oculto?
Pues vano será el ardid.
Soy señora; y se ha de ver...
Hip. ¿Está loca esa mujer?
Tom. Se ha marchado de Madrid.
Amp. ¡Hombre vil y sin conciencia!
(*Abriendo las puertas, y registrando desde ellas con la vista las habitaciones.*)
¿Así á mi amor corresponde?
¿Y con qué motivo..., y dónde...?
Hip. ¿Qué sé yo? — En la diligencia.
Amp. Yo no veo su equipaje...
(*Fija la vista sobre la mesa, ve el billete que escribió don Joaquin, lo abre, y lo recorre con la vista rápidamente.*)
Todo esto anuncia... ¡Un papel!
Yo lo abro... Tal vez en él...
¡Cielos! ¡Sí! ¡Cierto es el viaje!
Mi furor te seguirá:
En vano me huyes, malvado...
¿Mas qué camino ha tomado?
¿En qué diligencia va?
Tom. No lo sabemos.
Amp. ¡Traicion!
Hip. Se largó.
Amp. ¡Cruel tormento!
Hip. Y volaba como el viento.
Amp. ¿Cuándo?
Hip. Ya ha rato.
Amp. ¡Bribon
Me la paragá, con costas.
¡Por él ando como ando!
¡Yo! ¡Una señora!... Volando
Voy á la casa de postas.
Si allí veo al inconstante,
De mí no se ha de burlar.
Con él tengo de viajar...
Aunque me suba al pescante.
Si ya se ha marchado el coche,
Sabré qué rumbo el infiel
Ha tomado, y detrás de él

Caminaré dia y noche.
En vano el triunfo celebra.
Si no hay carruaje, iré andando,
¡Oh! y aunque sea arrastrando
Como arrastra la culebra.
Aunque pierda mi comercio,
No se me escapa. ¡Que no!
¡Aun no sabe él quien soy yo
Si la mantilla me tercio! —
¿Rie usted? — ¿Usted se asombra?
(*A don Hipólito y á Manuela.*)
Sí; con valor sin segundo
Le seguiré por el mundo
Como si fuera su sombra.
Resuelta, resuelta estoy.
Mal que pese al fementido
Él ha de ser mi marido
O no he de ser yo quien soy;
Y á su cuello me he de asir
Con la mano..., con las dos...;
¡Y no suelto, vive Dios,
Hasta casarme ó morir!

ESCENA ULTIMA.

TOMASA, MANUELA, DON HIPOLITO, DON FRUCTUOSO.

Man. ¡Jesus, Jesus, qué mujer!
Fruct. Habrá la de San Quintin
Si ella...
Tom. ¡Pobre don Joaquin!
Hip. Ya le ha caido que hacer.
Fruct. ¡Qué hablar! ¡Hasta por los codos!
Hip. Vámonos; y sin embargo
De que ella toma á su cargo
El darnos venganza á todos,
Hoy os convido: venid;
Y brindad los tres conmigo
Porque el comun enemigo
No vuelva mas á Madrid.

LA REDACCION DE UN PERIODICO,

COMEDIA EN CINCO ACTOS,

ESTRENADA EN EL TEATRO DEL PRINCIPE EL DIA 5 DE JULIO DE 1836.

PERSONAS.

PAULA.	UN TAQUIGRAFO.
DON TADEO.	UN CAPITAN.
DON AGUSTIN.	UNA ACTRIZ.
DON FABRICIO.	EL PORTERO.
DON LORENZO.	UN ESCRIBIENTE.
EL REGENTE.	SUSCRIPTORES.
DON ANTONIO.	

La escena es en Madrid.

ACTO PRIMERO.

LA CONTADURIA.

Sala con puerta á la derecha del actor, que es la principal, y otras dos á la izquierda; la mas inmediata al proscenio guía á las cajas; la otra á la redaccion. En el foro un balcon. Mesa de escritorio con papeles, libros de cuentas, etc., y otra con tapete verde, donde trabaja un escribiente.

—

ESCENA PRIMERA.

DON FABRICIO, EL ESCRIBIENTE.

(*Aparecen don Fabricio y el escribiente sentados, el primero á la mesa de escritorio, y el segundo á la otra.*)

Fab. Esa carta á la Coruña.
Ya creo que van doscientas.
¡Que nunca haya de dar cuentas
Aquel librero garduña!
Acabe usted esa nómina,
Y cuidado con la pluma;
No equivoque usted la suma,
Que sería mucha andrómina...
¡Ah! ¿Cuántos números sueltos
Se despacharon ayer?
Dí trescientos á vender...
Esc. Todos han sido devueltos.
La empresa está en decadencia.
Si no hay quien le dé un impulso...
Fab. ¡Vaya usté á escribir con pulso,
Con templanza, con prudencia!
En no tocando á rebato
Todo escritor se malquista.
No hay quien lea á un periodista
Si es periodista sensato.
Con esta guerra civil...
¿Dónde estás que no te veo,
Tiempo amable del *Correo*
Literario y mercantil?
Sin disputas, sin rivales,
Sin redaccion prosperaba,

Y eso que vivia esclava
De censuras monacales.
No hay cosa como escribir
Bajo la sombra de un solio,
Y ejercer el monopolio
De desbarrar y mentir.
Pero cesó el privilegio,
Y hay plaga de publicistas,
Y se echan á periodistas
Los muchachos del colegio.
¿Cómo el lucro del oficio
A tantos ha de alcanzar?
Si cuatro pueden medrar,
Cuarenta van al hospicio.
Así en tres años de fecha
Lo menos treinta finaron,
Y todos ellos soñaron
Una fortuna deshecha.
El venerable *Correo*
Murió de un golpe de estado;
Murió tambien extenuado
El narcótico *Ateneo*.
Murió eclipsada la *Aurora*
Víctima de un mandarin,
Y la *Crónica* dió fin
Por meterse á redentora.
Sin cumplir del año un tercio
A oscuras murió la *Estrella*,
Y poco vivió mas que ella
El *Boletin del Comercio*.
El rayo ministerial
Abrió un mismo panteon
Al *Eco de la Opinion*,
Al *Tiempo*, al *Universal*,
Y al *Cínife*, que asustaba
Cual horroroso vestiglo,
Y á aquel atrevido *Siglo*
Que cual Icaro volaba.
Y feneció el *Nacional*,
Que *Fénix* renace ahora,
Y se suicidó en mal hora,
La *Gaceta judicial*.
El efímero *Ladron*
Dijo al morir en la cuna:
No os hago falta ninguna.
¡Hay tantos en la nacion!
Cayó en el profundo abismo
La *Floresta*, aun muy novicia,
Y el *Eco de la Justicia*
Se hizo justicia á sí mismo.
Cayó el *Mantuano Guerrero*,
Y cayó el *Observador*,
Y cayó el *Compilador*,
Y trasmigró el *Mensajero*.
Y aunque diz que *Metternic*
Amaba su tierna infancia,
No salió de la lactancia
La *Péninsule ibérique*.
Cayó en fin la *Miscelánea*,
Cayó el *Album* ¡Dios le asista!
Y la *Abeja*, y el *Artista*,
Que se dió muerte espontánea.
Y otros varios que no cuento
Su breve vida acabaron,
Sin contar los que espiraron
Antes de su nacimiento.
Y tambien, segun barruntos,
Irá el nuestro el mejor dia
A la santa cofradía
De los hermanos difuntos.

ESCENA II.

PAULA, DON FABRICIO, EL ESCRIBIENTE.

(*Paula trae alguna labor ligera, que deja sobre una silla; don Fabricio se levanta y el escribiente sigue trabajando.*)

Paula. ¿Dónde está don Agustin?
¡Son las diez, y aun no ha venido!
Fab. ¿Qué ha de hacer el pobre mozo
Si se retiró á las cinco?
Que aunque dijo..., yo no sé
Fijamente quién lo dijo,
Que con amor no se duerme,
Es garrafal desatino.
Paula. ¿Tan tarde se retiraron
Ustedes?
Fab. ¡Ese maldito
Periódico...! Si él no acaba,
Tiene que acabar conmigo.
Cuartillas y mas cuartillas...
Nada basta. Es un abismo.
Y, ya se ve, aunque se llenen
Ocho columnas de ripio,
Para llenar las que restan
Es fuerza sudar el quilo
Si uno ha de escribir de modo
Que no mate de fastidio
Al benévolo lector.
¡Y cada dia lo mismo!
¡Es mucho afan!
Paula. Sí por cierto;
Con ese tragin contínuo
Esta casa es un babel.
Allá cajas y rodillos;
Acullá prensas; aquí
El cierre y el embolismo
De cuentas y suscripciones;
Mas allá papeles, libros...;
Adentro la redaccion...
Vaya, es mucho laberinto.

Y tanto entrar y salir;
Tanto disputar... ¡Dios mio!
Así es que á todos nos lleva
Papá como zarandillos.
Yo misma mas de una vez
Tengo que poner en limpio
Los borrones de mi padre
Cuando se mete á erudito,
O ayudo á pasar las pruebas,
O traduzco un parrafillo
De modas; que aunque sé poco
De francés, con el auxilio
De *Cormon* salgo del paso.
Yo no sé quien ha metido
A mi padre en tal Liorna;
Y aun si fuese productivo
El periódico...; mas temo
Que sobre perder el juicio
Nos ha de dejar por puertas.
Fab. ¡Qué quiere usted! Los partidos...
Como á ninguno halagamos
Y á todos los combatimos,
Y no queremos carlistas,
Y no hay aquí dos patricios
Que piensen del mismo modo,
¿Dónde hemos de hallar amigos?
Paula. Si por mi Agustin no fuera,
Vería con regocijo
La muerte del tal diario.
Así daría otro giro
A su capital mi padre,
Y no estaría en peligro
De ir á parar con sus huesos
Un dia á San Bernardino.
Mas si el periódico cesa,
Ya no tendremos arbitrio
Para vernos; y aun así,
Si no muda de designio
Mi padre...
Fab. ¿Quién...? Es la voz
De don Agustin... El mismo

ESCENA III.

PAULA, Don FABRICIO, Don AGUSTIN.

Agust. ¡Paula querida! Te veo,
Y no á tu padre cruel.
¡Venturoso el dia de hoy
Me ha amanecido...!
Fab. A las diez.
Agust. Déjame besar tu mano
Una vez, y dos y cien...
Paula. Quieto, que no estamos solos.
Agust. Don Fabricio siempre fué
Mi mejor amigo...
Fab. Cierto.
Agust. Colaborador...
Fab. ¡Pardiez!
Para besar lindas manos
Cualquiera lo puede ser;
Pero con nueve chiquillos
Y al borde de la vejez...
Harta colaboracion
Tengo yo con mi mujer,
Y el periódico y las cuentas...!
Agust. El escribiente, ya ves...
Aquello es solo una máquina
Para embadurnar papel.
Paula. Mas si nos viese mi padre...
Agust. ¡Si al cabo lo ha de saber;
Si al cabo será forzoso
Que su licencia nos dé...!
Paula. Lo dudo.
Fab. Don Agustin,
Ya es tarde: examine usted
El artículo de fondo,
Y á ver si se ha de poner
Boletin de variedades,
O el comunicado aquel...
Agust. Lugar tenemos: todo eso
Lo puede usté hacer muy bien.
Fab. Usté es redactor en jefe.
Yo no me debo meter...
Agust. Tenga usted piedad de mí.
Sabe Dios cuándo podré
Volver á hablar con mi Paula.
Ahora que llegó mi vez
Góceme yo en esos ojos,
Y al alma, que suya es,
Vuelvan la calma perdida
Sus labios de rosicler.
¿Quiere usted que hable de Córtes,
O de la legion de Argel,
O de los partes de Mina,
De si coopera el inglés,
De la ley electoral,
De si alza ó baja el papel...
Cuando en plática sabrosa
Jurar puedo eterna fe,
Constancia eterna, á la bella
Que es mi patria, que es mi Eden,
Y que al fin será mi esposa,
O he de morir á sus piés?
Si ha de ser causa el periódico
De turbarme en mi placer
Un instante, un solo instante,
Lléveselo el diablo.
Paula. Amen.
Fab. Pero...
Paula. Tiene mil razones.
Déjeme usté hablar con él.

Preciso es tener una alma
De hielo ó de no sé qué...
Agust. Un alma de periodista...
Paula. Para interrumpir...
Agust. ¡Sandez
Como ella...!
Paula. El tierno coloquio
De dos que se quieren bien.
Fab. Bien está. No hay que enfadarse.
Yo solo trabajaré,
Que á celo nadie me gana
Y á mirar con interés
El papel que, malo ó bueno,
Al fin me da de comer.
Así, yo soy el *fac totum*
De la empresa; usted lo ve.
Yo redacto, yo traduzco,
Yo corro como un lebrel
A caza de novedades,
Yo las invento tambien
Si es preciso, yo recibo
Las suscripciones del mes,
Llevo la cuenta y razon...;
Eso da poco que hacer;
Despacho todo el correo,
Corrijo pruebas después,
Y eharé mano á una prensa
Cuando sea menester;
Sí, señor... Pero yo estaba
Hablando con la pared.
No es maravilla. Muchachos...
Vuelvo á mi tarea, pues.
(*Vuelve á sentarse, y escribe.*)
Agust. ¡Qué me dices!
Paula. Que se empeña
En que vaya á Santander.
Como está tan achacoso
Mi tio don Bernabé
Y no tiena ningun hijo...
Agust. Sí, la codicia... ¡Eso es!
No quiere que se le escape
La herencia.
Paula. Su proceder
No es extraño. Cada cual
Mira por sí.
Agust. Ya; tal vez
Tú tambien deseas...
Paula. ¡Yo!
¡Qué! ¿Soy yo tan ruin mujer
Que tal se piense de mí?
Quince dias de esquivez
No son bastante castigo
Para esa injuria cruel.
Agust. ¡Ah! Perdona...
Esc. ¿A quién va esto?
Fab. Al librero de Jerez.
Agust. Solo al contemplar que ausente
De tus ojos me he de ver,
Pierdo el juicio.
Paula. Como el tio
Me conoció en mi niñez,
Me quiere mucho, y porfía
Para que le vaya á ver. —
Y aun el viaje es lo de menos.
Agust. ¡Lo de menos, dices! ¿Eh?
Pues ¿qué mayor desventura...?
Paula. Otro tio..., el don Ginés,
Mercader de lencería...
Tiene un hijo...
Agust. ¡Lucifer
Se lo lleve! Ya adivino...
Paula. Quieren casarme con él.
Agust. ¡Y todo se queda en casa!
Pero ¡señor! ¡que ha de haber
Siempre un primo de por medio...!
Y será un babieca, un buey...,
Quizá un faccioso.
Paula. En mi vida
Le he visto.
Agust. Faccioso es;
No lo dudes. ¿Y es posible
Que por una timidez
Fatal, por una obediencia
Mal entendida me des
Tan amargo trago? No;
La boda no se ha de hacer.
Si te pones en camino,
Aunque supiera ir á pié,
Allá voy yo tras de tí,
Y á ese primo de almacen
Le diré cuántas son cinco.
Fab. Nada: dejarlo correr...
(*Al escribiente como contestando á una pregunta.*)
Se desprecia.
Agust. ¿Despreciar?
Le he de acribillar la piel
A estocadas, ó desiste...
Fab. ¡Si yo no hablo con usted!
Hablaba de ese periódico
Que con tanta avilantez
Nos injuria. — ¿A qué ofenderse,
Si nadie lo ha de leer?
¿Digo bien, don Agustin? —
A otra puerta.
Paula. No lo sé;
Mas cuando llegue la hora
Será fuerza obedecer.
¿Qué disculpa...?
Agust. Ponte mala
Paula. Ni con eso excusaré
La partida, ni yo sirvo
Para farsas de entremés.
Agust. Pues ¿qué medio buscaremos?
Si te vas, te seguiré;

Ya lo he dicho, y mas que el mundo...
¿Quieres que me eche á sus piés
Y declare...?
Paula. No hagas tal;
Que ya ha llegado á entender
Tu inclinacion, y la mira
De muy mal ojo. Ya ves;
¿Qué sería si supiera...?
Agust. ¡Ah maldito de cocer
No me quiere para yerno
Porque yo no soy marqués,
Ni hacendado, ni intendente...
Paula. No te aflijas. Seré fiel
A mi palabra. O soy tuya,
O de nadie.
Agust. ¡Ah, dulce bien;
Idolo mio! Bien haya
Esa boquita de miel...
Fab. ¡Chit...! La voz de don Tadeo.
Paula. ¡Ah! Ya está allí. Si me ve
Salir corriendo es peor...
Aquí me siento á coser.
(*Se sienta en una silla que habrá en el balcon, y se pone á coser.*)

ESCENA IV.

PAULA, DON AGUSTIN, DON FABRICIO, EL ESCRIBIENTE, DON TADEO.

Tadeo. Deje usté eso, don Fabricio,
(*Entra muy afanado con un paquete de cartas.*)
Que ya traigo aquí el correo...
Fab. ¡Copiosa correspondencia!
Tadeo. ¡Toma! Cerca de doscientos
(*Sentándosa junto á la mesa: tambien lo hace don Agustin, y ayuda á abrir y leer cartas, pero distraido y mirando á hurtadillas á Paula.*)
Reales me cuesta. Ahora mismo
He satisfecho al cartero...
Los doy por bien empleados.
Hoy recibimos lo menos
Cuatrocientas suscripciones
Nuevas. ¡Eh! Vamos abriendo. —
Y eso es natural. El público
Debe apreciar el criterio
Imparcial, la sensatez
Y el patriotismo severo
Que respiran las columnas
De mi diario.
Fab. Eso es cierto;
Las doctrinas que profesa
Nuestra redaccion...
Agust. Yo creo
Que mis principios...
Tadeo. Si tal.
Digo que estoy muy contento.
Y para ser tan tronera
Escribe usted con un seso...
Agust. Yo no sé si escribo bien,
Pero escribo lo que siento.
Paula. (No me ha visto todavía.
Tadeo. «Málaga, quince...» ¿Qué es esto?
(*Leyendo una carta.*)
Aquí nos ponen como hoja
De perejil.—«Pasteleros...
Retrógrados, fusionistas...
Estafadores del pueblo...»
Agust. ¿Y quién firma?
Tadeo. Es un anónimo.
Fab. Y aquí hay otro.
Tadeo. ¡Santo cielo!
Fab. Mire usted. Es ¡de mi flor!
Tadeo. ¡Qué garrapatos tan feos
Fab. Una cruz en este lado,
Aquí una horca, y en medio
Con letrotas garrafales
¡Viva Carlos Quinto!
Tadeo. ¡Perro,
Faccioso! Si le pillara...
Fab. Estos son otros requiebros
«Francmasones.... jacobinos,
Herejes..., traidores..., negros...»
Tadeo. ¿Se ha visto infamia como ella?
Agust. ¡Bobada! ¿Quién hace aprecio
De anónimos? Estos son
Gajes del oficio.
Tadeo. Bueno.
Diviértanse los ociosos
En hacer que pierda el tiempo
El prójimo y en hartarle
De amenazas y dicterios,
Pero envien sus anónimos
Francos de porte, á lo menos. —
¿Otro?
Fab. No, señor. Se queja
Un suscritor de Toledo
De que le faltan seis números.
Tadeo. Enviarlos, y *laus Deo.*
¡Pero es tambien fuerte cosa
Que por descuidos ajenos,
O porque haya estafetistas
Que se nos queden con ellos,
Se pierda tanto periódico!
Luego dicen: los cogieron
Los facciosos... ¿Y cómo es
Que no cogen ni por pienso
Las cartas en que se quejan
De su falta tantos pueblos?

Veo que será forzoso,
Como los hay contra incendios,
Establecer en España
Seguros contra Correos. —
¿Qué es eso?

Agust. Un comunicado.

Tadeo. Y este es otro. ¡Buen refuerzo!

Fab. Un patriota del Almería...

Tadeo. ¿Se suscribe?

Fab. No por cierto.
Se despide.

Fab. ¡Vaya en gracia!

Agust. Aquí nos dice el librero
De Cádiz...

Tadeo. ¡Gracias á Dios!

Agust. Que de los números sueltos
No ha vendido uno, y que va
Cada dia decayendo
La suscripcion.

Tadeo. ¡Lindamente!

Paula. (¡Qué cara pone! Yo tiemblo.)

Tadeo. Aquí envia el de Sevilla
Su cuenta. ¡Bravo! Sumemos...
Ejemplares recibidos,
Cincuenta; vendidos, cero...
¡Qué deliciosa balija!
Solo me trae contratiempos
Y pesadumbres. ¡Y yo
Que esperaba...! ¿A ver? ¿Qué es eso?
¿Otro suscritor que cesa?

Agust. No, sino cuatro.

Tadeo. ¡Me alegro,
Me alegro y vuelvo á alegrarme!
¿Ha venido del infierno
Ese postillon? — ¿A ver
Lo que nos dice este pliego...?
Mucho abulta. ¿Qué será?
¡Calle! Una resma de impresos...
Y esta carta... Es de Granada...
« Amigo mio y mi dueño :
El periódico de usted
Es patriótico y ameno,
Pero aquí no gusta... » ¡Bravo! —
« Por tanto le devuelvo
Los veinticinco ejemplares
Que me remitió, y le ruego...
Et cœtera. » ¡Habrá judío,
Ladron...! ¡Sobre no venderlos
Me hace pagar cuatro duros
Por la noticia! No quiero
Leer mas. Vaya al demonio
El diario y...

ESCENA V.

PAULA, DON AGUSTIN, DON TADEO, DON FABRICIO, EL ESCRIBIENTE, VARIOS SUSCRIPTORES.

Susc. 1°. Caballeros,
Buenos dias. ¿Es aquí
Donde se suscribe...?

Tadeo. (¡Ah! ¡Bueno!)
Sí, señor. Lléguese usted
A esa mesa.—Vamos presto,
(*Al escribiente.*)
Apunte usted al señor.

Susc. 1°. ¿Qué me apunte? No; ¡si vengo
A que me borre!

Tadeo. Ya..., bien...

Susc. 1°. Estoy ya hasta los cabellos
Del órden, de la concordia,
La fusion y los derechos
Adquiridos... ¡Nada, nada!
Progreso, y siempre progreso.

(*Se acerca al escribiente como para dar su nombre. El escribiente le borra de un libro, y el suscriptor se retira : lo mismo harán luego sucesivamente los otros.*)

Tadeo. ¿Quién es...?
(*En voz baja.*)

Agust. Le conozco mucho.
Anda á caza de un empleo,
Y tocará mil resortes
Hasta lograrlo.

Susc. 2°. ¿Podemos...?

Fab. Adelante...

(*Entran otros ocho ó diez suscriptores.*)

Tadeo. Ustedes vienen
Sin duda con el objeto...

Susc. 3°. De dejar la suscripcion.

Tadeo. ¿Qué va á ser de mí? ¡Yo muero!
(*En voz baja á los redactores.*)
Pero ¡qué epidemia es esta,
Dios mio!

Esc. ¿Y usted...?

Susc. 2°. Don Pedro
Gonzalez, calle del Barco.

Susc. 3°. Ahí está mi nombre. Anselmo
Barrera...

Esc. Espérese usted;
(*Al suscriptor 2°.*)
Que hay que volverle dinero.
Usted se habia suscrito
Por tres meses...

Susc. 2°. Bien : el resto
Quédese en la redaccion.
Servirá para el entierro
Del periódico.

(*Vase.*)

Tadeo. ¡Oiga usted...!
¿Habrá un modo mas perverso
De ser generoso?
Susc. 3°. Abur.
Susc. 4°. Benito Sanchez.

ESCENA VI.

PAULA, Don AGUSTIN, Don TADEO, Don FABRICIO, el Escribiente, Don ANTONIO, Suscriptores.

Ant. Yo vengo
(Dirigiendo la palabra á don Tadeo.)
A suscribirme...
Tadeo. ¡Ah! Mil gracias.
(Se levanta, y le lleva lejos de la mesa del escribiente. Don Agustin aprovecha la ocasion y cuchichea con Paula. Don Fabricio acaba de leer el correo.)
(Si ve lo que están haciendo
Los otros, somos perdidos;
Le entra el arrepentimiento.)
Véngase usted á este lado.
Ahora se están suscribiendo
Todos aquellos señores,
Y hasta que acaben con ellos...
Como es principio de mes...
¡Huy! Esto es un jubileo...
Ant. Con que ¿va bien el negocio?
Pues me habian dicho...
Tadeo. Viento
En popa. Ya no me bastan
Los operarios que tengo.
(Todos me van á sobrar
Si Dios no pone remedio.)
Paula. Por Dios, no me comprometas.
(Aparte con don Agustin.)
Agust. No hay cuidado. Ya le observo.
Ahora no nos ve.
Tadeo. ¿Cuál es
Esa condicion? Si puedo...
Ant. Que me han de insertar ustedes
Este artículo, al momento.
(Le da un manuscrito.)
Tadeo. ¡Tan largo...!
Ant. No quito nada.
Tadeo. ¡Si esto parece un proceso!
Dígame usted, ¿y es en contra,
O en favor del ministerio?
Ant. En contra; mas ya que ustedes
Son neutrales...
Tadeo. Con efecto...
Se pondrá. (Así como así
Con defender al gobierno
No he de medrar.) Venga usted,
Y le apuntarán...
(Conduciendo á don Antonio á la mesa del escribiente, ve á Paula que habla con don Agustin.)
¡Qué veo!
¡Aquí tú...!
Paula. Vine...
Agust. (¡Maldito...!)
Tadeo. ¿No te he dicho que no quiero...
Ant. Antonio Perez.
(Al escribiente.)
Tadeo. Que salgas
De tu cuarto? ¡Estamos frescos!
Venirse aquí...
Paula. Como vive
Joaquina pared por medio...
Tadeo. Sí, Joaquina... No es Joaquina...
Paula. Desde este balcon la veo
Mas de cerca...
Tadeo. Sí... Al señor,
Que te dice chicoleos.
Agust. Yo...
Tadeo. Mas ¡vive Dios...!
(Viendo que se va don Antonio, y despidiéndole afectuosamente.)
Abur.
Mañana mismo, lo ofrezco,
Saldrá el artículo.
Ant. Bien.
Tadeo. Y esta casa... Nada tengo
Que decir á usted.
Ant. Mil gracias.
(Me apestan los cumplimientos.)

ESCENA VII.

Don AGUSTIN, PAULA, Don FABRICIO, Don TADEO, el Escribiente.

Tadeo. ¿Aun estás en el balcon?
Paula. Ya me voy. ¡Buena aprension...!
(Se levanta.)
Tadeo. Vete, que aquí me incomodas
Y acaba esa traduccion
Del artículo de modas.
Paula. Temo que me salga mal;
Que yo para eso no valgo.
Tadeo. Cuando falta material
Todos hemos de hacer algo.
Agust. (Sí, lo que hagas tú... ¡Animal!
Paula. Vuelvo al artículo, pues;
Mas será cosa del diablo
Que me critiquen después...

Tadeo. Si no entiendes un vocablo...
Te lo dejas en francés.
Paula. Aqui no estamos en Francia,
Y...
Tadeo. Basta. No me acalores.
Vete. Eso hacen en sustancia
Mas de cuatro traductores
Que se dan mucho importancía.

ESCENA VIII.

DON AGUSTIN, DON TADEO, DON FABRICIO, EL ESCRIBIENTE.

Tadeo. ¿Acaba usted, don Fabricio?
Fab. Ahora mismo; sí, señor.
(*Se levanta, y tambien el escribiente.*)
Ya ha acabado el contador.
Menos me ocupa este oficio
Que el otro; el de redactor.
Tadeo. A la otra sala. ¡Viveza!
Prepare usté original...
Fab. Bien. Sígame usted, Baeza.
Tadeo. (Esto va muy mal, muy mal.)
Quédese usted, buena pieza.
(*A don Agustin, que seguia á don Fabricio.*)

ESCENA IX.

DON AGUSTIN, DON TADEO.

Tadeo. (Ahora que á solas le cojo
Voy á descargar mi enojo
Sobre el galan mequetrefe.)
¡Señor redactor en jefe!...,
El periódico está flojo.
Agust. ¿Y es mia la culpa?
Tadeo. Sí.
Agust. ¿No dijo usted, hace poco,
Mil alabanzas de mí?
Tadeo. Si las dije, estaba loco,
Señor mio.
Agust. Será asi.
Tadeo. Yo con doctrinas no medro,
Y es usted muy doctrinario.
Agust. Pues, amigo...
Tadeo. El pueblo es vario
Y tambien, voto á san Pedro,
Ha de serlo mi diario.
Pero como usted lo mira
Con desvío y abandono
Mientras por Paula suspira,
Se lleva el diablo al abono;
Todo el mundo se retira.
¡Pues como soy que me alegro!
Ni yo del sueldo que doy
Con amores me reintegro,
Ni de parecer estoy
De que usted me llame suegro.
Agust. Pudiera amarla tal vez
Sin ofender su virtud...
Tadeo. ¡Qué audacia! ¡Qué ingratitud!
Agust. Y sin ajar la altivez
De esa honrada senectud.
Tadeo. Si á lo menos prosperase
En sus manos mi papel,
Podria decir: ¡Eh!... pase...
Ya que es fuerza que la case,
Sea en buen hora con él.
Agust. ¡Ah! Si la ventura mia
Fuese tanta, noche y dia
Sin aspirar á otra palma
Con el cuerpo y con el alma
Por usted trabajaria.
Poco tengo de poder
O el diario á de volver
Al auge, al antiguo crédito...
Tadeo. ¡Haberse quedado inédito
Todo el número de ayer!
Agust. No, todo no; pero, en suma,
¿Qué es un dia, dos, ni diez?
Con un buen rasgo de pluma
El periódico otra vez
Subirá como la espuma.
Si usted por una futesa
Se ha de afligir...
Tadeo. ¡Buena es esa!
¿No quiere usted que me aflija
Si me arruina usted la empresa,
Y me requiebra á la hija?
Aun esto, poco me importa,
Que yo sabré atarla corta
Mientras le doy un marido; —
Y tenga usted entendido
Que no es para usted la torta.—
Pero es fuerza dar impulso
A esta muerta redaccion.
Agust. Mi plan es...
Tadeo. Trivial, insulso.
¡Nada! ¡Lenguaje convulso,
Y sangrienta oposicion!
Agust. Ya se hace cuando es forzoso...
Tadeo. ¡Siempre! No ha de haber reposo,
¡A todo el que mande, palo;
Duro á roso y á belloso,
Y á lo bueno y á lo malo!
Agust. Dejo entonces mi destino.
No es tanto mi frenesí.
Otro habrá...
Tadeo. Mucho que sí.

Agust. Si se ha de escribir sin tino,
Yo ya estoy de mas aquí.
(¡ Ay Paula ! Por tí lo siento.)
Por despedido me doy.
Reempláceme usté al momento.
Tadeo. Mañana. Acabe usted hoy
Su tarea...
Agust. Bien : consiento.
Tadeo. Abur. — Me voy á las cajas...
Agust. Yo á la redaccion.
Tadeo. ¡Canario!
Si no he de sacar ventajas...
Yo buscaré un carbonario
Que no se duerma en las pajas.

ACTO SEGUNDO.

LA REDACCION POR LA MAÑANA.

Sala diferente de la del acto primero. En el foro puerta vidriera que da al gabinete de Paula. Otra à la derecha del actor, que es por donde entran los que vienen de la calle; y otra que guia à las habitaciones interiores. Habrá dos mesas con escribanía, Don Agustin aparece sentado à la primera, que estará cubierta de periódicos, folletos, artículos manuscritos, etc. Don Fabricio traduce en la otra párrafos de un diario francés.

—

ESCENA PRIMERA.

DON AGUSTIN, DON FABRICIO.

Fab. Con que ¿riñeron ustedes?
Agust. Sí. señor. Vaya al demonio
Con sus humos de empresario.
Yo á caprichos no me doblo
De un naranjo como él,
Ni mis doctrinas inmolo
A cálculos mercantiles.
Fab. Pues yo á todo me conformo,
Subalterno redactor.
Como no es mio el negocio,
Ni tengo ambicion política,
Diré lo que dijo el otro,
Segun refiere la crónica :
« Ni quito rey, ni lo pongo,
Pero ayudo á mi señor. »
Agust. Lo celebro. De este modo
Por conducto de un amigo
Tan fiel y tan bondadoso
Podré escribir á mi Paula,
Ya que el bárbaro ostrogodo
De su padre ha puesto fin
A nuestros dulces coloquios.
Fab. Cuente usted con mi amistad;
Que tambien he sido mozo,
Y me han gustado las faldas,
Y por aficion me embobo
Con amoríos ajenos
Como un dia con los propios.
Agust. Mil gracias, amigo mio ;
Y crea usted que si logro...
Fab. No hablemos de eso. Acabemos
De ordenar nuestro periódico.
¿Tenemos hoy folletin?
Agust. Sí; un artículo muy corto
De teatros.
Fab. Ya : poniendo
De vuelta y media á los cómicos :
¿No es verdad?
Agust. Ya sabe usted
Cómo escribe ese demonio
De muchacho.
Fab. ¡Oh! Tiene gracia;
Y no le falta tampoco
La razon algunas veces ;
Pero son tan quisquillosos
Los actores... Ya ve usted :
Todo no ha de ser elogios.
Agust. Yo no repruebo la crítica,
Pero sea sin encono,
Sin mofa; que cuando se aja
Demasiado el amor propio
De un hombre, así se corrige
Como da peras el olmo.
Y harta pena es arrostrar
Indefenso un dia y otro
La inexorable censura
Del respetable auditorio.
Fab. Respondan á los artículos.
¿Se lo estorbamos nosotros?
Nadie ha venido hasta ahora
A quejarse, y yo supongo...
Act. ¿Se puede entrar?
(*A la puerta.*)
Agust. Adelante.
Fab. ¿Quién es...? ¡Ah! ya la conozco.
(*Habla al oido á don Agustin.*)

ESCENA II.

DON AGUSTIN, DON FABRICIO, LA ACTRIZ.

Act. Saludo á ustedes.
Agust. Señora...
(*Levantándose. — Don Fabricio saluda con la cabeza, y sigue trabajando.*)
Act. ¿Tengo, por dicha, el honor
De hablar con el redactor
De teatros?
Agust. No está ahora.
Pero tome usted asiento...
Act. Gracias, gracias: bien estoy.
Dos palabras y me voy.
Oigame usted un momento.
Ya que la suerte no tenga
De ver á ese caballero,
Sabiendo usted lo que quiero
Se lo dirá cuando venga.
Agust. Se tendrá por muy feliz
En servir á usted...
Act. Barrunto
Que no. Vamos al asunto.
Pues, señor..., yo soy actriz.
Agust. Sea en buen hora.
Act. Actriz nueva
En la escena de Madrid.
Con la *Jimena* del *Cid*
Hice anteanoche mi prueba.
¡Y qué triunfo! Pero ese hombre
Conmigo ha sido un villano.
Agust. (¡Dios te tenga de su mano!)
Act. ¡Y por vida de mi nombre...!
Agust. No hay que sofocarse. ¿A ver?
Sepamos...
Act. Es un mal bicho
Que mil injurias me ha dicho
En el número de ayer.
Agust. ¿Injurias? ¿Cómo ha podido...?
Act. ¡Mucho! Dejemos aparte
Las relativas al arte,
Porque de eso no me cuido.
En lo que fundo mi queja
Es en el mayor agravio
Que se hace á mujer. ¡Yo rabio!
Agust. ¡Cómo...!
Act. ¡Me ha llamado vieja!
Agust. Es falta de educacion
Que de él no hubiera esperado.
Yo la hubiera á usted tratado
Con mas consideracion.
Act. Yo aprecio tanta bondad.
Agust. Hay cosas que en mi sentir
No se deben escribir,
Aun cuando sean verdad.
Act. ¿Cómo... ¿Yo...?
Agust. Una cosa es,
Señora, que por mi cuenta
Pase usted de los cuarenta,
Y otra que él lo diga.
Act. ¡Pues!
¿Con que usted tambien me insulta?
Agust. Señora...
Fab. (Metamos paz,
(*Se levanta, y se acerca á la actriz.*)
Que sinó este hombre es capaz...)
No porque usted sea adulta...
Act. ¡Adúltera yo! ¡Qué horror!
¡Qué infamia! ¡Qué vituperio!
Fab. ¿Quién habla aquí de adulterio?
Act. Soy mujer de mucho honor;
Y semejante indirecta...
Agust. ¡Bravo! A usted le toca ahora.
(*Aparte á don Fabricio.*)
Fab. Adulta he dicho, señora;
Y aun debí decir provecta.
Act. Yo no soy mujer de edad,
Y esa chanza es ya importuna.
Fab. Usté ha de tener alguna
Por fuerza.
Act. ¡Qué iniquidad!
Esto es sin duda venganza
De alguna rival traidora...
Agust. Sosiéguese usted, señora,
Que todo ha sido una chanza.
(Mil piropos la diré
Por tal de echarla de aquí.)
Act. Ayer veintiocho cumplí.
En casa tengo la fe...
Agust. ¿Qué fe? Si usted lo asegura
Basta y sobra; y la vejez
Nunca ha mostrado esa tez,
Esa gracia, esa frescura...
Act. ¿Eh? ¿De veras? ¡Qué burlon!
(*Haciendo dengues.*)
Agust. Ahora hablo de veras; sí.
Fab. Bien: ya no hago falta aquí.
Me vuelvo á mi traduccion.
(*Vuelve á sentarse y á trabajar.*)
Act. Pues de esa suerte, yo espero
Que me hará usted el favor
De enmendar pronto el error
De su incivil compañero.
¡Adios mi carrera artística
Si de vieja cobro fama!
No me ajustarán de dama,
Sino de característica.
(*Por la vidriera del foro se ve á Paula que está observando.*)
Agust. En el número inmediato

Quedará usted complacida.
Act. Y en extremo agradecida.
Perdone usted el mal rato...
Agust. ¿Mal rato? No diga usté eso.
Al ver ese lindo rostro,
Flechado de amor me postro
Con extático embeleso.
Act. ¡Jesus! Usted me abochorna.
Ese es mucho galanteo.
Agust. Venturoso el coliseo
A quien tal belleza adorna.
¡Que no fuera yo poeta!
Para usted escribiría
Un papel...
Act. Yo lo querría...
Agust. ¿De emperatriz?
Act. De coqueta.
Agust. ¿Lo es usted?
Act. Cualquier muchacha
Ese carácter dibuja.
Agust. ¡Y usted que es (¡maldita bruja!)
Tan donosa y vivaracha!...
¿Malagueña?
Act. De Malvina. —
Con que, abur. Yo poco valgo;
Mas, por si se ofrece algo...
Vivo en la calle de Silva.
Agust. (Esa es la que tú mereces;
Y te la daré de firme
Si vuelves á interrumpirme
Con ridículas sandeces.)
Act. Aquí las señas están
De mi casa.
(*Le da una tarjeta.*)
Agust. Venga, pues.
Iré á ponerme á esos piés.
(¡Qué tarasca!)
Act. (¡Qué galan!)
(*Don Fabricio hace un ligero movimiento como para levantarse.*)
Quieto ahí... Quietos los dos...
Fab. (¡Facilito es que yo fuera...!)
Agust. Hasta la puerta siquiera...
Act. No replico. — Adios, adios.

ESCENA III.

DON AGUSTIN, DON FABRICIO, PAULA.

Agust. Vaya, que aventura igual...
(*Al volver de acompañar á la actriz se encuentra cara á cara con Paula.*)
Paula. Sí; muy graciosa aventura.
Agust. ¿Estabas aquí, Paulita?
Paula. Sí estaba. ¿Por qué te turbas?
Las dichas de mis amigos
Me sirven á mí de mucha
Satisfaccion.
Agust. No comprendo...
Paula. En vano lo disimulas.
Otra en mi lugar ahora
Te diría hecha una furia
Que eres falso, infiel, perjuro;
Mas con tan alta hermosura
No puedo yo competir;
Y si por ella me burlas,
Lo sublime del objeto
Tu infidelidad disculpa.
Agust. Pero... ¡Paula! ¿Hablas de veras?
Paula. No, que hablaría de chunga
Después que en mi propia casa,
A mis ojos... ¡Ah¡ ¡Qué injuria!
¡Qué vileza!
Agust. ¿Y es posible
Paula mia, que presumas...?
Paula. Presumo que eres un pérfido,
Un ingrato. ¡Nunca, nunca
Te hubiera yo conocido!
Agust. ¡Esto me faltaba! Escucha...
Paula. No escucho.
Fab. ¿Zelos ahora?
Agust. ¡Ah! Venga usted en mi ayuda,
Don Fabricio.
(*Se levanta don Fabricio.*)
Diga usted,
Si á esa mujer, que confunda
El cielo, he visto en mi vida
Hasta que mi ruin fortuna
La trajo aquí.
Fab. ¿Ha visto usted,
Señorita, por ventura
Aquel malhadado gesto?
¿Ha visto usted su peluca
Y el quintal de bermellon
Con que cubre sus arrugas?
¿Cómo puede ser que un jóven
Discreto, bella figura
Y, lo que aun es mas, querido
De una muchacha tan pulcra,
Tan mona..., vaya á prendarse
De semejante falúa?
Paula. Los hombres son caprichosos;
No se contentan con una,
Y por variar...
Fab. ¡Qué simpleza!
Paula. Ella ha venido en su busca...
Fab. ¡Eh, señora! Es una pobre
Comedianta. Esa andaluza
Que anteanoche se dió á luz;
Y aunque el pueblo la repulsa
Se tiene por grande actriz.

Los periódicos la abruman
A epigramas : en el nuestro
La hemos llamado vetusta;
Ha venido á querellarse
De tan horrible calumnia;
Y por diversion nosotros
La hemos dicho cuatro pullas
Que ha convertido en sustancia :
Esta es la verdad desnuda.
Con que pelillos al mar,
Y que se pase la murria.
Acérquese usted, pobre hombre :
Venga usté acá, criatura.
La mano...
(*Toma á cada uno una mano, y hace por unirlas. Paula se resiste un poco.*)
Venga esa otra.
Ahora las quiero ver juntas...
¡Eh! No hay que hacerse de pencas. —
¡Animo, usted...! ¡Vaya...! ¡A una!
(*Se dan las manos don Agustin y Paula.*)
Así... ¡Bravo! Dios os dé
Su bendicion, y ¡aleluya!
(*Vuelve don Fabricio á su tarea.*)
Paula. Porque no diga el señor
Que soy una testaruda,
Me he desenojado, pero...
Agust. Aprension como la tuya
No se ha visto. ¿Qué haré yo
Para disipar tus dudas?
¿Ves la tarjeta? La rompo
Sin leerla.
Paula. Así me gusta.
Agust. Y mañana en un artículo
Diré de ella mil injurias.
¿Quieres mas?
Paula. Ni aun tanto : basta.
No quiero que por mi culpa
Aflijas á una infeliz
Cuyo bien estar se funda
En la pública indulgencia.
Sería crueldad injusta
Cuando acaso ya no espero
Volverte á ver...
Agust. ¿Qué me anuncias?
Paula. Ya sé que te has despedido...
Ha sido mucha locura.
Agust. No lo he podido excusar.
Mas tu viaje... ¿se efectúa?
Paula. Aun no sé cuando. Mi padre
Lo prepara, y me importuna...
Mas no tardará en venir;
Y si nos ve...
Fab. « De Maguncia
(*Traduciendo.*)
Con fecha quince de mayo
Escriben que el rey de Prusia... »
Paula. Por don Fabricio sabrás
Calquier novedad que ocurra.
Adios.
Agust. Adios, hechicera.
¿Serás mia?
Paula. Hasta la tumba.

ESCENA IV.

DON FABRICIO, DON AGUSTIN.

Agust. ¡Qué cariñosa! ¡Qué bella!
(*Sentándose de nuevo á trabajar.*)
¿No digo bien, don Fabricio?
Fab. ¡Oh! Mucho.
Agust. No tiene juicio
Quien no lo pierde por ella.
¿Verdad?
Fab. Sí, por vida mia.
(Darle la razon pretendo,
Aunque en verdad no comprendo
Tan sublime algarabía.)
Agust. ¿Se acaba esa traducion
De la crónica extranjera?
Fab. Voy á concluir. — « Baviera... »
(*Traduciendo.*)
Agust. ¿Y cuántas cuartillas son?
Fab. Las contaré... Siete, y una
Que luego está concluida...
Agust. Ocho... y de letra metida...
Bien harán una coluna.
Fab. No alcanzan, si es de breviario.
Agust. Veamos los remetidos.
(*Toma y examina uno, que es el que entregó don Antanio en el acto primero.*)
Este... ¡Tres pliegos cumplidos!
Leamos... (*Lo recorre con la vista.*)
Es incendiario.
Estas diatribas fatales
No producen ningun bien.
Fab. ¿Y puede saberse quién
Lo firma?
Agust. Dos iniciales...
Fab. Adivina quién te dió.
Agust. A... P... Las mias... sin falta.
Fab. Cabal. *Agustin Peralta.*
Agust. Pero no lo he escrito yo.
Fab. Pues si no ha de entrar en tanda
Poco importa que ese hombre
Alejo Parra se nombre,
O *Anacleto Peñaranda.*
Agust. ¿A ver este? — Tambien es
Sedicioso.
Fab. ¡Voto va...!
Esta frase... ¿Dónde está

El diccionario francés?
¡Ah! traduciendo su artículo
Lo tiene adentro Paulita.
Agust. ¿Y acaso usted necesita
De semejante adminículo?
Fab. A veces...
Agust. Ponga usted, pues,
Lo que le ocurra. ¡Qué diablos...!
Por tres ó cuatro vocablos...
¡Si al fin todo va en francés...!
Fab. Trabajo urgente, y diario...
Así nada sale bien.
Agust. ¡Pues! El lector será quien
Necesite diccionario.—
En este papel prolijo
(*Examinando otro artículo.*)
Sale á defender sus versos
Desaboridos, perversos,
Cierto poeta canijo.
Injuriando á sus censores
Y armándoles un proceso
Piensa triunfar; mas por eso
¿Serán sus coplas mejores?—
Aquí un prócer nos envía
Corregido y aumentado
Su discurso *improvisado.*
No ha lugar : *órden del dia.*
Fab. Se quejará de que usté
Su docta oracion repudie.
Agust. Antes que perore estudie;
Que después no hay para qué.

ESCENA V.

Don AGUSTIN, Don FABRICIO, el Regente.

Reg. ¿Me da usted...?
Agust. ¿Original?
Fab. Ya tenemos aquí al pobre
De todos los dias. Vaya;
Allá van esas catorce
Cuartillas.
Reg. Poco es.
Fab. Y el bando
Del ejército del Norte.
Agust. Tome usted, señor regente,
Ese otro artículo sobre...
Reg. ¿A qué explicarlo, si luego
Lo veré en letra...?
Agust. De molde.
¿Falta mucho para el número?
Reg. Aun está en paños menores;
Digamos...
Agust. Lo así. No importa :
La *Gaceta* de esta noche
Nos dará un par de columnas;
Luego enviarán los censores
Mas materiales : con esto
Y con la sesion de Córtes,
La Bolsa y los espectáculos,
Hay sobrado...
Reg. Usted perdone,
Pero el hombre prevenido...
Agust. Vale por dos. Bien, don Cosme.
Abur, y que no haya erratas.
Reg. Amigo, cuando se corre
Es muy fácil...
Agust. Tropezar;
Pero harto hace el que responde
De sus propios disparates,
Sin agregarle por postre
Los del cajista.
Reg. En efecto
Los hay que son algo...
Agust. Torpes.
Reg. Eh, pásenlo ustedes...
Agust. Bien.
Reg. Hasta la...
Agust. Sí; hasta la noche.

ESCENA VI.

Don AGUSTIN, Don FABRICIO, PAULA.

Fab. Vaya, que es el tal regente
Personaje original.
Jamás acaba una frase.
Agust. Le tiene uno que ayudar
Siguiéndole el pensamiento,
Porque sinó es incapaz...
(*Se oye un piano.*)
¡Qué oigo! El piano... ¡Es mi Paula!
¡Que no estuviera yo allá...!
Fab. ¡Adios! Perdió la chaveta.
Agust. ¡Silencio, que va á cantar!
(*Canta dentro Paula. — Durante la primera estrofa entreabre la puerta del gabinete don Agustin, sin poderle contener don Fabricio.*)
Paula. No importa, bien de mis ojos,
Que enemigos despiadados
Nos separen con cerrojos
Y cándados;
Que yo consolada vivo,
Pues con mas dulce prision
Late en el tuyo cautivo
Mi corazon.
Agust. ¡Qué mágica voz! ¡Qué gracia!
¡Qué expresion...! ¡No puedo mas!

Fab. ¡Por Dios, hombre! Nos perdemos
Si llega á venir papá.
Agust. ¡Mas que venga! — Otra coplita.
(*A Paula, con un pié dentro del gabinete. — Don Fabricio le detiene asiéndole del brazo.*)
Fab. Vaya otra, sin ejemplar.
Paula. Pretenden poner á precio
(*Vuelve á cantar dentro.*)
De una mujer la ternura,
Mas yo miro con desprecio
Su locura.
Comprarán mi eterno lloro
Y comprarán su baldon;
Mas no se compra con oro
Mi corazon.
Agust. ¡Bendita sea tu boca!
¿Y cómo no delirar
De regocijo y de amor...?
¡Canta, hermosa, canta mas!
Fab. ¡Quieto!
Paula. No me comprometas,
(*Se levanta y se presenta en la puerta del gabinete sin salir de él.*)
Que ya no puede tardar
Mi padre...
Agust. ¿Pero es posible
Que uno contenga el afan...?
Fab. ¿Cómo es que yo me contengo...?
Agust. Porque es usté un pedernal.
Fab. Sin embargo...
Paula. ¡Ah! Por Dios, vete...
(*Llega el capitan : al verle Paula da un grito, cierra de golpe la puerta y desaparece : don Agustin y don Fabricio se vuelven sobresaltados.*)
¡Ah!
Cap. Buenos dias.
Agust. ¿Qué hay?
Fab. ¿Qué hay?

ESCENA VII.

Don AGUSTIN, Don FABRICIO, el Capitan.

Cap. ¿Quién es aquí el editor,
O el redactor principal?
Agust. El editor ha salido,
El redactor aquí está.
¿Se ofrece algo, caballero?
Cap. Mucho. Yo soy capitan
De una compañía franca,
O guerrilla, que es igual.
Agust. Ya veo las charreteras.
Cap. Y estoy dado á Satanás ;
Y estocada y tente perro
Es mi modo de enjuiciar.
Agust. ¿Y á qué viene eso ? Nosotros...
Cap. A que un *quidam*, un patan
En el diaro de ustedes
Ha dicho sin mas ni mas
Que no me guia la ley,
Sino la fuerza brutal ;
Y todo porque en su cama
Me acosté dias atrás
De tránsito en una aldea
Cerca de esta capital,
Y él se fué con su mujer
A dormir en el pajar.
Ya ve usté : en tiempo de guerra...
No hay cosa mas natural.
Agust. Usté está hablando de broma.
Cap. ¿De broma? Ya se verá.
Yo vengo á exigir á ustedes
La responsibilidad.
Fab. ¿A nosotros? ¡Buena es esa!
Agust. Mire usté : en primer lugar,
Ni el tal artículo es nuestro,
Puesto que firmado va
Por el paisano ofendido,
Ni aqui vino original,
Sino copiado á la letra
De otro diario...
Cap. ¡Ba, ba!
Liláilas...
Agust. Ni quien se explica
Con tan poca urbanidad
Merece satisfacciones,
Ni aquí tenemos lugar
Para oir impertinencias.
Vaya usted á un tribunal.
Cap. ¿Qué tribunal... ? La justicia...
Yo me la sé administrar,
Y nos veremos las caras,
Que yo...
Agust. Déjeme usté en paz.
(*Se sienta á trabajar.*)
Cap. Pero ¿qué veo? Usted tiembla...
(*A don Fabricio.*)
Fab. ¿Yo temblar? ¡Cómo...! (Es verdad.
Este fariseo tiene
Trazas de abrirme en canal.)
Cap. A usted sin duda he debido
Ese obsequio; y ¡voto á san...!
Fab. Atienda usted á razones...
Cap. No atiendo : usted me dará
Satisfaccion en el campo.
Fab. Pero ¿con qué autoridad...?
Cap. Con la mia.
Agust. Vamos; esto

Ya no se puede aguantar.
(*Se levanta, y vuelve á tomar parte en la disputa. — Hablan los tres á un tiempo hasta el fin de la escena.*)
Cap. Si tiro de la charrasca...
Fab. ¡Oh Dios...!
Agust. Señor capitan,
Si usted desea camorra,
Conmigo se las habrá;
Pero un pobre viejo...
Fab. ¡Vaya,
Que es manía singular!
Sin comerlo ni beberlo...
Y á mí, á un hombre de mi edad...
Cap. No se ultraja impunemente
La fama de un oficial.
Yo, aunque no tenga razon,
Trueno si no me la dan.
¡Voto á brios!
Agust. ¡Oiga usted!
Fab. ¡Cielos!
Pero ¡señor militar...!

ESCENA VIII.

DON AGUSTIN, DON FABRICIO, EL CAPITAN, DON TADEO.

Tadeo. ¿Qué es esto? ¿Quién grita?
(*La llegada de don Tadeo, y una fuerte palmada que da el capitan sobre una mesa, restablecen el silencio.*)
Cap. En fin,
O mañana se me da
En ese mismo periódico
Satisfaccion muy formal
De tan inaudito agravio,
O ustedes lo han de llorar.
Aquí vuelvo, y he de hacer
Mas daño que un huracan.
Papel, prensas, redactores,
Todo lo he de atropellar.
Tadeo. ¡Hombre, hombre...!
Cap. Lo dicho, dicho;
Y ¡viva la libertad!

ESCENA IX.

DON AGUSTIN, DON FABRICIO, DON TADEO.

Tadeo. ¿Qué ha sido eso?
Fab. Que es forzoso,
Si aquí hemos de trabajar,
Traer un maton de oficio
Que mediante un buen jornal
Se encargue de responder
A hombres de esa calidad.
Y aun esto quizá no baste;
Que segun las cosas van
Ni con rastrillos y fosos
Tendremos seguridad.
Tadeo. Eh, son gajes del oficio,
Y nadie se espanta ya
De esas cosas.
Fab. ¡Pues alabo
La frescura!
Tadeo. Poco mal
Fuera ese si alcanzara
Su antigua prosperidad!
Mi diario.
Fab. Pero ese hombre...
Ya le oyó usted; volverá...
Tadeo. No volverá... Y sobre todo,
Donde las toman las dan.
A bien que hay ya redactores
Nuevos, y alguno es capaz
De habérselas á estocadas
Con el mismo Tamerlan.
Me ha dado un soberbio artículo,
Y dos su amigo...¡Ya, ya!
De oposicion por supuesto :
Ya basta de lenidad.
Los he enviado al exámen
De la censura en lugar
De esos papeles mojados
Que ni dan honra ni pan.
Fab. Con que ¿nuevos redactores?
Tadeo. ¡Oh! Pero usted quedará,
Pues no tiene otra opinion
Que la de su principal.
Fab. Hombre...
Tadeo. Y usté es para mí...
Fab. Entiendo : una prensa mas.
Tadeo. En cuanto á usted, amiguito,
(*A don Agustin.*)
Aunque siento renunciar
Para redactor en jefe
A un mancebo tan galan,
Queda usted desde mañana
Y para siempre jamás
Destituido. No obstante,
Usted me puede mandar,
Fuera de aquí, cuanto guste.
Agust. Gracias por tanta bondad,
Señor mio; pero de ella
No me pienso aprovechar.
Tadeo. Celebro mucho que usted
Me ofrezca esa prueba mas
De fina condescendencia

Y recíproca amistad.
(*Se entra en el gabinete.*)

ESCENA X.

DON AGUSTIN, DON FABRICIO.

Fab. ¡Vaya, que es fiera alimaña
(*Después de un momento de silencio, y saliendo de la cavilacion en que estaba.*)
El capitan guerrillero!
Agust. Hay otro animal mas fiero.
Fab. ¿Cuál? Será de especie extraña
No conocida en España.
Agust. Don Tadeo, á mi entender,
¿Cuál otro pudiera ser?
Fab. Tiene usted mucha razon.
Soy de la misma opinion.
Agust. Pues vámonos á comer.
(*Se retiran por la puerta de la derecha.*)

ACTO TERCERO.

EL EDITOR Y SU HIJA.

El gabinete de Paula. Puerta á la derecha del actor, que es la que comunica con la sala donde está la redaccion, otra á la izquierda, y encima de ella una ventanita con vidriera. En el foro un balcon. El piano, un costurero, sillas, tocador.

ESCENA PRIMERA.

DON TADEO, PAULA.

Tadeo. Está ya resuelto, Paula:
Lo siento y lo sentirás;
Pero mañana te vas,
Y no hay que hacerme la maula.
Contigo irán don Simon
Y su hija la Restituta,
Que llevan la misma ruta.
Ya ves tú ¡qué proporcion!
Viajar en una galera
No es gran lujo el dia de hoy,
Pero vas con el convoy;
No como viaja un cualquiera.
Paula. ¡Qué enfadosa caminata!
¿Es posible, padre mio...?
Tadeo. Te espera con ansia el tio,
¡Y así le pagas ingrata!
Paula. Pero él es cuerdo y dirá,
Si de mi vista no goza,
Que mejor está una moza
Al lado de su papá.
Y yo cual hija amorosa...
Tadeo. Afuera zalamerías.
En vano, en vano porfías,
Que tu partida es forzosa.
Para evitar un estrépito
Confórmate al gusto mio.
¿No sabes que el pobre tio
Es millonario y decrépito?
Paula. Sí, ¡y con mi primo Geromo
Me quieren casar!...
Tadeo. ¿Y qué?
Mi idea...
Paula. Todo lo sé.
¡Maldito dinero!
Tadeo. ¡Cómo!...
No digas esa blasfemia,
Que Dios te castigará.
¿Te habrá acometido ya
La romántica epidemia?
¡Pues! Mala crianza..., mimo...
Con que ¿te rebelas...?
Paula. No.
Se hará el viaje; pero yo
No me caso con el primo.
Tadeo. Tal vez te lo pintan rudo
Tus cortesanas ideas,
Pero luego que le veas
Será otra cosa.
Paula. Lo dudo.
Tadeo. En fin, vete á Santander,
Que lo principal es esto;
Y no me pongas mal gesto,
Porque si al fin ha de ser...
Si el primo no es de tu agrado
Y el desposorio no cuaja,
Tendré al menos la ventaja
De alejarte de mi lado.
Paula. ¡Padre cruel! ¿En qué pudo
Ofender á usted...?
Tadeo. No es eso;
Pero es demasiado peso
Una hija para un viudo.
Nada; ó te vas, ó yo emigro.
Son buenas tus intenciones,
Pero entre tantos hombrones
Corre una niña peligro.
Paula. Pues; para evitar desmanes

De alguna arriesgada lid,
Cáseme usted en Madrid
Y cesan esos afanes.
Tadeo. ¡Cómo, cómo! ¿Qué me has dicho?
¿Acaso tu corazon
Siente ya alguna pasion,
Algun culpable capricho...?
Paula. ¡Culpable, señor! ¿Por qué?
Dueña soy de mi albredío.
Tadeo. ¡Calla! ¿Qué dirá tu tio?
¿Qué dirá don Bernabé?
¿Y quién es el galopin
Que tu corazon pervierte?
¡Ah! ¡Por vida de la muerte...!
Sin duda es don Agustin.
Paula. Pero, señor, yo pregunto:
¿Es delito el querer bien...?
Tadeo. Grave delito. ¡Y á quién!
¡A un periodista, por junto!
Paula. Nunca ha vivido en el ocio,
Y yo le juzgo capaz...
Tadeo. Escritor de órden y paz
Y leyes y... ¡Buen negocio!
Paula. Pero...
Tadeo. Basta de simplezas.
No me hables de ese gandul,
Y vete á hacer el baul, —
¿Qué estás gruñendo? ¿Qué rézas?
Paula. Estoy ofreciendo á Dios
Lo que usted me hace penar.
Tadeo. Vete allá dentro á rezar
Por tí y por él; por los dos.
Lo que quiero es obediencia
Y no llantos y jemeques.
Paula. ¡Padre mio!...
Tadeo. No me seques:
Quítate de mi presencia.
Paula. (¿Habrá suerte mas amarga...?
(*Yéndose.*)
Tadeo. (¡Ah! Yo tengo que salir,
Y el seductor va á venir...)
Espera. (El diablo las carga.)
Fuera indisculpable yerro
Que por descuidado y tonto...
Entra en ese cuarto; pronto.
Paula. ¡Qué! ¿me encierra usted?
Tadeo. Te encierro.
Paula. Pero, señor, eso pasa
De...
Tadeo. Tus virtudes aplaudo;
Mas te pongo á buen recaudo
Mientras yo falto de casa.
Otro recurso no encuentro
Para evitar...
Paula. ¡Es posible!
¿Qué dirán...?
Tadeo. Soy inflexible.
Paula. Pero...
Tadeo. Basta. Adentro, adentro.
(*Hace entrar á Paula en el cuarto de la izquierda, echa la llave y se la guarda.*)

ESCENA II.

DON TADEO.

Algun ángel me ha enviado
La galera y el convoy (1).
¿Con que es cierto que ya estaban
En relaciones de amor?
¡Así, como Dios quería
Andaba la redaccion!
Al escribir un artículo
Pensaría... ¿Qué sé yo?
En los ojos de su Filis
Y en la dulce agitacion
Y en la... Pero á bien que pronto
Se pasa el dia de hoy.
Vamos á cerrar el trato
Con el nuevo redactor,
Y libre ya de una hija
Que me haga la oposicion,
Yo se la haré al gabinete;
¡Pero firme, vive Dios!

ESCENA III.

DON TADEO, EL ESCRIBIENTE.

Esc. Señor don Tadeo...
Tadeo. ¿Qué hay?
Esc. Uno que se llama don...
¿Cómo ha dicho? Don Lorenzo
Valfontana y Perelló,
Desea hablar con usted.
Tadeo. No conozco á ese señor.
Esc. Dice que es negocio urgente
Y secreto.
Tadeo. Que entre.
Esc. Voy.

(1) Sabido es que durante la guerra civil era peligroso viajar sin escolta en ciertas direcciones, y que muchas personas, para hacerlo con mas seguridad, se unían á los convoyes militares.

ESCENA IV.

DON TADEO, DON LORENZO.

Tadeo, ¿Qué negocio...?
Lor. Beso á usted
La mano.
Tadeo. Muy servidor...
Suplico á usted que se siente...
Lor. No; mil gracias : bien estoy.
Tadeo. ¿Qué se ofrece, caballero?
Lor. Yo traigo una comision
Ventajosa para usted,
Y desde luego le doy
Mi parabien...
Tadeo. Muchas gracias.
Usted dirá...
Lor. Pues, señor,
El periódico de usted,
Sin que sea adulacion,
Goza del mejor concepto
Entre las gentes de pro.
Tadeo. ¡Oh! Mucho.
Lor. Solo le falta
Un poco de proteccion;
Pero si usted se resuelve
A que tome otro color...
Tadeo. Sí; sí; pierda usted cuidado.
Doctrinas, principios... ¡Oh!
Todo eso no vale nada.
Mañana alzaré la voz.
Lor. Bien, muy bien; contra ese espíritu
De eterna revolucion;
En defensa del gobierno...
Tadeo. ¡Del gobierno!...
Lor. Y en favor
De su loable sistema...
Eso es ser buen español,
Y no esperaba yo menos...
Tadeo. Permítame usted. Yo no...
Lor. Ya sé que usted no es venal;
Pero, aquí para *inter nos*,
A todo servicio es justo
Conceder un galardon.
Tadeo. (Esto ya es otro cantar.)
Lor. Y el gobierno, de quien soy
Fiel agente, no es ingrato
Ni mezquino...
Tadeo. Pues bien; yo
No aventuro, señor mio,
Mi caudal y mi opinion
Por vanas promesas : claro.
Lor. Lo demás fuera un error.
Diga usted, pues, lo que quiere.
Solos estamos los dos...
Tadeo. Usté es un bello sujeto.
Mas yo no tengo el honor
De conocerle; y quisiera
Hacer mi proposicion...
Lor. Ya; sí : al ministro en persona.
Bueno; pero ha de ser hoy.
Tadeo. Ahora mismo, si usted quiere.
Tomo sombrero y baston,
Y ¡andando!
Lor. (El hombre es soez.)
Tadeo. (¡Bien! Voy a estar en favor...)
Cuando usted guste. — ¿Qué es esto?
(*Viendo unas cuartillas escritas que habrá sobre el piano.*)
¡Ah! ¡Toma!... La traduccion
De Paulita... ¡Don Fabricio!
Usted perdone... ¡Muñoz!
¿Nadie me oye?

ESCENA V.

DON TADEO, DON FABRICIO, DON LORENZO.

Fab. ¿Qué se ofrece?
Tadeo. Esas cuartillas...
Fab. Estoy.
Tadeo. Y recoja usted tambien
(*Yéndose.*)
Aquel libro...
(*Estará sobre otro mueble.*)
Fab. Sí; el *Cormon*,

ESCENA VI.

DON FABRICIO, PAULA.

(*Paula sigue encerrada.*)

Fab. Concluido está el articulo.
Examinando el trabajo de Paula.)
¡Bien escribe y bien traduce
La niña! ¿Y cantar? ¡Caramba!
¡Si digo que es un estuche!
!Y tan linda, tan graciosa!
No es extraño que trabuque
A don Agustin el seso.
Yo con mis sesenta octubres...
(*Se oyen golpes á la puerta.*)
Mas ¿quién llama á aquella puerta? —
Otra vez, y nadie acude...
Yo voy á ver...

Paula. ¡Don Fabricio!
(*Dentro toda la escena.*)
Fab. ¡Ah...! ¡Si es Paulita! ¡Oh qué dulce
Femenina voz!
(*Acercase á la puerta.*)
¿Qué es eso?
O en los ojos tengo nubes
O está usted presa.
Paula. Sí estoy.
Mi padre...
Fab. ¡Y esto se sufre
En un país ilustrado!
Paula. El débil siempre sucumbe.
Fab. ¿Es precaucion, ó castigo?
Paula. Uno y otro.
Fab. ¡Habrá acebuche...!
Y el delito será...
Paula. Amor.
Mas su empeño será inútil.—
Supongo que ya se ha ido...
Fab. Sí; se fué con ese apunte
Que estaba hablando con él.
Paula. Y segun lo que yo pude
Oir por la cerradura,
Volverá á casa con luces.
¿Ha venido mi Agustin?
Fab. Voy á verlo.

Paula. Aunque aventure
Mi vida lo quiero hablar.
Fab. ¡Cuidado con que usted busque
Tres piés al gato...!
Paula. Es forzoso.
Fab. ¿Y habrá mortal que disguste
A tan bella criatura?
Paula. Vaya usted, corra y pregunte...
Fab. Sí; sí... Pero le oigo hablar.
(*Acercándose á la puerta de la derecha.*)
¡Don Agustin!... Se consume
La pobrecilla.

ESCENA VII.

DON AGUSTIN, DON FABRICIO.

Agust. ¿Quién llama?
Fab. ¡Amigo, qué pesadumbre!
Paulita está presa.
Agust. ¡Cómo!
Fab. Mo crea usted que es embuste.
Agust. ¿Por quién? ¿Por su padre?
Fab. Sí.
¡Maldito sea su buche!
Agust. ¿Y dónde está?
Fab. En aquel cuarto
Agust. ¿Y los cielos no confunden
A ese idiota...?
Fab. Vamos; calma,
Y la ocasion no se frustre.
No está en casa don Tadeo.
Hable usted, consuele, arrulle
A su cautiva paloma;
Que, aunque de holgazan me acuse,
Yo me estaré en el balcon
Por si don Tadeo sube.—
¡Qué Dios dé tan lindas hijas
A padres tan avestruces!

ESCENA VIII.

DON AGUSTIN, PAULA.

(*Paula se asoma, sin ser vista, á la ventanilla que habrá encima de la puerta de la izquierda.*)

Agust. ¡Paula! ¡Mi bien!—No responde.
(*Mirando por la cerradura.*)
El sol de mi alma se esconde
Y me deja en noche umbría.
¿Dónde estás, hermosa, dónde?
¡Paula amante; Paula mia!
En vano mi vista avara
Traspone la cerradura,
Que frenético arrancara.
Me niega amor la ventura
De embelesarme en tu cara.
¿Ni hablas siquiera, mis ojos?
No soy yo la causa, no,
De tu llanto y tus enojos,
Ni el imbécil que pensó
Poner al amor cerrojos.
¡Ay, acaso su beldad
Yace sin aliento, yerta...!
¿Se vió mas fiera crueldad?
Mas yo romperé la puerta
Y te daré libertad.
(*Paula deshace un ramito de flores y las deja caer sobre don Agustin, que las recoge.*)
¡Ah... traidorcilla de amores!
Engáñame así en buen hora.
Noche, ahuyenta tus horrores.
Pródiga nace la aurora
De donaires y de flores.
Paula. ¡Bien haya quien presa gime
Para verse amada así!
En vano un padre me oprime
Si al amante veo en tí
Que me halaga y me redime.
(*Va oscureciendo.*)

Agust. Ventana á mi amor propicia,
¿Cómo no te vió el furor
Del crudo encarcelador?
Paula. La cólera y la codicia
Son mas ciegas que el amor.
Agust. Pero ¿cómo á tanta altura
Subiste...?
Paula. He puesto una mesa,
Y sobre ella...
Agust. ¡Criatura!
¡Tambien osada y traviesa!...
Nada falta á mi ventura.
Paula. ¿Qué no haria yo por tí?
Pero el tiempo es muy precioso,
Y yo, insensata de mí...
Ya el momento doloroso
Llegó, que tanto temí.
Agust. ¿Qué oigo?
Paula. Mañana es el dia
De la partida funesta.
Agust. Y para mas tiranía
Ese bárbaro te arresta
Sin temer la saña mia.
¿Y obedeces? ¿Y te vas?
Paula. ¡Infeliz! ¿Qué puedo hacer?
La obediencia es mi deber.
Agust. No es posible; no te irás.
¡Ahí es nada! ¡A Santander!
¿Te has de poner en camino
Con ese talle divino
Cuando arde impía la guerra...?
¡Y por dónde! ¡Y por qué tierra!
Paula. ¡Ay eterno Dios!... ¡*Merino!*...
Agust. ¡Ay, si un faccioso...! tal vez...
¡De pensarlo me horripilo!
No te vas: di que no; dilo.
Contra ese padre soez
Sean mis brazos tu asilo.
Paula. ¿Qué me propones?... ¿Qué haré...?
No abuses de mi ternura.
Agust. ¿Temes...? Mi pasion es pura,
Paula, tu esposo seré.
Mi amor..., mi honor te lo jura.
Paula. No á tí, que eres caballero;
Pero temo al qué dirán...
Agust. ¿Y es ese amor verdadero?
Paula. ¡Por Dios, no aumentes mi afan!
Agust. Si no eres mia, yo muero.
¡Ah! Decídete...
Paula. No sé...
Con mil pensamientos lucho...
Y toda tiemblo...
Agust. ¿Por qué?
Paula. Si á mi corazon escucho...
Agust. ¡Acaba!
Paula. Te escribiré.
Agust. Oponerse no es baldon
A tan injusta opresion.
¿Quieres que prevenga el coche?
¿Quieres, Paulita...?
Paula. Esta noche
Sabrás mi resolucion.
Adios...
Agust. ¡Oh adios inhumano!
(*Toma una silla y se sube sobre ella.*)
Espera, espera un momento
¡Pese al alcaide villano...!
Paula. ¿Dónde vas? ¿Cuál es tu intento?
Agust. Besarte, hermosa, la mano.
Paula. No; no lo permitiré.
(¡Ah!... que moverme no puedo.)
Agust. Acerca la mano. ¡Qué!
¿No soy digno...?
Paula. ¡Tengo un miedo...!
Si viene mi padre... ¡Ay!
(*Viendo á don Fabricio, desaparece: don Agustin se baja de la silla sobresaltado.*)
Agust. ¿Eh?

ESCENA IX.

DON FABRICIO, DON AGUSTIN.

Fab. ¡Qué diablo de galanteo!
Vamos adentro, por Dios.
¡Pronto!
Agust. ¿Qué ocurre? No veo...
Fab. Que ya sube don Tadeo.
Agust. (¡Malditos seais los dos!)
(*Se entran corriendo por la puerta de la derecha.*)

ACTO CUARTO.

LA REDACCION POR LA NOCHE.

La misma sala del acto segundo.

—

ESCENA PRIMERA.

Don AGUSTIN, Don FABRICIO.

(*Aparecen sentados cada cual á su mesa correspondiente. Habrá luces.*)

Agust. ¡Tan tarde; las once y media
Y sin saber de mi Paula!
Fab. ¡Tan avanzada la noche,
Y el periódico no marcha!
Agust. ¡Sin enviarme un recado,
Ni una mala esquela; nada!
Fab. ¿De dónde salen ahora
Los materiales que faltan?
Agust. Ya ha salido del encierro,
Y aunque su padre está en casa,
Bien puede escribir dos letras
Que pongan fin á mis ansias.
Fab. Yo traduzco á todo trapo;
¡Pero es tanto lo que traga
La imprenta!...
Agust. Ya no hay arbitrio
Para mí; no hay esperanza.
Vencerá... (*Tose dentro Paula.*)
Pero ella tose...
(*Tose tambien.*)
Respondamos...
(*Desde adentro pasan una carta por bajo de la puerta. Don Agustin la coge, la abre, y la lee para sí.*)
¡Una carta!
¡Ah! ¿Qué me dirá? Leamos.
Fab. Y la Gaceta no acaba
De venir... Vaya; tendremos
Otra noche toledana.
Agust. ¡Oh qué dicha, oh qué placer!
Ya cesó mi pensa amarga.
¡Albricias, amigo mio!
Fab. ¿Hay Gaceta extraordinaria?
(*Con suma viveza, dejando los papeles que ocupaban toda su tencion.*)
¿Hay materiales? ¿Llegó
El correo de la mala?
Déme usted; venga... Yo mismo
Iré corriendo á las cajas...
Agust. ¿Qué demonios dice usted?
Fab. El diario...
Agust. Ne se trata
Del diario. Es que mi bella
Se decide...
Fab. ¡Ah! Yo pensaba...
Agust. ¡Venturoso amor! Ya es mia.
Será mi esposa mañana.
Fab. ¡Cómo!...
Agust. Me cita á las siete
En esa iglesia inmediata.
Fab. ¿Va sola?
Agust. No; pero está
De su parte la criada.
Fab. Pero, hombre, un rapto...
Agust. ¿Qué rapto?
Mis intenciones son castas.
El raptor sería el padre
Si á mi amor la arrebatara.
En fin, yo no estoy ahora
Para argumentos ni máximas,
Sino para enloquecer
De alegría. — ¿Cómo anda
El periódico? Deseo
Que acabemos...
Fab. ¡Ya va larga!
La censura ha prohibido
Tres artículos.
Agust. ¡No es nada!
¡Tres artículos!
Fab. Si usted
Me deja ahora en las astas
Del toro...
Agust. No haré tal cosa;
Que ya empeñé mi palabra
De dar concluido el número,
Y la cumpliré.
Fab. Mil gracias.
Me aturdo si usted me deja,
Y va todo esto á la diabla.
De don Tadeo es la culpa,
Que como ha vuelto casaca
Retiró nuestros escritos
Y adulando á la bullanga
Ha enviado esos libelos,
Que son teas incendiarias.
Agust. Pero ese hombre es un abuso
De estupidez. ¡Y nos hablan
De reformas!
Fab. Las reformas
Nunca á los necios alcanzan.

ESCENA II.

DON AGUSTIN, DON FABRICIO, EL REGENTE.

Reg. Aquí traigo la Gaceta
Del...
Agust. Del gobierno. Ya es hora.
Démela usted, y veremos
Qué materiales arroja. —
« Parte oficial. — Enterada
(*Leyendo la Gaceta.*)
La reina gobernadora... »
Poca cosa; una real órden
Sobre el comercio de drogas.
Media columna..., y no hay mas.
A ver si acaso en la crónica
Extranjera... « Petersburgo... »
Esto ya es viejo. « Cracovia... »
Ayer lo dimos nosostros. —
« Cartas recientes de Ancona... »
Fab. De nada de eso se puede
Aprovechar una coma.
Agust. ¿A ver? « Partes recibidos... »
Nada, nada. Es la derrota
Anunciada en un alcance
De la *Revista española.*
Reg. ¡Ah! sí. De eso ya tenemos
En las cajas una...
Agust. Copia.
Pues ponga usted la real órden.
Todo lo demás es broza.
Fab. Con que ¿nada se aprovecha?
Agust. Me parece que no es cosa
De reimprimir por recurso
Los anuncios de las obras
Venales en el despacho
De la imprenta real.
Fab. Y ahora,
Quid faciendum?
Reg. Venga la...
Cotizacion...
Agust. ¿De la Bolsa?
Tome usted. — Vaya tambien
Ese anuncio de la ópera.
Reg. Eso es nada entre dos...
Fab. Platos. —
Allá van otras diez hojas
De noticias extranjeras,
Y el parte de Barcelona.
Con eso hay ya cuando menos
Para dos columnas...
Reg. Cortas...
Ahora acabo yo la...
Fab. Frase.
Reg. Justo.
Fab. (Mal lobo te coma.)
Agust. ¿Cómo vamos de sesion?
Reg. Se ha compuesto casi...
Agust. ¿Toda?
Reg. Sí; casi toda.
Agust. ¿Y qué falta
Para coronar la obra?
Reg. Muy poco. Cuatro...
Agust. ¿Renglones?
Reg. Columnas. (*Vase.*)
Fab. ¡Virgen de Atocha!

ESCENA III.

DON FABRICIO, DON AGUSTIN.

Agust. ¡Por un bruto verse así!
Fab. ¡Cuatro columnas!
Agust. ¿Qué haré?
Discurra usted...
Fab. Yo ¿qué sé?
El taquígrafo está aquí.

ESCENA IV.

DON FABRICIO, DON AGUSTIN, EL TAQUIGRAFO.

Taq. Hemos hecho maravillas.
Ya se ha descifrado el resto
De la sesion.
Agust. ¿Y es todo esto?
(*Tomando las cuartillas que trae el taquígrafo.*
Taq. Sí, señor. Siete cuartillas.
Yo tengo dadas diez y ocho:
Con estas son veinte y cinco.
Gracias á Dios y á mi ahinco,
Lo que es por hoy no trasnocho.
Agust. Señor...., todo esto es farfulla,
Compendiada greguería...
Taq. Diga usté á la galeria...
Que no meta tanta bulla.
Agust. Este discurso es capado.
Una cara... ¡Estamos buenos!
Yo sé que habló por lo menos
Hora y media el disputado.
Taq. Quite usted lo que repite...
¡Muletillero del diablo!...
« Si es lícito este vocablo...
» Si el Estamento permite...
» Volvamos á la cuestion...
» Y aquí la indulgencia invoco...
» Dije, si no me equivoco...

» Digamos en conclusion... »
Entren luego en la rebaja
Cuando en la tribuna arguye
Las frases que no concluye,
Los sinónimos que encaja...;
Y el tiempo que gasta ¡oh Dios!
En dar tormento á los codos;
Y aquellos largos periódos
Del singulto y de la tos;
Y aun me quedarán razones
Para afirmar sin jactancia
Que hay sobra de redundancia
En esos veinte renglones.
Fab. Pues, señor, estamos frescos.
El número se retrasa,
Y va á haber en esta casa
Capeletes y Montescos.
Agust. Háyalos en hora buena.
Fab. Ya, sí... Usted, como se va...
Agust. De don Tadeo será
La culpa.
Fab. Y mia la pena.
Taq. ¡Pero hombre, y usted se aburre...!
Ya que la premura es tanta,
Podemos poner en planta
Una idea que me ocurre.
Agust. Una idea... No comprendo...
Fab, ¡Ah! Dígala usted por Dios.
Taq. Sigan ustedes los dos
Disputando y maldiciendo;
Yo copio en taquigrafía
Esa escena original,
Y así hacemos material
Para la urgencia del dia.
Agust. ¡ Por cierto, linda ocurrencia!
Taq. Rauda mi pluma y fugaz...
Fab. ¡ Ea, calle y habrá paz,
Pendolista en diligencia!
Agust. Tome usted su algarabía
Y llévesela al regente
Con mil diablos.
Taq. (¡Pobre gente!
¡No saben taquigrafía!)

ESCENA V.

DON FABRICIO, DON AGUSTIN.

Fab. Pues, señor, aquí no hay mas
Que copiar cuantos papeles
Haya á mano; el boletin...;
Este diario del viernes;
La Guia de forasteros..
Lo primero que se encuentre.
Agust. ¡Oh! ¿qué dirian¿ Al fin
Yo soy redactor en jefe...
Fab. ¡Hoy tambien ha sido un dia
Tan escaso...! ¡Ni una muerte,
Ni un mal motin, ni una mala
Cencerrada!...
Agust. Hay seis ó siete
Artículos remitidos;
Pero ¡si son tan aleves!...
Fab. No importa. En talos apuros...
¿Por qué no insertamos ese
De las iniciales...?
Agust. ¡Pues!
¡Para que luego me cuelguen
El milagro! Hay además
Otro grave inconveniente,
Y es que no está censurado.
Pero ¿qué hace que no viene
Don Tadeo? Él, que nos puso
En este conflicto, debe
Sacarnos de él.
Fab. Calle usted...
Él llega aquí justamente.

ESCENA VI.

DON AGUSTIN, DON FABRICIO,
DON TADEO.

Tadeo. Buenas noches, caballeros.
(*Con un manuscrito en la mano.*)
¿Se arregló el número?
Fab. ¡Sí,
Trazas tiene de arreglarse!
Las doce son en Madrid
Y aun falta una plana entera.
¿Es esto grano de anís?
Tadeo. Bien; es decir...
Agust. La censura,
Como era de presumir,
Prohibió los tres artículos
Que usted remitió; y así
Nos encontramos ahora...
Tadeo. ¡Casualidad mas feliz...!
Me alegro mucho.
Agust. Pues ¡cómo...!
Tadeo. Yo los iba á suprimir
Aunque estuvieran impresos,
Y la junta censoril
Nos ahorras ese trabajo
Y algunos maravedís.
Fab. Pero, hombre...
Tadeo. No hay que apurarse,
Señores. Ya traigo aquí
Con qué llenar lo que falta.
¡Y qué artículo! ¡Este sí
Que es artículo! ¡Qué ideas!
Qué estilo tan varonil!

Fab. ¿Y está censurado?
Tadeo. No.
Fab. Pues ¿cómo se ha de imprimir...?
Tadeo. No importa.
Agust. Si lo denuncian
Al gobernador civil,
La multa...
Tadeo. ¡Qué disparate!
Eso es para gente ruin.
Agust. Pero...
Tadeo. ¡Pero...! A bien que usted
No la ha de pagar por mí.
Fab. ¿De qué trata?
Tadeo. De política.
Pero ¡cómo da en el *quid*...!
Fab. Hablará del ministerio...
Tadeo. Mucho. — No en sentido hostil:
Antes le alaba y defiende
Desde el principio hasta el fin.
Agust. ¡Qué escucho! ¿Habla usted de veras?
Tadeo. Como soy Tadeo Ortiz.
Agust. Pues ¡qué! ¿no se había usted
Declarado paladin
De la oposicion?
Tadeo. Si tal.
Yo era blanco de un ardid
Maquiavélico. Esas gentes
Me querían seducir.
Mas luego he sabido...; he visto
Periódicos de Paris....;
Me han revelado secretos,
Planes, clubs... No hay que reir
Ni achacar esta mudanza
A un cálculo mercantil;
Que aunque pudiera citar
Muchos ejemplos... En fin,
Ahí le dejo á usté el artículo,
(*Entrega el artículo á don Fabricio.*)
Y pues yo lo quiero así,
Imprimatur, y *laus Deo.*
Abur. Me voy á dormir.

ESCENA VII.

Don AGUSTIN, Don FABRICIO.

Fab. ¡Vaya en gracia! Bien hará
(*Hojeando el artículo, y lo deja despues sobre la mesa de don Agustin.*)
Sus tres columnas y media...
Agust. ¡Eh! Déjelo usted. Si es corto,
Que pongan gorda la letra.
Fab. Llamaremos al regente...
(*Va á salir y le detiene don Agustin.*)
Agust. Ya vendrá. Lo que interesa
Ahora... Siéntese usted,
Que voy á darle las señas
De la casa adonde pienso
Llevar á mi cara prenda.
(*Don Fabricio se sienta á su mesa y escribe lo que le dicta don Agustin apoyado en ella.*)
Coja usted papel y escriba...
Fab. Vamos.
Agust. Calle de Hortaleza...

ESCENA VIII.

Don FABRICIO, Don AGUSTIN, el Regente.

Reg, Me ha dicho don...
Agust. Don Tadeo.
(*Sigue dictando en voz baja á don Fabricio.*)
Fab. (¡Qué regente tan postema!)
Reg. Que usted me dará un...
Agust. Artículo.
Ahí está sobre mi mesa.
Tómelo usted. — Cuarto bajo.
(*A don Fabricio.*)
Fab. Ya; en casa de doña Petra...
La conozco mucho.
Reg. Bien;
Con esto ya habrá tarea
Para completar el...
Agust. Número.
Fab. Es excusada molestia.
Ya sé el número.
Agust. Nos es eso.
Hablo con aquel babieca.
Reg. ¿Se ofrece algo?
Agust. Nada mas.
Páseme usted bien las pruebas.
Reg. No hay...
Agust. Cuidado.—Buenos noches.
Reg. Téngalas usted...
Agust. Muy buenas.

ESCENA IX.

Don AGUSTIN, Don FABRICIO.

Agust. ¡Gracias á Dios que acabamos!
Por cierto que es vida perra
La vida de un periodista.
Afanes, sustos, contiendas

Multas, vigilias...

Fab. ¡Eh! Todo
Es acostumbrarse á ella,
Porque...

Agust. Vámonos, que es tarde,
Y tengo mil diligencias
Que hacer. Queda usté encargado
De dar mañana una vuelta
Por aquí para informarme
De todo lo que suceda.

Fab. Estoy en ello; aunque yo
Mejor iría á la iglesia
Con ustedes...

Agust. ¡Nada! Aquí.
Ya vendrá usted á la cena.

Fab. Mejor es eso.

ESCENA X.

DON AGUSTIN, DON FABRICIO, EL REGENTE.

Agust. ¿Otra vez?
(*Al salir se le aparece el regente.*)
¿Qué nueva embajada es esa?

Reg. Hace falta...

Fab. ¿Original?
¿Quién será sobre la tierra
Mas original que usted?

Reg. Se ha calculado en...

Agust. La imprenta;
Acabe usted.

Reg. Que con ese...

Fab. Artículo...

Reg. No se llena
To lo que...

Agust. Falta. Y, vamos,
¿Cuánto faltará?

Reg. Unos treinta...

Agust. Treinta mil diablos te lleven,
Y al editor, y á la empresa,
Y al diario, y al... Este hombre
Me aburre, me desespera,
¡Me asesina! Imprima usted
Cualquier cosa... Una receta,
La cuenta del comprador; —
O ponga usted en las prensa
Al editor maldecido,
Que él tiene la culpa de estas
Agonías. — ¡Ah!... Yo debo
(*Metiendo la mano en un bolsillo.*)
Tener en la faltriquera
Un cuento..., un... ¿Qué me sé yo...?
Una de las mil simplezas
Que á uno le dan...
(*Le da un papel sin mirarlo.*)
Tome usted,
Y ¡largo!
(*Va á hablar el regente y le despide con un ademan; toma en secuida el brazo de don Fabricio y parte con él apresurado.*)
No, no hay respuesta. —
Huyamos de aquí; volemos,
O perderé la paciencia.

ACTO QUINTO.

EL ULTIMO NUMERO.

La decoracion del anterior.

ESCENA PRIMERA.

DON FABRICIO.

(*Entra observando.*)

¡Qué silencio y qué quietud!
¿Se habrá malogrado el lance...?
¿O se consumó la fuga
Y aun no sabe nada el padre?
Grande es mi curiosidad;
Mas ¿cómo pregunto á nadie...?
¡Eh! Pronto saldré de dudas.
Ya es hora de que prepare
El ripio del nuevo número.
(*Se sienta á trabajar.*)
¿Quiénes serán mis cofrades
De redaccion? Yo supongo
Que serán ministeriales...
Hasta que corra otro viento;
Pero á mí, mientras me paguen...

ESCENA II.

DON FABRICIO, DON TADEO.

Tadeo. ¡Hola! Ya está aquí mi amigo
(*En traje de casa.*)
Don Fabricio. Así me place.
¡Puntualidad! ¡Ah ¡Si todos

Fuesen como usted, otro auge
Tendria la empresa.

Fab. (Nunca
Le vi de mejor semblante.)
No me lo agradezca usted,
Don Tadeo. Es mi carácter.
En tomando yo una cosa
Con aficion y coraje...
(Vamos; está visto, Paula
No habrá podido escaparse.)

Tadeo. Esa eficacia, ese celo
De usted... ¡oh! son impagables.

Fab. Vivo aquí mas que en mi casa,
Y como el trato constante
Engendra cariño, y yo
Siempre estoy dale que dale
Con el periódico, ya
Lo miro como á un compadre,
Como á mi mejor amigo;
En suma, como á una parte
De mí mismo.

Tadeo. Y no es ingrato
A un redactor tan amante
Mi periódico; es decir,
El editor responsable,
Que soy yo; créalo usted.
Antes quiero que me falten
Artífices que lo impriman,
Y plumas que lo redacten,
Y libreros que lo vendan,
Y censores que lo maten;
Antes todo que mi fiel
Don Fabricio Santibañez.

Fab. ¡Tanta bondad!...

Tadeo. ¡Ceferina!
(*Llamando.*)
¿No viene ese chocolate?
¡Ah! Usted tomará tambien...

Fab. Gracias. Para mí ya es tarde.

Tadeo. ¡Las nueve ya, y no me envian
La docena de ejemplares
Que prometí al ministerio!

(*Entra una criada, sirve el chocolate á don Tadeo, y se retira.*)

Fab. No es mucho que se retarden.
Cuando yo me retiré
Ya no alumbraba en las calles
Ningun farol, y aun quedaba
Aquel artículo grande
Por componer, y el ajuste...

Tadeo. ¡Eh! Son unos holgazanes,
Y si uno no les arrea...
Vaya usted: que se despachen;
Que no den lugar...

Fab. Ya viene
El regente perdurable.

ESCENA III.

DON TADEO, DON FABRICIO, EL REGENTE.

Reg. Aquí está la docena...

Tadeo. Bien; de ejemplares. Sea enhorabuena.

Reg. Tome usted, don Tadeo.
Aun están...

Tadeo. Chorreando. Ya lo veo.
Un sobre, don Fabricio,
Y volando...

Fab. ¿Se envian con oficio?

Tadeo. No, que ya su excelencia
Los espera tal vez con impaciencia.

(*Pone un sobre don Fabricio á los doce ejemplares que le entrega el regente, toca la campanilla, acude el portero y se va con el pliego.*)

¿Y para mí no hay uno?
¡Editor, y sin él me desayuno!

Reg. ¡Ah! Si. Voy...

Tadeo. (¡Mentecato!)

Reg. Los demás, hasta dentro de un buen...

Tadeo. Rato.

Reg. Aun están en la...

Tadeo. Prensa.
(La calma de ese tártaro es inmensa.)

ESCENA IV.

DON FABRICIO, DON TADEO.

Fab. Tarde los leerá la villa,
Que primero que se tire
Toda la edicion...

Tadeo No importa,
Si el gobierno les recibe
Temprano.

Fab. ¿Y los suscriptores?
Dirán...

Tadeo. Que digan, que chillen.
Son tan pocas que, á Dios gracias.
Aunque ellos se desgañiten
No habrá tumulto por eso.
Mientras á mí no me priven
Del ministerial subsidio,
Lo demás vale un ardite.

ESCENA V.

DON FABRICIO, DON TADEO,
EL REGENTE.

Reg. Aquí tiene usted su...
(*Con un número del periódico, que da á don Tadeo.*)
Tadeo. Bien.
Ya se entiende lo que dices.—
Que se avise á los del cierre,
Y á los prensistas, que avien.

ESCENA VI.

DON FABRICIO, DON TADEO.

Tadeo. Ahora empieza mi recreo.
¿Usted no leyó el artículo?
Fab. No, señor.
Tadeo. ¡Oh! Es un vehículo...
(*Recorre con la vista el periódico.*)
¿Dónde...? Este largo... ¡Qué veo!
No es esto lo que yo dí.
¡Por vida del hemisferio!...
Y el papel del ministerio
¿Qué se ha hecho? ¡No está aquí!
Fab. Sí estará.
(*Se levanta, y examina el periódico sin soltarlo don Tadeo.*)
Tadeo. ¡Precisamente
Es lo que mas me interesa!
Fab. Pero, hombre..., ¡si de esta mesa
(*Mostrando la mesa de don Agustin.*)
Lo tomó...
Tadeo. ¿Quién?
(*Se levanta irritado.*)
Fab. El regente.
Tadeo. Sí; yo puse aquí el discurso...
(*Da una palmada en la mesa, y pone la mano sobre el artículo de que se habla.*)
¡Dios! ¡Y aquí está todavía!
¿Hay suerte como la mia?
¡Soy perdido sin recurso!
Fab. Cogió un papel... Yo no ví...
(*Turbado.*)
Tadeo. Vamos; ni de camisa
Puedo fiarme.
Fab. La prisa...
Tadeo. ¡Cielos! Qué va á ser de mí?
En vez de gratos loores,
Leerán en los ministerios
Una legua de dicterios.
Recorre con la vista el artículo, y se lo muestra á don Fabricio.)
Vea usted... ¿Qué tal?... ¡Horrores!
Fab. Yo no sé lo que me pasa...
Tadeo. ¿Y esa... me ahoga la ira,
Es la ley con que usted mira
Por las cosas de mi casa?
Fab. Deje usted... Ahora recuerdo...
Tadeo. ¡Échele usté un nudo al hopo!
Fab. Que ahí habia...
Tadeo. ¡Calle el topo!
Fab. Otro papel.
Tadeo. ¡Calle el lerdo!
Fab. Sin duda en lugar del que...
Tadeo. Veamos si firma alguno
Este libelo importuno.
A. P... ¿Quién es don A. P.?
Fab. ¿Quién lo puede adivinar?
Eso equivale á un anónimo.
Tadeo. ¡Por vida de san Jerónimo
Que si le llego á pillar...!
Angel... Puente... Se me exalta
La bilis. *Ambrosio... Pino...*
¡Oh! El seductor libertino...
No hay duda. *¡Agustin Peralta!*
Él es, sí; ¡don Agustin!
Viéndose ya despedido
So ha vengado; ¡me ha perdido!
¡Oh venganza aleve, ruin!
¿Habrá mas vil sabandija?
Fab. ¿Oiga usted! Yo fuí testigo...
Tadeo. Y si esto ha hecho conmigo,
¿Qué haria ¡oh Dios! con mi hija?
Fab. ¡Si ese es un comunicado
Que él no quiso insertar...!
Tadeo. ¡Oh!
¿Quién lo ha traido?
Fab. Usted.
Tadeo. ¿Yo?
¿Está usted empecatado?
Calle usted... Esta mañana
Aquel nuevo suscriptor...
Él será acaso el autor...
Tengo fiebre de cuartana.
Venga aquí el original,
Por los ángeles benditos,
Y el libro de los suscritos.
¡Jesus, qué berengenal!

ESCENA VII.

DON TADEO.

¿Qué cuenta daré de mí?
¡Golpe terrible, funesto!

¿Y pago yo para esto
A tanto bigardo aquí!
Para ese escritor... de cuerno
Lo mismo es hache que efe;
¡Y el tal redactor en jefe
Que aspiraba á ser mi yerno...!
¡Oh! Si mis ojos le vibro...

ESCENA VIII.

Don TADEO, Don FABRICIO.

Fab. ¡Ah, qué vida de azacan!
(*Trae el artículo de don Antonio y el libro de suscripciones.*)
Vamos á ver: aquí están
Al artículo y el libro.
Tadeo. Cierto, sí; este papelucho
(*Examinando el artículo.*)
Es el que me dió aquel hombre.
A. P... Veamos si el nombre...
Yo me pongo malo... ¡y mucho!
Fab. El mirarlo fácil es.
Uno solo se ha suscrito...
(*Registrando el libro.*)
Hé aquí el cuerpo del delito!
A. P... *Antonio Perez.*
Tadeo. ¡Pues!
Cara le saldrá la gracia.
Ahí constará donde vive...
Fab. Sí, señor.
Tadeo. Como un caribe
Iré á castigar su audacia.
Mas si el gobierno me abisma,
En tan triste situacion
¿Qué hago con romper á un don...
Antonio Perez la crisma?
¿Qué haré?
Fab. Pesado es el chasco.
Tadeo. ¡Ay pobre, ay pobre Tadeo!
¡Ya no hay recurso; ya veo
Sobre mi frente el chubasco!
Y ello..., es fuerza disculparme.
La verdad voy á decir
Y... Pero estoy sin vestir,
Y mientras voy á aviarme...
Usted, que es el que me atasca;
Usted, que hizo el gatuperio,
Vuele usted al ministerio
Y conjure la borrasca.
Fab. Sí; ya voy, y aunque iracundo
Me trata usted como á un perro,
Yo diré que es mio el yerro
Disculpando á todo el mundo.
Pero si busco la palma
De mártir con tal valor,
No es por usted, sino por...
Mi periódico de mi alma.
(*Sollozando.*)
Tadeo. Corra usted, que es grande apuro.
Diga usted á su excelencia
Que por hoy tenga paciencia;
Que mañana yo le juro...
Y por Dios que no me anule;
Que el yerro fué involuntario,
Y yo haré que ese diario
Maldecido no circule.
Fab. Basta, que no soy tan záfio.
Si muere el diario, ¡ay Dios!
Ya pueden para los dos
Escribir el epitafio.

ESCENA IX.

Don TADEO, el Portero.

Tadeo. No me llega la camisa
Al cuerpo. — ¡Portero! ¡Alonso!
(*Llamando.*)
Port. ¿Llama usted?
Tadeo. Sí, señor.
Que venga el regente: ¡pronto!

ESCENA X.

Don TADEO.

Si un hoy no me da un tabardillo...
¡Qué lance de los demonios!
¡Y en qué dia! Cuando tengo
Entre manos el engorro
Del viaje... A las doce en punto
Sale la galera; ¿y cómo
Acompaño yo á esa chica
A la posada y dispongo
Lo necesario...? ¡Eso es!
Mas despacito. ¡Qué plomo!

ESCENA XI.

Don TADEO, el Regente.

Tadeo. ¿Se ha tirado ya la resma?
Reg. Aun no. Falta muy...
Tadeo. Muy poco.
Hoy no estoy para ayudar

A nadie. Hablará usted solo,
¡Voto á brios!... aunque reviente.
¿Lo entiende usted?
Reg. Ya lo... oigo...
(*Con mucha pena, y acosado por los gestos de don Tadeo, logra acabar la frase.*)
Tadeo. Hoy no se publica el número...
¡No hable usted! — Guárdese todo. —
Aquí me han plantado ustedes
(*Con el periódico en la mano.*)
Un artículo espantoso.
Reg. A mí...
Tadeo. Sí; á usted se lo dieron;
Y usted, que es un babilonio.
No reparó...
(*Va á interrumpirle el regente.*)
Calle usted.
Mejor es hablar con sordos.
Reg. Yo tomo lo que me... ¿Estamos?
Tadeo. ¡Por vida!...
Reg. Solo respondo
De las...
Tadeo. Erratas. Usted
Sí que es errata, y de á folio.
Reg. ¡Oiga usted...! (*Un poco enfadado.*)
Tadeo. Pero ¿qué es esto
Que está en caractéres gordos?
Es una carta...
(*Lee ó habla, segun se marca en los versos.*)
« Bien mio,
Tuya soy. Yo me abandono
A tu ternura, á tu honor.
Llanto, súplicas, sollozos
Han sido en vano. Mi padre
Se obstina en que el matrimonio
Proyectado... » ¿Qué... qué es esto?
« Con ese primo, á quien odio,
Se verifique, y ya sabes
Que mañana... » ¡San Ambrosio!
Parece que habla mi hija.
« Debo partir si no rompo
Las cadenas que me oprimen. »
Ella es; no hay duda. ¡Oh colmo
De insolencia! Concluyamos. —
« Mañana de siete á ocho
Iré á misa con Pascuala... »
¡Vamos, ciertos son los toros!
« Adonde sabes... » ¡Bribona! —
« Allí, idolatrado esposo... »
No puedo mas. ¿Quién te ha dado
Esta carta, que es un tósigo
Para mí?
Reg. ¡No hay que gritarme!
(*Con resolucion.*)
Que si una vez me incomodo...
Me la dió don Agustin.
Tadeo. ¿Y tuvo valor el monstruo
Para imprimír mi deshonra
En mi casa, en mi periódico...?
¡Y tú te has prestado, infame...!
Reg. Señor mío, poco á poco.
Ni la carta está firmada,
Ni yo la letra conozco,
Ni leí lo que me dieron,
Ni sé nada del negocio,
Ni me meto yo en camisa
De once varas.
Tadeo. ¡Qué demonio
De verbosidad ahora;
Y otras veces es un trompo!
¿Solo habla usted de corrido
Para asesinar al prójimo?
Reg. Yo soy tardo en producirme:
Mas si de veras me amosco,
La ira me da elocuencia,
Y es mi lengua un terremoto.
Tadeo. Pero, señor, ¿no bastaba
Dar al público mi oprobio,
Sin imprimirlo con letras
Como mi puño?
Reg. Era corto...
(*Volviendo á su torpeza en explicarse.*)
El billete y no alcanzaba
A llenar... Y sobre todo...
Pegue usted con quien... En fin...
Siempre... El que no quiera polvo...
Tadeo. ¡Quítese usted de mi vista!
Váyase usted, ó le arrajo
Por un balcon.
(*El regente se va refunfuñando.*)

ESCENA XII.

DON TADEO, DON FABRICIO.

Tadeo. ¡Y á todo esto
Aquí me estoy hecho un bobo.
Sin inquirir, sin gritar...!
(*Grita desde la puerta del gabinete.*)
¡Paula! ¡Paula! Yo me ahogo...
¡Paula! ¡Paula! ¡Échale un galgo...!
Iré á registrarto todo...
Fab. Don Tadeo...
(*Entra y se acerca á don Tadeo.*
Tadeo. ¡Quite usted!
(*Le da un empellon y se entra gritando.*
¡Hija infame...!
Fab. ¡Que alboroto!

ESCENA XIII.

Don FABRICIO.

Vamos, segun la apariencia,
Se descubrió lo del rapto.
¡Bien! ¡Ahora sí que me capto
Su grata benevolencia!

ESCENA XIV.

Don FABRICIO, Don TADEO.

Tadeo. ¡Nada! En vano he registrado
Hasta la última rendija.
¿Sabe usted qué es de mi hija?
Fab. Yo... no sé...
Tadeo. ¡Me la han robado!
Fab. ¡Cómo!... ¿Quién...?
Tadeo. ¿Quién ha de ser?
El señor don Agustin.
Yo le juro al galopin...
Estoy dado á Lucifer.
Cumpla ahora su deseo;
Mas ya verá el seductor
Y esa hija sin pudor
Que Dios maldi...
Fab. ¡Don Tadeo!
Tadeo. Vamos, ¿qué hay del otro asunto?
¿Ha visto usté á su excelencia?
Fab. No ha querido darme audiencia.
Tadeo. ¿Eso dice usted por junto?
¡Que todo á mí se me tuerza!
Haber instado de firme...
Fab. ¡Si no quiso recibirme!
¿Había de entrar por fuerza?
El portero don Francisco
Dijo: ¡Huya usted, temerario!
Desde que vió ese diario
Está hecho un basilisco.
Tadeo. ¡Y que la tierra no se abra...!
Fab. Allí un memorial le he puesto,
Ya que por ningun pretesto
Quiere oirme de palabra.
Tadeo. Mi periódico le insulta,
Y no será maravilla
Que me envíen á Melilla
Después de pagar la multa.
Fab. Aun puede venir encima
Otro conflicto mayor.
Tadeo. No puede ser.
Fab. Sí, señor. (*Afligido.*)
¡Que el diario se suprima!

ESCENA XV.

Don FABRICIO, Don TADEO, el Portero.

Port. De parte de su excelencia
Él ministro...
Tadeo. ¡Ay madre mia!
Ahí está la policía.
Ya se dictó mi sentencia.
Port. No tal. Es un caballero,
Y de porte muy gentil.
Tadeo. ¡El gobernador civil!
Que entre al instante. ¡Yo muero!
(*Vase el portero.*)
Fab. Me voy. A solas los dos...
Tadeo. ¿Y si al mirarle me aturdo
Y le digo algun absurdo?
No se vaya usted, por Dios.

ESCENA XVI.

Don FABRICIO, Don TADEO,
Don LORENZO.

Lor. ¡Buena la ha hecho usted!
Tadeo. Yo... (¡Cielos!)
Lor. ¿Era eso lo tratado?
Tadeo. No ha sido la cúlpa mia.
Un error involuntario...
Lor. Es error inexcusable.
Tadeo. Pero...
(*A don Fabricio en voz baja.*)
¡Hable usted! — Sin embargo...
Lor. Ese articulo es capaz
De trastornar el Estado.
Fab. Eso podría evitarse...
Lor. ¿Y cómo...?
Fab. No circulando
El número. Sí el señor
Secretario del despacho
Ha leido el memorial
Que hice poner en sus manos,
Por él verá que ni un solo
Ejemplar...
Lor. Hablemos claros.
(*A don Tadeo.*)
Si esto es verdad, no es difícil
Que se conjure el nublado;
Pero ¡ay de usted si procede
Con doblez!
Tadeo. ¡No, no! (Es un santo
Este hombre. ¡Y yo que temía...!)
Usted puede comprobarlo,
Tomando declaracion

A todos los operarios...
Lor. Es diligencia excusada.
Lo que importa en este caso
No es inquirir la verdad,
Sino evitar el engaño.—
¿Podemos hablar delante
(*En voz baja.*)
Del señor?
Tadeo. ¡Oh! Sin reparo.
El señor es otro yo.
Fab. Sí. Yo soy aquí empleado
Inamovible.
Lor. Muy bien.
Tadeo. Perdone usté. El sobresalto
(*Ofreciéndole una silla.*)
Me hizo olvidar... Aquí hay silla...
Lor. Déjela usted. Bien estamos.
El gobierno bien pudiera
Sin ser duro ni arbitrario
Multarle á usted, ocuparle
La edicion, y de un plumazo
Desterrarle de Madrid
Y suprimir su diario;
Pero teme que los otros
Hagan después comentarios...
El ministro que me envía
No gusta de dar escándalos.
Tadeo. ¡Oh verdadero señor
Excelentísimo!
Lor. Vamos.
Si usted me da su palabra...,
Su palabra de hombre honrado,
De quemar ese edicion,
Se le abonarán los gastos
Y además una decente
Gratificacion.
Tadeo. ¡Oh rasgo
De insigne, régia, inaudita
Longanimidad! Yo no hallo
Palabras con que expresar...
Lor. Aquí en la cartera traigo
(*Saca una cartera y de ella unos billetes de banco que dará á don Tadeo.*)
Veinte mil reales...
Fab. ¡Mil duros!
Lor. En diez billetes del banco.
Tadeo. ¡Ah! Déjeme usted besar
El polvo de sus zapatos...
De sus botas; botas son.
Yo no sé lo que me hablo...
¡Mil duros... cuando temía
Que me llevasen al palo...!
Ahora mismo en su presencia
De usted voy á hacer un auto
De fe con esos papeles
Malditos.—Vamos al patio...
Lor. Poco á poco, señor mio—
Antes de eso es necesario
(*Poniendo un papel sobre la mesa.*)
Que firme usted al momento
Este anuncio declarando.
Que su empresa ha concluido.
Tadeo. Con mucho gusto lo hago,
Que de empresas periodísticas
Estoy harto, y mas que harto.
¡Para lo que yo ganaba!
Fab. ¿Y yo, y yo? ¡Desventurado!
Tadeo. Amigo... ¡Paciencia!
(*Don Tadeo firma el papel.*)
Fab. ¡Cielos!
¡Ya lo firmó!
Lor. En el *Diario*
(*Guardando el anuncio.*)
De Avisos saldrá mañana.
Fab. Bien dije yo. Al perro flaco...
¡Al cabo yo soy la víctima
Dei propiciatorio!
Lor. En cuanto
Al autor de aquel artículo...
Tadeo, ¡Oh! Yo sobre eso me lavo
Las manos... Yo...
Lor. ¿Piensa usted
Que le amenaza algun daño?
Tadeo. Yo creía...
Lor. No, señor:
Nada. Todo lo contrario.
Es jóven de mucho mérito.
Aunque el artículo es agrio
Está escrito ¡vive Dios!
Con talento extraordinario.
Sin duda con los ministros
Estaría enemistado
Porque nadie se acordaba
De tan digno ciudadano.
Pero ya le hacen justicia,
Aquí traigo su despacho
De oficial del ministerio.
Déselo usted en su mano...
(*Le da un pliego cerrado.*)
Tadeo. «A don Agustin Peralta...»
(*Leyendo el sobre.*)
No es este...
Fab ¡Calle usted, diablo!
En voz baja interrumpiéndole.)
Válgale su buena suerte.
(*Don Fabrício se sienta á escribir un billete.*)
Tadeo. (¡Ah! Sí, ya estará casado
Con Paula...) Buena eleccion,
Porque es mozo muy bizarro,
Y patriota á toda prueba.
Ya se ve; sufría agravios...

Lor. Ya ve usted que el ministerlo
Se apresura á repararlos.
Tadeo. Y ¿ahora qué hacemos? ¿Quién sabe
(*A don Fabricio acercándose á la mesa.*)
Dónde estará ese muchacho?
Fab. Venga el pliego. Yo lo sé.
Ya le escribo que volando
Se vengan...
Tadeo. ¿Esas tenemos?
¿Con que usted...?
Fab. Ya está cerrado.
(*Ha puesto bajo un sobre el pliego del ministerio y su esquela : toca la campanilla y se levanta.*)
Amnistía general.
(*En voz baja á don Tadeo.*)
Yo fuí cómplice en el rapto.
Tome usted. Adonde dicen
(*Al portero, que entra, toma el pliego y parte.*)
Las señas. ¡Vivo! ¡En dos saltos!
Tadeo. Le remite el nombramiento.
¡Son tan amigos...!
Lor. Lo aplaudo.

ESCENA XVII.

DON LORENZO, DON FABRICIO, DON TADEO, DON ANTONIO.

Ant. Caballeros, con permiso...
Y beso á ustedes las manos.
Fab. (¡Cielos! ¡Don Antonio Perez!)
(*Viéndole y saliendo á recibirle.*)
Ant. ¿Cómo es que se tarda tanto
En repartir el periódico?
Fab. (Si se explica, nos da un chasco.)
Le diré á usted lo que ocurre.
(*Se lo llera á un extremo de la sala y hablan aparte. Don Tadeo habla con don Lorenzo.*)
Tadeo. (¡Huy! ¡El autor propietario
(*Viendo á don Antonio.*)
Del artículo! Alejemos
A este buen señor.) ¿No vamos
A hacer ese auto de fe?
Será soberbio espectáculo.
Lor. Bien. — Diga usted á su amigo
(*A don Fabricio.*)
Que vaya lo mas temprano
Que pueda...
Fab. Sí; al ministerio,
Lor. Porque desea tratarlo
Su excelencia; y que no tema...
Fab. Estoy, estoy...
Tadeo. Vamos, vamos.

ESCENA XVIII.

DON FABRICIO, DON ANTONIO.

Ant. ¡Calle usted! ¿Con que el gobierno
Ha suprimido el diario?
Fab. Por ese escrito incendiario
Que trajo usted del infierno.
Ant, ¿No tenía por ventura
La rúbrica del censor¿
Fab. Por hacerlo á usted favor
Lo pusimos sin censura.
¡Buena broma nos espera!
Ya la causa se ha empezado,
Y en poder del magistrado
Está la edicion entera.
Por casualidad extraña
Solo ese ejemplar quedó.
Ant. Veamos... Aquí estoy yo.
(*Ojeando el diario sobre la mesa donde está.*)
Fab. ¿Piensa usted que se le engaña?
¡Oh fatal diaricidio;
Ant. Este ejemplar guardaré
Si usté...
Fab. ¿Y si lo saben? ¿Eh?
Desde aquí voy á un presidio.
No, señor; no. Lo hago trizas;
(*Hace pedazos el diario.*)
¡Y pluguiera á Satanás
Que viese yo los demás
Reducidos á cenizas!
Ant. Al menos mi manuscrito...
Fab. ¡Oh pretension temeraria!
¡Si está unido á la sumaria
Como cuerpo del delito!
Y si el gobierno averigua
Que ha escrito usted el libelo...
Váyase usted...
Ant. ¡Santo cielo!
Fab. ¡Por la vírgen de la Antigua!
Ese hombre que estaba aquí...
Ant. ¡Que escucho! ¿Será tal vez...?
Fab. ¡El juez, don Antonio; el juez!
Y va á volver...
Ant. ¡Ay de mí!
(Y yo que tengo otros trapos...)
No hay que decirle, por Dios...
Fab. No...
Ant. ¿Trae alguaciles?
Fab. Dos;

Pero ¡qué par de gazapos!
Apele usted al ardid...
De la fuga.
Ant. ¡No, que no!
Esta noche duermo yo
A diez leguas de Madrid.
(*Se va corriendo.*)

ESCENA XIX.

DON FABRICIO, DON TADEO.

Fab. Como alma que lleva el diablo
Corre don Antonio. El susto
No le sale á dos tirones
Del cuerpo. ¡Dios, cómo sudo!...
Así no se atreverá
A publicar en ninguno
De los restantes periódicos
Su malhadado discurso.
Tadeo. Ya se ha ido don Lorenzo,
(*Entra ahora.*)
Después que ha tenido el gusto
De ver arder los diarios.
¡Qué gloria! No queda uno.
Fab. ¡Qué dolorosa catástrofe!
Tadeo. Creí que me ahogaba el humo.
Y esos muchachos ¿no vienen?
Fab. Calle usted... Creo que escucho
La voz de Paula...
Tadeo. ¡Ella es!

ESCENA ULTIMA.

DON FABRICIO, DON TADEO, PAULA, DON AGUSTIN.

Paula. ¡Padre mio...!
(*Va á echarse á los piés de don Tadeo y este la recibe en sus brazos.*)
Tadeo. Yo te indulto.
Abrázame.
Agust. ¡Don Tadeo!
¡Don Fabricio!
Fab. ¡Con qué gusto
Doy á usted mil parabienes
Por su inesperado triunfo!
Agust. Pero darme á mí un empleo...
Así... ¿Quién...?
Fab. Cosas del mundo.
Sic vos non vobis... Et cœtera.
Tadeo. Y el periódico... difunto.
Paula. Pues ¿cómo...? Explíqueme usted...
Fab. Ha ardido el último número.
Tadeo. Y yo bailo de contento.
Fab. Y yo me aflijo y me angustio.
Agust. Si comprendo una palabra
Que me aspen.
Tadeo. Es largo asunto.
En la fonda lo sabrás
Que allá vamos todos juntos
A celebrar tantas dichas.
Fab. ¡Yo olvidaré mi infortunio
En loor de la amistad!
Paula. ¿Qué tiene usted?
Tadeo. Está viudo.
Agust. ¡Cómo! ¿Murió doña Ambrosia?
Tadeo. No, pero bajó al sepulcro
Mi periódico, y él era
Su dama, su...
Agust. ¡Buen apuro!
Ya sabe usted, don Fabricio,
Que cuanto poseo es suyo,
Y ahora que por mi empleo
Espero tener influjo
Haré que usted se coloque...
Fab. Si quiere usted darme gusto,
Que sea en la redaccion
De la Gaceta. Así cumplo
Mi vocacion decidida
De periodista.
Tadeo. Ese flujo
He tenido yo tambien;
Pero de hoy mas, *¡abrenuncio!*
Paula. ¡Ah, cuánto me alegro!
Fab. ¿Por qué motivo...?
Tadeo. Por muchos.

A no háber previa censura,
Que es nuestro mayor trabajo.
Pues la mejor escritura
No está á cubierta de un tajo...;
¡Ay, que su fatal tijera
Aun recelo que me embista!...

¡Gran dicha fuera
Ser periodista!

A no ver que el pueblo vario
Tan propenso suele ser
A quemar hoy el diario
Que era su delicia ayer,
Creyendo de esta manera
Vencer la faccion carlista,

¡Gran dicha fuera
Ser periodista!

Si uno pudiera á lo menos
Dar gusto á todos y en todo,
Hoy que no hay dos hombres buenos

Que piensen del mismo modo,
Porque la discordia fiera
Anda demasiado lista,

¡Gran dicha fuera
Ser periodista!

Con cuatro mil suscriptores
Y lo que suelto se vende,
Y sin pagar redactores
Ni periódicos de allende,
Ni taquígrafo siquiera,
Ni regente, ni cajista,

¡Gran dicha fuera
Ser periodista!

A no haber reclamaciones,
Ya del cómico quejoso,
Ya de poetas ramplones,
Ya de un jefe quisquilloso,
Ya ¡gran Dios! de un calavera
Deslenguado y quimerista,

¡Gran dicha fuera
Ser periodista!

Mas con esa vida amarga,
Sin mil cuitas que no nombro,
Tan insoportable carga
Lleve el diablo sobre el hombro.
Aunque tenga mas dinero
Que el mas ladron prestamista...,

¡No mas quiero
Ser periodista!

EL AMIGO MARTIR,

COMEDIA EN CUATRO ACTOS,

REPRESENTADA POR PRIMERA VEZ EN MADRID, EN EL TEATRO DEL PRÍNCIPE EL DIA 10 DE OCTUBRE DE 1836.

PERSONAS.

CARLOTA.
DOÑA BASILIA.
DOÑA LEONCIA.
BLASA.
DON ANGEL.
DON RAMON.
DON VICENTE.
DON JULIAN.
RUFINO.
UN MOZO DE CAFÉ.

La escena es en Madrid. El acto primero y el cuarto en casa de doña Basilia: el segundo en el jardin de Apolio; el tercero en la calle.

ACTO PRIMERO.

Sala medianamente amueblada, con puerta á la derecha, que guia á la de la escalera y á las piezas interiores, y otra á la izquierda que conduce á un gabinete y al dormitorio de don Ramon y don Angel. En el foro habrá un balcon.

—

ESCENA PRIMERA.

DON ANGEL, DOÑA BASILIA, DON RAMON.

(*Aparecen sentados á un velador y acabando de desayunarse.*)

Bas. Otra tacita de té,
Don Angel.
Angel. No mas; ya no.
Bas. ¿Es porque la ofrezco yo?
(*Con zalamería bajando la voz.*
Ingrato!
Angel. ¡Ah!... Llénela usté.
Bas. Con que ¿hoy se come en Apolo?
Ramon. Sí.
Bas. Me abandonan ustedes
Aquí entre cuatro paredes.
Angel. La amistad...
(*Bajando la voz.*)
Bas. Que vaya él solo.
(*Lo mismo.*)
Ramon. ¡Calla! Déjale venir.
(*Aparte con doña Basilia.*)
Que yo allá le necesito.
Bas. Que vaya; pero, amiguito,
Todo hemos de vivir,
Angel. ¿Qué es eso?
(*Aparte con doña Basilia.*)
Bas. Nada. Le riño
Porque sin usted me deja.
Angel. Es infundada esa queja.
¡Me tiene tanto cariño!...
Bas. Y usted, como amigo fiel,
Le prefiere á mí.

Angel. No tal.
Ese afecto es fraternal,
Pero...
Bas. Tengo zelos de él.
Ramon. Siempre hablándose al oido...
Me picaré como hay Dios.
Angel. Lo mismo habla con los dos.
Ramon. Pero eres tú el preferido.
Bas. Supongamos que es verdad.
¿Querrá usted...?
Ramon. Solo deseo
Su ventura.
Angel. Así lo creo
De tu sincera amistad.
Bas. Pero ¿quién será el que lidie
Por ganar mi corázon?
Es harto mesuqino el don
Para que nadie lo envidie.
Angel. ¡Qué bien sienta la modestia
En una hermosa!
Bas. ¿Sí? Doy
A usted mil gracias.
Angel. (Me voy
A enamorar como un bestia.
¡Qué mujer! A su asciendente
Yo no puedo resistir.)
(*Se levanta, y hacen lo mismo dona Basilia y don Ramon.*)
Ramon. ¿Te vas?
Angel. Tengo que escribir
A mi tio don Vicente.
Ramon. Bien. Vistiéndome te espero.
Angel. Dos correos me han faltado
Y me tiene con cuidado,
Que como á un padre le quiero.
Ramon. ¡Qué alma cándida! ¿Lo ves?
(*Aparte á dona Basilia.*)
Bas. Sí.
Ramon. La brevedad te encargo.
Angel. Descuida. No seré largo.
Hasta luego.
Bas. Hasta después.

ESCENA II.

DON RAMON, DOÑA BASILIA.

Ramon. Está perdido por tí.
Bas. ¡Em...!
Ramon. No lo dudes, Basilia.
Bas. Me dice cosas muy dulces,
Mirándome se extasía,
Y si amorosa le hablo
Se anega su alma en delicias;
Mas, ora sea respeto,
Ora sea cobardía,
Aun no me ha dado ninguna
De esas pruebas positivas...
¿A qué espera, que no me habla
De consorcio todavía?
Mucho temo que no sea
Tan platónica y tan fina
Como tú te la figuras
La pasion con que me mira.
Ramon. ¡Qué! ¡Si es un alma inocente
Sin doblez y sin malicia!
Yo, con ser hombre y faltarme
Los suspiros, las risitas,
Los dengues y las demás
Femeniles baterías,
Hago cuanto quiero de él.
Y una muchacha tan linda,
Tan graciosa como tú
¿No ha de lograr su conquista?
Bas. Él me ama, sí: no lo dudo.
Durante los ocho dias
Que has pasado en Talavera
Al lado de tu familia
Mucho mi imperio ha crecido
Sobre aquella alma novicia.
Ya se ve; ningun objeto
De mi amor le distraía,
Ni me hacía oposicion
La amistad de un egoista.
Ramon. Mil gracias por la lisonja
Ya en tu carta me decias
Lo bien que andaba el negocio
Y excusado es que repita
El placer que tuve en ello,
Pues con el alma y la vida
Deseo tu bienestar.
Bas. Sí; basta que tú lo digas.
¡Falso!
Ramon. Me da pesadumbre
Verte en viudez desvalida
Siendo tan bella, tan jóven...
Bas. ¡Qué descarada mentira!
Si es así, ¿por qué rehusas
Llevarme á la vicaria?
¿Por qué, traidor, tus palabras
Y mis finezas olvidas?
¿No me juraste...?
Ramon. ¡Ay... por Dios.
Por Dios...! ¡Cosas tan antiguas...!
¡Buen matrimonio por cierto!
¿Estás en tu juicio, chica?
Yo mas probre que las ratas;
Tú caprichosa y bonita...
¡Halagüeño porvenir!
¡Deliciosa perspectiva!
Yo te juré... A punto fijo
No lo sé, por vida mia,
Porque á los piés de una bella

Todo se jura, Basilia.
Bas. ¡Y tan crédulas nosotras!
Ramon. Sin duda te juraría
Hacerte feliz; ¿y acaso
No lo cumplo? ¿Hay mayor dicha
Para tí que ser esposa,
No de un pobre, no de un *quidam*
Como yo, sino de un mozo
Que tiene un genio de almíbar,
Y es cosechero en Marchena,
Y con un tio en Lebrija
De quien hereda un caudal
En olivares y viñas?
?Y á quién debes esa alhaja
Sino á mí, desconocida
Mujer?
Bas. No niego la deuda;
Pero te das tanta prisa
Con tu oficiosa amistad
A beneficiar la mina,
Que si no me caso pronto
Me voy á quedar *per istam.*
Ramon. ¡Ponderacion!... No hay cuidado.
Son vinculadas la fincas.
Y tuyo será; lo espero;
Mas ¡guarda! no le persigas
Demasiado ni con quejas
Ni con amantes caricias,
Que irrita la sujecion
Y la lisonja fastidia.
Un ten con ten..., un buen medio...,
Algo de coquetería...
Ya me comprendes. Si llega
A penetrar que codicias
Su mano, ¡mujer al agua!
Si débil ó compasiva
De su platónica mente
Las ilusiones disipas,
Es negocio concluido :
Viudez tienes para dias.
Bas. Demonio predicador,
¿Le enseñas esa doctrina
A la andaluza beldad
Cuya mano solicitas?
Ramon. Buena boda, aunque no tanto
Como la tuya. — Y la niña
Es frívola si las hay
Con sus ribetes de altiva;
Pero una casa en Madrid,
Que nunca se desalquila
Porque está muy bien situada
Y produce en renta limpia
Dos mil duros, no es un grano
De anís.
Bas. Pero ¿ está propicia
La muchacha?
Ramon. Hoy me prometo
Acabar de persuadirla
En Apolo, mientras Angel
Se divierte con la tia.
Mas ya hemos charlado mucho,
Y si sospechan lo intriga...
Bas. Sí; me voy á mis haciendas,
Adios.
Ramon. Adios, alma mia.

ESCENA III.

DON RAMON, RUFINO.

Ramon. Aun está escribiendo. ¡Oh cándido,
(*Mirando adentro.*)
Oh cariñoso sobrino! —
Nos vestiremos. — ¡Rufino!
¿Nadie responde?
Ruf. Allá voy. (*Dentro.*)
Ramon. Un criado tan estúpido
No le hay en Madrid.

ESCENA IV.

DON RAMON, RUFINO.

Ruf. Presente.
Ramon. Si no eres mas diligente
Te despido, como soy.
Ruf. A mí... Usted...
Ramon. Como una pólvora
Has de ser cuando te llamo.
Ruf. Ya lo soy cuando mi amo...
Ramon. ¿Eh? Yo soy tu amo tambien.
Y á mí no me gustan réplicas.
¿Entiende usted, tio Camuñas?
Ruf. (Si me valiera...)
Ramon. No gruñas.
(*Se ha puesto en magas de camisa.*)
La corbata.
Ruf. (¡Estamos bien!)
Ramon. ¿Dónde vas? Abre esa cómoda
Y sácame la escocesa.
Ruf. ¿La de mi señor?
Ramon. Sí; esa.
Ruf. Pero...
Ramon. Él se pondrá la azul.
(*Tomándosela á Rufino y poniéndosela.*)
Ruf. (El tal amigo es un despota.)
Ramon. Dame ese chaleco negro...
El ramadeo.
Ruf. ¡Me alegro!
¿Y mi amo? (*Le da el chaleco.*)

Ramon. ¡Calle el gandul!
La levita.
Ruf. ¡Qué...!
Ramon. Despáchate.
Ruf. ¿La de mi amo?
Ramon. Pues; la verde.
Vamos, quel el tiempo se pierde.
Ruf. Vaya.
(*Dándosela. y lo demás que índica el dialogo.*)
Ramon. Hoy no salgo de frac.
El sombrero nuevo...
(*Rufino va á darle otro.*)
¡Pícaro!
Del nuevo te estoy hablando.
El mio está ya tan blando
Que puede servir de clac.
Guantes...
(*Mirando los que le da Rufino.*)
No están muy católicos.
Los compraré de camino.
Venga ahora el baston, Rufino.
Ruf. ¿Cuál? ¿El de puño de boj?
Ramon. No. Me gusta mas el de ébano
Con puño de filigrana.
Ruf. (Le diera de buena gana
(*Con el baston en la mano.*)
Un...)
Ramon. Me olvidaba. El reloj.
Ruf. Pero eso es dejar *in púribus*
A mi amo, y después...
Ramon. Camello,
Tu amo tiene gusto en ello.
Ruf. (Si me consultara á mí...)
Ramon. Entre dos amigos íntimos
Todo es comun. Ahí le dejo
Mi equipaje.
Ruf. (Malo y viejo.
Cualquiera es amigo así.)

ESCENA V.

DON ANGEL, DON RAMON, RUFINO.

Angel. ¡Hola! ¡Estás vestido ya!
Ramon. Eso lo hago yo en un soplo.
Ruf. (Fácil es con los criados
Y los vestidos del prójimo.)
Angel. Esa levita...
Ramon. Es la tuya.
A fuer de galan y novio
Tiene uno que presentarse
A su dama con decoro,
Que si por eso no fuera...
Ya sabes que soy filósofo,
Y nunca me han desvelado
Superficiales adornos.
Angel. Cierto, sí.
Ramon. ¿Me sienta bien
La corbata?
Angel. Espera un poco.
(*Arreglándosela.*)
El lazo está desigual...
¡Ah! ¡Mi saboneta de oro!
Ramon. ¡Ah! Sí. — ¿Te hace falta?
Angel. No.
Ramon. Por no pregunta á otro
Qué hora es si Carlotita
Desea saber... Con todo,
Si la quieres...
Angel. ¡Qué bobada!
Llévala. Soy muy gustoso
En que la luzcaz.
Ramon. ¡Oh Angel!
¡Verdadero ángel custodio
Para mí! Dame un abrazo.
Cuanto yo poseo, todo,
Todo es tuyo.
Angel. Ya lo sé.
Ruf. (¡Qué amigo tan generoso!)
Ramon. Ni á su Pílades Orestes,
Ni Teseo á Piritóo
Amaron con tantas veras
Como yo te amo.
Ruf. (¡Y el bobo
Se lo cuela!)
Angel. Y yo, Ramon,
Que tu alma noble conozco
Con tener tan buen amigo
Me reputo venturoso.
Ruf. (Lástima y rabia me da.)
Ramon. Si con halagüeño rostro
Me mira un dia la ingrata
Fortuna, ¡con cuánto gozo
Te pagaré las finezas
Que te debo, y dadivoso...!
Mas ¿qué digo? Yo te ofendo.
Perdona este desahogo
De mi justa gratitud,
Querido amigo. No ignoro
Que llevan ciertos servicios
La recompensa en sí propios.
Angel. Basta ya : no me sonrojes.
Si un decente patrimonio
Me procura la ventaja
De mitigar el encono
De tu suerte, caro amigo,
Tu corazon afectuoso
Recompensa con usura
Esos que yo me abochorno
De oirte llamar servícios.

El favor de un poderoso,
La casualidad, la industria
Pueden de un momento á otro
Hacer grande y opulento
Al que yacía en el polvo;
Mas un verdadero amigo
Es don el cielo precioso,
Y pocos tienen la dicha
De encontrar ese tesoro.
Ramon. Vuelve á abrazarme. Mejor
No hablara san Juan Crisóstomo.
Tú me haces justicía; sí,
Que el alma mia... Yo lloro
De júbilo.
Ruf. (¡Hipocriton!)
Angel. ¿A qué vienen los sollozos
(*Enjugándose una lágrima.*)
Ahora...?
Ramon. Preciso fuera
Tener una alma de plomo,
Angel mio; para oirte...
Angel. Vamos... (*Consolándole.*)
Ramon. Hablar de ese modo...
Sin enternecerse. — Vaya,
Hasta después. Ahora corro
A alquilar la carretala
Con los dos caballos tordos...
No quiero que tú te tomes
Esa molestia. — Supongo
Que no irás desprevenido,
Que el gasto no será flojo.
En casa de Carlotita
Tu espero. No tardes.
Angel. Pronto
Me tienes allí.
Ramon. ¡Cuidado
No te embelesen los ojos
De la patroncita amable
Y te olvides nosotros!
Angel. No faltaré.
Ramon. ¿No es verdad
Que es bella?
Angel. ¡Ah! Sí.
Ramon. Y un asombro
De donaire, de dulzura...
¡Oh! Y es limpia como nn oro;
Y mujer de mas gobierno
Que un agente de negocios;
Y te quiere.., ¡Oh! te idolatra.
Aagel. Sí; yo creo...
Ramon. Y tú estás loco
Por ella. ¡Mejor pareja...!
Sois el uno para el otro.
Anímate, y en un dia
Se harán los dos matrimonios.
Angel. ¡Casarse...!
Ramon. Sí.—Ya hablaremos
Mas despacio... Adios, buen mozo.

ESCENA VI.

Don ANGEL, RUFINO.

Angel. ¡El buen Ramon!... Menos piensa
En su dicha que en la mia.
Pruebas me da cada dia
De su gratitud inmensa.
Ruf. ¡Maldita sea su casta!
¿Pruebas son mandar en todo,
Comérsele á usted un codo,
Ponerse su ropa...?
Angel. Basta.
Cuanto tengo es de mi amigo;
Nada le debo tasar,
Que á estar él en mi lugar
Lo mismo haría conmigo.
Ruf. Sí, señor; así lo ofrece,
Pero...
Angel. ¿Quieres que te plante
En la calle? ¡Hola!
Ruf. Adelante.
Sarna con gusto no escuece.
Angel. Sin respeto no le nombres,
Que yo sé lo que me hago.
¿Soy yo acaso algun monago?
Ruf. No.
Angel. Yo conozco á los hombres.
Ruf. Perdone usted. La lealtad
Me engañará...
Angel. Así lo pienso.
Yo sé bien à quién dispenso
Mi cariñosa amistad.
Ruf. Aquí han traido estos créditos
(*Sacando unos papeles que da á su amo.*)
Para que usted...
Angel. ¿De quién son?
Ruf. Son deudas de don Ramon.
Angel. Dos onzas, y una de réditos...
(*Examinando una de las cuentas, y luego las demás.*)
¡Horrible nsura en dos meses!
Así en un año cabal
Tres veces el capital
Importan los intereses.
El pobre estaba apurado,
Y como es tan caballero...
Mas teniendo yo dinero
No ha de vivir empeñado.—
Aquí firma otro acreedor.
Pedro Celestino Prieto.
No conozco á este sujeto.
Ruf. Es famoso jugador.

Angel. ¡Fatal juego! Yo sé que él
Aborrece hasta su nombre,
Pero hay casos en que el hombre
Por no hacer un mal papel...
Suma todo; no es exceso:
Cuatro mil Los pago, y listo.
(*Saca dinero de la cómoda y lo entrega á Rufino.*)
Ruf. (El don Ramon, está visto,
Le tiene sorbido el seso.)
Angel. Proveamos el bolsillo
(*Poniendo oro en un bolsillo de seda.*)
Para el gasto que hoy ocurra.
Ruf. (¿Quién le apea de su burra?
Le engañan como á un chiquillo.)
Angel. Vamos; corbata y chaleco.
Ruf. Ahí va. La otra...
(*Ayudándole á vestir.*)
Angel. Ya sé.
Ruf. Y un chaleco de piqué,
Color de membrillo seco.
Angel. La levita... ¡Ah! voto al Draque...
Mi caro amigo la tiene.
¡Y ese sastre que no viene!...
Vamos, me pondré su fraque.
Cepilla, y dámelo pronto.
Ruf. Raido está.
(*Acepillando el fraque.*)
Angel. Bien; ¿y qué?
Ruf. Aquí donde usted lo ve,
No tiene pelo... de tonto.
Angel. Por ser de Ramon lo estimo,
Y con el trueque me allano,
Que soy su amigo y su hermano.
Ruf. (Yo digo que eres su primo.)
A poco que usted se abroche
Salta el paño.
Angel. No hace frio.
Ruf. ¿Manda usté algo, señor mio?
Angel. Nada mas. Hasta la noche.

ESCENA VII.

DON ANGEL.

Aquí Ramon me ha dejado
Su sombrero y su baston.
(*Se pone el sombrero.*)
Bien me está. ¡Vaya, tenemos
Igual cabeza los dos!
¡Poder de la simpatia!...
Pero se hace tarde. Voy...

ESCENA VIII.

DON ANGEL, DOÑA BASILIA.

Bas. ¿Se va usted sin despedirse
De su tierna amiga?
Angel. No;
Que iba á entrar...
Bas. ¡Oh! no es extraño
Que vaya usted tan veloz
Donde hermosuras le aguardan.
Angel. ¿Hermosuras? ¿Cuáles son?
La que ese nombre merece,
Aunque á usted tan inferior,
Bien sabe usted, Basilita,
Que es prenda de don Ramon.
La dama cuyo galan
En esa partida soy
No es para inquietar á nadie,
Que ya cincuenta cumplió.
¿Teme usted que me enamore
Semejante cronicon,
Y me rinda á los hechizos
Del reumatismo y la tos?
Bas. ¿Cuándo el amor verdadero
De los zelos se libró?
Pero si usted me promete
Que no ha de serme traidor
Aunque su ausencia me aflige
Por satisfecha me doy.
Angel. Esa dulce confianza
Bien la merece mi amor.
Bas. Vaya, divertirse mucho;
¡Y guárdese usted del sol!
Angel. Mi sol está en esa cara.
Bas ¿Es de veras? ¡Picaron!
Angel. ¿Quiere usted algo de Apolo?
Bas. Tráigame usted una flor.
Angel. ¿Cuál será?
Bas. La siempreviva,
Imágen de mi pasion. —
Pero ese frac tiene motas.
El cepillo...
(*Lo toma y acepilla á don Angel.*)
Angel. Bien estoy.
Bas. ¡Eh, déjese usted servir!
Angel. No merezco tanto honor
Bas. Sin vanidad, ¿habra muchas
Camareras como yo?
Angel. ¡Divina!... (Mas que el vestido
Me cepilla el corazon.
¡Ah! si no temiera...
Bas. ¡Cielos!
Rufino no reparó...
¡Qué zafios!
Angel. ¿Alguna mancha?

Bas Se está cayendo un boton.
Lo coseré en un momento.
Angel. Dejarlo. ¡Válgame Dios...!
Tanta molestia... ¿Qué importa?
Si fuera en el pantalon...
Bas. Yo lo he de coser. No quiero
Que corra por ahí la voz
De que no cuido á mis huéspedes
Con esmero y con primor.
Voy por la aguja.
(*Vase y vuelve luego.*)
Angel. Señora...
¡Qué singular sensacion
Produce en mí esa mujer!
La adoro, y me da temor...
Me embelesan sus halagos,
Mas no sé por qué razon
Quisiera que no me amase.
Bas. Vamos.
Angel. ¡Ah!... ¿Me quito...?
(*Hace ademan de quitarse el fraque.*)
Bas. No.
Se puede usted constipar.
Angel. Vaya...
Bas. Corre un viento atroz.
(*Cosiéndole el boton.*)
Angel. (¡Tan cerquita, y yo cobarde...!
¡Qué pecho! ¡Qué manos! ¡Oh!...
Bas, ¡Maldita aguja!
Angel. (¡Ay! La siento
Palpitar... ¡Qué situacion!)
Bas. ¿Le molesto á usted?
Angel. ¡A mí!
No,... vida mia... (¿La doy
Un beso?... ¡Es mucha osadia!)
Bas. Ya no faltan mas que dos
Puntadas.
Angel. (No puedo mas...)
(*Pasando suavemente el brazo por cima del hombro de doña Basilia*).
¡Basilia mia!
Bas. ¡Traicion!
¡Cojerme así,... descuidada¡
¡Abusar de mi candor!
Angel. ¡Qué! ¿tan grave es mi delito?
(*Turbado.*)
Bas. ¡Empañar así el crisol
De mi honra!
Angel. Cálmese usted.
No ha sido tal mi intencion,
Basilia.
Bas. Si algun vecino,
Si algun criado lo vió...
Angel. ¡Señora!...
Bas. ¡Desventurada!
¡Perdí mi reputacion!
¿Eso es quererme! ¿Eso hace
Un caballero español?
Angel. ¡Basilia!... (¡Es una Lucrecia!
¡Un modelo de pudor!
¿Y aun vacilaré?) ¡Basilia!
Si erré, te pido perdon.
Bas. Sí, el corazon te perdona;
Mas la virtud... (Se clavo.)
Angel. Nunca fué mi pensamiento
Conspirar contra tu honor;
¡Nunca! yo te juro...
Bas. Acaba...
Angel. Gente viene. ¡Adios! ¡Adios!

ESCENA IX.

DOÑA BASILIA, RUFINO.

Bas. (!Mal haya, amen, la vida
Del importuno...!)
Ruf. Perdone usted, señora,
Si la interrumpo.
Bas. ¡Es mucha audacia!
Ruf. Si hubiera yo sabido
Que incomodaba...
Bas. Criados... mal criados
Siempre incomodan.
Sépalo el insolente
Por si lo ignora.
Es villanía
Colarse de ese modo
Cuando hay visita.
Ruf. Vengo á arreglar el cuarto...
Bas. ¿Qué prisa corre?
Váyasse á la antesala;
No me sofoque.
Ruf. ¡Doña Basilia!...
Eso aumenta diez grados
A mi malicia.

ESCENA X.

DOÑA BASILIA.

¡Bribon!.. ¡Entrar el zafio
Cuando mi dueño
Ya iba á darme palabra
De casamiento!
Y ahora ¿qué hago yo?
No es para cada dia
Coser un boton.
La timidez de ese hombre
Me desespera,
Que á fuerza de fingirlo
Le amo de veras.

¡Será una ganga
Si trasquilada salgo
Yendo por lana!

ESCENA XI.

Doña BASILIA, RUFINO.

Ruf. Señora... Usted perdone.
(*A la puerta.*)
Un caballero
Quiere hablar...
Bas. Adelante.
Ruf. Voy al momento. (*Vase.*)
Bas. ¿Será otro huésped
Acaso...? ¡Ay! Es vetusto.
¡Maldita suerte! (*Se sienta.*)

ESCENA XII.

Doña BASILIA, Don VICENTE.

Vic. A los piés de usted, señora.
Bas. Servidora.
Vic. Vengo en busca
De don Angel...
Bas. Ha salido.
Tome usté asiento si gusta.
Vic. Sí; ya me han dicho que acaba
(*Sentándose.*)
De salir. Poca fortuna
Es la mia.
Bas. (¿Quién será?)
Vic. Ya no volverá sin duda
Hasta la hora de comer.
¿Come en casa?
Bas. Lo acostumbra,
Mas hoy come fuera...
Vic. ¡Diantre!
¡Ocurrirle esa diablura
Cuando...! ¿Es comida de fonda?
Bas. Cierto.
Vic. ¿Y en cuál de mas muchas
Que hay en Madrid?
Bas. En Apolo.
(Ya me enfadan sus preguntas.)
Usted será forastero.
Vic. ¿Es acaso mi figura
Tan provincial...?
Bas. No señor,
Pero...
Vic. Es que... ese aire de chunga...
Estas gentes de Madrid
De todo el mundo se burlan.
Bas. ¿Burlarme yo? No por cierto.
Vic. Aunque mecieron mi cuna
A muchas leguas de aquí,
Mi educacion es tan pulcra
Como la del mas erguido
Cortesano.
Bas. ¿Quién lo duda?
Vic. Ni Madrid me espanta á mí
Como á la gente palurda,
Que no lo conozco yo
De ahora. Cuando la jura...
Bas. Pero por llamar á un hombre
Forastero ¿se le insulta?
Vic. ¡Eh...! No. Pero... por si acaso...
Bueno es que uno se sacuda. —
Con que ¿es decir que don Angel
Anda de broma y de bulla,
Y hasta la noche no vuelve?
¿A qué hora?
Bas. No es muy segura.
Unas veces á las doce,
Otras veces á la una...
Vic. ¿A la una dice usted?
(No me agrada esa conducta.)
Pues ¿dónde pasa la noche?
Bas. No soy confidente suya.
Con sus amigos, supongo;
En el teatro... Hoy anuncian
Opera nueva en la cruz,
Y es muy posible que acuda...
Vic. ¡Ah! Bien. Irá á la luneta...
Bas. Mas bien irá á la tertulia.
Vic. A la tertulia..., al teatro ..
¡Vaya, que es usted muy chula!
¿Cómo ha de estar en dos partes
A un tiempo? ¿Creo yo en brujas?
Bas. ¡Oh! No. Tertulia se llama...
Vic. ¡Ahora falta que me instruya
De lo que tengo olvidado!
Sociedad donde se juntan
Varias familias, y juegan
O bailan, cantan, murmuran...
¿Si pensará esta señora
Que soy alguna lechuza
Insociable...?
Bas. (¡Diablo de hombre!
Todo se le antoja pulla.)
Tertulia es aquí tambien
Un corredor que circunda
El teatro, mas arriba
De los palcos. — Pero, en suma,
¿Qué quiere usted? qne con tanta
Interrogacion me abruma.
Vic. Eso es decirme que soy
(*Se levanta, y tambien doña Basilia.*)
Entrometido.

Bas. ¡Ay, qué angustia!
Vic. O suponerme alguacil,
Escribano de la curia,
Agente de policía...
Bas. Mientras usted no descubra
Quién es, puedo presumir
Lo que guste.
Vic. Sí; la culpa
Es mia. Pues sepa usted,
Para que no me confunda
Con gente ruin, que yo soy
Don Vicente Gil Fonrubia,
Hacendado de Lebrija...
Bas. ¡Cómo!... ¿Es usted...? ¡qué ventura!
Tio de don Angel....
Vic. ¡Pues!
Tio carnal. ¡Qué! ¿no es justa
Mi curiosidad?
Bas. Sí tal.
Perdone usted. Como nunca
Tuve el honor...
Vic. Excusemos
Cumplidos que me importunan.
Bas. ¡Cuánta va á ser la alegría
De don Angelito!
Vic. ¡Mucha!
Todo el dia de jolgorio,
Toda la noche de tuna...
Así se acuerda de mí
Como del moro Muza.
Bas. ¡Si se hace lenguas de usted!
Vic. Sí, y en las cartas me adula...
Pero eso no me contenta
Cuando veo que le acusan
De tronera, disipado...
Bas. ¿Quién levanta esa calumnia?
Viq. ¿No acaba usted de decirme
Que anda siempre de trifulca?
Bas. Se divierte como jóven,
Pero siempre con cordura.
Vic. Basta. Yo me informaré...
Bas. (¡Oh... qué cara tan adusta!)
Mandaremos á buscarle.
Verá usted cuál se apresura...
Vic. Eso no; de ningun modo,
Que así mi intencion se frustra
De sorprenderle. Esta tarde
Iré á Apolo, con la ayuda
De Dios, y allí nos veremos.
En tanto, que no trasluzca
Nadie mi venida, ¿Estamos?
Bas. Callaré como una muda.
Vic. ¡Cuidado! Ahora déme usted
Habitacion, si hay alguna
Desocupada.
Bas. Allá dentro
Hay una sala muy cuca.
¿Quiere usted comer aquí?
Vic. Sí; pero solito...
Bas. Hay truchas...
Vic. (Y una de ellas eres tú.)
Bien está.
Bas. ¿Qué postres?
Vic. Fruta...
Cualquiera cosa. ¿Mi cuarto?
Bas. Voy... Sígame usted si gusta
(Este tio me degüella.)
Vic. (Esta mujer me repugna.)

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa una de las placetas del jardin de Apolo. Rosales, arbustos, bancos de piedra; á un lado una mesa, y sillas rústicas al rededor. Pendiente de un pilar de madera habrá un farol que se encendrá á su tiempo.

ESCENA PRIMERA.

DON ANGEL, DON RAMON.

Ramon. En arreglar su *toilette*
Aun tardarán un buen rato
Las señoras. Esperemos
Sentados en ese banco. (*Se sientan.*)
¡Qué comida tan soberbia!
Angel. Exquisita. Ha habido platos
Selectos.
Ramon. ¡Oh! cuando yo
Tomo una cosa á mi cargo...
Angel. Te has lucido, amigo mio,
¡Cuánto me alegro!
Ramon. Y el gasto
No es excesivo. A doblon
Por cabeza, y los helados;
Los vinos... Importa todo
Cuarenta duros escasos.
Angel. ¡Qué! ¿me das cuentas ahora
Cual si fueses mi criado?
Al entregarte el bolsillo
¿He puesto límite acaso
A tu liberalidad?
Ramon. Nada de eso. Sin embargo,
Mi delicadeza...
Angel. Vaya;
Punto final, ó me enfado.
Ramon. ¡Qué quieres! Aun entre amigos
Causa una especie de empacho

Estar recibiendo un hombre
Contínuamente agasajos
Sin poder... ¡ Y con mi genio,
Tan desprendido y tan franco
Que no tengo nada mio!
¡ Si tú me hubieras tratado
En mi próspera fortuna!
Dinero, mesa, caballos... ;
Todo era de mis amigos.
No había pobre á mi lado.
Ya ves ; rico negociante,
Jóven, solo... No era extraño.
Mas la falsa bancarrota
De un corresponsal villano
Que dispuso de mis fondos,
Y después lo del naufragio...

Angel. ¡ Qué lástima! Una goleta
Llena de añil y cacao...

Ramon. ¡ Eh ! No te quiero afligir
Con recuerdos tan amargos.
Hablemos de nuestras novias,
Y una higa á lo pasado.

Angel. Si he de decirte verdad
Creo que la tuya es algo...

Ramon. Habla. ¿Por qué te detienes?

Angel. Lo tomarás por agravio.

Ramon. ¿ Yo? ¡ Qué locura!

Angel. Pues bien;
Te lo diré sin reparo.
Tu Carlotita es muy linda,
Mas de un carácter tan vano,
Tan superficial... Ya pones
Mal gesto; te picas... Callo.

Ramon. No me pico. Lejos de eso
Tu sinceridad aplaudo.
No me ciega la pasion.
Con efecto, he reparado
En Carlota esos defectos.
Pero tiene pocos años.
Y es fuerza ser indulgente.
Luego que estemos casados
La corregiré, lo espero,
De esos pueriles resabios,
Que aunque la criaron mal
Su corazon está sano.

Angel. Dices bien. Me has convencido.
(¡ Qué hombre!) No abre sus labios
Sin decir una sentencia.)

Ramon. Tú te excusas el trabajo
De educar á tu consorte.
Doña Basilia... ¡Qué hallazgo!
Esa es toda una mujer.
¿ A quién darías tu mano
Que mejor la mereciese?

Angel. Yo la quiero ; la idolatro,
Pero..., la verdad; así...,
Como si fuera su esclavo;
Como si al alma oprimiera
Algun yugo involuntario...
Siento rubor si me mira,
Como si fuese un muchacho.
Cuando la veo me encanta;
Y, con todo, no descanso
Sino lejos de su vista.
¿Si algun funesto presagio
Sentirá mi corazon?
Yo no comprendo este arcano.

Ramon. ¡ Pobre mozo! Ya se ve:
Como tú nunca has amado
Hasta ahora .. Esos temores,
Combates y sobresaltos
Siempre han sido inseparables
Del primer amor. El santo
Dulce vínculo nupcial
Te curará por ensalmo
De inquietudes y aprensiones.
Sea amor impuro ó casto,
No es dichoso sin la grata
Posesion del bien amado.
Tú no querrás obtenerla
Con seducciones y engaños...

Angel. No: ¡jamás!

Ramon. Pues bien; el médico
De tu mal es el vicario.—
Pero las damas no vienen.
Volvamos allá. (*Se levantan.*)

Angel. Volvamos.

Ramon. ¡Por Dios que no te descuides
En dar á la tia el brazo!

(*Aparece por el foro don Julian observando.*)

Angel. ¡Ah, qué cotorra! ¡Qué plepa!
Si no te quisiera tanto,
Antes que ser su escudero
Me dejara dar de palos.

Ramon. Tanta bondad me confunde.
¡ Eres una alhaja! Vamos.

ESCENA II.

DON JULIAN.

(*Fumando un puro.*)

Ellos son. ¿Qué harán aquí?
¿ Apostemos á que hay cita?
Mas no veo á la primita
Y todo el verjel corrí.
¡Olvidarme así en la ausencia,
Mujer ingrata y voluble,
Cuando en lazo indisoluble
Creí...! Pierdo la paciencia.
¡ Nunca fuera yo á Logroño
Mas ¿quién entonces creyera

Que no fuese fiel siquiera
Desde el estío al otoño?
En tanto que á mis afanes
Tan insensible se muestra,
Cate usted que en la palestra
Se presentan dos galanes....
Mas la inconstante beldad
¿A cuál corresponde, cielos?
Son amigos... y con zelos
No puede haber amistad.
¿Será mi rival acaso
El don Ramon? ¡Qué tormento!
¿O el don Angel.. ? ¡Uf! Me siento
(*Se sienta y se hace aire con el sombrero.*)
De ira y de calor mi abraso.
Calla la infiel, calla Blasa...
Para que yo me impaciente,
La tia, todo viviente
Está de acuerdo en las casa.
¡Por vida de san Ginés!...
¿Hay suplicio tan fatal
Como tener un rival
Y no saber quién lo es?
Mas hoy de la duda saigo,
Y el que sea mi enemigo
Se habrá de batir conmigo
Y verá lo que yo valgo
Yo no sufro, vive Dios ..
Mas si huyendo la refriega
Este calla, el otro niega...
Entonces mato á los dos.

ESCENA III.

Don JULIAN, Don VICENTE

Vic. (Ni le encuentro en el billar,
Ni dan razon en la fonda,
Y en vano errante le busco
Hace mas de media hora.
Ya se ve; entre tanta gente
¿Quén encuentra una persona
Determinada?— Y tal vez
Se le habrá puesto en la cholla
A mi sobrinito el irse
A otra parte con la broma.
¡Eh! .. fumemos un cigarro
En este banco á la sombra.)
Jul. (Yo los busco; está resuelto,
(*Se levanta.*)
Y la espada ó la pistola...)
Vic ¿Quiere usted darme la lumbre
Si no le hago mala obra?
Jul. No por cierto. Tome usted.
Vic. (Este quizá le conozca.)
Gracias. ? Podrá usted decirme...?
Disimule usted si es tonta
Mi pregunta, caballero,
Porque en esta Babilonia
No es muy fácil...
Jul. Ciertamente;
No es fácil que yo responda
Mientras usted no se explique.
Vic. ¿Conoce usted por dichosa
Casualidad á un don Angel
Rodriguez Fonrubia ..?
Jul. ¡Toma
Si le conozco!
Vic. ¿De veras?
Y... dígame usted...
Jul. Ahora
Estaba pensado en él.
Vic. Es decir que usted le honra
Con su amistad...
Jul. No, señor.
Si usted tiene alguna cosa
Que decirle, por ahí anda
Paseando.
Vic. (La patrona
Dijo bien.) Gracias, amigo.
Jul. Parece que usted se informa
Con interés singular....
Apostemos una dobla
A que es usted...
Vic. ¿Quién?
Jul. Su tio.
Vic. Cierto; usted no se equivoca.
Pero usted ¿de dónde sabe...?
Jul. Soy fisonomista
Vic. ¡Oiga!
¿Tengo yo cara de tio?
Jul. No digo tal.
Vic. ¡Es chistosa
La ocurrencia!
Jul. Ahora será
Justo que usted corresponda
A mi atencion. Por acaso
¿Ha visto usted dos señoras
Que ando buscando, hija y madre;
La madre gruesa, frescota;
La hija bonita, ojos negros...?
Vic. Todas las madres son gordas;
Todas las hijas son bellas
Para el galan que las ronda.
Yo, además, soy forastero
Y nunca tuve la nota
De curioso.
Jul. Como es hoy
Dia de fiesta, andan otras
Por el jardin... Y ¡qué diablos!
Usted que vendrá de Astorga
O ¿qué me sé yo de dónde...

Vic De Lebrija.
Jul. Es igual.
Vic. ¡Hola!
Yo nunca fuí maragato.
Jul. Bien; de Lebrija. ? Qué importa?
¿Cómo ha de saber usted...?
Apostemos una onza...
Vic. ¡Oiga usted, caballerito!
¿Presume usted que me asombra
Con onzas á mí?
Jul. No. ¡Vaya;
Usted de todo se amosca!
Bien podía yo apostar
Sin peligro de mi bolsa
A que usted jamás oyó
Nombrar á doña Leoncia
Suarez...
Vic. ¡Vea usted lo que es
Hablar á tontas y á locas!
Si llego a aceptar la apuesta
La pierde usted.
Jul. ¿Sí?
Vic. No es mofa.
La he conocido en los baños
De Carratraca. Es de Loja.
Jul. Sí, señor.
Vic. Tiene una hija...
Jul. ¿Cómo se llama?
Vic. Carlota.
La niña heredó una casa
En Madrid, calle de Atocha...
Jul. Las mismas.
Vic. Y han de ser ellas
Las que cerca de la noria
Ví pasar, sin acabarlas
De conocer.
Jul. ¿Iban solas?
Vic. Solas iban; sí.
Jul. Yo vuelo
En su busca. — Adios. — ¡Traidora!
(*Vase corriendo. Aparecen al mismo tiempo algunas damas y caballeros que pasean.*)
Vic. ¿Qué le ha dado á ese tronera?
Amoríos; trapisondas
De mozos... Vamos á ver
Si puedo encontrar ahora
A mi dichoso sobrino.
¡Dígole á usted que es historia
Andar uno...! ¡Qué peluca
Va á llevar! No será floja.

ESCENA IV.

DOÑA LEONCIA, DON ANGEL, CARLOTA, DON RAMON

(*Llegan por rumbo opuesto al que han tomado don Julian y don Vicente y un poco antes de desaparecer la última parejo de las que paseaban.*)

Carl· ¡Jesus, tonto pasear...!
No puedo tenerme en pié.
(*Se sienta en un banco, y a su lado don Ramon.*)
Leonc. ¿Os sentais, niños? Opino
Que nos sentemos tambien.
(*Se sientan en otro banco doña Leoncia y don Angel.*)
Carl. ¿Cuándo es la funcia de pólvora?
Ramon. Siempre es al anochecer.
Carl. Me ha mareado el columpio.
Ramon. Haremos que traigan té...
Carl. No Ya se me va pasando.
Leonc. Pues, como decía á usted,
Soy tan sensible de nervios
Que! el ruido de un cascabel
Me horripila.
Angel. Es mucha pena
Ciertamente...
Leonc. Así quedé
Desde el último malparto.
Angel. Pues mucho es que en la viudez
No sienta usted mejoría.
Leonc. No, señor. Esta cruel
Enfermedad se ha hecho crónica;
Y la misma robustez
Que otras envidian...
Angel. No obstante...
(¡Maldieta vieja!)
Leonc. Sé bien
Lo que usted me va a decir.
Angel. Señora...
Leonc. Sí; que por qué,
Siendo así, no determino
Casarme segunda vez.
Angel. Yo no decía...
Leonc. ¡Pues ya!
Que me case con calquier
Monigote. No. A Dios gracias,
No he llegado á la vejez...
Angel. (¡Con cincuenta y cuatro eneros!)
Leonc. Treinta y nueve años no es
Una edad exagerada.
Pero ¿dónde encontraré
Marido como el difunto?
Angel. No es fácil.
Leonc. ¡Oh! ¡Qué hombre aquel!

Como usted no ha estado en Loja
No le pudo conocer.
Angel. No, señora. (Yo estoy frito.)
Leonc. Pues mire usted; mi Miguel...
(*Sigue hablando en voz baja con don Angel, que le oye fastidiado.*)
Ramon. Puesto que usted se incomoda,
Digo que no volveré
A hablar del primo Julian.
Carl. Si algun dia puse en él
Mi cariño, es porque entonces
No supe lo que después.
Es díscolo y quimerista,
Y tiene tanta altivez...
Querría mandar en jefe...
Ramon. ¡Míren qué insolencia!
Carl. ¡Pues!
Y que no tuviera en casa
Voz ni voto su mujer.
Ramon. ¿De veras? Siempre le tuve
Por villano y descortés.
El buen esposo no debe
Otro dominio ejercer
Sobre su cara mitad
Que el influjo que le den
Su amor, su condescendencia,
Y el recíproco interés...
Carl. Cabalmente. Usted discurre
Con loable sensatez.
Ramon. (Poco cuesta el darte ahora
Esta dedana de miel.)
Carl. Y en buen hora la infeliz
Que no tiene que comer
Admita cualquier partido
Y se deje dar la ley;
Mas yo estoy, gracias al cielo,
En el caso de escoger.
Ramon. Sí, vida mia, que siempre
Tal el privilegio fué
De la hermosura, y el alma
Que no se rinda á esos piés...
Carl. Muchos me han llamado bella:
Si me adulan no lo sé;
Mas sé que tengo una casa
Y produce su alquiler...
Ramon. No se hable de eso. Tus ojos,
Tu talle, tu blanca tez
Son el tesoro á que aspira
Esta alma rendida y fiel.
Carl. Eso de ser propietaria
Es una ventaja que...
Ramon. Aunque fueras la mas pobre
Del barrio...
Carl. Yo puedo hacer
Feliz á un hombre.
Ramon. A tu lado
Quién puede no serlo, quién?
Carl. El que se case conmigo
Puede hacer mucho papel.
Ramon. ¡Oh!
Carl. Porque siendo mayor
Contribuyente, ya ves...
Ramon. Con efecto; pero... ¡ah!
¿Qué es el humano oropel
Comparado con la dicha
Doméstica.., ?
Carl. Ni seré
Difícil de contentar.
Un vestido cada mes,
Abono para la ópera,
Una casa en Aranjuez
Por la primavera, coche...
Cuando sea menester,
Y presentarme en los bailes
De gran tono con el tren
Correspondiente... ¿Qué menos...?
Ramon. Eso es una pequeñez
Y si no te diera gusto
Sería yo muy cruel.
(¡Cáspita! Deja que estemos
Casados, que yo te haré
Entrar en vereda.)
Leonc. ¡Niña!
¿Refrescamos? Tengo sed.
Ramon. ¡Mozo! ¿Qué quieren ustedes?
(*Dando golpes á la mesa.*)
Carl. ¡Eh...! yo no quiero beber.

ESCENA V.

DOÑA LEONCIA, DON ANGEL, CARLOTA, DON RAMON, EL MOZO.

Leonc. No; lo que ella tomará,
Si acaso, será café...
Carl. Fada.
Leonc. Pues eso descarga
La cabeza, y si en la sien
Te pones...
Carl. No necesito
Ponerme nada.
Leonc. Yo sé
Que en dándote la jaqueca...
Carl. Siempre ha de querer usted
Adivinar... Buena estoy.
¡Es mucha ridiculez!
Leonc. Bien está; no te incomodes.—
A mí un sorbete.
Mozo. ¿De qué?
Leonc. De azofaifas.
Ramon. ¿Y nosotros?

Leonc. Ustedes querrán... ¿A ver
La lista...?
Angel. Yo... cualquier cosa.
Ramon. Cerveza y limon.

ESCENA VI.

DOÑA LEONCIA, DON ANGEL, CARLOTA, DON RAMON.

Carl. ¡Inés!
(*Levantándose.*)
Espera. Allá va Inesita
Con su mamá.
Leonc. Y don Gabriel.
Ya los veo.
(*Saluda con el abanico.*)
Carl. Voy con ella
A dar dos vueltas ó tres.
Leonc. Bien. Yo aquí estaré. ¡Cuidado!
Carl. ¡Vaya!
Leonc. No os extravieis.
No entreis en el laberinto.
Ramon. Señora...
Carl. ¡Déjela usted!
(*En voz baja.*)
(*Se van de brocera. — Principia á oscurecer.*)

ESCENA VII.

DOÑA LEONCIA, DON ANGEL.

Leonc. Pues, como iba á usted diciendo,
Se me murió la chiquílla
De un ataqué de alfombrilla...
(*El mozo, que ha vuelto con las bebidas que se le pidieron, destapa en este momento una botella de cerveza, la vierte en una ponchera y se retira.*)
¡Az, Virgen santa¡ !Qué estruendo!
Angel. No se asuste usted. (El brazo
Con las uñas me ha deshecho.)
Leonc. ¡Qué bruto! Dentro del pecho
Me resuena el taponazo.
Angel. Vamos pues.
(*Dejan el banco y se sientan á la mesa donde está el refresco.*)
Leonc. ¡Qué sillas estas!
Angel. Yo siento...
Leonc. ¡Jesus, Maria!
Angel. (¡Solo aquí con esta tia...!
¡Oh amistad, lo que me cuestas!

Leonc. Suele ser el matrimonio
Fuente de mil regocijos;
Pero ¡ ay, don Angel ! los hijos...
Angel. (No te llevara el demonio!)
Leonc. ¡Tanto cuidado importuno
Como causan; y después
Que una los cria...! De tres
No me ha quedado ninguno.
Viuda me estaré...., testigo
Sea Dios..., porque deseo
No tener mas hijos. — Veo
Que dirá usted...
Angel. Nada digo.
Leonc. Que sus gracias inocentes
Nos hechizan. ¡Angelitos!
Pero el llanto, y los ahitos,
Y el sarampion, y los dientes...
Aunque es grave impertinencia,
Usted va á decirme ahora
Que sufrirá...
Angel. No, señora.
Yo tengo poca paciencia.
Leonc. Pues sin embargo... Ya sé
Que usted me va á desmentir.
Angel. Yo...
Leonc. Mas ¿quién puede decir
De esta agua no beberé?
Angel. ¡Por Dios...!
Leonc. ¿A que acierto yo
Cómo quiere usted que sea
La consorte que desea?
Angel, ¡Ah!
Leonc. Vamos por partes.
Angel. ¡Oh!
Leonc. No querrá usted presuntuosas
Que en el espejo se emboben;
Y en cuanto á edad, ni muy joven,
Ni veteranas raposas.
Mujer que el tiempo no pase...
Angel. Lo que yo quiero, señora,
Es que no sea habladora
La mujer con quien me case;
Que no tome por incienso
La menor galanteria,
Ni dé en la nocia manía
De adivinar lo que pienso;
Que no haga mi cuerpo trizas
Por el flujo de sobar;
Que no me hable sin cesar
De partos y de nodrizas;
Que se deje de proverbios,
De recetas, de doctores,
Y que no tenga vapores.
Ni convulsiones,... ni nervios.
Leonc. Yo diré á usted...
Angel. (¡Oh! Me voy...)
Leonc. Siempre es buena cualidad

Tener sensibilidad...
(*Se oye un cohete al cual siguen algunos otros. Al oirlo se levanta asustada doña Leoncia; derriba la mesa con las vasijas que hay en ella; tambalea por algunos instantes y cae desmayada en los brazos de don Angel.*)
Dios de Israel! ¡Muerta soy!
Angel. ¡Esto me faltaba ahora,
Que le diese un patatús...!
¡Y pesa como un obús!
Señora... ¡Nada! ¡Señora!
(*Es ya de noche.*)

ESCENA VIII.

DOÑA LEONCIA, DON ANGEL, DON VICENTE.

Vic. No parece. En vano corro
De aquí para allá. Por cierto
Que es chasco...
Angel. ¿Si se habrá muerto?
Y nadie viene... ¡Socorro!
Vic. ¿Qué será? Acudo veloz...
Angel. Ayúdeme usted.
Vic. ¿Quién llama?
Angel. Sostenga usted á esa dama.
Voy por vinagre...
(*Suelta la carga en brazos de don Vicente y echa á correr.*)
Vic. Esa voz...

ESCENA IX.

DON VICENTE, DOÑA LEONCIA, EL MOZO.

Vic. ¡Es mi sobrino!... Y se larga...
Y en mis brazos un difunto...
¡Mire usted que es fuerte asunto!
¡Angel!... Yo suelto la carga. —
Se menea... ¡Y vaya un tomo!
¡Angel, Angel!... Lleva faldas. —
¡Que va usté á caer de espaldas!
¡Señora! ¡Que me deslomo!
(*Llega el mozo y enciende el farol.*)
¡Angel!... ¡Por vida del sol...!
¡Que de otro haya sido el gozo
Y aguante yo ahora...! ¡Mozo!...
¡Ah! Bien. Enciende el farol...
¡Vamos, señora! ! Qué poste!
Nadie me ayuda. ¿Qué haré?
Yo la aflojára el corsé,
Mas ¿quién mueve este armatoste? —
¡Doña Leoncia! Ella es...
(*Reconociéndola.*)
Sí. Y Angel no vuelve... ¡Mozo!
Ten...
(*La suelta en brazos del mozo, que había acudido á socorrerla.*)
Mozo. ¿Qué hago...?
Vic. Echarla en el pozo.
(Dos quintales pesa, ó tres.)

ESCENA X.

DOÑA LEONCIA, EL MOZO.

Mozo. Oiga usted... ¡Vaya que es franco
El buen señor!... Y si acierta
A quedárseme aquí muerta...
La soltaré en ese banco...

ESCENA XI.

DOÑA LEONCIA, EL MOZO, DON RAMON, CARLOTA.

Mozo. ¡Qué! Ni la fuerza de un burro...
(*Trabajando para llevarla al banco.*)
Carl. Aquí estaba...
Mozo. ¡Oh! viene gente...
Carl. ¡Ay, Dios mio! un acccidente...
Ramon. ¡Señora!
(*Acuidiendo á ella.*)
Mozo. Suelto, y me escurro.
Ramon. ¡Agua!
(*En sus brazos está ya doña Leoncia.*)
Carl. ¡Alguna esencia...!
Mozo. Voy.
(*Corriendo.*)

ESCENA XII.

DOÑA LEONCIA, CARLOTA, DON RAMON.

Carl. Y don Angel ¿qué se ha hecho?
Raman. Hazla aire,... aflójala el pecho...
Leonc. ¡Ay!
(*Volviendo del desmayo, poro sin incorporarse.*)
Ramon. Ya vuelve.
Leonc. ¿Dónde estoy?

Este histérico me mata.
¿Y mi sobrina?
Carl. Soy yo.
Ramon. ¿Quiere usted sentarse?
Leonc. No.
Inmóvil en los brazos de don Ramon.)
Ramon. ¡Vaya!
Jul. Al fin te veo, ingrata.
(*A Carlota á media voz asomando de improviso la cabeza por entre los árboles.*)

ESCENA XIII.

DOÑA LEONCIA, CARLOTA, DON RAMON, DON JULIAN.

Carl. ¿Quién...?
(*Volviéndose asustada.*)
Jul. ¡Escucha!
(*Acercándose á Carlota.*)
Ramon. (¡El primo ahora,
Y yo con este bulto...!)
Jul. Esto ya pasa de insulto,
¡Aleve, falsa, traidora!
Carl. Ahora no estoy para quejas.
Se ha puesto mala mi tia.
Jul. ¿Qué importa? La saña mia...
Carl. Pero...
Jul. Son dengues de viejas.
Leonc. ¡Ay!
(*Dando un fuerte suspiro. Don Julian sigue hablando aparte y muy acalorado con Carlota.*)
Ramon. Vamos; en esta silla...
Leonc. El corazon se me quiebra.
Ramon. (Y en tanto el otro requiebra...)
Leonc. ¡Ay!

ESCENA XIV.

DOÑA LEONCIA, CARLOTA, DON RAMON, DON JULIAN, EL MOZO.

Mozo. Esencia de vainilla.
(*Trae un pomito.*)
Ramon. Deja. Ya no es menester.
Jul. Sí, sí; estoy arrepentido,
Y mucho, de haber querido
A tan voluble mujer.
Carl. Basta; bien.
Jul. Mas te aseguro.
Que mi agravio no perdono.
El amor se vuelve encono...
Y me vengaré: lo juro.

ESCENA XV.

DOÑA LEONCIA, CARLOTA, DON RAMON, EL MOZO.

Ramon. ¡Oh!... ¿Suelto ya?
Leonc. Sí, señor.
¡Ay!...
Ramon. ¿Qué decía ese necio?
(*Corriendo hácia Carlota.*)
Carl. ¡Eh! Déjale. Le desprecio.
Leonc. ¡Ay!
Carl. ¿Se siente usted mejor?
Leonc. Un poco. Pero la noche
Está tormentosa y fria...
Ramon. ¡Ah! Que agradezca á tu tia...
(*A Carlota en voz baja.*)
Carl. Pues vamos, vamos al coche.
Leonc. Sí; no sea que me dé
Segunda vez...
Carl. ¡Cuánto tarda
Don Angel!
Leonc. ¡Ay!
(*Ultimo suspiro mas prolongado que los demás.*)
Ramon. Quién le aguarda?
Vamos. Que se venga á pié.
(*Vanse, apoyada doña Leoncia en don Ramon y en Carlota.*)

ESCENA XVI.

EL MOZO.

¡Vaya; estaba interesante
Con su desmayo la tia!
Si eso es pan de cada dia
El demonio que la aguante. —
Mas no han pagado el refresco. —
¡Qué veo! Roto el servicio... —
¡Caballero!
(*Gritando.*)
¡Qué estropicio!
Si no le alcanzo estoy fresco. —
Pero el amigo está aquí.

ESCENA XVII.

Don ANGEL, el Mozo.

Angel. ¿Dónde estarán...? Me he perdido,
(*Con un pañuelo en la mano.*)
Y con el susto aturdido
Ando de aquí para allí...
¡Toma! Y ya se evaporó
El vinagre del pañuelo...
¡Ah! cacharros por el suelo...
(*El mozo está acabando de recogerlos.*)
Vaya, aquí se desmayó.
Mozo. La dama del parasismo,
Si acaso la busca usté,
Está buena y ya se fué.
Angel. Me alegro. ¿Cuándo?
Mozo. Ahora mismo.
Angel. Al salon de baile irán.
Ya allí las gentes se acoplan...
Mozo. No, que en el coche se soplan
Las dos damas y el galan.
Angel. ¡Sin mí se van! ¡Y lo avisa
Con esa flema el mastranzo!
Voy á ver si los alcanzo.
Mozo. ¿Dónde va usted tan de prisa?
Ya estarán junto al hospicio,
Que por esa calle vuela
Rodando la carretela.
Angel. Me han hecho un flaco servicio.
Mozo. Pagará usted la bebida
Y la loza y el cristal,
Si usted no lo toma á mal.
Angel. ¡Ah!... sí. (¡Vieja maldecida!)
¿Cuánto?
Mozo. Ajustaré la cuenta.
Tres duros, y la echo corta,
Por lo roto. El gasto importa
Diez reales... Total, setenta.
Angel. Toma...
(*Va á echar mano al bolsillo.*)
¡Voto á Barrabás!
Ramon se llevó el bolsillo,
Y el reloj... Toma este anillo
Que vale diez veces mas.
Mozo. Yo, señor, de buena gana
Fiara, pero la hacienda
No es mia...
Angel. Guarda la prenda.
La rescataré mañana.
Mozo. Si quiere usted ver al amo...
Angel. No. Basta. Vete de aqui.
Mozo. Preguntará usted por mí.
Tiburcio Garron me llamo.

ESCENA XVIII.

Don ANGEL.

¡Vaya que el chasco no es flojo!
El dia que yo he pasado
Se lo doy al mas pintado.
¡Hasta sufrir el sonrojo...!
¡Cómo ha de ser!... ¡Soy amigo!....
¿Mas por qué fatalidad
Las dichas de la amistad
Nunca se entienden conmigo?
Lo que nunca olvidaré,
Lo que mas me desconsuela
Es pagar la carretela
Y haber de marcharme á pié.
Y me atormentan las botas...
¡Horrible vieja tarasca!...
Y el cielo anuncia borrasca...
Ya me han caido tres gotas. —
No me quedo en el jardin,
Porque estoy avergonzado.
Vuelo á tomar alquilado...
Aunque sea un calesin.
La cochera del tio Pando
Por fortuna está muy cerca.
¡Irá tan ancha esa... puerca
Mientras yo me estoy mojando!
Hombres, desde hoy me llamad,
Pues no encuentro represalias,
Don Angel Rodriguez: *alias*,
El mártir de la amistad.

ACTO TERCERO.

De noche, en la calle. Fachada de la casa de Carlota con reja, y una puerta que se abre á su tiempo.

—

ESCENA PRIMERA.

CARLOTA, BLASA.

Carl. Mucho tarda don Ramon.
(*Están sentadas á la reja.*)
¿Le habrá ocurrido algo?
Blasa. ¡Quiá!
(*Bostezando.*)
Hace poco que se ha ido.
Carl. ¿Poco? Media hora y mas;

Y viviendo tan cerquita
No parece regular
Que me tenga aquí esperando...
Yo le quiero mas puntual.
¿Qué tiene que hacer ahora?
Tomar la capa...

Blasa. ¡Pues ya!
(*Bostezando.*)
Las noches están fresquitas.

Carl. Me consumo.

Blasa. Es natural.
Cuando una espera... Tal vez
Está cenando.

Carl. ¡Cenar!
Si tal supiera... No come
Quien se precia de galan
Cuando su dama le espera.

Blasa. Dígale usté eso á Pascual,
Mi novio. Después del pienso
Mas fino que él no le hay;
Pero en ayunas, no hay diablos
Que le puedan aguantar.

Carl. ¿Se acostó la tia?

Blasa. Sí.

Carl. Esta noche dormirá.
Como un tronco. Sus desmayos
En eso suelen parar.
Voy, con todo, á cerciorarme...
Quédate y avisarás
Cuando venga don Ramon.

Blasa. ¡Ay santo Dios!... Bien está.
(*Bostezando.*)

Carl. Y no te duermas, que tienes
Un sueño... de pedernal.

ESCENA II.

BLASA.

¡Miren ahora el capricho
De la cita y el afan...!
Pues yo aseguro que si ella
Tuviera que madrugar...,
Y como yo trabajase
Que estoy hecha un azacan...
(*Se queda dormida.*)

ESCENA III.

BLASA, DON RAMON, DON ANGEL.

Ramon. Siento darte, amigo mio,
Tan grande incomodidad.

Angel. ¿Qué incomodidad? Yo lo hago
Con mucho gusto; sí tal.

Ramon. Como está tan envidioso
De mi dicha don Julian
Y es hombre de malas tripas,
Ya ves, sería capaz...
Frente á frente no le temo,
Pero á traicion...

Angel. No hay que hablar.
Yo te guardo las espaldas.

Ramon. Cuando tengas un rival
Cuenta conmigo. Primero
Mi pecho atravesará...

Angel. Gracias. Ya sé que deseas
Darme pruebas de amistad...
¿Mas á qué viene esa cita
Cuando tú puedes entrar
En la casa á todas horas
Libremente, y poco habrá
Que saliste de ella?

Ramon. Extraña
Es esa curiosidad
En un andaluz. ¿No sabes
Que se estilan por allá
Los nocturnos galanteos?
Esto se llama pelar
La pava. De este servicio,
Que halaga la vanidad
De las mujeres, un novio
No se puede dispensar.
Nacida en Loja mi bella,
Por esta noche no mas
Me ha sometido á esa rancia
Costumbre de su ciudad.

Angel. Como criado en pacífico
Seminario conciliar,
No sabía... Mas, por cierto,
Es capricho original.

Ramon. Pues lo exige así, es forzoso
Complacerla; y además,
Si consigo que á mis ruegos
Se abra la puerta...

Angel. ¡Tal cual!
¡Y, sin respeto al asilo
Del pudor, tú abusarás...!
No creyera que tuvieses
Tan poca moralidad.

Ramon. Esa sospecha me agravia.
La criada siempre está
Delante; ni yo, que aspiro
A la coyunda nupcial,
Maquinara cosa alguna
Contraria á la honestidad.

Angel. Con eso me tranquilizas,
Porque yo en punto á moral
Soy severo. Anda en buen hora.
Mas si tienes la bondad
De no detenerte mucho,

Querido Ramon, me harás
Sumo favor.
Ramon. Media horita.
Angel. En la calle está uno mal,
Amigo mio; y como antes
Me cogió la tempestad...
Ramon. ¡Pobre Angel! ¡Y sin paraguas!
¿Quién había de pensar
Con una tarde tan buena...?
¡Fué mucha fatalidad
Ponerse mala la tia!
Yo me cansé de gritar
Llamándote...
Angel. ¡Eh! ¿Qué remedio?
Son gajes de la amistad.
Ramon. Angel, de tantas finezas
No me olvidaré jamás.
Algun dia querrá Dios...
Angel. ¡Hágase su voluntad!
(*Don Ramon se acerca á la reja; don Angel se pasea arriba y abajo.*)
Ramon. Idolo del alma mia,
Ya vuelve en mi corazon
A renacer la alegría.
Angel. (¡Viene de aquel callejon
(*Abrigándose.*)
Un aire de pulmonía!)
Ramon. ¡Feliz quien tu amor alcanza!
Todo me causaba enojos
En esta breve tardanza,
Pues no veía en tus ojos
El cielo de mi esperanza. —
¡Callas! ¡Bajas la cabeza!
¿Por qué escondes tu belleza?
Angel. (Buena dicha es para mí
Que hoy no pasen por aquí
Los carros de la limpieza.)
Ramon. ¿No me respondes, mi dueño?
Angel. (¡Malo! Ya me entra la tos.)
(*Tosiendo.*)

ESCENA IV.

CARLOTA, BLASA, DON RAMON, DON ANGEL.

Carl. Oigamos.
(*Llega de puntillas y se esconde detrás de Blasa.*)
Ramon. ¡Qué! ¿Tienes sueño?
(*Blasa ronca.*)
(¡No me engaño, vive Dios!
Dormida está como un leño.)
Angel. (¡Estoy divertido! ¿En cuál
De esas pícaras estrellas
Está mi signo fatal?
Ramon. (Nunca ha sido tan bestial
El ronquido de las bellas.)
¡Carlota mia! (Esto pasa
De castaño oscuro. ¿Habré
Quizás errado la casa?
No. Como apenas se ve...
¿Si será el bulto de Blasa?)
Tocaremos suavemente...
(*Metiendo la mano por la reja.*
Blasa. ¿Quién me toca? Daré voces...
(*Despertando despavorida.*)
Ramon. ¡Ah, qué manos tan atroces!
Blasa. ¿Habrá pícaro, insolente...?
Carl. ¡Bien! ¡Bien! ¡Otro par de coces!
(*Soltando la carcajada.*)
Ramon. ¡Qué escucho! ¡Estabas ahí!
Blasa. ¡Vaya con el hombre...!
Carl. Basta.
Retírate de la reja
Y siéntate allí.
(*Blasa se sienta á alguna distancia y de cuándo en cuándo bosteza, ó da cabezadas.*)
Ramon. ¡Qué chanza
Tan pesada! Yo creía
Que eras tú con quien hablaba.
Carl. ¡Donosa equivocacion!
¿En qué me parezco á Blasa?
Ramon. En nada. ¿Puede la noche
Compararse con el alba,
Ni la acelga con la rosa,
Ni la ruda con el ámbar?
Mas mi error es disculpaple.
Sabía que me esperabas,
Y como está tan oscuro
Y venía con tal ansia
De hablarte...
Carl. El buen caballero
Si no ve, huele su dama.
Angel. (¡Si ahora me prenden por vago
Será mi dicha colmada!)
Ramon. Dice muy bien, pero tengo
Esta noche la desgracia
De estar constipado.
Carl. ¡Calle!
¿De veras?
Ramon. ¡Ah! sí.
Carl. ¡Qué lástima!
Ramon. ¡Haber dicho yo requiebros
A una criaduela zafia!
¡Pensar yo, necio de mí,
Que asía tu mano blanca,
Y estrechar la de esa mula
Que pincha como una zarza!
No me perdono... ¡Te ries!
Carl. ¿No es de celebrar la gracia?

Amor con eso ha querido
Vengarme de tu tardanza.
Y ahora quiero yo saber
De esa detencion la causa.
Ramon. Mi amigo tiene la culpa.
Como nuestra union es tanta,
Ha tomado por empeño
El guardarme las espaldas.
Carl. ¡Ah! No había reparado.,.
Allí pasea un fantasma...
Angel. (Héme aquí de centinela,
Pero sin cuerpo de guardia,
Ni esperanza de relevo.
Amistad estacionaria
Es la mia.)
Ramon ¡Es tan temoso!
Media hora, sí, muy larga
He gastado en persuadirle
A que se meta en la cama;
Pero en vano. ¡Ya ves tú
Si teniendo yo una espada
Y alentándome tu amor
Necesito camaradas! —
¿Estás convencida ya?
Carl. Un poquito.
Ramon. Tu venganza
Ha sido injusta, y te ruego
Que en desagravio me abras
La puerta.
Carl. ¡Qué me propones!
¿Así he de arriesgar mi fama?
Ramon. Soy caballero.
Carl. No obstante,
La vecindad es tan mala...
La interventora que tiene
Una lengua como un hacha...
Envidias de gente ruin.
Como yo soy propietaria...
Ramon. No es tan darde que parezca
Escandalosa mi entrada.
¿Quién sabe á qué cuarto voy
Cuando hay tantos en la casa?
Peor es que aquí me vean...
Carl. No se abre. En vano te cansas.
Ramon. ¡Está tan húmedo el piso! —
Nublados, nieves y escarchas
Por tí sufriera con gusto;
Pero di: ¿no es una gaita
Que me tengas en la calle
Pudiendo estar en la sala?
Carl. Si supiera que no habías
De abusar...
Ramon. No, prenda amada.
Juro...
Carl. ¿De veras estás
Constipado?
Angel. (¡Cuánto charlan!)
Ramon. Sí, hija mia, — Vamos, abre,
¿Acaso es tan grave mancha
Para tu honor recibir
Delante de la criada
Al amante que de esposo
Te ha dado mano y palabra?
Carl. Te abriré; pero ¡cuidado!...
Blasa. — Se durmió. ¡Muchacha!
Blasa. ¡Ay Jesus, Jesus...! ¿Qué es eso?
(*Despertando asustada.*)
Carl. Vamos; anda á abrir.
Blasa. ¿Quién llama?
Carl. Muévete, animal.
Blasa. Ya voy.
(*Quieta aun*)
Carl. Yo te alumbraré. Levanta.
(*Desaparecen las dos.*)
Ramon. ¡Chico!
(*Acercándose á don Angel.*)
Angel. ¡Ya nos vamos! ¿Eh?
Ramon. No. Me abre la puerta.
Angel. ¡Vaya!
(*Esforzándose á mostrar alegria.*)
¡Sea muy en hora buena...!
Ramon. ¡Qué dicha!
Angel. (¡Y en hora mala
Para mí!)
Ramon. Ya están abriendo...
Pronto saldré.
Angel. ¡Dios lo haga!
(*Abre Blasa la puerta, alumbrando Carlota; entra don Ramon: Blasa vuelve á cerrar; poco después aparecen los tres en la sala que se ve por la reja; junto á ella se sientan don Ramon y Carlota, y Blasa á cierta distancia, pero de modo que la vea el público; Carlota pone la luz sobre una mesa retirada.*)
Para los que están en tiernas
Pláticas como un relámpago
Pasan las horas eternas.
¡Me cerraron el postigo
Cual si yo no fuese prójimo!
¿Se hace esto con un amigo?
El entra en la casa, ¡bueno!
Y á guisa de humilde fámulo
¡Yo aquí tomando el sereno!...
Tambien yo tengo una linda
En cuyos ojuelos lánguidos
Sus glorias amor me brinda.
¡Oh! no haría yo á tu lado,
Hermosa Basilia, méritos
Para un dolor de costado. —
La amistad es don del cielo,
Sí; pero ¡siempre ser víctima!
¡Tocarme siempre el mochuélo! —
Mas tierno y amable yo,

Y él casi vertiendo lágrimas...
¿Cómo decirle que no?
Mañana quizá el mancebo
Me premie... con una sátira
Que me ponga como nuevo. —
¿Me largo? — No. Saldrá pronto. —
Pero está será la última.
Ya me canso de ser tonto.
(*Sigue paseándose.*)

Carl. Sí, Ramon. Ya no es posible
Que la boda se retarde.
Así no daré lugar
A que me acusen de frágil.

Ramon. ¿Podré hacer las diligencias...?

Carl. Desde mañana; al instante.

Ramon. Yo supongo que tu tia
No reprueba nuestro enlace...

Carl. No; mas se haría lo mismo
Aunque ella lo reprobase.
Es cierto que por bondad
La tengo en lugar de madre;
Pero yo soy propietaria
Y no dependo de nadie.

Angel. (Un hombre hácia mí se acerca.
¡Bueno fuera que algun lance...!)

ESCENA V.

Don Ramon, CARLOTA, BLASA,
Don ANGEL, Don JULIAN.

Jul. Antes de entregarme al sueño,
Aunque me mata á desaires
No resisto á la flaqueza
De saludar sus umbrales. —
¡Qué veo! En la reja un bulto,
Y aquí un caballero andante...
Apuesto la vida á que es
Uno de los dos galanes...
Me alegro. Ahora veremos
Quién es el guapo. (*Se acerca.*)
¡Compadre!

Angel. ¿Con quién habla usted? ¿Conmigo?

Jul. No, que hablaré con el aire.
¿Es usté acaso el sereno
Que está guardando esta calle?

Angel. ¿Tiene usted mucho interés
En saberlo?

Jul. (Este es don Angel.)
Mucho.

Angel. (Pendencia tenemos.)
Y usted ¿quién es? ¿Es alcalde
Del cuartel, ó celador
De policía?

Jul. Muy jaque
Responde usted. ¿Qué apostamos
A que ese tono arrogante
Le hago yo bajar?

Angel. (No hay duda;
Es don Julian. Su carácter
Duelista y el vicio eterno
De apostar...) No hay que atufarse,
Señor mio.

Jul. Ea, diez duros
Contra uno...

Angel. Eso es en balde.
Si usted desea camorra,
No se exponga á que le casquen
Sobre perder su dinero.

Jul. Pues bien; matémonos *gratis*.

Carl. ¿Qué miras...?

Ramon. Nada... Mi amigo
Está allí hablando con álguien...

Jul. Ya debe usted conocer
Que tengo razon bastante
Para pedirle una seria
Satisfaccion. Usted sabe...

Angel. Sé que estoy de mal humor
Y es forzoso qne lo pague
Alguno. Ha venido usted
Muy á tiempo.

Jul. ¿Sí? Me place.

Angel. Jamás he sido duelista,
Mas creo que en este instante
Andaría yo á estocadas
Aunque fuese con mi padre.

Jul. Pues sígame usted al Prado.

Angel. Está lejos y es muy tarde.
Allí, en aquel callejon...

Jul. Corriente; en cualquiera parte.

Ramon. No los oigo bien. Yo creo
Que riñen...

Carl. ¡Qué disparate!

Angel. Armas...

Jul. Yo traigo una espada.

Angel. ¿Es de filo?

Jul. Sí.

Angel. Yo un sable.

Jul. Bien. Si hay ventaja en alguna,
La noche las hace iguales.
Vamos...

Ramon. Las espadas brillan.
(*De pié.*)
Yo vuelo...

Carl. ¡Vírgen del Cármen!
(*Deteniéndole.*
No; no te dejo salir...

Angel. (Celebraré que me mate
Para que en vida y en muerte
Sea yo *el amigo mártir.*)

ESCENA VI.

DON RAMON, CARLOTA, BLASA.

Ramon. Abreme. Van á batirse...
Carl. ¡Ay Dios! Me tiemblan las carnes...
Ramon. El desafío es por mí.
Dirá que soy un infame...
Carl. ¿Y si te matan... ?
Ramon. No temas.
Lograré que se separen.
Suelta...
Carl. ¡Ah! No.
Ramon. Mi honor...
(*Se desprende y corre á despertar á Blasa.*)
¡Muchacha ¡
Blasa. ¡Ay! ¿Quién...? ¡Cielos! Ya voy...
Ramon. Abre.
Carl. Espera. Hácia aquí se vuelven
Y han suspendido el combate
Sín duda...

ESCENA VII.

CARLOTA, DON RAMON, BLASA, DON VICENTE, DOÑA BASILIA.

(*Aparecen don Vicente y doña Basilia y se quedan hablando en el foro de espaldas á la reja.*)

Carl. Si es don Julian
El uno, y te ve que sales
A estas horas de mi casa,
Va á escandalizar la calle.
Ramon. Tienes razon. Observemos.
Vic. Digo á usted que no se canse.
No me he de acostar sin verle.
Con que, ¿aquella casa grande...?
Bas. No sé si estarán en ella
Todavía; pero es fácil,
Como han andado de broma...
A casa vinieron, hace
Muy largo rato. Yo estaba
De tertulia, y como á nadie
Quiso usted que se dijera
Que ha venido usted...
Vic. ¡El diantre
Del muchacho! ¿Es algun duende?
¿Es espíritu impalpable?
Ramon. No son ellos. Esa voz...
Vic. ¡Ya podía yo buscarle
Por el teatro! Ea, vamos;
A ver si con cien millares
De diablos...
Bas. Sígame usted.
Vic. ¡Voto á brios!... Cuando le agarre..
(*Se dirigen á la puerta de la casa.*)
Carl. ¡Una mujer!
Bas. Allí hay luz
(*Parándose.*)
Carl. ¡Que no te vean! ¡Apártate!
Vic.. Ande usted, doña Basilia.
Ramon. ¡Mi patrona!
Vic. Aunque se enfade
Doña Leoncia...
Carl. Aquí vienen.
Bas. ¿Le parece á usted que llame
A la reja?
Ramon. No hay cuidado.
(*A Carlota.*)
Yo saldré... Toma la llave,
Blasa. Abreme. — Hasta mañana.
(*En alta voz.*)
Bas. Ya se van.
(*A don Vicente parándose cuando iba á llamar por la reja.*)
Ramon. Que usted descanse,
Doña Leoncia. Carlota,
A los piés de usted.
(*Desaparece precedido de Blasa, que lleva la luz.*)
Vic. Ya salen.
Carl. Felices. Vámonos, tia.
(¿Por qué vendrán á buscarle...?
Mas yo lo sabré mañana.
¡Pobre de él como me engañe!)
(*Se retira cerrando la reja. Al mismo tiempo sale don Ramon por la puerta, y esta vuelve á quedar cerrada.*)

ESCENA VIII.

DOÑA BASILIA, DON RAMON, DON VICENTE.

Bas. Señor don Ramon...
Ramon. ¡Qué veo!¡
¡Patrona! ¿Usted por aquí?
¿Viene usted de algun bureo?
Bas. ¿Bureo? ¡Pobre de mí!
No, señor. Vengo buscando...
Ramon. Entiendo. ¿A don Angel?
Bas. Sí.
Ramon. Ya no está aquí. Se fué...
Vic. ¿Cuándo?
Ramon. Hace mas de media hora.
Vic. ¿Donde?
Ramon. No sé.

Vic. ¿Cómo...?
Ramon. Andando.
(Este apunte me encocora.)
Vic. La respuesta no es cortés.
Ramon. ¿Viene usted con la señora?
Vic. ¡Eh!... Yo vengo...
Bas. El señor es
Tio de don Angel.
Ramon. ¡Ah!...
Vic. Sí, señor, su tio; ¡pues!
Ramon. Usted me perdonará.
Como no soy adivino...
Y hablada usted recio...
Vic. Ya.
Ramon. ¿Viene usted bueno? El camino...
Vic. ¡Eh!... Cumplimientos á un lado.
¿Dóndo ha ido mi sobrino?
Ramon. A casa se habrá marchado.
(¡Diablo!) — ¿Por qué no me avisas?
(*Aparte á doña Basilia.*)
Usted no tenga cuidado...
(*A don Vicente.*)
Vic. Ya me cuesta mas pesquisas
Que vale toda su raza.
Yo se lo diré de misas.
Ramon. Pues allí estará...
Vic. ¡Qué maza!
Si así fuera, ¿me estaría
Yo aquí con tanta cachaza?
No fué á casa en todo el dia.
De allí vengo en este punto
Con la dama que me guia.
Ramon. Pues extraño...
Vic. Y yo pregunto:
¿Por qué se aparta usted de él
Siendo su amigo y su adjunto?
¡Y en una noche cruel!
Ramon. No ha permitido esperar
A su compañero fiel...
Bas. Poco puede ya tardar...
Ramon. Como vivimos un paso...
Vic. ¡Por vida!... ¡Le he de matar!
Ramon. Yo iré á buscarle... (Es el caso
Que no sé dónde le halle.)
No esten ustedes al raso.
Vic. Cuando mi cólera estalle...
Ramon. Irse á casa; que hace frio,
Y aquí en medio de la calle...
(¡Qué importuno desafío!)
En casa de don Antonio
Estará... (¡Maldito tio!
Aquí le trajo el demonio.)

ESCENA IX.

DOÑA BASILIA, DON VICENTE.

Bas. Don Ramon le buscará.
Vamos á casa...
Vic. Insigne
Galopin será el amigo.
¡Todo el dia de pendingue
Con él y luego á las tantas
De la noche le permite
Que se vaya solo, á riesgo
De que un traidor le asesine!
Bas. Alguna causa habrá habido;
Porque parece imposible
Que don Ramon... ¡Oh! Le quiere
Como á hermano. Se desvive
Por él. Amigo mas tierno
Ni corazon mas sensible,
Crea usted...
Vic. Sí; ¿quién lo duda?
¡Como es cosa tan difícil
Que encuentre en Madrid amigos
Un mancebo rico! A miles
Los tendrá, si cada dia
Les da en Apolo un convite.
Bas. Vámonos ya, don Vicente.
Temo que usted se constipe...
Vic. ¡Constiparme, y echo llamas
Por la boca!
Bas. (¡Dios nos libre!)
Vic. ¿Le parece á usted que el dia
Que yo he pasado...?

ESCENA X.

DOÑA BASILIA, DON VICENTE, DON JULIAN.

Jul. ¿Quién vive?
Vic. Lucifer.
Jul. ¡Bello sujeto! —
A un ladito. El paso libre.
Vic. Nadie se lo estorba á usted.
Bas. ¡Ay! corramos...
Vic. ¡Eh! No chille.
Jul. (Esa es la voz de aquel viejo
Regañon...) Apuesto quince...
(*A don Vicente.*)
Veinte duros á que usted
Al lado de unos jazmines
Me pidió lumbre esta tarde
(Es vision que me persigue.)
Vic. Sí, señor; y pues mi suerte,

Que hoy no es de las mas felices,
Me le pone á usted delante
Siempre que busco al belitre
De don Angel mi sobrino,
¿Podrá usté acaso decirme...?
Jul. Sí, señor. Nos acabamos
De separar. Es un títere...
Vic. Ahora no tratamos de eso.
Jul. Ronda á mi dama, compite
Con un hombre como yo;
Pero apuesto...
Vic. ¡Por la Vírgen,
Nada de apuestas! Deseo...
Jul. Déjeme usted que me explique.
Aquí andaba paseando:
Yo, que no gasto melindres,
Le desafío; él, sin duda
Porque luego no le tilde
De gallina su señora,
Hace entonces, como dicen,
De las tripas corazon
Y se aventura á batirse
Conmigo.
Bas. ¡Dios mio!
Vic. ¡Un duelo!
Jul. Ahí detrás, en ese triste
Callejon dimos principio
A sacudirnos de firme.
Vic. ¡Desventurado de mí!
¡Y me lo cuenta el caribe
Con un gozo...!
Bas. ¡Ay Dios! ¿Ha muerto?
Jul. No ha muerto. Ustedes se afligen
Par nada.
Vic. Herido estará...
Jul. ¡Eh! Tampoco. Un novio simple
Es invulnerable.
Vic. Y ¡vamos!
¿Dónde está, donde...?
Jul. Terrible
Cuchillada le iba á dar
Después de un rapido quite,
Cuando gentes importunas
Nos rodean, nos dividen,...
Y me estorban el placer
De romperle las narices.
Vic. ¡Lindo placer!
Bas. ¡Ah, qué hombre!
Jul. Mas aunque de ese me prive,
Otro me queda. La tropa...
Vic. ¿Era tropa?
Jul. ¿No lo dije?
Una patrulla. Le han preso.
Yo he logrado escabullirme.
Vic. ¡Preso!
Bas ¿Y adónde le llevan?
Jul. No sé; pero es muy posible
Que duerma en el Principal...
Si no acuden alguaciles
Y lo llevan á la carcel.
Ea, que ustedes se alivien.
Bas. ¡Qué corazon!
Vic. ¡Oiga usted...!
Jul. No oigo mas. ¡Vaya, que es chinche
El viejo! — ¡Mujer ingrata!
Dando con la espada en la reja de Carlota.)
Yo haré que tú no me olvides.

ESCENA XI.

DON VICENTE, DOÑA BASILIA.

Bas. Se escapa ese hombre fatal
Y en tanto en un calabozo
Don Angel... ¡Ah! ¡Pobre mozo!
Corramos al Principal.
Usted dirá que es su tio...
Vic. ¿Yo? Me guardaré muy bien.
Bas. Yo intercederé tambien,
Y espero que el llanto mio...
Vic. Es un tuno, un disipado.
Bas. ¡Ah! Ruego á usted que se aplaque.
Vic. No. Que duerma en el Vivaque.
Le está muy bien empleado
Bas. ¡Señor! ¡Vaya..,!
Vic. Es mucha grima
Todo el dia andarle en pos
Sin conseguir ¡voto á brios!
Echarle la vista encima.
Bas. No es culpa suya. ¡Piedad...!
Vic. Bramando estoy de coraje.
¡Cuando hago por él un viaje
De cien leguas, á mi edad!
Bas. Eso es muy sensible, pero...
Vic. ¡Nada! No hay pero que valga.
Bas. Lógrese ahora que salga
De prision...
Vic. ¡Dale! No quiero.
Ni hay que esperar que me amanse.
Vamos. Me quiero acostar.
Despues de tanto afanar
Razon es que yo descanse.
Bas. No será usted tan cruel...
Vic. Verá usted cómo lo soy.
Y á otra posada me voy
Si vuelve usté á hablarme de él.
Bas. Dirán...
Vic. ¿Qué me importa á mi
Lo que en la córte se diga?
Muy pronto la haré una higa.
¡Maldita córte!
Bas. (¡Eso sí!)

Vic. Ea, vamos; venga el brazo. —
Y mas que luego se aflija,
He de volverme á Lebrija
Sin ver á ese bribonazo.
Mi indignacion es muy justa.
Mañana me voy, si puedo.
Bas. (¡Muy bien!)
Vic. ¡Y le deshered o!
Bas. (Eso es lo que no me gusta.)

—— ——

ACTO CUARTO.

La decoracion del acto primero.

—

ESCENA PRIMERA.

DOÑA BASILIA, DON RAMON.

Ramon. ¿Se ha levantado ese viejo
Tan mal venido?
Bas. Presumo
Que se está vistiendo ya.
Ramon. ¡Vaya, que es terrible apuro!
¡Y Angelito no parece!
Bas. Por tus amores nocturnos
El pobre estará gimiendo
En un calabozo oscuro.
Ramon. Y el tio, que por lo visto
No gasta muy buenos humos,
Conmigo la va á tomar.
Bas. Por supuesto.
Ramon. Y te aseguro
Que no sabré que decirle.
Bas. Lo peor es que el cazurro
De Rufino ha entrado ahora
En su cuarto, y yo no dudo
Que le informará muy mal
De nosotros.
Ramon. El asunto
Es prevenir á don Angel.
Yo me valdré del influjo
Que tengo sobre él, y el viejo
No ha de estorbar nuestro triunfo.
Bas. Lo primero es libertar
A don Angel. Mina el mundo
Hasta lograrlo, que bien
Lo merece.
Ramon. Sí; es muy justo.
Bas. Algo has de hacer por tu amigo.
Bueno es que te llegue el turno
Alguna vez.
Ramon. Sí, Basilia.
Con lágrimas como puños
Le mostraré mi amargura,
Mi sentimiento profundo...
Bas. Acuérdate de decirle
Que yo tambien me consumo
De dolor...
Ramon. Voy... Pero antes
Mitiguemos nuestro mutuo
Sinsabor con un abrazo.
Bas. ¡Vaya!
(*Se abrazan.*)
Ramon. ¡Qué hermosa!
Bas. ¡Qué tuno!

ESCENA II.

DOÑA BASILIA.

Pienso que ya don Vicente
No estará tan iracundo
Como anoche, que al fin es
Su tio y le quiere mucho.
No obstante, ya debo obrar
Con prudente disimulo.
Si intercedo por don Angel
Y de núevo le disculpo,
Va á sospechar lo que ahora
Me importa tener oculto;
Y es tan receloso el viejo...
No; tomemos otro rumbo,
Y pongámonos de parte
De la moral.
(*Don Vicente y Rufino aparecen en el foro hablando.*)

ESCENA III.

DOÑA BASILIA, DON VICENTE, RUFINO.

Ruf. Digo y juro...
(*Con un paquete en la mano.*)
Vic. Basta. Si á escoger me dan
Me quedaré sin ninguno.
Anda á llevar ese encargo.
Ruf. Crea usted que mi amo...
Vic. ¡Punto!
No oigo mas.
Ruf. Voy...
Vic. ¿Has oido?
Al parador de San Bruno.

ESCENA IV.

Doña BASILIA, Don VICENTE.

Vic. Buenos dias.
(*Viene en bata.*)
Bas. Felices, don Vicente.
Ha dormido usted bien?
Vic. Malditamente.
Bas. Siento...
Vic. ¿Tan fácil es pegar los ojos
Llena el alma de penas y de enojos?
Bas. ¿Penas? Mal hace usted si no se cuida,
Que en el último tercio de la vida
Debe usted procurar...
Vic. No soy tan viejo.
(*Picado.*)
Bas. ¡Oh! no es esto decir... Es un consejo...
Vic. Y muy sano será; pero importuno.
Consejos ¡voto á san...! cuando está uno...
Bas. Cierto; cuando se pasa mála noche...
Vic. Después de andar ayer á troche y moche,
Sin descansar del viaje sempiterno,
Buscando á ese sobrino del infierno...
Bas. ¡Oh, tener á su tio sin reposo
Siendo un señor tan dulce y bondadoso!
Vic. ¡ Me quiere usted decir, segun las trazas,
Que soy un pusilánime, un bragazas!
Bas. ¿Yo? No tal.
Vic. « Don Fulano es un bendito,
Es un alma de Dios, un pobrecito »
Quiere decir á veces...
Bas. Yo no trato...
Vic. « Don Fulano es un bobo, un mentecato. »
Bas. Pero, ¿es posible...?
Vic. Satisfecho quedo,
Mas no soy hombre que me mamo el dedo.
Bas. Si á usted le da don Angel un disgusto,
El desforgarlo en mi tampoco es justo;
En mí que ni lo como ni lo bebo
Y esos locos desóordenes repruebo.
Vic. Aunque le está muy bien el calabozo,
Quizá toda la culpa no es del mozo.
Bas. (¡Ay! ¡Malo!)
Vic. Los amigos, los amores...
Tal vez dos ojos negros seductores...
Bas. No soy por cierto yo quien le conquisto.
No pára nunca en casa. Usted lo ha visto.
Vic. (Piensa la hipocritona que me engaña.)
Mas no por eso aplacaré mi saña.
Aunque llore á mis piés no le perdono.
No cuente mas conmigo. Le abandono.
Bas. Confieso que será buen expediente
Una dura leccion que le escarmiente.
Vic. (¡Taimada!) Pronto arreglo la balija
Y otra vez tomo el rumbo de Lebrija.
Bas. Bien hecho. Eso merece un calavera.
Vic. (Ahora te creo menos, embustera.)
Bas. ¿Y se va usted sin verle?
Vic. ¡Descastado!
En eso estaba; sí.
Bas. Muy bien pensado.
Vic. Pero discurro ahora que es muy necio
Volver la grupa sin tronar de recio.
Le veré.
Bas. (¡Soy perdida!)
Vic. ¡Y no pretenda
Salvarse de mi justa reprimenda!
Si no me la pagase el tal sobrino...
Bas. ¡Señor...!
Vic. Reventaría en el camino.
Descargue yo sobre él toda mí bilis
Y después... ahí le dejo con su Filis.
Bas. Temo...
Vic. No hay que temer. ¿Soy yo algun niño?
¡Pagar así el infame mi cariño!
Bas. Se enmendará: lo espero.
Vic. ¡Nada! ¡Firme! —
Cerca está el Principal. Voy á vestirme.

ESCENA V.

Dona BASILIA.

Esto es hecho: le ve; se reconcilia;
Le saca de Madrid... ¡Pobre Basilia!
¿No es un dolor cuando era casi mio;
Cuando hoy mismo quizá...? ¡Maldito tio!
No en vano le juzgué de mal agüero. —
Mas si pudiese yo verle primero...
Corro en su busca. Si el amor me auxilia...
Pero ¡qué veo! Es él. — ¡Angel!
Angel. ¡Basilia!
(*Llegando.*)
(*Doña Basilia recibe á don Angel en sus brazos.*)

ESCENA VI.

DOÑA BASILIA, DON ANGEL.

Angel. Buenos dias.
Bas. ¡Dueño amado!
¡Pobre Angel mio! ¡Qué noche
Habrás pasado?
Angel. Fatal.
Metido en un camarote,
Sin luz siquiera... Por dicha,
Dió de mí buenos informes
El alcalde del cuartel;
Si no, en la cárcel de córte
Estuviera ya, y Dios sabe
Hasta cuándo.
Bas. ¿Y el Herodes
Que te vino á provocar...!
¡Ah! Le daria mas golpes...
Angel. ¡Qué! ¿sabe usted ya...?
Bas. Sí; todo.
¡Lo que yo he llorado!
Angel. ¿Y dónde
Está Ramon? Embriagado
Con sus felices amores
Y libre de todo riesgo,
No se ha acordado del pobre
Que por su causa sufria
Tan amargos sinsabores.
Bas. Te anduvo anoche buscando
Sin saber de tí, sin norte
Que le guiase...
Angel. ¡Es desgracia
Que no escuchase las voces,
Ni á dos pasos de la reja
Viese lucir los estoques!
Bas. Hoy, apenas ha sabido
Que entre soldados feroces
Al Principal te llevaron,
De aquí ha salido á galope...
Es mucho que no os habeis
Encontrado.
Angel. No te asombres.
Yo solo encuentro en Madrid
Percances y chaparrones,
Y viejas que me fastidien,
Y amantes que me provoquen,
Y soldados que me prendan...
Bas. ¡Y mujeres que te adoren,
Ingrato! Mi corazon
Te seguía en las prisiones;
Y ya la tierna Basilia,
Cuyo amor aun no conoces,
Volaba á tu encuentro, acaso
Aventurando su nombre
A las sátiras del vulgo. —
Pero, en fin, los cielos oyen.
Mis votos: te veo libre
¡Y soy feliz!
Angel. ¡Oh!... ¡No llores,
Bien de mi vida!
Bas. ¡Es de gozo!
Angel. ¡Ah! Yo sería un mal hombre
(*Abrazándola.*)
Si no te amase, Basilia.
Tu cariño no me expone
A desventuras sin fin;
Y tu hermosura, tus dotes
Amables... ¡Tú debes ser
Mi único amigo!
Bas. ¿Y respondes
De mirarme siempre así?
Si la suerte nos opone
Obstáculos...
Angel. Nada temas.
Será mi pecho de bronce.
Bas. Mira que quizá el instante
En que cumplas ese noble
Propósito no está lejos.
Angel. ¿Y podrá haber quien estorbe...?
Bas. Hay una gran novedad
En casa, y quizá revoques...
Angel. No; mas... ¿qué quieres decirme?
Bas. No alces la voz, no te azores...
Ha venido...
Angel. ¿Quién?
Bas. Tu tio.
Angel. ¡Mi tio! ¿Dónde está, dónde...?
Bas. ¡Eh! ¡Calla!... Está desde ayer
Corriendo del sur al norte
En tu busca.
Angel. ¡Y sin que nadie
Me haya dicho...!
(*Va á salir y le detiene doña Basilia.*)
Bas. ¿Adónde corres?
Espera. No fué posible...
Y ya sabe lo de anoche;
Y está furioso...
Angel. Yo espero
(*Impaciente.*)
Que pronto se desenoje
Cuando sepa la verdad.
¿DónDe está? ¿Dónde se esconde?
Bas. Vá á venir... ¡Ay, Angel mio!
Si es tan tirano que rompe
Nuestros lazos...
Angel. No lo creas.
Bas. ¡Ah! Yo temo que no arrostres
Su oposicion... (¡Ya está aquí!)
¡Bien mio, no me abandones!
(*En voz baja.*

ESCENA VII.

DON ANGEL, DOÑA BASILIA,
DON VICENTE.

Angel. ¡Querido tio...!
(*Yendo á abrazar á su tio.*)
Vic. ¡Alto ahí!
(*Con severidad.*)
No conozco á usted.
Bas. ¡Señor...!
Vic. ¿Quiere usté hacerme el favor...?
Bas. Ya; bien... Me retiro...
Vic. Sí.
(*Con sequedad.*)

ESCENA VIII.

DON ANGEL, DON VICENTE.

Angel. ¿Así me recibe un tio
Que como padre me amó?
¿Qué motivo he dado yo
Para tan cruel desvío?
Vic. Muchos.
Angel. ¡Señor...!
Vic. Y muy graves.
Angel. De nada mi corazon
Me acusa.
Vic. ¿No?
Angel. ¿Cuáles son
Mis delitos?
Vic. Tù lo sabes.
¡Apearme yo del coche
Tan contento, tan ufano,
Y después seguirte en vano
Todo un dia con su noche!
Mientras pierdo la paciencia,
Tú de borrasca en Apolo...
Angel. ¡Tio!
Vic. Y si esto fuera solo...
Mas después cita, pendencia...
¿Y quieres que yo reporte
La justa cólera mia?
Angel. Juro á Dios que no sabía
Que estaba usted en la córte.
Vic. ¿Y esa es disculpa bastante
Para sumirte sin juicio
En el cenagal del vicio?
¡Quitáteme de delante!
Angel. Oígame usted sin pasion;
Y si disculpa no hallo,
Yo me someto á su fallo
Con filial resignacion.
Vic. ¡Hé aquí el niño á quien mi hermana
Hubiera puesto en retablo!
¡Este es el ángel...! ¡El diablo,
Diría yo, en carne humana!
¿Bebedor como un navarro,
El dia pasa en la fonda;
De noche seduce, ronda,
Riñe, alborota el cotarro!
¡Olvidado de su tio
En las garras del demonio,
Disipa su patrimonio...
Y está amenazando al mio!
Angel. ¡Por Dios y la Vírgen santa...!
Harto es mi pena cruel,
No apriete usted el cordel
Que me oprime la garganta.
Usted presume que ayer,
Dia para mí menguado,
Viví feliz, envidiado
En el trono del placer;
Mas, júrolo al Dios eterno
Que me prueba de mil modos,
Sobre mi pesaron todos
Los tormentos del infierno.
De otro ha sido el alborozo
Y mios los sinsabores...
En fin, ¡las horas mejores
Las pasé en un calabozo!
Si es crímen ser fiel amigo,
Yo he sido muy criminal;
Y de este crímen fatal
Llorando estoy el castigo.
¡Y cuando en tanta congoja
De un tio el cordial espero
Me recibe usted severo
Y de sus brazos me arroja!
Vic. Algun dia con ternura
Te estrechaba yo en mi seno;
¡Pero entonces eras bueno!
Angel. ¿Y no lo soy por ventura?
Tan bueno soy que el refran
Me viene de molde, tio.
« Hazte de miel, hijo mio :
Las moscas te comerán. »
Vic. (¡Pobre muchacho! Si; aun es
(*Enternecido.*)
Dócil, cándido, sencillo)
Angel. ¿Quiere usted mas? Ya me humillo
Atribulado á esos piés.
Vic. ¡No mas! Alza. Me hacen mal
(*Le levanta y le abraza.*)
Tus lágrimas.
Angel. Ya reposa.
Mi corazon. Era cosa
De tirarse uno al Canal.
Vic. Como tu alma se arrepienta
Tu padre otra vez seré.

Angel. Si he pecado no lo sé;
Mas no ha sido por mi cuenta.
Vic. Ya sé por cuenta de quién.
Angel. Mi amistad...
Vic. Ha sido heróica.
Angel. Mi resignacion...
Vic. Estóica.
(El criado dijo bien.)
A una sola condicion
Te sujeta mi bondad.
Angel. ¿Cuál?
Vic. Que dejes la amistad
Del insigne don Ramon.
Angel. Casi mi lengua se atreve
A confesar que..., en efecto,...
Poco me paga su afecto
Las finezas que me debe.
Mas decirle, «amigo mio,
Ya no pienso como ayer...»
Para eso es fuerza tener
Cara de vaqueta, tio.
Vic. Ese apuso no te aflija.
Angel. Pero...
Vic. Si eres tan cobarde,
Sin decirle Dios te guarde
Vente conmigo á Lebrija.
Mañana mismo...
Angel. (¿Y mi amada?)
¿A qué salir de Madrid?
Buscaremos otro ardid
Sin dar una campanada...
En tanto descansa usted,
Ve la córte...
Vic. Ya la he visto.
(La patrona, vive Cristo,
Me le ha atrapado en la red.)
Angel. Dentro de un mes... todos juntos..
Tengo aquí asuntos pendientes.
Vic. Ya sé yo sin que los cuentes
Cuáles son esos asuntos.
Angel. ¡Señor!...
Vic. Asuntos de faldas.
Angel. De faldas son; sí, señor,
Mas siendo casto mi amor...
Vic. ¡Hum!...
Angel. ¿Alza usted las espaldas?
La mujer que me prendó...
Vic. Sé quién es, y cómo y cuándo.
Angel. Mas...
Vic. Tal vez te está escuchando.
Angel. ¡Tio!...
Vic. Es la huéspeda. ¿No?
Angel. Tiene tan fuerte dominio
Sobre mi alma!... Y yo protesto
Que quisiera... Vamos, esto
No es amor; es latrocinio.
En fin, no hay arbitrio humano...
Vic. Mira que es una taimada.
Angel. ¡Ella!
Vic. ¿Hay palabra empeñada?
Angel. Sí, señor; ¡palabra y mano!
Vic. ¿Palabra y mano? ¡Inocente!
¿Tú á semejante garduña...?
Angel. ¡Tio!
Vic. ¿Te ha de echar la uña...?
Angel. ¡Silencio, que viene gente!

ESCENA IX.

DON ANGEL, DON VICENTE, DOÑA LEONCIA, CARLOTA.

Leonc. Beso á ustedes las... ¡Qué veo!
Ya está don Angel ahí.
Sea muy en hora buena.
Vic. ¡La enhorabuena es gentil!
¿Aplaude usted por ventura
Su prision?
Leonc. ¿Qué he de aplaudir?
Nunca fuera yo capaz
De pensamiento tan ruin.
Lo que aplaudo es verle libre,
Porque le estimamos y...
Pero... ¿me engañan los ojos?
Usté es don Vicente Gil...
Vic. Fonrubia, muy servidor
De ustedes.
Leonc. ¿Y á qué feliz
Casualidad debo el gusto
De verle á usted en Madrid?
Angel. Es mi tio.
Leonc. ¡Hola! Me alegro.
¿Por parte de madre?
Vic. Sí.
Carl. Celebro que venga usted
Bueno.
Vic. Gracias, serafin.
Leonc. ¿Y el réuma?
Vic. No me incomoda.
Leonc. Si pudiera yo decir
Otro tanto de mis nervios...
Vic. Aunque parezca incivil
Mi cumplido, es dicha mia
Que le hagan á usted gemir.
Leonc. ¡Cómo...!
Vic. Si tal; porque á ellos
La satisfaccion debí
De tenerla á usté en mis brazos
Ayer tarde en el jardin.
Leonc. ¡Calle! ¿Usted...?
Angel. ¿Con que usté fué
Quien me relevó...?
Vic. Yo fuí.

Angel. ¡Y yo aturdido...!
Leonc. Yo siento
No haber visto á usted... En fin,
Ya sabe usted que le estimo.
Nada tengo que decir.
Vivimos...
Carl. Ahí muy cerquita.
Plazuela de Anton Martin...
Vic. Sé las señas, porque anoche...
Carl. Pues le ofrezco á usted allí
Una casa, de que soy
Propietaria.
Vic. Iré á cumplir
Mi deber.
Leonc. Esta mañana
Supimos que el malandrin
De Julian...
Angel. No se hable de eso.
Leonc. ¡Válgame Dios! En un tris
Estuvo acaso...! Y por él
Prenderle á usted como á un vil
Malhechor...!
Angel. Todo lo olvido.
Leonc. No he parado hasta venir
A informarme, porque estaba
Con mucho cuidado...
Angel. Mil
Y mil gracias.

ESCENA X.

DOÑA LEONCIA, CARLOTA, DON VICENTE, DON ANGEL, DOÑA BASILIA.

Bas. ¡Oh, señoras...!
¡Tanta dicha por aquí...!
¿Ustedes buenas?
Carl. Sí: gracias.
Leonc. Los nervios...
(*Cháchara incomprensible de las tres mujeres.*)
Vic. (¡Triste de mi!
¿Quién resiste el guirigay
Do un terceto mujeril?)

ESCENA XI.

DOÑA LEONCIA, DOÑA BASILIA CARLOTA, DON VICENTE, DON ANGEL, DON RAMON.

Ramon. A los piés de ustedes... ¡Ah!
Ve á don Angel, corre á él y le abraza.)
¡Ya estás aquí; ya te veo,
Caro amigo! Me tenias
Con tal pena...
Angel. Lo agradezco. (*Serio.*)
Ramon. Yo vengo del Principal,
Donde me ha dicho un sargento
Que estabas libre...
Angel. Ya ves.
Que no ha mentido.
Ramon. (¡Qué serio!)
Tú habrás venido sin duda
Por otro camino. Un necio
Me ha detenido en la calle... —
Muy felices, caballero.
(*A don Vicente.*)
¿Se ha descansado?
Vic. Así, así.
Bas. Pero sin tomar asiento...
Carl. No, que nos vamos.
Bas. ¿Tan pronto?
Un ratito...
Leonc. Condesciendo,
Pero por pocos instantes.
(*Don Ramon y don Anget acercan sillas y se sientan todos.*)
Vic. (¡Qué fastidio! Y a tenemos
La tertulia armada.)
(*Quedan colocados en fila por el órden siguiente: Don Vicente, don Ramon, Carlota, doña Basilia, doña Leoncia, don Angel.*
Ramon. Usted
Peusará estar mucho tiempo
En Madrid...
Vic. No sé.
Bas. Es bonito
Ese abanico. ¿Qué precio?
Carl. Seis duros. No vale tanto,
Pero sin duda el tendero
Sabe que soy propietaria,
Y me ha clavado por eso.
Leonc. Pero quedarse en la calle
A tales horas, expuesto...
¡Ah! No estaba yo despierta,
Que sinó...
Ramon. Mucho me alegro
(*A don Vicente interrumpiendo á doña Leoncia.*)
De la venida de usted.
Vic. ¿De veras?
Ramon. ¡Oh si! En extremo.
Leonc. Ya sé lo que usted me quiere
Decir.
Angel. Pero ¡si no quiero
Decir nada!
Carl. ¡Bien! ¡Me gusta!
(*Aparte con don Ramon.*)

Charlando con ese viejo
No haces aprecio de mí.
Ramon. Son forzosos cumplimientos;
Mas ya sabes que te adoro
Y que mi único deseo...
Carl. Primero soy yo que nadie.
Angel. (Me parece que me encierro
En mi cuarto á piedra y lodo
Y aquí plantada la dejo.)
Yo no entiendo palotada
(*A doña Leoncia.*)
De jaquecas ni de nervios.
Esa señora sabrá...
(¡Oh, qué insufrible mareo!)
Leonc. ¿Qué remedio me da usted...?
(*A doña Basilia.*)
Bas. Yo, señora...
Leonc. ¿Los refrescos?
Ya los tomo.
Bas. Yo...
Leonc. Los baños
Va usté á decir.
Bas. Eso..., el médico...
Vic. (No se irán hasta mañana.
¡Cuidado que es mucho cuento!
Después de tantos afanes
Logro encontrarle, ¡y no puedo
Hablar con él! — Yo le llamo
Aunque pase por grosero.)
(*Se levanta.*)
Angelito, con licencia
De estas damas...
Leonc. Un momento. —
Fácil es adivinar (*A don Angel.*)
La causa de ese silencio.
Vic. (¡Nada! Hizo presa la bruja
Y no le suelta.)
Angel. Protesto...
Leonc. Sí; usted está enamorado.
Bas. (Esta vieja me da zelos.)
Vic. ¡Angel!...
Angel. Voy...
Leonc. ¡Eh! Quietecito.
Usted quiere huir el cuerpo
Por no confesar... Veamos
Si adivino yo el objeto
Que ese corazon cautiva.
Angel. ¡Señora, por los tormentos
De san Serapio bendito...!
Leonc. ¡Taimado!...
Vic. ¡Dios justiciero!
¿Dónde están las pulmonías?
¿Para cuándo son los truenos?
¿No habrá un rayo vengador
Para quitarme de enmedio
A estas mujeres?
(*Se oye tocar á fuego.*)
Bas. ¿Campanas?
Carl. ¿A qué tocan?
Leonc. ¡Ay! ¡A fuego!
(*Todos se levantan.*)
Ramon. No hay que asustarse.
Vic. (¡Alaba lo
Sea el Señor! Así espero
Verme libre de ellas.)
Leonc. ¡Ay!
¿Dónde será?
Carl. ¡Justo cielo!
¿Si será en mi casa?
Ramon. No.
Ya avisarían...
Bas. Yo creo
Que ha de ser en la parroquia.
San Sebastian toca á vuelo.
Angel. No hay duda.
Leonc. ¡Vírgen del Cármen!
Carl. Tia, vámonos corriendo...

ESCENA XII.

DOÑA LEONCIA, DOÑA BASILIA, CARLOTA, DON VICENTE, DON ANGEL, DON RAMON, DON JULIAN.

Jul. ¿Dónde vas? Todo se abrasa.
(No me han mentido. Aquí están.)
Leonc. Dinos...
Ramon. (¡Aquí don Julian!)
Carl. ¿Dónde es el fuego?
Jul. En tu casa.
(*Muy fresco.*)
Leonc. ¡Ay! (*Grito agudo.*)
Vic. (¿Tendremos convulsion?)
Carl: ¡Cielos!
Jul. Sí, ingrata mujer.
Desde aquí lo puedes ver.
Ramon. ¡Cómo...!
Carl. Vamos al balcon.
(*Todos acuden á mirar por el balcon.*)
Jul. (Allá va toda la trinca.)
Carl. ¡Ella es! ¡Triste de mí!
¡Mi casa!
Ramon. ¡Es verdad!
Angel. ¡Sí!
Bas. ¡Sí!
Leonc. ¡No hay remedio! ¡Arde tu finca!
Jul. Arde, sí, como en mi pecho
La llama de amor ardía
Que hoy has convertido, impía,
En cólera y en despecho.
Ya al menos á mí te igualo

En la angustia, en el afan.
No en vano dice el refran
Que Dios castiga sin palo.
Él ha escuchado, tal vez
Mas allá de mi esperanza,
Las quejas de mi venganza,
La injuria de tu altivez.
Todo lazo entre los dos
Fuera ya odioso, fatal...
Consuélete mi rival,
¡Y adios para siempre, adios!

ESCENA XIII.

DOÑA LEONCIA, CARLOTA, DOÑA BASILIA, DON ANGEL, DON RAMON, DON VICENTE.

Vic. ¡Jesus, qué demonio de hombre!
Leonc. Es un perro, un... ¡Ay! Me suben
Unos vapores... Tenedme.
¡Yo fallezco!
(*Cae desmayada en brazos de don Angel.*)
Vic. ¡Dios te ayude!
¡Señora!
Angel. ¡Otra vez!
Ramon. ¿Qué es eso?
Vic. El soponcio de costumbre.
Angel. (¡Y siempre soy yo el dichoso!)
Ayudadme... ¿Quien acude...?
Vic. Al sillon. (¡Bueno estoy yo
Para cargar con atunes!)
(*Ayudado de doña Basilia y don Vicente la coloca don Angel en un sillon; Carlota llora sentada á alguna distancia, y en otra silla cavila don Ramon.*
Angel. Cuídenla ustedes. Yo en tanto
Voy á ver si el fuego cunde...
Vic. ¡Angel!
Bas. ¡Por Dios, no te expongas!
(*Al oido.*)
Angel. Cuando yo puedo ser útil
A mis semejantes, nada
Me detiene.
Vic. (¡Y el apunte
De don Ramon se está quieto!)
Angel. No tome usted pesadumbre.
(*A Carlota.*)
No será nada tal vez.
Haré sacar los baules...
Haré lo que pueda. Adios.

ESCENA XIV.

DOÑA LEONCIA, CARLOTA, DOÑA BASILIA DON RAMON, DON VICENTE.

Carl. ¡Mi casa! ¡Mi casa!
Vic. Un buche
De agua tal vez... Mas ya vuelve.
Leonc. ¡Ay!
Carl. Yo vuelo, aunque aventure..
(*Levantádose.*)
Ah! No me puedo tener.
(*Volviendo á dejarse caer en la silla.*)
Vic. (¡Adios! ¡La otra sucumbe
Tambien!)
Ramon. No. Quédate aquí.
(*Acercándose.*)
¿Qué has de hacer entre una nube
De soldados, de aguadores,
De albañiles...? No te apures.
Tus criados son muy fieles
Y por si acaso se aturden
Angel está allí...
Leonc. ¡Dios mio!
Toda la sangre me bulle...,
La cabeza se me va...
Y los ojos se me hunden.
Bas. ¿Quiere usted...?
Leonc. Nada. Morirme;
Que en la tumba no se sufren
Estas congojas.
Carl. ¡Villano!
¿Y habrá de quedar impune?
Ha venido á asesinarme
Como si me diera un dulce
Parabien. ¡Acaso él mismo
Puso en mi casa la lumbre
Que la devora!
Ramon. ¡Eh! No llores.
Yo supongo que consumen
Las llamas algunos muebles...
No es cosa de que te angusties
Por eso. Estando la casa,
Como mi amor lo presume
Asegurada de incendios...
Carl. ¡Ah! ¡No!
Ramon. ¡Qué dices!
Carl. El lunes
Se iba á hacer la diligencia...
Ramon. ¡Cielo! ¿Es verdad? No te burles.
Leonc. ¡Cierto que es buena ocasion
De chanzonetas y embustes!
Ramon. ¡Oh descuido imperdonable!
¡Una finca que produce
Un dineral! ¡Desgraciada!
¿Quién habrá que te disculpe?

¡Al lado una carbonera,
Una fábrica de hules
Encima, y al otro lado
La tienda de Pedro Antunez
Donde se venden hachones
Y el aceite por azumbres!
¡Ni escombros van á quedar
Donde tu dolor sepultes!
(*Cae afligido sobre una silla.*)
Leonc. ¡Pobre mozo! Mas lo siente
(*Aparte con don Vicente y doña Basilia.*)
Que nosotras.
Vic. Ya me ocurre
(*En voz baja.*)
La causa de su afliccion.
Leonc. ¿Acaso usted la atribuye...?
Vic. Al vil interés.
Leonc. ¡Qué injuria!
Bas. Él no es capaz...
Vic. Que me emplumen
Si ahora se casa con ella.
Para que usted no lo dude
Probemos. Amigo mio,
(*A don Ramon.*)
Alce usté esa cara fúnebre.
En ocasiones como estas
El buen caballero luce
Su noble desinterés.
No falta aquí quien arguye
De ese silencio sospechas
Que en un verbo se confunden
Si usted quiere.
Ramon. No comprendo...
Vic. Basta que usted se apresure
A dar la mano á Carlota.
Tres testigos..., se reunen
Al instante. El escribano...,
Vendrá aquí sin que le busquen,
Que al olor acuden ellos
Donde esperan que los unten.
Pruebe usted á Carlotita
Que sus prendas le seducen;
No vanas riquezas. ¡Ea,
Pronto, que la cosa urge!
Ramon. Mi corazon... Crea usted...
Bas. (Mucho temo que la ensucie.)
Ramon (¡Maldito viejo!) Yo adoro
A Carlota, y en la cumbre
De la dicha me veré
Cuando lazo indisoluble
Nos estreche; mas ahora...
Cuando la campana lúgubre...
Ya ve usted; no son momentos...
No es decir que yo renuncie...
Carl. Basta, que ya de mi vista
(*Levantándose.*)
Cayó la venda engañosa.
¿Yo habia de ser esposa
De un seductor egoista?
¿Puedo esperar ningun bien
De quien de noche á mi reja
No osa llegar si no deja
A retaguardia un reten?
Mal caballero, ¡me amas,
Y, falso como cobarde,
Cuando mi casa se arde
No te arrojas á las llamas!
Otro al peligro corriera
Solícito, apresurado;
Si no del amor guiado...,
De la avaricia siquiera.
Mas tan santa obligacion
Cumples tú... por sustituto,
Reservándome el tributo
De un importuno sermon.
Ya te he conocido, si;
Y el mal que llorando estoy
Por bien venido lo doy...
Porque me libra de tí.
Ramon. Yo me resigno, y te dejo
Aunque sin razon me plantes,
Dueño hermoso; pero antes
Te quiero dar un consejo.
Pues Dios en amargas horas
Cambia el lisonjero arrullo,
Corrija tu necio orgullo
El infortunio que lloras.
Todos nacimos en cueros,
Y no es cuerdo á la verdad
Quien cifra su vanidad
En bienes perecederos.
La fortuna siempre es varia,
Y por si hay fuego ó rapiña...,
Bueno es que sea una niña
Algo mas que *propietaria.*
Con harta pena destruyo
La ilusion en que has vivido,
Mas...
Leonc. ¡Calla, infame, atrevido...!
(*Se levanta furiosa.*)
Ramon. Dos palabras, y concluyo. —
No basto yo á tus dispendios,
(*A Carlota.*)
Y ya que tu casa no...
Carl. ¡Traidor!
Ramon. Tengo el alma yo
Asegurada de incendios.

ESCENA XV.

DOÑA LEONCIA, DOÑA BASILIA, CARLOTA, DON VICENTE.

Leonc. ¡Pícaro...! Déjenme ustedes.
(*Va á correr tras de él y la detiene don Vicente y doña Basilia.*)
He de arrancarle la lengua.
Bas. Déjele usted...
Leonc. ¡Bribonazo!
Vic. Vamos, señora... Prudencia!
Carl. ¡Hombre pérfido, execrable!
¡Y yo le amé tan de veras!
Leonc. La cólera me atraganta,
Los músculos se me alteran...,
Los nervios...
Vic. ¡Por Dios, por Dios,
Señora! ¿Otra pataleta?
Leonc. ¡Dios poderoso! ¡Qué dia
De horror! La casa se quema...,
Ese infame te abandona...,
El flato me desespera...
Bas. La puerta ha sonado.
Vic. Es Angel.
Quizá traiga buenas nuevas.

ESCENA XVI.

DOÑA LEONCIA, DOÑA BASILIA, CARLOTA, DON ANGEL, DON VICENTE.

Angel. Ensanche usté el corazon.
La casa está sana y buena.
Carl. ¿Será cierto?
Angel. El fuego ha sido
En la inmediata.
Leonc. ¿De veras?
Angel. La distancia, el sobresalto,
Y la feroz complacencia
Del tal don Julian á todos
Nos engañaron. Ya queda
Apagado el fuego y libre
De su fatal contingencia
La casa de usted.
Carl. ¡Oh gozo!
Vic. Vaya, sea en hora buena.
Leonc. Desde aquí, á la compañía
De seguros; no suceda
Otra vez...
Carl. Ahora ese vil
Se tirará de una oreja
Y no alcanzará á la otra.
El justo cielo me venga.
Angel. ¿Adónde fué don Ramon?
Vic. Creyéndola ya por puertas,
Se fué huyendo de su novia
Como si fuera epidemia.
Angel. Por dicha ya le conozco
Y no extraño su vileza.
Ni es este el solo favor
Que hoy debo á la Providencia.
Vic. ¡Cómo...!
Bas. (¡Yo tiemblo!)
Angel. Otra máscara
Mas traidora y mas funesta
Voy á arrancar.
Bas. (¡Soy perdida!)
Angel. El que intriga sin cautela
Se expone á mil compromisos:
¿No es verdad, patrona bella?
Bas. Sí... Yo...
(*Turbada.*)
Angel. Confiar secretos
A un papel... es imprudencia
Muy clásica.
Bas. ¿Y quién...?
Vic. Acaba.
Leonc. ¿Ves? Pierde el color la huéspeda.
(*A Carlota mirando á doña Basilia.*)
Angel. Ahí bajo, sin acordame
De que no llevaba puesta
Mi levita, en el bosillo
Buscaba yo mi cartera
Para cierta apuntacion,
Y tropecé ¡qué sorpresa!
Con esta carta...
(*La enseña.*)
Bas. (¡Dios mio!
La que escribí á Talavera...)
Vic. Veamos...
Angel. Creo que usted
(*A doña Basilia.*)
Ha de conocer la letra...
El sobre es á don Ramon...
Carl. ¡Qué escucho!
Angel. Voy á leerla...
Bas. Disimule usted. Yo tengo
Que hacer una diligencia
Forzosa... (¡Maldita carta!)
Me retiro... Ustedes quedan
En su casa... Beso á ustedes
Las... (¡Ah! No veo la puerta...
¡Soy de bronce, si hoy no muero
De pesar y de vergüenza!)

ESCENA ULTIMA.

DOÑA LEONCIA, CARLOTA, DON ANGEL, DON VICENTE.

Vic. ¿Qué talisman poderoso
En esa carta se encierra
Que petrifica á las gentes?
¿Es acaso la cabeza
De Medusa?
Angel. No la leo
Porque el rubor me lo veda.
Me basta decir á ustedes
Que he descubierto por ella
Que en torpe lazo vivian
Don Ramon y esa... embustera,
Mientras el uno aspiraba,
No á la mano, á las riquezas
De Carlotita...
Carl. ¡Perverso!
Angel. Y la otra...
Leonc. ¡Qué pareja!
Vic. ¡A que abismo se arrojaba
Tu juventud inexperta!
Carl. ¡Qué leccion!
Vic. ¡Esta es la córte!
Angel. Volvamos pronto á la aldea.
Vic. Y en adelante, hijo mio,
Mira bien á quién dispensas
Tu amistad.
Angel. Sí, yo lo juro.
¡Buen maestro es la experiencia!
No mas amigo egoista
Ni tirano compañero
Que luzca con mi dinero,
Que con mi ropa se vista,
Que me haga seguir su pista
Donde me insulte un compadre,
Donde el agua me taladre,
Donde á la niña corteja...
Y á mí en las garras me deja
De la tia ó de la madre.
La mutua amistad alabo
Y la opresora maldigo;
Que una cosa es ser amigo
Y otra cosa es ser esclavo.
Si he sido un alma de pavo,
Ya el noviciado pasó.
De escarmiento sirva yo
A incauto amigo novel.
Sea generoso y fiel;
Pero *mártir*... ¡Eso no!

UNA DE TANTAS,

COMEDIA EN UN ACTO,

REPRESENTADA POR PRIMERA VEZ EN MADRID, EN EL TEATRO DEL PRÍNCIPE, EL DIA 2 DE MARZO DE 1837.

PERSONAS.

CAMILA.	DON ANDRÉS.
MARTA.	DON MIGUEL.

La escena pasa en Sevilla en un barrio solitario. — Casa con dos fachadas: la principal con rejá, y puerta que á su tiempo se abrirá, mira á los bastidores de la derecha del actor; la otra, tambien con reja, está de frente á los espectadores.

ESCENA PRIMERA.

CAMILA, MARTA.

(*Es de noche. Camila y Marta aparecen sentadas á la reja que mira al público.*)

Marta. ¡Tan tarde, y aun no ha venido
A la cita don Miguel!
Yo no lo creyera de él,
¡Tan meloso, tan rendido!
Cam. Cierto; maravilla es
Que hoy deje de ser puntual;
Mas si no acude, ¿qué mal?
Vendrá luego don Andrés.
Marta. Un amante..., ¡anda con Dios!
Todas tenemos licencia
Para eso; pero ¿hay conciencia
Para que usted tenga dos?
Cam. ¡Qué quieres! Me ha dado el cielo
Tan sensible corazon...
¡Ah, qué afortunadas son
Esas mujeres de hielo...!
Ni yo sola soy avara.
Muchas...
Marta. ¡Sí; con ese afan
No hallan otras un galan
Por un ojo de la cara!
Como yo ¡pobre de mí!...
Pues ¿no es diabólica idea
Cuando el género escasea
Monopolizarlo así?
Cam. Ya; sí. En la crísis actual
Tú quisieras...
Marta. Yo quisiera
Que de los hombres se hiciera
Un reparto vecinal.
Pero..., aquí para *inter nos*,
Confiéseme usted, picaña,
Que á uno de los dos engaña;...
Si no es que engaña á los dos.
Cam. No, que por ambos suspiro.
Marta. Pero ¿está usted dada al diablo ..?
Cam. Con igual amor los hablo,
Con igual placer los miro.
Marta. ¡Y con sola un alma!
Cam. Pues.

Marta. ¿Podrá usted partirla?
Cam. No;
Pero tengo un alma yo
Que vale por dos ó tres.
¿No hay corazon insensato
En mi sexo pecador
Que ama con igual fervor
A su novio y á su gato?
Pues si amor, sin que te asombres,
Entre hombre y gato se parte,
¿Por qué has de escandalizarte
De que quiera yo á dos hombres?
Marta. Preciso es que sóbre alguno
Si son de mérito igual.
Cam. No, tonta. Entonces..., cabal;
Los dos no son mas que uno.
Marta. ¡Qué aguda y que trapacera!
Mas ahora sí que en la red
La voy á cojer a usted.
Cam. Veamos de qué manera.
Marta. No hay dos hombres en el mundo
De una misma condicion.
Ahora bien; si opuestos son
El primero y el segundo;...
La pongo á usted en un potro;
Diga usted: ¿no es evidente
Que, agradando un pretendiente,
Ha de fastidiar el otro?
Cam. Lástima me da tu error.
Antes bien sus caracteres
Encontrados, los placeres
Multiplican del amor
¿No ves que sin mucha ciencia
Triunfar de los dos se alcanza;
Del uno con la alabanza,
Del otro con la indulgencia?
Ora en apacible calma,
Ora en grata agitacion,
De una en otra sensacion
Vaga embebecida el alma.
Ninguna pena cruel
Temas que así te moleste,
Porque la dulzura de este
Templa lo amargo de aquel.
Ni solo bajo un semblante
Halaga amor al deseo,
Que cambia como Proteo
Y siempre reina triunfante.
Gusta en la cara trigueña
La audaz mirada de fuego,
Y gusta en la blanca luego
La afable risa halagüeña.
Son de opuesto natural
Mis dos novios; mas tú ves
Que si amable es don Andrés
No lo es menos su rival.
Zeloso el uno, impaciente,
Me ostenta su poderío;
Y el otro se rinde al mio
Tierno, afable, complaciente.
Y pues venturosa vivo
Ora sierva, ora señora,
¿Me reprenderás ahora
De mi amor alternativo?
Las que ven por solo un prisma
¿Qué gozan en conclusion?
¡Siempre una misma pasion
Y siempre una cara misma!
Marta. No quiero ya disputar.
Siga usted su contrabando
De amores; pero ¿hasta cuándo
Piensa usted que ha de durar?
Pasó todo el mes de octubre
Sin novedad, ama mia;
Pero ¿qué hará usted si un dia
Ese pastel se descubre?
Como no sufre galan
Dentro de casa la vieja,
Cada cual viene á su reja
Que á distintas calles dan;
Pero ¿usted no considera
Que un chisme de vecindad,
La menor casualidad...?
Cam. ¡Oh! No seas agorera.
Lo futuro no me afana,
Pues gracias al cielo soy
Muy jóven. Vivamos hoy,
Que Dios proveerá mañana. —
Mas al coloquio nocturno
Don Miguel no viene, y ya
La hora pronto dará
Que marca al otro su turno.
Marta. Retírese usted por Dios,
Y por san Pedro y san Pablo,
Señorita; no haga el diablo
Que aquí se encuentren los dos.
Cam. Yo gobernarme sabré...
¿Y sin ver á mi zeloso
He de entregarme al reposo?
No lo merece su fe.
Esta noche...
Marta. ¡Señorita...!
Cam. Con doble placer le veo,
Porque vengarme deseo
Del que ha faltado á la cita. —
Vé á la otra reja, no obstante,
Que yo aquí me estoy perene,
Y si por ventura viene,
Avisamelo al instante.
Marta. Pero...
Cam. Ea, vete; y procura
Que no te vea.
Marta. ¿Por qué?
Cam. El por qué yo me lo sé.
Marta. (Yo no he visto igual locura.)

ESCENA II.

CAMILA.

Es preciso confesar
Que Marta tiene razon.
Si entrambos vienen ahora,
En gran compromiso estoy.
Mas no ha de faltarme arbitrio
Para cumplir con los dos.

ESCENA III.

CAMILA, MARTA, DON MIGUEL.

Mig. Sentida de mi tardanza
(*Entra por la derecha y se dirige á la fachada principal.*)
Se habrá ya acostado... No,
Que aun está la reja abierta.
¡Ah, qué afortunado soy!
Marta. Señorita, ya tenemos
(*Llegando á la reja donde está Camila.*)
A don Miguel de planton.
Cam. Vamos allá. ¡Qué filípica
Me va á llevar!
Marta. ¿Qué hago yo?
¿Me quedo...?
Cam. Vete á la cama.
Marta. ¿Y si el otro campeon...?
Cam. Eso corre de mi cuenta.
Marta. Bueno. Quede usted con Dios.

ESCENA IV.

DON MIGUEL.

No viene. ¿Dónde estará?
¿Si se habrá dormido? Voy
A llamar quedito... ¡Chis!...
¡Camila!... ¿A ver si una tos...?
(*Tose.*)
Ya está aquí.

ESCENA V.

DON MIGUEL, CAMILA.

Cam. ¡Qué buena hora
De venir! ¡Qué fino amor!
Mig. No es culpa mia...
Cam. Será
Que se ha parado el reloj.
Mig. No, dueño querido... Pero
La precisa obligacion...
Cam. Yo soy primero que todo.
Mig. ¿No exceptúas el honor?
Cam. ¿Qué honor...? Mas yo te dispenso
De darme satisfaccion.
Ni pienses que te esperaba.
No soy yo mujer que doy
Mi brazo á torcer.
Mig. ¡Camila!
Cam. Ni un falso me desveló.
Pero está mala mamá...
Mig. ¿Qué tiene?
Cam. Un cólico atroz.
Yo lo achaco á la cuajada.
Mig. ¡Cielo!...
Cam. Y después el melon...
Mig. ¡Pobre señora! ¿Y qué tal?
¿Se va aliviando? ¿Rompió?
Cam. Gracias al tártaro emético
Ya está un poquito mejor;
Pero es preciso velarla.
Mig. Pues ¿y Marta?
Cam. Se acostó.
La pobre estaba rendida...
¡Eh, sea todo por Dios! —
Si ahora me acerco á la reja
No es por darte gusto, no;
Es solo para decirte
Clarito y en español
Que no me vuelvas á hablar
En tu vida. ¿Lo oyes?
Mig. ¡Oh!
¡Qué crueldad y qué injusticia!
Cam. Lo dicho. Hasta aquí llegó.
¡Le cito á las doce, y viene
Cuando van á dar las dos!
Mig Pero si oyes mi disculpa...
Cam. No hay disculpa; no hay perdon.
Mig. Camila, soy militar,
Y cuando suena el tambor
De oprobio me cubriria
Si no acudiese veloz.
Iba á estallar esta noche
No sé qué conspiracion.
Me nombraron de reten
Y, ya ves, el pundonor...
Cam. Por aquí nada se ha dicho
De motin ni rebelion...
Mig. Como esta es calle excusada..
Mas ya la alarma cesó;
Me han mandado retirar,
Y en alas de mi pasion
Venía...
Cam. Todo es embuste.

Mig. No, mi bien. La luz del sol
Me falte si no es verdad.
Da treguas á tu rigor
Por esta noche, y mañana
Envia á la prevencion
A preguntar si el teniente
Don Miguel Ruiz de Albornoz,
De la cuarta compañía,
Ha estado ó no de faccion
Esta noche: y si te engaño
Llámame vil y traidor,
Y no vea yo en tu risa
De la aurora el arrebol
Ni en tu ojos el encanto
Que adora mi corazon.
Cam. (No miente quien habla así.
¡Qué dulzura! ¡Qué candor!)
Mig. ¿No me respondes, Camila?
Te juro...
Cam. Baja la voz...
(El capitan va á venir.)
Bien, bien... Satisfecha estoy;
Pero mamá... No me puedo
Detener...
Mig. Ya mi afliccion
En júbilo se convierte.
Como el rocío á la flor,
A mi pecho tus palabras
Bálsamo de vida son.
Cam. Las tuyas son como el canto
De amoroso ruiseñor,
Como el arrullo del céfiro,
Como el arpa de Sion.
Mig. ¡Ay! Yo no estoy en la tierra.
Los ángeles del Señor
Merecen solo gozar
Esta dulce sensacion.
¡Dame la mano!
Cam. Sí; toma.
¿Cómo negártela?
(*Le da la mano derecha.*)
Mig. ¡Ay Dios!
¡Tan celestial y la beso!
Es una profanacion.
Perdona. Otra vez... ¡Delicia!...
Cam. (¿Y no he de quererle yo?)
Suelta...
Mig. ¿Volverás? ¡Sí; vuelve!
O moriré de dolor.
(*Aparece por el otro lado don Andrés.*)
Cam. Sí, Miguel. (No tengo aliento
Para decirle que no.)

ESCENA VI.

DON MIGUEL, DON ANDRÉS.

(*Cada cual en su calle respectiva.*)

And. Reja que á mi amor inmenso
Cortas el vuelo atrevido,
Confidente de mi gozo
Y de mi pesar testigo,
Otra vez, reja, en tus hierros
Vengo á remachar los mios.
Mig. Duérmete, madre importuna,
Y deja libre al hechizo
De mi amante corazon.

ESCENA VII.

DON MIGUEL, CAMILA, DON ANDRÉS.

Cam. ¿Eres tú, dueño querido?
(*En la reja de don Andrés.*)
And. Sí, yo soy. Mucho has tardado.
Tal vez en sueño pacífico
Yacías mientras el viento
Se llevaba mis suspiros.
Cam. ¡Qué injusta queja! ¡Dormir
Cuando en tu ausencia no vivo!
And. ¡Ah, Camila!
Cam. Mi mamá
Tiene un cólico agudísimo,
Y como la estoy velando...
Ahora siente algun alivio,
Pero ha estado ¡pobrecilla!
Toda la noche en un grito.
And. Si no fuese madre tuya
Oyera con regocijo
Esa noticia.
Cam. ¿Es posible
Que tal digas? ¿Qué motivo...?
And. La detesto. ¿Por qué cierra
Las puertas á mis gemidos?
¿Por qué guarda con candados
El tesoro que codicio?
¿Por qué, si es casto mi amor
Y no soy tal vez indigno
De tu mano, me reduce
Sin piedad á este suplicio
De Tántalo...; á verte solo
Por entre rejas y vidrios,
A deshoras de la noche,
Expuesto á que los vecinos
Me tengan por un ladron...?
Ese cólico es castigo
Del cielo. Y es poco aun:

Merecía un tabardillo.
Mig. No vuelve. Yo me consumo.
Cam. ¡Qué se ha de hacer! Son caprichos...
Dejemos obrar al tiempo...
And. Si me tuvieses cariño,
Como yo maldecirías
Su materno despotismo,
O ya hubieras ablandado
Aquel corazon de risco.
Mig. ¡Cuánto tarda!
And. Mas tu amor,
Si es que algun amor te inspiro.
Es débil, fugaz... y acaso
Te burlas de mi martirio
Mientras un rival dichoso...
Cam. ¡Eh! No digas desatinos.
¿Dejaría el blando lecho
Y arrostraría el peligro
De que el argos de mi madre
Me cogiese en el garlito
Si no te amase de veras?
And. Con todo, yo desconfio...
Si es cierto que tú me quieres,
¿Cómo es que aun no he merecido
Que mi esperanza confortes
Ni aun con el favor mas mínimo?
¿Temes que imprima tus cartas?
¿Temes que venda tus rizos?
Cam. ¡Andrés!
Mig. Si amor no tuviera,
Diria que tengo frio.
And. ¿No merezco yo, cruel,
Que otorgues á mi conflicto
Siquiera una mano?
Mig. ¡Nada!
(*Mirando por la reja.*)
Cam. (Tiene razon. ¡Pobrecillo!)
Me tienes muy ofendida
Con esos zelos inicuos.
And. Fueras tú menos hermosa
Y yo viviera tranquilo!
Cam. (¡Qué bien dicho! ¡Eso es amar!)
And. ¿No quieres? ¡Ah! Ya está visto.
Tu corazon es de piedra.
¡Infeliz! Soy el ludibrio
De tu vanidad. ¡Adios!
Para siempre me despido...
Cam. Espera... No hables tan fuerte...
And. Estoy por pegarme un tiro...
Cam. ¡No por Dios!
And. ¿Me das la mano?
Cam. ¡Jesus!... Bien. Será preciso...
(No le daré la que el otro
Besaba tan derretido,
Que esto sería una infamia.)
Tómala, zeloso mio.
(*Dándole la mano izquierda.*)
And. ¡Ah! tú me vuelves la vida...
(*Se quita un anillo y se lo pone á Camila.*)
Toma: conserva este anillo...
Cam. ¡Dueño amado!...
And. Aquí, en el dedo
Del corazon. ¡Ah! ¡Qué hoyitos,
Qué suavidad...!
Cam. Basta; deja...
Voy á ver si se ha dormido
Madre. (Don Miguel ahora
Me va á parecer tan tibio...)
And. ¿Te vas?
Cam. Al instante vuelvo.
And. ¡Ah, qué mano! Es un prodigio.

ESCENA VIII.

DON MIGUEL, DON ANDRÉS.

Mig. ¿No vienes, mi amor, mi encanto?
¡Ay cielos! No sufre tanto
Con las bascas y los vómitos
Mi señora tu mamá.
And. ¡Qué donosa es mi Camila!
Mas su madre me horripila.
¡Mal hayan las suegras cócoras!
Mig. Respira, amor. Aquí está.

ESCENA IX.

CAMILA, DON MIGUEL, DON ANDRÉS.

Mig. Tu tardanza, vida mia,
De pesar me consumía.
Cam. Esa queja es muy ridícula.
Mig. ¿Acaso me quejo yo?
Cam. Para que estés satisfecho,
¿Abandonaré en su lecho
A mi madre enferma...? ¡Bárbaro!
Mig. No digo tal cosa; no.
Aunque tu ausencia me aflija,
Considero que eres hija.
Tengo de tu madre lástima,
Y no culpo tu virtud.
Adios. Ya ves; me resigno...
Me voy. El cielo benigno
Ponga en tus manos el bálsamo
Que repare su salud.
Cam. (¡Qué apacible, qué obediente!)
No, no te vayas; detente.
Desde que tomó las píldoras
Está un poquito mejor.
Mig. ¡Qué dicha!

An. ¡Maldita vieja!
Reniego de tu pelleja.
Si á tí te duele el estómago,
¿Qué culpa tiene mi amor?
Mig. Ya que prorogas la audiencia
Mostraré, con tu licencia,
Una prueba nada equívoca
De mi acrisolada fe.
Cam. Una prueba...
Mig. Si; y perdona,
Puesto que el amor me abona,
Si con mi mano sacrílega
Tu hermosura profané.
Cam. ¡Tú! ¿Cómo...?
Mig. Al arte de Apeles
Soy afecto, y mis pinceles,
Camila, tu rostro angélico
Han osado retratar.
Cam. ¡Qué escucho! (¡Oh placer! ¡Oh gloria!)
¡Retratarme de memoria!
And. Vamos; adrede es el cólico
Para hacerme á mí rabiar.
Mig. ¿Qué mucho? En la mente mia
Presente estás noche y dia.
Cam. ¡Ah! Dame el retrato, dámelo.
(Tú vences, caro Miguel.)
(*Le da don Miguel un retrato.*)
Mig. Toma. A tu hermoso semblante
Dicen que es muy semejante.
Mas no, que tan alto mérito
No es dado á humano pincel.
Cam. Perfecta será la obra
Siendo tuya. ¿Y no te sobra
Derecho á mi amor sin límites
Con emprenderla, no mas?
Lo veré contenta, ufana...
Te lo volveré mañana.
And. ¡Qué no fuera yo su médico!
¡Mejor toma de aguarrás...!
Cam. Mi gratitud es inmensa,
Y mereces recompensa...
(*Le da la sortija de don Andrés.*)
Ah! Toma. Corta es la dádiva...
(Perdone usted, don Andrés.)
Mig. ¡Un anillo de tu dedo!
¡Oh delicia!...
Cam. Habla mas quedo.
(Hoy despido al otro zángano.)
Vuelvo... Espera... Hasta después.

ESCENA X.

DON MIGUEL, DON ANDRÉS.

Mig. No puede haber en el mundo
Mas venturoso mortal.
And. Haría aquí un desafuero
Si me dejase llevar
De mi genio.
Mig. ¡Con qué gozo,
Con qué voluptuoso afan
Te beso, prenda de amor!
(*Toca la sortija.*)
¡Y tiene pelo!... ¿Esto mas?
¡Besa, Miguel, besa ufano
El pelo de tu deidad!
And. La sortija que la dí
Con pelo mio quizás
Está examinando ahora.
Por vana curiosidad.
Mig. ¡Otro beso y otros mil!
And. ¡Albricias que viene ya!

ESCENA XI.

DON MIGUEL, CAMILA, DON ANDRÉS.

Cam. (Soy yo misma. Es un asombro.
No ví semejanza igual.)
And. ¡Gracias al cielo! Creí
Que no volvías jamás.
Cam. ¡Válgame Dios...! ¿No te he dicho
Que estoy velando á mamá?
And. ¿Se ha dormido?
Cam. No.
And. Pues ¡opio!
Cam. Y gracias me debes dar
Porque á despedirme vengo.
And. ¿Ya me dejas? ¿Ya te vas?
Cam. Es forzoso...
And. ¿Eso me dices
Después de tanto esperar?
¡Y con qué tibieza! ¡Ah! nunca
Me amaste.
Cam. ¡Qué terquedad!
Quizá mas de lo que debo
Te he querido.
And. ¿Luego ya
No me quieres?
Cam. No hay quien sufra
Ese genio suspicaz,
Adusto...
And. ¿Ya no me quieres?
¡Mujer pérfida y fatal!

Cam. Si no domas tu carácter...
And. ¿Y acaso en mi mano está?
Si quieres que te obedezca,
Dame un corazon glacial
Como el tuyo. El que respira
En mi seno es un volcan;
Volcan que inflaman los rayos
De tu hermosura falaz.
Cam. (¡Mi pobre Andrés! Despedirle
Sería mucha crueldad.)
And. Por tí, mi ingrata señora,
Me arrojaría á la mar,
Y bajaría al infierno
Entre llamas de alquitran.
Sin tí aborrezco la vida;
Sin tí no hay felicidad
Para mí...
Cam. Sí; ya lo sé,
Lo sé. (Si esto no es amar,
Que venga Dios y lo diga.)
And. Sé cariñosa y leal,
Y harás de mí cuanto quieras.
Mig. El cólico es contumaz.
And. ¿Quieres que deje por tí
La carrera militar?
¿Quieres que dé algun escándalo
Que aturda la vecindad?
¿Quieres que ponga carteles
Retando á todo galan
Que no te llame la reina,
La diosa de la ciudad?
Cam. ¡Dichosa la que es amada
De tal suerte!
And. Ya verás,
A poco que tú me quieras,
Quién soy yo. Seré capaz...
Mas que no sea zeloso
Siendo tanta tu beldad;
Que no codicien mis manos
La furia del huracan
Para romper esta reja
Que me hace desesperar...
Cam. (¡Qué entusiasmo!)
And. No lo esperes,
Camila; y si algun rival
Me disputara tu mano,...
No lo dudes, como un can
Me arrojara á él...
Cam. (¡Oh gloria!)
And. Y entre mis uñas..
Cam. ¡No mas!
Así quiero yo á los hombres.
Aunque se oponga mamá
Tuya seré... No me gustan
Amores de mazapan.
And. ¡Bien haya amen tu boquita,
Y rebien haya tu sal!
Cam. (Perdió el pleito don Miguel.)
En prenda de mi verdad...
Toma, Andrés.
(*Saca el retrato y se lo da.*)
And. ¿Qué?
Cam. Mi retrato.
Para tí lo hice pintar.
And. ¡Cielos! Yo me vuelvo loco

Tomando el retrato y besando la mano de Camila.

De placer.
Mig. ¿Qué hora será?
And. ¿Qué será cuando posea
El divino original?
Cam. En breve recibiremos
La bendicion del altar.
Vete ahora, que es muy tarde;
Y mañana sé puntual.
And. Pero... otro ratito.
Cam. ¡Loco!
¿Ya olvidas la enfermedad
De la mamá, y que en mi casa
Se acostumbra á madrugar?
And. Tienes razon...
Cam. Ea, adios,
Y no me olvídes.
(*Camila se retira cerrando la reja.*)
And. ¡Jamás!

ESCENA XII.

DON ANDRÉS, DON MIGUEL.

And. ¡En mis manos su retrato!
¡Oh ventura sin igual! —
No distingo las facciones.
Es tanta la oscuridad...
No importa: es ella, y á besos
La voy aquí á devorar.
(*Besa con entusiasmo la miniatura.*)
Mig. Siento pasos... Sí; ya viene...

ESCENA XIII.

DON MIGUEL, CAMILA, DON ANDRÉS.

Cam. Adios, adios... Vete ya...
Mig. ¡Cómo...!
Cam. No puedo. Mi madre...
Mig. Escucha...
Cam. ¡Imposible!
(*Cerrando.*)
Mig. ¡Ay!

ESCENA XIV.

DON MIGUEL, DON ANDRÉS.

And. ¡Que ahora no luciera el sol!
Vería esta faz divina...
Pero sobre aquella esquina
Medio agoniza un farol.
Alla voy. Mi alma impaciente...
(*Se dirige hácia los bastidores de la derecha.*)
Mig. ¡Eh! Sin duda algun insulto
Le ha dado á su madre... ¡Un bulto!
And. ¡Un hombre!
Mig. ¡Quién va!
And. ¿Qué gente?
Hágase á un lado el galan.
Mig. Esa voz es la de Andrés.
And. Si no me engaño... Sí; él es.
¡Miguelito!
Mig. ¡Capitan!
And. A estas horas no esperaba
Hallarte en la calle. ¿Tienes
Por aquí el trapillo?
Mig. ¿Vienes
Tal vez de pelar la pava?
And. Sí, Miguel. ¡Qué criatura!
Dos ojos como dos soles;
Un cuerpo de tres bemoles;
Y una mano, un cintura...
Mig. La mia no tiene tacha
Y tan tierna, tan sencilla...
No se pasea en Sevilla
Mas hechicera muchacha.
And. ¿Fiel? ¿Decidida?
Mig. En extremo.
¿Y la tuya?
And. Es un diamante.
Soy el mas dichoso amante...
Mig. ¿No hay rival?
And. No; ni lo temo.
Mig. Ni yo, aunque la envidia ladre.
¿Entras tú en la casa?
And. No.
¿Entras tú?
Mig. Tampoco yo.
Es algo rara la madre.
And. Tambien es un jabalí
La madre del bien que adoro;
Mas ¿qué importa si el tesoro
Será al cabo para mí?
Mig. La mia esta noche... ¡Ay Dios!
Yo enloquezco de alegría.
Me dió una mano.
And. La mia.
Me ha dado á besar las dos.
Mig. Aunque de verme se alegra
Se ha retirado mi bien.
Su madre enfermó.
(*Empieza á rayar el alba.*)
And. Tambien
Se ha puesto mala mi suegra.
Mig. Cortado ha sido el coloquio.
Como velaba á la vieja...
And. ¿Y mientras tanto en la reja
Hacías tú un soliloquio?
¡Cosa singular! A mí
Me ha sucedido otro tanto.
Temo... Dí: tu dulce encanto
¿Vive muy lejos de aquí?
Mig. No tal. Aquella es su casa.
And. ¡Ah! Ya mi esperanza es muerta.
A otra calle tiene puerta.
Mig. ¡Qué oigo!
And. La ira me abrasa.
A un tiempo... ¡intriga infernal!
A los dos citaba; sí;
Por la puerta falsa á mí
Y á tí por la principal.
Mig. No es posible. Su ternura...
And. Dime el nombre de tu dama;
¡Dilo!
Mig. Camila se llama.
And. ¡Camila! ¡Ella es! ¡Perjura!
¡A mí farsas de teatro!
¡Tratarme á mí de ese modo!
Mas no importa: falsa y todo
Yo la adoro, la idolatro.
O saca la espada y hiere,
O renuncia á su conquista.
(*Desenvaina la espada, y don Miguel hace lo mismo.*)
Mig. No esperes que yo desista
Cuando sé que me prefiere.
And. Si es tan infausta mi estrella,
Al menos vengarme espero
Matándote á tí primero,
Y después á ella, ¡á ella!
Mig. No se retarde la lucha.
And. Feliz sea el vencedor.
Mig. Me hará invencible el amor.
¡Ea, en guardia!
And. ¡En guardia!
(*Combaten por algunos momentos en silencio; suspende la lid don Andrés, y dice:*)
Escucha.
Aunque veo que vacila,
Por razones que no sé,
Yo no dudo de la fe
Con que me quiere Camila.
Mas mi suerte es tan menguada
Que cuando tocaba al cielo

Es muy fácil que en el suelo
Me claves de una estocada.
No es esto excusar la lid,
Que zeloso y vengativo
Con mucho menos motivo
Me batiera con el Cid.
Pero si á la tumba fria
Me conduce esta pendencia,
Quiero que sea tu herencia
El retrato de esa impía.
Cuando dé el postrer aliento
Sácalo de este bolsillo;
No caiga en manos de un pillo
Tan soberano portento.

Mig. Si tu espada me aniquila,
Tambien yo á tí... Mas ¡ay triste!
¿Cuándo, di, cómo adquiriste
El retrato de Camila?

And. Esta noche misma, allí,
Entre amorosas caricias
Me lo ha dado, y yo en albricias...

Mig. ¡Cielo! ¿Me lo enseñas?

And. Sí.
Míralo...

Mig. ¡Infamia notoria!
Yo se lo he dado á esa impía
Esta noche. — Es obra mia.
¡La retraté de memoria!

And. Si de Lucifer no es hija
Digo que...

Mig. Y la muy gitana,
Tierna, agradecida, ufana
Me regaló esta sortija.

And. ¿A ver?... ¡De cólera brinco!
¡Es mia! ¡Tiene mi pelo!

Mig. ¿Tu pelo? ¡Y yo, justo cielo,
La besé con tanto ahinco!
(*Escupe y gesticula como sintiendo asco.*)

And. No se hiciera entre grumetes
Lo que ha hecho esa mujer.
Nuestro amor ¿qué viene á ser?

Mig. Un juego de cubiletes.
(*Es ya de dia claro.*)

And. Y aunque siento mi desdoro...

Mig. Y aunque veo su falsía
Yo la quiero todavía.

And. ¡Yo todavía la adoro!

Mig. ¡Tal es mi tirana estrella!

And. ¡Tanta es, Miguel, mi locura!

Mig. Mas ¿merece esa perjura
Que nos matemos por ella?

And. No. Envainemos las espadas.
(*Lo hacen.*)

Mig. ¿Y qué haremos? Yo pregunto...

And. Arreglemos el asunto
Como buenos camaradas. —
Yo con fuerzas no me siento
Para cedértela á tí.

Mig. Yo la quiero para mí.

And. Yo tambien.

Mig. ¡Ahí está el cuento!

And. Pues riñamos. ¡Voto á brios!...
Pero me ocurre una idea.
No es posible que ella vea
Del mismo modo á los dos.

Mig. Preciso es que allá en secreto
A uno de los dos prefiera.

And. Pues que ella elija al que quiera.
Yo á su fallo me someto.

Mig. Y yo renuncio á su amor
Si ella tu ventura labra.

And. Y yo.

Mig. Corriente.

And. Palabra
De honor. (*Se dan las manos.*)

Mig. Palabra de honor.

And. ¿Oyes? La puerta ha sonado.

Mig. Si fuese Camila bella...

And. Dice que madruga...

Mig. ¡Es ella!

And. Apartémonos á un lado.

ESCENA XV.

Don ANDRÉS, Don MIGUEL, CAMILA, MARTA.

(*Abrese la puerta y salen Camila y Marta. Don Andrés y don Miguel las acechan apartados.*)

Cam. Cierra, y vámonos á misa.

Marta. ¿Qué tal ha salido usted
Del apuro?

Cam. Lindamente.

Marta. Mas ¿cómo...?

Cam. Yo te diré.
Vamos á la iglesia.

Mig. Aguarda.
(*Acercándose.*)
No hay tanta prisa.

Cam. ¡Miguel!
No esperaba esta sorpresa
Agradable...

Mig. Es que tal vez
Serán dos...

And. ¿Tan de mañana...
(*Llegando por el otro lado.*)
Señorita?

Cam. ¡Don Andrés!

Marta. (Tiró de la manta el diablo
Y se descubrió el pastel.)

Cam. (¡Soy perdida!)
And. No es decente
Que dama de tanto prez
Camine sin escuderos.
Cam. (Sofocada estoy. ¿Qué haré?)
Mig. Deseamos uno y otro
Tanta honra merecer.
Cam. Vivan ustedes mil años.
Me harian mucha merced,
Mucha...; pero no conviene
A mi humildad ese tren.
Llevar estado mayor
No es propio de una mujer,
Y podrán decir que ustedes
Me llevan presa al cuartel.
Mig. No dirán eso si humildes
Rendir las armas nos ven.
And. Dirán que vamos cautivos
En ese divino Argel.
Cam. Yo no necesito escolta
Ni admitirla me está bien.
Mig. Pero...
And. No obstante...
Cam. Soy tuya.
(*Al oido rápidamente á don Miguel.*)
Ya sabrás... Te escribiré. —
No me precisen ustedes (*Alto.*)
A que sea descortés. —
Aunque ves que me condenan
(*A don Andrés vivamente en voz baja.*)
Las apariencias, soy fiel. —
Vamos, Marta...
Mig. No. Primero...
And. Acabemos de una vez.
Encantadora sirena,
Segunda Circe cruel,
Víctimas somos los dos
De tu alevosa doblez;
Pero al fin el cielo quiso
Que presa en tu propia red...
Cam. Disimule usted. Ahora
No me puedo detener.
Mig. No te irás sin que salgamos
De este confuso Babel.
Cam. Soy libre y de mis afectos
Ninguno puede ser juez.
And. Yo puedo serlo, perjura;
Bien lo sabes.
Mig. Yo tambien,
¡Pérfida!
And. ¡Coqueta!
Mig. Casa
Con dos puertas siempre fué
Mala de guardar.
And. ¿Qué has hecho
De mi sortija?
Cam. Yo.
Mig. Ten.
(*A don Andrés dándole la sortija.*)
A mí me la dió.
Cam. Sin duda...
Por darle una mia...
And. ¡Infiel!
Mig. ¿Qué hiciste de aquel retrato?
Cam. Yo te explicaré después...
And. Aquí está. Pero debió
(*Saca el retrato y se lo da á don Miguel.*)
Retratarla tu pincel
Con dos caras.
Marta. (¡Vaya un lance!)
Cam. Ya sé que fácil no es
Justificarme. Con todo
Protesto que no pensé...
Soy una niña inexperta
Y mi corazon novel
No es mucho que vacilase...
Como una no sabe en quién
Pone su cariño y..., vamos;
¿Cómo pude yo prever...?
And. Dejémonos de disculpas
Y profesiones de fe.
Vida nueva y olvidemos
Lo pasado.
Cam. ¿Qué quereis?
Mig. Si de los dos te burlabas
Acábese el entremés.
Cam. No cabe en mi corazon
Tan indigno proceder.
And. Pues ni yo sufro rivales,
Ni los sufre don Miguel.
Uno ha de triunfar. Elige.
Mig. (Yo el preferido seré.)
And. (Mia será la victoria.)
Tu voluntad sea ley.
Cam. ¡Dios mio! Eso es conspirar
Contra una pobre mujer.
Mig. No hay remedio.
And. No hay arbitrio.
Cam. Bien está. Yo pensaré...
And. No admitimos dilaciones.
¡Ahora mismo!
Mig. ¡Ahora ha de ser!
Cam. Pues bien; ya que en tan amargo
Compromiso me poneis,
El desairado perdone
Si no le prefiero á él. —
Reinar en tu alma de fuego,
Andrés mio, es mi placer. —
Miguel, tu dulce carácter,
Tu modesta timidez
Me hechizan. Seré una ingrata
Si no corono tu sien...
Mig. ¡Ah! (*Con gozo.*)
And. ¡Oh! (*Con pena.*)

Cam. Mas ¿cómo privarte
Del merecido laurel,
Andrés amado?
And. ¡Ah!... (*Con gozo.*)
Mig. ¡Oh!... (*Con pena.*)
Cam. Tuyo sea el parabien...
No; tuyo, Miguel querido...
Mas no; que igual interés...
¿Cómo he de elegir á este
Si he de privarme de aquel?
¿Cómo resolverme...? En fin
Yo sé amar; no sé escoger.
Yo os quiero á los dos: entrambos
Teneis en mi alma un dosel;
Y antes que ofender al uno
Sin los dos me quedaré.
Mig. Pues tener tú dos maridos,
Ni lo consiente la ley,
Ni nosotros...
Marta. Vaya; eso
Sería el mundo al revés.
And. Para un amor como el mio
No basta media mujer.
Mig. Herrar ó quitar el banco..
Aunque parezco de miel
Yo no sufro ancas de nadie.
Cam. Pues mirad cómo ha de ser,
Hijos, porque yo... me abstengo
De votar.
And. ¡Estamos bien!
¿Cómo salir del pantano?
Marta. Solo hay un medio.
Mig. ¿Cuál?
And. ¿Eh?
Marta. Que lo decida la suerte
Y conformarse los tres.
And. ¿Qué dices tú? (*A Camila.*)
Cam. Por mi parte
Me conformo. ¿Qué he de hacer?
And. ¿Y tú? (*A don Miguel.*)
Mig. Forzoso será,
Ya que ella no escoge...
And. Pues...
A cara ó cruz. Saco un duro...
Aquí ninguno nos ve...
Cam. ¡Oh si quisiera mi dicha
(*Aparte á Marta.*
Que ganase don Miguel!
And. Ya tiro. ¿Qué pides?
Mig. Cruz.
(*Don Andrés tira el duro al aire.*)
(Yo tiemblo.)
And. ! *Hispaniarum rex* !
(*Alza el duro y todos acuden á ver de qué lado ha caido.*)
¡Desventurado de mí!
¡Tú ganaste!
Cam. ¡Pobre Andrés!
(*A Marta en voz baja.*)
Mas contenta quedaría
Si hubiese ganado él.
Mig. Tú te afliges... Callas tú...
Eso me hace conocer
Que sin ser yo venturoso
Desgraciados os haré. —
Yo te la cedo
And. ¡Oh fineza
Inaudita!
Mig. ¡Adios...! (*Yéndose.*)
And. Deten
El paso.
Cam. ¿Qué va á decirle? (*A Marta.*)
Marta. Oigamos...
And. Tú no has de ser
Mas animoso que yo.
Por otra parte..., ya ves;
La leccion ha sido fuerte.
Esa moza es de la piel
Del diablo, y dice el refran:
Quien hace un cesto hará cien.
Mig. Tienes razon.
Cam. ¡Oh! Yo juro...
And. Quédese para quien es,
Y olvidémosla los dos. —
Esto debimos hacer
Dos horas ha.
Marta. (Con efecto.)
Mig. Sí; sí; que es un cascabel...
Cam. ¡Miguelito!...
Mig. Una embustera.
And. Una archicoqueta.
Cam. ¡Andrés!
And. ¡Adios, esfinge!
Cam. ¡Escuchadme!...
Mig. Señora, á los piés de usted... —
Yo la perdono. (*A don Andrés.*)
And. Yo no.
El amor se ha vuelto hiel.
Cam. ¿Es delito el ser sensible?
¡Ah, mujeres! Aprended.
Mig. Adios; y él te dé, Camila,
El juicio que has menester.
And. Por los siglos de los siglos
Maldita seas, amen.

ESCENA ULTIMA.

CAMILA, MARTA.

Marta. Se van... ¡Buena la hemos hecho!
¿Ve usted lo que yo decía?
¡Anoche tanta alegría

Y hoy tan amargo despecho!
¡De ser fingida y veleta
Vea usted lo que se saca!
Aguante usted la matraca,
Y empiece á tener chaveta.—
Pero compasiva soy.
No mas reprensiones, que harta
Pesadumbre...
Cam. ¡Pobre Marta!
(*Riéndose*).
¿Piensas que afligida estoy?
Marta. Con justa causa lo infiero.
Desairada por los dos...
Cam. ¡Eh, vaya en gracia de Dios! —
Me consolará el tercero.
Marta. ¡Cómo! ¿El tercero?
Cam. Sí tal.
Yo nunca estoy desprovista.
Ayer hice su conquista.
Me espera en la catedral.
Vamos corriendo...
Marta. ¡Es posible!...
Cam. Se llama don Lucio Ramos.
¡Arrogante mozo!
Marta. Vamos;
Es usted incorregible.
Cam. Los hombres son mala yerba;
El mas fiel no está seguro.
Por eso siempre procuro
Tener tropa de reserva.
Marta. Pero...
Cam. De poco te espantas.
Marta. Dirán las gentes discretas...
Cam. Que hay millares de coquetas,
Y yo soy... UNA DE TANTAS.

MUÉRETE ¡Y VERÁS...!

COMEDIA EN CUATRO ACTOS,

REPRESENTADA POR PRIMERA VEZ EN MADRID, EN EL TEATRO DEL PRÍNCIPE, EL DIA 27 DE ABRIL DE 1837.

PERSONAS

ISABEL.
JACINTA.
DON PABLO.
DON FROILAN.
DON ELIAS.
DON MATIAS.
DON ANTONIO.
DON LUPERCIO.
DON MARIANO.
UN BARBERO
UN NOTARIO.
RAMON.
UN CIEGO.
UNA CIEGA.
GUARDIAS NACIONALES.
HOMBRES Y MUJERES DE DUELO.
DAMAS Y CABALLEROS CONVIDADOS.
PUEBLO.

La escena es en Zaragoza.

ACTO PRIMERO.

LA DESPEDIDA.

Calle. — Un café en el foro con puerta vidriera.

—

ESCENA PRIMERA.

DON ANTONIO, DON LUPERCIO, DON MARIANO.

(*Durante esta escena atraviesan de un lado al otro del teatro algunos milicianos nacionales, equipados como de camino, y gentes del pueblo que se supone van á ver salir la tropa.*)

Ant. Salgamos, Lupercio, á ver
(*Saliendo del café.*)
Lo que pasa por la calle.
Lup. Ya transita poca gente.
Mar. Como por aquí no sale
La columma...
Lup. Quiera Dios
Que á los facciosos alcancen
Y los destruyan.
Ant. ¿Qué fuerza
Va á marchar?
Lup. Dos mil infantes
Y ciento veinte caballos
Entre tropa y nacionales
Movilizados.
Mar. Venid,
Que ya es regular que marchen
En breve.
Ant. No tengas prisa.
Cuando están los oficiales
Tan despacio en el café...

Lup. Sí. Ahí quedan don Pablo Yagüe
Y don Matias Calanda;
Pero este es un botarate
Que cuando está en una broma
No oye cajas ni timbales,
Y don Pablo, embelesado
En los ojos de su amable
Jacinta...
Ant. Pues malas lenguas
Dicen que el otro compadre
Gusta tambien de la niña,
Y se puede desbancarle...
Lup. Por ahora es el preferido
Don Pablo. Mas adelante,
No diré... Porque en mujeres
No hay que fiar, y el carácter
De Jacinta es en mi juicio
Mas veleidoso que el aire.
Mar. Sin embargo, tiene mil
Apasionados, y nadie
Piensa en Isabel, su hermana,
Aunque yo creo que vale
Mucho mas.
Ant. Mal gusto tienes.
Ella podrá ser un ángel,
Mas ¡tan callada...!
Mar. Es modestia.
Ant. Sosería. Aquel donaire
De Jacinta, aquel mirar,
Aquel despejo, aquel talle...
Mar. No es menos bella Isabel,
Pero desconoce el arte
De coquetear y fingir.
Si yo hubiera de casarme
Con alguna de las dos...
Ant. Eh, no digas disparates.
Lup. Filósofo estás, Mariano.
Ant. Perdió anoche dos mil reales
Al *ecarté*, y no me admiro...
Mar. No reprobará el enlace
De su hermana don Froilan,
Pues sufre que la acompañe
Don Pablo, y la dé convites...
Lup. Como en ellos tenga parte,
No haya miedo que por eso
Se incomode. Es el mas grande
Egoista...
Ant. Es un amigo,
Y no debo criticarle;
Mas por no mover un brazo
Morir dejara á su padre
Si lo tuviera.
Lup. Y en todo
Ve peligros, y desastres.
¡Qué agorero! Otra campana
De Velilla.
Ant. Eso lo hace
Por disculpar su egoismo.
Ya se ve, cuando á los males
No hay remedio es excusado
Que los médicos se cansen.
Mar. ¡Antonio! Ten caridad.
Y nosotros, paseantes
Y ociosos de profesion,
¿Qué hacemos en este valle
De lágrimas?
Ant. ¡Eh!... Nosotros,
Aunque somos holgazanes,
Servimos de algo en el mundo.
Acreditamos á un sastre,
Alegramos las tertulias,
Sostenemos los billares,
Y brindamos en la fonda
Por las patrias libertades.
Lup. A propósito. ¿Estarán
Almorzando hasta la tarde?—
Pero ya sale don Pablo.

ESCENA II.

DON ANTONIO, DON LUPERCIO, DON MARIANO, DON PABLO.

(*Don Pablo viste uniforme de teniente de nacionales movilizados.*)

Pablo. (Ese usurero bergante
No parece, y necesito
Que me preste para el viaje
Diez onzas. Estos tal vez
Me dirán...) ¿Ustedes saben
Dónde pára don Elías?
Mar. No.
Lup. No sé.
Pablo. Voy á buscarle.

ESCENA III.

DON ANTONIO, DON LUPERCIO, DON MARIANO.

Ant. Ya anda en busca de ususeros.
Mar. Ya se ve, ¡tanto gastar...!
Lup. Ese hombre se va á arruinar.
Ant. Le vamos á ver en cueros.
Mar. Su patrimonio es crecido
Lup. Su vanidad es mayor.
Ant. Libertino...
Lup. Jugador...
Mar. Disipado...
Ant. Corrompido.
¿Veis el ardor con que pinta

La pasion que le sujeta?
Pues que me lleve pateta
Si se casa con Jacinta.
Lup. Yo sé que tiene otra moza.
Mar. Sí; la viuda de Quirós.
Ant. Pues se olvida de las dos
Al salir de Zaragoza.
Lup. Con la seduccion y el dolo
Otras hallará al momento.
Mar. Presume tener talento...
Ant. Es un ignorante, un bolo.
Lup. Aunque atusando el bigote
Se tiene por muy galan,
Me parece á mí un gañan.
Ant. Y á mí un Judas Iscariote.

ESCENA IV.

DON ANTONIO, DON LUPERCIO, DON MARIANO, DON FROILAN.

Froil. ¿Todavía por aquí,
Caballeros?
Ant. ¡Don Froilan!
Froil. ¿No van ustedes á ver
La columna desfilar?
Lup. Eso pensamos. Supongo
Que tambien usted irá
Con las niñas...
Froil. No por cierto.
Hoy tengo un esplin mortal.
Estoy malo. Hace mal dia.
Mar. Hombre, ¡si hace un sol que da
Regocijo!
Froil. Sin embargo,
El viento se va á mudar...
Y yo tengo para mí
Que esta tarde nevará.
Ant. El calendario de usted,
Amigo, es siempre fatal.
Froil. Nevará. ¡Pobre milicia!
¡Qué trabajos va á pasar!
Ant. Mucho sentirá don Pablo
Marcharse de la ciudad
Dejándose aquí á la bella
Jacinta. Dicen que ya
Se trataba de la boda.
Froil. Sí; pero ¡buenos están
Los tiempos para casorios!
Yo no quiero contrariar
El gusto de mis hermanas;
Pero pronostico mal
De ese casamiento.
Lup. ¡Cómo!
¿No iban con gusto al altar
Ambos contrayentes?
Froil. Mucho;
Mas si la fatalidad
Hiciera... Anoche Jacinta
Vertió en la mesa la sal
Nombrando á don Pablo.
Mar. Y eso
¿Qué puede signifiar...?
Froil. Es mal agüero. Ese viaje
Inesperado es quizá
Otro aviso de los cielos...
Piensa mal y acertarás,
Dice el refran.
Ant. Si es funesta
Esa coyunda nupcial,
¿Por qué no interpone usted
Su fraterna autoridad
Para que no se efectúe?
Froil. No, amigo, no haré yo tal.
Las voluntades son libres;
Las chicas tienen ya edad
Para saber lo que se hacen.
Mi individuo y nada mas.
Yo sé que puedo vivir
Sin una cara mitad.
Si ellas piensan de otro modo,
Si ellas se quieren casar,
Para ellas será la dicha
O la pena: me es igual.
Ellas comen de su dote...
Ni me quitan, ni me dan.
Ant. ¡Vaya, que es filosofía
La de usted... original!
(*Sigue hablando con los ociosos don Froilan.*)

ESCENA V.

DON FROILAN, DON ANTONIO, DON LUPERCIO, DON MARIANO, JACINTA, ISABEL, DON MATIAS.

(*Don Matías lleva uniforme de subteniente de milicia movilizada.*)

Jac. ¡Cómo! ¡Aun no viene don Pablo!
Mat. No tardará. Aquí en la puerta
Estaremos mas alerta... —
¡Hola! ¡Mozo!... ¿Con quién hablo?
(*A un mozo, que llega á la puerta.*)
Trae sillas aquí; al momento.
Isab. (¡Dios mio, vela por él!)
(*Trae sillas el mozo, y se sientan don Matías y Jacinta.*)
Jac. ¿No te sientas, Isabel?

Isab. Sí... me sentaré... (¡Oh tormento!)
(*Se sienta. Don Matías y Jacinta hablan en voz baja.*)
Mat. Mil veces afortunado
Mi cautivo corazon
Si fuese yo la ocasion
De ese amoroso cuidado.
Jac. Vamos, deje usté esa chanza.
Mat. ¡Chanza cuando gimo y ardo,
Y tengo en el pecho un dardo...
He dicho poco: ¡una lanza!
Aun ese desden fatal
Amara yo con delirio
Si no viese mi martirio
En la dicha de un rival.
Isab. (¡Qué desgraciada nací!)
Jac. ¡Qué temeraria porfía!
Mi voluntad ya no es mia.
¿Qué pretende usted de mí?
Mat. O tan divina beldad
No estrechen brazos ajenos,
O vuélvame usted al menos
Mi perdida libertad.
Jac. Si basta decirlo yo,
Libre es usted desde ahora;
Libre y sin costas.
Mat. ¡Traidora!
¿Te burlas de mí?
Jac. Yo no.
Mat. Si otro consuelo no halla
El afan que me atormenta,
Me hago dar muerte sangrienta
En la primera batalla.
¡Qué temeraria virtud!
Jac. Con que ¿usted quiere un favor...?
Bien. Portarse con honor,
Buen viaje y mucha salud.
Mat. Eso se dice á cualquiera.
Jac. Mas no como yo lo digo.
Le amo á usted... como á un amigo.
Mat. ¿Por qué no de otra manera?
Jac. Porque estoy comprometida
Y así la suerte lo quiso.
Mat. ¿Y á no mediar compromiso?
Jac. Entonces...
Isab. (¡Fatal partida!)
Jac. Me apura usted demasiado.
¿Pretende usted que yo fragüe...?
Mat. Si no amara usted á Yagüe...
Jac. Usted sería el amado.
Mat. Ya que victoria no cante,
Aunque la razon me sóbre,
No es malo que aspire un pobre
A la primera vacante.
Jac. Basta. Merece castigo
Quien á la dama echa flores
De su amigo.
Mat. Hija, en amores
No hay amigo para amigo.
Jac. Pues de camarada fiel
Se la echa usted.
Mat. Estoy loco.
Anímeme usted un poco,
Y hoy mismo riño con él.
Jac. Busque usted mas alta gloria
Combatiendo al despotismo,
Y vénzase usté á sí mismo,
Que es la mas noble victoria.
Mat. ¡Amonestacion discreta!
Mas quien mira esos encantos...
Jac. Déjeme usted con mil santos.
Yo no quiero ser coqueta.
Mat. ¡Cruel...!
Jac. (Lástima me da,
Mas el deber... ¡Y es buen chico!)
Mat. Tus ojos...
Jac. Calle usté el pico,
Que viene Pablo.
Isab. (¡Allí está!)
(*Se levantan viendo venir á don Pablo, y reparando en las damas los otros interlocutores se incorporan con ellas.*)

ESCENA VI.

ISABEL, JACINTA, DON FROILAN, DON MATIAS, DON PABLO, DON ANTONIO, DON LUPERCIO, DON MARIANO, DON ELIAS.

Pablo. Me vienen perfectamente
Los tres mil reales y pico,
Y con la vida y el alma
Quedo á usted agradecido.
Jac. (Mi Pablo... No, no es posible
Que yo ponga mi cariño
En otro hombre.)
Elías. El interés
Es muy corto. Un veinte y cinco
Por ciento...
Pablo. Sí; en cuatro meses...
No me parece excesivo.
Elías. Ser servicial y económico
Son mis dotes favoritos.
Sin lo segundo no hiciera
Lo primero. Economizo,
Y de esta manero puedo
Ser útil á mis amigos.
Pablo. ¡Bien! Lo explica usted á modo
De charada o logogrifo.
Elías. No tomará usted á mal
Que extendamos un recibo...
Pablo. Sí, sí; que somos mortales.

Elías. No es decir que desconfio...
Ahí en el café lo pongo
En dos plumadas...
Pablo. Lo firmo,
Y estamos del otro lado.
(*Se reune con los demás interlocutores. Don Elías va á entrar en el café, y á la puerta le detiene don Antonio.*)
Cierto negocio preciso
Ha motivado mi ausencia...
Elías. Necesito...
(*Siguen hablando los dos en voz baja.*)
Pablo. Ahora soy todo de ustedes
Hasta ponerme en camino.
Isab. (¡Le quiero mas que á mi vida,
Y me parece delito
El mirarle!)
Elías. Ya hablaremos.
Ya sabe usted dónde vivo...
(¡Cuando el otro va á partir
Me detiene este maldito!)
Ant. La hipoteca es abonada.
Elías. Bien, sí...
Ant. Corrientes los títulos...
Si hoy no me socorre usted
Mañana me pego un tiro.
Elías. (¿No hay quién te lo pegue ahora?)
Veremos...
(*Con un pié dentro del café.*)
Ant. Pero...
Elías. Lo dicho.
(*Entra en el café.*)
Lup. Vamos á ver la columna.
(*A don Antonio y á don Mariano.*)
¿Qué hacemos en este sitio?
Ant. Sí; vámonos. Señoritas,
A los piés de ustedes. Chicos,
¡Buen viaje!
Mat. ¡Abur!
Jac. Beso á ustedes
La mano.
Pablo. Adios...
(*Está muy entretenido hablando con Jacinta desde que se acercó al corro.*)
Lup. Si servimos
De algo...
Mar. Que escribais...
Froil. Señores...
(¡Gracias á Dios que se han ido!)

ESCENA VII.

JACINTA, ISABEL, DON PABLO, DON MATIAS, DON FROILAN.

Mat. (Ellos en dulce coloquio
Y yo aquí siendo testigo...
Me largo con viento fresco,
Que es cruel este suplicio.)
La columna va á marchar
Y yo no me he despedido
De mi familia. Madamas,
¡Hasta la vuelta!
Froil. Repito...
Isab. Buen viaje.
Jac. Abur, don Matías.
Mat. (¡Ah! Voy hecho un basilisco.
Vosotros lo pagareis,
Soldados de Carlos quinto.)

ESCENA VIII.

ISABEL, JACINTA, DON PABLO, DON FROILAN, DON ELIAS.

(*Siguen hablando aparte don Pablo y Jacinta.*)

Isab. (¡Qué felices son! Y yo...
¡Suerte infeliz, suerte amarga
La de una mujer! Mis labios
Sella la vergüenza. El alma
Se me arranca, y no no puedo
Decir: ese hombre me mata!)
(*Se sienta afligida.*)
Froil. Despacio la toman. — ¡Mozo!
(*A la puerta del café.*)
La *Gaceta*. Nunca acaban
De hablar los enamorados.
(*El mozo le trae la* Gaceta, *se sienta, y la lee. Sale don Elías del café con el recibo en la mano.*)
Elías. ¿No es droga que en estas casas
Nunca ha de haber un tintero
Corriente?
(*Se acerca con el recibo en la mano á don Pablo, que entretenido con Jacinta no le ve.*)
Ya solo falta
Que firme usted...
Jac. Sí; mi Pablo.
Mi corazon se desgarra
Al verte partir. Si el freno

Del pudor no me atajara,
Tan briosa como amante
Te siguiera á la campaña.
Mas, ya que de este placer
Me privan leyes tiranas;
Ya que viva no te sigo,
Ya que el cielo nos separa,
Hé aquí mi retrato : toma,
(*Da el retrato á don Pablo.*)
Bien mio, y amor le haga
Escudo que te defienda
De las enemigas lanzas
Isab. (¡Qué suplicio!)
Elías. Con permiso...
Pablo. ¡Oh don precioso! Tú inflamas
(*Besando el retrato, que guarda luego en el pecho.*)
Mi valor, que con la pena
De ausentarme desmayaba.
Ahora me siento capaz
De las mayores hazañas.
Isab. (¡Que no me muriera aquí!)
Elías. Con licencia de esa dama,
La firma...
Froil. ¡Ah, señor don Pablo!
(*Levantándose, y acercándose á don Pablo.*)
Elías. (¡Este lloron me faltaba!)
Froil. ¡Inútil valor! ¡Inútil
Patriotismo! Está ya echada
La suerte. ¡Pobre nacion;
Volverá á gemir esclava.
El genio del mal persigue
A la miserable España.
Tanto afan, tantos tesoros,
Tanta sangre derramada
¿De qué han servido? La hidra
De la rebelion levanta
Sus cien cabezas. El cielo
Nos abandona... ¡No hay patria!
Elías. Mientras don Froilan parodia
(*A don Pablo.*)
La tragedia de Quintana,
Firme usted...
Pablo. Mucho me admiran,
Don Froilan, esas palabras
En boca de un español,
De quien liberal se llama.
Froil. Ya verá usted...
Pablo. Ese cuadro
Es el parto de una amarga
Misantropía... No quiero
Atribuirle otra causa.
Mas yo supongo que es fiel;
Que mil desastres amagan
Al Estado; que peligra
La libertad. Por ser ardua
La lid ¿debemos acaso
Abandonar la demanda?
¿Ha de faltarnos el brio
Primero que la esperanza?
¿Doblaremos la cerviz
Antes de probar la espada?
Sacrificios; no clamores,
Teson, virtudes; no lágrimas,
La nacion pide á sus hijos.
Si hoy se pierde una batalla
No se recobra el honor
Sino venciendo mañana.
Jac. ¡Bien dicho!
Isab. (¿Y no le he de amar?)
Elías. El recibito...
Froil. La llaga
Es muy profunda, don Pablo.
Nuestras discordias infaustas
Nos llevan al precipicio.
Las pasiones enconadas
Nos ciegan: los pueblos gimen;
No hay dinero; esto no marcha;
No vamos todos á un fin;
Los partidos...
Pablo. Así hablan
El egoismo y el miedo.
En las tristes circunstancias
Se acrisola el patriotismo;
Y el que noble tiene el alma
No se deja dominar
De miras interesadas,
Ni de ocultas, influencias,
Ni de pasiones bastardas.
Elías. Y el que diga lo contrario
Es un..., ¿lo digo?, es un mandria.
Don Pablo es buen caballero,
Y asi maneja la espada
Como la pluma. A propósito:
¿Quiere usté hacerme la gracia
De firmar...?
Pablo. ¡Ah! Sí. El recibo...
(*Va á entrar en el café, y le detiene don Froilan.*)
Vamos...
Froil. Nadie me aventaja
En patrio amor; mas al ver
Tantos errores y tantas
Calamidades, confieso
Que mi corazon desmaya.
¡Ay, don Pablo! Rara vez
Mis presentimientos fallan.
El yerro mayor de Troya
Fué no escuchar á Casandra.
Crea usted á un fiel amigo,
No salga usted á campaña.
Jac. ¿Por qué?
Pablo. ¡Es honroso el consejo!

Isab. (¡Si pudiera hablar!)
Froil. La baja
De un hombre, sea quien fuere,
No es de tan grave importancia...
Quédese usté en Zaragoza.
Pablo. ¡Bravo! Si esa cuenta echara
Cada cual, pronto estaríamos
En una paz octaviana.
Froil. ¡Mire usted que ya en el cielo
Leyendo estoy una página
Sangrienta! ¡Ya en mis oidos
Está silbando la bala
Matadora! ¡Ay infeliz!
En vez de bélica palma,
Tu generoso ardimiento
Va á buscar... ¡una mortaja!
Isab. (¡Maldita tu boca sea!)
Jac. ¡Ah! ¿Qué estás diciendo? Calla.
¿Por qué afligirnos así?
¡Qué idea...!
Pablo. ¡Ba! Es una chanza.
Si yo creyese en agüeros
Sería un poco pesada.
Pero, en fin, morir lidiando
Por la mejor de las causas
Es muerte gloriosa.
Jac. ¡Ah! No.
Dios oirá mis plegarias.
Pablo. Solo por tí lo sintiera. —
Por lo demás, no me espanta
(*Riéndose.*)
La muerte á mí. Y casi, casi,
Muriera de buena gana
Solo por dar un petardo
A mis acreedores.
Elías. ¡Cáscaras!
Jac. Vamos, deja ya esa broma.
Elías. (¡Ah! Si no firma y le matan...)
Vamos, don Pablo. Esa firma...
Tocan dentro llamada y tropa. Isabel se levanta.)
Pablo. Vamos...
Froil. ¡Ya suenan las cajas!
Jac. ¡Oh pena!
Isab. (¡Amargo momento!)
Elías. (¡Voto á...!) Si usted me firmara...
Pablo. ¡Adios, bien del alma mia!
(*Abrazando á Jacinta.*)
La ausencia no será larga.
¿Serás fiel?
Jac. Hasta la tumba.
¡Oh! Poco he dicho. La llama
Que abrasa mi corazon
Ni en el sepulcro se apaga.
Elías. (Los momentos son preciosos.
Traeré el tintero...) — ¡Despacha!
(*A un mozo desde la puerta del café.*)
¡Un tintero: (Por el gusto
De que yo me ahorque de rabia
Se hará matar.)
Pablo. En tus ojos
Prisionera dejo el alma.
Jac. ¡Adios...! La pena me ahoga.
(*Sollozando.*)
Mi corazon te idolatra
Mas de lo que yo creia.
Si mi desventura es tanta
Que por la postrera vez
Tu Jacinta fiel te abraza,
¡Ay! te seguiré muy pronto
A la tumba solitaria.
¡Adios!
Pablo. ¡Adios!
(*Desprendiéndose de sus brazos.*)
Froil. ¡Caro amigo!
(*Abrazando á don Pablo.*)
Elías. (No me dejan meter baza
(*Con el papel en una mano y el tintero en la otra.*)
El amor y la amistad.)
Froil. ¡Adios! La lengua me embarga
El sentimiento...
Pablo. ¡Qué llantos...!
(*Volviendo á Jacinta que llora.*)
Aunque me fuese á la Habana...
Ea, adios... No mas... — ¡Adios!
(*Yéndose.*)
Isab. (¡Y á mí no me dice nada!)
(*Con amargura y llorando.*)
Elías. ¡Don Pablo...! ¡Señor don Pablo...!
Pablo. ¡Pobre Isabel...! Me olvidaba...
(*Volviendo.*)
Venga un abrazo. (*La abraza.*)
Isab. (¡Ah, Dios mio!)
(*Estremecida de gozo.*)
Pablo. Case usted á esta muchacha,
Don Froilan. Está tan triste...
Adios. Cuídame á tu hermana.
Isab. (¡Infeliz...!) Así lo haré.
Elías. Antes de romper la marcha...
(*Viendo don Pablo que don Elías se dirige á él con los brazos abiertos, le estrecha en los suyos, y ruedan por tierra papel y tintero.*)
Pablo. Sí. ¡Adios, adios, don Elías!
Elías. (En vez de firmar me abraza...,
¡Adios, tintero! El papel...)
Jac. ¡Pablo!

Pablo. ¡Jacinta!
(*Le da el último abrazo, y vase corriendo*)
Elías. ¡Mal haya...!
(*Buscando la pluma después de haber recogido el tintero.*)
¡Don Pablito...! ¡Échale un galgo!
¡Don Pablo...! Ya ¿quién le alcanza?
(*Arroja enfadado el tintero.*)

ESCENA IX.

ISABEL, JACINTA, DON FROILAN, DON ELIAS.

Jac. Vamos á verle marchar...
Froil. No. La gente... Los caballos...
¡Eh! ya no es tiempo... Y los callos
Que no me dejan andar ..
Esta noche ¡gran escarcha!
Elías. (¡Ahí es un grano de anís!
¡Diez onzas!)
Jac. Vamos...
(*Una música militar toca marcha á lo lejos.*)
Froil. ¿Oís?
Partió. Ya suena la marcha.
Jac. ¡No podré vivir sin él!
Elías. ¡Libértale de un balazo,
Vírgen del Pilar!
Froil. El brazo,
(*Da el brazo á Jacinta.*)
Y á casa. Usted á Isabel.
(*Don Elías da el brazo á Isabel.*)
Elías. Con mucho gusto. (¡Qué bella!
Esto alivia mi dolor.
A estar de mejor humor
Hoy me declaraba á ella.)
Froil. ¿Qué hace usted tan pensativo?
Ande usted.
Jac. ¡Qué desconsuelo!
Isab. (Me ha dado un abrazo.¡Oh cielo!)
Elías. (No me ha firmado el recibo!)

ACTO SEGUNDO.

LA MUERTE.

Sala en la casa de don Froilan. A la derecha del actor la puerta que conduce à la de la escalera; à la izquierda otra que guia à las habitaciones interiores, y otra en el foro con vidriera y cortinas.

—

ESCENA PRIMERA.

ISABEL.

(*Aparece sentada junto á un velador donde habrá varios periódicos, y acabando de leer uno.*)

Ni cartas confidenciales,
Ni partes, ni conjeturas
Siquiera... Desde que entró
La brigada en Cataluña
No ha vuelto á saberse de ella.
¿Qué suerte será la suya?
No escribir en tantos dias
Don Pablo... ¡Mortal angustia!
¿Habrán sido derrotados?
Alguna emboscada, alguna
Sorpresa... Pero muy pronto
Las malas nuevas circulan.
Parciales y confidentes
Tiene la rebelde turba
Donde quiera, y cuando callan
Es seguro que no triunfan.
Esta reflexion me vuelve
La esperanza. Sí; me anuncia
El corazon...

ESCENA II.

ISABEL, DON FROILAN.

Froil. ¡Hola! ¡Cómo
Te aplicas á la lectura
Estos dias! ¿Tambien tú
Te aficionas como muchas
A las cuestiones políticas
Mas que á la plancha y la aguja?
Isab. A todos nos interesa
Saber quién vence en la lucha
Funesta que nos divide.

Froil. Eso ya no admite duda;
Al fin cantarán victoria
Don Carlos y la cogulla.
Ya todo esfuerzo es inútil.
Nuestro mal no tiene cura.
La libertad es aquí
Planta exótica, infecunda.
La sociedad se desquicia,
Y la patria se derrumba.
Isab. Si como tú se echan todos
(*Entre dientes.*)
En el surco...
Froil. ¿Qué murmuras?
Yo soy un buen ciudadano;
Yo siento que la fortuna
Nos vuelva la espalda, y son
Mis intenciones muy puras;
Pero, en fin, estaba escrito
Allá arriba, y es locura...
Repasaré esos periódicos,
Sin embargo. Ni disputas
Políticas, ni noticias
Busco en ellos : son absurdas
Comunmente las primeras
Y fatales las segundas;
Pero en tanto que me sirven
El desayuno, me gusta
Recrearme con un trozo
De amena literatura,
Descifrar una charada,
Reirme con una pulla...
Así me distraigo un poco,
Y las lágrimas se enjugan
Que á mi corazon arrancan
Las calamidades públicas.
(*Se iba con los papeles, y vuelve.*)
¡Ah! ¿Viene aquí alguna nueva
De nuestra marcial columna?
Isab. ¡Nada!
Froil. ¡Pues! ¡Lo que yo digo!
¡Pereció! ¡Todo se frustra!
La falta de direccion...
Alguna mano perjura
Sin duda los hizo presa
De *Tristany* ó *Camas-Cruas.*
¡Qué dolor de juventud!
¡La flor de Cesaraugusta!...
¡Oh amigo! Soy con usted.
(*A don Elías, que entra.*)
¡Qué horror! — El almuerzo, Bruna.

ESCENA III.

ISABEL, DON ELIAS.

Isab. (¡Ay desgraciada! Su triste
Presagio me hace temblar.)
Elías. (Yo la voy á declarar
Mi amor... y *laus tibi, Christe.*)
Para un asunto de urgencia,
Que diré en lenguaje explícito,
Concédame usted, si es lícito,
Cuatro minutos de audiencia.
Yo la amo á usted. Mas conciso
Ningun amante sería,
Y es que entra en mi economía
No hablar mas de lo preciso.
En paz y en gracia de Dios
Que hemos de vivir entiendo;
Y no es maravilla, siendo
Capitalistas los dos.
Mi caudal es la salud,
El dinero y la alegría;
Y el de usted, señora mia,
La hermosura y la virtud.
(Paso en silencio su dote,
Que es lo que mas me acomoda.)
Ajustemos pues la boda,
Y casémonos á escote.
Mucho vale el ser hermosa:
Mi amor sea el testimonio;
Pero un rico patrimonio
Tambien vale alguna cosa.
No sé qué será peor
En este mundo embustero;
Si hermosura sin dinero,
O dinero sin amor;
Mas siempre que á lo segundo
Lo primero unido va,
Allí la ventura está,
O no hay ventura en el mundo.
Aunque en la ciudad se suena
Que soy dado á la avaricia,
Comer bien es mi delicia...
(Cuando como en casa ajena.)
Ello sí, como está en moda,
La economía cursé,
Y á todo la aplicaré...
Menos al pan de la boda.
Poco avaro en fin soy yo
Cuando á casarme me allano.
Con que... ¿acomoda mi mano?
Responda usted : sí, ó no.
Isab. Aunque debo celebrar
Con mas risa que sorpresa
El sumo donaire de esa
Declaracion singular,
Merece el que así me honró

Igual franqueza de mí.
No puedo decir que sí.
Elías. ¿Luego dice usted que no?
¡Cruel mujer!
Isab. No. Sincera.
Elías. ¡Tal desvío á mi pasion!
¡Ah! ¿Tiene usted corazon?
Isab. ¡Ojalá no lo tuviera!
Elías. Si no ha de ser para mí,
Si otro hombre lo cautivó...
Isab. No puedo decir que no.
Elías. ¿Luego dice usted que sí?
¿Habrá fortuna mas perra?
¿Habrá mujer mas ingrata?
Si dice que no, me mata;
Si dice que sí, me entierra.
Isab. ¡Ay, don Elías, que el cielo
Con mayor mal atormenta!
Ese no que usted lamenta
Fuera para mí un consuelo.
Elías. ¡Cómo!...
Isab. Basta ya, si es chanza.
Si habla usted de veras...
Elías. Sí.
¡Oh!...
Isab. Yo no tengo ¡ay de mi!
Ni puedo dar esperanza.
Con harta pena lo digo.
Elías. ¿Que va á ser de mí, Isabel?
Isab. Sea usted mi amigo fiel. —
Yo he menester un amigo.
Elías. Algo mas quise alcanzar;
Mas lo seré. (Y me conviene,
Porque al fin y al cabo tiene
Haciendas que administrar.)

ESCENA IV.

ISABEL, DON ELIAS, JACINTA.

Jac. ¡Oh, que está aquí don Elías!
Lo celebro mucho.
Elías. Siempre
A los piés de usted. ¿Qué tal?
¿Hay noticias del ausente?
Jac. Ninguna. Nada se sabe;
Ni hay cartas, ni los papeles
Públicos me dan indicios
De si vive ó de si muere.
Elías. No es extraño que en la guerra
Los correos se intercepten;
Mas no tenga usted cuidado,
Porque la faccion rebelde
O no osará combatir
Con nuestra tropa valiente,
O pagará su osadía
Muy cara.
Jac. Pero ¡tenerme
Sin saber de él tanto tiempo!
Si es cierto que bien me quiere,
¿Cómo no ha hallado camino
Para hablarme de su suerte,
De su amor...? ¡Su amor!... Jacinta
Ya tal vez no lo merece.
Quizá á los piés de otra dama
Ha puesto ya sus laureles.
Isab. No digas tal de don Pablo
Pues ningun motivo tienes
Para dudar de su fe.
Jac. ¡Ah, que la ausencia es la muerte
Del amor! Los hombres...
Elías. Son
Pérfidos, inconsecuentes...
¡Hombres! ¡Oh! Yo no los quiero...
Me gustan mas las mujeres.

Un Ciego. (*Dentro gritando.*) El suplimiento al *Patriota aragonés,* que acaba de salir ahora nuevo, con noticias interesantes.

Isab. ¿Qué grita ese ciego? Oigamos...
Jac. Suplemento...
Isab. (¡Ay Dios! Si fuese...)

El Ciego. Con la completa derrota de la faicion del Canónigo, por la colufna que salió de esta capital en su presecucion.

Isab. ¿Has oido? — ¡Ah! don Elías...
Jac. ¡Qué gozo!
Isab. Corra usted, vuele...
Elías. El suplemento... Sí... voy...
(Es chasco que se me peguen
Los cuartos...) No tengo sueltos...
Isab. ¡Oh, Dios mio!...
Jac. Aquí habrá.
(*Dándole el ridículo, del cual saca cuartos don Elías.*)
Elías. Nueve...
Diez... Hay bastante.
Jac. ¡Qué plomo!
Isab. ¡Vamos!
Elías. (Si lo saco en siete...)

ESCENA V.

JACINTA, ISABEL

El Ciego. (*Dentro.*) El suplimiento al *Patriota aragonés*, que ahora acaba de salir nuevo, con la derrota... ¿Quién llama?

Isab. Ya los afanes cesaron.
Nuestros milicianos vencen.
Pronto á los dulces hogares
Volverán... ¡Ah, cuán alegre
Estoy!
Jac. ¡Pablo de mi vida!
Vuelve á mis brazos. ¡Oh! Vuelve
La dicha á mi corazon.

ESCENA VI.

JACINTA, ISABEL, DON ELIAS.

Elías. ¡Victoria! Escuchen ustedes.
(*Con un impreso.*)

(*Lee.*) « La columna expedicionaria de Zaragoza ha dado un dia de gloria á la nacion. La gavilla del Canónigo ha sido batida, destrozada á las inmediaciones de Gandesa. Así lo afirma de oficio el alcade constitucional de dicha villa, y se espera de un momento á otro el parte circunstanciado. Mientras llega y lo publican las autoridades, no queremos retardar á nuestros lectores tan fausta noticia. Nuestros bizarros milicianos han rivalizado en pericia y valor con las beneméritas tropas que han tenido parte en la accion. ¡Viva la libertad! ¡Viva Isabel II! »

Isab. ¡Oh cielo, yo te bendigo!
Elías. Doy á usted mil parabienes,
Jacinta.
Jac. ¡Y Pablo no escribe!
Isab. Querrá tal vez sorprenderte...
Elías. Aquí viene don Froilan.
¡Qué cara de *miserere!*

ESCENA VII.

ISABEL, JACINTA, D. ELIAS,
DON FROILAN.

Froil. Todo el barrio se alborota;
Los ciegos van dando gritos...
¿Qué anuncian esos malditos?
Sin duda, alguna derrota.
Jac. Derrota: tienes razon.
Froil. ¿Lo veis? ¡Oh dias aciagos!
Isab. Mas quien llora sus estragos
Es la enemiga faccion.
Froil. Dirán que es suyo el revés,
Mas yo temo que en el lance...
Elías. ¡Oh!... Lea usted el alcance
Del *Patriota aragonés.*
(*Le da el impreso, y lo lee para sí don Froilan.*)
Jac. En todo ve mal agüero.
Isab. En nada encuentra placer.
Elías. Corneja debia ser
Ese hombre, ó sepulturero.
Froil. Es muy vaga la noticia.
Es atrasada la fecha. —
Si fué la faccion deshecha,
¿Qué se hizo nuestra milicia?
En la guerra hay mil azares;
Y, además, la exactitud
No siempre fué la virtud
De los partes militares.
Muchos planes y cautelas,
Y alardes y movimientos,
Y zanjas y campamentos,
Y curvas y paralelas.
Mucho de causar zozobras
A las fuerzas enemigas;
De encarecer las fatigas,
De describir las maniobras.
Mucha recomendacion;
Mucho de Roma y Numancia;
Y ¿qué nos dice en sustancia
El jefe de division?
Que anduvimos cuatro leguas;
Que el faccioso echó á correr
Dejando en nuestro poder
Una mochila y dos yeguas;
Que allí hubieran muerto muchos
De la gavilla perjura
A no ser la noche oscura
Y á no faltar los cartuchos;
Que el cabecilla vasallo
Huyó á tiempo de la quema,
Y se salvó... por la extrema
Ligereza del caballo;
Que por falta de refuerzo
Deja el campo de batalla
Y va á esperar la vitualla
A Villafranca del Vierzo;
Que envien francas de portes
Diez cruces de san Fernando;
Y concluye suplicando
Al ministro y á las Córtes
Que sin exigir recibo
Le traigan los maragatos
Seis mil pares de zapatos
Y un millon en efectivo.
Jac. Jefes hay que en tu pintura
Su historia acaso verán;
Pero no todos, Froilan,

Merecen esa censura.
Isab. Ver siempre males eternos
Es fatal filosofía.
Elías. Se previene por si un dia
Va á parar á los infiernos.

ESCENA VIII.

ISABEL, JACINTA, DON ELIAS,
DON FROILAN, RAMON.

Ramon. Esta carta para usted.
(*Da una carta á Jacinta.*)
Jac. ¡Es letra de don Matías!
¿Y don Pablo?... ¿No hay mas cartas?
Ramon. No hay mas que esa, señorita.

ESCENA IX.

JACINTA, ISABEL, DON FROILAN,
DON ELIAS.

Isab. ¡No escribir don Pablo! (¡Oh Dios!)
Froil. Eso me da mala espina.
Jac. ¡Qué ingratitud!
Elías. Abra usted
Pronto esa carta, Jacinta,
Y saldremos de inquietudes,
Y ahorraremos profecías.

Jac. (*Abre la carta y lee.*) «En el mismo campo de batalla, cubierto de cadáveres enemigos, me apresuro á participar á usted la victoria de nuestras armas. Los restos de la faccion huyen dispersos y aterrados, y una parte de la columna los persigue y acosa en todas direcciones. Yo tambien parto ahora en su seguimiento. La pérdida del enemigo es grave; la nuestra muy corta: cuatro soldados muertos y unos veinte heridos, todos de tropa...»

Isab. (¡Ah! Respiro.)
Elías. ¿Lo ve usted?
(*A don Froilan.*)
Froil. Déjela usted que prosiga
Leyendo, y harto será
Que alguna mala noticia...
Jac. Lo demás son cumplimientos,
Memorias, galanterías...
¡Es tan fino aquel muchacho!
En el campo, entre las filas,
Rendido acaso del hambre,
De la sed, de la fatiga,
Me escribe tan obsequioso;
Y al que en la amarga partida
Me juró constancia eterna
¡No le merezco dos líneas!
Así son todos los hombres.
¡Necia la que en ellos fia!
Isab. No habrá podido escribir.
Elías. Muchas cartas se extravían...
Froil. Mi corazon es leal.
No en vano me lo decía.
Don Pablo es un aturdido.
Engolfado en la milicia,
Ya no se acuerda de tí.
Isab. (No tuviera yo esa dicha!)
Froil. Alguna linda patrona
En sus brazos le cautiva.
Isab. (¡Ay, eso no!)
Jac. ¡Quién creyera
Que su amor fuese mentira!
Una Ciega (*Dentro.*) El supimiento al Boletin oficial. El supimiento estraudinario.
Isab. ¿Habeis oido? Otro parte
Sin duda...
Elías. Será la misma
Relacion...
Jac. Manda á comprarlo,
Froilan.
Froil. Alguna engañifa...

ESCENA X.

ISABEL, JACINTA, DON ELIAS,
DON FROILAN, RAMON.

Ramon. Aquí está el impreso.
Elías. Venga.
Ramon. Parece que se confirma...
Froil. Bien está, sí. Ya sabemos
Leer. Vete á la cocina.

ESCENA XI.

ISABEL, JACINTA, DON ELIAS,
DON FROILAN.

Elías. (*Lee.*) «Capitanía gen ral de Aragon. Hago saber al público para su satisfaccion que los rebeldes han sido en efecto batidos completamente entre Mora y Gandesa por la valerosa columna de milicianos y tropa que salió últimamente de esta ca-

pital. Mientras se imprime y publica el parte circunstanciado, me complazco en asegurar á este heróico vecindario que nuestra pérdida solo ho consistido en seis hombres muertos, entre ellos un oficial, y diez y ocho heridos, ascendiendo la del enemigo á ciento veinte de los primeros, sobre trescientos de los segundos, y mas de quinientos prisioneros. Zaragoza, etc. »

Isab. ¡Ah! ¿Quién sera ese oficial
Muerto? ¿Será por desdicha...
Don Pablo?
Froil. ¡Pues! ¡Si lo dije!
Jac. ¡Jesus, qué fatal manía
De presagiar infortunios!
Elías. Si alguno de la milicia
Hubiera muerto en la accion,
En su carta lo diría
Don Matías.
Jac. Cierto. Esa
Reflexion me tranquiliza.
Froil. Aun seguían nuestras tropas
A las huestes fugitivas
Cuando se escribió la carta;
Esto y el no haber noticias
De don Pablo hacen temer
Que alguna bala homicida
Abrevió ¡desventurado!
La carrera de sus dias.
Isab. ¡Ah! ¡Fundado es su temor!
Jac. Que lo tema y no lo diga.
Parece que se deleita
En afligir...
Elías. ¿Y no había
Mas oficiales allí?
¿Qué razon nos autoriza
A suponer que entre tantos
Tocó á don Pablo la china?
Otro pudo ser el muerto;
Quiza el mismo que escribía
Tan gozoso...
Jac. ¡Oh! Sí. ¿Quién sabe...?
Dice en su carta que él iba
A marchar segunda vez
Contra la fuerza enemiga.
Froil. Pues bien; el uno ú el otro,
Ya no hay duda, han sido víctimas.
¡Tal vez entrambos! ¡Oh guerra!
¡Guerra infausta, fratricida!
¡Pobres muchachos!... En fin;
¡Estaba escrito allá arriba!
No han de dar vida á los muertos
Nuestras lágrimas tardías.
Yo me voy á mis negocios.
Esas cosas me contristan
Sobremanera. De hoy mas
Nadie me hable de política.
Soy sensible. — ¡Eh! No lloreis...
(*A Jacinta é Isabel.*)
Dios guarde á usted, don Elías.

ESCENA XII.

ISABEL, JACINTA, DON ELIAS.

Elías. Maldita sea tu estampa.
Y otra vez sea maldita.
¿Por qué no lleva á una gruta
Su negra misantropía?
Malo está ese hombre. Yo creo
Que padece de ictericia.
Jac. (¡Mi Pablo! ¿Será posible...?
¡La prenda del alma mia!...
¡Ah, qué amargura! y el otro...
El amable don Matías...
Lástima fuera por cierto...)
Elías. (Y ello..., si bien se examina...
No es temerario el pronóstico.
Lo cierto es que los carlistas
No tiran con algodon.
Broma pesada sería
Haberse muerto don Pablo
Dejándome á mí *per istam*
Sin cobrar aquella cuenta,
Y en circunstancias tan críticas!)
Isab. (Saber la verdad anhelo...,
Y tiemblo de descubrirla.)
Jac. (¡Tan bizarros y morir
En lo mejor de su vida!)
Elías. (Diez onzas me debe el uno
Y el otro solo una fina
Amistad. Si el uno de ellos
Espiró, Vírgen Santísima,
Que sea el vivo don Pablo
Y el difunto don Matías!)
Isab. (No quiero que nadie muera;
Quiero que don Pablo viva,
Aunque otra mujer le goce...,
Y yo me muera de envidia!)
Mat. ¿Dónde están? (*Dentro.*)
Jac. Esa voz...
(*Corriendo á recibirle.*)
Isab. ¡Qué oigo!
(*Lo mismo, y tambien don Elías.*)
Elías. ¡Amigo!
Isab. ¡Cielos!
Mat. ¡Jacinta!
(*Entrando.*)

ESCENA XIII.

ISABEL, JACINTA, DON ELIAS, DON MATIAS.

Jac. ¡Bien venido el vencedor!
Isab. ¿Y don Pablo?
Jac. ¡Cuánto polvo!
Mat. Apenas hace una hora
Que llegué...
Isab. Pero...
Elías. Usted solo...
Mat. Solo. Yo he traido el parte
De nuestro triunfo glorioso.
En casa del general
Me han tenido hasta hace poco;
He abrazado á mi familia,
Y sin quitarme este lodo
Vengo á saludar á ustedes.
Jac. ¿Y sabes que viene gordo,
Isabel? — Pero don Pablo...
Isab. ¡Ah¡ ¿Qué es de él? ¿Vive?
Mat. El destrozo
Del enemigo fué grande;
Pero los humanos gozos
¡Cuán rara vez son completos!
Jac. ¡Cómo!
Isab. ¡Acabe usted!
Mat. El rostro
De la fortuna no siempre
Sonrie al valor heróico.
Jac. ¿Será posible...?
Isab. ¡Ah! ¡Murió!
Jac. ¡Cumplióse el fatal pronóstico
De Froilan!
Mat. Siento afligir
A ustedes. Su ciego arrojo...
Isab. ¡Ay dolor! ¡Ay desventura!
(*Se deja caer en una silla, y llora amargamente.*)
Elías. (¡Mi dinero!) ¡Pobre mozo!...
Jac. Bien mi corazon temía...
Mat. Justo es, Jacinta, ese lloro;
Mas si la flor de su vida
Cortó el enemigo plomo,
Al menos murió vengado,
Y en los siglos mas remotos
Vivirá inmortal su nombre.
Isab. ¡Dios mio! Salvarse todos,
¡Y él solo morir!
Jac. ¡Mi Pablo!
Mat. Persiguiendo á los facciosos
Con mas valor que cautela...
Isab. ¿Y nadie le dió socorro?
Mat. ¿Y quién detiene una bala,
Isabel? Ciego de encono
Contra la armada faccion,
Se desvió de nosotros
Demasiado cuando ya
La columna, después de ocho
O diez horas de pelea,
Necesitando reposo,
Se acantonaba triunfante
En los pueblos del contorno.
Jac. ¡Ah! ¿Quién se le hubiera dicho?
¡Infeliz!
Elías (¡Diez onzas de oro!)
Isab. ¡Y abandonado en el monte
Será presa de los lobos
Su cadáver insepulto!
Y ¿quién sabe si esos monstruos
Ceban la impotente saña
En sus sangrientos despojos?
¡Ah!
(*Queda abismada en su dolor.*)
Elías. ¡Qué horror!... Murió sin duda
Ab intestato.
Mat. Supongo...
Elías. (Y no tenía herederos
Forzosos... ¿De dónde cobro?
¿De quién reclamo...? Ese hombre
Estaba dado al demonio.
¿A quién le ocurre morirse
Sin arreglar sus negocios?)
(*Se sienta en otra silla junto á Isabel, y de cuándo en cuándo le dirige la palabra como para consolarla.*)
Mat. Tambien yo corrí peligro
De quedar allí.
Jac. Pues ¿cómo...?
(*Con interés.*)
Mat. Me pasó el chacó una bala,
Y otra me alcanzó en el hombro.
Jac. ¡Cielos! ¿Fué grave la herida?
Mat. No; me lastimó muy poco.
Venía cansada. — Y siento
No haber caido redondo
En el campo de batalla.
Jac. No diga usted despropósitos.
Mat. Mas vale morir amado
Que pasar el purgatorio
En vida siendo el objeto
Del menosprecio, del odio
De una ingrata.
Jac. ¿Y es posible
Que cuando lloran mis ojos
La desgracia de don Pablo
Usted me hable de ese modo?
Mat. ¡Ah! Si el muerto fuese yo,
No bañara usted su rostro
En lagrimas de amargura.
Jac. ¿Por qué no? ¿Soy algun tronco
Insensible?

Mat. Usted me dijo...;
Burla fué; bien lo conozco,
Que me amaria á no estar
Comprometida con otro.
Jac. Y crea usted... Pero ¡ay Dios!
Dejemos este coloquio.
Necesito desahogar
Mi corazon en sollozos.
No debo pensar ahora
Sino en mi Pablo. Aun le oigo
Decirme el último adios
Tan tierno, tan amoroso...
¡Y eterna fidelidad
Le juré yo! Si de pronto
Aquí se alzara su sombra
¡Cuál sería mi sonrojo!
Mat. No. Don Pablo desde el cielo
Aprueba nuestro consorcio.
¿Sabe usted lo que me dijo...
(Apelemos al embrollo)
Cuando rompimos el fuego
Contra el rebelde Canónigo?
« Tú eres mi mejor amigo,
Matías. Si cierro el ojo,
A tí dejo encomendada
Mi Jacinta. Sé su esposo,
Y el Sér Supremo bendiga
Vuestro casto matrimonio. »
Jac. ¿Eso dijo?
Mat. Ah, sí, señora;
Y lo dijo con un tono
De solemnidad profética
Que llenó mi alma de asombro.
Jac. ¡Pobrecillo! ¡Ay Dios! Ahora
Con mas motivo le lloro.
Mat. Yo tambien lloro y me aflijo,
Y mas cuando reflexiono,
Jacinta, que no merezco
Heredar tanto tesoro.
Jac. Merecerlo... ¡ah!... Sí.
Mat. ¿De véras?
Esa palabra es el colmo
De mi gloria.
Jac. Yo ¿qué he dicho?
Por ahora nada respondo.
La memoria de don Pablo
Es un cordel, es un tósigo
Que me mata. Si algun dia
La paz del alma recobro...
Mat. ¡Bien mio!
Jac. ¡Ah! Váyase usted,
(*Bajando la voz.*)
Que no estamos entre sordos.
Mat. (Dice bien.)
Jac. Usted vendrá
Fatigado; y es forzoso
Descansar.
(*Siguen hablando aparte.*)
Elías (No me responde.
(*Se levanta.*)
Veo que en vano la exhorto
A consolarse... Y á mí
¿Quién me consuela? Hoy no como
De pena..., aunque esto no entraba
En mis planes económicos.
Vámonos de aquí.) Señora...
Mat. Si viene usted hácia el Coso,
Vamos juntos. Señoritas,...
No olvide usted que la adoro.
(*Bajo á Jacinta.*)
Hasta luego.
Jac. Adios, señores.
Elías. (Otra vez yo ataré corto
Al que me pida dinero.
Sin recibo... y testimonio
De no morir insolvente,
No vuelvo á prestar al prójimo.)

ESCENA XIV.

ISABEL, JACINTA.

Jac. ¡Tú, Isabel, llorando así!
Me admira tu amargo duelo.
¿Habrá de darte consuelo
Quien lo esperaba de tí?
Isab. Viendo en mi frente la pena
(*Se levanta.*)
Dices que admirada estás...
Yo debo admirarme mas
De ver la tuya serena.
Jac. ¡Ah, que es mucha mi afliccion
Aunque ves mi rostro enjuto!
Isab. Cuando en el rostro no hay luto
No hay pena en el corazon.
Jac. Sabe el cielo...
Isab. Sabe el cielo
Que en desesperado amor
No es verdadero dolor
Dolor que pide consuelo.
No hipócrita al cielo implores.
¡Aun el cuerpo no está frio
Del que te dió su albedrío
Y de otro escuchas amores!
Jac. Siempre me amó don Matías;
Y aunque en tan mala ocasion
Me recuerda su pasion,
Yo no sé hacer groserías.
No es culpa mia, Isabel,
Que ese muchacho me quiera;
Ni porque Pablo se muera

He de enterrarme con él.
Yo le amé mientras vivió.
Si el cielo cortó sus dias,
Y no ha muerto don Matías,
¿ Puedo remediarlo yo?
No es decir que esté dispuesta
A admitir amante nuevo,
Aunque en justicia no debo
Darle una mala respuesta.
Don Pablo, que era su amigo,
Le dijo que si él moria
Y yo en ello consentía,
Se desposase conmigo.
Harto en mi dolor demuestro
Cuán de veras he sentido
Que se haya ¡ ay de mí! cumplido
Aquel presagio siniestro;
Mas yo ahora te pregunto :
Si al otro llego á querer,
¿ Hago mas que obedecer
La voluntad del difunto?

Isab. ¿Su voluntad? ¡Impostura!
¡Maldad! Quien de veras ama
Con el amor que le inflama
Desciende á la sepultura.
Si el pago que tú le das
Sabido hubiera al morir,
Pudiérate maldecir,
Pero ¿olvidarte? ¡Jamás!
¡ Así tu lengua le infama!
¿ Qué amante, si de este nombre
Es merecedor, á otro hombre
Deja en herencia su dama?
No; que es la dulce mitad
De su alma, y en la agonía
Tras sí llevarla querría
A la inmensa eternidad.

Jac. Tanta exaltacion me asombra
Y tan extraña amargura.
¿Le amabas tú por ventura,
Que asi defiendes su sombra?

Isab. Le amaba... ¿Qué digo? Le amo,
Le idolatro todavía,
Y él solo me arrancaría
Las lágrimas que derramo.
Él ignoró mi tormento, —
¡ Triste ley de la mujer! —
Y ni aun pude merecer
Cortés agradecimiento.
Ahora sin rubor quebranto
Del silencio la cadena;
¡ Ahora que la dicha ajena
No turbaré con mi llanto!
Ya no temo adversa suerte,
Ni rivales, ni baldon.
Sagrada es ya mi pasion.
La divinizó la muerte!

Jac. ¿Tú le amabas, Isabel?
Absorta me dejas.

Isab. ¡ Cielos!
Sin esperanza,... con zelos..
¿ Hay suplicio mas cruel?
Y otra vez lo sufriría
Aunque penando muriera
Porque á la vida volviera
El dueño del alma mia.
Yo infeliz no borraré
Su imágen de mi memoria;
Y tú que fuiste su gloria
¡ Le guardas tan poca fe!

Jac. Deja ya reconvenciones.
No porque zelos te dí
Te quieras vengar de mí
Con importunos sermones.

Isab. ¡ Jacinta!

Jac. ¡Calla por Dios!
Amar sin consuelo es duro;
Mas tambien es fuerte apuro
El verse amada por dos.
Mujeres hay, mas de diez,
Que á dos suelen contentar;
Pero yo no puedo amar
Mas que uno solo á la vez.
Pues basta con un esposo,
Querer á dos es punible;
Pero mi pecho es sensible...
Y no puede estar ocioso.
Iguales galanterías
Debí á los dos de que hablo;
Mas mientras vivió don Pablo
No quise yo á don Matías.
¿ Y no será un desacierto,
Si ahora de amarle me privo,
Matar sin piedad al vivo
Porque no se ofenda el muerto?
Su especial filosofía
Cada cual tiene en secreto,
Y pues la tuya respeto,
Déjame en paz con la mia.

ESCENA XV.

ISABEL.

¡ Alma á quien el alma dí,
Si á las dos nos escuchaste,
Mira á qué mujer amaste!
¡ Júzgala y júzgame á mí!

ACTO TERCERO.

EL ENTIERRO.

Plazuela con fachada y puerta de iglesia en el foro. Entre las casas hay una cuyo portal está abierto y alumbrado. En frente de dicha casa hay una barberia.

—

ESCENA PRIMERA.

DON FROILAN, DON ELIAS, JACINTA, DON MATIAS.

(*Don Matías viene delante con Jacinta de bracero; los cuatro se dirigen al portal abierto. Todos con capas.*)

Mat. Mucho sufriré esta noche,
Jacinta.
Jac. ¿Por qué lo dices?
Mat. Porque estás bella en extremo,
Y vendrán de quince en quince
A colmarte de lisonjas
Los que conmigo compiten.
Jac. ¿Qué importa, si solo á tí
El alma mia se rinde?
Mat. ¡Oh dicha! Solo te ruego
Que no bailes con el títere
De Ferminito.
Jac. Contigo
Solo, mi bien.
Mat. ¡Qué felices
Seremos cuando el enlace
Suspirado...!
(*Sigue hablando en voz baja con Jacinta. Los cuatro se han parado junto á la puerta.*)
Froil. ¿Usted no asiste
(*A don Elías.*)
Al baile?
Elías. Tengo un asunto...
Froil. Pues yo tambien pienso irme
A la ópera y volver;
Porque los bailes me embisten,
Aun siendo de confianza
Como este.
Elías. A tales convites
Soy yo poco aficionado.
Si además de los violines
Hubiese cena... Lo digo
Por la broma y por los brindis.
Jac. ¿Qué hacemos aquí? ¿No subes?
Froil. Vamos. (*Entran en la casa.*)
Elías. Ea, divertirse.

ESCENA II.

ELIAS.

Hora es de entrar en la iglesia.
Y aunque un funeral es triste
Funcion, Isabel la paga,
Y basta que ella me fie
Sus secretos y yo sea
Su amigo y correvedile,
Para acompañarla pio
Hasta el postrer *parce mihi.*
(*Las campanas tocan á muerto.*)
Esa fúnebre campana
Me recuerda ¡ay infelice!
Mis diez medallas difuntas;
Y á fe que no se redimen
Las ánimas de esa especie
Con responsos ni con kyries.
¿Y habré de rezar al muerto
Después que fué tan caribe
Que se llevó al otro mundo
Mis pobres maravedises?
Si al menos, en justo premio
De un esfuerzo tan sublime,
Ya que Isabel no me dé
Su mano y su dote pingüe,
Me confiriese el empleo
De su curador *ad litem* ..
Pero en el templo me espera.
Vamos... ¡Ah, qué bella efigie!
¡Lástima de criatura!
Por un muerto se desvive,
Cuando suspira por ella
Un vivo de mi calibre!
(*Al entrar don Elías en la iglesia llegan hablando don Antonio y sus amigos. Oyese otra vez la campana.*)

ESCENA III.

DON ANTONIO, DON LUPERCIO, DON MARIANO, EL BARBERO.

Ant. La noche no está muy fria.
No entremos, que aun es temprano.
Lup. ¿Dónde encenderé este habano?
Mar. Ahí está la barbería.

Lup. Dices bien. — ¡Ave Maria!
(*A la puerta, y sale el barbero*)
¿Podré encender este puro?
Barb. ¡Señor don Lupercio Muro!
Ya sabe usted que en mi casa...
(*Entra, y vuelve á salir al momento con la luz; enciende en ella su cigarro don Lupercio, y se la vuelve.*)
Dame esa luz, Nicolasa, —
¿Va usted de baile? Seguro.
Lup. Sí; subiremos después.
Barb. Cuidadito, que el demonio
¡Hola! Ahí está don Antonio...
Y don Mariano.. (¡Qué tres!)
Ofrezco á ustedes cortés
La justa hospitalidad,
La cena, la facultad,
Conversacion, la guitarra...
Ant. No, que el oido desgarra.
(*En voz baja á sus amigos.*)
Gracias, maestro — Escuchad
(*Saludan al barbero, y se pasean por la plazuela conversando en voz baja.*)
Barb. Yo celebro que en la plaza
Prefieran pasar el rato,
Porque entre ese triunvirato
No podría meter baza.
Tienen lenguas de mostaza;
Sobre todo el cocodrilo
De don Antonio. ¿Hay asilo
Que de su pico defienda
La honra? No hay en mi tienda
Navaja de tanto filo.
Que hable y murmure un barbero,
Eso es moneda corriente;
Pero ¡ser tan maldiciente
Un ilustre caballero!
Ya se ve; el ocio, el dinero ..
(*Se oye la música del baile*)
¡Hola! El violin se hace rajas,
Y entre tanto las barajas..
¡Qué inmoralidad! ¡Qué vicio!...
Mas cada cual á su oficio.
Afilemos las navajas.
(*Al entrarse el barbero en su tienda aparece embozado don Pablo.*)

ESCENA IV.

DON ANTONIO, DON LUPERCIO, DON MARIANO, EL BARBERO, DON PABLO.

Pablo. Por aquí atajo camino.
Tiro despues á la izquierda...
¡Oh, Jacinta! ¡Cuál va á ser
Tu alegría, tu sorpresa...!
Quizá no haya recibido
Mis cartas; quizá me tenga
Por muerto. De todas suertes
Es imposible que sepa
Mi llegada. Entrar de incógnito
Ha sido feliz idea,
Y apearme en un meson! —
Antes que llegue á su puerta
Quiero besar otra vez
Su adorada imágen bella.
(*Saca el retrato y lo besa.*)
¡Bien mio! ¿Serán iguales
Tu hermosura y tu firmeza?
¡Ah! No lo dudo. Volemos...
(*La música no ha cesado. Las campanas vuelven á sonar.*)
Mas ¿qué campanas son esas?
¡Tocan á muerto! Con malos
Auspicios vuelvo á mi tierra.
No he temido en la campaña
A balas ni bayonetas,
Y sin poder remediarlo
Esas campanas me aterran.
¡Por cierto que es miserable
La humana naturaleza! —
¡A muerto, sí! En ese templo
Están celebrando exequias...
¿Si entraré?... Mejor será
Preguntar en esta tienda.
¡Deogracias!
Barb. Adelante. (*Saliendo.*)
La navaja está dispuesta.
Entre usted. Le afeitaré
Con primor y ligereza.
Pablo No lo necesito. Gracias.
Parece que en esa iglesia
Hay entierro. ¿Sabe usted
Quién es...; digo mal, quién era
El muerto?
Barb. Don Pablo Yagüe.
Pablo. (¡Demonio!) ¿Habla usted de veras?
Barb. Lo que oye usted; si; don Pablo
Natural de Cariñena,
Vecino de Zaragoza,
Hacendado, hombre de letras,
De estado soltero, edad
Como de veintiocho á treinta,
Oficial movilizado,
Buen mozo, *et cætera, et cætera.*
Pablo. (Peregrina es la aventura;
Y el hombre da tales señas...
Lo mas singular del caso
Es el ser yo á quien lo cuenta.)
Barb. Ya nadie ignora su muerte;

Ni aun los niños de la escuela.
Pablo. (¡Bravo! Puede ser que yo
Me haya muerto y no lo sepa.)
Barb. Parece que usted se aflige
Al oir tan triste nueva.
Pablo. Todas las malas noticias
Que oiga yo sean como esa.
Barb. ¡Qué dice usted! Con que ¿un muerto...?
Pablo. Dios le dé la gloria eterna,
Pero yo llorara mas
La muerte de otro cualquiera.
Barb. ¡Hombre! ¿Por qué?
Pablo. Yo me entiendo.
¿Ha muerto aquí?
Barb. No. En la guerra.
En la gloriosa jornada
De los campos de Gandesa.
Murió como un Alejandro
Después de hacer mil proezas.
Cargó él solo á un batallon
Y le quitó la bandera.
Pablo. ¡Cáspita!
Barb. Treinta facciosos
Le atacan; y él ¿qué hace? Cierra
Con todos, y á veinticuatro
Deja tendidos.
Pablo. ¡Aprieta!
Barb. Al fin sucumbió. ¡Qué lástima!
¡Un mozo de tantas prendas...!
Pablo. ¡Ah! ¿Le conocia usted?
Barb. No, señor; y es que, á la cuenta,
Se afeitaba solo. Pero
Todo el mundo le celebra...
Pablo. ¡Después de muerto! ¿Verdad?
(*Vuelve á oirse el son de las campanas sin cesar el de la música.*)
Barb. Yo le diré á usted...
(*Los tres paseantes se paran en corrillo cerca de la barberia.*)
Lup. Aun suenan
Las campanas. ¡Pobre Pablo!
Su muerte me causa pena.
Barb. Justamente esos señores
Hablan del muerto.
Pablo. Quisiera
Escuchar...
Barb. Pues éntre usted
En el corro: con franqueza.
Son parroquianos y amigos.
Pablo. No quiero yo que me vean.
Barb. ¿Por qué?
Pablo. Tengo mis razones.
Barb. Si no mienten mis sospechas
Usté es pariente del muerto.
Pablo. Algo hay de eso; sí
Barb. Por fuerza.
(Cuando ví que se alegraba
De oir el *requiem æternam*,
Dije para mí al momento:
Este es de la parentela.)
Pablo. Y allí hay música.
Barb. Es un baile.
Pablo. ¡Este es el mundo!
Mar. Mi lengua
Siempre elogiará á don Pablo.
(*Don Pablo aplica el oido sin desembozarse.*)
Ant. ¡Qué talento aquel!
Lup. ¡Qué amena
Conversacion!
Mar. ¡Qué donaire!
Barb. ¿Lo oye usted?
Pablo. Sí.
Ant. ¡Qué nobleza
De sentimientos!
Lup. Su bolsa
Para todo el mundo abierta...
Pablo. Esos que ahora le alaban
Le quitaban la pelleja
Cuando vivo: yo lo sé.
¡Maestro, al que está en la huesa
Nadie le envidia! (*Cesa la música.*)
Barb. En efecto;
Siempre oigo decir lindezas
De todos los que se mueren.
Ant. Dices bien. No lo creyera
De don Matías. ¡Qué accion
Tan indigna! ¡Qué bajeza!
Solicitar á Jacinta...
Pablo (¡Qué oigo!)
Ant. ¡Habiendo sido prenda
De su amigo y camarada;
Pablo. (¡Ah, traidor amigo! — Y ella...
¡Oh! No; no es posible... Oigamos...
¡Ahora que mas me interesa
Oirlos, bajan la voz!)
(*Don Froilan sale de la casa del baile, atraviesa el teatro, y al emparejar con los del corrillo le reconoce don Antonio.*)
Lup. No ví ingratitud mas negra.

ESCENA V.

DON PABLO, DON ANTONIO, DON LUPERCIO, DON MARIANO, EL BARBERO, DON FROILAN.

Ant. ¡Don Froilan! ¿Adónde bueno?
¿Ya deja usté el baile?
Froil. Es fiesta...
Que me fastidia y me apesta..
Prefiero estarme al sereno.

Diversion es el bailar,
Expuesta á mil contingencias.
Sus fatales consecuencias
He visto á muchos llorar.
Ya pincha como lanceta
El alfiler de un justillo;
Ya se disloca un tobillo
Al hacer una pirueta;
Ya, por estar ajustado,
Se revienta el pantalon;
Ya encaja mal el balcon,
Y entra un dolor de costado.
El ruido, la baraunda
Le vuelven á un hombre loco...
Y no es difícil tampoco
Que se abra el piso y nos hunda.

Lup. Todo es triste para él.
(*Bajo á don Mariano.*)

Ant. ¿Y las hermanitas bellas?
Allí estarán.

Froil. Sí; una de ellas.

Pablo. (¡Cielos!... ¡Oh! Será Isabel.)

Ant. ¿Es Jacinta?

Froil. Justamente.

Pablo. (¡Ah!...)

Mar. ¿Cómo no están las dos?

Pablo. (¡Ella baila, justo Dios,
Y yo de cuerpo presente!)

Froil. ¿Baile la otra? ni el nombre
Sufriría. Es tan adusta...

Barb. Pues mire usté, á mí me gusta...
(*En voz baja á don Pablo. Ambos se mantienen á la puerta de la tienda algo distantes de los demás.*)

Pablo. ¡Silencio!

Barb. (¿Quién será este hombre?)

Ant. ¿Y don Matías, el fiel
Adorador de Jacinta?

Froil. Tierno está como un Aminta.

Ant. ¿Y ella?

Froil. Se muere por él.

Pablo. (¡Eso mas! ¡Pérfida!... ¡Ingratos!...)

Lup. Boda habrá.

Froil. ¿No la ha de haber?
Mañana al anochecer
Se celebran los contratos.

Pablo. (*Muérete ¡y verás...!* ¡Ah, perra!)

Ant. Pero, amigo, usted confiese
Que es infamia... ¡Si lo viese
El que está pudriendo tierra!

Froil. Sin razon se quejaría,
Porque ¿qué mal hay en esto?
Nada. A rey muerto, rey puesto.
Lo demás es bobería.
(*Suena otra vez la campana.*)

Pablo. (¡Habrá pícaro!)

Froil. ¡Qué diablo!...
Me aturde ese campaneo.
¿Es sermon, ó jubileo?

Mar. No. Las honras de don Pablo.

Ant. Pues ¡qué! ¿usted no lo sabía?

Froil. ¿Qué he de saber? No por cierto.

Lup. Pues ya. Sabiendo que el muerto
Es don Pablo, asistiría...

Froil. No tal. Tengo mil asuntos...
Es muy triste un ataud...
No poseo la virtud
De resucitar difuntos.

Pablo. (¡Bribon! Aunque tú no quieras,
Resucitaré, y tres mas;
Y mañana sentirás
Que no haya muerto de veras.)

Froil. Ya al solemne funeral
El domingo asistí yo
Que por su alma celebró
La milicia nacional.
¡Dos entierros! ¡Qué boato!
¿Tanto valía su nombre?
¡Dos entierros para un hombre
Que falleció *ab intestato!*

Barb. ¡Qué tio!

Pablo. ¡Por Dios, maestro!...
(*Haciéndole callar.*)

Froil. Y es todo en vano. Yo sé
Que al otro mundo se fué
Sin rezar un *Padre nuestro.*
Él buscó su muerte, sí;
Y por eso no me aflige.
Yo su horóscopo le dije
Y no hizo caso de mí.

Ant. Pero, hombre...

Froil. Las ocho... Aun llego
Al acto segundo. Estoy
Convidado... Ea, me voy
A la ópera. Hasta luego.

ESCENA VI.

Don PABLO, Don ANTONIO, Don LUPERCIO, Don MARIANO, el Barbero.

Mar. ¡Qué entrañas tiene!

Ant. Es nefando.

Lup. ¡Y predica como un fraile!

Ant. Basta. ¿Vámonos al baile?

Lup. Sí, sí. Ya estarán tallando.
(*Se entran en la casa del baile. Don Pablo se queda pensativo.*)

ESCENA VII.

DON PABLO, EL BARBERO.

Barb. ¿Sabe usted que el don Froilan
Es hombre de mala estofa?
El egoista agorero
Le llaman en Zaragoza.
¡Miren qué disculpas da
Para faltar á las honras
Del que iba á ser su cuñado!
Y eso que, segun me informan,
Le hizo el muerto mil favores.
Pues ¡digo! ¡Tambien la otra,
Que al són del *luceat ei*
Bailando está la gabota,
Y con el pérfido amigo
Concierta alegre la boda!
Y luego si uno murmura
Dirán... (Pero no se toma
La molestia de escucharme.
Extravagante persona
Es este *quidam*).
Pablo. (Estoy
Por subir, y á esa traidora ..
Pero mas que ella me irrita
Su hermano. ¡Pues no hace mofa
De mi muerte! A bien que pronto
Se convertirá en congojas
Y lamentos el sarcasmo
Con que á los muertos baldona.
Aquí le traigo yo un *récipe*
Que no ha de tomarlo á broma. —
Pero el castigo, aunque duro,
No satisface mi cólera.
Yo quisiera otra venganza
Mas directa; mia sola...
¡Ah! ¡Qué idea tan feliz!
Mi escribano Ambrosio Mora
Vive al volver esa esquina;
Don Froilan está en la ópera...
Voy volando...) Abur, maestro.
Barb. Felices noches. (Ahora
Se va y me deja en ayunas...)
Pablo. ¿Oyó usted á aquella boca
Excomulgada insultar
Al que está bajo la losa?
Barb. Sí; ¡el tal don Froilan...!
Pablo. Pues luego
Cantará la palinodia.
Barb. ¿De veras? Diga usted. ¿Cómo...?
Pablo. Es un secreto.
Barb. No importa.
Vamos..., yo no lo diré...
Pablo. Sino á toda la parroquia.
Barb. No tal. Yo soy...
Pablo. Excelente
Barbero.
Barb. Usted me sonroja;
Mas...
Pablo. Cuente usted con mi barba
Si me quedo en Zaragoza.

ESCENA VIII.

EL BARBERO.

¡Por el alma de Judas...!
Ahora le prendería, á ser alcalde.
Yo quiero su secreto: no su barba;
Y por salir de dudas
Consintiera en rapársela de balde.
¡Señor! ¿Qué extraño ente
Es este, que una sola *Ave María*
No reza por el alma de un pariente,
Y luego si otra lengua
A escarnecer se atreve su ceniza
Cual si oyera á Luzbel se escandaliza?
Calla su nombre, oculta su semblante...,
Si hablan del muerto, aplica las orejas...
¡Y las cierra á la fúnebre salmodia!
Y ¿qué le importa, en fin, que el otro cante
O deje de cantar la palinodia?
Ello, el asunto es serio.
Un embozado, un muerto, un maldiciente...
Si aclarar no consigo este misterio
¿Qué me dirá después el parroquiano?
¿Qué valdrán mi facundia y mi prosodia
Si no puedo nombrar á ese fulano
Ni acierto á definir la palinodia?

ESCENA IX.

EL BARBERO, DON ELÍAS.

Elías. (¡Hermosa criatura! Con el llanto,
Que á otras afea tanto,
Se aumenta de su rostro peregrino
El seductor encanto.
Por no ofender á Dios salgo del templo.
¡Oh, ciegos pecadores,
De mi austera virtud tomad ejemplo!

Otro en el dulce error se obstinaría,
Mas yo ni aun en la senda del pecado
Abandono la sabia economía.
Ya que es pecar sin fruto
El adorar las dotes... ¡y la dote!
De ese hermoso portento,
Pongamos al amor veto absoluto,
Y demos otro giro al pensamiento.
Diez onzas... ¡Ay! Cabales
Tres mil doscientos reales.
¡Fatal recuerdo! El corazon le odia,
¡Y siempre ha de venir á atormentarme!)

Barb. (No puedo echar de mí la palinodia.)

(*Don Elías llega paseando á la puerta de la barbería. Suenan por última vez las campanas.*)

Elías. Maestro, buenas noches.
Barb. ¿Sanguijuelas?
¿Un repaso á la barba?
Elías. No, amigo. Mi dolor...
Barb. ¿Dolor de muelas?
Elías. ¡Ah!
Barb. Si hay cáries, afuera; es muy sencillo.
Prepararé el gatillo.
Elías. ¡Por Dios y por las ánimas benditas!
Ya me han sacado ¡diez! — No de la boca.
¡Ojalá!
Barb. Pues ¿de dónde?
Elías ¡Del bosillo!
Oígame usted: le contaré mis cuitas.
Ese hombre á quien entierran...
Barb. A propósito...
Un embozado aquí que, por lo visto,
Es su pariente...
Elías. ¡Ah! ¿Le dejó en depósito
Alguna cantidad? ¿Es su albacea?
Barb. Lo contrario barrunto,
Porque habló con desprecio difunto.
Elías. ¡No hay esperanza!
Barb. Es hombre misterioso.
Quizá usted le conozca, don Elías.
Quizá usted que era amigo de don Pablo...
Elías. En hora buena se le lleve el diablo;
Mas ¡tambien mi dinero!...
Barb. A lo que entiendo,
Él tiene trazas de mover un cisco...
Con don Froilan es toda su ojeriza.
Elías. ¡Sepultadas mis onzas en el fisco!
Al pensarlo me tiro de las greñas,
Y bramo de furor.
Barb. Daré las señas,
Es alto, es rubio...
Elías. No; no le perdono.
Su muerte fué un suicidio.
Barb. Militar parecía...
Elías. ¡Se ha matado
Por llevarse á la tumba mi subsidio!
Barb. Hombre de buena edad, grueso...
Elías. ¡Mentira!
Barb. Perdone usted...
Elías. ¡Mentira! No he rezado,
Aunque usted me haya visto ¡mal pecado!
Salir del templo.
Barb. ¡Dale!
¡Si yo no hablo del muerto! Hablo del otro.
Al despedirse dijo...
Elías. Maestro, aquella tumba era mi potro,
Y el duelo era un sarcasmo, una parodia...
Barb. Dijo que don Froilan...
Elías. ¡Pérfido! ¡Ingrato!
Barb. Cantaría...
Elías. ¡Ay de mí!
Barb. La palinodia,
Elías. Su muerte...
Barb. ¡Oígame usted!
Elías. Es una afrenta.
Barb. Pero, ¡hombre!...
Elías. ¡Bancarrota fraudulenta!
Barb. ¡Oh! Quedarme prefiero
Con mi curiosidad.
Elías. Yo...
Barb. ¡Basta, basta!
¡Atajar la palabra de un barbero!
Elías. Es que...
Barb. ¡Maldita, amen, sea tu casta!

(*Se entra en la tienda y la cierra por dentro. Cesan las campanas.*)

ESCENA X.

DON ELIAS.

¡Cierra la puerta y me planta!
¿Qué diablos tiene ese hombre?
¿Prestó tambien al difunto
Y perdió sus patacones?
Mas huele á cera apagada;
Las campanas no se oyen...
Vamos; se acabó el entierro;
Y pues yo hago los honores
Funerales, despidamos
El duelo.

(*Se coloca á la puerta de la iglesia, y van saliendo varias personas de luto, hombres y mujeres, á quienes saluda entre afectuoso y compungido.*)

Mujer. Dios le perdone.
Elías. Amen. Gracias, Caballeros...

Señoras...
Homb. Felices noches.
Mujer. Dios le dé la gloria eterna.
Elías. Así sea.
Homb. ¡Pobre jóven!
Elías. Que Dios se lo pague á ustedes...
(Mejor que él á mí.) Señores...
Mujer. Beso á usted la mano.
Elías. Amen...
Digo gracias.
Hom. *Pater noster...*
(*Rezando.*)
Elías. Gracias por mí y por el muerto.
(¡Qué tormento! Echo los bofes
De rabia, y tengo que hacer
Cumplidos...)
Mujer. *Ora pro nobis...*
Elías. Abur. — Isabel no sale.
¿Pensará pasar la noche
En la iglesia? ¡Ah! Ya está aquí.

ESCENA XI.

ISABEL, DON ELIAS, RAMON.

(*Isabel estará vestida de luto; Ramon trae una linterna encendida. Suenan otra vez los violines.*)

Isab. ¡Aun bailan! ¡Qué corazones!
Ten piedad de ellos, Dios mio.
Suspende el terrible golpe
De tu justicia, por mas
Que su maldad lo provoque.
Elías. ¡Oh Isabel, Isabelita!
Usted es un ángel.
Isab. ¡Pobre
Don Elías! Usté es fiel
A la amistad. ¡Alma noble,
Alma sensible y piadosa!
Elías. No merezco esos loores.
Crea usted...
Isab. Olvidan otros
Sagradas obligaciones,
Y usted que nada debía
A don Pablo...
Elías. Yo ¿de dónde?
Al contrario...
Isab. Pero Dios
Premia las buenas acciones.
Elías. Yo confio en su infinita
Misericordia... (¡Este postre
Me faltaba!)
Isab. La que fué
Su delicia, sus amores,
Su único bien, ni aun escucha
El són del místico bronce
Que anuncia su funeral.
Ceñida la sien de flores,
No deposita una sola
Sobre la tumba del hombre
Que la adoró. Ni un suspiro
Lanza aquel pecho de roble,
Si no á la grata memoria
Del que iba á ser su consorte,
Siquiera al sincero amigo,
Siquiera al valiente jóven
Que el alma rindió invocando
De patria y de amor el nombre. —
Bien haces. Dios no se paga
De sacrílegos clamores.
No insultes ¡ay! á su sombra.
Déjala que en paz repose,
Ingrata mujer; no mandes
A tus ojos que le lloren
Si en otro semblante luego
Se han de fijar seductores.
Mas puro será mi llanto,
Mas veraz, y desde el orbe
Celestial quizá benigno
Mi Pablo amado lo acoge.
Mi tálamo es su sepulcro.
Deja que en él me corone
Yo sola. Yo sé que su alma
Al alma mia responde,
Y pues yo la he merecido
Mas que tú, ¡no me la robes!
(*El sacristan sale de la iglesia, cierra la puerta y se retira. Sigue la música.*)
Elías. ¡Ah, señora! Yo tendria
Un corazon de alcornoque
Si no derramase lágrimas...
(Por mis cuarenta doblones.)
Pero al fin... ¡Cómo ha de ser!
Aunque usted gima y solloce,
Dios lo hizo: no hay esperanza
De que su fallo revoque.
Y ya han cerrado la puerta
Y sopla un viento de norte...
(*Isabel se arrodilla en el umbral de la puerta y cruza las manos en actitud de orar.*)
(No me escucha; se arrodilla
En los yertos escalones,
Y orando por el difunto
Estatua parece inmóvil.
¡Oh, Virgen Madre, que ruegas
Por nosotros... acreedores!
¿Merece un muerto insolvente
Tan devotas oraciones?)

ESCENA XII.

ISABEL, DON ELIAS, RAMON, DON PABLO.

Pablo. (Ya ha recibido el papel;
Ya es otro hombre; ya me llora.
¿Qué apostamos á que ahora
Soy un santo para él? —
¿Otra vez en el salon
Suena la música impía?
¡Oh vil, infame alegría!
¡Oprobio!... ¡Prostitucion!
¿Y no arrojaré del pecho
Al ídolo torpe, ingrato...?
(*Saca el retrato, lo despedaza, y lo pisa.*)
¡Hé aquí su falaz retrato!...
Caiga á mis plantas deshecho.
Si un dia fuí tu cautivo,
Ya no, mujer inconstante.
Quien vende muerto al amante,
Vendiera al esposo vivo.
¿Qué se diría de mí
Si me rindiese al dolor...?
Entierra, Pablo, al amor,
Pues te han enterrado á tí.
Engañadora sirena,
Te creí sincera y firme...
Pues si acierto á no morirme,
¡Como hay Dios que la hago buena!
Olvidemos á la infiel;
Que si airado resucito,
¿Qué haré con alzar el grito?
Un ridículo papel.
Vuelva á mi pecho la calma;
Y pues soy muerto viviente,
Voy á ver qué buena gente
Pide al cielo por mi alma.
Y á fe que, si al catecismo
Doy un repaso, quizás
Tampoco estará de mas
Que yo me rece á mí mismo. —
¡Vaya, que es rara aventura!
Para mí es niño de teta
El austero anacoreta
Que cava su sepultura.
Mas eco hará en los anales
El nombre de un ciudadano
Que concurre vivo y sano
A sus propios funerales.
(*Da algunos pasos hácia la iglesia, siempre embozado, y se pára.*)
Por hoy ya no puede ser,
Que la iglesia está cerrada. —
Mas ¡qué veo! ¡Arrodillada
Al umbral una mujer!
¿Quién será el alma bendita
Que así me llora insepulto?
En este esquinazo oculto
Observaré...
Elías. ¡Isabelita!...
Pablo. (¿Si será la hermana bella
De Jacinta? No. ¿A qué asunto
Suspirar por un difunto
Que en su vida... ?)
(*El criado, que se pasea silencioso con la linterna en la mano, pasa por junto á Isabel, y la reconoce don Pablo. Cesa la música.*)
(¡Pues es ella! —
¡La otra tan malas entrañas
Y esta adorando mi nombre!
No hay como morirse un hombre
Para ver cosas extrañas.)
Isab. Sombra que amo y reverencio,
Perdóname si llorosa
Interrumpo de tu losa
El venerable silencio.
Pablo. (¡Qué oigo!)
Isab. Mas grata oblacion
Diérate la amada prenda;
Mas no rehuses la ofrenda
De mi tierno corazon.
Pablo. (Me amaba, me ama... ¡Oh portento!)
Isab. Si de una triste mortal
Desde el trono celestial
Oyes benigno el acento,
No á Dios le pidas que yo
Deje, sin dejar el mundo,
El dolor veraz, profundo
Que tu muerte me infundió.
No turbe, no, mi quebranto
Las delicias de tu Eden;
¡Que Dios ha puesto tambien
Gloria y delicia en el llanto!
Pablo. (¡Qué alma! ¡Y no la conocí!)
Isab. Pídele solo al Señor
Que eterno sea el amor
Con que el alma te rendí;
Que nunca humana flaqueza
Me conduzca á no quererte.
¡Antes un rayo de muerte
Caiga sobre mi cabeza!
(*Calla y contemplativa alza los ojos al cielo.*)
Pablo. (¡No puedo mas! ¡Qué pasion!
Yo llego... ¡Oh ventura mia! —
Mas la súbita alegría
(*Deteniéndose.*)
Tal vez...)
Isab. Vámonos, Ramon.
(*Despues de un profundo suspiro.*)

ESCENA XIII.

ISABEL, DON PABLO, DON ELIAS, RAMON, DON FROILAN.

Froil. Entremos. Aun será tiempo...
Pero la iglesia cerraron.
Pablo. (Ya está aquí mi hombre.)
Froil. ¡Isabel!
¡Don Elías! ¿Cómo os hallo
A estas horas por aquí?
¿Salís del entierro acaso?
¡Ah! Sí; no hay duda. Ese luto...
Parece que se ha acabado
El funeral.
Elías. Sí, señor.
Froil. ¡Y fué para mí un arcano!
¿Por qué no habérmelo dicho,
Y mis ardientes sufragios...?
Isab. ¿A qué, si ya en otra tumba
Le habías tú sepultado
Mas profunda?
Froil. ¡Yo! No entiendo...
Isab. ¡En el olvido!
Froil. ¿A mi Pablo?
¿Al mejor de mis amigos?
¿A quien ya llamaba hermano?
Pablo. (¡Para el necio que te crea!)
Froil. Pues ¡si le quería tanto!...
Poco he dicho. Le adoraba.
Pablo. (No sé cómo no le mato.)
Elías. (¡Extraña metamorfósis
Por cierto!)
Froil. ¡Tan buen muchacho!...
¡Ah!... Me nombró su heredero.
Elías. ¿Qué dice usted?
Froil. Aquí traigo
Su postrera voluntad.
Pablo. (Eso no, que ya he tomado
Mis medidas por si muero
Antes de reir el chasco.)
Elías. ¡Usted su heredero!
Froil. Sí.
Elías. ¿No habla de otros legatarios
El testamento? ¿O de deudas...?
Froil. No. Todo me lo ha dejado.
¿Qué mucho si nos unió
Desde los primeros años
La dulcísima amistad
Cuyos halagüeños lazos...
Pablo. (¡Hipocriton!)
Froil. (Nuestras almas
Llenaron siempre de encantos?
Elías. Vea usted; y yo creía...
Froil. ¡Ay, caro amigo! Este rasgo
De cariñosa bondad
Hace mayor mi quebranto.
¿Qué son todos los tesoros
Del mundo si los comparo
Con la delicia de verte,
De hablarte...? Mi acerbo llanto
No podrá ¡triste de mí!
Arrancarte al duro mármol
Que te esconde...
Isab. ¡Calla, impío!
¡Blasfemo, sella los labios!
Guárdate el oro que heredas
Y no turbes el descanso
De aquella alma generosa,
Que acaso estará penando
Porque tan mal empleó
Sus dádivas.
Froil. Ese agravio...
Isab. ¡Calla por piedad! No me hagas
Testigo del vil escarnio
Con que insultas las cenizas
De tu bienhechor. Huyamos...
Pablo. (¡Ah, qué ángel!)
Froil. Oye...
Elías. Si usted
Quiere servirse del brazo...
Isab. ¡No! Sola me quiero ir.
Detesto al linaje humano.
¡Perfidia, maldad, bajeza
Donde quiera...! Ay Pablo, Pablo!

ESCENA XIV.

DON PABLO, DON FROILAN, DON ELIAS.

Pablo. (¿Es sueño acaso? ¿Es delirio?
¡Tanto amor!...)
Froil. ¡Qué sin razon!
¡Qué ruin interpretacion
De mi profundo martirio!
Elías. Y en efecto, el testamento...
Froil. ¡Ah! ¡Cuánto dolor me cuesta!
Y ahora volver á esa fiesta...
Hé aquí mi mayor tormento.
Mas debo forzosamente
Acompañar á mi hermana.
Elías. La herencia es mas que mediana,
Y usted que era ya pudiente...
Froil. ¡Yo baile, oh Dios, yo concierto,
Cuando mi pena es tan grave...!
Elías. Yo tenia, usted lo sabe,
Relaciones con el muerto...
Froil. No toque usted ese punto,
Que mi afliccion...
Elías. Sin embargo...
Usted debe hacerse cargo

De las deudas del difunto.
Froil. ¿Cuándo volverá la calma
A mi pecho?
Elías. Él me debia
Unos cuartos...
Froil. Noche y dia
He de rezar por su alma.
Pablo. (El diálogo me divierte.)
Elías. Si me olvidó, no es portento,
Que sin duda el testamento
Lo hizo...
Froil. ¡Antes de su muerte!
Elías. Ya; sí...
Froil. ¡Mi alma se destroza!
Elías. (¡Diablo de hombre!) Yo decia...
Froil. Lo dejó en la escribanía
Al salir de Zaragoza.
Elías. Bien; y luego...
Froil. ¡Amigo fiel!
Aunque venda mis camisas,
Mañana doscientas misas
Mandaré rezar por él.
Pablo. (Eso me encuentro. Por Dios
Que de él no esperaba tanto.)
Elías. Mas yo le hice un adelanto...
Froil. ¡Ah! Sí; lloremos los dos.
Elías. Pero...
Froil. Con ojos serenos
¿Quién ve á su amigo morir?
Elías. Pero usted puede decir:
Los duelos con pan son menos.
¿Y quién vuelve á mi escritorio
El dinero...?
Froil. ¡Acerba llaga,
Cruel!
Elías. Alma que no paga
No sale del purgatorio.
Diez onzas...
Froil. No cuestan tanto
Las doscientas misas.
Elías. ¡Oh!...
Froil. A peseta...
Elías. No hablo yo
De misas...
Froil. Me ahoga el llanto.
(*Hablando, han llegado á la casa del baile.*)
Elías. Oiga usted...
Froil. Ni á hablar acierto.
(*Ya dentro del portal.*)
Adios!
Elías. ¡Hombre!...
Froil. ¡Pobre Pablo!
Elías. ¡Me plantó! ¡Lléveos el diablo
A tí, á la herencia, y al muerto!

ESCENA XV.

DON PABLO, DON ELIAS.

(*Llega don Pablo por detrás de don Elías, y le toca en el hombro.*)

Pablo. Tenga usted mas caridad
Con los difuntos.
Elías. ¿Qué voz...?
(*Volviéndose asustado.*)
Si yo creyera en visiones
Diria... (*Se reconoce.*)
Sí; ¡él es! Favor...
Pablo. ¡Silencio! No soy fantasma.
Vengo...
Elías. De parte de Dios
Te digo, sombra iracunda...
Pablo. No hay tal sombra. Vivo estoy.
Acérquese usted sin miedo.
Tenemos que hablar los dos.
Elías. Si en el otro mundo penas
Como en este pene yo,
Al heredero le toca
Procurar tu redencion;
No á mí, difunto don Pablo;
A mí que soy tu acreedor,
A mí...
Pablo. Basta. Sabe usted
Que soy hombre de razon,
Y si yo me hubiera muerto,
No lo negaría, no.
Caí herido de un balazo
En medio de la faccion.
Sin duda al verme tendido
Sin aliento y sin color
Todos me dieron por muerto
Sin mas averiguacion;
Y como nadie después
De mí ha sabido hasta hoy,
No extraño que en mis exequias
Haya graznado el fagot.
Recobrados mis sentidos
Con el frio y el dolor,
Medio vivo, medio muerto,
Me levanté del monton.
En vano pedia auxilio;
Nadie escuchaba mi voz.—
Por fin llegué como pude
A la choza de un pastor.
Por buena suerte la herida
No era mortal, aunque atroz.
Aquella familia honrada
Tuvo de mí compasion;
Y curándome en sigilo,
Sin botica ni doctor,

Me libertó de las uñas
De *Tristany ó Caragol.*
Recobradas ya mis fuerzas
Mi marcha emprendo veloz
De regreso á *Zaragoza,*
Y hoy llego á puestas de sol
Para reir desengaños
De este mundo pecador.
Elías. ¡Es posible! ¡Ah! Mi alegría...
Pablo. Usté es un hombre de pro.
Usté ha rezado en mi entierro...
Elías. ¡Oh! Sí; con mucho fervor.
Pablo. Y gracias por su cristiana
Misericordia le doy.
Solo á usted me he descubierto...
Elías. Usted me hace sumo honor...
Pablo. Mas nadie sepa que vivo
Hasta mejor ocasion.
Usted sabrá mis proyectos,
Y cuento con su favor
Para llevarlos á cabo.
Elías. Sabe usted que siempre estoy
A su obediencia. — A propósito:
El papel que se quedó
Sin firmar... Aquí lo traigo.
Si á la luz de ese farol
El que habrá en el portal de la casa donde se baila.)
Quisiera usted... Pediremos
Un tintero...
Pablo. ¿No es mejor.
Que se venga usted conmigo
Y le daré en el meson
Las diez onzas consabidas,
Los réditos y otras dos
En muestra de gratitud...?
Elías. ¡Oh qué bello corazon!
Pabla. Justamente ya ha debido
Cobrar mi administrador
Unas letras...
Elías. No es decir
Que yo tenga prisa, no.
Solo por acompañar
A usted... (¡Supremo Hacedor,
No me le mates ahora,
Cumpla su buena intencion!)
Pablo. Vamos...
Elías. Abríguese usted.
(*Componiéndole el embozo de la capa.*)
¡Cuidarse! (*Don Pablo tose.*)
¿Qué es eso? ¿Tos?
Pablo. No es nada.
Elías. Es que usté estará
Delicado; y el pulmon...
Pablo. Cálmese usted, don Elías,
(*Riéndose.*)
Que mi palabra le doy
De no morirme otra vez
Sin pagarle.
Elías. (¡Oígate Dios!)

ACTO CUARTO.

LA RESURRECCION.

La decoracion del acto segundo.

ESCENA PRIMERA.

Don PABLO, Don ELIAS.

(*Entran con precaucion. El teatro está oscuro.*)

Pablo. Si alguno nos ha observado...
Elías. Solo lo sabe Ramon,
Y ese es de satisfaccion.
Puede usté entrar descuidado.
Jacinta está de jolgorio
Con su novio y los amigos
Que servirán de testigos
Para el impío casorio.
Luego que apuren los platos
Del opíparo banquete
Vendrán á este gabinete
Para firmar los contratos.
Pablo. Isabel...
Elías. No fué posible
Hacerla entrar en la fiesta.
La maldice y la detesta
Como sacrilegio horrible.
Pablo. ¡Pobrecilla! ¿Y don Froilan?
Elías. Muerto está de pesadumbre;
Mas, ya se ve; la costumbre...
La etiqueta, el qué dirán...
Pablo. Al bien y al mal se acomoda
Esa frase; y ¿qué ha de hacer
Quien por fuerza ha de escoger
Entre un duelo y una boda?
Elías. Ya; pero, entre el mundo y Dios,
Don Froilan gime... y devora;
Luego apura el vaso... y llora;
Y así cumple con los dos.
Pablo. ¿Está todo preparado?

Elías. Todo como usted desea.
Pablo. Sentiré que álguien me vea.
Elías. ¿Cómo? En un cuarto excusado...
Pablo. Quisiera un instante hablar
Con Isabelita... Pero
Prepárela usted primero.
Elías. Entiendo. Vóila á buscar.
Pues llevan largo el convite
Y Ramon está advertido,
Fácil será...
Pablo. Siento ruido...
Elías. Traen luces. ¡Al escondite!
(*Don Pablo corre á esconderse en el cuarto del foro y cierra por dentro las vidrieras. Ramon trae luces.*)

ESCENA II.

DON ELIAS, RAMON.

Elías. ¿Ha visto álguien á don Pablo?
Ramon. No, señor; nadie le ha visto.
Elías. Vete, y ¡silencio!
Ramon. No chisto.
Elías. Se va á desatar el diablo.

ESCENA III.

DON ELIAS.

Por hacer aquí el rufian
Dejo la opípara mesa!...
Pero servir me interesa
Al escondido galan.
¿Qué no he de esperar de tí,
Difunto que expresamente
Resucitas complaciente
Solo por pagarme á mí?
¡Y con qué rumbo! Ea, pues;
Busquemos á Isabelita
Y anunciemos la visita...
Mas ¿quién se acerca? — Ella es.

ESCENA IV.

DON ELIAS, ISABEL.

Isab. ¿Qué hace usted tan solo aquí?
Elías. Señora, no es de mi gusto
Esa infame bacanal,
Y aquí me estoy hecho un buho
Contemplando las flaquezas
Y aberraciones del mundo.
¿Dejarán la mesa pronto?
Isab. No sé.
Elías. Desde aquí descubro...
(*Mirando por la puerta de la izquierda.*)
Los postres sirven. — No acaban
Ni en veinticinco minutos.
¡Qué contraste! ellos riendo.
¡Y usted vestida de luto!
Isab. Y quizás de mi afliccion
Se mofan.
Elías. ¡Atroz insulto!
¡Y acaso aun están calientes
Las cenizas del difunto!
Isab. ¡Ah!
Elías. Si apareciese ahora
Entre ellos vivo y robusto
El mismo á quien juzgan muerto,
Como figuras de estuco
Se quedarían.
Isab. ¡Ay Dios!
Elías. Y ¿qué maravilla? Algunos
Suelen tornar á la vida
Desde el borde del sepulcro.
Isab. No con vanas ilusiones
Aumente usted mi profundo
Dolor.
Elías. No quiero decir
Que Dios, aunque sea sumo
Su poder, haga un milagro,
Y se alcen á mis conjuros
Los que descansan en paz;
Pero, señor, yo pregunto,
¿Quién da fe de que haya muerto
Don Pablo? Un parte confuso...,
La declaracion verbal
De un amigo infiel, perjuro...
Isab. Y otros ciento que en el campo
Le vieron yerto, insepulto;
Y los facciosos tambien
Le contaron en el número
De los muertos. Si él viviera
No podría estar oculto
Su destino tantos dias.
¡Nunca se verán enjutos
Mis ojos! ¡No hay esperanza!
Elías. Pues yo la tengo y la fundo
En razones poderosas.
¡Oh! ¡Como de esos renuncios
Se cometen en los partes!
Ni siempre la voz del vulgo...
Bien pudo caer don Pablo
Herido en el campo y pudo
Salvarse despues... En fin,
Aunque parezca un absurdo,

Yo creo... Yo tengo datos...
Isab. ¡Ah! ¿Cuáles son?
Elías. Dios es justo...
Isab. ¡Insensata! ¿Cómo puedo
Esperar...?
Elías. Si de su puño
Enseñase yo una carta...
Isab. Basta, basta. Yo no sufro
Que usted se burle de mí
Tan cruelmente.
Elías. No me burlo.
Vive don Pablo.
Isab. ¡Oh, Dios mio!
¿Será posible?
Elías. Lo juro.
Isab. ¿Dónde...?
Elías. Baje usted la voz.
Si no temiera que un susto
Repentino...
Isab. No; mi gozo...
Venga esa carta...
Elías. Presumo
Que usted daría mas crédito
A un testigo... y me aventuro
A presentarlo...
Isab. ¿A quién? ¡Cómo...!
Elías. Usted le conoce mucho.
Isab. Yo... ¿Dónde está?
Elías. Salga usted.
(*Junto á la puerta del foro, que había entreabierto don Pablo.*)
El momento es oportuno.

ESCENA V.

DON PABLO, ISABEL, DON ELIAS.

Pablo. ¡Isabel!
Isab. ¡Ah!... ¡Pablo mio!
(*Al verle grita y retrocede asustada, y después de un instante de silencio le abraza con la mayor ternura.*)
¿Es posible que te ven
Mis ojos? ¡Pablo! ¿Tú vives?
Mi alma se anega en placer.
¡Dios de bondad! Si es delirio,
Muera yo dichosa en él.
Mas no; mis brazos amantes
Le están estrechando. ¡Él es!
(*Avergonzada se desprende de los brazos de don Pablo, y baja los ojos.*)
(¿Qué estoy diciendo, insensata?
¡Oh rubor!...) Perdone usted...
Elías. Ya han retirado los postres
(*Observando á la puerta.*)
Y las copas de Jerez.
Isab. Isabel, ese cariño
Que en el alma grabaré
Viene á endulzar la amargura
De un desengaño cruel.
Isab. Dios sabe con qué afliccion
Tu muerte, Pablo, lloré...
Elías. Ya recogen la vajilla.
Ya levantan el mantel.
Pablo. Aunque por muerto me dieron,
De mis heridas sané.
Otra me han hecho en el alma.
Yo la curaré tambien.
Isab. ¡Pablo!...
Pablo. ¡Hermana de mi vida!
Isab. (¡Hermana!... ¡Ay de mí!)
Pablo. Isabel,
Tú sola sabes que vivo.
Otros lo sabrán después.
¿Querrás por breves instantes
Guardarme el secreto fiel?
Isab. Lo guardaré; mas ¿qué intento...?
Elías. Ya están tomando café,
Pablo. A este contrato nupcial
Presente quiero que estés.
Isab. ¡Tú lo exiges!
Pablo. Y no importa
Que les des el parabien.
Yo se lo doy desde luego;
Y ya jamás fiaré
Ni en lisonjeros amigos
Ni en palabras de mujer.
Isab. (¡Qué oigo!)
Pablo. ¡En la tumba se aprende
Mucho!
Elías. ¡Que ya están en pié!
Pablo. Adios... Yo seré mas cauto...
Por si me muero otra vez.
(*Se entra en el cuarto del foro, cerrando las vidrieras.*)

ESCENA VI.

ISABEL, DON ELIAS.

Elías. ¡Confidente y centinela
De mi rival! Por usted,
Solo por usted haría
Tan subalterno papel;
Papel que entrará en el fárrago
De deuda sin interés.
Isab. ¡No me ama! ¡Infeliz de mí!
(*Sin oirle.*)
Mas al fin no le veré
En los brazos de Jacinta.

¿Y si otra me roba el bien
Que el alma anhela...? ¡No importa!
¡Perezca yo, y viva él!

ESCENA VII.

ISABEL, DON ELIAS, DON FROILAN, JACINTA, DON MATIAS, DON ANTONIO, DON LUPERCIO, DAMAS, CABALLEROS.

(*Toman todos asiento en varios grupos. Don Matías, Jacinta con otras damas y galanes á un lado; don Lupercio con los demás convidados á otro; don Antonio junto á don Froilan; don Elías é Isabel á un extremo.*)

Mat. Adentro. Sin ceremonia.
Jac. Tomen ustedes asiento.
Lup. ¡Oh, que está aquí don Elías!
Elías. Buenas noches, don Lupercio.
Mat. ¿Cuándo viene ese notario?
Que en verdad, ya me impaciento
Esperándole.
Jac. Ya poco
Puede tardar.
Mat. Mira: luego
Que se firmen los contratos
Conyugales, bailaremos.
Dama 1ª. Sí, sí; un poquito de baile.
Galan 1°. Y será el dia completo.
Froil. Esa boda se va á hacer
(*Aparte con don Antonio.*)
Bajo auspicios muy funestos,
Don Antonio.
Ant. ¿Qué sé yo...?
Se quieren y están contentos...
Jac. Por fin ya nos favorece
(*Aparte con don Matías.*)
Mi hermana. Pero ¡qué gesto!
Y es un insulto el entrarse
Aquí con vestido negro.
Mat. Como es tan sentimental,
No me admiro...
Jac. Pues yo creo
Que tiene mas de envidiosa
Que de santa.
Mat. Y aun por eso
A falta de otro galan
Se resigna á los obsequios
Del buen don Elías.
Jac. Siempre
Tuvo ruines pensamientos.
Dama 2ª. ¿Qué dote lleva la novia?
(*En voz baja.*)
Lup. No es gran cosa. Seis mil pesos.
Isab. ¿Cuáles serán los designios
(*Aparte con don Elías.*)
De don Pablo?
Elías. Es un secreto,
Señorita; y como yo
De económico me precio,
Quiero ahorrar las conjeturas,
Pues al fin he de saberlo.
Froil. Es un cargo de conciencia;
(*Aparte con don Antonio.*)
Sí, señor; y yo no debo
Autorizar...
Ant. ¡Bobería!
Los que se casan son ellos,
No usted.
Froil. ¡Casamiento horrible!
Ant. Peor sería no hacerlo.
Froil. ¡Don Pablo amaba á Jacinta!
Ant. Si, señor...; pero se ha muerto.
Froil. Don Matías fué su amigo.
Ant. Ya; pero no es su heredero.
Froil. ¡Yo lo soy á mi pesar!
Ant ¡Cómo ha de ser! Ya lo veo.
Froil. Mis lágrimas...
Ant. Yo tambien
Las vertería... á ese precio.
Mat. Ya está aqui el notario. ¡Viva!

ESCENA VIII.

ISABEL, JACINTA, DON ELIAS, DON FROILAN, DON MATIAS, DON ANTONIO, DON LUPERCIO, EL NOTARIO, DAMAS, CABALLEROS.

Not. Buenas noches, caballeros.
Dama 1ª. Ese curial incivil
(*Aparte á un convidado.*)
No saluda al bello sexo.
Mat. Vamos; ¿vienen ya extendidos
Los contratos?
Not. Sí por cierto.
(*Sentándose á una mesa, donde habrá recado de escribir.*)
No falta mas que firmar;
Los contrayentes primero
Y los testigos después
En sus respectivos huecos.
Froil. Ese hombre, que para mí
(*A don Antonio en voz baja.*)
Es una especie de cuervo,
Despierta en mi corazon
Atroces remordimientos.

Not. Si ustedes me lo permiten,
Calo las gafas y leo...
Mat. ¡No, por Dios! ¿A qué cansarnos
Con ese eterno proceso?
Not. No tal. Yo soy muy lacónico.
Tendrá veintisiete pliegos...
Mat. ¡Misericordia!... ¡Una pluma!
(*Llega á la mesa y la toma.*)
¿Da usted fe de que en efecto
Me caso con la que adora
Mi corazon?
Not. Por supuesto.
Con doña Jacinta...
Mat. Basta.
Firmo como en un barbecho. (*Firma.*)
Froil. ¡Ah! ¡Qué horror! ¿Y sufro yo
(*Tapándose los ojos.*)
Tan bárbaro sacrilegio?
Elías. ¿Qué le ha dado á don Froilan?
(*A Isabel.*)
Suspira; se pone trémulo...
Not. Ahora la novia.
Jac. Volando,
(*Se acerca á la mesa.*)
Que mi gloria cifro en esto.
Froil. ¡No puedo mas!
(*Se levanta, y se acerca tambien á la mesa.*)
Jac. ¿Dónde?
Not. Aquí.
Froil. ¡Deten en nombre del cielo
Esa mano temeraria!
¿Olvidas tus juramentos?
¿Menosprecias tu opinion?
¿No sabes que hay un infierno
Para los perjuros? ¡Ah!...
Mat. ¿Qué dice ese majadero?
Froil. ¿Vas á casarte con otro
Cnando la sangre del muerto
Está humeando? Aun escucho
Las campanas de su entierro...
Jac. ¡Eh! ¿Quieres dejarme en paz?
Galan 2°. Ese hombre ha perdido el seso.
Dama 3ª. ¡Qué hipocresía!
(*A don Antonio.*)
Ant. ¡La herencia!
Elías. Como soy que me divierto.
(*A Isabel.*)
Mat. Ea, firma, y no hagas caso
De un fastidioso agorero.
Jac. Sí; el corazon me lo manda. —
¿Aquí?... (No sé por qué tiemblo.
¡Animo!) (*Firma.*)
Ya está.
Froil. ¡Gran Dios!...
Ella ha firmado! ¡Esto es hecho!
¡Ah! ¿Qué sería de tí,
Falsa mujer, si del centro
De la tumba aquí se alzase
Don Pablo y con voz de trueno...?
Mat. ¡Oiga!...
(*Todos los interlocutores, á excepcion Isabel, rien estrepitosamente.*)
Lup. ¡Donosa ocurrencia!
Dama 1ª. ¡Qué visionario!
Galan 1°. ¡Qué necio
Ant. Se nos viene con sandeces
Del siglo décimotercio.
Mat. No hablaba usted de ese modo
Dos dias há.
Froil. Me arrepiento.
Elías. Oportuno es el sermon.
(*A Isabel.*)
Parece que está de acuerdo
Con don Pablo. Mas ¿qué aguarda,
Que no sale del encierro?
Froil. Don Matías, no es la herencia
La que ha obrado este portento.
Mueve mi labio divina
Inspiracion. Yo preveo...
Mat. ¡Eh! Basta ya de simplezas,
Que estamos perdiendo el tiempo.
Concluyamos. — Los testigos.
Not. Don Antonio Mollinedo...
Ant. Servidor.
(*Va à la mesa y firma.*)
Sea mil veces
En buen hora.
Not. Don Lupercio...
Lup. Allá voy... (*Firmando.*)
Y con el alma
Y la vida lo celebro,
Not. Don Elías Ruiz...
Elías. Presente. —
(*Va y firma.*)
Sea en hora buena, y *laus Deo*.
Not. Hemos concluido.
Pablo. ¡No!
(*Dentro.*)
¡Falta un testigo! (*Sorpresa general.*)
Mat. ¿Qué es eso?
Jac. ¿Qué voz...?
Froil. Por allí ha sonado...
Mat. ¿Quién es el testigo?
(*Oyese una fuerte detonacion en el cuarto del foro; ábrese la puerta, y aparece don Pablo cubierto de piés á cabeza con un manto blanco. Un vivo resplandor rojizo alumbra el cuarto de donde sale.*)
Pablo. ¡El muerto!

ESCENA IX.

SABEL, JACINTA, Don PABLO, Don ELIAS, Don FROILAN, Don MATIAS, el Notario, Don ANTONIO. Don LUPERCIO, los Convidados.

(*Al aparecer don Pablo retrocede Jacinta aterrada; las demás señoras chillan, y una ó dos se desmayan en brazos de los caballeros que las rodean, volviendo en sí á pocos momentos; don Froilan se queda extático; don Elías suelta la carcajada, y hace notar á Isabel los gestos de los demás; don Matías calla, entre dudoso y amostazado; don Antonio y don Lupercio dan muestras de admiracion, y el notario se esconde detrás de la mesa.*)

Jac. ¡Cielos!
Not. ¡Oh!
Mat. ¡Don Pablo!
Froil. ¡Es él!
Elías. ¡Lindas figuras!
Dama 1ª. ¡Qué espanto!
Froil. ¡Yo no lo dije por tanto!
Jac. ¡Aparta, sombra cruel!
Galan 3°. ¡Señora!...
(*Haciendo aire á una que está desmayada.*)
Dama 2ª. ¡Qué horrible vista!
Galan 2°. (Yo tengo mas miedo que ella.)
Elías. La tramoya ha estado bella.
(*Aparte á Isabel.*)
¡Se ha portado el polvorista!
Jac. (¡La imágen de mi conciencia
Veo en su rostro fatal!)
Froil. (Si es aparicion, tal cual,
Si está vivo, ¡adios la herencia!)
Jac. Yo confieso mi locura,
Pablo, y te pido perdon.
Mat. ¿Locura?
Jac. Ten compasion
De una frágil criatura.
A tus plantas...
(*Va á arrodilarse, y don Matías la detiene.*)
Mat. ¡Eso no,
Por vida de san Matías!
¿Tú á sus plantas? ¡No en mis dias!
Él ha muerto, y vivo yo.
Y nos veremos las caras,
Pues ya se firmó el concierto,
Si quiere meterse el muerto
En camisa de once varas. —
Ni él ha muerto; no hay tal cosa;
Que si difunto estuviera
No alzara así como quiera
La yerta y pesada losa.
Yo no le disputo á Dios
El poder de hacer milagros;
Mas los muertos están magros,
Y este abulta como dos.
Le quisiste vivo; es cierto;
Y ahora á mí. Sea en hora buena.
Eso no vale la pena
De resucitar á un muerto.
Si él ha muerto, ¿qué hace aqui?
Vuelva al panteon profundo;
Y si vive para el mundo,
Muerto sea para tí.
En fin, que viva ó que muera,
Tuyo no ha de ser jamás.
Veremos quién puede mas;
Él muerto, y yo... calavera.
Pablo. No he muerto, gracias el cielo,
(*Soltando el manto y dando algunos pasos.*)
Ni por una infiel y un loco
Quiero exponerme tampoco
A dar la vida en un duelo.
Que perdone este mal rato
Pido á la tertulia toda,
Pues mal sienta en una boda
El funeral aparato;
Pero hombre de calidad,
Cuya muerte es tan sentida,
Justo es que vuelva á la vida
Con cierta solemnidad.
Conozco que algun menguado
En esta cómica escena
Mas me quisiera alma en pena
Que muerto resucitado;
Pero si alguno desea
Ser pasto á la muerte avara,
Yo no: ya he visto su cara,
Y me parece muy fea;
Y puesto que debo tanto
Al sumo Hacedor, no es justo
Que por dar á nadie gusto
Me vuelva yo al campo-santo. —
Mis quejas no escucharán
Los amigos fementidos;
No; porque á muertos y á idos...
Conocido es el refran.
Que matan los desengaños
Dice la gente. — No á mí;
Que, como muerto los ví,
No han de abreviarme los años. —
Nada de rencor, Matías.
Querer á una dama hermosa
Mas que á un fiel amigo, es cosa

Que se ve todos los dias.
Siempre amor en tal pelea
Ha de triunfar: esto es cierto;
Y mas si el amigo ha muerto
Y la dama pestañea.
Yo la quise; tú la quieres...
Tuya debe ser la bella,
Pues yo he muerto para ella,
Y tú por ella te mueres. —
Ni á tí, Jacinta del alma,
Culparé. ¿Con qué derecho
Pidiera yo á tu despecho
Una tumba y una palma?
Se olvida al galan mas pulcro,
Vivo, lozano, fornido,
¿Y no ha de echarse en olvido
Al que yace en el sepulcro?
El amor en nuestros dias
Como el Fénix se renueva,
Que ya no hay almas á prueba
De balas y pulmonías.
Yo te creía mas firme;
Mas si otro me reemplazó,
La culpa me tengo yo.
¿Quién me mandaba morirme?

Mat. No haya duelo. ¿En qué lo fundo
Si no hay rival á mi amor?
Mucho aplaudo el buen humor
Con que vuelves á este mundo.

Jac. Pablo, la sorpresa,... el gozo...
Pero... Ya ves... He jurado...
(Después que ha resucitado
Me parece mejor mozo.)

Pablo. Señoras, cese ya el susto,
Que si lo causo viviente,
Me moriré de repente
Estando sano y robusto. —
Y el notario fugitivo
¿Adónde fué?

Not. Me escondí...
(*Sacando la cabeza.*)

Pablo. Ea, salga usted de ahí
A dar fe de que estoy vivo.
Aquiete usted la conciencia,
Que, á fe del nombre que tengo,
Del purgatorio no vengo
A tomarle residencia. —
¡Don Lupercio! ¡Don Antonio!
De ustedes muy servidor.
Hasta ahora, aunque pecador,
No me ha llevado el demonio.

Ant. Yo lloraba...

Pablo. Sí por cierto.

Lup. Yo...

Pablo. Como hablan las paredes,
Ya sé que me han hecho ustedes
Justicia... después de muerto.
¡No era tan feliz mi suerte
Cuando vivo!... Con que ¿soy
Un ángel ahora? Doy
Muchas gracias á la muerte.
Ruego á ustedes, pues advierto
Que me va mejor así,
Que siempre que hablen de mí
Se figuren que estoy muerto.

Ant. ¡Pullas, después que en mil puntos
(*Aparte á don Lupercio.*)
Su elogio hicimos ayer!
Ya no se puede tener
Caridad... ni con difuntos.

Pablo. Don Froilan, siento en verdad
Decir á un amigo fiel
Que el consabido papel
No es mi postrer voluntad.

Froil. Es accion muy baladí
Que perdonarse no puede
El resucitar adrede
Para burlarse de mí. (*Risa general.*)
Señores, nada de risas,
Que es sobrada impertinencia
Despojarme de la herencia
Y quedarse con las misas.

Elías. Agorero cejijunto,
Justo es que á Dios satisfagan
Herederos que no pagan
Los créditos del difunto.
Era insigne mala fe,
Riendo de mi abstinencia,
Comerse, amen de la herencia,
Lo que yo economicé.
No era usted quien merecía
Tanta dicha, alma de Anás,
Tartufo... No digo mas...

Mat. ¿Por qué?

Elías. Por economía

Froil. ¡Por vida!...

Pablo. Tenga usted calma.
Yo las misas pagaré...,
A no ser que quiera usté
Que se endosen á su alma.
Lea usté ahora en desquite
Esta carta que Melchor
Me dió...

Froil. Sí; mi arrendador
(*Toma la carta, la abre, y la lee para sí.*)
De la hacienda de Belchite.

Isab. ¿Qué será?

Mat. Le tiembla el pulso...

Ant. Gime...

Elías. Un color se le va
Y otro se le viene...

Froil. ¡Ah!

Jac. Mira al cielo.

Lup. Está convulso...
Froil. ¡Cruel, funesta noticia!
¡Desventurado de mí!
Yo esperaba el bien ajeno,
¡Y pierdo el mio! ¡Infeliz!
Me han subastado el aceite,
Me han secuestrado el redil,
Me han destruido el molino,
Y ¡adios, trigo! ¡adios, maíz!
A mí, que no me metía
Con liberal ni servil,
Y ni he sido diputado,
Ni prócer, ni alcalde, ni...
Si hasta los neutrales tienen
Su hacienda y vida en un tris,
Ya es crímen la indiferencia.
¡Guerra! ¡Un fusil! ¡Un fusil!
¡Canónigo atroz! la sangre
Siento ya en mi pecho hervir.
Yo moriré peleando
O me vengaré de tí.

ESCENA ULTIMA.

JACINTA, ISABEL, DON PABLO, DON ELIAS, DON MATIAS, DON ANTONIO, DON LUPERCIO, EL NOTARIO, LOS CONVIDADOS.

Jac. ¡Dios mio!
Isab. ¡Pobre Froilan!...
¡Funesta guerra civil!
Pablo. Le está muy bien empleado.
Elías. Lo merece el malandrin.
Pablo. Volviendo á lo de la boda,
En buen hora sea mil
Y mil veces. — Yo tambien
Me caso.
Isab. (¡Ay!)
Jac. ¿De veras?
Pablo. Sí.
Si ustedes quieren mañana
A mi contrato asistir...
Isab. (¡Mañana!...)
Damas. ¿Quién...?
(*Muestran todas mucha curiosidad.*)
Ant. ¿Quién será...?
(*Los caballeros forman tambien corrillo.*)
Mat. ¿Quién es la novia feliz?
Dime...
Pablo. Son amores póstumos.
No es la novia que escogí
De este mundo.
Mat. Alguna momia...
Pablo. No. Fresca como el abril
¡Flor de mi tumba! ¿Por qué
Tan tarde te conocí?
Isab. (Me mira... ¡Ah! ¡Cómo palpita
Mi corazon!)
Ant. Pero en fin...
Jac. (¿Será Isabel...?)
Dama 1ª. ¿No sabremos...?
Pablo. Aunque á su gracia gentil
Sabe hermanar la modestia,
Su nombre puedo decir,
Que pues la ofrezco mi mano,
No la alejará de sí
Quien ya me dió el corazon.
(*Isabel no puede reprimir su agitacion.*)
Dama 1ª. Hácia aquí mira. ¿Advertís?
(*Aparte á las otras.*)
Pablo. ¡Ah! Sí. Ya anuncia mi dicha
En su labio de carmin
La sonrisa del amor.
Dama 1ª. (¡Yo soy! Me ve sonreir...)
Pablo. Y esa mirada... — ¡Isabel!
(*Acercándose á Isabel, y presentándole la mano.*)
Isab. ¡Pablo mio!
(*Toma la mano de don Pablo, y reclina la cabeza en el pecho del mismo como para ocultar el exceso de su gozo.*)
Dama 1ª. (¡No era á mí!)
(*Con un suspiro y abanicándose.*)
Ant., *Lup.*, *Damas.*, *Galanes.* ¡Isabel!
Mat. ¡Era tu hermana!
(*A Jacinta.*)
Elías. (¡Ya llegó mi san Martin!)
Mat. ¿No dijiste que tu esposa
No era de este mundo?
Pablo. Sí.
Mujer de un alma tan pura,
Cuya virtud sin igual
Compite con su hermosura,
Es un sér angelical;
No es humana criatura.
Mujer de tanta virtud,
Mujer de amor tan profundo
Que en su tierna juventud
Se inmolaba... ¡á un ataud!...
No pertenece á este mundo.
Yo, que su ventura anhelo,
Ya no me juzgo habitante
De este miserable suelo;
Que Isabel me mira amante,

Y sus brazos son... ¡el cielo!
Isab. Yo que te lloré en la losa;
Yo, que con verte, no mas,
Me tenía por dichosa,
¿Qué haré ahora que me das
El dulce nombre de esposa?
Pablo. ¡Cuán de veras lo mereces!
¡Dichosa muerte mil veces! —
Muérete y verás, Matías...
Mat. ¡Lindo regalo me ofreces!
Pablo. ¿Qué dice usted, don Elías?
Elías. Que el mundo es un entremés,
Don Pablo.
Mat. Es cierto.
Lup. Así es.
Ant. Para aprender á vivir...
Elías. No hay cosa como morir.
Pablo. Y resucitar después.

DON FERNANDO EL EMPLAZADO,

DRAMA HISTORICO EN CINCO ACTOS,

ESTRENADO EN EL TEATRO DEL PRÍNCIPE EL DIA 30 DE NOVIEMBRE DE 1837.

PERSONAS.

Don FERNANDO IV, rey de Castilla.
El infante don PEDRO.
El infante don JUAN.
Doña SANCHA.
Don GONZALO CARVAJAL.
Don JUAN CARVAJAL.
Don PEDRO CARVAJAL.
Don JUAN ALFONSO BENAVIDES.
Don JUAN FERNANDEZ de LEIVA.
Don PEDRO DIAZ de CASTAÑEDA.
Don HERNAN RODRIGUEZ de CASTRO.
PELAEZ.
FORTUN.
ROBLEDO.
RUPEREZ.
El Médico.
El Merino mayor.
Don MENDO. — Cortesanos.
Un Carcelero. — El Verdugo.
Alguaciles. — Soldados. — Pueblo.

La accion pasa en Martos y en Jaen. — Año de 1312.

ACTO PRIMERO.

Salon del palacio del rey en Martos.

—

ESCENA PRIMERA.

Don PEDRO CARVAJAL, BENAVIDES.

Ben. Don Pedro, será mejor,
Que olvideis á doña Sancha.
P. Carv. Soy hijodalgo y sin mancha.
¿Por qué negarla á mi amor?
Tal desaire no esperaba
Quien ofensa no os ha hecho,
Don Juan, y adorna su pecho
Con la cruz de Calatrava.
Ben. Cruces, don Pedro, se dan
Menos que á rancia nobleza
Al ruego de la pobreza.
P. Carv. O al valor de un capitan.
Del mio da testimonio
El agareno andaluz.
Ben. Harto es llevar una cruz
Sin la cruz del matrimonio
¿Qué es un miserable feudo
En tres hermanos partido
Para haberos atrevido
Al honor de ser mi deudo?
Muchas victoriosas lides
Han de daros fama y medro
Antes de alzaros, don Pedro,
Al solar de Benavides.
P. Carv. Cuando la reina María
Digna de eternos loores

Puso fin á los rencores
De vuestra casa y la mia,
El último Carvajal
En valía os superaba;
Mas cuando paz os juraba
No perjuró desleal.
Riquezas, que no ambiciono,
Yo que á la patria las dí,
¿Cómo despiertan así
De vuestro pecho el encono?
Ni vuestra soberbia es ley
Ni mi demanda es delito
Porque seais favorito...
Del favorito de un rey.

Ben. No es favor su confianza;
Que el lustre no se mancilla
De un infante de Castilla
Por darme á mí su privanza.

P. Carv. Cierto. De él nada dirán
Porque os proteja constante :
De vos sí; que aunque es infante...,
Es el infante don Juan.

Ben. Si una lengua maldiciente
Sus blasones...

P. Carv. ¡Oh, cuán bellos!
No hayais miedo de que en ellos
La envidia clave su diente.
Contarlos puede el califa
De quien fué siervo villano;
Y si calla el africano,
Hable el puñal de Tarifa.
Mas juzgue al infante Dios,
Que aquí es su nombre excusado,
Y me mueve otro cuidado,
Don Pedro, á tratar con vos.
Deponed el odio insano;
Que no os pretende agraviar
Quien os viene á saludar
Con el título de hermano.
Por mis hechos y mi cuna
Fernando me da soldada.
Si es corta, tengo una espada
Para acrecer mi fortuna.
Si en tierna solicitud
Pido á Sancha mi ventura,
La espero de su hermosura
Y la fundo en su virtud.
Cuál sea su dote ignoro;
Que avaro no fuí jamás,
Ni Sancha valiera mas
Aunque la pesáseis de oro.
Ni que ella averigüe creo
Antes del amante nudo
Los cuarteles de mi escudo
O las villas que poseo.

Ben. ¿La hablais?

P. Carv. Sí; mas vuestra queja,
Don Juan, sería infundada,
Yo caballero, ella honrada,
Y entre los dos una reja.

Ben. ¡Qué escucho! ¡Mujer liviana!...

P. Carv. Tened la lengua por Dios.
Ved que os injuriais á vos
Injuriando á vuestra hermana.

Ben. Y ella ¿os ama? ¿Y para esposo
Admite...?

P. Carv. A vos no viniera
Si primero no me diera
Su labio el sí venturoso.
Don Juan, quien de veras ama,
Y en algo precia su honor,
Solo le pide el amor
El corazon de una dama.

Ben. Del amor el desvarío
Quede á mujeres sin nombre,
Mas la hermana de un rico-hombre
No ha de tener albedrío.
Al lustre se debe toda
Del linaje en que ha nacido;
No elige, acepta marido,
Y ama... después de la boda.

P. Carv. Esa práctica es locura,
Y el que iluso la defiende
Cuanto mas guardarla entiende
Tanto mas su honra aventura;
Que el cielo á todas no dió
Las virtudes que atesora
La incomparable señora
Que mi pecho cautivó.
Mano que avara ó cruel
Los fueros del alma huella
Tal vez la casta doncella
Convierte en esposa infiel.

Ben. Excusemos mas razones;
Que si al ruego no cedí,
Menos lograrán de mí
Temerarias reflexiones.

P. Carv. Firme y puro es nuestro amor
No pasajero capricho,
Y ese tirano entredicho
Mas avivará su ardor.

Ben. Cesarán los devaneos
De Sancha, y si no se humilla,
Conventos hay en Castilla
Que curen torpes deseos.

P. Carv. ¡Benavides!... ¡Vive Dios
Que no hay sufrimiento ya...!

Ben. Paso, que tambien habrá
Calabozos para vos.

P. Carv. ¡Para mí! Ciño una espada,
Y antes que tan vil intento...
Mucho os desvanece el viento
De esa córte depravada.
Vuestra amenaza es quimera;
Que el rey no ha de ser injusto

Conmigo por daros gusto,
Ni un Carvajal lo sufriera;
Y aunque es mi fortuna ingrata,
Hermanos tengo, don Juan,
Que mi sangre vengarán
Si aleve hierro me mata.
Cien lanzas mantiene fiel
Gonzalo, que es el mayor;
El otro es comendador
De Martos, que adora en él.
Mirad, don Juan... Mas ¿qué digo?
Vos sereis cuerdo mañana
Y otorgareis á la hermana
Lo que negais al amigo.
Vos no querreis inhumano
Provocar con furia loca
La maldicion de su boca,
La venganza de mi mano.
Amor, que es ya frenesí,
La rinde mi corazon,
Y con la misma pasion
El suyo late por mí.
A entrambos guia una estrella;
Mi herida fuera su herida;
Que no queremos la vida
Ella sin mí, y yo sin ella.

Ben. ¡Raro amor! ¡Tanto interés...!

P. Carv. Vuestro es tambien.

Ben. ¡Cómo!...

P. Carv. Adios.
O el altar para los dos...,
O tumba para los tres.

ESCENA II.

BENAVIDES.

¡Por Dios que me han irritado
Sus fieros! Mas yo le excuso.
No hay amante venturoso
Que no desafie al mundo.
No á él; solo á tí, liviana
Mujer aleve, te culpo.
Yo te haré lanzar del pecho
El amor que te sedujo,
O antes que el ara nupcial
Verás abierto el sepulcro. —
El rey.

ESCENA III.

BENAVIDES, el REY, Don JUAN, CASTAÑEDA, Cortesanos.

(*El rey viene hablando con don Juan sin reparar en Benavides, con el cual se reunen y hablan los demás cortesanos.*)

Rey. ¡Hermosa mujer,
Aunque altiva hasta lo sumo
¡No abrir á su rey la puerta!
No sé, tio, cómo sufro
Tal ultraje.

Juan. Doña Sancha
Estaba sola, y el vulgo
Malicioso...

Rey. Por ventura
¿Es mi visita un insulto?

Juan. Sois casado.

Rey. Soy monarca.

Juan. No obstante su ceño adusto,
Es grato á altiva hermosura
Que se sujete á su yugo
Todo un rey. Acaso teme
A su hermano...

Rey. No presumo
Que le estuviera tan mal
A ese necio linajudo
Que su esquiva hermana fuese
Dama de un príncipe augusto.

Juan. Señor, al tiempo y las dádivas
Encomendad vuestro triunfo.

Rey. ¡Oh! Si ella cede á mis ruegos,
Poco le valdrán sus humos
Al señor don Juan Alfonso
Benavides. Yo le juro...

Juan. Mirad no os oiga. Está allí.

Rey. Caballeros, os saludo.
(*Reuniéndose á los cortesanos.*)

Ben. Guarde Dios á vuestra alteza.

Rey. Buenas nuevas os anuncio.
Don Pedro, mi noble hermano,
Estrecha el cerco á los muros
De Alcaudete, y presto en ellos
Se alzará mi real escudo.
Don Garcilopez, maestre
De Calatrava, redujo
A Cartama, y victorioso
Sigue al arraéz perjuro
De Málaga, que rehusa
Dar el pactado tributo.

Ben. Buen soldado es el maestre.
¿Cómo no siguen su rumbo
Los Carvajales?

Rey. De Martos

Es comendador el uno,
Y está á su cargo el convento
Hasta que al prior difunto
Se reemplace.

Ben. Mas el otro...

Rey. Amor de hermano le trujo,
Y negarle por seis dias
Licencia no fuera justo
Pues ya se la dió el maestre.

Ben. En buen hora; pero es mucho
Que de tan bravo guerrero
Descanse el brazo robusto
Cuando pudiera en servicio
De vuestra alteza...

Rey. No dudo
De su valor y lealtad.
En los pasados disturbios
Siempre partieron conmigo
La dicha y el infortunio
Los Carvajales.

Ben. Señor,
Si he de decir lo que juzgo,
Su afecto es á vuestra madre
Mas que á vos. No los acuso.
Pero...

Rey. Hablad.

Ben. Cuando dejarla
En Valladolid os plugo
Quedó con ella Gonzalo,
Que es su valido.

Rey. Muy duro
Fuera yo si, aun desterrada,
No le consintierra el gusto
De quejarse y murmurar
Con algun criado suyo.

Ben. Creed, señor, que mi celo...

Rey. Decid mas bien que iracundo
Habla por vos el rencor
Mal apagado, aunque oculto.
Yo no soy amigo de ellos,
Porque mi imperio ab soluto
Tal vez severos reprenden
Y me modesta su orgullo.
Si en efecto son traidores
Sus cuellos daré al verdugo;
Mas de pasiones ajenas
No ha de regirme el impulso.

Juan. (Soberbio mozo, en las tuyas
Toda mi esp ranza fundo.)

ESCENA IV.

El REY, Don JUAN, BENAVIDES, CASTAÑEDA, CASTRO, Cortesanos.

Castro. Vuestra licencia señor,
Para hablaros pide un nuncio
De la reina vuestra madre.

Rey. (¡Tanto mensaje importuno!...)
Llegue. ¿Quién es?

Castro. Don Gonzalo
Carvajal.

ESCENA V.

El REY, Don JUAN, BENAVIDES, CASTAÑEDA, CASTRO, Don GONZALO CARVAJAL, Cortesanos.

G. Carv. Vuestros augustos
Piés...

Rey. Levantad.

G. Carv. Esta carta...

Rey. Mostrad.

G. Carv. (¡Con rostro sañudo
La recibe cual si fuese
Del mayor contrario suyo!)

Rey. ¡Extraña obstinacion la de mi madre!
(Ha leido la carta.)
¿Tan mal se halla en la córte de Castilla?
¿A qué seguir mis bélicos pendones
Arrostrando peligros y fatigas?
Allá los pueblos que mi herencia fueron
Con blando imperio su prudencia rija
En tanto que mis huestes vencedoras
Aquí del moro la arrogancia humillan.
Allá pueden dar fruto sus virtudes;
Aquí es ocioso el brazo que no lidia.
Mal se avienen los yelmos y las tocas.
Basto yo á gobernar la Andalucía.

G. Carv. Las agresoras armas depusieron
Portugal y Aragon. Francia enemiga
Os reconoce rey. El de la Cerda,
Que arrojaros del solio pretendía,
Ya á los tratados de Agreda sumiso,
O mas bien al rigor de su desdicha,
Prefiere á un vano título caduco.
La quieta posesion de algunas villas.
El hijo indigno de Fernando el Santo,
Don Enrique, aquel monstruo de perfidia,
Maldecido del cielo y de los hombres,
Hunde ya en el sepulcro su ignominia
En suelo extraño al turbulento Lara
Consume la ambicion, roe la envidia.

Ya en venturosa paz Castilla duerme;
Ya esa paz se la dió doña María.
Sagaz, prudente, valerosa reina
Cual madre tierna y viuda sin mancilla,
Triunfó de tres monarcas coligados,
Y de alevoso acero parricida
Cien veces os salvó huérfano débil.
Si una diadema en vuestra frente brilla,
Bien que don Sancho os la legó muriendo,
De vuestra madre fué noble conquista.
Solo este amor solícito de madre
Mueve su afan de veros; no codicia
De vana autoridad. Ni os agraviara
Si de madre á las plácidas caricias
Añadiera sus próvidas lecciones;
Que sois ¡oh rey! muy mozo todavía,
Y aunque holló vuestra madre á los perversos
Aun fermenta en el lodo su semilla.

Rey. El tránsito es penoso y dilatado,
La estacion rigorosa, ardiente el clima,
Y exponer por un frívolo capricho
Su preciosa salud...

Juan. Cuando sumisa
Al mandato real doña Constanza,
Bien que esposa del rey, vive tranquila
En Avila estrechando al casto pecho
El niño Alfonso en quien España cifra
Su mas dulce esperanza, bien pudiera
Sufrir sin murmurar doña María
Tan breve ausencia.

G. Carv. El maternal afecto
Tal vez consuela, infante, á la afligida
Esposa tierna; pero amar á un hijo,
No aspirar á otra gloria ni á otra dicha
Que morir en sus brazos; y angustiada
Tan lejos de él llorar, es cruda espina
Que el corazon traspasa; y el inicuo
Que aconseja la dura tiranía
De quebrantar los vínculos mas santos
Sangre de tigres en el seno abriga.
Mas ¿qué consejo que feroz no sea
Puede dar el verdugo de Tarifa?

Juan. ¡Temerario!...

Rey. Mirad que yo os escucho.
Enfrenad, Carvajal, vuestra osadía,
O si de heraldo traspasais el fuero
No os podrá libertar de mi justicia.

G. Carv. Perdonad á la lengua de un soldado
Que no sabe con bajas cortesías
Disfrazar la verdad; mas quien la tema,
No la provoque.

Rey. ¿Oís? De vuestra vida *(Aparte á don Juan.)*
Toda la historia lenguaraz contara
Si yo no le atajase; y peregrina
Fuera la narracion, amado tio.

Juan. Señor, ya mi lealtad...

Rey. Me es conocida.
Confesadme, don Juan, que largos años
Fuísteis muy pecador; mas de rodillas
Me demandásteis gracia arrepentido
Y os dí con ella la confianza mia.

Juan. Mi gratitud sincera...

Rey. (No la creo.)
Desde que apoyo en vos mi regia silla
Límite á mis deseos no conozco
Y entre placeres vaga embebecida
Mi ardiente juventud. Sois buen ministro.
(Tú mi venganza llorarás un dia.)

G. Carv. ¿No respondeis, señor, á mi demanda?

Rey. ¿Aun estais vos aquí? Ved que me irrita
El necio porfiar. Mi augusta madre,
Crédula ó recelosa en demasía,
Se queja sin razon. Altos motivos
A no atender su ruego me precisan.
Ejemplo de obediencia á mis vasallos
Si me ama debe dar doña María.
Desista de su empeño. El hijo amante
Por el público bien se lo suplica...
Y se lo manda el rey. ¿Es la corona
Vano adorno en mis sienes? ¿O imagina
Que debo yo en tutela perdurable
Mis dias consumir? Ya no vacila
Mal segura mi planta; ya mi mano
El cetro empuña y el estoque vibra;
Ya el desvalido infante es hombre adulto,
Y solo al cielo dobla la rodilla.

G. Carv. Yo á vuestros piés la doblo suplicante
Para romper el velo que os fascina.
Cuando la gloria de María excelsa
A vulnerar se atreve torpe envidia,
¡La abandonais, señor, en su destierro!
No en vuestro corazon hallen cabida
La negra ingratitud y la soberbia
Que á un abismo tal vez os precipitan.
Esa que vos lanzais del seno esquivo
Os albergó en el suyo; y la apellidan
Númen celeste los leales pueblos
Que á vuestro nombre oprimen y esclavizan
Viles tiranos. ¡Por piedad!...

Rey. Infante,
Oid vos esa plática prolija.

ESCENA VI.

DON JUAN. DON GONZALO CARVAJAL, BENAVIDES.

G. Carv. De cólera estoy sin mí.
(*Levantándose airado.*)
¡A un rico-hombre de Castilla
Tal afrenta, tal mancilla!...
Mas esto merece, sí,
Quien á tiranos se humilla.
¡Oh reina á quien sirvo fiel!
Solo por tu amor sufriera
Menosprecio tan cruel,
Y otro que tu hijo no fuera
Arrepintiérase de él!
¡El hijo de tus amores
Sometido al yugo vil
De infames aduladores!
Ve aquí, mujer varonil,
El fruto de tus sudores.
¡Oh iniquidad! ¡Oh vileza!
Al ver, Castilla, tu suerte
¿Qué dijera Sancho el Fuerte
Si hoy alzase la cabeza
Desde el lecho de la muerte?
De tanta gloria ¿qué ha sido?
Ya no guardan los Guzmanes
Tu dosel esclarecido.
¡Tu palacio es torpe nido
De traidores y rufianes!
Juan. Mirad que al rey represento.
Tened, Carvajal, la lengua,
Que es sobrado atrevimiento...
G. Carv. Probadme, don Juan, que miento,
Y mia será la mengua.
Probadme que al rey defiende
Y que leal puede ser
Quien torpes lazos le tiende;
Probadme que hoy no le vende
Quien le destronaba ayer.
Juan. Respetad las intenciones.
Todo hombre tiene pasiones,
Y sea el rey bueno ó malo,
Ni ha menester mis lecciones...
Ni yo las vuestras, Gonzalo.
Ben. Sin concederle licencia
De júzgar vuestra conciencia
Le haceis ya sobrada gracia,
Y tanto como su audacia
Me admira vuestra paciencia.
Carv. Si por temor ó por fuero
No venga don Juan su agravio,
Retadme vos; caballero,
Y lo que afirma mi labio
Sabrá mantener mi acero.
Ben. El mio os hará...
Juan. Callad.
Bien que su ciego furor
Ultraja á la majestad,
Es Gonzalo embajador:
Su título respetad.
De vuelta á Valladolid
Vos á la reina decid
Que la obediencia es su ley;
Mas entre tanto advertid
Que sois vasallo del rey.
G. Carv. Fuilo, y mas leal que vos:
Harto lo sabeis los dos;
Mas ya no, que el desdichad
Desde que sois su privado
Está maldito de Dios.
Sírvale el triste pechero:
Yo reclamo el libre fuero
Que patrias leyes me dan,
Y seguir la huella quiero
De Rodrigo y de Guzman.
No sufren tamaño ultraje
Los hombres de mi linaje.
A extraño reino me voy:
Decídselo, y desde hoy
Cesa mi pleito homenaje.
Juan. Direis á la reina viuda...
G. Carv. No. Vos hallareis sin duda
Otro á quien mejor le cuadre
Con flecha herir tan aguda
El corazon de una madre.
Juan. Pues ya en el número os cuento
De los Guzmanes y Cides,
El rey sabrá vuestro intento.
Aquí esperad un momento. —
Seguidme vos, Benavides.

ESCENA VII.

DON GONZALO CARVAJAL.

No, ya no es honra en Castilla
Vestir el pesado arnés,
Y con fatigas y sangre
Comprar bélico laurel
Para que un tirano impío
Lo aje y lo pise después.
Solo á tí, doña María,
Consagrara mi broquel
Hasta que esa turba infame
Fuese alfombra de tus piés;
Mas tú que de tantos héroes,
Bien que en misera viudez,
Eclipsaste la memoria
En el campo, en el dosel,

Hasta afirmar la diadema
De un hijo ingrato en la sien,
Hoy que eres sola infeliz,
Solo sabes ¡ser mujer!
¡Oh, dieras tú la señal,
Y cien caudillos y cien...!
Mas ¿qué veo? ¡Mis hermanos!
¡Oh Juan! ¡Pedro mio!

ESCENA VIII.

Los Tres CARVAJALES.

(*Se abrazan.*)

J. Carv. ¡Es él!
P. Carv. ¡Gonzalo!
J. Carv. ¡Dichoso instante!
¿Es posible que te ven
Mis ojos?
P. Carv. No te esperaba,
G. Carv. Como repentino fué
Mi viaje...
J. Carv. Lo hemos sabido
Por tu escudero Garcés,
Que á la puerta del alcázar
Guardando está tu corcel,
Y afanosos de abrazarte...
G. Carv. ¡Será la postrera vez!
P. Carv. ¡Qué dices!
G. Carv, Con fiero orgullo
Y con desvío cruel
El mensaje de María
Oyó de mi boca el rey.
Yo, que ni adulé jamás
Ni á reyes pedí merced,
De hinojos ¡mengua á mi nombre!
Por su madre le rogué;
Y la espalda me volvió
Con insolente desden;
¡Y escarnio fuí de juglares
Entre el polvo de sus piés!
J. Carv. ¡Eso hace el rey de Castilla
Con quien le ha servido fiel!
P. Carv. ¡Y á tránsfugas fementidos
Abandona su poder!
G. Carv. ¡Oh! Si de justa venganza
No ahogara mi honor la sed,
Yo al desenvuelto mancebo
Le enseñara á ser cortés;
Mas nunca fueron rebeldes
Caballeros de mi prez.
J. Carv. ¿Cuáles son pues tus intentos?
G. Carv. Acogiéndome á la ley,
De su servicio me aparto
Y de sus reinos tambien.
J. Carv. ¡Gonzalo!
G. Carv. ¿No lo áprobais?
J. Carv. Si es fuerza...
G. Carv. ¿Me seguireis?
En Aragon. en Navarra,
En el suelo portugués,
Donde quiera que el valor
Y la constancia y la fe
Se estimen algo hallaremos
Digna acogida los tres.
P. Carv. Yo te siguiera, Gonzalo,
Aunque en extraño bajel
Cual otro Guzman bogaras
A los desiertos de Fez;
Mas invencible pasion
Encadena aquí mis piés.
G. Carv. ¡Amor?...
J. Carv. Sí, y amor funeste
Que no ha de parar en bien.
G. Carv. ¿Indigno de tí?
P. Carv. Eso no,
Que es muy honesta mujer
Doña Sancha Benavides.
G. Carv. ¿Doña Sancha? ¡Qué escuché!
¡Y ahora mismo, aquí, su hermano
De entre esa cobarde grey
Alzó para mi la voz
Con temeraria altivez,
Y en los ojos y en la lengua
Mostró de su alma la hiel!
P. Carv. Centella ha sido mi amor
Que al soplo del interés
El odio, por mí olvidado,
Hizo en su alma renacer;
Pero este amor es mi vida.
Y en mi corazon juré
Alzar una ara de fuego
A doña Sancha; y a fuer
De caballero y soldado
Mi promesa cumpliré.
G. Carv. ¡Infeliz! Lástima tengo
De tu flaqueza. ¿No ves
Alzada ya contra tí
Aleve daga cruel?
P. Carv. No temas. Sancha me adora.
Si el yugo es fuerza romper
Del fiero hermano..., la fuga...
Acaso te seguiré
Pronto... ¿Adónde...?
G. Carv. A Portugal.
Queda tú á vela por él,
Amado Juan. Es muy mozo
Y tu apoyo ha menester.
Profeso y comendador
De Calatrava, ya sé
Que sin órden del maestre
De tu regla la estrechez

Te impide salir de Martos.
J. Carv. Al altar me consagré
Y, guerrero sacerdote,
Solo contra el moro infiel
Vibrar me es dado el acero
Acaudillando mi grey,
Gloria del santo Raimundo,
Noble rama del Cistér.
A las humanas pasiones
Mi pecho es férreo cancel,
Ni sé temer, ni envidiar,
Ni si en Castilla hay un rey,
Y á nadie llamo enemigo
Si de Cristo no lo es.
Pues tu partida es forzosa,
Favor el cielo te dé,
Y él á todos nos alumbre
Por el sendero del bien.
G. Carv. Pues delincuentes no somos,
Dios velará por los tres.
Idos ahora. Si juntos
En el alcázar nos ven,
¿Quién sabe si atroz calumnia...?
Aquí del que fué mi rey
La respuesta aguardo.
P. Carv. ¡Adios!
(*Abrazándole.*)
J. Carv. Gonzalo mio, deten
(*Lo mismo.*)
La ira si asoma al labio,
Pues indefenso te ves.
P. Carv. No. Yo á su lado...
G. Carv. Es inútil...
¿Quién sería osado, quién...?
¡Eh! No mas...
P. Carv. ¡Gonzalo!
J. Carv. ¡Hermano!
G. Carv. Yo me sabré contener.
Adios. Antes de partir
Os abrazaré otra vez.

ESCENA IX.

DON GONZALO CARVAJAL.

(*Empieza á oscurecer.*)

¡Pobres hermanos! Me han hecho
Llorar como una mujer...
No por mí, que á torpe yugo
Doblar el cuello no sé,
Y donde libre respiro
Mi patria está y mi placer.
¡Ay tristes de los que quedan
De un tirano á la merced!

ESCENA X.

DON GONZALO CARVAJAL, BENAVIDES.

Ben. El rey deciros me manda
Que sin pesar y sin ira
El homenaje os retira
Y accede á vuestra demanda.
Y con la ayuda de Dios
Venceré, ha dicho, al infiel
Sin vasallos como él.
G. Carv. Sí; los querrá como vos.
Ben. Para salir de esta villa
Tres dias de plazo os cuenta.
G. Carv. ¡Insigne favor! Cuarenta
Me da la ley de Castilla.
Mas vive el cielo que aun es
Dadivoso en demasía:
Decidle por vida mia
Que sobran dos de los tres.
Ben. Se holgará...
G. Carv. Y es largo espacio.
Partiré sin dilacion,
No infeste mi corazon
El aire de su palacio.
Fogoso alazan me espera.
Mañana en mejor asilo
Libre dormiré y tranquilo
Allende de la frontera;
Y aunque agraviado me alejo
No le ofenderé enemigo;
Que si ha menester castigo
En buenas manos le dejo.

ESCENA XI.

BENAVIDES.

Yo te diera el que mereces,
Mas ya que tú te lo impones
Con voluntario destierro,
Excusa mi saña el golpe.
¿Por qué tambien no te siguen
Tus hermanos y en la noche
Del olvido para siempre
No se sepulta su nombre?

ESCENA XII.

BENAVIDES, DON JUAN.

Juan. ¿Partió don Gonzalo?
Ben. Sí,

Lanzando injurias atroces
Contra vos, contra Fernando...
Juan. Dejadle que desahogue
Su rabia...
Ben. Mejor sería
Que los filos de un estoque
La atajasen.
Juan. ¡En Palacio!
Seria atentado enorme,
Peligroso... Huya en buen hora.
Al enemigo que corre,
Puente de plata. Si el centro
De la tierra no le esconde
No temais que mi venganza
Aunque tarde se malogre,
Que do quier sobran puñales
Cuando hay oro que los compre.
Ben. Poco importa que Gonzalo
Huya á extranjeras regiones
Si aquí en sus hermanos deja
Dos aceros vengadores.
Juan. Pues un Carvajal me insulta
No es mucho que yo los odie
A todos tres; pero á vos
Que los pasados rencores
Ya en halagüeña concordia
Trocado habiais, ¿de dónde
Os viene el nuevo furor
Que os inspiran esos hombres?
Ben. Mios son vuestros agravios.
Y á mi tambien los baldones
De Gonzalo...
Juan. Mas primero
Yo os oí contra el mas jóven
Acusaciones amargas,
Que por cierto no muy dócil
Escuchó el rey. Por ventura
¿Media algun lance de amores...?
Ben. Tal vez...
Juan. Amor en mi pecho
Embota ya los arpones;
Mas la venganza nos une,
Bien que por distinto móvil.
Si no quereis malograrla
Mas cauto sed en la córte.
Guardáos de dar consejos
A quien suspicaz los oye.
El rey es altivo, indómito,
Temerario, y otro norte
No le guia que el impulso
De sus vehementes pasiones.
Manejarlas á mi grado,
Sin mover otros resortes
Que la astucia y la lisonja,
Dorando los eslabones
De la invisible cadena
Que amarra su cuello indócil,
Hé aquí toda mi política.
Y cuando así no le dome,
¿Hay mas que soltar la rienda
Y que él mismo se desboque?
Así un dia su corona
Mi sien ceñirá, y entonces...

ESCENA XIII.

DON JUAN, BENAVIDES, LEIVA.

(*Es ya de noche. Criados de palacio iluminan la estancia.*)

Leiva. Tumultuosa conmocion
Reina en Martos. Los rumores
Del mensaje de María
Y de que el rey lo desoye
Han agitado los ánimos.
Cree el pueblo que en prisiones
Gime la madre del rey.
Mueran, grita, los traidores
Y viva doña María.
Juan. ¿Será cierto...?
Leiva. Ya las voces
Cerca suenan del alcázar.
Juan. Acudid, Leiva. Que doblen
Las guardias; que se guarnezcan
Las almenas de la torre...

ESCENA XIV.

DON JUAN, BENAVIDES, LEIVA, EL REY, CASTRO, CASTAÑEDA, CABALLEROS, SOLDADOS.

(*Oyese gritería de gente amotinada.*)

Rey. ¿Qué es esto, infante?
Juan. Señor...
Rey. ¿Por qué de improviso rompe
El freno de la obediencia
Ese pueblo y con atroces
Alaridos...? ¿No decíais
Que esos fieles moradores
Me adoraban? — Yo no gusto
De tales adoraciones.
Juan. Señor, mi sorpresa...
Rey. ¿Quién
Ha excitado ese desórden?
Juan. Los indicios... Mis sospechas...
Entre tanto pecho noble
Solo un Carvajal... Gonzalo...
Pueblo. ¡Mueran, mueran los traidores!
(*Dentro.*)

Leiva. Antes que el pueblo se alzara
De Martos salió á galope
Don Gonzalo. Yo le ví.
Juan. Mas sus hermanos feroces,
Bienquistos con esa plebe...
Rey. Basta: los aceros obren.
¿Qué sirven lenguas ahora?
Ben. Ballesteros, ricos-hombres,
Seguidme. Con su cabeza
Benavides os responde
Del triunfo.

ESCENA XV.

El REY, Don JUAN.

Pueblo. ¡Viva María! (*Dentro.*)
¡Mueran, mueran los traidores!
Rey. Morirán, sí; y á mis manos.
(*En acto de partir con la espada desnuda.*)
Juan. ¿Adónde, señor, adónde
Correis...?
Voces. ¡Viva el rey! (*Dentro.*)
Rey. Dejadme...
Juan. No os aventureis. La noche
Es oscura. Si á su sombra
Algun aleve... Ya se oye.
Mas apartado el motin. —
¡Vencimos! Mirad. Se rompen
(*Mirando por una ventana. El rey se acerca tambien á ella.*)
Los amotinados grupos. —
¿No veis cuál huyen veloces?
Voces. ¡Viva el rey! (*Mas cerca.*)
Rey. ¡Oh si en mis manos
(*Volviendo al proscenio.*)
Viese á los viles autores
De la horrible sedicion!
Yo les juro por mi nombre...

ESCENA XVI.

El REY, Don JUAN, CASTRO, LEIVA, CASTAÑEDA, Caballeros, Soldados.

Castro. El tumulto se ha deshecho.
Unos huyen á los montes,
Otros en la calle espiran
O á los hogares se acogen.
Mas quiere Dios que con sangre
Esclarecida se compre
La victoria. Benavides...
Rey. ¿Herido...?
Castro. ¡Muerto!
Juan. ¡Mi noble
Fiel amigo...! — Dadme albricias.
(*Aparte al rey.*)
Ya no hay hermano que estorbe.
Vuestra será doña Sancha.
Rey. Sus claras cenizas se honren
En suntuoso funeral,
Y los valientes le lloren;
Y pues huérfana ha quedado
Su hermana, daréla dote
Y mi pupila ha de ser. —
¿Se han hecho algunas prisiones?
Castro. A don Juan de Carvajal
Y á su hermano...
Rey. ¡Ah! Los traidores
¿Son ellos?
Castro. Entre los grupos
Los han preso y á dos hombres
Del pueblo...
Rey. Si fueren reos
No esperen que los perdone.
Juan. (Sí; reos serán. ¡Oh gozo!)
Rey. Que los lleven á la torre
De Palacio. Mi justicia
Ha de estremecer al orbe.

ACTO SEGUNDO.

Sala en la torre del palacio de Martos, inmediata á las prisiones. Puerta en el foro, que es la general de entrada; otra á la derecha del actor, por donde entran y salen el rey y el infante don Juan, y otra en frente de esta, que es la que guia á los calabozos, y al tribunal. A la parte exterior del foro se deja ver un centinela.

—

ESCENA PRIMERA.

Don JUAN, el Carcelero.

Juan. ¿Qué hace el juez?
Carc. Sin descansar
La pesquisa está formando.
Juan. ¿Van los presos declarando?
Carc. Pronto los van á llamar
Juan. Bien... Traedme (Es tiempo aun.)
A uno de aquellos dos hombres...
No recuerdo bien sus nombres.
Carc. Gil Pelaez y Fortun.
Juan. Sí. Cualquiera de los dos.

El otro vendrá después.
Carc. (¿Don Juan pone aquí los piés?
No es para servir á Dios.)

ESCENA II.

Don JUAN.

¡Tal virtud en baja plebe!
A precio pongo sus cuellos,
Y á declarar contra ellos
Solo un testigo se atreve.
Mas con un solo testigo
Condenar no puede el juez.
Esos villanos tal vez
Por evitar el castigo...

ESCENA III.

Don JUAN, PELAEZ.

(*El carcelero conduce á Pelaez, y se retira.*)

Pel. Me envía aquí el carcelero...
Juan. ¿Cómo te llamas, buen hombre?
Pel. Gil Pelaez es mi nombre.
Juan. ¿Y tu oficio?
Pel. Soy herrero.
Juan. ¿Qué tal lo pasas en él?
Pel. Perramente. El triste pan
Apenas gano, don Juan,
Y echo en la fragua la hiel.
Juan. Aun por eso no es extraño
Que aprendas otro mejor.
Pel. ¿Cuál?
Juan. El de conspirador.
Pel. Ese es el que medra ogaño.
Vos de alta sangre real
Sabeis todo eso al dedillo.
Juan. ¡Villano! ¿Tú...?
Pel. Soy sencillo
Y no lo digo por mal.
Juan. Y perdono á tu ignorancia.
Pel. Señor...
Juan. Y á piedad me mueve
Tu pena. Nunca á la plebe
Traté yo con arrogancia.
Pel. Con que ¿os doleis de mis males?
Juan. Y libertarte procuro.
Pel. ¿Cierto?
Juan. Sirvan de seguro
(*Sacando una bolsa.*)
Estos doscientos mercale
Pel. Dadme...
Juan. Paso. No hay presente
Si no lo ganas primero.
Pel. ¿Qué me mandais?
Juan. Solo quiero...
Que sepas ser inocente.
Pel. Yo, señor, de buena fe
En la zambra me metí.
A los del barrio seguí:
Gritaron, y yo grité.
Juan. Mas al sedicioso enjambre
Te condujo...
Pel. Fué mi guía
Mi amor á doña María
Exaltado por el hambre.
Juan. Si esa sola confesion
Oye de tu boca el juez
No logras por esta vez
Ni dinero ni perdon.
Pel. Pues ¿qué haré?
Juan. Toda la historia
Referir...
Pel. (Ya te comprendo.)
Idmela vos refiriendo,
Que soy flaco de memoria.
Juan. ¿No os dijo anoche un compadre
Que aquel insulto á la ley
Fué por destronar al rey
Dando el gobierno á su madre?
Pel. Es verdad. (No lo sabía.)
Juan. De ese crímen en descargo,
Vos ignorais sin embargo
Que es crímen de alevosía.
Pel. ¿Y si me ahorcan, señor,
Aunque ignorante haya sido?
Juan. Se perdona al seducido
Y se castiga al motor.
Pel. ¿Al motor decis? Pues bien;
Para hacer aquel entuerto
Yo fuí seducido; es cierto. —
Ahora vos direis por quién.
Juan. ¡Qué memoria tan fatal!
¿Quién pudo armar vuestras manos
Sino los viles hermanos
Juan y Pedro Carvajal?
Pel. (¡Qué infante tan embustero
Mas su oro...) Teneis razon:
Ellos los traidores son.
Mi conciencia es lo primero.
Juan. Y acaso por sus ardides
Feneció... ¿Sabes por suerte
O viste tú quien dió muerte
A don Juan de Benavides?
Pel. Un Carvajal; mas por Dios
Que hoy no puedo recordar
Si Pedro ó Juan...

Juan. Por no errar...
Pel. Sí; le mataron los dos.
Carl. Pelaez. (*A la puerta.*)
Juan. Ya el tribunal
Te llama.
Pel. De su balanza
Dueño sois, que es mi fianza
Una bolsa. (*La toma.*)
Juan. Y un puñal.
(*Requiere el que lleva al pecho.*)
Pel. No hay para qué. Tengo honor
Y vuestra duda me ultraja.
Juan. (¡El Pelaez es alhaja!)
Pel. (¡El infante es de mi flor!)

ESCENA IV.

Don JUAN, FORTUN.

(*El carcelero conduce á Fortun, y se retira.*)

Fort. ¿Sois vos quien llama á Fortun?
Juan. Sí; y á sacarte me ofrezco
De la cárcel...
Fort. Lo agradezco.
Juan. Si me sirves...
Fort. ¿Yo? Segun.
Juan. Violando anoche la ley
Sé que obraste sin malicia.
Fort. Señor, quien pide justicia
Ni á Dios ofende ni al rey.
Juan. Con máscara de lealtad
De un seductor el influjo...
Fort. A mí nadie me sedujo.
Libre fué mi voluntad.
Juan. Falso celo te engañó...
Fort. Yo sé bien, aunque villano,
Tan bien como un cortesano,
Lo que es bueno y lo que no.
Juan. Fiar suele el hombre bueno
Del que virtudes le miente;
Presume obrar libremente,
Y obra por impulso ajeno.
¡Cuántos pasan por leales
Y en su alma está la traicion!
Fort. Eso es verdad.
Juan. Tales son
Los hermanos Carvajales.
Fort. Quien así los injurió
Miente: decídselo así.
Si hay algun Judas aquí,
No es de su linaje, no.
Juan. Autores son del insulto
Que anoche...
Fort. Es calumnia atroz.
Antes su espada y su voz
Atajaron el tumulto.
Juan. Convictos los dos están.
Si los defiendes aun,
Tú eres perdido, Fortun,
Y ellos no se salvarán.
Fort. ¿Yo de falso testimonio
Reo vil? Si al cielo plugo,
El cuello daré al verdugo,
Pero no el alma al demonio.
El pueblo que hambriento gime
No ha menester consejeros
Para demandar sus fueros
Al tirano que le oprime.
Los que á lágrimas sin fin
Para saciar su ambicion
Le condenan, esos son
Los autores del motin.
Ni el pueblo, si en fiero bando
Contra los traidores grita,
Su cetro heredado quita
Al nieto de san Fernando.
Justicia, señor, implora,
Pues por ella paga pechos,
Y vuelve por los derechos
De una reina á quien adora.
Es ya, mas que torpe yerro,
Crímen que pide venganza
Que esté don Juan en privanza
Y ella en injusto destierro.
Juan. Don Juan tan solo desea...
Fort. Nunca la cara le ví,
Pero tengo para mí
Que debe de ser muy fea.
Juan. ¡Audaz villano!...
Fort. Si vos
Su amigo sois por desgracia,
Decidle con eficacia
Que tenga temor de Dios.
Decidle al rey que no impío
Al rey de reyes enoje,
Y que de su lado arroje
A ese condenado tio.
Y al error y al frenesí
La voz de la sangre venza;
Que es una mala vergüenza
Tratar á su madre así.
Juan. Basta. En fin, ¿quieres perderte?
Adios, imprudente mozo.
Fort. Ni me aflige el calabozo
Ni me acobarda la muerte.
Juan. Ya que en la horca no mueras
Si de tí se apiada el juez,
Por diez años y otros diez
Remarás en las galeras.
Fort. Navegaré sin escote,

Que el rey me lo pagará;
Y acaso el juez temblará
Mientras ria el galeote.
Carc. Fortun. (*A la puerta.*)
Juan. ¡El cielo te asista!
Pero haces mal, por mi fe...
Fort. Ya he dicho á vuesamercé
Que á mí nadie me conquista.
Ni el oro me hará mentir,
Pues que Dios me quiso dar
Brazos para trabajar
Y valor para morir.

ESCENA V.

DON JUAN.

¡Qué teson tiene el villano!
Mas con Pelaez y el otro
Me basta, y aun ambos sobran,
Pues cuento con el enojo
Del rey. Él se precipita
Y yo mi venganza logro.

ESCENA VI.

DON JUAN, EL REY.

Rey. ¡Que no se alcanzó á Gonzalo!
Juan. Es un águila su potro.
Rey. ¡Ay de él si á pisar se atreve
Otra vez mi territorio!
Mas ya que rehenes me deja
No se me dilate el gozo
De la venganza. ¿En qué estado
Se halla la causa?
Juan. Muy pronto
La terminará el merino,
Y como el crímen supongo
Comprobado...
Rey. Si lo está,
¿Qué hace ese juez? ¿Es de plomo?
Urge el dar un escarmiento
A mi pueblo, y es forzoso...

ESCENA VII.

EL REY, DON JUAN, LEIVA.

Leiva. Señor...
Rey. Entrad.
Leiva. Ya se alojan
En Martos y sus contornos
Las lanzas que de Jaen
Envia Rodrigo Osorio,
Y del terror dominada
Yace la villa en reposo.
Mas, no os lo debo ocultar,
Si el cielo oyera sus votos
Libres los dos Carvajales
Saldrian del calabozo.
Rey. ¿Tan queridos son en Martos?
Leiva. No os debe causar asombro.
Esta villa es de la órden
De Calatrava: uno y otro
Visten su hábito...
Rey. ¿Qué importa?
Mas poder tiene mi trono
Que esa cogulla insolente.
Juan. El maestre acosa al moro
Con su hueste: solo quedan
Los ancianos y achacosos
En la encomienda, y si el fallo
Se apresura...
Leiva. Fuerte escollo
Contrariar puede ese intento
Si, como yo lo supongo,
Rehusan los Carvajales
Ser juzgados por el foro
Civil. Calatravos son,
Y solo los religiosos
Del órden...
Juan. Se les acusa
De sedicion y soborno,
Y de homicidio á las puertas
Del alcázar. No conozco
Cuando se juzga á traidores
Otro fuero que el del solio.
Rey, Si á mi poder soberano
Se atreviese á poner coto
El órden de Calatrava,
Yo de ese importuno estorbo
Me sabría libertar;
Que mas fuertes y orgullosos
Fueron ayer los templarios
Y yacen hoy en el polvo.

ESCENA VIII.

EL REY, DON JUAN, LEIVA, EL MERINO MAYOR.

Mer. Los Carvajales, señor,
Escudados con sus votos
Y exenciones, se oponían

A declarar, testimonio
Pidiendo de lo que llaman
Incompetencia, despojo
De jurisdiccion... No en vano
Vuestro nombre en fin invoco,
Y compelidos por mí
Protestan que del trastorno
De anoche son inocentes;
Que antes con lealtad y arrojo
Entrambos lo contuvieron;
Que ellos á don Juan Alfonso
Benavides no mataron;
Y aunque era muy justo el odio
Que le tenian, le hubieran
Combatido rostro á rostro,
A la luz del medio dia,
Sin ventaja, sin desdoro
De su fama; no de noche
Cual sicarios alevosos.

Rey. ¿Qué declaran los testigos?

Mer. A serlo se niegan todos,
Por temor de que los juzguen
Cómplices del alboroto;
Mas de tres que han declarado,
Dos los acusan; el otro...

Rey. Basta.

Mer. Siguiendo del juicio
Los trámites...

Rey. Son ociosos.
El delito está probado:
La majestad de mi trono
Fué hollada; corrió la sangre
De un vasallo generoso;
Tal vez peligró la mia...
Haced, merino, que pronto
La mi córte se reuna.
Luego á presidirla corro,
Y desde el fallo á la pena
Solo un breve plazo otorgo.

ESCENA IX.

EL REY, DON JUAN, LEIVA.

Leiva. (¡Desventurados amigos!
No puedo daros socorro.)

ESCENA X.

EL REY, DON JUAN, LEIVA, CASTRO.

Castro. Señor, hablaros desea
Una dama...

Rey. ¿Quién...?

Castro. Lo ignoro.
Calla, y el rostro velado...

Rey. ¿Si será...? Dejadme solo.

ESCENA XI.

EL REY, DOÑA SANCHA.

Sancha. A vuestros piés...

Rey. Tened, que la corona
No me excusa el deber de caballero.
Yo, á quien rinden sumiso vasallaje
Tanta y tanta provincia, á la hermosura
Me gozo en tributar grato homenaje.
Alzad, señora, el envidioso velo.
No negueis á mis ojos la ventura
De contemplar sin nube ese cielo.

Sancha. Miradme. Sancha soy.

Rey. No en vano el alma.
Me le anunció desde que al eco blando
De vuestra dulce voz perdió la calma.

Sancha. Las lisonjas dejad, rey don Fernando;
Que si nunca me engríe su tributo,
Hoy es ultraje á mi horfandad llorosa,
Hoy es escarnio á mi infelice luto.

Rey. El labio á su pesar... Perdon, hermosa,
Cuando anegado en lágrimas el rostro
Y herido el corazon de dardo aleve
La sangre me pedís de vuestro hermano,
Callar sus votos el amante debe
Y su imperio ostentar el soberano.
Ora halagueis con plácida esperanza
Mi ardiente amor ó le esquiveis impía,
No llorareis, lo juro, sin venganza.

Sancha. ¡Venganza! ¡Ah! No la pide mi amargura.
Justicia sí.

Rey. No viola la justicia
El que venga á las leyes. Si sangriento
Como lo fué la culpa es el castigo
El nombre que le diéreis poco importa.
Justa es el hacha si los brazos corta
Que osaron desnudar viles puñales,
Y con su sangre vengarán la vuestra
En justa expiacion los Carvajales.

Sancha. Maldigo con horror al alevoso
Que dió la muerte á mi infeliz hermano,
Pues abrigó á los dos un seno mismo,
Bien que fué para mí crudo tirano.
Mas ni al sagrado altar de la justicia,
Ni á mi acerbo dolor fuera consuelo
De sangre no culpada el sacrificio.

Delincuentes no son los Carvajales
Por mas que la calumnia bajo el velo
De lealtad oficiosa los denuncie.
Yo lo juro, señor, lo juro al cielo.

Rey. ¡Qué escucho! ¡Doña Sancha los defiende!

Sancha. Doña Sancha defiende á la inocencia.
Mal que le pese á la cobarde envidia,
Jamás en tan hidalgos corazones
Cupieron la vileza y la perfidia.
Sita mi reja en frente del alcázar,
Desde ella ví la dolorosa escena;
Y ya mi hermano el ay de la agonía
Lanzaba ¡oh Dios! en la sangrienta arena
Cuando los dos valientes caballeros
Paz gritando á la ciega muchedumbre
En medio se arrojaron del tumulto,
Que tal vez á su ruego se deshizo.
Si no es verdad, persígame insepulto
De mi hermano el espectro noche y dia.

Rey. Vos ignorais tal vez que don Gonzalo
Poco antes de su rey se despedía
En guisa de rebelde y con sañudo,
Provocador talante, que á fe mia
Me inspiró menos ira que desprecio;
Que no alcanza á turbar mi augusta frente
La estéril rabia del orgullo necio.

Sancha. Si fué Gonzalo audaz, si fué imprudente
¿Han de sufrir la pena sus hermanos?
Don Pedro Carvajal es inocente. —
Los dos : tambien don Juan.

Rey. Mas de una causa
Muéveme á reputarlos enemigos.
Presos en la asonada entrambos fueron
Y acordes los acusan dos testigos.

Sancha. Mienten. El oro vil compró su lengua.
¿No merece mas crédito la mia?
¿Tanta sería mi maldad, mi mengua,
Que de mi sangre misma á los verdugos
Yo osara defender?

Rey. Y alma de tigre
Tendría el juez que condenar pudiera
A quien vos defendeis.

Sancha. ¡Qué escucho! ¡Oh gozo!
¿Será..? ¿Serán absueltos? ¡Infelices!
Si, saldrán del oscuro calabozo
Donde gime aherrojada su inocencia,
Y ambos bendecirán, y yo con ellos
Bendeciré, señor, vuestra justicia.
¿Callais? ¡Ah! No os agravie mi impaciencia.
Decid : « Yo los absuelvo; sean libres, »
O si aun dudais, desde el excelso trono
Suene la grata voz de la clemencia.
Decid, señor, decid : « Yo los perdono. »

Rey. ¡Oh Sancha, Sancha!... El corazon te vende.
No inspiran la piedad ni la justicia
Esa ardiente elocuencia, ese abandono.
Solo el amor, y amor profundo, ciego
Habla... y delira así; y el llanto, el ruego
Disfraza en vano el labio temeroso
Cuando el silencio mismo nos delata,
Y amor asoma al párpado lloroso,
Y el rubor de la frente lo retrata.

Sancha. Bien decís : si mi rostro lo descubre,
Si mi amor es legítimo, inocente,
¿A qué negarlo? Sí; yo amo á don Pedro.
O ha de callar mi lengua, ó nunca miente.

Rey. ¡Vos á don Pedro amais!

Sancha. Feliz le amaba.
¿Quereis que en la desgracia le abandone?

Rey. ¡Oh furor!

Sancha. Os irrito cuando callo;
Si hablo os irrito mas. — ¡Ay de mí triste!
Por la vuestra juzgad si un alma tierna
A la pasion fatídica resiste
En que cifra su bien. ¡Ay! En mal hora
Contemplaron amantes vuestros ojos
A esta infeliz...

Rey. Y en hora mas aciaga
Encona de mi pecho la honda llaga
La dicha de un rival á quien detesto
Aun mas que os amo á vos; rival funesto
Que de la sangre ahoga el grito santo
En vuestro corazon. Vos, que sin llanto
Veis de un hermano la horrorosa herida,
¡Llorais de amor indigno poseida
Y el alma os cubre de mortal espanto
El peligro del bárbaro homicida!

Sancha. ¡Faltaba entre los viles detractores
La bastarda ojeriza de los zelos,
Linaje ruin de impúdicos amores!
¿No caben dos afectos por ventura
Dentro de un corazon? Lloro al hermano
Y Dios ve mi dolor y mi amargura;
¿Mas le habré de inmolar al fiel amante
Porque ose denigrarle la impostura?
Si deberes la sangre nos recuerda,
Tambien el corazon tiene sus leyes,
Y á contrastar su imperio no es bastante
El tirano capricho de los reyes.

Rey. ¡Fatal imperio que á la incauta lengua
Tales acentos deslumbrado inspira.
¡Creed al corazon, desventurada,
Que en vez de mitigar mi justa ira
Enardecerla mas ciego os ordena

Sancha. ¡Señor!... ¿Qué he dicho...?
¡Ay Dios! Si me enajena
El dolor que me oprime, sed piadoso,
Y no un amante... á mi pesar quejoso;
Oigame en vos un rey justo y clemente;
Oigame un caballero generoso.
Rey. Vos, oh Sancha, que sois tan indulgente
Con vuestro corazon, pensad os ruego,
Que es vano empeño y loco desvarío
Lo que al vuestro negais pedir al mio.
Oidme y resolved. Si en vuestro labio
Halaga á mi pasion dulce esperanza,
De las leyes el justo desagravio
Yo á vuestros piés sacrificar prometo,
Y mi orgullo y mi encono y mi venganza.
Mas que el amor con halagüeños lazos
Os una á mi rival aborrecido
Y me escarnezca luego en vuestros brazos,
¡No lo espereis de mí! Vivo, en buen hora:
Vuestro, jamás. Hasta espirar el dia
Su juez sereis. Si es grande el sacrificio
No es leve el don. — Mi dicha... ó su suplicio.

ESCENA XII.

Doña SANCHA.

¡Cruel! No hay dicha para ti en el mundo
Si la esperas de Sancha. Y cuando fuera
Tanta mi mengua que á tu vil deseo
Mi acrisolado honor prostituyera,
Jamás la vida á precio tan infame
Comprara Carvajal. ¡Oh, dueño mio!
¡Antes mil veces la segur derrame
Tu ilustre sangre, y en tu mármol frio
Yo fallezca de amor y de despecho!
Que tú tambien en mi angustiado pecho
Antes quisieras ver punzante daga
Que de antojo brutal la torpe huella
En mi llorosa faz. ¡Ay trance amargo!
¡Ay desdichada la que nace bella!
No temas, no. Si mi dolor inmenso
No me afea á los ojos del tirano,
Yo mi cabello mesaré furiosa
Y este rostro ajará mi propia mano.
Solo á tus ojos parecer hermosa
Pudiérame halagar, ¡y ya en tus ojos
No me puedo mirar embelesada! —
¿Quién abrirá á mi llanto esos cerrojos?
¡Oh si al menos mi boca enamorada
El postrimer adios pudiera darte! —
Mas una idea... Sí... No desespero.
¡Oh amor! protege mi inocente engaño.
Probemos... ¡Ah de casa! ¡Carcelero!

ESCENA XIII.

Doña SANCHA, el Carcelero.

Carc. ¿Quién llama?
Sancha. ¿Me conoceis?
Carc. Sí. ¿No sois la hermana vos
Del difunto Benavides?
Sancha. Bien lo muestra mi dolor.
Afan de justa venganza
Me conduce á esta mansion.
Sé que ha sido un Carvajal
El asesino feroz,
Mas como el crímen horrendo
Niegan tenaces los dos,
Mi labio ignora á quién debe
Fulminar su maldicion.
En esta estancia no ha mucho
El rey mis quejas oyó.
Vos lo sabeis.
Carc. A mi oido
Llegó el eco de su voz.
Sancha. (¡Cielo!) ¿Oísteis...?
Carc. No, señora,
Quel el respeto me alejó,
Y á fuer de buen carcelero
Ciego y sordo-mudo soy.
Sancha. Yo á los presos he de ver.
Así su propio terror
Descubrirá al delincuente.
Carc. Señora...
Sancha. El rey lo mandó.
Carc. Créolo así; pero... á solas...
Sancha. ¿Temes? Armada no estoy
De puñal, ni me vengara
Con él; que es sobrado honor
Para un asesino infame.
Carc. (Esta mujer es atroz.)
Pues sois la parte contraria,
Y hay guarda, y vigilo yo,
Y el rey lo ordena, no hay riesgo...
Sancha. ¡Andad!...
Carc. A traerlos voy;
Pero ved que al fin son prójimos.
Tened de ellos compasion.

ESCENA XIV.

Doña SANCHA.

¡Bien haya un hombre tan necio
Que no advierte cuánto son
Forzados en lengua amante
Los acentos del rencor!

ESCENA XV.

Doña SANCHA, Don PEDRO CARVAJAL, Don JUAN CARVAJAL.

(*Don Juan Carvajal se sienta retirado y medita.*)

P. Carv. ¡Qué veo! ¡Sancha! ¡Es posible...!
Sancha. Deteneos...
P. Carv. ¡Grato don
De los cielos! ¡Sancha mia!
Sancha. Bajad, don Pedro, la voz.
(*Se acerca á la puerta de las prisiones y mira.*)
P. Carv. Nadie nos oye. ¿Qué objeto
Te conduce á mi prision?
Sancha. Ya el carcelero se aleja. —
¿Quién, Pedro, sino el amor
Me trajera aquí?
P. Carv. ¡Bien mio!
(*Se abrazan.*)
¿Es cierto, ó soñando estoy?
¡Tú en mis brazos! Luz divina
Disipa el lóbrego horror
De mi cárcel, y en tí veo
El ángel de redencion.
Sancha. ¡Ay, Pedro!
P. Carv. ¡Qué! ¿Ya no queda
Esperanza?
Sancha. ¡Solo en Dios!
P. Carv. ¿Todos nos culpan? ¿No hay ya
Justicia en la tierra?
Sancha. ¡No!
Testigos para acusaros
Compra el oro corruptor.
Si álguien osa defenderos,
Segura es su perdicion.
Y cuando el juez es verdugo,
¿Cómo aplacar su rigor?
P. Carv. Si el rey...
Sancha. Postrada á sus piés
Con elocuente afliccion
Defendí vuestra inocencia...
Y su pecho se apiadó.
P. Carv. ¿Cómo pues...?
Sancha. Mas ¡qué piedad!
P. Carv. ¡Sancha!
Sancha. La muerte es mejor.
P. Carv. ¿Qué escucho?
Sancha. Pone en mis manos
Tu suplicio ó tu perdon.
P. Carv. ¿Y tu respuesta...?
Sancha. ¡Oh Dios mio!
Nunca fué tanto mi amor;
Mas él te ofrece la vida...
¡Y yo la muerte te doy!
P. Carv. Tiemblo de oirte.
Sancha. El secreto
De mi alma sorprendió,
Y este amor que era tu gloria
Tu mayor delito es hoy.
P. Carv. ¡Desventurado de mí!
Acaba. ¿Y su labio osó...?
Sancha. ¡Pacto infame! No mi lengua;
Dígatelo mi rubor.
P. Carv. ¿Y no hay rayos en el cielo!
J. Carv. No acuses, blasfemo, á Dios.
(*Se levanta.*)
P. Carv. ¡Triunfa ese monstruo execrable
Que el negro abismo abortó,
Triunfa, y la muerte ó la infamia
Nos reserva su furor;
¿Y no he de quejarme al cielo?
¡Ah! No hay en mi corazon
Tanta virtud.
J. Carv. Los arcanos
Respeta del Criador.
¡Feliz quien se alza inocente
A la celeste region
Y se sienta entre los ángeles
Como Abel y como Job!
Muere sereno y no envidies
El triunfo del pecador.
¿Qué es una vida acosada
De remordimiento atroz?
Vuela y le aguarda en la tumba
Eterna condenacion.
Sancha. Piensa, mi bien, que muriendo
Salvas tu fama y mi honor.
J. Carv. ¿Ves? Débil mujer alienta
Al esforzado varon.
Sancha. (¡Ah! ¡Yo serena me finjo
Y muerta de pena estoy!)
No es tanta de nuestra estrella
La cruel persecucion,
Pues abrazados podemos
Darnos el último á Dios.
(*Se abrazan.*)
P. Carv. Sancha, esa dulce ternura

Roba á mi pecho el valor
Para morir. ¡Ser amado,
Reinar en tu corazon.
Nutrir risueña esperanza,
Y verla agostada en flor!

Sancha. ¡Ah! No morirás tú solo;
Que yo de mármol no soy.
La tumba nos unirá
Ya que los altares no.

P. Carv. ¡Cuán cariñosa y cuán bella!
Mírame así, dulce amor;
Roba su presa al verdugo
¡Y muera en tus brazos yo!

J. Carv. ¡Apartad, desventurados!
(*Los separa, y queda entre los dos.*)
No ofendais al Redentor.
Desterrad de vuestro pecho
Toda humana sensacion;
¡Que el trance final se acerca
Y el tiempo corre veloz!

P. Carv. Mi amor es cándido, es puro,
Que su virtud lo inspiró.
Pues para amarnos nacimos,
Y somos libres, y voy
A morir ¿quién mis halagos
Culpará...?

J. Carv. La religion.
Apartáos, yo os lo ordeno;
Yo, ministro del Señor.

P. Carv. ¡Oh!... Tú me acuerdas un bien
Que en mi horrible situacion
Ya no esperaba. Señora,
Vos me amais; yo os amo á vos...
Hé aquí mi mano. El que ahora
Os la ofrece en la prision
Os la ofreciera lo mismo
Cumpliendo lo que juró
Si daros pudiera en arras
Todo el imperio español.

Sancha. Yo sé despreciar grandezas,
Que me basta un corazon.—
Pobre preso, he aquí la mia.
(*Tendiendo la mano.*)
Con orgullo te la doy.

P. Carv. ¡Sacerdote! Todo es templo
(*A su hermano.*)
Cuando se alza el alma á Dios.
El caballero se humilla:
Bendiga el comendador.
(*Don Pedro Carvajal y doña Sancha se arrodillan.*)

J. Carv. Si Dios permite benigno
Que de infame delacion
Triunfe Pedro y libre vuelva
A gozar la luz del sol,
¿Seréisle fiel, doña Sancha?

Sancha. ¡Oh, sí! Eternamente.

J. Carv. ¿Y vos
De caballero y cristiano
Cumplireis la obligacion?

P. Carv. Siempre.

J. Carv. En nombre del Eterno
Justo, omnipotente Dios,
Yo vuestros votos acojo.
Recibid mi bendicion.
Si aquel que con soplo leve
Hizo polvo á Jericó
Del impío rey nos libra
Y el juez prevaricador,
Bendecidle luengos años
En casta y plácida union;
Mas si una precaria vida
Nos demanda el Salvador,
Cumplamos su voluntad
Como el padre de Jacob.
Y vosotros, ofrecedle
Con pía resignacion
La suspirada ventura
Que os roba muerte precoz.
Mayor será vuestra dicha
En otra vida mejor.

ESCENA XVI.

DOÑA SANCHA, DON JUAN CARVAJAL, DON PEDRO CARVAJAL, EL CARCELERO.

(*Llega el carcelero sin ser visto por los demás interlocutores y, como dominado por el prestigio del acto que presencia, se arrodilla tambien. Don Juan Carvajal prosigue.*)

J. Carv. De ese humano sacrificio
Dios os dará el galardon,
Y en aquel glorioso eden
Que á los justos reservó
Flores de eternal aroma
Brotarán para los dos.—
Alzad.
(*Don Pedro Carvajal y doña Sancha se levantan y se abrazan.*)

Sancha. ¡Bien mio!

Carc. ¡Qué escucho!
(*Levantándose.*)

P. Carv. ¡Esposa mia!

Carc. ¡Traicion!
¡Engañarme así...!
(*Los separa.*)
¡Apartad!

P. Carv. ¡Un momento!

Sancha. ¡Por favor...

Carc. No hay favor.
P. Carc. ¡Adios!
Carc. Ya basta.
Sancha. ¡Adios!
Carc. ¡Ea, á la prision!
J. Carv. Ya obedecemos. — ¡No mas!
P. Carv. ¡Amargo instante!
Sancha. ¡Oh dolor!
Carc. (¡Pobrecillos!...) Acabemos.
(*Medio enternecido.*)
Entrad presto. — Salid vos.
(*Separándolos con violencia.*)

ACTO TERCERO.

El teatro representa una parte de la villa de Martos, situada en anfiteatro sobre una alta colina. A la izquierda del actor habrá una quinta de arquitectura árabe con emparrado, naranjos y macetas de flores á la entrada. Sobre este edificio, que sera de un solo cuerpo, habra una azotea. En lo mas alto del cerro se elevara hacia la derecha un áspero y desnudo risco, en cuya cima habra una meseta y sobre ella un castillo con puerta que á su tiempo ha de abrirse. Habra tambien una loma transitable entre la villa y la fortaleza.

ESCENA PRIMERA.

El REY, CASTRO.

(*Aparece el rey voluptuosamente reclinado sobre un escaño de junco bajo el emparrado y entre las flores y frutales que adornan la entrada de la quinta. Castro en pié á su lado.*)

Rey. Deliciosa quinta es esta
Los monarcas del oriente
Saben serlo; que no hay gloria
Como nadar en placeres.
Buen alarbe que plantaste
Estos amenos verjeles,
Si yaces en torno mio
Bajo algun florido césped,
Séate ligera mi planta;
Que aunque austera me lo vede
Mas estrecha religion,
Yo tambien, nieto de reyes,
Perdidas cuento las horas
Que no hermosea el deleite.
Castro. Por cierto que vuestro hermano
En el cerco de Alcaudete,
Entre cascos y ballestas
No tendrá tan buen albergue.
Rey. La esperanza de vencer
Le consolará. Es valiente.
Yo tambien de tal blasono;
Mas acaudille mis huestes
En buen hora; que es locura
Arrostrar soles y nieves
Por ganar, Castro, una villa
El que tantas villas tiene.
Me hallo bien entre las rosas
Y no envidio sus laureles.
Castro. Solo faltaba, señor,
A vuestra dicha que fuese
Menos vana y desdeñosa
Doña Sancha.
Rey. Está rebelde;
Mas no pierdo la esperanza,
Que el tiempo todo lo vence.
Castro. Olvidadla. Mil bellezas
Ansiarán lo que ella pierde;
Que los reyes son contados
Y sin cuento las mujeres.
Rey. Nacen todas caprichosas,
Mas Sancha á todas excede.
¡Desprecia al rey de Castilla
Por un condenado á muerte!
Confieso que al declararlo
Su boca, como un demente
Me enfurecí; mas la calma
Otra vez al seno vuelve;
Que si de un placer me priva,
Otro mas dulce me ofrece:
La venganza.
Castro. Aun no ha vencido.
Fiad en su sexo débil.
Si ama á Carvajal, acaso
Cuando el momento se acerque
Del suplicio...
Rey. No está lejos.
Pero ¿qué hace que no viene
Mi caro tio?
Castro. Sin duda
Temeroso de la plebe
Dictando está precauciones...
Rey. ¿Qué concepto te merece
Mi tio?
Castro. Señor...
Rey. ¿Te turbas?
Hablar sin recelo puedes.
Castro. Pues le dais vuestra confianza,
Digno de ella me parece.
Rey. ¡Lindamente! ¿Y qué dirias
Si de mi gracia cayese?
Castro. Señor...
Rey. ¡Señor!... Yo no gusto

De aduladores; ¿entiendes?
¡Que nunca se libre un rey
De esa maldecida peste!
Si te precias de sincero,
Di que es don Juan un aleve,
Un traidor, un ambicioso;
Di que España le aborrece
Como le aborrezco yo;
Di que me afrenta y me vende.
Castro. (¡Hoy la toma con don Juan?
Seguiremos la corriente.)
Pues quereis, señor, que os diga
La verdad, mucho se duelen
Vuestros súbditos leales
De que las riendas se entreguen
Del Estado á un hombre odioso,
Indigno de su progenie
Excelsa, y cuya maldad
Ya es proverbio entre las gentes.
Rey. Es un perverso.
Castro. Un hipócrita.
Rey. Escrita lleva en la frente
La perfidia y la bajeza.
Castro. Rastrero y vil con el fuerte,
Tirano con el humilde,
Y si la fama no miente,
(Perdone el señor don Juan)
Tiene sus puntas de hereje.
Rey. Yo mi privanza le dí
Mancebo inexperto y débil.
Sus lisonjas me engañaron,
Mas no tardé en conocerle.
Si aun sufro y el pié no pongo
Sobre su cuello insolente,
Temor del poder inmenso
Que ha usurpado me detiene;
Que ese infame, aunque rubor
El confesarlo me cueste,
Mas que yo manda en Castilla.
Mas dia vendrá en que truene
Mi reprimido furor
Y él caiga y Castilla tiemble.
Castro. (Si así pierde su privanza,
No sea yo quien la herede!)
(*Suena un atabal.*)
Rey. ¿Qué atabal...?
Castro. El pregonero,
Que recorre los cuarteles
Anunciando la sentencia...
Rey. Así será mas solemne.

Pregon. (*Gritando dentro.*) El rey, y en su real nombre el su merino mayor: Visto el juicio formado contra los hermanos don Juan y don Pedro Carvajal, acusados y convictos del crímen de alevosía y traicion y homicidio violento, los condena á ser arrojados por mano del verdugo de lo alto de la peña de esta villa de Martos para escarmiento de traidores.
(*Suena otra vez el atabal.*)

Rey. ¿Y cómo el terrible fallo
Oyeron los delincuentes?
Castro. Con noble serenidad.
Rey. Sus almas son de buen temple;
Y me huelgo de saber
Que como soldados mueren.
(*Corónanse de soldados las almenas del castillo. Un oficial distribuye otros por la loma que conduce de la villa á la peña. Otro coloca tambien centinelas en varios puntos para tener en respeto al pueblo, que saliendo de la villa va ocupando el cerro.*)

ESCENA II.

EL REY, CASTRO, SOLDADOS, PUEBLO.

Castro. Ya los arqueros asoman
Por las almenas del fuerte.
Rey. Y el populacho curioso
Por la colina se tiende.
Castro. ¡Que siempre atraigan al vulgo
Espectáculos crueles!
Miradlos. Con menos ansia
Asistieran á un banquete.
Rey. ¡Singular pasion! Y acaso
A los reos compadecen
Y si librarlos pudieran...
Castro. No haya miedo que lo intenten,
Que está el cerro bien guardado
Y hay cuatrocientos ginetes
Entre la plaza y la vega.
(*Sordo rumor y continuo movimiento de la muchedumbre de ambos sexos y de todas edades que pugna por cojer puesto. Los soldados los desvian con aspereza, y procuran imponer silencio.*)
Rey. Como soy que me divierte
Aquel confuso bullicio.
Castro. Cubierto con esa verde
Espesura nadie os ve.
(*Siguen hablando aparte.*)
Una muj. ¡Ave María! No apriete.
Un homb. Haga paso.
Otro. ¡Nari-Nuño!
Por aquí.
Otro. ¡Niños de leche
A estas funciones! ¿No ve
Que es fácil que la atropellen?

Una muj. Lo traigo para que aprenda.
Un homb. ¡Si apenas tiene seis meses!
Un sold. ¡Eh! Poca bulla. Ya he dicho.
(*A otro grupo.*)
Que se callen y se asienten.
Un niño. Madre, ¿dónde está la horca?
Una muj. No hay horca.
Un niño. Pues ¿cómo mueren?
Una muj. ¡Despeñados!
Una jóv. ¡Virgen madre!
Otra. ¡Qué horror!
Un homb. Y son inocentes.
Un sold. ¿Qué ha dicho?
(*Amenazando.*)
El homb. Yo nada..., nada...
(*Temblando.*)
Otro sold. ¡Silencio! Nadie resuelle.

(*Las amenazas de los soldados aterran á la multitud; y aunque siguen los murmullos con muestras de general descontento, ya nadie osa alzar la voz. Quién manifiesta oir á otro con curiosidad é interés; otros alzan las manos al cielo, ó con diversas demostraciones mudas hacen ver la compasion que les inspiran los sentenciados. Algunas madres y algunos ancianos se ponen el dedo en la boca como para contener á la juventud imprudente. La variada animacion del cuadro, mas ó menos perceptible, no ha de cesar hasta el fin del acto.*)

Castro. Aqui se acerca don Juan.
Rey. Ya me tenia impaciente.

ESCENA III.

El REY, CASTRO, DON JUAN, CASTAÑEDA, LEIVA, SOLDADOS, PUEBLO.

(*Don Juan, Castañeda y Leiva vienen por la parte de la villa.*)

Rey. ¿Llegó la hora? ¿Es negocio
Tan grave...?
Juan. Señor, faltaba
Al freile de Calatrava
Degradar del sacerdocio.
Rey. Si el prelado resistía...
Juan. No; que os ha servido bien
El obispo de Jaen.
Rey. ¡Le degrada don García!
Juan. Tenéisle á vuestra obediencia.
Rey. Gran pena os habrá costado
El conseguir del prelado
Ese acto de complacencia;
Que no sin cuenta y razon
A la corona real
Su báculo pastoral
Rinde mitrado varon.
Juan. No es mucho que lo consienta
Y á vuestro querer se dome,
Pues Calatrava le come
Los dos tercios de su renta.

(*Suena otra vez el atabal, y dentro en ángulo distinto se repite el pregon; al oirlo se aumenta el murmullo popular, pero la tropa lo reprime.*)

Rey. Ese pueblo es mala grey
Oye el pregon con tal cara
Que de la peña arrojara
Al pregonero... y al rey.
Juan. Señor, vuestra autoridad...
Rey. No os hagais, tio, de nuevas.
Ya sabeis que tengo pruebas
De su buena voluntad.
Siento que el rostro me tuerza;
Mas ¿qué me puede pedir
Si yo le dejo elegir
Entre el amor y la fuerza?
Dóble la fe su rodilla
O dóblela el torpe miedo,
¿Qué importa? Contento quedo.
Todo es reinar en Castilla. —
Mas ya el suplicio se apresta,
Y pues no acosa el calor,
Venid; desde el mirador
Gozaremos de la fiesta.
Leiva. Podrá achacar esa accion
El mundo á cruel deseo.
¡Ver un rey la cara al reo
Sin concederle el perdon!...
Rey. ¿Qué os importa á vos el juicio
Que el mundo forme de mí?
Leiva. Señor, mi celo... Creí...
Rey. ¡Eh! Callad.
Leiva. Si es deservici
Dar un prudente consejo...
Rey. Es consejo impertinente,
Leiva, y lo sufro indulgente
Porque sois un pobre viejo.
Idos si os han de mover
Los traidores á piedad,
Y por sus almas rezad,
Que bien lo habrán menester.
Yo, que privarme no quiero
De escena tan singular,
Así el nombre he de ganar
De monarca justiciero.

ESCENA IV.

LEIVA, Soldados, Pueblo.

Leiva. ¡Justicia, cuál se mancilla
Tu santo nombre en la lengua
De un príncipe insano! ¡Oh mengua!
Desventurada Castilla!

ESCENA V.

El REY, Don JUAN, CASTRO, CASTAÑEDA, Soldados, Pueblo.

(*El rey y su séquito aparecen en el mirador.*)

Soldados. ¡Viva el rey Fernando! —
¡Viva!
(*Dos ó tres veces inclina el rey levemente la cabeza. El pueblo murmura.*)
Juan. Ved, señor, cuál se alborozan
Al veros...
Rey. Sí; los soldados.
Un sold. ¡Viva el rey!
Otro. Fuera esa gorra.
(*A un hombre.*)
¡Viva el rey! ¿No grita?
El homb. ¡Viva...!
(*Con voz apagada.*)
(¡Mala hora de Dios le coja!)
Sancha. ¡Dejadme! Yo le he de hablar.
(*Dentro.*)
¡Justicia!
Un sold. ¡Tened, señora!

ESCENA VI.

El REY, Don JUAN, CASTRO, CASTAÑEDA, Doña SANCHA, Soldados, Pueblo.

(*Llega doña Sancha con el rostro pálido, el cabello descompuesto y gritando con desesperacion; quiere penetrar en la quinta y los soldados se lo impiden.*)

Sancha. Es una maldad horrible
Que la venganza provoca
Del cielo. ¡Son inocentes!
(*Nueva agitacion del pueblo reprimida por los soldados.*)
Rey. ¡Qué voz! ¡Doña Sancha ahora...!
Sancha. ¡Crueles! Dejad que el rey
Me vea; dejad que oiga
La verdad...
Juan. Este impensado
Accidente...
Rey. Mas hermosa
La hace el despecho á mis ojos. —
Pero si el pueblo alborota...
Sancha. ¡Allí está! ¡Señor, señor!
Si en algo estimais la gloria,
Si al grito de la justicia
Vuestra alma de rey no es sorda,
Derogad esa sentencia
Atroz, fiera, escandalosa.
¡Son inocentes!
Soldados. ¡Atrás!
(*A los grupos del pueblo que se mueven con marcado interés hácia donde se halla Sancha.*)
Juan. El dolor que la acongoja,
(*Al pueblo.*)
Amigos, turba su mente.
Era la hermana amorosa
De Benavides. La misma
Que asesinado le llora,
Por sus infames verdugos,
Demente ¡oh dolor! aboga.
Compadeced su delirio.
(*El pueblo da muestras de compasion.*)
Sancha. Miente esa lengua traidora.
No deliro: el rey lo sabe.
Yo lo juro por mi honra,
Por mi vida, por mi alma.
Son inocentes. Sus obras
Mas que mi voz los defienden.
Otros merecen la nota
De asesinos: ella no.
Rey. Ea, prended á esa loca,
Y conducidla á un encierro
Donde en segura custodia...
(*Los soldados vacilan.*)
Obedeced.
(*Varios soldados rodean á Sancha en actitud de hacerla retirar.*)
Sancha. La verdad
Ha de sonar en mi boca
Mientras respire.
Rey. ¡Soldados!
Un homb. ¡Quieto, que la guardia doblan!
(*A otro que va á embestir á los soldados.*)
(*Acude en efecto mas fuerza armada.*)

Rey. ¡Llevadla! ¡Pésia mi saña...!
Sancha. ¡Apartad...! ¡Ah, que me ahoga
El dolor...! Matadme, impíos.
Si su noble sangre es poca
Para saciar á ese monstruo.
Madres, hermanas, esposas,
Rogad, maldecid... ¡Dios mio!
¿Y es posible que aun no rompas,
Pueblo oprimido, la férrea
Cadena vil que te agobia?
¡Cobardes!
(*Al són de atabales y trompetas aparecen por la loma y se dirigen al castillo el juez, alguaciles, soldados y el verdugo.*)
¡Ay! ¡El verdugo!
Yo... muero.
(*Cae desmayada entre los soldados y se la llevan.*)
Juan. Llevadla ahora.

ESCENA VII.

El REY, Don JUAN, CASTRO, CASTAÑEDA, el Merino, el Verdugo, Alguaciles, Atabaleros, Soldados, Pueblo.

Rey. ¿Habrá muerto...?
Castro. No. Un desmayo...
Rey. Id, Castañeda; volad.
Que velen por su salud.—
Es bella... y no es Carvajal.
(*El merino, alguaciles, etc., llegan á la puerta del castillo; ábrese esta, sale el alcaide con los reos, que visten simples túnicas sin ningun distintivo; los entrega al juez y vuélvese al castillo quedando otra vez cerrada la puerta. Castañeda baja del mirador, atraviesa el teatro y desaparece en la direccion que llevó doña Sancha. El rey sigue hablando con Castro y el infante. Todos fijan la vista en la peña, el pueblo da vivas señales de curiosidad y compasion; los soldados vigilan con mas atencion y preparan sus armas. El sol empieza á nublarse y óyese algun trueno lejano.*)

ESCENA VIII.

El REY, Don JUAN, CASTRO, Don PEDRO CARVAJAL, Don JUAN CARVAJAL, el Merino, el Verdugo, Alguaciles, Atabaleros, Soldados, Pueblo.

Un homb. ¡Allí están!
Un niño. ¡Allí!
Una muj. ¡Qué lástima!
Un homb. Aquel es Pedro; aquel Juan.
Otro. Ya le han quitado las órdenes.
Una muj. ¡Sacrilegio!
Otra. ¡Iniquidad!
Un sold. ¡Silencio!
Un homb. ¡Y era tan bueno!
Una muj. ¡Y don Pedro tan galan!
Una jóv. ¡Qué pena! ¡Morir así,
Y en lo mejor de su edad!
Otro sold. Punto en boca. Vea y calle
Quien no los quiera imitar.
P. Carv. ¿Con que ya llegó el momento? (*Abatido.*)
¿Sancha mia, dónde estás?
¿Quién dijera que en mis boda
Fuera esta peña el altar,
Y mis preseas de novio
Este infamado gaban,
Y áspero derrumbadero
Mi tálamo conyugal!
J. Carv. Mostremos, hermano mio,
La noble serenidad
De cristiano y de nobles
En el término fatal.
Y honrará nuestra memoria
La justa posteridad;
Que solo al malvado infaman
La cuchilla y el dogal.
P. Carv. No siento por mí la muerte.
Por Sancha... ¡Ay Dios! ¿Qué será
De la infeliz? ¡Me ama tanto!...
¡Y llora en triste horfandad;
Y un tirano...
J. Carv. Su virtud
Los cielos ampararán.
Allí lauro inmarcesible
Guardado á los tres está.
Eleva el alma al empíreo,
Y sobre ese lodazal
De miserias y de crímenes
No tiendas la vista mas.
No se diga, Pedro mio,
Que espanto ahora nos da
La muerte que en cien batallas
Vimos con serena faz.
¿Qué es el dolor de un instante

Si se llega á comparar
Con la celeste véntura
De toda una eternidad?

P. Carv. ¡Oh! Tú confortas mi espíritu.
Tu voz es voz paternal.
¡Voz de Dios! Te imitaré.
Digno de tí me verás
Hasta el postrimer instante.

Rey. ¿Aun no da el juez la señal?
(*A don Juan.*)
¿A qué aguarda...?

Merino. Caballeros,
La hora pasó... Acabad. —
Cumplid vos vuestro deber.
(*Al verdugo.*)

P. Carv. No llegueis. Un Carvajal
No ha menester vuestro auxilio
Para morir. — Apartad.

J. Carv. ¡Pedro! Esa vida no es tuya.
Tu valor es criminal.
Dios no te manda matarte,
Sino dejarte matar. —
Buen hombre, haced vuestro oficio.
¿Qué importa un ultraje mas?
¡Así Dios lo ha decretado!
Cúmplase su voluntad.

P. Carv. ¡Dame el abrazo postrero;

J. Carv. ¡Adios! En la eterna paz
Tornaremos á abrazarnos.

(*Las nubes se condensan por instantes, los truenos, ya muy cercanos, se multiplican; parte del pueblo se va retirando á la villa huyendo de la tormenta que amenaza.*)

Juan. Horrorosa tempestad
Nos amaga. Huid...

Rey. No puedo.
(*Turbado.*)
¡La mano de Satanás
Me clava aquí!

Una muj. ¡Dios piadoso!

Un homb. Huyamos del temporal.

(*Al desprenderse don Pedro Carvajal de los brazos de su hermano fija la vista en el mirador y exclama:*)

P. Carv. ¡Qué veo! ¡El tirano allí!
¡Oh colmo de atrocidad! —
¿Aun quieres en nuestra sangre
(*Gritando.*)
Los ojos apacentar?
Verdugo de la inocencia,
Nuestra sangre caerá
Gota á gota sobre tí.
El sol se niega á alumbrar
Tu fiereza, y truena horrible
La cólera celestial.

Voces del pueblo. ¡Perdon! ¡Perdon!

Rey. No perdono.
(*Esforzándose á ocultar su terror.*)

(*El teatro queda enteramente oscuro: solo algun relámpago deja ver los objetos por intervalos; arrecia la lluvia; pocos del pueblo permanecen en la escena; los demás huyen consternados; el rey queda solo en el mirador haciendo vanos esfuerzos para retirarse.*)

ESCENA IX.

EL REY, DON JUAN CARVAJAL, DON PEDRO CARVAJAL, EL MERINO, EL VERDUGO, SOLDADOS, PUEBLO.

J. Carv. Yo tengo de tí piedad,
Y te perdono, infeliz;
Mas mi perdon ¿qué valdrá?
¡Escuchad, y oidme todos!
Mi labio pronto á espirar
Mueve inspiracion celeste.
Pues tu inaudita crueldad
Sin oir nuestra defensa
Ni la acusacion probar
Nos condenó, yo te cito
Al divino tribunal:
Allí donde no hay quien ponga
Mordazas á la verdad,
Ni son razones las lanzas
Cuando falla un juez venal.
Treinta dias es tu plazo.
Treinta dias vivirás.
Cuéntalos bien: no los pierdas;
Que irán y no volverán.
¡Cuéntalos bien! — Vos, ahora
(*Al verdugo.*)
La sentencia ejecutad.

(*Los Carvajales se dan las manos vueltos hácia el bastidor de la derecha, y en el momento de ser precipitados por el verdugo óyese un trueno espantoso, y un grito universal; el rey cae en tierra sin sentido, y baja el telon.*)

ACTO CUARTO.

Arboleda en las inmediaciones de Jaen, que termina en una quinta, cuya fachada y puerta principal se ven en el foro. Habrá algunos bancos de césped.

—

ESCENA PRIMERA.

EL REY, DON JUAN,
EL MÉDICO, CASTRO, CASTAÑEDA,
CABALLEROS.

(*El rey, pálido, doliente, melancólico, pasea lentamente sostenido en los brazos de Castro y el médico. Don Juan y los demás caballeros le siguen.*)

Rey. Mas despacio, mas despacio.
Hoy apenas tengo aliento
Para moverme.
Cast. Hoy está
(*Aparte á don Juan.*)
De remate. Aquel aspecto
Es mortal. Creo que pronto
Vacará en Castilla un cetro.
Preparáos...
Juan. ¡Oh si fuera
Aquel pronóstico cierto!
Pero es quimera. Jamás
He creido yo en agüeros
Ni profecías.
Castro. No obstante,
Desde el trágico suceso
De Martos, un solo dia
De salud y de sosiego
No ha lucido para el rey,
Y su mal es mas acerbo
Cuanto mas se acerca el fin
Del terrible emplazamiento.
Rey. ¡Ah!... No puedo mas...
Méd. Sentáos.
Basta por hoy de paseo.
(*Ayudado por el médico y Castro se sienta el rey en un banco.*)
Rey. ¿Tan escasa es vuestra ciencia,
Doctor, que no hallais remedio
Para esta fiebre tenaz
Que me consume?
Méd. No advierto
Síntomas graves aún.
Al contrario; va en descenso
La calentura. Los aires
De Jaen, á lo que observo,
Os mejoran.
Rey. Bien hicísteis
En sacarme de aquel pueblo
De maldicion. Pero ¿adonde,
Adónde iré que el siniestro
Fantasma de aquella peña
No me aterre?
Juan. Esos recuerdos
Acrecientan vuestro mal.
Lanzadlos del pensamiento.
Rey. ¿Esperais curarme pronto?
Méd. Si no haceis ningun exceso
Y procurais desechar
Esos terrores funestos,
En breve, mediante Dios,
Que os restablezcais espero.
Rey. ¿Cuándo?
Méd. Señor, no es posible...
Rey. ¿Cuándo?
Méd. Eso, lo sabe el cielo.
Rey. ¿Y tú no?
Méd. No llega á tanto
Mi ciencia.
Rey. Pues ¿qué es un médico?
¿De qué aprovecha, si ignora
Lo que no sabe el enfermo?
Méd. La práctica y el estudio
No siempre son del acierto
Prendas seguras, que todo
Al error está sujeto
En el mundo. Conocida
La enfermedad...
Rey. ¡Por san Pedro...!
¿Necesito yo un doctor
Para saber que padezco?
Castro. No os inquieteis.
Méd. Dadme pues
Licencia, si aquí mi celo
Es inútil.
Rey. Esperad.
Teneis entrañas de perro.
¿Quereis dejarme morir?
Méd. Si no domais ese genio,
Vos mismo os dareis la muerte.
Rey. Veintisiete años no cuento
Todavía, y ¡verme así!...
¡Y envidiar al mas abyecto
De mis vasallos, yo rey;
Yo cuyo poder supremo
Del mar cántabro se extiende
Hasta el gaditano estrecho!
¡Yo para el placer nacido,
Yo á quien nadie pone freno,
Ni lanzar puedo un venablo
Contra el jabalí soberbio,
Ni sobre dócil bridon
Señorearme caballero,

Ni alegrarme en los festines,
Ni triunfar en los torneos,
Ni en voluptuosos delirios
El trono olvidar y el tiempo!
Si fueras tú quien yo soy
Y viéraste cual me veo,
Tú te desesperarías
Como yo me desespero.

Méd. No hay medicina en el mundo
Contra ese fatal despecho,
Si la razon no lo ahuyenta.

Rey. La razon... Bien; te obedezco,
Pues mandar al alma quieres
Sobre atormentar el cuerpo.

Méd. Yo, señor...

Rey. ¡Y á los monarcas
Llama tiranos el pueblo!
Nunca fueron tan tiranos
Los reyes como los médicos.
¿Qué me ordenas?

Méd. Por ahora
(*Pulsándole.*)
Nada, pues tranquilo os veo,
Y el pulso es menos frecuente;
Y pues no es grata á los siervos
La presencia del tirano,
Aquí en libertad os dejo;
Mas cuando decline el sol
Retiráos; yo os lo ruego;
Que en las noches de setiembre
Es peligroso el sereno.

ESCENA II.

EL REY, DON JUAN,
CASTRO, CASTAÑEDA, CABALLEROS.

Castro. De la boca del doctor
Al fin ya salió un precepto
Tolerable.

Cast. Es un inepto.

Castro. Extremado es su rigor.

Cast. Si él os ha de dar auxilio,
No espereis...

Castro. ¿Cómo podría
Curaros de hipocondría
Si es mas serio que un concilio?

Cast. Su sistema os empeora
Cada dia.

Castro. Y, vamos claros,
Acaso para mataros
Le pague mano traidora.

Rey. Hoy lunes... ¿Cuántos del mes?
Cavilando.)

Castro. ¡Eh, señor...!

Rey. ¿Cuántos, don Juan?

Juan. Cuatro.

Rey. ¿Cuatro dias van?
¡Ya solo me quedan tres!
¡El jueves! ¡Terrible jueves!...

Juan. Desechad...

Rey. ¡Horas amargas!
¡Para el tormento tan largas;
Para la vida tan breves!
Ya la voz de Dios retumba;
Ya en mí descarga su brazo;
Ya me acuerda el negro plazo
Carvajal sobre la tumba.
¡Ni esperanza, ni perdon!
¡Ni el empíreo, ni el infierno
Borrarán del libro eterno
Mi dia de maldicion!

Castro. Vano terror os fascina

Cast. ¿Dais crédito...?

Castro. ¡Pesia tal...!
¡Intérprete un Carvajal
De la voluntad divina!

Juan. Si cruel fué la sentencia
Horrible la culpa fué.

Rey. Yo su crímen no probé...

Juan. Mejor que ellos su inocencia.

Cast. Para obrar tal maravilla
¡Qué austeros anacoretas!

Castro. El tiempo de los profetas
Pasó ya para Castilla.

Rey. Pienso que teneis razon.
Como ha dias que no duermo,
Delirio, aprension de enfermo...

Cast. Pues ¿quién lo duda? Aprension.

Juan. ¿Y á qué fin curarle de ella?
(*Aparte á Castañeda.*)

Cast. ¡Eh! Si Dios contó sus dias,
(*Aparte á don Juan.*)
Ni tristezas ni alegrías
Desmentir podrán su estrella.

Rey. Si yo ahora os excomulgo,
¿Qué servirá mi anatema?

Castro. Aquello fué estratagema
Para sublevar al vulgo.

Rey. ¡Qué flaqueza! Sí; me rio
De esas necias predicciones.
Si valieran maldiciones,
¿Qué fuera ya de mi tio?
(*Todos rien menos don Juan.*)

Juan. Recobrad, aunque á mi costa,
La alegría y la quietud.

Castro. Reid. La risa es salud.

Cast. Os curareis por la posta.

Castro. Y antes que el vital estambre
Os corte, alejad de aquí
A ese doctor baladí

Que os está matando de hambre.
Rey. La fiebre...
Cast. Dadme... No hay fiebre.
(*Tomándole el pulso.*)
Rey. ¿Cierto?
Cast. Al que de esa manera
Os engaña, yo le diera
De comer en un pesebre.
¿Hay apetito?
Rey. Sí; ya...
Presumo...
Cast. ¡Sea en hora buena!
Pues esta noche, gran cena. —
El infante pagará.
Juan. Mi mayor gozo sería... —
Mirad...
(*Aparte con Castañeda.*)
Cast. Os saldrá barata
Si, antes que el terror, le mata
Una buena apoplejía.
Rey. Acepto; que sin placer
No me quiero consumir.
No comer por no morir
Es morir de no comer.
Afuera el vano terror.
Si el plazo se cumple, es justo
Que yo me muera á mi gusto
Y no á gusto del doctor.
Cast. Ya estais mejor; ya se ensancha
Ese corazon.
Castro. Y luego...,
Si hay damas...
Rey. ¡Oh si á mi ruego
Se rindiera doña Sancha!
No me asustarían plazos
Si tanta fuera mi suerte.
Venga en buen hora la muerte
Como yo muera en sus brazos.
Castro. Vos la teneis en prision,
Y oprimir y amenazar
Es mal medio de ganar
Un altivo corazon.
Fingid que os duelen sus penas,
Y cuando libre se juzgue
La lisonja la sojuzgue
Y dore amor sus cadenas.
Rey. ¡Rogar yo sin esperanza
Cuando el orgullo la ciega...!
Castro. Con el silencio se ruega;
Con la paciencia se alcanza.
Rey. Hazla venir al instante. —
¡Esa mujer es mi signo!
Castro. Sed primero rey benigno
Y después rendido amante.

ESCENA III.

EL REY, DON JUAN, CASTAÑEDA, CABALLEROS.

Cast. Apenas rompeis el yugo
De ese médico maldito
Al rostro vuelve el color;
Cobran los ojos su brillo.
Rey. Acertado fué el consejo.
El cuerpo siente mas brio
Y pensamientos mas gratos
En el corazon abrigo.

ESCENA IV.

EL REY, DON JUAN, CASTAÑEDA, LEIVA, CABALLEROS.

Leiva. ¡Albricias, señor!
Rey. ¿Qué nueva...?
Leiva. Alcaudete se ha rendido.
Rey. ¿Es cierto?
Cast. ¡Gloria á Castilla!
Leiva. Cansados del largo sitio
Ayer dieron el asalto
Vuestros guerreros invictos.
Los que osaron defenderse
Pasados fueron al filo
De la espada triunfadora:
Los demás gimen cautivos.
Rey. ¡Feliz jornada! ¿Y mi hermano?
¿Cómo no hablais del caudillo?
Leiva. El infante mi señor,
Dejando leal presidio
En el fuerte conquistado,
Veloz se ha puesto en camino
Con su ejército animoso.
Yo solo le he precedido
Corto espacio...
Cast. ¿No lo veis?
Todos son ya regocijos.
Juan. (No para mí, que pudiera
Correr ahora peligro
Mi privanza.)
Rey. No. Dejadme.
(*Se levanta y don Juan y Castañeda acuden á sostenerle.*)
Ya veis que la planta afirmo
Sin que me ayudeis. En tanto
Que otros con capa de amigos
Quizá contra mí conspiran,

Mi fiel hermano...
(*Sale Sancha de la quinta, y se dirige lentamente adonde está el rey.*)
¡Qué miro!
¡Es Sancha! Dejadme solo.
Juan. Señor...
Rey. ¡Qué molestia! Idos.

ESCENA V.

EL REY, DOÑA SANCHA.

Rey. ¡Sois vos, doña Sancha! Os veo
Y mi ventura no creo;
Que es exceso de indulgencia
Honrar con vuestra presencia
A quien se confiesa reo.
Si es vuestro objeto, bien mio,
Quejaros de mi rigor,
De amor fué mi desvarío,
Y pues sabeis qué es amor
Que me perdoneis confio.
Yo os vuelvo sin condicion
La perdida libertad.
Solo os pido en galardon
Que mireis mi ceguedad
Con ojos de compasion.
Sancha. Sí; no hay duda; estais muy ciego,
Pues en torpe inútil fuego
El alma os dejais arder,
Y á Dios no elevais el ruego
Que desdeña una mujer.
Contra firme voluntad
Que la cárcel no amedrenta
¿Qué vale falsa piedad?
Prefiero vuestra crueldad,
Que ella al menos no me afrenta.
Cuando de prision salia
Juzgué que ya no os veria,
Ni severo, ni clemente;
Ya no creí que esa frente
Osara alzarse á la mia.
Libertad es don de Dios;
Mas ni eso quiero de vos;
Que el mas negro calabozo
Sitio es para mi de gozo
Si nos separa á los dos.
Rey. ¿Eso merece la fe
Del que á tus piés rinde un trono?
Es cierto que te agravié;
¿Mas será, Sancha, tu encono
Mayor que mi culpa fué?
Baste á expiar mi delirio
Este horroroso martirio
Que me consume letal,
Como el recio vendaval
Seca las hojas del lirio.
Sombra no soy del que fui;
Doliente y lánguido muero.
¡Oh! Ten lástima de mí,
Que solo la vida quiero
Para consagrarla á tí.
Sancha. Sí; la imágen de la muerte
Veo en tu rostro, y mi suerte
Ya no puedo maldecir;
Que si amargura es el verte,
Consuelo es verte morir.
¡Y sordo al remordimiento
Fundas en mí tu esperanza!
¡En mí, que soy instrumento
De la divina venganza,
Y me gozo en tu tormento!
Rey. ¿Qué has dicho? ¡Tanta ojeriza...!
Libradme, Dios sempiterno,
De esa mujer que me hechiza.
Ese mirar me horroriza;
Esa risa es del infierno.
¿Quién te trajo á mi presencia?
Tú con venenoso jugo
Me diste mortal dolencia...
Sancha. El delito es tu verdugo,
Tu veneno es la conciencia...
Rey. Mas aun puedo tu traicion
Castigar...
Sancha. Arma tu mano;
Traspásame el corazon.
La muerte es el solo don
Que acepto yo de un tirano.
Rey. Muere, muere, desdichada...
(*Saca un puñal.*)
¡Oh cielo! ¿Qué mano helada...?
¡Aparta! ¡Suelta el puñal!...
Una sombra ensangrentada...
¡La sombra de Carvajal!...
¡Oh! ¡Piedad! ¡Piedad! Yo muero.
(*Cae aterrado en un banco.*)

ESCENA VI.

EL REY, DOÑA SANCHA, DON JUAN, CASTRO, CASTAÑEDA.

(*Todos acuden corriendo á socorrer al rey.*)

Juan. ¡Señor!...
Cast. ¡Doña Sancha aquí!...
Castro. ¡Y en vuestra mano un acero!
Juan. ¿Qué intentó...?
Rey. ¡Fantasma fiero,

¡Huye!... ¡Apartadle de mí!
Castro. Débil la imaginacion
Os finge horrible vision.
Solo veo á una mujer.
¿Qué podeis de ella temer?
Recobrad vuestra razon.
Cast. Calla y os mira altanera,
Y el corazon rencoroso
Descubre su faz severa.
Juan. Si importa á vuestro reposo,
Muera doña Sancha.
Cast. Muera.
Rey. ¡No mas sangre! ¡Antes mi muerte!
¡No mas!
Sancha. Infante de España.
Pruebe una mujer tu saña.
Hiérame ese brazo fuerte...,
Que es digna de tí la hazaña.
Rey. ¡Ay del que osare ofendella!
Su cabeza haré caer.
Libre sea esa mujer;
Mas lleve lejos su huella
Donde no la torne á ver.
Sancha. Triunfo será para mí
Que el terror te inspire así.
Si es piedad, no la agradezco,
Porque la vida aborrezco,
Como te aborrezco á tí.
Ni la estampa de mi pié
Quieres ver... mas ¡ay dolor!
¿Adónde lo llevaré
Si me privó tu furor
De cuanto en el mundo amé?
Triste, errante, peregrina... —
Mas un templo veo allí
(*Mirando al bastidor de su izquierda.*)
Sobre fragosa colina.
Él sea mi asilo. A tí
Me acojo, bondad divina.

ESCENA VII.

EL REY, DON JUAN, CASTRO, CASTAÑEDA.

Rey. ¡Oh cobardía! ¡oh flaqueza!
Vida de afan y de angustias,
¿Por qué te amo todavía?
¿Por qué me espanta la tumba?
Cast. Otra vez la negra imágen
De la muerte os atribula?
Castro. Señor, sin duda la dieta
Vuestro cerebro perturba.
Comed, bebed, alegráos;
Que así al diablo se conjura.—
Mirad : vuestro hermano llega,
Y su venida os anuncia
Mas felices horas...

ESCENA VIII.

EL REY, DON JUAN, CASTRO, CASTAÑEDA, DON PEDRO, LEIVA, DON MENDO, OFICIALES DEL SÉQUITO DE DON PEDRO.

Rey. ¡Pedro!
(*Levantándose.*)
Pedro. Señor, vuestra planta augusta...
(*Va á arrodillarse y el rey le abraza.*)
Rey. ¿Qué haces? No. Ven á mis brazos.
Pedro. ¡Hermano mio!
Rey. ¡Oh ventura!
¡Cuánto tu vista anhelaba!
Ella mis penas endulza
Y mi pecho fortalece.
Pedro. No esperaba mi ternura
En tal estado encontrarte.
Rey. Postró mi salud robusta
No sé si obstinada fiebre,
O terror fatal que nunca
Debió triunfar de mi esfuerzo;
Mas tu presencia me cura
De fiebres y de aprensiones,
¡Oh hermano, oh firme columna
De mi imperio!
Pedro. En esa dicha
Toda mi ambicion se funda.
Vos, tio, ¿no me abrazais?
Juan. Mi afecto se congratula...
(*Abrazándole tibiamente.*
(Fuerza es fingir.)
Pedro. Presos quedan
(*Al Rey.*)
En el castillo de Andújar
Los freiles de Calatrava
Que temerarios acusan
A su rey...
Rey. No me recuerdes
Aquel dia de amargura...
Pedro. Yo, soldado, no examino
Si fué justa ó no fué justa
La sentencia. Vos firmásteis,
Y vuestra sea la culpa
O la gloria. El labio mio
Ni os aplaude, ni os acusa.
Rey. Basta. — Tu hueste ¿es leal?
(*A media voz.*)

Don Juan habla aparte con Castañeda, Castro y otros caballeros. Leiva forma corro con los del séquito de don Pedro.)

Pedro. Con mi obediencia y la suya
Podeis contar.
Rey. Está bien.
Pedro. Si hay algun traidor...
Rey. Sí. Escucha.
(*Siguen hablando en voz baja el rey y don Pedro.*)
Juan. ¿Qué os parece, ricos-hombres
Porque ha vencido á una turba
De cobardes sarracenos
Ya don Pedro no os saluda,
Y con su altivo ademan
Dijérase que os insulta.
Castro. En los fraternos halagos
Con preferencia se ocupa;
Y si el triunfo le envanece
Su mocedad le disculpa.
Cast. Mas los nobles que desprecia,
No en una lid, sino en muchas,
Ya habian ganado palmas
Cuando él lloraba en la cuna.
Juan. Habla á Fernando en secreto.
Tal vez su labio os calumnia,
Y vuestros cargos y honores
Quiere dar á sus hechuras.
Tal vez...
Rey. Valientes guerreros,
(*Al séquito de don Pedro.*)
Reposad, y á nuevas luchas
Preparad los fuertes brazos
Que mi dosel aseguran.
(*Los de la comitiva de don Pedro saludan y parten por la derecha.*)
Adios, caro hermano.
(*A don Pedro apretándole la mano.*)
Pedro. El cielo
La salud te restituya.
(*Vase siguiendo á los suyos.*)
Rey. Idos. (*A los demás caballeros.*)
Vos, don Juan, quedáos.
Castro. (Don Juan, tu poder caduca.)
(*Los caballeros entran en la quinta. — Empieza á oscurecer.*)

ESCENA IX.

El REY, Don JUAN.

Rey. Noble infante don Juan, mi amado tio, (*Sentado.*)
Mayordomo mayor de mi corona,
Vos grande entre los grandes de Castilla,
Vos mi maestro, mi fanal, mi norma,
Oid. De vuestras próvidas lecciones
Nunca he necesitado como ahora.
Juan. Procurar vuestro bien es mi conato.
(Nunca en su labio oí tanta lisonja.)
Rey. Esta dolencia que mi cuerpo aflige
Llena el alma de afan y de congoja.
Soy pecador y el cielo me castiga.
Don Juan, yo debo desarmar su cólera
Antes que suelte en la profunda huesa
El peso de esta vida que me agobia.
Juan. Señor, ¿qué hablais de huesa?
Largos dias
El cielo os guarda de salud, de gloria...
Rey. Yo daré gracias humillado al cielo
Si mi vida benéfico prolonga,
Mas cada hora que el cristiano vive
La debe contemplar su última hora.
Juan. (Si devoto se vuelve, soy perdido.
Por el menor escrúpulo de monja
Me ahorcará sin piedad.)
Rey. Los Carvajales
No se apartan, don Juan, de mi memoria.
Juan. Público fué su crímen. Si al proceso
La observancia faltó de leves fórmulas,
Vil rebelion alzaba la cabeza
Y rápida justicia aterradora
La debió sofocar.
Rey. ¡Fallo terrible,
Escarmiento horroroso que la historia
Grabará con sangrientos caractéres!
Justo sin duda fué pues que lo abona
Sincero vuestro labio; mas, decidme,
(*Se levanta.*)
¿Solo aquel acto de justicia pronta
Me demandaba el cielo? ¿Fué la vara
De esa justicia que don Juan invoca
Recta siempre en mi mano? ¿Es digno de ella
Quien ciego ó pusilánime la dobla
Al capricho, al temor? O por ventura
¿Solo alcanza el poder de mi corona
Al flaco, al indefenso, al oprimido?
¿Solo á aquellos hidalgos, cuyas sombras
Tal vez han perturbado vuestro sueño,
La fama infieles súbditos pregona?
¿No hay ya, don Juan, malvados en Castilla?
¿Ya no temeis que la feroz discordia
Fie otra vez sus teas infernales
A alguna mano pérfida y traidora?
¿No hay alguna cabeza que debiera
A mis plantas caer, bien que orgullosa
Tal vez se quiere alzar sobre la mia? —

¿Temblais? Quien viera, tio, esa zozobra
Diría... Recobráos.
Juan. No... Me inquieta...
Solo vuestra salud...
Rey. Mucho os importa:
Lo sé; mas la del cuerpo es lo de menos;
La del alma, don Juan, es mas preciosa.
El cielo por mis culpas irritado
Una víctima pide expiatoria.
¡Su voluntad se cumpla!
Juan. ¿Y es posible
Que así un vano terror os sobrecoja?
¿De qué puede acusaros la conciencia...?
Rey. No es mi conciencia la que clama ahora.
(*El teatro es ocupado por soldados de don Pedro que acaudilla don Mendo.*)
Juan. ¿Cuál pues? ¿Será... la mia? Horrible ceño
Anubla vuestra frente; en vuestra boca
Sonrisa amarga... Hablábais de una víctima...
Rey. La víctima sois vos.
Juan. ¡Cielo!... ¡Alevosa
(*Volviendo la cabeza.*)
Traicion! — ¡Amigos...!
Rey. Gritareis en vano.
Juan. Señor...
Rey. A Dios pedid misericordia.
(*Entra en la quinta.*)

ESCENA X.

DON MENDO, DON JUAN, SOLDADOS.

Juan. ¡Oh don Pedro, don Pedro!... Bien temía...
Mendo. Dadme, don Juan, la espada.
Juan. ¡En tal deshonra
Me he de ver! ¿Dónde están mis lanzas fieles?
¿Dónde...? ¡Socorro! Todos me abandonan.
Mendo. Dáos preso.
Juan. Antes...
(*Desenvainando la espada.*)
Mendo. Matadle si resiste.
Juan. Tomad. ¿Dónde...?
(*Entrega la espada.*)
Mendo. Al castillo de Carmona.
Juan. Y allí... morir...
Mendo. Lo ignoro. Soy soldado.
Solo callar y obedecer me toca.
(*Al retirarse don Juan por la derecha entre los soldados de don Pedro, aparece doña Sancha por la izquierda, y lentamente se dirige al centro del teatro, alumbrado por la luna.*)

ESCENA XI.

DOÑA SANCHA.

¿Adónde voy, desdichada?
Cielos, ¿qué ordenais de mí?
¡Yo os he pedido la muerte
Y mi súplica no oís!
Debo acatar vuestras leyes:
Perdonad si os ofendí;
Mas para un sér condenado
A no ver hora feliz
No hay suplicio comparable
Al suplicio de vivir.
¡Ay de mi,
Que en hora amarga nací!

Muerta al mundo y á mí misma
De mi vida en el abril,
Ni de amor blandos acentos
Me pueden ya seducir;
Ni la amistad, ni la sangre
Me ligan, oh mundo, á tí;
Ni la esperanza me alienta
De mas grato porvenir,
Y es el mayor de mis males
No ver á mis males fin.
¡Ay de mí,
Que en hora amarga nací!

Si recuerdo que mi infancia
Meció cuna de marfil,
Ni aun me sirve de consuelo
El recordar lo que fuí;
Que como flor que se agosta
Al brotar en el jardin,
Antes que el aura de vida
La saña del cierzo ví,
Y siempre fué mi destino
Esperar, temer, gemir.
¡Ay de mí,
Que en hora amarga nací!

Todo es para mí desierto
En este mundo infeliz.
Sol, que do quiera mereces
Mil bendiciones y mil,
Yo cual ave de la noche
Me escondo al verte lucir,
Y por vivir á lo menos
De la muerte en el confin
Entre ruinas y sepulcros

Quisiera solo vivir.
¡Ay de mí,
Que en hora amarga nací!

¡Oh peña, peña de Martos!
Si el esposo que perdí,
Víctima de atroz venganza
Y de la envidia mas vil,
Aun yace á tu pié insepulto,
Allí está mi mundo, allí.
Volemos. Dios bondadoso,
Vos mi planta dirigid...
¡Ah! Las fuerzas me abandonan...
¡Lejos de él voy á morir!
¡Ay de mí,
Que en hora amarga nací!

(*Cae desalentada sobre un banco. Don Gonzalo Carvajal llega, vestido de peregrino, por el bastidor de la derecha mas inmediato á la quinta.*)

ESCENA XII.

DOÑA SANCHA, DON GONZALO CARVAJAL.

G. Carv. (No ha de estar lejos su huella,
Que si el informe no miente
De mi leal confidente... —
¡Una mujer!... ¿Será ella?)
(*Viendo el bulto y acercándose.*)
Sancha. ¡Oh Dios! ¿Quién...?
(*Levantándose asustada.*)
G. Carv. Solo y sin guia
Perdí en la noche el camino.
Soy un pobre peregrino...
Sancha. ¡Ah! ¡Gonzalo!
(*Reconociéndole.*)
G. Carv. ¡Hermana mia!
(*Se abrazan.*)
Sancha. ¿Sabes...? ¡Ay!
G. Carv. Todo lo sé.
No bien llegó á mi noticia
La atroz, bárbara injusticia,
Cuando á vengarla volé.
Por estos sotos vagando
A favor de mi disfraz
Juré libertarte audaz
De las garras de Fernando;
Mas él me excusó esta tarde
Tan loca temeridad
Dándote la libertad
Arrepentido ó cobarde.
Sancha. ¿Qué es libertad sin ventura?
¿Qué es la vida sin mi esposo
Solo hay para mí reposo
En su yerta sepultura.
Mas ¡ay! ni de este consuelo
Gozarán mis tristes ojos;
Que los sangrientos despojos
Pasto de fieras... ¡Oh cielo!
G. Carv. Calma, Sancha, tu afliccion.
De piadoso el rey se alaba,
Y no negó á Calatrava
La gracia de un panteon.
Sancha. Allí mi postrer abrazo
Daré con el ay postrero
Al bien que amé.
G. Carv. No. Primero
Dios cumpla el tremendo plazo.
¿No te anima esa esperanza?
Vive tres dias, no mas,
Y á la tumba llevarás
El placer de la venganza.
Yo puedo tal vez en tanto,
Mensajero de la muerte,
Precioso don ofrecerte
Que te bañe en dulce llanto.
Sancha. ¿Qué don...?
G. Carv. Ven á la ciudad.
Este sitio es peligroso...
Ven al asilo piadoso
Que prevengo á tu horfandad.
Sacra urna encierra allí
El corazon que te amó. —
Tambien era amado yo.
El tuyo ¡Oh Juan! para mí.
Sancha. ¡Oh cielo! Yo te bendigo.
G. Carv. Con ambos me quedaría;
Mas ¿no eres ya hermana mia?
Partiré mi bien contigo.
Sancha. ¡Ah! Guíame... ¡Santo Dios,
(*Tomando la mano de Gonzalo.*)
Tiende propicio tus manos
A dos míseros hermanos
Que lloran por otros dos!

ACTO QUINTO.

Cámara del rey en Jaen. La puerta de entrada à la derecha del actor; la del dormitorio à la izquierda; al lado de esta otra pequeña; en el foro un balcon grande.

—

ESCENA PRIMERA.

ROBLEDO, RUPEREZ.

Rob. Pues la cámara del rey
Ya está aseada y compuesta,
Vámonos, Ruperez.
Rup. Larga
Parece que va la gresca
De risotadas y brindis.
Rob. Dos horas hace que almuerzan.
Rup. ¡Bravamente se desquita
Nuestro buen rey de la dieta
Que ha sufrido!
Rob. ¿Has visto tú
Quién le acompaña en la mesa?
Rup. Hernan Rodriguez de Castro,
Villalobos, Castañeda...
Rob. Harto será que don Pedro
Tome parte en esa fiesta.
Rup. No. Ya sabes que le ocupan
Los cuidados de la guerra...
Rob. Sin duda está meditando
Otra militar empresa.
Rup. Mal gusto tiene el infante.
Preferir crudas peleas
A placeres y regalos...
¡Ah, Robledo! ¡Que no fuera
Infante yo de Castilla!
Rob. No envidiara esa prebenda
Si el cielo me reservase
El fin que á don Juan espera.
Rup. ¿No sabes que se escapó?
¡Buen fin por cierto! Ahora empieza.
Rob. ¿Cierto?
Rup. El oro puede mucho
Y el campo no tiene puertas.
Rob. ¿Y adonde?
Rup. No sé.
Rob. Sin duda
A los moros, que es ya vieja
Esa costumbre en don Juan.
Rup. Anoche llegó la nueva.
Rob. ¿Y el rey...?
Rup. Bramando de cólera
Puso á precio su cabeza.
Pero, di: ¿no es un portento
Cómo ha cobrado la fuerza
Y la salud en tres dias?
Rob. Con efecto.
Rup. Era muy necia
Su aprension. Desde que dijo:
Fuera doctor, vida nueva,
Venga vino, vengan aves
Y echemos á un lado penas,
Es otro hombre. Y le has de ver
Como un rollo de manteca
Muy pronto si sigue así.
Y luego dicen que secan
Las maldiciones. ¡Bobada!
Y aun habrá sandios que crean
Porque el otro le emplazó...
Hoy que se cumplen los treinta
Está tan sano y tan tieso
Que... Vaya, vaya; simplezas.
Rob. Mientras el plazo no espire...
Rup. Ni siquiera lo recuerda.
Rob. Bien pudo hacer Dios intérprete
De su justicia suprema...
Rup. ¿A un traidor?
Rob. La voz del pueblo
Atestigua su inocencia,
Y es voz de Dios.
Rup. O del diablo.
Y en fin no seas babieca.
No puede ser inocente
Hombre á quien el rey condena.
Rob. Basta que lo digas tú. —
Mas ¿qué rumor...?
Rup. ¿Quién se acerca...?
(*Acercándose á la puerta de la derecha.*)
¡Cielos! el rey... Desmayado...
Muerto tal vez... Aquí llega...
Rob. Y ahora ¿que dirás, Ruperez?
Rup. No sé... Las carnes me tiemblan.

ESCENA II.

RUPEREZ, ROBLEDO, EL REY, CASTRO, CASTAÑEDA, LEIVA, CABALLEROS.

(*El rey llega desmayado entre Castro, Castañeda y otros dos caballeros, que ayudados por los dos camareros le colocan en un sillon.*)

Castro. Ayudad...
Rup. ¡Pobre señor!
Castro. ¿Qué haremos?
Rob. No da señales
De vida.
Castro. Traed cordiales...

Cast. Llamad volando al doctor.
(*Vase Ruperez.*)
Leiva. ¿Qué desgraciado accidente...?
(*Llegando.*)
Cast. ¡Mirad, Leiva! Hace un momento
Que estaba sano, contento;
Y, ya lo veis, de repente...
Leiva. Sin duda es alferecía:
Cast. Yo presumo que el pulmon...
Rob. Una fuerte indigestion...
Castro. Digo que es apoplejía.
Cast. Conduzcámosle á su lecho...
Rob. El aire libre es mejor.
Leiva. Alguna reliquia...
Castro. ¡Error!
Un baño le hará provecho.
Cast. Eso es quererle matar.
Leiva. Ya parece que respira.
Castro. Los ojos abre, y suspira.
Cast. Ya los ha vuelto á cerrar.

ESCENA III.

EL REY, CASTRO, CASTAÑEDA, LEIVA, ROBLEDO, RUPEREZ, CABALLEROS, EL MÉDICO.

Castro. ¡Ah, doctor! Está muy malo.
Cast. ¡Acudid!
(*El médico pulsa al rey y le observa.*)
Leiva. ¿Temeis que muera...?
Castro. ¿Qué decís...?
Rob. (¡Que no le viera
Agonizar don Gonzalo!)
Méd. Fiebre mortal le devora.
Si el santo Dios de Israel
No hace un milagro con él,
No vive el rey una hora.
Rey. ¿Dónde estoy?... ¿Quién es ese hombre?
Leiva. El doctor...
Rey. ¡Oh, qué porfía!
(*Con voz muy débil que en vano quiere esforzar.*)
¿No he dicho que no quería
Ni verle ni oir su nombre?
Un leve insulto... No temo
A la muerte. Mi salud...
Méd. Sí, tal vez hay plenitud...
Una sangría...
Rey. ¡Blasfemo!
Ya tu intencion adivino.
¡Sangrarme! Es una maldad.
De sus garras me librad.
Prendedle. Es un asesino.
Leiva. Fiad, señor, en su ciencia
Y en su probada virtud.
No mireis vuestra salud
Con tan loca indiferencia.
Méd. ¡En buena hora por cierto
Vuestro labio me insultó!
¿Qué interés tuviera yo
En asesinar á un muerto?
Grito general. ¡Oh!!!
Méd. Quien así me denigra
No merece un desengaño;
Mas no quiero vuestro daño.
¡Rey! Vuestra vida peligra.
Rey. ¡Impostor!
Méd. Con noble calma
Vuestra cólera provoco;
Que arriesgar mi vida es poco
Porque vos salveis el alma.
Rey. ¡Por san Millan...!
Méd. ¡Ay de vos
Si estos instantes perdeis
Y contrito no volveis
El alma, Fernando, á Dios!
Él solo en trance tan fuerte...
Castro. Permitid que la sangría...
(*Al rey.*)
Méd. ¡Es tarde ya! Serviría
(*Observando de nuevo al rey.*)
Para acelerar su muerte.
Ya aquí es ocioso el doctor.
Me dais lástima; y os dejo;
Pero tomad mi consejo.
Llamad pronto al confesor.
Rey. De Lucifer es tu arte,
Mas fuerza habrá que lo enfrene,
Y si el sacerdote viene
Será para excomulgarte.
Prended, matad al villano...
¿No obedeceis? ¿Nadie habrá
Que me vengue? ¿No soy ya
Vuestro rey? Mi propia mano...
Méd. ¡Tu mano! ¡Prueba siquiera
A levantarte de ahí!
Rey. ¡Desventurado de mí!
(*Pugna sin fruto por alzarse del sillon.*)
¡Soy de mármol! ¡Suerte fiera!
Inmóvil el pié y el brazo...
¡Qué recuerdo!... ¡Ah! ¡Muerto soy!
Setiembre... siete...! Hoy es...! ¡Hoy
Se cumple el horrendo plazo!
Y mi ciego desvarío...
¡Oh, perdon!... Sángrame; sí.
Haz lo que quieras de mí.
¡Piedad!... ¡Dios mio! ¡Dios mio!
Méd. Cuidadle. Vuelvo volando.
(*A los caballeros.*)
(*Vase corriendo.*)

ESCENA IV.

EL REY, CASTRO, CASTAÑEDA, LEIVA, ROBLEDO, RUPEREZ, CABALLEROS.

Rey. ¡Confesor!
Castro. Pues lo quereis,
El vuestro...
Rey. No le llameis.
Yo os lo ruego; yo os lo mando,
Cortesano, falso amigo,
Sobrado indulgente fué;
¡Y ahora que morir me ve
Será inflexible conmigo!
Rob. Si vuestra alteza prefiere
Un buen religioso...
Rey. Sí;
Que venga.
(*Vase apresurado Robledo.*)
Cast. ¡No estar aquí
(*Aparte á los dos caballeros.*)
Don Juan cuando el rey se muere!

ESCENA V.

EL REY, CASTRO, CASTAÑEDA, LEIVA, EL MÉDICO, LOS DOS CABALLEROS.

Méd. Esta bebida tomad,
(*Trae una bebida que presenta al rey.*)
Señor, que acaso restaure
Vuestras abatidas fuerzas.
Rey. Sí, sí. Dámela al instante.
(*La toma.*)
Consuelo me da el licor.
Bien me sienta, bien me sabe.
(*Lo apura.*)
Mi espíritu se recobra;
Mas libre el pecho me late
Y la esperanza halagüeña...
Jurara que mi semblante
Se reanima...
Castro. Sí, señor.
Rey. ¡Ah, doctor! Eres un ángel.
Méd. Dad, señor, gracias al cielo
Que por mi mano ignorante
Os quiere fortalecer
En este terrible trance.
Rey. No; ya no... Mejor me siento...
Ya es excusado que llamen
Al confesor... (*El médico le pulsa.*)
¿Eh? ¿Qué dices?
Méd. Que temo no venga tarde.
Rey. ¿No digo que estoy mejor?
¡Qué empeño de desahuciarme!
Si esa bebida me alienta,
Otra que tú me prepares
Espero que en breves dias
Me restablezca y me sane.
Méd. Señor, no basta mi ciencia
A curar un mal tan grave,
Tan singular, que ni acierto
Siquiera á calificarle.
Mal con que el cielo á los dos
Quiere mostrar cuánto es frágil
La humana naturaleza
Y cuán pequeño el alcance
Del humano entendimiento.
Rey. Mi buen doctor, tú no te haces
Justicia. ¡A cuánto infeliz
De los brazos no arrancaste
De la muerte! Lo que hiciste
Por cualquiera miserable,
¿No lo has de hacer por tu rey?
¡Oh! Yo haré cuanto me mandes.
Si he sido hasta ahora indócil,
No culpes á mi carácter:
Culpa á esa turba servil
Que te calumniaba infame.
(*Movimiento de indignacion en los cortesanos.*)
Cast. ¡Aprended!
(*A los otros aparte.*)
Rey. Sé generoso,
Olvida injustos desaires,
Y vuélveme la salud...
¡La vida! ¡Sálvame, sálvame!
¿Quieres riquezas en premio
De beneficio tan grande?
Yo mandaré que á tu voz
Se abran las arcas reales.
¿Ambicionas por ventura
Honores y dignidades?
Yo haré que los ricos-hombres
Te obedezcan y te acaten.
Tú no serás mi vasallo,
Sino mi amigo, mi padre...
¡Ah!... La luz falta á mis ojos...
Otra vez... postrados caen...
Mis miembros...
Rob. El religioso.
(*Anunciando.*)
Méd. Cortos son ya los instantes
De su vida, y Dios los pide.
Con su ministro dejadle
En libertad.
(*Robledo introduce á un fraile dominico por la puertecilla inmediata á la del dormitorio. El religioso, cubierto con la capucha y con la cabeza baja, se pára á muy corta distancia de la puerta.*)

Leiva. ¡ Desdichado !
(Haré que á su hermano llamen.)
(*Todos se retiran por la puerta de la derecha. El religioso la cierra.*)

ESCENA VI.

El REY, el Religioso.

Rey. ¡ Morir ! ¡ No hay ya remedio ni esperanza !
Rel. ¡No! Dios te llama al tribunal eterno;
Y, juez inexorable, en su balanza
Los actos pesará de tu gobierno.
Rey. ¡ Ay del que ha provocado su venganza !
Rel. Y la muerte olvidaba y el infierno
Do no hay juez que se venda al condenado
Ni púrpura que cubra su pecado.
Rey. Presa de la ambicion mi cetro ha sido.
Rel. En sangre se tiñó de la inocencia.
Rey. Consejos de un traidor me han seducido.
Rel. ¿Y nada te decía la conciencia?
Rey. ¡Perdon, Dios de bondad, y arrepentido
Yo viviré en humilde penitencia!
Rel. No aplaca ese terror al Dios que adoro
Sino de ardiente contricion el lloro.
Si has de mentir al cielo, no le nombres.
Tanto vale ultrajarle maldiciente.
Engañar no podías á los hombres
¿Y engañarás á Dios omnipotente?
Rey. ¡Piedad! De mi flaqueza no te asombres.
Viva ó muera, le adoro penitente.
Él te envia á salvarme y yo contrito...
Rel. ¡Él me envia á acusarte! ¡ Sí, precito!
Mal hijo, mal esposo, rey cruento,
Ya decretar tu pena al cielo plugo.
Por mí te acusa el pueblo descontento
Que agobiado gimió bajo tu yugo.
Tus víctimas por mí con sordo acento
Gritan : ¡ execracion, muerte al verdugo!
Por mí, cumplido el plazo que te asombra,
Te habla de Carvajal la inulta sombra.
Rey. Tal vez ¡ay! si en mi pecho penetrara
Esa sombra cruel se aplacaría;
¡Y el ungido de Dios que desde el ara
A confortar mi espíritu venía,
En el trance mortal me desampara,
Y tal vez me escarnece en la agonía!
Rel. No soy quien me ha juzgado tu delirio.
(*Descíñese el hábito y se acerca mas al rey.*)
Mírame bien.
Rey. ¡ Gonzalo !... ¡ Atroz martirio!
G. Carv. No ha permitido Dios que tu cuchilla
Abriese á tres hermanos una losa.
Aun late aquí, tirano de Castilla,
Sangre de aquella raza generosa.
(*Saca un puñal.*)
¿Ves este acero que desnudo brilla?
Venganza le aguzaba rencorosa.
Yo, fiador de tu tremendo plazo,
La esperaba de Dios... y de mi brazo.
Rey. Clávamelo; no escondas el acero,
(*Moribundo.*)
Que no será..., cual mi dolor, impío
¡ Buen Dios !... Acoge mi pesar sincero...
¡ Madre !... ¡ Esposa !... ¡ Hijo mio !... ¡ Alfonso mio !...
¡ Nadie me escucha !... Abandonado muero...
¡Señor, misericordia! En vos... confio...
(*Logrando incorporarse y dirigiéndose á Gonzalo grita :*)
¡ Perdon !
(*Da con el cuerpo en el suelo, y apoya espirante la cabeza en el sillon.*)
G. Carv. Sí, desgraciado; que mi encono
Contigo espira.
(*En alta voz y con tono solemne dice poniendo la mano sobre la cabeza del rey :*)
¡Rey, yo te perdono!
(*Vuélvese á cubrir rápidamente, abre la puerta de la derecha, y se desvía de ella.*)

ESCENA VII.

Don Gonzalo CARVAJAL, Don PEDRO.

Pedro. ¿Muerto... ?
(*Adelantándose á todos.*)
G. Garv. ¡Mirad! Dios es justo.
(*Mostrando el cadáver del rey.*)
(*Desaparece por la puertecilla de la izquierda.*)

ESCENA ULTIMA.

DON PEDRO, CASTRO, CASTAÑEDA, LEIVA, EL MÉDICO, ROBLEDO, CABALLEROS, CRIADOS.

(*Llegan todos apresurados. El médico reconoce el cuerpo.*)

Pedro. ¡Fernando mio! (*Acercándose.*)
Méd. Ya es muerto.
Pedro. ¡Pobre hermano! Con mi sangre
Quisiera animar tu cuerpo!
(*Los grandes forman dos corrillos, y hablan entre sí muy animados. Castro y Leiva en el uno; Castañeda en el otro. Don Pedro y el médico permanecen silenciosos al lado del sillon.*)
Castro. Era un tirano.
(*En voz baja á los suyos.*)
Cast. Era un monstruo.
(*Aparte á sus parciales.*)
Leiva. ¿Y á un niño dareis el cetro?
Cast. Proclamenos á don Juan.
Castro. Demos el trono á don Pedro.
Rob. A la puerta del palacio
(*Entrando.*)
Se agrupa impaciente el pueblo...
Pedro. Traed el pendon de Castilla.
(*A Leiva.*)
(*Vase Leiva corriendo.*)
Castro. Rey se declara. Esto es hecho.
(*Aparte á los de su bando.*)
Yo á su lado...
(*Castro y sus parciales se dirigen hácia donde está don Pedro.*)
Cast. ¡Usurpador!...
(*Aparte á los suyos.*)
Pedro. Abrid el balcon, Robledo.
(*Tomando el pendon de manos de Leiva, que entra con él.*)
(*Abre Robledo el balcon, y don Pedro se acerca á él. Oyese sordo murmullo de multitud curiosa.*)
¡Pueblo! don Fernando el Cuarto
Murió. Dios solo es eterno.
Mas si Fernando no vive,
Vive el rey en su heredero.
A Dios, el alma del padre;
Al hijo, el dosel supremo.—
¡Real, real, Castilla, Castilla
(*Tremolando el estandarte.*)
Por don Alfonso el Onceno!

MEDIDAS EXTRAORDINARIAS,

Ó

LOS PARIENTES DE MI MUJER,

COMEDIA EN UN ACTO,

REPRESENTADA POR LA PRIMERA VEZ EN EL TEATRO DE LA CRUZ EL DIA 24 DE DICIEMBRE DE 1837.

PERSONAS.

Doña INÉS.
Doña QUITERIA.
Doña MACARIA.
PETRONILA.
AMBROSIA.
ROSITA.
Don PASCUAL.
Don ANTONIO.
Don CENON.
Don MAURICIO.
TIBURCIO.
LUCAS.
MATEO.
RAMON.
Criados.
Mozos de cordel.

La escena es en Madrid, en una sala de la habitacion de don Pascual.

ESCENA PRIMERA.

Don PASCUAL, Doña INÉS.

Pasc. ¡Oh ventura! ¡Ya te pesco,
(*Entrando con un cartucho de duros.*)
Mensualidad suspirada!
Inés. ¿Vienes contento?
Pasc. ¡Ahí es nada!
¡Si traigo dinero fresco!
Inés. ¿Te han dado una paga, ó dos?
¡Ah! Poco abulta el cartucho.
Pasc. Una, y mermada, y es mucho,
Y demos gracias á Dios.
Aun me deben otras quince;
¿Mas cuándo veré otra plata
Aunque el hambre que me mata
Me dé la vista del lince?
¡Felices aquellos dias
En que hubo plazas seguras,
Y se lograban futuras,
Y pascuas y regalías;
Y nadie temía, Inés,
Cesantías ni otras plagas...
Y se cobraban las pagas
Antes de espirar el mes!
¡Hoy almorzamos *proclamas*,

Cenamos *pronunciamentos*,
Y nos cubren de los vientos
Circulares y programas!
Inés. Harto gemí ¡pesia tal!...
Cuando estábamos á cero.
Hoy que tenemos dinero
Alegrémonos, Pascual.
Pasc. Sí; que haya abundante cena.
Y cantando villancicos
Gritemos como los chicos:
« Esta noche es noche buena. »
Ayunemos, á la usanza,
Cenando, Inés, mucho y bien;
Que Dios nos dará en Belen
Un *voto de confianza.*
¿Y acaso nos faltan méritos
Para violar la abstinencia?
Conténtese la conciencia
Con los ayunos pretéritos.
Hambre, ¿has de ser mi verdugo
El dia en que nace Dios? —
Ahí tienes un duro..., dos. —
Lo primerito, un besugo.
Grato fuera al paladar
Rico jamon con Jerez;....
Pero no; merca otro pez;
Tiempo hay para promiscuar.
De moscatel una azumbre
Comprarás al tio Serapio;
Y que haya lombarda y apio
Y el cascajo de costumbre.
Turron..., lo que quieras tú.
No hay ninguno que me empache;
Mazapan, nieve, guirlache,
Jijona, yema, alajú...
¡Por vida de Melisendra!...
Lo mejor de la funcion
Se me olvibaba; ¡la con-
Sabida sopa de almendra!
Inés. Tu gusto se cumplirá.
Yo por mi parte, alma mia,
Poco te pido. Querria...
Pas. ¿Qué?
Inés. Que me compres un *boá.*
Pasc. ¡*Boá!* Jamás oí tal plato.
¿Es carne, ó pescado?
Inés. No,
Ni de platos hablo yo.
Un *boá* digo: vulgo, un gato.
Pasc. ¡Un gato! Es rara manía.
¿Quién se fia de ladrones,
Ni quién teme á los ratones
Con la despensa vacía?
Inés. Boá, ya que no das en ello,
Es una piel que está en boga,
Así..., en figura de soga...,
Que abriga y adorna el cuello.
Pasc. ¡Hablaras para mañana!
Bien; ¿y cuánto cuestan esos...?
Inés. Los de cisne, treinta pesos.
Pasc. ¡Madre de Dios soberana!
Inés. No por ellos tengo afan
Aunque son de mejor vista.
Con uno negro estoy lista.
En quince duros lo dan.
Pasc. ¿Lo dices con esa calma?
Ponme primero en un potro.
Con ese pellizco y otro
Adios cartucho del alma!
Inés. Siempre con capa es fatal...
Pasc. Peor estoy yo que carezco
De ese mueble;... y pertenezco
A la milicia legal.
Inés. Tú, que vas siendo machucho,
Vas bien de cualquier manera;
Mas mi verde primavera...
Vamos; deshaz el cartucho...
Pasc. ¿Para dijes? No haré tal
Con recursos tan escasos.
Cuando cobre mis atrasos
Será otra cosa.
Inés. ¡Pascual!
Pasc. Excusados son los dengues.
Inés. Mi afan es darte decoro.
Pasc. Muchas gracias. Dame oro:
Yo te daré perendengues.
Inés. ¡Oro! Al marido le toca
Ganarlo.
Pasc. ¿Y gastarlo á tí?
Inés. ¿Y la dote que te dí?
Pasc. Tú la has consumido, loca.
¿Y ahora me hablas de ganar?
Yo trabajara á destajo,
Pero es mi mayor trabajo
No tener que trabajar.
Feliz si fuera ebanista;
Mas ni tengo beneficio,
Ni conozco mas oficio,
Inés, que el de oficinista.
Hoy dia no hay propietario
Que sus fincas no administre,
Ni prócer que, pluma en ristre,
No se ahorre el secretario.
Los franceses dramaturgos
Traduzco de cuatro en cuatro;
Mas los desecha el teatro
Y no me los compra Burgos.
Ni falta quién me avergüence
Diciéndome sin empacho
Que dejar suelo en gabacho
Lo que no vierto en vascuence.
Como no me eche á robar...
Tus parientes importunos,
Pues pudientes son algunos,

Nos pudieran amparar.
Inés. ¡Qué quieres! Dan compasion
Esos pueblos. ¡Pobre gente!
Lo que deja el intendente
Se lo come la faccion.
Pasc. Todos me dan á porfía
Dos mil incomodidades,
¡Y para estas navidades,
Nadie un regalo me envía!
Inés. Aun no es tarde: algo vendrá.
No les pongas mala fama.
Amb. ¿Dónde está, dónde está el ama? (*Dentro.*)
Inés. ¡Calle! ¿Ambrosia por acá?

ESCENA II.

DON PASCUAL, DOÑA INÉS, AMBROSIA.

(*Entra Ambrosia con una cesta colgada del brazo.*)

Amb. ¡Voto á san!... Venga un abrazo.
(*Abrazando y besando á doña Inés.*)
¿Cómo va? Crei que nunca
Nos volvíamos á ver.
Inés. Yo buena. Tú tan robusta,
Tan rolliza como siempre.
Amb. ¡Qué quiere usted! No tiene una
Cudiaos... ¿Y usted, señor?
Pasc. Bien de salud. De pecunia...
Inés. ¿Y mi abuela?
Pasc. ¿Qué hay de nuevo
En Perales de Tajuña?
Amb. La abuelita, tan famosa. —
(*Hablando, ya con uno, y con otro.*)
Ogaño, mala la fruta. —
No pasan dias por ella. —
Pero abundantes las uvas. —
Se acuerda mucho de usted. —
Memorias del señor cura.
Inés. ¿Y mi hermana Petronila?
Pasc. ¿Y qué tal año se anuncia...?
Amb. Desmejoradilla está. —
Hay mucha falta de lluvias. —
Creo que anda enamorada. —
Ni hallan las reses vacunas
Dónde pastar. — El teniente
De provinciales de Murcia
Que tuvimos alojado,
A la cuenta es quien trabuca
Su caletre. — ¡Pobre alcalde!
Le sacrifican á multas. —
Lo cierto es que no echa luz
Desque se fué la coluna.
Yo la he dicho que se venga
A Madrid. ¡Pobre criatura!
Aquí se divertiría,
Y ustedes tendrían mucha
Satisfaccion...
Inés. Sí, sí.
Pasc. ¡Pues!
(Quiera Dios que antes se pudra.)
Inés. ¿Y esa cesta?
Amb. Huevos frescos.
Como sabe que le gustan
A usted...
Inés. ¡La pobre abuelita!
Pasc. (¡Vaya en gracia! Algo se chupa.)
¿Son muchos?
Amb. Una docena.
Ya ve usted; con la trifulca
De la guerra; y viva Carlos
Y viva Isabel segunda...
No dejan gallina á vida. —
Pero me espera la burra.
Diquia dempués.
Inés. ¿Tienes suelto?
(*A Pascual en voz baja.*)
Pasc. Aquí hay pesetas.
(*Sacando plata menuda.*)
Inés. Dame una.
(*La toma y se la da á Ambrosia.*)
Toma.
Amb. ¡Quite usted, señora...!
(*Tomando la peseta.*)
Inés. Para alfileres y agujas.
Amb. Vaya, abur; y buenas pascuas.
Pasc. (¡Mala bomba te destruya!)

ESCENA III.

DON PASCUAL, DOÑA INÉS.

Inés. Vamos; ¿qué dices ahora?
Ya ves que no nos sepultan
Mis deudos en el olvido.
Pasc. ¡Buen regalo, voto á Judas!
Una docena de huevos
Que Ramon se los manduca
En un almuerzo. ¡Y le das
Una peseta á la mula
Que los trajo! Mas baratos
Los dan en la tienda.
(*Suena la campanilla.*)
Inés. Escucha.
Han llamado.
Lucas. Sea Dios (*Entrando.*)
En esta casa.
Inés. ¡Tio Lucas!

ESCENA IV.

DOÑA INÉS, DON PASCUAL, LUCAS.

Lucas. Con permiso, que he venido
(*Sentándose.*)
A pié desde Valdemoro.
Pasc. (¡Qué llaneza!)
Inés. ¿Cómo está
Mi tio don Cenon?
Lucas. Famoso.
Inés. ¿Y sus dos hijos; Mauricio,
Tiburcio...?
Lucas. ¿Tiburcio? Gordo
Como un lechon, aunque sea
Mala comparanza. El otro,
Guitarrista como siempre
Y mocero como él solo.
Inés. Tiburcio estará estudiando...
Lucas. Sí.
Inés. ¿Con quién?
Lucas. Con el demonio.
No hay en tuita la comarca
Muchacho mas revoltoso.
No ha salido de palotes,
Pero hace bailar al trompo
Que es un primor; y es capaz
De apedrear al susuncordio.
Pasc. ¿Qué edad tiene el angelito?
Lucas. Trece años cumplió en agosto.
Pasc. ¡Pues promete!
Inés. Mas su padre,
¿Cómo con tanto abandono
Le cría?
Lucas. ¿Quién? ¿Don Cenon?
Se le cae de puro gozo
La baba. Sus travesuras
Le remozan. Está chocho.
¡Qué buen amo! ¡Ah! Verbo en gracia:
En la alforja traigo un pollo
(*Sacándolo.*)
Para que ustedes celebren
La pascua.
Pasc. (¡Hártate, goloso!)
Inés. Lo estimo mucho.
Pasc. ¿Y usted
Se volverá...?
Lucas. No tan pronto.
Justo es que el cuerpo descanse
Por hoy. Mañana ú esotro...
Pasc. (¡Cielo!) Irá usted al meson...
Lucas. ¿Qué meson? ¿Estoy yo loco?
Tengo ley á la señora
Y aquí en casa me acomodo.
Pasc. (¡Ah!) Bien... Pero el caso es que...
No tenemos dormitorios...
Lucas. No le hace. Yo en la cocina...
O en la sala me compongo. —
Voy á ver qué hace Ramon
Y á que me dé por el pronto
De almorzar. Hasta dempués,
Que no quiero hacer estorbo.
Inés. Llévese usted allá dentro
Esa cesta.
Lucas. Sí; y el pollo.

ESCENA V.

DON PASCUAL, DOÑA INÉS.

Pasc. ¡Qué campechano es tu tio!
Inés. Aunque el aguinaldo es corto,
La voluntad...
Pasc. ¡Un polluelo
Tísico! ¡Bravo negocio!
¡Y el bruto que lo conduce
Llena á mi costa el mondongo!
Inés. ¿Le hemos de echar á la calle?
Mateo. Que Dios guarde á ustedes.
(*A la puerta.*)
Pasc. ¡Otro

ESCENA VI.

DOÑA INÉS, DON PASCUAL, MATEO.

Mateo. ¿Quién de ustedes dos se llama
(*Trae una cesta.*)
Don Pascual García Robles?
Pasc. ¡Linda pregunta! Yo soy.
Mateo. Celebro que usted la goce.
Pasc. ¿Y usted...?
Mateo. Soy el ordinario
De Boadilla del Monte.
Con esta cesta me envía
Doña Quiteria Quincoces...
Inés. ¡Mi cara prima! ¿Está buena?
Mateo. Tan guapa. Se reconcome
Por hallar otro marido.
Inés. Ya ves, enviudó tan jóven...
Pasc. ¿Qué hay de bueno en esa cesta?
Inés. Una orza con arrope,
(*Registrándola.*)
Mantecados de las monjas,
Y tortas de cañamones.
Pasc. (Todo ello valdrá seis reales.)
Dé usted gracias en mi nombre
(*Despidiéndole.*)
A esa señora, y mandar.

Mateo. ¿No me paga usted el porte
Y los derechos?
Pasc. ¿Derechos?
¿Porte? ¡Estamos frescos! ¿Con que...?
Inés. Págale. ¿Qué hemos de hacer?
(*En voz baja.*)
Pasc. Llévese con mil legiones
(*Lo mismo.*)
De diablos lo que ha traido.
Inés. ¡Eh! Calla; no me abochornes.
¿Qué dirian de nosotros?
Pasc. (¡Oh!...) ¿Cuánto?
Mateo. Nueve..., catorce...
Catorce reales, señor.
Pasc. ¡Excomul...! (Dios me perdone.)
Tome usted.
Mateo. Ea, salud.
(*Tomando el dinero.*)
Pasc. (Así... saldremos de pobres.)

ESCENA VII.

DON PASCUAL, DOÑA INÉS.

Inés. ¡Qué ojos! Parecen dos ascuas.
Pasc. Reniego de tus parientes,
Reniego de sus presentes,
De tí, de mí y de las pascuas.
Inés. Harto hacen, siento notoria
La miseria general;
Y tú debieras, Pascual,
Agradecer su memoria.
Pasc. Si solo muestran así
Su cariñoso interés,
Diles de mi parte, Inés,
Que no se acuerden de mí.
Inés. Vamos, hijo, no te enfades,
Que eso es de poco momento;
Y si tú no estás contento
Tendré malas navidades.
Pasc. Sí; tu dulce voz me aplaca,
Y no es culpa tuya al fin
Si tu parentela es ruin
Y mi fortuna bellaca.
Inés. A pesar del casto lazo
Que nos une, estás hoy tal,
Que no me atrevo, Pascual,
A pedirte...
Pasc. ¿Qué?
Inés. Un abrazo.
Pasc. Tómalo. ¿De cuándo acá
(*Abrazándola.*)
No es mi gloria el darte gusto?
Inés. ¡Eso dices, hombre injusto,
Y no me compras el *boá!*
Pasc. Pero, mujer, ¿no te he dicho
Que eso es imposible?
Inés. ¡Ingrato!
Pasc. ¡Eh! No llores. Por un gato...
Inés. ¡Cruel!
Pasc. ¡Vaya, que es capricho...!
Inés. ¡Tú no me amas!
(*Separándose.*)
Pasc. Sí, mujer;
Mas cuando falte el dinero
¿Echarás en el puchero
Ese *boá* de Lucifer?
Inés. ¿A una mujer que se humilla
Desairas de esa manera?
Bien; yo tendré cuando quiera
Boás... y pieles de chinchilla.
Pasc. ¿Qué dices? ¡Oh!... Me amenazas...
Veremos... (Temblando estoy.)
Calla... Palabra te doy...
Inés. ¡Bien mio!
(*Suena la campanilla.*)
Pasc. (Soy un bragazas.)
Inés. Llaman.
Pasc. ¿Sí? Venga mi palo,
(*Toma su baston.*)
Y romperle te prometo
Sobre el zamarro paleto
Que me traiga otro regalo.

ESCENA VIII.

DOÑA INÉS, DON PASCUAL,
DOÑA MACARIA, PETRONILA.

Inés. Es mi abuelita. ¡Qué gozo!
Pasc. (Esto es mil veces peor!)
Mac. ¡Inés! ¡Hija!
(*Abrazando á doña Inés.*)
Inés. ¡Madre!
Pet. ¡Inés!
(*Abrazándola.*)
Inés. ¡Petronila!
Pasc. (¡Voto á brios!)
Mac. ¡Hijo! ¡Pascual! ¿No me abrazas?
Pasc. ¡Oh! Sí, señora, sí. ¡Oh!
(*Reprimiendo su disgusto y abrazándola.*)
Mac. Aprieta mas. ¡Qué tibieza!
Pasc. Por no ofender el pudor...
Mac. Bobada. ¿No soy tu madre? —
Abrázale tú, ababol.
(*A Petronila.*)

Pet. Estaba esperando vez.
(*Petronila y don Pascual se abrazan.*)
Mac. Tú no me esperabas hoy.
(*A Pascual.*)
¿Verdad?
Pasc. Cierto. No esperaba
La dulce satisfaccion...
Mac. Ya ha tiempo que os prevenia
Esta prueba de mi amor.
Pasc. (Yo me pasara sin ella.)
Mac. Ahora veo que cumplió
Con mis órdenes Ambrosia.
Así mas placer os doy
Con la sorpresa... Pascual,
Acércame ese sillon.
Pasc. (¡Eso me faltaba!)
(*Se lo acerca y se sienta doña Macaria. Todos hacen lo mismo.*)
Mac. Niña,
Tú estás flaca, sin color...
Inés. No sé por qué. Yo estoy buena.
Mac. ¿Hay acaso presuncion
(*En voz baja.*)
De...? Síntomas... Ya me entiendes.
Inés. ¡Abuela!...
Mac. Baja la voz,
Que tu hermana no es de misa.
Con que ¿un biznietito...?
Inés. No.
Mac. Pues tú estás desmejorada.
Y casi creyendo voy
Que el nuevo estado quizá... —
Sería una sinrazon
(*A Pascual.*)
No amar á esta criatura,
Porque es un ángel de Dios
Mi Inés.
Pasc. ¡Señora...!
Inés. ¡Abuelita!
Mac. Si te trata con rigor
Será mucha iniquidad.
Una moza como un sol
Que aun no cumplió veinticuatro
Es joya de gran valor...
Pasc. ¿Quién niega...?
Mac. Para un marido
Que peina cincuenta y dos.
Pasc. Cuando la ofrecí mi mano,
¿Por ventura oculté yo
Mi partida de bautismo?
Ni sé que motivo doy
Para que me acuse usted...
Mac. Es mera suposicion...
Vamos, sin duda mi ausencia
La entristecía. Al fin soy
Su abuela y su única madre,
Porque la suya... ¡Ay dolor!
Acabó mosú Lerruá
Con ella.
Pasc. (¡Y contigo no!)
Inés. ¿A qué saca usted ahora
Tan triste conversacion?
Mac. Mas consuélate, hija mia.
Gracias al cielo, ya estoy
A tu lado y comeremos
En una mesa el turron.
Pasc. (¡Ay de mi!)
Mac. Y aunque abandone
Por tu causa la labor,
No me iré tan pronto...
Pasc. (¡Rayo!)
Inés. Yo me alegro mucho...
Pasc. (¡Oh!...)
Mac. Aquí he de estarme hasta el miércoles.
De ceniza.
Pasc. (¡Maldicion!)
Mac. Ya hablaremos. Correrá
De mi cuenta desde hoy
El gobierno de esta casa,
Y estará como un reloj.
Ya sabes que á gobernosa
Nadie me gana.
Pasc. (¡Gran Dios!)
Mac. A mí debieran nombrarme
Ministro de lo interior.
Pasc. No es menester. Donde hay poco...
Mac. Tú eres un santo varon.
Pasc. Convengo.
Mac. Inés, una niña.
Yo velaré por los dos...
Pasc. Gracias.
Mac. Dime: los criados...
(*A doña Inés.*)
(*Sigue hablando con doña Inés en voz baja.*)
Pasc. (¡Ya ha tomado posesion!)
¿Y tú qué dices, muchacha?
(*A Petronila.*)
Pet. Yo hablo poco. Aquí me estoy
Al brasero...
Pasc. ¿Te hallas bien
En Madrid?
Pet. ¿Yo? No, señor.
Como no conozco á nadie...
Pues. Y este es un lugaron
Que... Vaya, vaya; en mi pueblo
Estaba mucho mejor.
Pasc. Así lo creo. Es decir
Que si vale tu opinion
Te volverás á Perales...
Pet. Antes que mañana, hoy.
Pasc. Eres muy amable.

Pet. Mucho.
Pasc. Muy graciosa.
Pet. Eh... Jum... ¡Qué tos!
Pasc. ¿Te estás riendo de mí?
Pet. No tengo tan buen humor.
Pasc. (Callaré por no exponerme
A cascarla un bofeton.
¡Vaya que nieta y abuela
Son dos hembras de mi flor!
Con la una en esta casa
Ha entrado la inquisicion;
La otra á cada pregunta
Responde con una coz.)

ESCENA IX.

DOÑA INÉS, DON PASCUAL, DOÑA MACARIA, PETRONILA, DOÑA QUITERIA, ROSITA.

Quit. No tiene usted que pasar
(*Dentro.*)
Recado. Yo soy de casa.
(*Entra en la sala con su niña. Lleva* boá.)
Inés. Esa voz... ¡Quiteria!
(*Se levanta, y todos menos doña Macaria.*)
Quit. ¡Inés!
(*Abrazándola.*)
Pasc. (Esta es otra que bien baila.)
Quit. ¿Es tu suegro ese señor?
Inés. No; mi marido.
Quit. Pensaba...
Pasc. (¿Tengo yo cara de suegro?)
Quit. ¡Qué veo! ¡La tia Macaria!
(*Se acerca y la abraza.*)
Mac. Adios, Quiteria.
Quit. ¡Tan fresca!
¡Tan rozagante!... ¡Y tu hermana!
Pet. Para servirte.
Inés. ¡Rosita!
Ven aquí, ven aquí, alhaja.
(*La besa.*)
Sentáos. ¿Qué haceis de pié?
Mac. Está muy mona.
Pet. Es muy guapa.
Quit. Hija, en el pueblo me aburro,
Y vengo á pasar las pascuas
En Madrid.
Inés. Haces muy bien.
Quit. Aquí tengo muchas casas
Donde venir á parar.
Como estoy relacionada
Con tanta gente... Ya ves;
Mi marido, que Dios haya,
Estuvo empleado en propios...
Pero vaya noramala
Todo el mundo. Entre los mios
Estaré mas á mis anchas;
Y si no lo hiciera así,
Tú, prima, que eres tan franca,
Te quejarías...
Inés. Sin duda...
Quit. Tratadme con confianza:
¿Lo entendeis?
Inés. ¡Un *boá*! ¿Lo ves?
(*Aparte á don Pascual.*)
¡Hasta en los pueblos lo gastan!
Pasc. Déjame en paz. ¡Bueno estoy
(*En voz baja.*)
Para *boás!* De buena gana
La ahorcaría yo con él.
Inés. Vamos; ¿no me dices nada,
Niña?
Quit. Haz un mimo á tu tia.
Inés. Vamos; sí.
Mac. ¿Cómo te llamas?
Quit. Responde: Rosita Suarez.
¡Si viera usted cómo charla!
¡Tiene un pico...!
Pet. Vamos; di.
Quit. Es milagro que ahora calla. —
Mira que llevas azotes.
Inés. Te daré merengues... ¡Nada!
Quit. Se empeña en dejarme mal.
¿No quieres hablar? Pues canta.
Para eso se pinta sola.
Vamos; el *Lelé*, ó el *Alza Pilíli.*
Mac. Tendrá vergüenza.
Quit. Pues ¡y bailar! Baila, baila
Las manchegas, hija mia.
Pasc. Acaso no tendrá gana...
Quit. ¡Vaya! Y sino, la *Cachucha.* —
Tara, larira, laraara...
(*Talareando.*)
Mac. Propia condicion de niños,
Que nunca han de hacer sus gracias
Cuando se lo ruegan.
Quit. Mira
Que me sofocas, muchacha.
Pasc. Ya hará gracias: no hay cuidado
(*Aparte á doña Macaria.*)
Verá usted que poco tarda
En romper un abanico,
Llorar, ó pedir la...
Quit. ¡Vaya!
Otra vez será.
Pet. Sin duda
De mi cuñado se espanta.
Pasc. ¿Soy yo alguna fiera?
Quit. No;

Pero como ve esa cara
Tan seria...
Inés. Dice muy bien.
Ve que tú no la agasajas,
Ni le das siquiera un beso...
Pasc. ¿Qué he de hacer si es tan huraña?
Probaremos sin embargo.
¡Monina! Un besito...
Quit. Anda.
Dale un beso.
Ros. ¡No!
Pasc. ¡Qué gusto!
Ya habló. ¡Hija mia!...
(*La da un beso y la niña rompe á llorar.*)
(¡Qué babas!)
Ros. ¡Mamá! ¡Mamá!
(*Corriendo á refugiarse en los brazos de doña Quiteria.*)
Pasc. ¿No lo dije?
Ya soltó la clarinada.
Quit. ¡Calla! ¡Si te quiere mucho!
Ros. Me ha pinchado con las barbas.
Quit. ¿Ven ustedes qué agudeza?
Pasc. Sí tal. Es mucha monada.
Ea, no llores...
(*Rosita sigue llorando y al mismo tiempo suena dentro una zambomba.*)
(Reniego
De ella y de toda su raza.)
Inés. Le daré para que calle
Una torta.
(*Saca una de la cesta que trajo el ordinario y se la da.*)
Toma, chacha.
(*La toma Rosita y dejando de llorar se la va comiendo al lado de su madre. — Las mujeres cuchuchean al rededor del brasero.*)
Pasc. (¡Cuerno con la tal viudita!
Tras de allanar mi morada,
Su chiquilla se me come
Las tortas que me regala.)
(*Suena la campanilla.*)
Inés. ¡Otra vez la campanilla!
Pasc. (Meson se ha vuelto mi casa.)

ESCENA X

DOÑA INÉS, DON PASCUAL, DOÑA MACARIA, PETRONILA, DOÑA QUITERIA, ROSITA, DON CENON, DON MAURICIO, TIBURCIO.

(*Otra vez se levantan todos menos doña Macaria. Don Cenon y sus hijos abrazan á doña Inés.*)

Cenon. ¡Inés!
Maur. ¡Inés!
Tib. ¡Inesilla!
Inés. ¡Tanto bueno por acá!
Pasc. (¿Meson? Poco he dicho. Este es
El valle de Josafat.)
Cenon. ¡Pascual! (*Abrazándole.*)
Maur. ¡Pascual!
(*Lo mismo.*)
Pasc. Bien venidos...
Tib. ¡Felices pascuas, Pascual!
(*Toca una enorme zambomba que trae.*)
Inés. ¡Tio Cenon!
Pasc. (¡Tambien zambomba!
Hoy me da una enfermedad.)
Cenon. ¡Hola, Quiteria!... ¡Macaria!
¡Petronila! ¡Voto á san...!
Y la chiquilla... Me alegro.
¡Qué dichosa navidad!
Mac. ¡Cenon!
(*Hablan todos á un tiempo y se van sentando.*)
Pet. ¡Tiburcio!
Maur. ¡Rosita!
Tib. ¡Petronila!
Quit. ¿Cómo estás.
Mauricio?
Maur. Para servirte,
Quiteria.
Tib. ¿A ver, á ver qué hay
(*Aprovechándose de la confusion destapa y reconoce la cesta.*)
En este canasto? ¡Bollos!
(*Saca dos y come. En el resto de la escena hará continuos viajes á la cesta.*)
¡Qué mantecosos están!
Cenon. ¿Y cómo aquí reunida
La parentela?
Inés. Es casual...
Cenon. Vamos, Pascual ha tenido
La humorada singular
De convidaros á todos
Para esta festividad.
Pasc. Convidar...
Cenon. ¡Y á mí me excluyes

Del convite general,
A mi y á mis hijos! Pero
Sin duda la circular
Se ha extraviado. Mejor.
Así me agradecerás
Con doble razon el viaje.

Pasc. Sí, señor; mucho; sí tal.
(Así tengas la salud.)

Maur. ¡Inesita! ¡Voto va...!
(*La abraza.*)
Otro abrazo. Estás muy bella;
Mas bella que en el lugar.

Inés. Sí; lo mismo se lo dices
A cualquier hija de Adan.

Pasc. (Otra vez?) Aficionado
(*A doña Quiteria, que está á su lado.*)
Es el tal primo á abrazar.

Quit. Un poco. Y en otro tiempo
(*En voz baja.*)
Fué su novio.

Pasc. ¡Por san Blas...!

Quit. Y ha llegado á mi noticia
Que ella no le quiso mal.

Pasc. ¡Qué escucho!

Quit. Y el parentesco...
No le pudiera alcanzar
Un galgo.

Pasc. ¿Sí? Con licencia.
(*Se levanta apresurado.*)
Señor primo. — Ven acá.
(*Don Mauricio, que tenia asida una mano de Inés, la suelta, pasa ella al lado de su marido y hablan en voz baja.*)

Inés. ¿Qué quieres?

Pasc. Tienes un primo
Muy sobon, cara mitad.

Inés. Nos hemos criado juntos.

Pasc. Ese es un motivo mas
Para apartaros yo ahora.

Inés. Mi honor es como el cristal.

Pasc. ¿Por lo limpio, ó por lo frágil?

Inés. ¡Qué insulto! ¡Qué iniquidad!
Mereces...

Pasc. ¡Y mucho mimo
Después! ¡Y cómprame el *bodá!...*

Inés. Pero, hijo, sí...

Pasc. Ruega á Dios
Que, aunque es de canto y de cal,
No se canse mi paciencia.

Mac. ¿Qué es eso?

Inés. Nada, mamá.
(*Vuelve al corro y se sienta lejos de don Mauricio.*)

Pasc. ¡Hola, hijito! No eres manco.
(*Sorprendiendo á Tiburcio en el acto de sacar una torta.*)

Tib. ¡Toma! ¿Por qué no me dan?

Cenon. Ja, ja... Dice bien el chico.
(*Riéndose.*)
Atrácate. Ja, ja, ja.

Maur. ¿Cuántas te has comido?

Tib. Ocho.
(*Con la boca llena.*)

Maur. Vaya otra, sin ejemplar.
(*El muchacho saca la mano llena de bollos.*)

Quit. Basta ya, tragon. ¿No quieres
Que las prueben los demás?

Pasc. Yo se las daría todas...
(Si fuesen de rejalgar.)

Inés. Rosita...

Quit. Ya se ha dormido.
¡Ay Jesus! Pesa un quintal.
¿Dónde la echaré?

Inés. En mi cama.

Pasc. (¡Ay Dios! Me la va á calar.)

Inés. Dámela. (*Toma la niña.*)

Mac. Espera, Inesita.
(*Levantándose.*)
Yo tambien voy por allá.
Reconoceré la casa
Y veré de acomodar
A todos.

ESCENA XI.

DON PASCUAL, PETRONILA, DOÑA QUITERIA, DON CENON, DON MAURICIO, TIBURCIO.

Quit. ¡Diablo de tia!
(*A don Pascual.*)
¡Miren con qué libertad
Dispone de casa ajena!

Pasc. En cuanto á eso, muchos hay
Que la imitan.

Quit. ¡Y qué genio!
Nadie la puede aguantar.
Si ella está aquí cuatro dias
No habrá contento ni paz
En esta casa. ¡Oh!

Pasc. (La viuda
Tiene lengua de alquitran.)

Quit. Pues digo ¡la Petronila!
Tan fatua, tan ñoña... El tal
Don Cenon es un mastuerzo;
El muchacho un Barrabás;
Mauricio vicioso y ganso...

Pasc. Y usted... un ángel. ¿Verdad?

ESCENA XII.

DON PASCUAL, PETRONILA, DOÑA QUITERIA, DON CENON, DON MAURICIO, TIBURCIO, DOÑA MACARIA, DOÑA INÉS, LUCAS, AMBROSIA.

Inés. Quisiera tener mas casa.
Mac. Bien. Ya formaré mi plan.
(*Llega Lucas con un matelon, alforjas, capas y una guitarra. Le sigue Ambrosia.*)
Lucas. ¡Alabado sea Dios!
Amb. Ya estamos todos acá.
Pasc. (¡Otro refuerzo! Está visto.
Yo tendré que irme al zaguan.)
Lucas. ¿Dónde acomodo estos chismes?
Maur. Pónlos sobre ese sofá.
Mac. Sí; bien. Luego arreglaremos...
Quit. Mis baules no vendrán
Hasta mañana.
Mac. Los mios
Llegan con el mayoral
Esta tarde.
Pasc. ¿Sí? ¡Muy bien!...
(¡Santísima Trinidad!...)
Muchacho, qué estás haciendo?
(*Viendo á Tiburcio que garrapatea en los papeles que habrá sobre la mesa.*)
Tib. Pintando monos.
Pasc. ¡Satan!
¡Me has perdido! ¡En mi expediente
Sobre alfolíes de sal!
¡Aparta! ¿Y esto ha de ir
Al ministro?
Cenon. Ja, ja, ja.
(*Acercándose á mirar, con risa estúpida.*)
¡Ocurrencia como ella!
¿A ver qué has hecho, rapaz?
¡Bien! Y nadie le ha enseñado.
Digo que es habilidad.
Ja, ja, ja...
Pasc. ¿Se rie usted?
Tib. Es el gigante Goliat.
(*Don Cenon suelta una estrepitosa carcajada; don Pascual encierra los papeles en una cómoda; las mujeres charlan todas á un tiempo; Mauricio toma la guitarra y la templa.*)
Cenon. Este chico es la esperanza
De la familia.
Pasc. (¡Infernal
Parentela!)
Quit. ¡Oh, que tenemos
Guitarra! Bueno será
Que cantes alguna cosa,
Petronila.
Pet. Lo hago mal.
Maur. Vamos; yo acompañaré.
Quit. Sí. *Una voce poco fa.*
Mac. Canta.
Pet. ¡Si me da vergüenza!
Amb. ¡Tio Lucas, que va á cantar!
Sentémonos.
Lucas. Que me place.
(*Se sientan.*)
Pasc. ¡Bien! ¡Viva la libertad!
(*A los criados lugareños.*)
Pet. El aria no.
Inés. Pues bien, canta
Otra cosa.
Mac. El *Dulce iman.*
Cenon. Y sino, el *Trípili, Trápala.*
Pet. Pero... Otro dia será...
Maur. Ahora.
Todos. ¡Que cante! Que cante!
(*Menos don Pascual.*)
Pet. Si estoy ronca. ¡Fuerte afan!...
Quit. Va verá usted cómo ahulla
(*A don Pascual.*)
Después de hacerse rogar.
Maur. Vaya algo nuevo. La *Atala.*
Pasc. (¡Vírgen de la Antigua!)
Pet. Mas...
Todos. ¡La *Atala!* ¡La *Atala!*
(*Menos don Pascual.*)
Pet. Vamos:
Ustedes perdonarán... —
¡Pero si...!
(*Tosiendo y escupiendo.*)
Maur. Vamos, empieza.
(*Punteando la guitarra.*)
Pet. « Triste Chac... » (*Cantando.*)
No.
(*Hablando.*)
« Triste Chac... »
(*Cantando.*)
¡Si digo que hoy...! (*Hablando.*)
Quit. ¿No lo dije?
(*A don Pascual.*)
Maur. Volveremos á empezar.
(*Petronila canta con ridícula afectacion y muy desafinada. Todos manifiestan oirla con sumo gozo, particularmente doña Macaria y don Cenon. Doña Quiteria reprime la risa y se tapa la boca con el abanico. Don Pascual hace gestos de desaprobacion.*)
Pet. « ¡Triste Chactas! ¡Cuán rápida ha sido (*Cantando.*)
La terrible ilusion de tu dicha!

Sumergido en perpetua desdicha
Solo resta un fatal porvenir.
Bella vírgen, tu vida expusiste
Por librarme de muerte funesta.
Mi cancion para siempre será esta:
Sin mi Atala no puedo vivir. »

Pasc. (¡Jesus! ¡Bienaventurados
(*Mientras todos palmotean.*)
Los sordos! ¡Qué atrocidad!
Comparada con su voz,
La zambomba es celestial.)

Mac. Ahora, pues quiso el cielo
Por su infinita bondad
Reunir la parentela
En casa del buen Pascual,
Ya que esta casucha ofrece
Tan poca comodidad...

Pasc. Cierto, y yo era de opinion...

Mac. Tú no te debes mezclar
En eso.

Pasc. Yo...

Mac. En tal apuro
Dicta la necesidad
Medidas extraordinarias.

Pasc. (¡Ay! ¡Si enviarme querrá
Confinado á Filipinas!)

Quit. ¿Qué golpe de autoridad
Nos prepara usted?

Mac. Hagamos
Cama redonda.

Maur. Cabal.

Todos. ¡Cama redonda!
(*Menos don Pascual y Petronila.*)

Pasc. ¡Protesto!
(*Gran bulla.*)

Pet. No permitiré jamás...

Pasc. Pido la palabra.

Pet. Corre
Peligro mi honestidad.

Pasc. Soy casado.

Mac. Necio, aquí
No se ataca á la moral.
Habrá division de sexos.
Los hombres se acostarán
En la sala; las mujeres
En la alcoba principal;
Los criados allá dentro...

Pasc. Pero es una iniquidad
El arrancar á un cristiano
De su lecho conyugal.

Maur. ¡Quite el maridazo!

Cenon. ¡Fuera
Privilegios! ¡La igualdad
Ante la ley!

In s. Es preciso,
(*Aparte con don Pascual.*)
Porque en casa no los hay
Para tantos...

Pasc. ¿Qué? Reniego...

Inés. Pedir á la vecindad
Colchones.

Pasc. No quiero. Vayan
Noramala.

Inés. ¿Qué dirán...?

Pasc. Dios, con ser Dios, va á dormir
Esta noche en un portal.

Inés. Estamos conformes. Luego
(*Volviéndose al corro.*)
Lo arreglaremos, mamá.

Quit. Soy de parecer que ahora
Vayamos á pasear
Todos juntos.
(*Todos se levantan.*)

Maur. Sí, lo apruebo.

Mac. Vamos; sí.

Cenon. Vamos allá,
A bien que todos llevamos
Los trapos de cristianar...

Inés. Sí. ¿Vienes, Pascual?
(*Poniéndose la mantilla.*)

Pasc. No.

Tib. Sí;
Me comprará mazapan.

Pasc. Vayan ustedes con Dios.
Yo me quedo á preparar
La colacion.

Maur. Venga el brazo.
(*A doña Inés.*)

Pasc. (Ya me la atrapó el galan.)

Tib. ¡Esperarse! ¡Allá voy yo!

Maur. Quita, zopenco. Tú irás
Con Ambrosia y el tio Lucas.

Tib. Pues que me dé padre un real
Y compraré una chicharra.

Cenon. Toma, toma, perillan.
(*Dándole cuartos.*)
Primita Macaria, tengo
El honor...
(*Ofreciendo el brazo y ella lo toma.*)

Quit. (¡Miren qué par!)

Inés. Ea, abur...

Quit. Cuídeme usted
La niña.

(*Salen todos, Don Pascual cae desolado sobre el sillon.*)

Pasc. ¡No puedo mas!

ESCENA XIII.

Don PASCUAL.

(*Breve pausa.*)

¡Qué noche-buena me aguarda!...
Mas yo merezco la albarda
Que me echa encima esa gente,
Como á mulo de alquiler,
Por ser tan condescendiente
Con *mi mujer*.

Dios poderoso y bendito,
¿Cuál ha sido mi delito
Que otro campo de Agramante
Ya mi casa viene á ser?
¿No me castigais bastante
Con *mi mujer?*

Miro á todos con espanto,
Mas nadie me aterra tanto
Como esa maldita vieja
Que en todo se ha de meter,...
¡Y ese primo que corteja
A *mi mujer!*

O soy de Madrid ludibrio,
O perdiendo el equilibrio
De patas en el infierno
El crímen me hará caer;
¿Por quién, por quién, Dios eterno?
¡Por *mi mujer!*

¡Ay, pobre paga! Entre todos
Me van á comer los codos;
Y esa re-suegra gendarme,
Retrato de Lucifer,
¡Ay! ni me deja acostarme
Con *mi mujer*.

¡Soldados, no esteis ociosos!
¿Quereis perseguir facciosos?
Venid, patriotas valientes,
Venid; yo os he menester.
Acabad con los parientes
De *mi mujer*.

ESCENA XIV.

Don ANTONIO, Don PASCUAL.

Ant. ¡Don Pascual!
Pasc. ¡Ay, don Antonio!
Ant. Yo temo que se me hunda
La casa. ¡Qué baraunda!
¿Quién ha entrado aquí?
Pasc. ¡El demonio
Ant. ¡Tanto ruido todo el dia...!
Pasc. ¡Ay, vecino!
Ant. Y cuando oí
Gritos, clamores..., creí
Que estaba usté en la agonía.
Pasc. Sí, señor; ó poco menos.
Ant. ¡Hoy que humilde en un establo
Nace Dios...!
Pasc. Me lleva el diablo,
Y por pecados ajenos.
Ant. Cuénteme usted...
Pasc. ¡Qué epidemia!
Ant. Ya sabe usted que le quiero.
Pasc. Sí; siendo usted mi casero
Ni me embarga ni me apremia.
Ant. Usté es honrado; yo rico.
Sé que el tesoro está exhausto...
Pasc. ¡Soy de la patria holocausto!
Ant. Por dos mil reales y pico...
Pasc. Hoy que he tomado del arca
Una paguita, ¡qué estrella!
Se conjuran contra ella
Diez pueblos de la comarca.
Ant. ¿Qué dice usted? ¿Con qué título...?
Pasc. ¡Oh villanos trogloditas!
Ant. Vaya, cuente usted sus cuitas...
Pasc. Oiga usted. Primer capítulo.
Mi mujer... Ya usted sabrá
Que se muere por un dije...
Ant. Algo...
Pasc. Pues, señor, ¡me exige
Media paga para un *boá!*
Ant. No es justo, que están muy malos
Los tiempos...
Pasc. *Item.* Su abuela
Y otros de la parentela
Me abruman con sus regalos.
Ant. ¡Hombre!...
Pasc. Oiga usted.
Ant. Adelante.
Pasc. Son tortas negras y duras,
Y huevos con galladuras,
Y un pollito vergonzante.
Ant. ¡Nada menos!
Pasc. Sí, señor;
Y entre propinas y porte
Ya me ha hecho dar mi consorte
Siete veces su valor. —
Item mas. Los muy beodos...,
Lo peor, don Antonio, es esto,
Con tan frívolo pretesto
Se me encajan aquí todos.
Ant. ¿Qué me cuen[illegible] usted?
Pasc. Sus céspedes

Han abandonado en masa,
Y está invadida mi casa
Por una legion de huéspedes.
Ant. ¡Pobre don Pascual!
Pasc. La tia,
Los primos, la abuela anciana,
Los sobrinitos, la hermana...
Y toda la dinastía.
Ant. Contra la injusta invasion
De tanto deudo importuno
¿No habrá un medio?
Pasc. Solo hay uno. —
Tirarme por el balcon.
Ant. ¡Cómo!... Pues yo, es cosa cierta,
Los cogiera de los cuellos
Y los arrojara á ellos,
Si no se van por la puerta.
Pasc. Por fin ahora el somaten
Me ha dejado descansar.
Ant. ¿Dónde han ido?
Pasc. A pasear.
Ant. ¿Y la costilla?
Pasc. Tambien.
Ant. ¡Pensamiento peregrino!
¡Oh! sí, sí... Yo haré el despejo...
Pasc. ¿Eh?
Ant. Tome usted mi consejo,
Y se salva usted, vecino.
Pasc. Y á gentes tan temerarias,
Tan gorronas é impolíticas...
¿Cómo...?
Ant. En circunstancias críticas...
Medidas extraordinarias.
Pasc. ¿A ver? Yo en usted confio...
Ant. Sin que quede ni un esparto,
Desalquilemos el cuarto,
Y bájese usted al mio.
Pasc. ¡Oh qué buena idea!
Ant. Así,
Cuando vuelvan sus mercedes,
No hallarán... mas que paredes.
Pasc. ¡Bravo! Sí; al instante, sí.
Ant. ¡Al avío!
Pasc. Yo me atonto...
Ant. Venga el criado...
Pasc. ¡Ramon!
(*Llamando.*)
No hay tiempo... La confusion...

ESCENA XV.

DON PASCUAL, DON ANTONIO, RAMON.

Ant. ¡Ah! Baja á mi cuarto. ¡Pronto!
Con mis criados volando
Vuélvete aquí, y además
A seis mozos llamarás
De cordel...
(*Ramon duda y mira á su amo.*)
Pasc. Vé: yo lo mando.

ESCENA XVI.

DON PASCUAL, DON ANTONIO.

Pasc. Van á alborotar la corte
Si ven cerrada la puerta.
Ant. Yo me quedo. Estará abierta.
Yo les daré pasaporte.
Pasc. Ya de su chasco me rio,
Y aun lo merecen mayor;
Pero ¿y mi mujer, señor?
¿Qué va á ser de ella, Dios mio?
Ant. ¡Eh! No sea usted tan... bobo.
Que rabie.
Pasc. ¡Pobre Inesita!
Ant. Tambien ella necesita
Ver las orejas al lobo.
Pasc. Tal vez haciéndola instancias...
Ant. O no hay nada de lo dicho,
O he de obrar á mi capricho
Conforme á las circunstancias,
¿No fia usted de un amigo?
Pasc. Sí; omnímodas facultades
Doy á usted. ¡Qué navidades!
Ant. Las pasará usted conmigo.

ESCENA XVII.

DON PASCUAL, DON ANTONIO, RAMON.

Siguen á Ramon dos criados y luego entran seis mozos de cordel.)

Ant. Cargad con ese menaje,
Y á mi habitacion con él.
Pasc. ¿Y los mozos de cordel?
Ramon. Aquí están.
Ant. ¡Vivo!
Pasc. ¡Coraje!
(*Los criados y mozos empiezan á cargar muebles y llevárselos, yendo y viniendo hasta quedar desocupada la habitacion.*)
Vosotros cuatro, á la alcoba
Con Ramon y al comedor.
Ramon. ¿Todo abajo?
Ant. Sí, señor.

No ha de quedar ni la escoba.
(*Vase Ramon á lo interior de la casa con cuatro mozos. Los demás y los dos criados siguen desocupando la sala.*)
Pasc. La zambomba y la guitarra
Y esas capas y ese lio,
Dejadlo ahí, que no es mio.
Ant. ¡Ah! Ya.
Pasc. Es de ellos. ¡Mala...!
Un Mozo. ¡Agarra!
(*A otro.*)
(*Los mozos dejan en un rincon lo que trajeron los lugareños y se llevan el sofá.*)
Pasc. Llévate esa cesta, drope,
Que harto cara me ha costado. —
¡Ay! Apenas han quedado
(*Reconociéndola.*)
Cuatro tortas y el arrope. —
Despacito... Anda tú; ayuda. —
(*A uno que se lleva la mesa.*)
Con cuidado, que está endeble.
Ramon. ¿Qué hacemos con este mueble?
(*Volviendo con Rosita dormida.*)
Pasc. ¡Oh! ¡La niña de la viuda!
¡Por san Francisco de Borja,
Que no se despierte!
Ant. Es guapa.
Pasc. Tiéndela sobre esa capa,
Y por almohada la alforja.
(*Lo hace Ramon y vase.*)
Ant. Llévate el brasero tú.
(*A un criado.*)
¿Queda aquí algo?
Pasc. Nada encuentro...
Ant. Pues, vamos; á lo de adentro.
Despachad con Belcebú.

ESCENA XVIII.

DON PASCUAL, DON ANTONIO.

Pasc. ¡Y ahora, Dios mio, este gasto!...
Ant. Yo lo abono.
Pasc. ¡Ah! ¿Quién te iguala,
Hombre insigne...
Ant. ¡Y en la sala
Se nos queda el mejor trasto!
Pasc. ¿Cuál? No veo...
Ant. ¡Usted, demonio!
¿A qué alejar con empeño
Los muebles si queda el dueño?
¡Lárguese usted!
Pasc. ¡Don Antonio!
Ant. Pronto, que van á volver.
Pasc. ¡Adios..., mi tugurio..., adios!
¡Inés!... Reniego de los...
Parientes de mi mujer!

ESCENA XIX.

DON ANTONIO.

No va á armarse mala zambra
Cuando vuelva esa langosta
De parientes. En verdad,
Algo pesada es la broma;
Pero harto lo han merecido.
¿No hay sino vivir de gorra,
Y á título de pariente
Y porque envio unas tortas
Pegar la tostada al prójimo?
¡Ojalá en letras muy gordas
Se imprimiera este suceso
Para escarmiento de posmas
Y se circulara á todos
Los pueblos de la redonda!

ESCENA XX.

DON ANTONIO, RAMON, LOS CRIADOS, DOS MOZOS.

Ant. ¡Hola! ¿Se ha desocupado
La casa?
Ramon. Sí, señor. Toda.
Ant. Bien está. Paga á los mozos.
Aquí tienes media onza.
Con mis criados después
Repartirás lo que sobra.
Idos abajo; dejadme
Aquí solo; y punto en boca.

ESCENA XIX.

DON ANTONIO, ROSITA.

Ant. Gracias á Dios, nos han dado
Bastante tiempo...
(*Despierta llorando Rosita.*)
¿Quién llora...?
¡Ah! La chiquilla...
Ros. ¡Mamá!
(*Se levanta.*)
Ant. Ya va á venir. Calla, mona.

Ros. ¡Mamá, mamá!...
Ant. ¿Qué hago yo
Con este embeleco ahora?
Mas siento ruido... Ya vienen...
Ros. Yo quiero tortas.
Ant. No hay tortas.
Toma dos cuartos y calla. (*Se los da.*)
Aqui están. ¡Qué familiota!

ESCENA XXII.

DON ANTONIO, ROSITA, DOÑA INÉS, TODOS LOS PARIENTES, AMBROSIA, LUCAS.

Inés. ¡Pascual!... ¿Dónde está Pascual?
Ros. ¡Mamá...!
Quit. ¡Mi niña!... ¡Tan sola...!
Inés. ¡Don Antonio aquí!
Mac. Los muebles...
Ant. Beso á usted los piés, señora...
Maur. La sala desocupada...
Cenon. ¿Qué es esto?
Inés. ¡Tambien la alcoba!
(*Mirando desde la puerta.*)
Tib. ¿Y la cesta? ¡Yo quería
Dar un asalto á la orza!
Inés. ¿Me explica usted, don Antonio,
Este misterio?
Ant. Es la cosa
Mas sencilla. Don Pascual
Por ahorrarse trapisondas
Ha desalquilado el cuarto.
Inés. Pero ¿dónde está?
Ant. Se ignora.
Solo ha dicho: « Los parientes
De mi esposa me acosan,
Y por libertarme de ellos
Me iria á las Californias. »
Quit. ¡Qué insulto!
Amb. ¡Qué picardía!
Cenon. Tiene razon que le sobra.
Ja, ja, ja.
Maur. ¡Qué accion tan baja!
Pet. ¡Grosero!
Tib. ¡Mal primo!
Mac. ¡Idiota!
Inés. ¡Justicia de ese bribon
Que á su mujer abandona!
Mac. ¡Y nuestra noble prosapia
Ha de sufrir tal deshonra!
Maur. Me dará satisfaccion,
¡O por vida de Mahoma!...
Mac. Tú debes quejarte á un juez...
(*A doña Inés.*)
Ant. Suplico á usted que me oiga.
(*A doña Inés.*)
Aparte.
(*Se la lleva á un extremo y habla aparte con ella.*)
Quit. Aquí ya es forzoso
Tomar medidas...
Cenon. No hay otra
Que tomar sino marcharnos.
Confesemos que es chistosa
La ocurrencia...
Mac. ¡Quita allá!
Mi dictámen es que ahora...
(*Forman corro los parientes y consultan en voz baja.*)
Ant. Ni hay causa para divorcio
Ni diera á usted buena nota
Esa idea. A sus maridos
Deben seguir las esposas.
Inés. ¿Y mis parientes? Confieso
Que todos aquí ¡es historia!
Ant. Ellos, ó él: elija usted.
Si cede usted, él perdona.
Yo sé dónde está.
Inés. ¡Villano!
Ant. Con insultos ¿qué se logra?
Inés. ¿Dónde está? Dígalo usted.
Ant. Saber primero me importa
Si usted quiere paz.
Inés. No. ¡Guerra!
Ant. (Para que no haya camorras
Habré de capitular
Aunque lo pague mi bolsa.)
Mal le paga usted, ingrata.
Él la ama á usted; él la adora,
Y quizá en este momento
El *boá* suspirando compra.
Inés. ¡Que escucho! ¡El *boá*! ¿Tendré *boá*?
Ant. Yo empeño en debida forma
Mi palabra.
Inés. Suya soy.
¿Dónde...?
Ant. En mi cuarto.
Inés. Estoy pronta.
Mac. Inés, ven á dar tu voto
Porque si ahora no se toman
Medidas extraordinarias...
Inés. La que de honrada blasona
Obedece á su marido...
Y yo lo pongo por obra.

ESCENA ULTIMA.

DON ANTONIO, LOS PARIENTES, AMBROSIA, LUCAS.

Mac. ¿Lo ois? ¡Se va! ¡Nieta indigna!
Maur. Marido y mujer se mofan
De nosotros.
Quit. ¡La embustera!
Pet. ¡La descastada!
Mac. ¡La hipócrita!
Cenon. Ja, ja... Tendré qué contar...
Maur. Vaya, y ¿qué hacemos ahora?
Quit. Quedarnos aquí...
Ant. Imposible.
Yo, casero, á mucha honra
Lo tendría; mas ya corre
Por cuenta de otra persona
El cuarto.
Maur. Fuerza es tomar
La resolucion heróica...
De largarnos.
Quit. Juntos no,
Porque es mucha Babilonia.
Cenon. Volvámonos al lugar.
(*A sus hijos.*)
Mac. Yo al parador.
Quit. Yo á la fonda. —
La culpa ha sido de ustedes
Que se entran sin ceremonia
Donde nadie los llamaba.
Mac. ¡Cómo se entiende! ¡Piojosa!
La intrusa eres tú, que vienes
A comer la sopa boba
A título de cuñada
De un primo tercero.
Quit. Rosa,
(*Tomando le la mano á su niña.*)
Vamos de aquí, vamos, antes
Que me arrebate la cólera.
(*Vase con la niña.*)
Cenon. Tú tambien por gobernar
(*A doña Macaria.*)
Casas ajenas...
Mac. Tio Roñas,
¿Y á qué has venido tú aquí?
Cenon. ¡Eh! Yo...
Mac. A llenar la bartola
Con esos dos zangandungos.
Maur. ¡Zangandungos!
Cenon. Está chocha.
Mac. ¡Oiga el muy...!
Cenon. Coje esos bártulos,
Lucas.
Tib. Venga mi zambomba.
Ant. (¿No acabarán?)
Mac. Vamos, hija.
Pet. ¡Pelones!
Mac. Vamos, Ambrosia.
Maur. ¡Canalla!
(*Todos á un tiempo al salir.*)
Mac. ¡Tramposos!
Tib. ¡Bruja!
(*Tocando la zambomba.*)
Mac. ¡Peleles!
Amb. ¡Bruto!
Lucas. ¡Facciosa!
(*Siguen dentro voceando.*)
Ant. ¡Qué maldita parentela!
Aun se oye la jerigonza. —
Si me caso, de la inclusa
Tengo de sacar la novia.

ELLA ES ÉL,

COMEDIA EN UN ACTO,

ESTRENADA EN EL TEATRO DEL PRINCIPE EL DIA 15 DE FEBRERO DE 1838.

PERSONAS.

CAMILA.
RITA.
DON ALEJO.
DON MARCELO.
BRUNO.

La escena pasa en Valencia, en casa de don Alejo. Sala con puerta à la derecha del actor, otra en el foro y otra á la izquierda.

ESCENA PRIMERA.

CAMILA, RITA.

(*Rita aparece ocupada en alguna labor de su sexo. Llega Camila, se sienta y toma tambien algo de costura.*)

Cam. ¡Eh! Ya he dejado la pluma.
Ahora la aguja.
Rita. ¡Qué afan!
Vida llevas de azacan.
No sé cómo no te abruma.
Cam. ¡Qué quieres! Mi pobre Alejo
Es un bendito de Dios.
Yo trabajo por los dos...
Y gozar de Dios le dejo.
Rita. ¡Qué corazon de calandria!
¡Qué pobre hombre! Vale mas
No casarse una jamás
Que casarse con tal mandria.
Cam. Tú que eres de mi marido,
Rita, tan severo juez...
Hablemos claros; tal vez
No le hubieras escupido.
Mas de tu fallo importuno
No me admiro. Es natural
Que de todos hable mal
La que no tiene ninguno.
Rita. ¿Ya te picas?... ¡Qué bobada!
Yo te hablo de esa manera,
Camila, porque quisiera
Verte mejor empleada.
Cam. ¿Crees tú en hombres perfectos?
No lo es mi consorte; no,
Pero tiene prendas...
Rita. Yo
Solo he visto sus defectos.
Cam. ¡Con tales ojos le ves!
Tu juicio es aventurado,
Que al cabo no le has tratado
Mas que dos dias ó tres.
Rita. Ese tiempo hace que habito
En tu amable compañía,
Mas ya la fama decía
Que tu esposo es... un bendito.
¡Qué simpleza! ¡Qué desidia!
¡Qué poquedad!... claman todas.
¡Pobre moza! ¡Tristes bodas!
Cam. Y eso... ¿es caridad..., ó envidia?
Rita. ¡Camila!
Cam. Error puede haber
En juzgar por la apariencia.

Rita. Pues, hija, toda Valencia...
Cam. Valencia no es su mujer.
Falta de mundo y de trato
Tal vez le han hecho indolente;
Tal vez por ser complaciente
Le acusan de mentecato.
Tiene sobrado caudal
Y poquísima ambicion:
Descuidó su educacion
Ciego afecto paternal;
Y así, Rita, á dulces ocios
Mas que á brillar inclinado,
Y algo flojo y desmañado,
No se cuida de negocios.
Su dulzura, no lo niego,
Tal vez raya en timidez;
Mármol parece tal vez,
¡Y es su corazon de fuego!
No carece de valor,
Mas le falta atrevimiento;
No le falta entendimiento,
Pero le sobra candor.
Digna es en fin de la mia
Su alma amorosa y sin hiel,
Y si algo malo hay en él,
Es ser bueno en demasía.
Rita. Confiésame que si pones
En el cielo á tu marido
Solo es porque ha consentido
Que lleves tú los calzones.
Cam. Lo que otras envidiarán
Yo como carga lo tomo
Por ahorrar un mayordomo
Que á mis hijos robe el pan;
Y administradora fiel
Cual tierna consorte soy,
Que un solo paso no doy
Sin consultarlo con él.
Rita. ¡No tiene mala prebenda!
Tú trabajas, y el muy zote...
Cam. Ya que me casé sin dote
Conservar debo su hacienda.
Rita. Si es tan débil criatura,
Cambiad de una vez los frenos,
Y que él se encargue á lo menos
Del planchado y la costura.
Cam. Rita, la lengua deten.
El que á mi esposo deprima...
Rita. Esto es una chanza, prima,
Y lo digo por tu bien.
¡Te llama cara mitad!
Y miente; que tú eres *él*,
Y eres *tú*. Ese hombre de miel
¿Qué hace?
Cam. Mi felicidad.
Rita. Y eso... ¿quién te lo asegura?
¿Y si esa condescendencia
Naciese de indiferencia,
Camila, y no de ternura?
¿Se despoja así un marido
De la autoridad suprema?
Quizá sea estratagema
Lo que parece descuido.
Cam. ¡No!
Rita. Tal vez, mientras el opio
De esa blandura estudiada
Te adormece confiada
Y fascina tu amor propio...
Cam. ¡Qué ruin cavilosidad!
Rita. Te teme mas que te ama,
Y sacrifica su fama
A la dulce libertad.
Cam. ¡Qué lengüecita de perla!
¡Calla! Me haces padecer...
Rita. Quien descuida á su mujer...
No está lejos de venderla.
¿Quién sabe si ya se cansa
De tí, y á lo somormujo...,
Con ese aire de cartujo...?
¡Guárdate del agua mansa!
Cam. ¡Oh!
Rita. Quizá cuando sin pena
Su cetro á tus manos pasa
Cuidados no tiene en casa.
Porque los tiene en la ajena.
Cam. ¡Oh cielo! ¡Pagar así
Mi tierna solicitud...!
¡Ah! No. Tanta ingratitud
No cabe, bien mio, en tí.
Rita. ¡Ah, que amor constante y fiel
Ogaño ya no se estila!
¿No quisiste tú, Camila,
A otro amante antes que á él?
Cam. ¿Otro amante? Sí... Marcelo.
Le hablé dos dias ó tres;
Se fué á la guerra, y después
No le he vuelto á ver el pelo.
Entonces era tan tierna
Mi edad, tan sujeta á engaños...
¿Qué mujer á los quince años
Siente una pasion eterna?
Una niña ya sabrás
Que suele poner su amor
En el que baila mejor
O en el que la adula mas.
Amor del primer abril,
Muchos autores lo han dicho,
Mas que amor es un capricho,
Es un antojo pueril.
Buscando á ciegas el bien
El corazon nos exhorta
A querer; y poco importa
Cómo, hasta cuando, y á quién.
Cuando se fué á Calahorra
Don Marcelo, ¿quién dirías
Que á los tres ó cuatro dias

Me consoló? Una cotorra.
Rita. Morir juraste ó jamás
Ser de otro dueño; ¡ y cruel
Te has casado! ¡Y no con él!
Cam. ¡Y no me he muerto! Ahí verás.
Él no me escribió...
Rita. Ya ves;
La guerra... Y un año entero
En Estella prisionero...
Pero te escribió después.
Cam. Ya era tarde. Como un sueño
Se había ya su memoria
Desvanecido, y mi gloria
Se cifraba en otro dueño.
Rita. ¡Plantar á tan fino amante!
¡Qué inconstancia! ¡ Qué desliz!
Él te hiciera mas feliz
Que ese hombre insignificante.
Cam. ¿Mas feliz que soy ahora?
¡Imposible! ¿Y qué sé yo
Si el otro se acuerda ó no...?
Rita. Prima, yo sé que te adora.
Cam. ¿Quién te ha dicho...?
Rita. Está en Valencia.
Cam. ¿De veras?
Rita. Haciendo alarde
De su constancia ayer tarde
Llegó con la diligencia.
Cam. ¿Tú le has visto?
Rita. A fe de Rita,
Cuando de misa salí.
¡Me ha hablado tanto de tí!...
Vendrá á hacerte una visita.
Cam. ¡A mí una visita! ¿Y cuándo?...
Rita. Hoy mismo. — Chica, ya tiene
Dos charreteras y viene
Con la cruz de san Fernando!
En la fonda nueva se halla. —
Recíbele, que harta pena...
Cam. Como amigo, enhorabuena;
Pero...
Rita. ¡Tu marido! Calla.
(*Se levantan.*)

ESCENA II.

CAMILA, RITA, DON ALEJO.

(*Llega don Alejo con caña y demás avios de pescar, y al entrar los entrega á Bruno, que se retira con ellos.*)

Alejo. ¡Bruno! (*Llamando.*)
¡Camila adorada! —
Lleva ese matalotaje
Allá dentro, y ten cuidado
Con los gatos, no se traguen
Un anzuelo. — ¡Prenda mia!
Perdona si vengo tarde.
Y dame un abrazo.
(*Abraza á Camila.*)
¡Hermosa!
Cam. Excusado es preguntarte
Qué has pescado, porque siempre
Vacío el cenacho traes.
Rita. O cuando mas una rana...
Alejo. Decís bien. No me da el naipe
Para la pesca; ni creo
Que la fortuna me llame
A prosperar por el agua.
Bien que... ¡por ninguna parte!
Es fatalidad. No emprendo
Cosa que no se desgracie.
Para mí es arco de iglesia
Lo que para otros muy fácil,
Y el dia en que no cometo
Diez torpezas garrafales
No quepo en mi; me figuro
Que he puesto una pica en Flandes.
Solo en la eleccion de esposa
Fuí feliz; que eres un ángel,
Camila...; y aun eso fué
Porque te eligió mi padre.
Yo estaba muerto por tí,
Mas no osaba declararme,
Y si él no pide tu mano
Hago, de fe, un disparate.
¡Hola! Y gracias que soy rico,
Que si hubiera de ganarme
El sustento con mi industria...
Ya sabe Dios lo que se hace.
Cam. Entonces te hubieran dado
Otra educacion...
Alejo. ¡Qué diantre!...
¡Si no sirvo para nada!...
Rita. Bueno es que tú lo declares.
Alejo. Es que por ser lego en todo
No sé ni aun mentir. No obstante,
Si ahora me quejo es de vicio,
Porque hoy he echado un buen lance.
Cam. ¿De veras?
Alejo. Sí.
Cam. ¿Qué has pescado?
Alejo. Una anguila como un cable.
Cam. ¡Una anguila! ¿Y no lo anuncias
Con trompetas y timbales?
¡Qué alegria! Justamente
No hay pez que tanto me agrade.
Voy á que Juana la guise
Con la salsa que ella sabe.
Alejo. No vayas. El caso es que...
Perdona...

Cam. ¿Qué?
Alejo. No te enfades,
El caso es que... no la traigo.
Llegó un pobre vergonzante
A pedirme una limosna,
Y para aplacar su hambre
Se la dí.
Cam. ¡Válgame Dios!
Alejo. ¡Qué quieres! Por no arriesgarme
A malgastar el dinero,
Y porque no me lo estafen
Mis amigos, hace dias
Que no llevo ni dos reales
En el bolsillo.
Cam. Haces mal.
Una vez que eres tan frágil,
Lleva poco, mas no vuelvo
A consentir que te marches
Sin nada; que hay ocasiones
En que no se excusa nadie
De tirar un peso duro,
Y yo no quiero que pases
Por mezquino.
Rita. Con decir:
Mi mujer tiene la llave...
Cam. ¿Por qué no diste las señas
De casa á aquel miserable?
Le hubiéramos socorrido,
Que nadie de mis umbrales
Se aparta desconsolado;
Pero eso de regalarle
La anguila sin mas ni mas...
¿No es una lástima?
Alejo. ¡Y grande!
¡Si supieras qué trabajo
Me costó el sacarla al aire!
Tira de este lado, aprieta
Del otro, y dale que dale...
Sudando estoy todavía... —
¿Y el pañuelo? ¡Vírgen madre...!
(*Buscando el pañuelo en los bolsillos.*)
¡Lo perdí! ¡Me lo han birlado!
Vamos; soy un badulaque.
¿Quién habrá sido...?
Cam. Tal vez
El mismo á quien regalaste
La anguila.
Alejo. ¡Fatalidad!
¡Y nuevecito! ¡Flamante!
Cam. Dos van en esta semana.
Alejo. Con efecto; ¡y es hoy martes!
Cam. Vaya; sacaremos otro.
Rita. Bueno será que se lo ates
Al ojal de la levita.
Alejo. No. Yo tendré en adelante
Mas cuidado. ¡Hay tanto pillo!
¡Infeliz del que yo atrape!
Del primer palo...
Cam. ¡Cuidado
No te suceda el percance
Del otro...!
Alejo. ¿Cómo...?
Cam. Oye un cuento
Que refería mi padre.
Érase un pobre demonio
Que un dia..., tambien fué martes,
Salió á comprar en la plaza
No sé si pescado ó carne.
Como siempre en el mercado
Hay bulla y sobran truanes,
Sacáronle del bolsillo
Del pantalon, ó del fraque,
El dinero que llevaba,
Que eran diez ó doce reales.
Volvióse sin el recado,
Contó á su mujer el lance,
Pidióla otra vez dinero,
Y sacando del estante
El sable de su cuñado,
Sargento de provinciales,
La dijo: « A la plaza vuelvo.
Veremos si otro tunante
Me viene á robar ahora.
Diez minutos no cabales
Tardó en volver. La consorte
Le pregunta: « Vaya; ¿traes
La compra? — ¿No he de traerla?
Responde mi hombre muy jaque.
Figúrate... » Aquí es preciso
Imitar sus ademanes.
« Figúrate que el dinero,
Que me abultaba bastante...,
Era un cartucho de cuartos:
Lo llevaba casi casi
Fuera del bolso derecho
Del pantalon, y á esta parte
Entre el brazo y la tetilla
Mi serrucho formidable.
Iba así... de media anqueta,
Como quien mira á levante,
Mas con el rabo del ojo
Observaba la otra márgen.
Llego pues; compro mi avío,
Y con el mismo talante
Vuelvo á casa, deseando,
Así san Pedro me salve,
Que al bolsillo tentador
Se atreviese algun pillastre,
Porque entonces ¡no hay recurso!
Le abro en canal...
(*Figura tirar del sable.*)
¡Voto á Sanes!
No me han quitado el dinero..
Pero ¡me han quitado el sable! »

ESCENA III.

CAMILA, RITA, Don ALEJO, BRUNO.

Bruno. Ahí está el procurador
Don Bonifacio Pelaez,
Que viene á tratar del pleito...
Alejo. Sí; será aquel que entablaste
(*A Camila.*)
Sobre el melonar de Alcira... —
A mí no tienes que darme
(*A Bruno.*)
Tales recados : ¿entiendes?
Mas ya veo que no sabes,
Como ha poco que nos sirves,
Que esos negocios atañen
A mi esposa.
Bruno. Yo creía,
Salvo superior dictámen,
Que el hombre, y no la mujer,
Era aquí y en todas partes
El jefe, el rey de su casa.
Alejo. Sí; pero yo dias hace
Que abdiqué. Tenlo entendido.
Cam. Di al procurador que pase
Al despacho y que me espere
Un poco. Voy al instante.

ESCENA IV.

CAMILA, RITA, Don ALEJO.

Cam. ¿Vas tú á salir?
Alejo. Sí, querida;
A no ser que tú me mandes
Otra cosa.
Cam. ¿Adónde piensas
Ir?
Alejo. Al café : ya se sabe.
Allí me estoy como un santo
Jugando á las damas *gratis*,
O leyendo la *Gaceta*,
Hasta las tres de la tarde.
Cam. Hoy es el último dia
Para elegir concejales.
Ya olvidabas...
Alejo. Como yo
No pretendo ser alcalde...
Cam. ¿Y qué importa? Es tu deber
Procurar en cuanto alcances
Que caigan en buenas manos
Los cargos municipales.
¡Qué! ¿serás indiferente,
Como tantos holgazanes,
Al mas precioso derecho...?
Alejo. Bien : yo votaré. Sí; antes
De ir al café...
Cam. ¡Cuidadito!
No hay que alterar en un ápice
La lista de candidatos
Que te dió don Pedro Sanchez.
Alejo. Bien : yo estaré sobre aviso
Para que otro no me engañe;
Mas si por una de tantas
Funestas casualidades
Lo echase á perder... Yo siento
Que no puedas tú encargarte
De esa comision.
Cam. ¡Calla, hombre!
No sé cómo no te caes
Muerto de vergüenza... Vamos,
Anda á vestirte; no tardes.

ESCENA V.

RITA, Don ALEJO.

Rita. Oye una palabra, Alejo.
Alejo. Vamos; ¿qué quieres?
Rita. Hablando
Con franqueza, eres muy blando
Y quiero darte un consejo.
Lo que dentro de aquí pasa
Tiene eco fuera de aquí.
Todos se burlan de tí
Porque eres cero en tu casa.
Alejo. La respuesta que yo doy
Al zumbar de tanto tábano
Es que á nadie importa un rábano
Si soy cero ó no lo soy.
Rita. Malos principios son esos :
Dígolo porque te estimo.
No seas tan calvo, primo,
Que se te vean los sesos.
Bien que el popular murmullo
Culpa menos en verdad
Del marido la bondad
Que de la esposa el orgullo,
Malo es que una y otra lengua
Formen juicios temerarios
Y hagan de tí calendarios
Que al fin ceden en tu mengua;
Tanto que al ver tu aparejo
De pescar dicen por vicio :
Hace bien, que ese es oficio
De... ¡Ya me entiendes, Alejo!
Alejo. Pero, señor, si es honrada,
Si es discreta mi mujer,
¿Por qué quitarme el placer
De quererla y no hacer nada?

¿Que logro yo si reclamo
Un mando que me molesta?
Ningun trabajo me cuesta
Obedecer á quien amo.
El mandar me toca; sí;
Pero, si yo no me amaño,
¿He de llamar á un extraño
Para que mande por mí?
Dios me hizo así..., no sé cómo,
Y pues quiso darme en ella
A un tiempo consorte bella
Y excelente mayordomo,
Quiero que mande sin tasa
Y de sátiras me rio;
Que haga su gusto y el mio...,
Y todo se queda en casa.
Rita. Pero verte esclavizado
Como un ilota á sus piés...
Alejo. No tal. Su gobierno es...
Un despotismo ilustrado.
Rita. Ese dulce despotismo
Pudiera serte fatal,
Que tal vez bajo un rosal
Se oculta, Alejo, un abismo.
A nosotras...; es verdad
Que puedes, primo, creer,
Pues lo dice una mujer, —
Nos daña la libertad.
Y la que hoy se muestra ufana
De gozarla tan entera,
¡Pobre Alejo! bien pudiera
Abusar de ella mañana.
El amor propio es muy necio.
Creerá, si se juzga bella
Y no tienes zelos de ella,
Que la miras con desprecio.
Camila es muy buena esposa,
Mas como de esas se han visto...
En fin, el diablo anda listo
Y la venganza es sabrosa.
Alejo. Calla, calla. Eso es demencia.
¡Ella hacer tal felonía!
Rita. ¡Guarda, no seas un dia
La fábula de Valencia!
Alejo. ¡Ah! no lo sería, no.
Si hiciera tal desvarío...
Rita. ¿La mataras?
Alejo. No. ¡Bien mio!
Pero moriría yo.
No hay amor sin confianza,
Mas no hay vida sin honor.
Mataríame el dolor
Antes que á ella mi venganza.
Rita. Bueno es prevenir el mal
Antes que se venga encima.
Si ella no fuese mi prima
Diría...
Alejo. Mientes. No hay tal.
Rita. ¡Hombre, mientras no me explico...!
No falta ya quien la ronde,
Y aunque ella no corresponde
Todavía...
Alejo. ¡Cierra el pico!
Rita. ¡Cómo! ¿No te causa susto
Que otro hombre á amarla se atreva?
Alejo. Antes me alegro. Eso prueba
Que yo he tenido buen gusto.
Rita. Mas si ella por un capricho...
Alejo. Basta. No seas mordaz.
Tengamos la fiesta en paz.
Rita. Pero...
Alejo. Que calles he dicho.
¿Tú tambien aquí pretendes
Regentar? Marido tierno,
Cedo á Camila el gobierno:
Pero ¡á ella sola! ¿Lo entiendes?
Rita. No te irrites. Sabe Dios...
Alejo. ¡Anda, que eres mala prima!
Rita. El bien de los dos me anima...
Alejo. Muchas gracias por los dos.
Rita. ¿No me oyes? Pues te sentencio...
Alejo. Lo que tú no has de comer
Déjalo, Rita, cocer.
Rita. Yo...
Alejo. ¡Dale!... ¡Dale!... ¡Silencio!
(*Alzando la voz.*)
Vive Dios que ya me canso...
Sepa la prima atrevida
Que yo no consiento brida
Aunque parezco tan manso.
Y pues con tanto despejo
Me aconsejó, nada bien,
A la tal prima tambien
Quiero yo dar un consejo.
Cuando en casa ajena se halle,
Sepa agradecer el pan
Y el albergue que le dan,
Y oiga, y vea, y coma, y calle.

ESCENA VI.

RITA.

¡Necio, de oirme te enojas
Cuando te quiero salvar!
Eso se llama tomar
El rábano por las hojas.
Mas ya que eres tan jumento
Que no entiendes la razon,
Yo he de darte una leccion
Que te sirva de escarmiento.
Y esa prima del demonio,

Esa fatua, presumida...
¡Qué ufana está, qué engreida
Con su feliz matrimonio!
Diez y siete años tenía
Al casarse... ¡mal pecado!...
Y yo á los treinta he llegado
¡Sin pisar la vicaría!

ESCENA VII.

RITA, BRUNO, Don MARCELO.

Bruno. Don Marcelo...
(*Anunciando.*)
Rita. ¡Ah! Que éntre, que éntre.
Bruno. Éntre el señor militar.
(*Entra don Marcelo.*)
Rita. Pasa el recado á mi prima.
(*Se va Bruno.*)
Marc. Acaso es temeridad
El entrar yo en esta casa;
Que para siempre jamás
Debiera huir de esa pérfida...
Mas una mano fatal
Me arrastra... Sí; verla quiero
Y maldecir...
Rita. ¡Satanás!
¡Que está el marido...!
Marc. Que esté.
No le vengo á disputar
Su conquista. Mas la ingrata
Mis justas quejas oirá.
Rita. ¡Prudencia! ¿Quien sabe...? Acaso...
Marc. ¡Qué escucho! ¿Podré esperar...?
Rita. Tal vez... El primer amor
No suele borrarse tan...
Nada de quejas. El tiempo...
Marc. Pero ese feliz rival,
Ese marido...
Rita. Es un sandio;
Marido de mazapan.
Marc. ¿Cómo...?
Rita. Aquí ejerce mi prima
La suprema autoridad.
Marc. ¿Cierto?
Rita. ¡Que viene! Hable usted
Como amigo y nada mas.

ESCENA VIII.

CAMILA, RITA, Don MARCELO.

Cam. Bien venido, don Marcelo.
Marc. Señora... (¡Qué hermosa está!)
Cam. Doy á usted la enhorabuena
Por su ascenso.
Marc. Esa bondad
Agradezco mucho; pero...
Cam. ¿No se quiere usted sentar?
Marc. Gracias.
Rita. Hasta luego...
Cam. Aguarda...
(*En voz baja.*)
Yo me voy si tú te vas. —
¿Y viene usted á Valencia
(*A don Marcelo.*)
De asiento?
Marc. (¡Qué frialdad!)
Creo que sí. Yo tambien
Debo á usted felicitar
Por su casamiento.
Cam. Estimo
La atencion. Es natural
Que tan buen amigo tome
Parte en mi felicidad.
Marc. (¡Y me insulta!) ¿Tan dichosa
Es usted?
Cam. Hasta no mas.
Marc. Ya se ve; cuando se lleva
Contenta el alma al altar
Y no perturba ningun
Remordimiento su paz...
Rita. ¡Por Dios...!
(*A don Marcelo en voz baja.*)
Cam. No comprendo á usted.
Marc. Esa es ya mucha crueldad.
¿Olvida usted...?
Cam. Don Marcelo,
No me quiera usté obligar
A un desaire. Cualesquiera
Que fuesen cuatro años ha
Nuestras relaciones, lazos
Que debe usted respetar
Me impiden oir sus quejas,
Que son inútiles ya.
Marc. Si usted perdió la memoria
Cambiando la voluntad,
La mia es fiel por desgracia
Como mi pasion fatal.
Pero usted por su alma juzga
El alma de los demás,
Y falsa...
Cam. Ni juzgo á nadie,
Ni nadie me ha de juzgar

Sino ni marido. Beso
A usted la mano.

ESCENA IX.

RITA, DON MARCELO.

Marc. ¿Qué tal?
¿Se trata á un negro peor?
¡Y no poderme vengar!
¡Y ella...! Estoy desesperado.

Rita. No ha sido usted tan sagaz
Como debia. De buenas
A primeras ¡allá va!

Marc. ¿Cómo reprimir el labio
Cuando el pecho es un volcan?

Rita. No pierda usted la esperanza.
El leon se amansará.

Marc. Antes moriré de zelos.

Rita. No dejarme á mí marchar,
Evitar explicaciones,
Huir en fin...

Marc. ¡Desleal!

Rita. Ella se teme á si misma,
Y si usted muda de plan...

Marc. ¿Qué plan...? Me ciega la cólera,
Y ahora me siento incapaz
De oir consejos...

Rita. Se acerca
(*Mirando adentro.*)
El marido. ¡Por piedad...!

Marc. No tema usted. Él no tiene
La culpa...

ESCENA X.

RITA, DON MARCELO, DON ALEJO.

Marc. ¡Hola! ¡Es muy galan!

Alejo. (¡Bien! ¡Mano á mano mi prima
Con un bizarro oficial!
¡Si la sacase de penas...
Y de mi casa!)

Rita. Ya están
Frente á frente. Tal vez
Camorra... Esto marchará.)

ESCENA XI.

DON ALEJO, DON MARCELO.

Alejo. Caballero...

Marc. Señor mio...

Alejo. Si usted no lo toma á mal
Quisiera saber á quién
Tengo la honra de hablar.

Marc. Mi nombre es Marcelo Estrada;
Soy...

Alejo. Ya veo: capitan
De infanteria.

Marc. Conozco
Desde su mas tierna edad
A su señora de usted...

Alejo. ¡Ah! Bien. Usted me tendrá
Por su servidor y amigo...

Marc. La he venido á visitar
Y á darle mi parabien
Por su coyunda nupcial.

Alejo. Yo soy el favorecido...

Marc. Si no fuera necedad
Dar crédito á las hablillas
Del público lenguaraz,
Dijera yo como todos
Que el buen don Alejo Prats
Ha sido entre los amantes
De tan perfecta beldad
El que merecía menos
Y el que ha conseguido mas.

Alejo. Dios se lo pague á Camila
Que gracia tan especial
Me dispensó. Sin embargo,
Puesto que dice el refran:
De gustos no hay nada escrito,
Y que yo ningun puñal
Puse á su pecho, pudiera
Responder sin vanidad
Que valía mas que todos
Los candidatos quizá,
Pues sentenció en mi favor
Competente tribunal.

Marc. ¿Usted sabe con quién habla?

Alejo. ¿No me lo ha dicho usted ya?

Marc. ¿Y que tengo malas pulgas
Y no me dejo sobar
De nadie?

Alejo. Y eso ¿á qué viene?
Yo hablaba aquí en sana paz...

Marc. No hay paz. Yo amaba á Camila.
Sépalo usted...

Alejo. ¡Voto á san!...
(*Sonriéndose.*)
¿Usted la amaba? Lo siento,
Pero usted ve que ya no hay
Remedio... Ya está casada...

Yo me figuré al entrar
Que era su dama de usted
La prima; y si le es igual...
Marc. ¡Qué insulto! ¡A mí! ¡Vive Dios...!
Pero no es este el lugar
Conveniente... Nos veremos.

ESCENA XII.

ALEJO.

¿Está dado á Barrabás
Ese hombre? Segun las trazas,
Me quiere desafiar.
¿Es delito el ser marido?
¡Buena está la sociedad!
No basta el amor; no basta
La bendicion del altar,
Ni constar como casado
En el padron vecinal.
No, señor, no; que, amen de eso,
Tiene uno que conquistar
A estocadas la pacífica
Posesion de su mitad.

ESCENA XIII.

DON ALEJO, CAMILA.

Cam. ¿No has salido todavía?
Alejo. (No la diré lo que pasa.)
Camila...
Cam. Fuera de casa
Ya ha tiempo te suponia.
(¡Maldito procurador!...
Se habrán visto...)
Alejo. Aún no he salido.
Cam. Como te ví ya vestido
Salir por el corredor...
Alejo. La hija de mis entrañas
Me vino á pedir un beso,
Y el paternal embeleso
Me entretuvo. ¡Qué! ¿lo extrañas?
Cam. ¡Ah! No.
Alejo. Al marcharme después
Oigo hablar; entro... Era Rita
Que estaba aquí con visita...
Cam. Sí. Vas á saber quién es...
¿Habeis hablado los dos?
Alejo. Muy poco. Yo no averiguo...
Dijo que era amigo antiguo...
?Qué sé yo...? Vaya con Dios.
Cam. La verdad clara y sencilla
De mi boca has de saber:
Lo exige así mi deber. —
Cuando era yo una chiquilla...
Alejo. ¿Vas á decir que te quiso,
Y tú tambien le quisiste,
Y se fué, y *laus tibi, Christe...?*
¡Bien! Dios le dé el paraíso.
Cam. Lo que yo por él sentí
Al iniciarme en el mundo.
No fué amor tierno y profundo,
Como el que te tengo á tí;
Fué capricho fugitivo...
Alejo. Si al cabo yo he sido el rey,
¿Qué me importa? En buena ley
No hay efecto retroactivo.
Cam. Bobadas de mi niñez
Osó recordarme necio;
Mi respuesta fué el desprecio,
Y no volverá otra vez.
Alejo. Bien hará si es importuno;
Mas te juro por los cielos
Que yo de él no tengo zelos,
Camila, ni de ninguno.
Cam. Yo te juro...
Alejo. Cierra el labio.
Sé que eres fiel y sincera.
Si tus disculpas oyera
Creería hacerte un agravio.
Cam. Jamás...
Alejo. ¡Basta! ¿Siempre vos
Habeis de mandar, señora?
¡Silencio! Yo mando ahora.
Venga un abrazo, y ¡adios!

ESCENA XIV.

CAMILA.

¡Qué índole tan hermosa!
Si el mas leve pensamiento
Contra su honor y su dicha
Osara abrigar mi pecho,
La mas infame mujer
Sería del universo.
¡Cuán diversos caracteres
El suyo y el de Marcelo!
¡Venir ahora ese loco
A acibarar mi contento!...
Niñadas sin consecuencia
No le dan ningun derecho
Para atreverse... ¿Qué traes?

ESCENA XV.

CAMILA, BRUNO.

Bruno. Traigo esta esquelita; pero
(*Con una esquela en la mano.*)
No sé qué he de hacer con ella.
Dice el sobre : « A don Alejo, »
Y que se la dé en su mano
Me ha encargado el mensajero.
Él no está en casa, y usted
Es el alma de su cuerpo.
El sobre por una parte;
Usted por otra... Me veo
Confuso y comprometido
Como burro entre dos piensos.
Cam. Pelmazo, dame esa esquela.
Bruno. En obedecer no yerro.
Tome usted.
Cam. ¿Quién la ha traido?
(*Tomándola.*)
Bruno. Un militar.
Cam. (¡Ah! Sospecho...)
Bien está. Vete.

ESCENA XVI.

CAMILA.

Veamos...
(*Abriendo la esquela.*)
Don Marcelo firma... Tiemblo...
(*Lee para sí.*)
Bien mi corazon temia...
¡Hombre temerario!... ¡Un duelo!
¡Y no ha empuñado jamás
Una arma mi pobre Alejo!
Dicha ha sido que en mis manos
Caiga este papel funesto,
Y no en las suyas, que al fin
Me adora y es caballero,
Y por su amor y su honra
Matar se dejara. ¡Oh cielo!...
Mas ocultarle esta carta
¿De qué servirá si luego...?
¡Desventurada! ¿Qué haré...?

ESCENA XVII.

CAMILA, RITA.

Rita. ¿Aquí solita? ¿Qué es eso?
¿Cómo estás tan agitada?
Cam. (¡Dios mio, inspiradme!)
Rita. ¿Puedo
Saber...?
Cam. No es nada...
Rita. ¿Es acaso
Ese papel el objeto
De tu inquietud?
Cam. No... (¡Qué idea!)
Te aseguro...
(*Toca la campanilla.*)
Rita. (Aquí hay misterio.)

ESCENA XVIII.

CAMILA, RITA, BRUNO.

Cam. ¿Sabes dónde está la fonda
(*A Bruno aparte saliéndole al encuentro.*)
Nueva?
Rita. (¿No digo? Secretos...)
Bruno. Dos pasos de aquí.
Cam. Pues corre.
Pregunta por don Marcelo
Estrada...
Rita. (¿Qué será?)
Cam. Y dile
Que se llegue aquí al momento;
Que tu amo se lo suplica.
Bruno. El amo es usted : entiendo.
Cam. ¡No, torpe! Tú has de decirle
Que le llama don Alejo
Prats. No me nombres á mí
Para nada.
Bruno. Ya.
Cam. ¡Y silencio!
Nadie ha de saber en casa...
Bruno. ¿Ni el amo?
Cam. Tampoco.
Bruno. Bueno.

ESCENA XIX.

CAMILA, RITA.

Rita. ¿De cuándo acá esas reservas
Conmigo que me intereso
Tanto por tí?
Cam. No lo dudo.
Rita. ¿Has perdido acaso el pleito?
O ¿qué accidente imprevisto...?
Cam. No es ningun negocio serio...
Rita. Si no te fias de mí...
Cam. Ya lo sabrás con el tiempo.

ESCENA XX.

RITA.

Si, si; aquí hay gato encerrado;
Mas me devano los sesos
Y en un ciego laberinto
De conjeturas me pierdo.
¿Si será del capitan
La carta? ¡Qué! No lo creo...
¿Qué le habrá dicho mi prima
Al criado, que corriendo
Salió...? Sí; sonó la puerta...
¿Adónde...? ¡Me desespero!
¿Adónde irá...? Yo daría
Una oreja por saberlo.
Estaré alerta, y si el hilo
Llego á cojer de este enredo...

ESCENA XXI.

RITA, BRUNO.

Bruno. Antes de veinte minutos
(*Llega acelerado y se dirige á Rita, que está de espaldas.*)
Vendrá el señor don Marcelo.
Rita. ¡Hola! ¿Qué escucho?
(*Volviendo la cabeza.*)
Bruno. ¡No es ella!
Mal haya mi aturdimiento.
Por Dios, que no diga usted
A su prima... ¿Está allá dentro?
Rita. Sí.
Bruno. Voy á darle el recado.
¡Señorita, por san Pedro...!
Rita. No temas.
Bruno. ¡Sea yo chismoso
Sin comerlo ni beberlo!

ESCENA XXII.

RITA.

Una cita misteriosa...
¡Lindamente! ¿Esas tenemos?
¡Miren la mosquita muerta!
¡En público tanto ceño
Para maquinar después
Semejante gatuperio!

ESCENA XXIII.

CAMILA, RITA.

Cam. (¿Cómo la echaré de aquí?)
Aun no hemos visto al enfermo
De arriba... Si de mi parte
Quisieras subir...
Rita. (Comprendo.)
Cam. Doña Paulita está sola,
Y es regular ofrecernos...
Rita. Bien; yo la haré compañía
Si quieres. (Disimulemos.)
Cam. Es amiga. Aunque te subas
La calceta...
Rita. Estoy en eso.
(¡Primita! ¡Primita! ¿Quieres
Quitar estorbos de en medio?
Yo te serviré.) Ya subo.
(Se colmaron mis deseos.)

ESCENA XXIV.

CAMILA.

¡Anda en mal hora, fisgona
Insufrible! Mis proyectos
Ignora, y para cumplirlos
Conviene tenerla lejos. —
Bien. Ya sale. (*Mirando adentro.*)
El capitan
No puede tardar. Alejo
No volverá hasta la hora
De comer. A cualquier precio
(*Toca la campanilla.*)
Es necesario impedir
Que se verifique el duelo.

ESCENA XXV.

CAMILA, BRUNO.

Cam. Cuando venga el capitan
Le dirás que tome asiento
Y espere aquí.
Bruno. Bien, señora.
Cam. Y entra á avisarme ligero.
Bruno. Pero él vendrá preguntando
Por el señor don...
Cam. Mastuerzo,
Calla y haz lo que te he dicho.
Bruno. Lo haré así; ni mas, ni menos.

ESCENA XXVI.

BRUNO.

Esto ya pica en historia;
Esto me huele á cortejo;
Pero ¿qué se me da á mí
Si otro ha de llevar los...? Siento
Abrir la puerta...
(*Se acerca á la de la derecha.*)
Aquí está. —
Adelante, caballero.

ESCENA XXVII.

BRUNO, Don MARCELO.

Marc. ¿Don Alejo...?
Bruno. Ruego á usted
Que espere... Voy en un vuelo...
Siéntese usted...
Marc. ¿No está tu amo?
Bruno. Sí tal. (Ella es él. No miento.)

ESCENA XXVIII.

Don MARCELO.

¡Llamarme ese hombre á su casa
Cuando yo fuera le reto!
Vamos; querrá transigir.
Él no es hombre á lo que veo
De armas tomar. Será inútil,
Porque estoy hecho un veneno.
O riñe y muere á mis manos,
O en el teatro, en paseo...,
Donde le vea, le escupo
Y le... ¡Camila! ¿Qué es esto?

ESCENA XXIX.

CAMILA, Don MARCELO.

Marc. Sepa usted, señora mia,
Por si me quiere culpar,
Que aquí vengo á mi pesar.
Cierto asunto me traia...
Don Alejo...
Cam. Con él no;
Conmigo; y ahora, al punto,
Se ha de zanjar ese asunto.
La cita la he dado yo.
Marc. ¡Cómo! ¿Usted...?
Cam. Yo recibí
La esquela de desafío.
El honor de Alejo es mio.
Aquí me tiene usté á mí.
Marc. ¡Es posible!...
Cam. Sí, señor.
Marc. ¡Usted lidiar...!
Cam. Sí; en su nombre.
Marc. Entre una bella y un hombre
Solo hay combates de amor.
Cam. No se entiende eso conmigo.
Marc. Venturoso yo si lucho
Con la deidad...
Cam. ¡Eh! No escucho
Lisonjas de mi enemigo.
Marc. ¿Qué extraño acceso de bilis
Le ha dado á usted? Pero veo
Que es chanza...
Cam. No me chanceo.
Marc. ¡Vamos, ya entiendo el busilis!
Don Alejo se acoquina,
Huye al riesgo las espaldas,
Y al sagrado de las faldas
Apela como un gallina.
Cam. Alejo no sabe nada:
Lo juro. Si así no fuera,
Antes mil veces muriera
Que ver su honra mancillada.
Mas yo tengo honra tambien,
Yo tambien tengo una vida,
Y dóila al hierro homicida
Por salvar la de mi bien.
¿Qué mucho? Él me hace dichosa,
Y yo le quiero constante
Con el delirio de amante,
Con la ternura de esposa.
No lo tome usted á agravio
Recordando que tal vez
Oí grata en mi niñez
Alabanzas de ese labio;
Que las mujeres honradas
Quieren amar de solteras,
Mas quizá no aman de veras
Hasta después de casadas.
Ceda esa saña cruel,
O yo la reclamo toda;
Que si hubo culpa en mi boda,
Yo la cometí; no él.
Funda oficial veterano
En las armas su blason:
Él, de blanda condicion,
Jamás las tomó en la mano.
Si porque usted no le afrente
Combate con tal maestro,
Morirá por menos diestro

Y no por menos valiente.
¡Y usted después muy ufano
Dirá: vencí en la pendencia;
Robé un padre á la inocencia
Y á la patria un ciudadano!
Si con tales regocijos
Esa alma cruel se exalta,
¡Muera yo, que menos falta
Haré yo á mis pobres hijos!

Marc. ¡Oh Camila! ¡Oh dicha inmensa!...

Cam. Ea pues, luzca ese acero,
Y si es usted caballero...

Marc. ¡Contra una dama indefensa!

Cam. Armas tengo.

Marc. Yo no advierto
Cuáles...

Cam. Mi propia flaqueza,
Mi fe..., quizá mi belleza...
Y estas lágrimas que vierto.

Marc. Basta. El alma mas proterva
No osara...

Cam. Si aun no he triunfado,
Triunfaré. Tengo emboscado
Mi ejército de reserva.

Marc. ¿Cuál...?

Cam. ¡Mis hijos, mi consuelo!
¡Mi Alejito, mi Isabel!
¡Un niño como un clavel,
Y una niña como un cielo!

Marc. ¡Ah! ¡No mas!
(*Cayendo á los piés de Camila.*)

Cam. ¡Gracias á Dios!
Así quiero yo: ¡á mis piés! —
Ahora... diga usted: ¿quién es
Mas valiente de los dos?

Marc. Mi loca pasion, señora,
Me cegó. Siempre amaré
A Camila..., pero sé
Cuál es mi deber ahora. —
Hoy parto para Murviedro...

ESCENA XXX.

CAMILA, DON MARCELO, RITA, DON ALEJO.

Alejo. ¡Qué veo! ¡Infamia!...

Rita. ¡Aquí está!
(*Entran apresurados.*)

Cam. *¡El rico-hombre de Alcalá*
(*Riéndose.*)
A los piés del rey don Pedro!

Alejo. ¿Así respectas los lazos...?

Cam. ¿Qué mas quieres si le ves
Arrepentido á mis piés...?

Alejo. Pero...

Cam. ¿Y él me ve en tus brazos?
(*Abrazándole. — Don Marcelo se levanta.*)

Alejo. Mujer.... yo... Mi confusion...
Mas si mereces mi gracia,
No el señor; y de su audacia
Me dará satisfaccion.

Marc. Pasó mi loco arrebato.
Tanta virtud lo aniquila.
Angel celeste es Camila
Y yo he sido un insensato.
Mientras injusto y zeloso
Su esposo la perseguía,
Ella su sangre ofrecía
Por la sangre de su esposo.

Alejo. ¡Camila!

Cam. Toma, lee y calla.
(*Dándole la esquela. Don Alejo la lee para sí rápidamente.*)

Rita. (¿Qué es esto?)

Marc. Una dama vió
Temblar á quien no tembló
En los campos de batalla.
Yo parto, y al que en mi furia
Reté desmedido y ciego
Que me perdone le ruego
La no merecida injuria.
Amela usted satisfecho,
Pues jura que es inocente....
Y ni es cobarde ni miente
Quien lleva esta cruz al pecho.

ESCENA XXXI.

CAMILA, RITA, DON ALEJO.

Alejo. ¡Ah! Yo tambien á tus piés...

Cam. ¡Tonto! Ese no es tu lugar.
(*Deteniéndole.*)

Alejo. ¿Cómo has podido triunfar...?

Cam. Yo te lo diré después.

Alejo. Sentí en el honor cosquillas,
Y á poco la accion mas zafia... —
Tu maldita chismografía (*A Rita.*)
Me sacó de mis casillas.

Cam. Pues yo su soplo bendigo,
Porque redunda en mi gloria,
Y de mi noble victoria
Te ha llamado á ser testigo.

Alejo. ¡Oh, sí! — Te ruego, no obstante,
Por mi amor sumiso y tierno,
Que las riendas del gobierno
Me fies por un instante.

Cam. ¡Eh! Calla. ¿Acaso un marido
Necesita que le den...?
Alejo. Si tú no dices amen,
Nada haré.
Cam. Pues concedido.
Alejo. Gracias. Ahora bien, usando
De mis facultades... Toma
La puerta, Rita. No es broma.
Yo lo exijo; yo lo mando.
Rita. Muy bien. (La ira me abrasa.)
Con muchísimo placer...
Alejo. Es que ahora mismo ha de ser.
No mas chismes en mi casa!
Rita. Sí, sí; aunque pida por Dios
Limosna, me quiero ir...,
Porque no os puedo sufrir
A ninguno de los dos.

ESCENA ULTIMA.

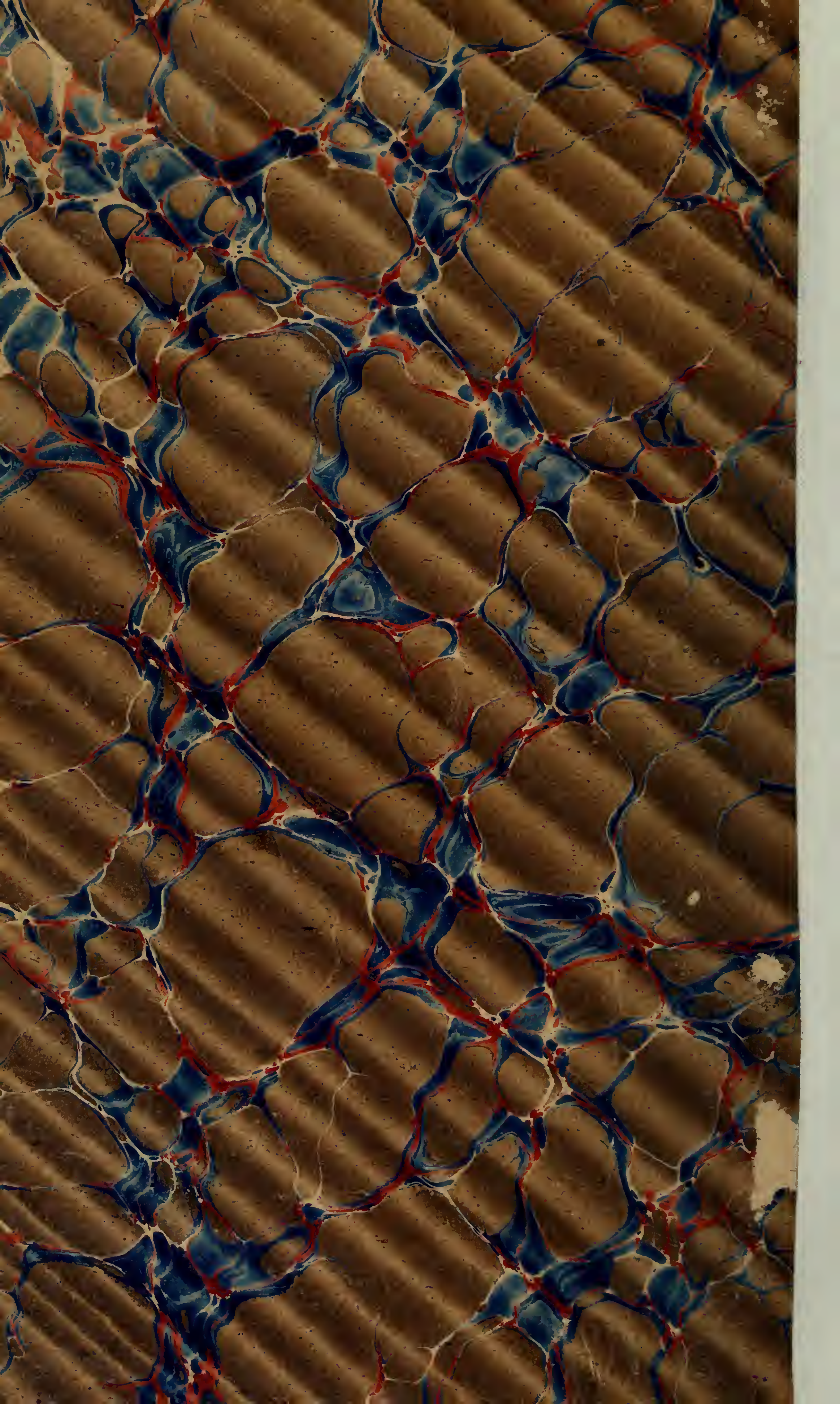
CAMILA, DON ALEJO.

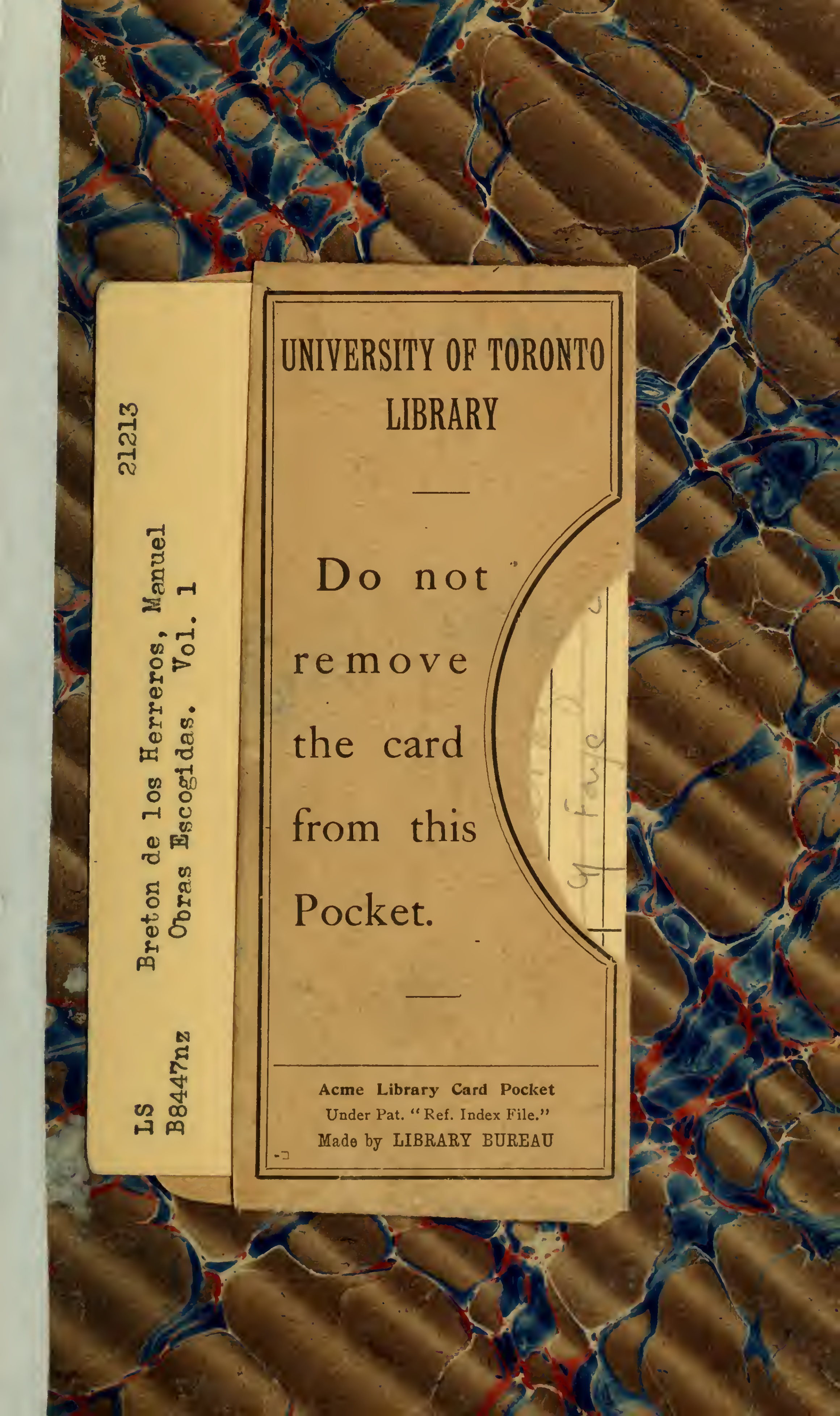
Cam. Lo creo : se irá sin pena,
Pues vana fué su perfidia,
Y es dogal para la envidia
Presenciar la dicha ajena.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

3352 Paris. Imp. LALOUX hijo y GUILLOT, 7, calle des Canettes.

38	131
63	1[illegible]3
7[illegible]	1[illegible]





UNIVERSITY OF TORONTO
LIBRARY
Do not remove the card from this Pocket.
Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File."
Made by LIBRARY BUREAU
LS
B8447nz
Breton de los Herreros, Manuel
Obras Escogidas. Vol. 1
21213

